

HISTORIA

DE LA PROSTITUCION.

TOMO PRIMERO.

BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA.

HISTORIA
DE LA
PROSTITUCION
EN TODOS LOS PUEBLOS DEL MUNDO,

DESDE LA ANTIGUEDAD MAS REMOTA HASTA NUESTROS DIAS.

BRA NECESARIA PARA LOS MORALISTAS, ÚTIL PARA LOS HOMBRES DE CIENCIA Y LETRAS, É INTERESANTE PARA TODAS LAS CLASES.

Pierre

POR PEDRO DUFOUR.

Miembro de muchas academias y sociedades científicas.

VERSION CASTELLANA

DE CECILIO NAVARRO.

Segunda edicion nuevamente corregida é ilustrada con magníficas láminas dibujadas por el reputado artista

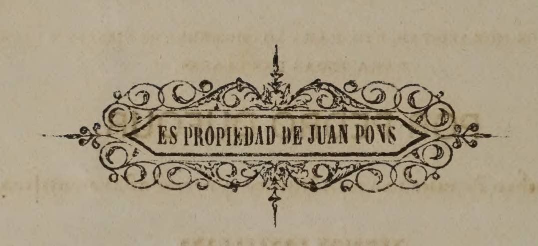
EUSEBIO PLANAS.

BARCELONA:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL DE JUAN PONS.

Calle del Duque de la Victoria, número 4.

1874.


ES PROPIEDAD DE JUAN PONS

ADVERTENCIA IMPORTANTE.

Por motivos sin duda respetables el autor Pedro Dufour, que habia prometido historiar la prostitucion de todos los pueblos del mundo, no cumplió lo que hizo esperar y entraba en su plan primitivo, dejando para otros la mitad de su vastísima obra. El editor de la única version castellana, deseoso de completar tan interesante historia, no solo por el gusto de cerrarla, sino tambien por complacer á sus numerosos suscritores, cuya solicitud que era al principia ruego, es hoy formal exigencia, ha dado encargo de continuar la obra de Dufour á persona competente, y está ya en aptitud con los nuevos materiales en dar su continuacion, la cual tiene ya en prensa. Con esto contestamos satisfactoriamente á todos los suscritores de la primera edicion á quienes nos ha sido imposible contestar particularmente.

El Editor.

NOTA.

Habiendo notado esta empresa un salto en el ajuste de las páginas 268 á la 269 del tomo 1.° de esta obra, y deseando no perjudicar á nuestros suscritores, les acompañamos al final de este tomo la hoja que faltaba, despues de hechas las correcciones necesarias.

HISTORIA
DE LA PROSTITUCION.

INTRODUCCION.

Si es difícil definir la palabra *Prostitucion* ¡cuánto mas difícil es aun caracterizar su historia en los tiempos antiguos y modernos! Esta palabra, que marca como con hierro candente una de las mas tristes miserias de la humanidad, se emplea menos en sentido recto que en el figurado, y reaparece con frecuencia en la lengua hablada ó escrita sin tomar en ella su verdadera acepcion. Los graves autores del Diccionario de la Academia, (última edicion,) no han encontrado para esta palabra otra definicion mejor que esta: *Abandono á la impudicicia.* Y antes que ellos, Richelet hubo de contentarse con esta otra, mas vaga todavía: *Desarreglo de vida.* Pero poco satisfecho él mismo de su esplicacion, cuya insuficiencia acusaba su modestia, vino á completar el sentido con una frase menos anfibológica: «Abandono ilegítimo que hace una mujer de su cuerpo á otra persona, para que esta tenga con ella placeres prohibidos.» Esta frase, de la que sacaron su definicion los autores del Diccionario de la Academia, no dice aun todo lo que comprende la palabra *Prostitucion*, porque el abandono de que se trata, se ha estendido en ciertas circunstancias á personas de ambos sexos, y porque los placeres prohibidos por la religion ó la moral, suelen autorizarse ó tolerarse al menos por la ley. Nosotros creemos que la palabra debe retrotraerse á su raiz etimológica (*prostitucion*) y esplicarse entonces por todo tráfico obsceno del cuerpo humano.

Este tráfico que la moral reprueba, ha existido en todos los tiem-

pos y pueblos del mundo, si bien revistiendo las mas estrañas y variadas formas: se ha modificado segun las ideas y costumbres, ha obtenido ordinariamente la proteccion del legislador, ha entrado en los códigos políticos y aun en las ceremonias religiosas, en todas partes ha hecho valer su perniciosa influencia, y en nuestros dias, bajo el imperio del perfeccionamiento filosófico de las sociedades, es el auxiliar abogado de la policía de los pueblos, el custodio inmoral de la moralidad pública, el triste é indispensable tributario de las brutales pasiones del hombre.

Hé aquí una de las mas vergonzosas llagas de la pobre humanidad; pero este mal, tan antiguo como el mundo, se ha abrigado, ora al calor del hogar deméstico, ora al fuego sacro del templo pagánico, ya bajo el decente velo de la tolerancia jurídica; esta llaga infame que roe mas ó menos el cuerpo social, halló en la filosofía antigua y en la religion cristiana un poderoso correctivo, sino un remedio absoluto, y á medida que el pueblo se ilustra y mejora, el mal inevitable de la prostitucion, disminuye de intensidad, circunscribiendo en cierto modo sus estragos. No puede esperarse que desaparezca del todo, pues los viciosos instintos á que responde, son por desgracia innatos en la especie humana; pero debe preverse con certidumbre que se ocultará un dia en el fondo de las sentinas públicas y no afligirá mas la vista de las jentes honradas.

Ya en todas partes, en Francia lo mismo que en los demás paises sometidos á un gobierno regular, la prostitucion ve decrecer progresivamente el número de sus agentes con el de sus víctimas. Obsérvase que, cual si fuera accesible á un sentimiento de pudor, retrocede ante el desenvolvimiento de la razon moral: no abdica, nó; pero se siente destronada y se envuelve en su manto de cortesana, sin esperar ya reconquistar su impúdica corona. No está léjos el dia en que la prostitucion se avergüence de sí misma, en que salga para siempre del santuario de las costumbres, en que caiga en la oscuridad y luego en el olvido. Hay enfermedades en el corazon humano, que como ciertas enfermedades físicas, acaban por gastarse, perdiendo su carácter contagioso ó epidémico bajo la influencia de un buen régimen de vida. La lepra no nos es ya conocida sino de nombre, y si rara vez se encuentra alguna reliquia de esa terrible peste de la antigüedad, se reconoce con satisfaccion que no tiene ya fuerza para propagarse.

Ahora que la prostitucion tiende visiblemente á desaparecer, borrándose de los recuerdos de los hombres y de las costumbres de los pueblos, tiempo oportuno es de escribir su historia. El historiador se apodera del pasado, reanima y hace vivir lo que no existe para enseñanza del presente y del porvenir; da cuerpo y voz á la tradicion. El vasto y curiosísimo asunto que vamos á tratar con ayuda de la erudicion y bajo la censura de la mas severa prudencia, este asunto delicado y sospechoso á la vez, se liga estrechamente á la historia de las religiones, de las leyes y de las costumbres; pero siempre se dejó aparte, como en el índice, por los escritores que historiaron las costumbres, las leyes y las religiones antiguas y modernas. Unicamente algunos arqueólogos, como Meursio, Laurencio, Musonio, etc., se han atrevido á abordarlo en disertaciones latinas, donde la lengua de Juvenal ha podido arrostrar el inconveniente en las palabras y en los hechos.

En cuanto á nosotros, aunque arqueólogos tambien, no olvidaremos nunca que escribimos en la lengua vulgar para tener siempre bien presente el respeto debido al público. Tampoco perderemos de vista que este libro preparado lentamente en provecho de la ciencia, debe servir á la moral y que tiene especialmente por objeto inspirar horror al vicio descubriendo sus torpezas. Los lacedemonios mostraban á la juventud el repugnante espectáculo de los esclavos ébrios, para enseñarles á huir de la embriaguez. ¡Dios nos libre de querer hacer amable el vicio, aun representándolo coronado de flores, fieles historiadores de la antigüedad! En esto, sobre todo, nos distinguiremos de los arqueólogos y sabios, propiamente así llamados, los cuales no se preocupan de la moralidad de los hechos, ni se cuidan de sacar de ellos consecuencias filosóficas. Disertan largamente, por ejemplo, sobre el culto escandaloso de Isis, de Astarté, de Vénus y de Priapo, descubren sus monstruosidades, describen minuciosamente sus infamias; pero se olvidan luego de purificar nuestro pensamiento y de tranquilizar nuestro espíritu, oponiendo á estas impuras y dagradantes imágenes, las castas lecciones de la filosofía y la accion benéfica del cristianismo.

La prostitucion en la historia antigua y moderna, reviste tres formas distintas, ó se traduce en tres grados que pertenecen á tres épocas diferentes de la vida de los pueblos: 1.° la Prostitucion hospitalaria ó

doméstica; 2.° la Prostitucion sagrada ó religiosa; 3.° la Prostitucion legal ó civil.

Estas tres denominaciones resumen bastante bien las tres especies de prostitucion que Mr. Rabuteaux caracteriza en estos términos en un escelente trabajo sobre el mismo asunto, que nosotros vamos á tratar bajo un punto de vista mas general.

«Por todas partes, dice este erudito, hasta donde la historia nos permite penetrar en todos los pueblos y en todos los tiempos, vemos como un hecho mas ó menos general, á la mujer aceptando la mas odiosa esclavitud, abandonarse sin eleccion ni atractivo á los groseros estímulos que la escitan y provocan. A veces, llegando á estinguirse toda luz moral, la noble y dulce compañera del hombre pierde en estas sombras funestas el resto de su dignidad, y ya indiferente al mismo que la posee por una abyeccion estrema viene á ser una cosa vil entre los presentes de la hospitalidad: las relaciones sagradas de que emanan los goces del hogar y las dulzuras de la familia, no tienen ningun valor ni importancia en aquellos pueblos degradados. Otras veces, en el antiguo Oriente, por ejemplo, y de uno en otro en todos los pueblos que habian sacado de allí viejas tradiciones, por un consorcio mas repugnante aun, el sacrificio del pudor en la mujer se ligaba á los dogmas de un naturalismo monstruoso, que exaltaba todas las pasiones divinizando hasta las mas brutales; es como el rito sagrado de un culto degenerado y absurdo, y el estipendio pagado á impúdicas sacerdotisas viene á ser una ofrenda hecha á sus dioses. En otros pueblos, en fin, en los que tienen el mas elevado puesto en la escuela moral, la miseria ó el vicio, entregan á los groseros impulsos de los sentidos y á sus cínicos deseos una clase entera, relegada á las mas bajas religiones, tolerada, pero herida de infamia; la clase de esas infelices mujeres, para las cuales la disolucion y la vergüenza han venido á ser un oficio.»

Así, pues, Mr. Rabuteaux mira como una odiosa esclavitud lo que nosotros miramos como un obsceno tráfico. En efecto, en estas tres formas principales, la prostitucion se nos presenta mas venal que servil, porque siempre es voluntaria y libre. Hospitalaria, representa un cambio de cumplimientos, de conveniencias, digámoslo así, con un estranjero, hombre desconocido que viene á ser de repente un amigo; religiosa, compra al precio del pudor que inmola, los favores de un

dios y la consagracion del sacerdote; legal, se establece y se pone en práctica como los demás oficios: como ellos tienen sus derechos y sus deberes, sus mercancías, sus tiendas y compradores; vende y gana, pues como el mas honrado comercio no tiene mas objeto que el lucro. Para que estas tres clases de prostitucion puedan ser colocadas en la categoría de servidumbres morales y físicas, seria preciso que la hospitalidad, la religion y la ley las hubieran creado violentamente, imponiéndoles la necesidad de ser, á despecho de todas las resistencias y repugnancias de la naturaleza. Pero en ninguna época la mujer ha sido esclava hasta el estremo de no ser dueña de su cuerpo, ya en el hogar doméstico, ya en el santuario del templo, ya en las mancebías de las ciudades.

La verdadera Prostitucion comenzó en el mundo el dia en que la mujer se vendió como una mercancía, y este como todos los mercados fué sometido á una multitud de condiciones diversas. Cuando la mujer se entregaba obedeciendo á los deseos del corazon ó á los estímulos de la carne, era el amor el que obraba, ó la voluntad, no ya la prostitucion que calcula y negocia. Como la sensualidad y el amor, la prostitucion se remonta al orígen de los pueblos y á la infancia de las sociedades.

En el estado primitivo de la naturaleza, cuando los hombres comenzaban á buscarse y á reunirse, la promiscuidad de los sexos es el resultado inevetible de la barbárie, que no tiene mas regla que el instinto. La profunda ignorancia en que vegeta el alma humana le oculta las nociones elementales del bien y del mal. Entonces puede ya existir la prostitucion: la mujer, á fin de obtener del hombre una parte de la caza ó pesca que hizo, consiente sin duda en entregarse á una pasion que ella no siente: por una concha nacarada, por una pluma de pájaro vistoso, por una zarandaja de metal brillante, otorgará tambien sin afeccion ni placer á una pasion agena los favores ó privilegios de su amor.

Esta prostitucion salvaje es, como se vé, anterior á toda religion como á toda ley civil, y por tanto, desde los primeros tiempos de la infancia de los pueblos, la mujer no cede á la esclavitud, sino á su codicia, á su interés.

Cuando los hombres se juntan, cuando un lazo social los agrupa en familias, cuando la necesidad de amarse y favorecerse mútuamente

ha determinado uniones duraderas y fijas, el dogma de hospitalidad engendra otra especie de prostitucion, que debe ser igualmente anterior á las leyes religiosas y morales. La hospitalidad no era sino la aplicacion de este precepto, innato quizás en el corazon del hombre, y procedente de una prevision egoista, mas bien que de una generosidad desinteresada, que ha hecho despues la caridad evangélica: «Haz por otro lo que quieras que hagan por tí.» En efecto, en medio de los bosques en que vivia, el hombre sintió la necesidad de hallar siempre y en todas partes sitio en el hogar y en la mesa de sus semejantes, cuando sus correrías vagamundas lo conducian léjos de su cabaña de ramas, y de su lecho de pieles: era una condicion general que vino á hacer de la hospitalidad un dogma sagrado, una ley inviolable. El huésped en todos los pueblos antiguos era acogido con respeto y alegría. Su llegada era de buen augurio, y su presencia traia la dicha al seno del hogar que lo abrigaba. En cambio de esta dichosa influencia que él llevaba consigo y dejaba por donde quiera que iba, justo era esforzarse en complacerlo, y cada cual lo hacia en proporcion de sus medios. De aquí la solicitud y cuidados de que era objeto. El marido cedia de buena voluntad su lecho y su mujer al huésped benéfico que los dioses le enviaban, y la mujer dócil á una costumbre que lisonjeaba su caprichosa curiosidad, se prestaba gustosa al acto mas delicado y esquisito del trato hospitalario. Verdad es que no se prestaba desinteresadamente, sino con la esperanza de un agasajo, que el estranjero solia hacer el dia siguiente á su amada de la noche, al tiempo de saludarla en despedida.

No era esta sola la ventaja que la mujer sacaba de su prostitucion, autorizada, prescrita aun por sus padres y por su mismo esposo, sino que tambien corria la suerte ó probabilidad de recibir las caricias de un dios ó de un génio que la hicieron madre de una ilustre y gloriosa descendencia; porque en todas las religiones, lo mismo en las de la India que en las de la Grecia y Egipto, era creencia universal el tránsito y hospedaje de los dioses entre los hombres, bajo una trasformacion humana. Este viagero, este mendigo, este sér diforme y desgraciado, que hacia parte de la familia desde que salvaba el umbral de la casa ó de la tienda, y que en ella se instalaba como dueño á título de la hospitalidad ¿no podia ser Brama, Osiris, Júpiter, ó cualquiera otro dios disfrazado, que hubiera descendido entre los mortales por

verlos de cerca y probarlos? ¿La mujer no se hallaba entonces purificada por los amorosos halagos de una divinidad? Hé aquí como la prostitucion hospitalaria, comun á todos los pueblos primitivos, vino á perpetuarse por tradicion y por hábito en las costumbres de la civilizacion antigua.

La prostitucion sagrada era casi contemporánea de esta primera prostitucion, que fué en cierto modo uno de los misterios del culto de la hospitalidad. Luego que las religiones nacieron del temor que imprimiera en el corazon humano el aspecto de las grandes conmociones de la naturaleza; así que el volcan, la tempestad, el rayo, el temblor de tierra, y el mar embravecido, hicieron inventar los dioses, la prostitucion se ofreció por sí misma á estos dioses terribles, pero no implacables, y el sacerdote se atribuyó por su cuenta una ofrenda, de que los dioses que él reprensentaba no podian sacar ningun provecho. Los hombres ignorantes y crédulos llevaban á los altares todo lo que tenian de mas precioso; la leche de sus vacas, la sangre y carne de su caza y de su pesca, las obras de sus manos: las mujeres no tardaron en ofrecerce á sí mismas en sacrificio al Dios, es decir, á su ídolo ó á su sacerdote; sacerdote ó ídolo que recibian la ofrenda, ya de la virginidad de la jóven núbil, ya del pudor de la mujer casada. Las religiones paganas, nacidas de la casualidad y del capricho, se formularon en dogmas y en principios, se acomodaron á las costumbres, y se asimilaron á los gobiernos de los estados políticos. Los filósofos y los sacerdotes habian preparado con su inteligencia esta obra de ingenioso fraude; pero se guardaron muy bien de tocar á los viejos usos de la prostitucion sagrada: ellos no hicieron otra cosa que reglamentar y dirigir su ejercicio rodeándolo de ceremonias estrañas y secretas. La prostitucion vino á ser desde entonces la esencia de ciertos cultos de dioses y de diosas, que la ordenaban, la permitian ó la alentaban: de aquí los misterios de Lámsaco, de Babilonia, de Pafos, de Menfis; de aquí el tráfico infame que se hacia á la puerta de los templos; de aquí aquellos ídolos monstruosos á los cuales se prostituian las vírgenes de la India; de aquí el impúdico imperio que los sacerdotes se arrogaban bajo los auspicios de sus groseras é impuras divinidades.

La prostitucion debia inevitablemente pasar de la religion á las costumbres y á las leyes, y entonces la prostitucion legal se apoderó de la sociedad, corrompiéndola hasta el corazon. Esta prostitucion

cien veces mas peligrosa que la que se ocultaba á la sombra de los altares y de los bosques sagrados, se mostraba sin velo á los ojos de las gentes y ni siquiera se cubria con el pretesto especioso de necesidad pública trayendo fatalmente por consecuencia la reata de todos los vicios. Entonces los legisladores, considerando el peligro que la sociedad corria, tuvieron el valor de levantarse contra la prostitucion y encerrarla en prudentes límites; algunos procuraron inútilmente aniquilarla; pero no se atrevieron á perseguirla hasta los asilos inviolables que le abrió la religion en ciertas fiestas y ocasiones solemnes. Ceres, Baco, Vénus, Priapo, la protegian contra la autoridad de los magistrados, y por otra parte el mal habia penetrado tan profundamente en las costumbres del pueblo, que no hubiera sido posible estirparlo sin tocar á las raices del dogma religioso. Solo una nueva religion podia venir en ayuda del legislador político, y hacer que desapareciera la prostitucion sagrada, poniendo un saludable freno á la prostitucion legal; tal fué la obra del cristianismo, que destronó el poder de los sentidos proclamando el triunfo del espíritu sobre la materia.

Y sin embargo, Jesucristo en su evangelio reabilitó á la cortesana perdonando á Magdalena y admitiendo á esta gran pecadora en el banquete de la palabra divina; Jesucristo llamó á sí lo mismo á las vírgenes insensatas que á las vírgenes prudentes; pero inaugurando la era del arrepentimiento y de la expiacion, enseñó admirablemente el pudor y la continencia. Sus apóstoles y sucesores para derribar los dioses de la sensualidad, anunciaron al mundo cristiano que el verdadero Dios no visitaba sino las almas castas, y no encarnaba sino en cuerpos exentos de toda mancha. En esta época de civilizacion avanzada la prostitucion hospitalaria no existia ya; la prostitucion sagrada, que se avergonzaba por la primera vez, se encerró en sus templos, que le disputaba un nuevo culto, severo, rígido y verdaderamente moral. El paganismo, atacado por todas partes, no intentó siquiera defender, como una de sus formas favoritas, esta prostitucion que la conciencia pública rechazaba con escándalo. Así pues, la prostitucion sagrada cesó de existir, á lo menos ostensiblemente, antes que el paganismo hubiera abdicado por completo su culto y sus templos. La religion del evangelio enseñaba á sus neófitos á respetarse á sí mismos; la castidad y la continencia eran ya virtudes obligatorias para

todo el mundo, en vez de ser como antes el privilegio de algunos filósofos; la prostitucion no tenia ya motivo ni ocasion de envolverse en un manto religioso para ocultarse en las tinieblas del santuario. Sin embargo, se habia infiltrado tan profundamente desde tanto tiempo atrás en las costumbres religiosas, habia procurado tantos goces secretos á los ministros del altar, que hubo de sobrevivir aun, por aquí y por allá, en el fondo de algunos conventos, procurando mezclarse en el culto indecente de algunos santos. Un vulgo ignorante y grosero seguia adorando á Priapo bajo el nombre de san *Gignolet* ó san *Grelichon*, y siempre en el orígen del cristianismo la prostitucion sagrada ponia á las mujeres estériles en relaciones directas con las estátuas falóforas de aquellos *bienaventurados*.

Pero la noble moral de Cristo habia iluminado los espíritus, encadenado las pasiones, exaltado los sentimientos, purificado los corazones. En los principios de esta nueva creencia pudo creerse que la prostitucion se borraria de las costumbres, sin que fuera necesario poner diques legales á las impurezas de aquel sucio torrente, que san Agustin compara á las cloacas construidas en los mas espléndidos palacios para desviar los miasmas infectos y asegurar la salubridad del aire. La sociedad nueva que se habia fundado en medio del antiguo mundo, y que se conducia desde el principio segun la moral evangélica, hizo una cruda guerra á la prostitucion bajo cualquier forma que osara presentarse; los obispos, los sínodos, los concilios la denunciaban en todas partes á la indignacion de los fieles, obligándola á replegarse en las sombras para sustraerse á los castigos pecuniarios y corporales con que se la perseguia. Pero la sabiduría de los legisladores cristianos hubo de confiar demasiado en la autoridad religiosa; gran solicitud y santo celo mostraron, en reprimir todas las manifestaciones de la concupiscencia; pero no tuvieron en cuenta los instintos, las aficiones, los temperamentos: la prostitucion no podia desaparecer sin poner en peligro el reposo y el honor de las mujeres honradas. Asi que desde luego entró descaradamente en sus innobles dominios, y hubo de arrostrar muchas veces la ley que la retenia en los mas estrechos límites, esforzándose en alejarla de las miradas honestas. El cristianismo era siempre quien levantaba ante ella altas y respetables barreras. El cristianismo haciendo del matrimonio una institucion de verdadera moralidad, y elevando la condicion de la mujer al lado del

esposo, que la tomaba por compañera ante Dios y los hombres, condenó la prostitucion á vivir fuera de la sociedad en tenebrosas guaridas y bájo el sello de la infamia pública.

Con todo eso, la prostitucion no dejaba de tener una existencia asegurada y necesaria: era espulsada de las ciudades, pero encontraba refugio en los suburbios, en las encrucijadas de los caminos, á la sombra de los bosques, en campo raso; distinguíase en medio del pueblo por ciertos colores reputados infames, por ciertas prendas de vestir esclusivamente suyas; pero á pesar de esto seguia ejerciendo su abominable profesion: y si inspiraba horror á la gente púdica y piadosa, atraia á sí á la juventud licenciosa, á los viejos reverdecidos, á todos los que no tenian estimacion que perder. Puede decirse que jamás ha cesado de existir aunque los escrúpulos morales ó religiosos de un rey, de un príncipe ó magistrado hayan llegado al estremo de querer aniquilarla con un esceso de penalidad. Las leyes que habian pronunciado su abolicion, no tardaban mucho en ser abolidas ellas mismas; y esta odiosa necesidad social permanecia constantemente en el cuerpo de la nacion, como una úlcera incurable cuyo progreso detiene no mas la medicina. Tal es el papel de la prostitucion, despues de muchos siglos, en todos los paises donde hay una policía previsora é inteligente. Esto es lo que debe llamarse prostitucion legal: la religion la prohibe, la moral la reprueba, pero la ley la autoriza.

Esta prostitucion legal comprende no solamente á las criaturas que confiesan y practican oficialmente su abyecta profesion, sino tambien á todas las mujeres, que sin tener diploma para abandonarse á los placeres del público, hacen comercio de sus gracias bajo títulos mas ó menos respetables. Hay propiamente hablando dos clases de prostitucion legal: la que tiene derecho y lleva consigo una autorizacion personal, y la que no tiene ese requisito y se autoriza con el silencio de la ley respecto de ella: la una disimulada y oculta; la otra patente y reconocida. En virtud de esta distincion entre dos clases de mujeres prostituidas que se aprovechan del beneficio de la ley civil, pueden apreciarse las diferentes categorías á que se estiende esa prostitucion de contrabando, sobre la cual el legislador ha cerrado los ojos y el moralista duda si debe ó nó entregarla á los juicios de la opinion. Cuanto mas pierde la prostitucion de su carácter de tráfico habitual, mas se

aleja del límite legal de infamia á que la encadena su destino; cuando sale del círculo aun indefinido de sus vergonzosos mercados, se estravia en los vagos espacios de la galantería y de la voluptuosidad. Vése, pues, que no es fácil determinar límites exactos y fijos á la prostitucion legal, pues que no se sabe donde principia ni donde acaba.

Pero lo que debe establecerse desde ahora claramente en el espíritu de nuestros lectores, es la distincion enorme que separa de la prostitucion antigua la prostitucion moderna. Esta puramente legal, tolerada mas bien que permitida, bajo la doble censura de la religion y la moral; aquella al contrario, igualmente condenada por la filosofía, pero consagrada por las costumbres y por los dogmas religiosos. Antes de la era cristiana la prostitucion está en todas partes, en el hogar doméstico, en el templo, en los caminos; bajo la influencia del evangelio no osa ya mostrarse sino á ciertas horas de la noche, en los sitios reservados y léjos de la vista de las gentes honradas. Mas tarde sin embargo, para tener la libertad de presentarse en público y sustraerse á la policía de las costumbres, toma empleos, trajes y nombres que no alarmen el sentido moral de las familias, y se hace una máscara de decencia para ejercer libremente su oficio impúdico sin vigilancia ni contratiempo. Pero siempre, aunque la ley sea impotente ó muda, la opinion pública protesta contra estas hipócritas metamórfosis de la prostitucion legal.

Hemos dicho ya bastante para que se prevea el plan de nuestra obra, fruto de tantas investigaciones y estudios absolutamente nuevos. En cuanto á su objeto no creemos útil insistir para hacerlo comprender; en presencia de semejante asunto un escritor que se respeta á sí mismo tanto como á sus lectores, debe procurar hacer detestable el vicio, aunque el vicio se presente con adornos seductores: basta para ello apuntar sus tristes consecuencias. Nuestra obra no es un libro de austera moral; es una historia sumamente curiosa llena de cuadros interesantes cuya desnudez velaremos con decoro, sobre todo en aquellos que nos suministran copiosamente los autores griegos y romanos. Pero en todas los épocas y en todos los paises se verá que las sabias advertencias de los filósolos y de los legisladores protestaron contra los estravíos de las pasiones sensuales. Moisés consagraba la castidad en el código que dió á los hebreos; Solon y Licurgo castigaban la prostitucion en la voluptuosa patria de las cortesanas; el se-

nado romano infamaba la disolucion en presencia de los sórdidos misterios de Isis y de Vénus; Carlo-Magno, S. Luis, todos los reyes que se miraban como *pastores de hombres*, segun la bella espresion de Homero, trabajaron por depurar las costumbres de sus pueblos y contener la prostitucion en una oscura y abyecta esclavitud. No era esto sino la accion vigilante de la ley, pero al mismo tiempo la filosofía en sus lecciones y en sus escritos enseñaba la continencia y el pudor; Pitágoras, Platon, Aristóteles, Ciceron, prestaban su elocuente voz á la moral mas pura. Cuando el evangelio hubo rehabilitado el matrimonio, cuando la castidad vino á ser una prescripcion religiosa, la filosofía cristiana no hizo mas que repetir los consejos de la filosofía pagana. Desde hace diez y ocho siglos la cátedra de Jesucristo truena y fulmina sobre el antro de la prostitucion. Aquí el fango y las tinieblas; allí el agua pura y santa en que se lavan las manchas del corazon y una luz vivificante que viene de Dios.

Este libro se divide en cuatro partes, cuya reunion presenta la historia completa de la prostitucion en los tiempos antiguos y modernos, lo mismo que en todos los pueblos.

La primera parte que nos ofrece la Prostitucion bajo sus tres formas particulares siguiendo las leyes de la hospitalidad, de la religion y de la política, solo comprende la antigüedad griega y romana. Las fuentes y materiales son tan abundantes y ricos para esta primera parte, que podria por sí solo abrazar la estension de muchos volúmenes, si se hubiera de dar al asunto todo su desenvolvimiento. Las cartas de Alcifronte, los Deipnosofistas de Ateneo y los diálogos de Luciano, nos hacen sentir menos la pérdida de los tratados históricos, que Gorgias, Ammonio, Antifanes, Apolodoro, Aristófanes y otros escritores griegos escribieron sobre la vida y costumbres de las cortesanas ó hetarias. Meursio, Musonio y otros muchos sabios modernos, entre otros el profesor Jacobo de Gotha, no han juzgado este asunto indigno de sus graves disertaciones. La antigua Roma no nos ha dejado un libro consagrado especialmente á una materia, que no le era estraña sin embargo; pero los autores latinos, los poetas principalmente, acopian mas materiales que los que nosotros podríamos emplear. Por otra parte sabios en *ús* como Laurentius, Choveronius, etc., no han dejado de compilar y de disertar sobre los arcanos de la prostitucion romana. Tenemos tan poco que decir de la prostitucion ejípcia, judía y

babilónica, que no escrupulizamos referir á las antigüedades griegas los capítulos que consagramos á aquellos antiguos pueblos, en que la prostitucion hospitalaria dejara huellas tan profundas.

La segunda parte de nuestra obra, la mas considerable é interesante de las cuatro que la componen, pertenece esclusivamente á Francia. Aquí seguiremos paso á paso, provincia por provincia, pueblo por pueblo, la historia de la Prostitucion, desde los galos hasta nuestros dias. Y no dejaremos de encontrar vestigios, apenas conocidos, de la prostitucion sagrada, pero la prostitucion legal es la que en esta parte de la obra se desentrañará de la historia de la jurisprudencia, de la policía, de la religion y de las costumbres. Este asunto de alta moralidad no habia sido tratado hasta ahora: Parent-Duchatelet, que era un observador y no un historiador ni arqueólogo, no ha visto, no ha juzgado la prostitucion, sino bajo el aspecto de la administracion, la higiene y la estadística. Las obras del mismo género que el suyo, publicadas por Beraud y por Sabatier, comprenden algunos hechos históricos mas que el voluminoso tratado de la *Prostitution dans la Ville de Paris;* pero estos no tienen importancia sino bajo el punto de vista de la legislacion.

La historia de las costumbres y de sus variados aspectos, está aun por hacer, y nosotros la hemos sacado, hecho por hecho, de los historiadores, de los cronistas, de los poetas, de todos los autores en fin, que han apuntado, siquiera sea de paso, un detalle relativo al asunto, tan vasto y complexo que abordamos por la primera vez. Algunas páginas del *Traité de Police* de Delamarre, el *Repertoire de Jurisprudence*, de Merlin; Enciclopédias y Compendios análogos, es todo lo que existia sobre esta materia antes de la escelente monografía que Mr. Rabutaux publica en este momento como apéndice á la gran obra titulada *Le Moyen Age et la Renaissance*. Mr. Rabutaux ha limitado su trabajo de erudicion á lo que él llama el servicio de las costumbres. Nosotros añadiremos lo histórico de la prostitucion en Francia, y la pintura, decorosa siempre, de sus caractéres esteriores, y de su culto secreto con presencia de los documentos mas auténticos. Penetraremos con la luz de la ciencia en la mano, en las gazaperas de la calle *Baillehoè* ó de *Huleu*; nos introduciremos con los eróticos del siglo XVIII en las casitas de las *impuras*; nos deslizaremos hasta los bosques reales de *Parc-aux Çerfs;* descenderemos cubriéndonos el rostro en los infectos rincones del *Palais Royal:* y siempre y en todas partes es-

cribiremos con letras de fuego en la pared esta frase mas inteligible que la del festin de Baltasar: *sin las costumbres no hay ni Dios, ni pátria, ní reposo, ni felicidad.*

La tercera parte de este libro se reserva á la historia de la prostitucion en el resto de Europa: Italia, España, Inglaterra, Alemania etc., traerán á su vez su contingente de hechos singulares, á esta galería de costumbres que veremos modificarse segun los tiempos y los paises. Los materiales para esta parte de nuestra obra están dispersos como los que conciernen á Francia, sin haber sido nunca recopilados, escepcion hecha del notable tratado de la prostitucion de Lóndres. Su autor Ryan no se ha ocupado mas que de lo que él mismo ha visto, y por consiguiente no entran en su libro los hechos pasados. España con su *Celestina* nos hace conocer aquella prostitucion astuta y refinada que debió traer ciertamente de Italia. A esta nacion, brillante gineceo de cortesanas y rufianes, atribuiremos el orígen de esa terrible peste del amor, que los italianos del siglo XVI tuvieron el valor de atribuirnos á nosotros los franceses, como si Cárlos VIII no hubiera ido á Nápoles á inficionarse. Tendremos cuidado de recordar la Laponia, único punto de Europa en que la prostitucion hospitalaria sea un hecho todavía.

Finalmente la cuarta parte de esta historia, con frecuencia triste y dolorosa, nos conducirá á todos los paises situados fuera de Europa, al Asia, al Africa, á la América y por donde quiera encontraremos así en la India civilizada, como entre los salvajes de la mar del Sur, las tres formas principales de la prostitucion hospitalaria, sagrada y legal. Esta última forma, sin embargo, se mostrará allí mas raramente que las otras dos, antes que la civilizacion moderna haya pasado su nivel sobre las costumbres religiosas y domésticas de las cuatro partes del mundo. Las religiones de la India, la hospitalidad de Otaiti, la legislacion de las mujeres públicas en los Estados-Unidos, darán lugar á contrastes que la distancia de los lugares y de las épocas hará mas interesantes para el observador. En vano buscaremos un pueblo en todo el mundo que no haya aceptado como un mal necesario la lepra de la prostitucion.

La lectura de nuestra obra, insistimos en declararlo préviamente, será de gran enseñanza y de verdadera utilidad para todos. En ella se aprenderá, sobre todo, á dar gracias á la Providencia, que nos ha per-

mitido vivir en una época, en que la prostitucion se borra de las costumbres y los sentimientos de honor y de virtud nacen por sí mismos en los corazones. Hay que ver lo que ha sido la prostitucion entre nuestros mayores para juzgar del mejoramiento social que cada dia nos trae y cuyos beneficios estenderá aun el porvenir. La prostitucion es una enfermedad pública: describir sus síntomas y estudiar sus causas es preparar su remedio.

Pedro Dufour.

HISTORIA DE LA PROSTITUCION.

PRIMERA PARTE.

ANTIGÜEDAD.

Grecia.—Roma.

CAPÍTULO PRIMERO.

La Caldea, cuna de la prostitucion hospitalaria y de la prostitucion religiosa.—Babilonia, Vénus Milita.—Ley vergonzosa de los babilonios.—Misterios del culto de Milita.—Culto de Vénus Urania en la Isla de Chipre.—El profeta Baruch y Herodoto.—Prostitucion sagrada de las mugeres de Babilonia.—Ofrendas para tener propicia á Vénus.—El campo sagrado de la prostitucion.—Espantosa corrupcion de los babilonios.—Su ciencia en el arte de los placeres sensuales.—Impudor de las babilonias en los festines.—Prostitucion sagrada en Armenia.—Templo de Vénus Anaitis.—Serrallo de ambos sexos.—Huéspedes de Vénus.—El recinto sagrado.—Sacerdotisas de Anaitis.—La prostitucion sagrada en Siria.—Culto de Vénus, de Adonis y de Priapo.—La Astarté de los Fenicios.—Fiestas nocturnas y disoluciones infames que tenian lugar bajo los auspicios y en honor de Astarté.—La Diosa de los Sidonios.—La prostitucion religiosa en la Isla de Chipre.—Las jóvenes de Amatunta.—Cypris favorita del rey Cyniras, fundador del templo de Pafos.—Falos ofrecidos en holocausto.—La Vénus hermafrodita de Amatunta, llamada la diosa doble.—Misterios ocultos del culto de Astarté.—La Nevatilla.—Filtros amorosos de los magos.—La prostitucion religiosa en las colonias fenicias.—Las tiendas de las jóvenes en Sica-Venéria.—Principales caractéres del culto de Vénus descritos por S. Agustin.—Culto hermafrodita en el Ásia menor.—Fiestas en honor de Adonis en Biblos.—Ritos del culto de Adonis.—Su estátua falófora.—Templos de Vénus Anaitis en Zelo y en Comanes, en Susa y Ecbatana.—La prostitucion entre los Partos y Amázonas.—Molicie de los Lidios.—Sepulcro del rey Alyattes, padre de Creso, construido casi enteramente con el dinero de la prostitucion.—Cortesanas músicas y bailarinas en el ejército Lidio.—Orgia de los antiguos Persas en presencia de sus mujeres é hijos.—Las 329 concubinas de Dario.

En la Caldea, antigua cuna de las sociedades humanas, hay que buscar las primeras huellas de la prostitucion. Una parte de la Caldea, la que confinaba al norte con la Mesopotamia y comprendia el pais de Ur, patria de Abraham, tenia por habitantes una raza salvaje y belicosa, que vivia en medio de las montañas y no conocia mas arte ni profesion que la caza. Aquel pueblo cazador inventó la hospitalidad y la prostitucion, que era en cierto modo su espresion franca y

brutal. En la otra parte de la Caldea, que lindaba con la Arabia desierta y que se estendia en fértiles llanuras, otro pueblo pastor de índole dulce y pacífica llevaba una vida errante en medio de sus numerosos ganados. Este pueblo observaba los astros, creaba las ciencias, inventó las religiones y con ellas la prostitucion sagrada ó religiosa. Cuando Nemrod, aquel rey conquistador á quien la Bíblia llama *el cazador fuerte delante de Dios*, reunió bajo sus leyes las dos provincias y los dos pueblos de la Caldea, cuando fundó la gran ciudad de Babilonia á orillas del Eufrates, el año del mundo 1402, segun los libros de Moisés, dejó mezclarse las creencias, las ideas y las costumbres de las diferentes razas de sus súbditos, y ni siquiera dirigió aquella fusion, que se operó lentamente bajo la influencia del hábito. Asi la prostitucion religiosa y la hospitalaria no significaron luego mas que una sola y misma cosa en el pensamiento de los babilonios, viniendo á ser simultáneamente una de las formas mas características del culto de Vénus ó Milita.

Escuchemos á Herodoto, el venerable padre de la historia y el mas antiguo colector de las tradiciones del mundo.

«Los babilonios tienen una ley muy vergonzosa: toda mujer nacida en el país, está obligada una vez en su vida á ir al templo de Vénus para entregarse en el á un estranjero. Muchas de ellas orgullosas por sus riquezas se desdeñan de confundirse con las otras, y se hacen llevar al templo en lujosos carros cubiertos. Allí permanecen sentadas, teniende á su espalda un gran número de esclavos que las han acompañado; pero la mayor parte de las demás concurrentes se sientan en tierra en un sitio dependiente del templo de Vénus con una corona de flores en la cabeza. Unas llegan, otras se retiran, viéndose en todos sentidos sitios circunscritos por cuerdas estendidas; los estranjeros se pasean por las calles intermedias y elijen á su gusto una de aquellas mujeres. Cuando una concurrente ha tomado asiento en el lugar sagrado, no puede volver á su casa sin que algun estranjero le haya arrojado dinero en el regazo y sin que haya tenido comercio con ella fuera del sagrado recinto. Al arrojarle el dinero el estranjero le dice:

—»Invoco á la Diosa Milita.

»Por módica que sea la suma no teme sufrir reproche: la ley lo prohibe, porque este dinero es sagrado. La mujer sigue al estranjero sin que le sea permitido mostrar el menor desagrado.

»Finalmente, cuando ha cumplido la obligacion que la trajo al templo de la diosa, abandonándose al hombre estranjero, vuelve á su casa, y entonces no seria posible seducirla con todo el dinero del mundo. Aquellas mujeres á quienes tocó en suerte el gran atractivo de la belleza, no permanecen mucho en el templo; las feas sí; pues no pueden satisfacer á la ley tan pronto como ellas quisieran. Hay fea que permanece en el sagrado recinto esperando á un estranjero tres y cuatro años.» (Lib. 1.° P. 199).

Esta prostitucion sagrada que se estendia con el culto de Milita ó Vénus Urania en la Isla de Chipre y en Fenicia, es uno de esos hechos de verdad histórica, por raro, inverosimil y aun monstruoso que parezca. El profeta Baruch, que Horodoto no habia consultado y que se lamentaba con Jeremías dos siglos antes del historiador griego, refiere las mismas torpezas en la epístola de Jeremías á los judíos, que Nabucodonosor habia llevado cautivos á Babilonia.

Mujeres ceñidas de cuerdas se sientan á orillas de los caminos y queman perfumes. (*Succendentes ossa olivarum.*) Cuando una de ellas atraida por algun pasajero se abandona á la sensualidad, reprocha á su vecina su desgracia de no haber sido digna, como ella, de las impúdicas caricias de aquel hombre y de no haber podido romper su ceñidor de cuerdas.» (Baruch ch. 6.)

Aquel cinturon de cuerdas, que rodeaban el cuerpo de la mujer consagrada á Vénus, representaba el pudor que solo las retenia por un débil lazo y que un amor impetuoso debia romper fácilmente. El estranjero, á quien agradaba alguna de estas mujeres, tomaba la estremidad de la cuerda que la ceñia y arrastraba á sí su conquista bajo los cedros y lentiscos, que prestaban su sombra á la consumacion de aquel misterio. El sacrificio era sobre manera grato á Vénus, cuando el sacrificador en su arrebato amoroso rompía impetuosamente todos los lazos que le hacian estorbo. Pero los sabios que han comentado el famoso pasaje de Baruch, no están deacuerdo sobre la especie de ofrenda que las consagradas quemaban para tener propicia á la diosa. Segun unos, era un panecillo de cebada ó de trigo; segun otros, era un filtro que enardecia los deseos y preparaba á la sensualidad: finalmente por una esplicacion mas natural no se trataba sino del fruto perfumado del árbol del incienso.

Herodoto habia visto por sus propios ojos, hácia el año 440 antes

de Cristo, la prostitucion sagrada de las mujeres de Babilonia: como estranjero debió echar sin duda algun dinero en el regazo de alguna de ellas. Tres siglos y medio despues de él, otro viajero, Strabon, fué tambien testigo de aquellas disoluciones y refiere que todas las mujeres de Babilonia obedecian al oráculo abandonándose á un estranjero, que consideraban como á un huésped benéfico. Esta prostitucion no tenia lugar mas que en un solo templo, donde se habia establecido desde los primeros tiempos de la fundacion de Babilonia. El templo de Milita hubiera sido demasiado pequeño para contener á todos los adoradores de la diosa; pero habia al rededor de este templo un ámplio recinto que formaba parte de el y que comprendia edículos, bosquecillos, fuentes y jardines. Era el campo de la prostitucion. Las mujeres que en el entraban se hallaban en un lugar sagrado en que la presencia del padre ó del marido no podia turbar sus amorosos goces. Ni Horodoto ni Strabon hablan de la parte que se reservaba el sacerdote en las ofrendas de las piadosas devotas de Milita; pero Baruch nos representa á los sacerdotes babilonios como hombres que nada rehusaban.

Compréndese bien que el espectáculo permanente de la prostitucion religiosa corrompiera las costumbres de Babilonia. En efecto, aquella inmensa ciudad poblada de tantos millones de habitantes esparcidos en un ámbito de quince leguas, vino á ser muy luego un espantoso lugar de impudicicia. Destruida fué en parte por los persas que se apoderaron de ella el año 331 antes de Cristo; pero la ruina de algunos grandes edificios, el saqueo de los palacios y sepulcros, la destruccion de sus pasmosas murallas no purificaron el aire pestilencial de la prostitucion, que se perpetuó en Babilonia como en su propia patria, mientras hubo un techo que la abrigara. El mismo Alejandro Magno hubo de asombrarse del libertinaje babilónico, cuando fue allá á tomar parte en el y á morir.

»No habia nada en el mundo mas corrompido que aquel pueblo, dice Quinto Curcio, uno de los historiadores del conquistador de Babilonia; nada mas hábil ó entendido en el arte de los placeres sensuales. Los padres permitian que sus hijas se prostituyeran por el dinero de sus huéspedes, y los maridos no eran menos indulgentes en este punto respecto de sus mujeres. Los babilonios se degradaban sobre todo en la embriaguez, ocasion de todos los desórdenes. Las mujeres aparecian al principio con modestia en los banquetes; pero luego se iban despo-

jando de sus ropas hasta quedar completamente desnudas. Y no eran por cierto mugeres públicas las que así se abandonaban; sino las mas calificadas de nobleza, madres é hijas.»

El ejemplo de Babilonia habia dado fruto y el culto de Milita hubo de propagarse con la prostitucion que lo acompañaba por el Asia y el África hasta el fondo del Egipto y de la Persia; pero en cada uno de estos paises tomaba la diosa un nombre nuevo y su culto afectaba nuevas formas, bajo las cuales reaparecia siempre la prostitucion sagrada.

En la Armenia se adoraba á Vénus bajo el nombre de Anaitis, y se le erigió un templo á imitacion del que tenia Milita en Babilonia. Al rededor de este templo se estendia un vasto recinto en que vivia encerrada una poblacion consagrada á los ritos de la diosa. Unicamente los estranjeros tenian derecho á entrar en esta especie de serrallo de ambos sexos y pedir en él una hospitalidad que nunca se les negaba. Todo el que era admitido en la ciudad amorosa debia, segun antigua usanza, comprar por un presente los favores con que se le brindaba; pero como no hay costumbre que tarde ó temprano no caiga en desuso en épocas de decadencia, la mujer á quien el huésped de Vénus habia distinguido con sus caricias, lo obligaba á aceptar un agasajo mas considerable que el que habia recibido ella. Los iniciados é iniciadas del sagrado recinto pertenecian á las mejores familias del país y entraban al servicio de la diosa por un tiempo mas ó menos dilatado, segun el voto de sus padres. Cuando las jóvenes salian del templo de Anaitis, dejando en sus altares todo lo que habian ganado á costa de su pudor, no tenian porque avergonzarse de la profesion que habian hecho, y entonces no les faltaban maridos que iban al templo á tomar informes de los antecedentes religiosos de las jóvenes sacerdotisas. Y cosa rara, las que habian acogido mas estranjeros en su seno impúdico, aquellas eran las mas meritorias para los pretendientes. Hay que decir que para el culto de Anaitis, se requeria siempre la condicion de belleza y juventud á fin de propiciar á la diosa y á sus adoradores. Strabon es quien ha conservado esta particularidad, que no encontramos en las otras Vénus.

Estas diferentes Vénus se habian dispersado por toda la Siria y habian establecido en todas partes su culto de prostitucion con ciertas variantes de ceremonial. Vénus, bajo estos diversos nombres, deificaba el órgano de la mujer, la concepcion femenina, la naturaleza hembra;

era pues muy natural deificar tambien el órgano del hombre, la generacion masculina, la naturaleza macho. Los hombres habian inventado el culto de Vénus; las mujeres inventaron el de Adonis, que materializándose luego, vino á ser el de Priapo, viéndose en la antigüedad reinar los dos cultos, el uno junto al otro en buena inteligencia. Pero hay que atribuir á los fenicios la propagacion de los dos, que con frecuencia formaban uno solo, mezclándose el uno con el otro. La Vénus de los fenicios se llamaba Astarté: tenia templos en Tiro y en Sidon y en las principales ciudades de Fenicia; pero los mas célebres eran los de Heliopolis, Siria y Afaque cerca del monte Líbano. Astarté tenia los dos sexos en sus estátuas representando á la vez á Vénus y á Adonis. La promiscuidad de los dos sexos se traducia aun mejor por el disfraz de los hombres en mujeres y de las mujeres en hombres en las fiestas nocturnas de la diosa. El libertinaje mas infame tenia lugar á favor de estos disfraces, y el sacerdote regulaba por sí mismo la ceremonia al son de los sistros y panderas. Esta monstruosa promiscuidad que se realizaba bajo los auspicios de la *buena diosa*, traia por consecuencia fatal una multitud de hijos perdidos que jamás conocian á sus padres, y que venian á su vez, desde su mas tierna juventud, á encontrar á sus madres en los impúdicos misterios de Astarté. Habia sin embargo una especie de matrimonio, fuera de la prostitucion religiosa, á la cual se daban hombres y mujeres, pues que los fenicios, segun la autoridad de Eusebio, prostituian sus hijas vírgenes á los estranjeros para mayor gloria de la hospitalidad. Estas torpezas que no absolvia su antigüedad, continuaron hasta el cuarto siglo de la era vulgar, y fué preciso que el gran Constantino pusiera órden en esto; prohibiéndolas por una ley y destruyendo los templos de Astarté, que reemplazó en Heliopolis con una iglesia cristiana.

Esta Astarté, que llama la Biblia *diosa de los Sidonios*, tuvo altares no menos impuros en la Isla de Chipre donde los fenicios de Ascalon importaron muy á los principios con su industrioso comercio la prostitucion sagrada. Hubiérase dicho que Vénus, nacida de la mar, como el brillante planeta Urano, que los pastores Caldeos veían salir de ella en las serenas noches del estio, habia elegido por terrestre imperio aquella Isla de Chipre, que los dioses le asignaron á su nacimiento, como por boca de Homero nos lo dicen las tradiciones griegas. Era la Astarté de los Fenicios, la Urania de los babilonios: tenia

en su isla veinte famosos templos, de los cuales los mas célebres eran los de Pafos y Amatunta, donde la prostitucion sagrada se ejercia en mayor escala que en todas partes.

Y sin embargo, las jóvenes de Amatunta habian sido castas y aun obstinadas en su misma castidad, cuando Vénus apareció en sus playas entre la espuma de la mar: las pobres Propétidas menospreciaron á aquella nueva diosa que se les presentaba completamente desnuda: la diosa indignada les ordenó prostituirse con todo pasagero para expiar la mala acogida que le hicieran, y las castas vírgenes hubieron de obedecerla con tanta repugnancia, que Vénus, la protectora de los amores, mas indignada aun, hubo de trasformarlas en piedras.

Y fué una leccion que aprovecharon las hijas de Chipre, pues se consagraron á la prostitucion en honor de la diosa y se paseaban por la tarde á la orilla de la mar para venderse á los estrangeros que arribaban á la isla. Lo mismo sucedia en el segundo siglo en tiempo de Justino, que refiere estos paseos de las jóvenes ciprias á lo largo de la playa; pero en aquella época el producto de su prostitucion no era depositado como en el orígen, en el altar de la diosa. Aquel deshonroso lucro se iba guardando en una arca para reunir la dote, que aportaban á sus maridos y que estos aceptaban sin sonrojo.

Respecto á las fiestas de Vénus, que atraian á la isla de Chipre una multitud de adoradores celosos, no eran menos acompañadas de actos ó emblemas de prostitucion. Atribuíase la fundacion del templo de Pafos al rey Cinyras, y los sacerdotes del lugar pretendian que la favorita de este rey, llamada Cypris, se habia creado tal fama de habilidad é inteligencia en materia de amor, que la misma diosa quiso llevar su mismo nombre. La Vénus que se adoraba en Pafos, era pues la imágen ó personificacion de la naturaleza hembra, lo mismo que la Milita de Babilonia. Así en los sacrificios que se le ofrecian, se le presentaba bajo el nombre de *Carposis* un falo ó pieza de moneda. Los iniciados no se contentaban con la alegoría.

La diosa estaba representada al principio por un cono ó pirámide de piedra blanca, que fué mas tarde trasformada en estátua de mujer. La estátua del templo de Amatunta, representaba al contrario una mujer barbada con los atributos del hombre bajo un ropaje femenil. Aquella Vénus era hermofrodita, segun Macrobio *(putant eamdem ma-*

rem ac feminam esse.) Hé aquí por que Cátulo la invoca calificándola de doble diosa de Amatunta (*duplex Amathusia.*)

Los misterios mas secretos de esta Astarté tenian lugar en el bosque sagrado que rodeaba su templo, y en aquel sitio siempre verde se oia suspirar al *iunx*, ó ave sagrada de la diosa. Este pájaro, cuya carne empleaban los magos para sus filtros amorosos, no era otro que nuestra trivial nevatilla: Si nos ha venido de Chipre, tiempo ha tenido de cambiar en el camino. Esta isla afortunada tenia además otros templos en que el culto de Vénus seguia los mismos ritos: en Cinyria, en Tamasa, en Afrodisia, en Idalia sobre todo, la prostitucion religiosa tomaba los mismos pretestos, sino las formas mismas.

Desde Chipre fué nuevamente invadiendo todas las islas del Mediterráneo; penetró en Grecia y hasta en Italia: la marina mercante de los fenicios la llevaba donde quiera que iba á buscar ó depositar sus mercancías. Pero aceptando cada pueblo el culto que halagaba sus pasiones, le añadia algunos rasgos de su carácter y costumbres. En las colonias fenicias, la prostitucion sagrada conservaba el sello de mercantilismo que distinguia á aquella raza de comerciantes; en Sicca-Veneria, en el territorio de Cartago, el templo de Vénus que se llamaba en habla tiria *Succoth Benoth*, ó las *Tiendas de las jóvenes*, era en efecto un asilo de prostitucion al que las hijas del pais iban á ganar su dote con el trabajo de su cuerpo *(injuria corporis*, dice Valerio Máximo.) Estas pobres mujeres no eran sino muy honradas, despues de haber hecho su infame iniciacion, casándose al fin ventajosamente. Puede inferirse de ciertos pasajes de la Biblia que este templo como los de Astarté en Sidon y en Ascalon, estaba completamente circuido de pequeñas tiendas, en que las jóvenes cartaginesas se consagraban á la Vénus fenicia. De todas partes acudian á ellas en tan gran número que se perjudicaban mútuamente y no podian volver á Cartago tan pronto como hubieran querido para encontrar allí esposo.

Los templos de Vénus estaban ordinariamente situados en alturas á vista de la mar, á fin de que los marinos fatigados de su navegacion pudiesen ver desde léjos como un faro la blanca mansion de la diosa que les ofrecia reposo y placer. Bien se comprende que la prostitucion hospitalaria debió establecerse en provecho de los marinos, á lo largo de las costas donde podian arribar: prostitucion que vino á ser sagrada ó reli-

giosa luego que el sacerdote, queriendo tomar parte en ella, la cubrió en cierto modo con el velo de la diosa que la protegia. San Agustin, en su *Ciudad de Dios* ha descrito los principales caractéres del culto de Vénus, consignando que habia tres Vénus mas bien que una: la de las vírgenes, la de las mujeres casadas y la de las cortesanas, diosa impúdica á quien los fenicios, dice el Santo, inmolaban el pudor de sus hijas antes de que se casaran.

Toda el Asia menor abrazó con entusiasmo un culto que divinizaba las pasiones y apetitos sensuales; culto que con frecuencia asociaba Adonis á Vénus. Adonis de quien los hebreos sacaron el nombre del Dios Creador del Universo *(Adonai)* personificaba la naturaleza macho, sin la cual es impotente la naturaleza hembra. Así en las fiestas fúnebres que se celebraban en honra de aquel dios cazador, devorado por un javalí y tan llorado de Vénus su divina amante, se simbolizaba la extincion de fuerzas físicas y materiales, que se pierden por el abuso hecho de ellas y que no se recobran sino despues de un reposo absoluto. Durante estas fiestas, celebérrimas en Biblos y en Síria, que atraian una inmensa multitud cosmopolita al rededor del gran templo de Vénus, las mujeres debian consagrar sus cabellos á su pudor á la diosa.

Una de estas fiestas se llamaba *del duelo*, fiesta patética en que se lloraba la muerte de Adonis, golpeándose mútuamente las mujeres con las manos y aun con varas. Luego venia la *fiesta de la alegria*, que anunciaba la resurreccion de Adonis; entonces se esponia bajo el pórtico del templo la estátua falófora del dios resucitado y al punto toda mujer presente estaba obligada á entregar sus cabellos al altar ó su cuerpo á la prostitucion. Las que preferian conservar su cabellera se reunian en una especie de mercado donde solamente los estranjeros tenian el privilegio de penetrar: allí estaban en venta, dice Luciano, un dia entero abandonándose á un tráfico deshonesto tantas veces como eran solicitadas y retribuidas. Todo el dinero que producia esta laboriosa jornada se empleaba allí mismo en hacer sacrificios á la diosa. Así pues se solemnizaban los amores de Vénus y de Adonis; se estrañará que los habitantes del pais fueran tan aficionados á un culto en que sus mujeres obtenian todo el beneficio de los misterios de Vénus; pero hay que notar que los estrangeros no estaban menos interesados que ellas en aquellos misterios que parecian instituidos espre-

samente para ellos. El culto de Vénus era pues en cierto modo sedentario para las mujeres, nómada para los hombres, pues estos podian visitar alternativamente los diversos templos de la diosa aprovechándose en todas partes de las ventajas reservadas á los estrangeros y huéspedes.

Efectivamente en el Asia menor habia por donde quiera templos dedicados á Vénus y la prostitucion religiosa presidia á estas impúdicas fiestas de la diosa bajo el nombre de Milita, Anaitis, Astarté, Urania, Mitra ó cualquiera otra advocacion simbólica. Habia en Zela y en Comanes dos templos de la Vénus Anaitis que atraian á sus grandes solemnidades una multitud inmensa de entusiastas adoradores: estos dos templos se enriquecieron prodigiosamente con el dinero de los jóvenes licenciosos que acudian de todas partes á cumplir sus inmorales votos. (*Causa votorum*, dice Strabon.) Mientras duraban las fiestas las cercanías del templo de Comanes estaban pobladas de hombres de todas las naciones ofreciendo una estraña mezcla de lenguas y de trajes. Las mujeres que se consagraban á la diosa del amor y que hacian oro del suyo (*Corpore quaestum facientes*) eran tan numerosas como en Corinto, añade Strabon, que habia sido testigo de tan pasmosa afluencia. Lo mismo sucedia en Susa y Ecbatana en Media; entre los partos que fueron discípulos y émulos de los persas, en hecho de sensualidad y de lujuria; hasta en el pais de las Amazonas que se desquitaban de su ordinaria continencia introduciendo estraños desórdenes en el culto de su Vénus que llamaban ellas sin embargo Artemisa la *Casta*. Pero en Lidia fué donde la prostitucion sagrada penetró mas hondamente en las costumbres: Los lidios que se jactaban de haber inventado todos los juegos de azar y que se dedicaban á ellos con una especie de furor, vivian en la molicie, eterna consejera de la disolucion. Todo placer era para ellos bueno sin necesidad de pretesto religioso ni de ocasiones de sagradas fiestas. Adoraban á Vénus con todas las impurezas que su culto habia admitido, pero además las jóvenes se consagraban á Vénus practicando por su propia cuenta la prostitucion mas desvergonzada.

«Así ganan su dote, dice Herodoto, y continuan su vil comercio hasta que encuentran marido.»

Aquella dote tan inmoralmente adquirida les daba derecho de elegir esposo, el cual no lo tenia para rehusar la eleccion hecha en honra

suya. Parece ser que las jóvenes lidias no hacian malos negocios de esta especie, pues cuando hubo de erigirse un sepulcro al rey Aliates padre de Creso, contribuyeron ellas al cuantioso dispendio de comun acuerdo con los mercaderes y los artesanos de Lidia. Aquel sepulcro era magnífico y sus inscripciones conmemorativas determinan la parte que en su construccion habia tenido cada una de las tres categorías de sus fundadores: ahora bien, las cortesanas habian suministrado una suma crecidísima y hecho edificar una porcion del monumento mas considerable que las otras dos, costeadas por los artesanos y mercaderes.

Habiendo sido subyugados por los persas los lidios, hubieron de comunicar á sus vencedores el veneno de la prostitucion á que ellos se daban. Los Lidios que tenian en su ejército una multitud de mujeres músicas y bailarinas maravillosamente ejercitadas en el arte de la sensualidad, enseñaron á los persas á poner la atencion en aquellas mujeres que tocaban la lira, la flauta, el salterio y el tambor. La música vino á ser entonces el estímulo del libertinaje y no hubo ya banquete ni comida en que la embriaguez y la licencia no fueran solicitadas por los sonidos de los instrumentos, por los impúdicos cantos y las danzas lascivas de las cortesanas. Y los antiguos persas ni siquiera velaban aquel vergonzoso espectáculo, aquellos preludios de orgía desenfrenada, á la vista de sus mujeres y de sus hijas las cuales venian á tomar parte en el festin coronadas de flores y descubiertas, ellas que vivian ordinariamente encerradas en el interior de sus casas y que no salian sino veladas para visitar el templo de Mitra, la Vénus de los persas. Animadas por la música, enardecidas por el vino, exaltadas por la voluptuosa pantomima de las bailarinas, aquellas jóvenes, aquellas matronas, aquellas mujeres de calidad y aun de respeto perdian muy luego todo miramiento, y con la copa en la mano aceptaban y cambiaban las provocaciones mas deshonestas en presencia de sus padres, de sus hermanos, de sus maridos y aun de sus hijos. Las edades, los sexos, las clases, todo se confundía bajo el imperio de un vértigo general: los cantos, las voces, las danzas redoblaban, y el santo Pudor cuyos ojos y oidos se escandalizaban de aquel modo, se envolvía avergonzado en los pliegues de su manto y huía de aquellas escenas de sensualidad inverosímil. Una horrible promiscuidad tenia lugar entonces en la sala del festin, que venia á ser ya infame *dicterion*. El banquete

con sus libidinosos intermedios se prolongaba de esta suerte hasta que la luz del nuevo dia hacia palidecer las antorchas y los convidados de ambos sexos, unos medio desnudos, desnudos otros del todo, caían en confusion rendidos por el desórden en sus lechos de plata y de marfil. Tal es la relacion que Macrobio y Ateneo nos hacen de aquellos escandalosos festines, que Plutarco procura cohonestar, aunque confesando que los persas habian imitado algo á los partos, los cuales se daban con furor á todos los estravíos y arrebatos de la embriaguez.

Por lo demás desde la mas remota antigüedad los reyes de Persia tuvieron siempre millares de concubinas músicas, agregadas á su séquito, y Parmenion general de Alejandro de Macedonia hubo de encontrar aun en los bagajes de Dario trescientas veinte y nueve cortesanas, que le habian quedado despues de la derrota de Arbella, con dos cientos setenta y siete cocineros, cuarenta y seis tejedores de coronas y cuarenta perfumistas, como el último despojo de su lujo y poderío.

CAPÍTULO II.

La prostitucion en Egipto autorizada por las leyes.—Codicia de los Egipcios.—Sus incomparables talentos para escitar y satisfacer las pasiones.—Fama de las cortesanas de Egipto. —Culto de Osiris y de Isis.—Osiris emblema de la naturaleza macho.—Isis emblema de la naturaleza hembra.—El Bieldo místico, el Tau sagrado, y el ojo sin cejas de las procesiones de Osiris.—La vaca de leche.—Las cistóforas y falos de las procesiones de Isis.—La prostitucion religiosa en Egipto.—Iniciaciones impúdicas de los neófitos de ambos sexos reservados á los sacerdotes egipcios.—Opinion de S. Epifanio sobre estas ceremonias ocultas.—Fiestas de Isis en Bubasta.—Obscenidades de las mugeres que allí iban.—Subterráneos en que tenian lugar las iniciaciones de Isis.—Profanacion de los cadáveres de las jóvenes por sus embalsamadores.—Ramses prostituye á su hija para conocer al ladron de su tesoro.—Sutileza del ladron al que dá su hija en matrimonio.—La hija de Cheope y la gran pirámide.—La pirámide de enmedio.—La piramide de Micerino y la cortesana Rodopisa.—Historía de Rodopisa y de su amante Caraxo, hermano de Safo.—Rodopisa.—Dorica.—Esopo y esta cortesana.—El rey Amasis, el águila y la sandalia de Rodopsia.—Epígrama de Pausidipe.—Neucratis, ciudad de las cortesanas.—La cortesana Archidice.—Los Tolemeos.--Tolemeo Filadelfo y sus cortesanas Cleine, Mneside, Pothyne y Myrthion.—Strastonice.--La bella Bilistica.--Tolemeo Filopator é Irene.--La cortesana Hipea ó la Yegua.

El Egipto á pesar de sus sabios y sacerdotes que le habian enseñado la moral, no estuvo tampoco exento de la plaga de la prostitucion: tenia grandes relaciones de vecindad y de comercio con los fenicios para no adoptar algo de una religion que como la púrpura y el incienso le venia de Tiro y de Sidon. Dejóles el dogma íntegro y solo tomó el culto, y asi aunque Vénus no tuviera altares bajo su advocacion ó nombre en el imperio de Isis y Osiris, la prostitucion reinó allí desde los tiempos mas remotos, mas bien en medio de las ciudades casi públicamente, que en el santuario de los templos.

No era esta la prostitucion hospitalaria: el hogar doméstico de los egipcios fué siempre inaccesible á los estranjeros á causa del horror que éstos les inspiraban; no era tampoco la prostitucion sagrada por-

que aun entregándose á ella las mujeres no cumplian un voto religioso: era la prostitucion legal en toda su sencillez primitiva. Las leyes autorizaban, protegian y aun justificaban el ejercicio de este infame comercio: la mujer se vendia, como si hubiera sido una mercancía, y el hombre que la compraba á precio de dinero, escusaba el odioso tráfico que ésta no aceptaba mas que por codicia. La egipcia se mostraba tan codiciosa como la fenicia, pero no se cuidaba de ocultar su avidez grosera bajo las apariencias de una práctica religiosa. Era igualmente de naturaleza fogosa como si el ardor del sol etiópico hubiera pasado á su seno; poseía sobre todo, si hemos de creer á Ctesias cuyo testimonio invoca Ateneo, cualidades y talentos incomparables para inflamar y satisfacer las pasiones de los hombres; pero todo esto no era sino un modo de obtener mas lucro. Asi pues, las cortesanas egipcias llegaron á tener una ruidosa fama, que procuraron siempre mantener en todo el mundo.

La religion egipcia, como todas las religiones de la antigüedad, habia divinizado la naturaleza fecunda y generadora bajo los nombres de Osiris y de Isis: estas dos divinidades fueron en el orígen las únicas del Egipto. Osiris y el Sol representaban el principio de la vida masculina; Isis ó la tierra el principio de la vida femenina. Apuleyo que había sido iniciado en los misterios de la diosa, le hace hablar de esta manera.

«Yo soy la naturaleza, madre de todas las cosas, soberana de todos los siglos, la primera de las divinidades, la reina de los mares, la mas antigua habitante de los cielos, la imágen uniforme de los dioses y de las diosas... Yo soy la única divinidad adorada en el universo bajo diversas formas, nombres y ceremonias. Los fenicios me llaman la madre de los dioses, los ciprios la Vénus de Pafos.»

Isis no era otra que Vénus y su culto misterioso recordaba por una multitud de alegorías la funcion que la mujer ó la naturaleza hembra desempeña en el universo.

En cuanto á Osiris su esposo, no era sino el emblema del hombre ó de la naturaleza macho, que tiene necesidad del concurso de la naturaleza hembra para engendrar y crear. El buey y la vaca eran pues los símbolos de Osiris y de Isis. Los sacerdotes de la diosa llevaban en las ceremonias el Bieldo místico que recibe el grano y sus despojos, pero solo reserva el primero desechando los segundos: los sacerdotes del

dios llevaban el sagrado *Tau* ó la llave que abre las mas firmes y difíciles cerraduras. El Tau simbolizaba el órgano masculino y el Bieldo el órgano femenino. Habia aun el Ojo con ó sin cejas que se colacaba al lado de los atributos de Orisis para simular las relaciones de ambos sexos. Así mismo en las procesiones de Isis, inmediatamente despues de la vaca de leche las jóvenes consagradas, que se llamaban *cistóforas* tenian la ciste mística, canasto de junco que contenia panecillos redondos ú ovales agujereados por el centro: cerca de las cistóforas una sacerdotisa llevaba en el seno una urna de oro, en que se guardaba el falo, que era segun Apuleyo, la adorable imágen de la divinidad suprema y el instrumento de los misterios mas secretos. Este falo que reaparecia sin cesár y bajo todas formas en el culto egipcio, era la representacion figurada de una parte del cuerpo de Osiris, parte que no habia podido encontrar Isis cuando recogió conyugalmente los dispersos miembros de su esposo, muerto ó mutilado por el odioso Tifon hermano de la víctima. Puede juzgarse del culto de Isis y de Osiris por los objetos mismos que venian á ser sus misteriosos símbolos.

En semejante culto la prostitucion religiosa debia tener la mas ámplia latitud; pero estaba ciertamente reservada al sacerdote que hacia de ella una de las rentas mas productivas, á lo menos en los primeros tiempos. La prostitucion reinaba con toda su licencia en las iniciaciones, las cuales se preludiaban por las abluciones, el reposo y la continencia. El dios y la diosa habian delegado todos sus poderes en sus ministros, los cuales hacian buen uso de ellos iniciando en infames y escandalosos desórdenes á los neófitos de ambos sexos.

San Epifanio dice que estas ceremonias ocultas hacian alusion á las costumbres de los hombres antes del establecimiento de la sociedad. Consistian, pues, las iniciaciones en la promiscuidad de los sexos y en todas las licencias sensuales del mas grosero y brutal libertinaje. Herodoto nos refiere ccmo se preparaban para las fiestas de Isis los adoradores de la diosa bajo el nombre de Diana en la ciudad de Bubasta.

«Hombres y mujeres, confundidos unos con otros sin ningun miramiento ni decoro, se conducen allá por agua; en cada barca se reunen un gran número de personas de uno y otro sexo: mientras dura la navegacion algunas mujeres redoblan sus castañetas y algunos hombres

tocan la flauta; los demás cantan y palmotean. Cuando pasan cerca de un pueblo hacen aproximar el barco á la orilla y las mujeres gritan con todas sus fuerzas llenando de contumelias á cuantas ven en tierra: estas se ponen á danzar y aquellas puestas de pié en su barco se alzan las faldas de una manera indecente.»

Estas obscenidades no eran mas que simulacros de las que iban á practicarse al rededor del templo, donde todos los años acudian setecientos mil peregrinos á entregarse á increibles escesos de disolucion.

Los horribles desórdenes á que daba lugar el culto de Isis se ocultaban en los subterráneos, donde el iniciado no penetraba sino despues de un tiempo de prueba y de purificacion. Herodoto confidente y testigo de esta prostitucion que los sacerdotes egipcios le habian revelado, dice sobre esto demasiado para que sus mismas reticencias nos permitan adivinar lo que no dice.

«Los egipcios son los primeros que por principios de religion hayan prohibido tener comercio con las mujeres en los lugares sagrados y aun de entrar en ellos despues de haberlas conocido sin haberse lavado préviamente. Casi todos los pueblos esceptuando el Egipto y la Grecia tienen comercio carnal en los lugares sagrados, ó bien entran en ellos sin lavarse despues de haberlo tenido en lugar profano. Creen que debe ser lo mismo entre los hombres que entre los animales. Véanse sino, dicen como los animales y las diferentes especies de pájaros se cubren en los templos y en los demás lugares consagrados á los dioses: si esta accion fuera desagradable á la divinidad no la cometerian los mismos irracionales.»

Herodoto que no aprueba estas razones, se abstiene de revelar los secretos de los sacerdotes egipcios bajo cuya proteccion y aun amistad habia vivido en Memfis, en Eliópolis y en Tebas.

Solo indirectamente nos dá á conocer las costumbres privadas y públicas de Egipto; pero por ciertos detalles que apunta á la lijera puede formarse idea de la corrupcion espantosa de aquel antiguo pueblo. Ni siquiera los cadáveres de las jóvenes eran respetados, y así no se les entregaban á los embalsamadores sino tres ó cuatro dias despues de su muerte.

La historia de los reyes de Egipto nos presenta todavía en la obra de dicho historiador dos estraños ejemplos de prostitucion legal. Ramsés que reinó por los años de 2244 antes de Jesucristo, queriendo des-

cubrir al hábil ladron que le habia robado su tesoro «imaginó una cosa que no puedo creer» dice Herodoto cuya credulidad habia sido puesta á prueba con frecuencia: «prostituyó á su propia hija ordenándole ir á un lugar de libertinage y recibir igualmente á todos los hombres que se le presentaran, á condicion de decirle préviamente lo que cada uno de ellos habia hecho en su vida de malo y de sutil.» El ladron amputó el brazo de un muerto, lo ocultó bajo su manto, y fué á visitar á la hija del rey, jactándose de la astucia y sutileza con que robara el tesoro: la princesa procuró retenerlo á esta revelacion que era lo que ella buscaba; pero como estaban á oscuras hubo de coger el brazo del muerto, mientras que el vivo escapaba. Esta nueva sutileza lo recomendó de tal modo á la estimacion del rey, que hubo de perdonar al ladron casándolo con su hija, á la que ya habia hecho conocer en aquel lugar impúdico.

Esta pobre princesa salió mejor librada sin duda que la hija de Cheope, que fué rey de Egipto doce siglos antes de Cristo. Cheope hizo construir la gran pirámide, que costó veinte años de trabajo é incalculables dispendios.

«Apurado por estos gastos, refiere Herodoto, llegó á la estrema infamia de deshonrar á su hija enviándola á un lugar de prostitucion con la órden de sacar á sus amantes cierta suma de dinero. Ignoro la cifra á que montaria esta suma, pues los sacerdotes no me lo han dicho; pero no solamente ejecutó la princesa las órdenes del rey su padre, sino que tambien quiso hacer ella misma otro monumento por su cuenta: al propósito rogaba á todos los que iban á verla que le llevaran cada uno una piedra para cierta obra que meditaba. Y esta fué, segun los sacerdotes me dijeron, la pirámide de en medio.»

La ciencia moderna no ha calculado todavía las piedras que entraran en este monumento.

La ereccion de una pirámide, por costosa que fuera, no parecia superior á los medios de una cortesana. Así pues á pesar de la cronología y de la historia, se atribuia generalmente en Egipto la construccion de la pirámide de Micerino á la cortesana Rodopisa. Esta cortesana no era egípcia de nacimiento, pero habia hecho en Egipto su fortuna mucho tiempo despues del reinado de Micerino. Rodopisa, que vivió en el de Amasis 600 años antes de Cristo, era originario de Tracia, y habia sido compañera de esclavitud de Esopo el fabulista,

en casa de Yadmon en Samos. Fué conducida á Egipto por Xanto de Samos, el cual hacia con ella una especulacion infame, aunque muy lucrativa por cierto, habiéndola comprado solo para este objeto. Su fama atrajo cerca de ella una multitud de amantes, y entre ellos á Caraxo de Mitilene, hermano de la célebre Safo, el cual se apasionó tan ardientemente de la esclava, que hubo de dar una suma considerable por su rescate.

Libre ya Rodopisa, permaneció en Egipto donde su belleza y talentos le valieron una fortuna fabulosa, de la que hubo de hacer un uso singular, empleando la décima parte en la construccion de unos colmillos de hierro, que ofreció no se sabe por que voto al templo de Delfos, donde existian aun en tiempo de Herodoto.

Este grave historiador habla de estos colmillos simbólicos, como de una cosa por nadie, hasta entonces imaginada, pero no procura investigar la significacion de aquella estraña ofrenda. En tiempo de Plutarco no se mostraba ya mas que el sitio en que estuvieron. La tradicion popular llegó á confundir de tal modo los colmillos del templo de Apolo en Delfos y la pirámide de Micerino, construida muchos siglos antes de la construccion de los que todos se obstinaban en Egipto en atribuir á Rodopisa esta pirámide. Segun unos, ella habia costeado la obra; segun otros, (Strabon y Diodoro de Sicilia siguen al parecer esta errónea opinion) sus amantes lo habian hecho edificar á escote por complacerla: de lo que hay que inferir que la cortesana era aficionada á las pirámides.

Rodopisa, á quien los griegos llamaban Dórica, célebre en toda la Grecia, abria la lista de sus amantes por Esopo, que feo y todo como era, solo dió una de sus fábulas para obtener todos los favores de la bella Rodopisa. El ósculo del poeta la designó á las miradas del destino. El hermoso Caraxo, á quien la cortesana debia su libertad y la base de su opulencia, le permitió establecerse en Neucratis, donde iba á verla él siempre que iba á Egipto á llevar y vender vino. Rodopisa lo amaba lo bastante para serle fiel mientras permanecia en Neucratis, adonde iba mas bien por razon de amor que de comercio. En una de sus ausencias Rodopisa, sentada en su azotea, contemplaba la corriente del Nilo buscando en el horizonte la vela de la nave que le trajera á su amado Caraxo; una de sus sandalias se habia escapado de su pié y brillaba con sus bordados de oro y pedrería encima

de un tapiz: un águila vió la alhaja y se la llevó por los aires en su pico.

En aquel momento el rey Amasis estaba en Neucratis con su córte: el águila que llevaba la sandália de la bella Rodopisa sin que esta se hubiese apercibido de ello, hubo de dejarla caer sobre las rodillas de Faraon.

Jamás el rey habia visto una sandália tan pequeña y graciosa, y se puso á averiguar quien fuera la dueña de aquel calzado: cuando llegó á encontrarla despues de haber probado aquella preciosidad á los piés de todas las mujeres de sus estados, tomó á Rodopisa por fovorita. Sin embargo la favorita de Amasis no renunció por eso á Caraxo y la Grecia celebró en los cantos de sus poetas los amores de Dorica, á quien Safo, hermana de Caraxo, persiguió con sus amargos reproches.

Pausidipe en su libro sobre la Etiopia, ha consagrado este epígrama á la querida de Caraxo.

«Un nudo de cintas realzaba tus largas trenzas, perfumes voluptuosos se exalaban de tu flotante túnica.

»Y tan encendida como el vino que hierve en cristalinas copas, estrechas en tus brazos al hermoso Caraxo.

»Los versos de Safo te aseguran la inmoralidad y Neucratis conservará el recuerdo de tus amores mientras haya barcos que hiendan las puras aguas del magestuoso Nilo.»

Neucratis era la ciudad de las cortesanas: las que salian de esta ciudad habian aprovechado al parecer las lecciones de Rodopisa. Sus encantos y seducciones hicieron por mucho tiempo las delicias de Grecia que enviaba con frecuencia á Neucratis sus jóvenes libertinos, los cuales volvian á la pátria contando maravillas de la divina prostitucion del Egipto.

Despues de Rodopisa, otra cortesana llamada Archidíce adquirió tambien por los mismos medios una celebridad ruidosa, aunque segun Herodoto no tanto como su antecesora. Sábese, sin embargo, que ponia tan alto precio á sus favores, que el hombre mas rico tenia que arruinarse para comprarlos; con todo eso, muchos fueron los que se arruinaron: un jóven egipcio perdidamente enamorado de ella, quiso tambien poner á sus plantas su fortuna; mas no alcanzando ésta al precio que ella fijaba, Archidice lo rechazó rehusando sus riquezas. El aman-

te, sin embargo, no se dió por vencido, é invocando á Vénus, la complaciente diosa le envió en sueños gratuitamente lo que en realidad hubiera él pagado tan caro. La cortesana supo al fin lo que habia pasado sin su concurso, y citó ante los magistrados á su deudor insolvente reclamándole el precio del deleite. Los magistrados juzgaron con gran sabiduría autorizando solemnemente á Archidice á soñar que habia sido pagada. (Véanse las notas de Larcher, traductor de Herodoto.)

La gran época de las cortesanas egipcias parece haber sido la de los Tolemeos, tres siglos antes de Cristo; pero ya entre aquellas célebres mujeres, unas eran griegas, otras asiáticas y casi todas habian comenzado su carrera por tocar la flauta.

Tolemeo Filadelfo tuvo á su servicio un gran número de estas cortesanas: la una, Cleiné, le servia de escanciadora, y su amante le hizo levantar estátuas que la representaban vestida con túnica flotante, teniendo en la mano un *rithon* ó copa.

La otra Mnesyde era una de sus músicas; Pothyne lo entretenia con las gracias y donaires de su alegre conversacion; Myrthion, á quien habia sacado de un lugar de prostitucion frecuentado por los barqueros del Nilo, lo embriagaba con los deleites de su amor. Este, Tolemeo, pagaba generosamente todos los servicios que se le prestaban, y honró con un sepulcro la memoria de Stratonice, que le habia dejado dulcísimos recuerdos, bien que fuera griega y no egipcia.

Aquel rey voluptuoso no tenia ninguna repugnancia hácia las hijas de Grecia, y así pues hizo venir de Argos á la bella Bilistica, que descendia de la raza de los Atrides, y que olvidaba su orígen lo mas alegremente que podia.

Tolemeo Evergetes, hijo del Filadelfo, no prodigó sus amores tanto como su padre, contentándose con Irene, á quien condujo á Efeso, cuya ciudad gobernaba y con quien vivió esclusivamente hasta su muerte.

Tolomeo Filopator se puso á merced de una astuta cortesana llamada Agatoclea, que reinó bajo su nombre en Egipto con la misma autoridad en el interior de su palacio, á gusto y contentamiento del débil Filopator.

Otro Tolemeo no podia pasar sin una hetaria subalterna, á quien

llamaba Hipea ó la *Yegua*, porque esta cortesana repartia sus caricias entre el rey y el mayor de sus palafreneros.

El rey gustaba mucho de beber con ella: un dia en que la cortesana bebió excesivamente el rey esclamó riendo y poniéndole la mano encima.

La *Yegua* ha comido hoy mucho heno.

De aquí el mote de *Hipea* ó *Yegua* con que se la conoce.

CAPITULO III.

La prostitucion hospitalaria entre los hebreos.—Los hijos de los angeles.—El diluvio:—Sodoma y Gomorra.—Las hijas de Loth.—La prostitucion legal establecida por los patriarcas.—Josef y la muger de Putifar.—Tamar y Judá.—Las mujeres estranjeras.—El rey Salomon permite á las cortesanas establecerse en las ciudades. — Apóstrofe del profeta Ezequiel á Jerusalen la gran prostituta — Leyes de Moisés. -- Prostitucion permitida por este legislador.—Tráfico que los hebreos hacian con sus hijas.—Inflexibilidad de Moisés respecto de las crímenes contra la naturaleza.—Razones que decidieron á Moisés á escluir de la prostitucion legal á los judíos. — El capítulo XVIII del Levítico:—Enfermedades secretas de las judías. — Precauciones higiénicas de Moisés. — Tórtolas ofrecidas en holocausto para obtener la curacion de ciertas enfermedades de los judíos. — La ley de los celos. — El panecillo de los celos y las aguas amargas de la maldicion.—La prostitucion sagrada entre los hebreos.—Culto de Moloch y de Baal Fegor.—Supersticiones obscenas y ofrendas inmundas.—Los molochitas.—Los afeminados.—Los misterios infames.—El precio del perro.—Las consagradas.—Las enfermedades vergonzosas de los Israelitas.—Zambri y la meretriz de Madian.—Los afeminados esterminados por Moisés, que reaparecen bajo el cetro de Judá:—Asa los espulsa á su vez.—Maacha, madre de Asa, gran sacerdotisa de Priapo.—Los afeminados que reaparecen de nuevo diezmados por Josías.—Escesos de los Israelitas con las hijas de Moab. — Costumbres de las meretrices moabitas: — Espedicion contra los Madianitas.—Esterminio de las mujeres prisioneras por órden de Moises.—Leyes de Moisés sobre la virginidad.—Medios de probarla entre los judíos.—Penas contra el adulterio y la violacion.—La compra de una vírgen. —La concubina de Moisés. — Castigo del Señor á María, hermana de Moisés:—Recomendacion de Moisés á los hebreos sobre los placeres del amor.—La hija de Jephté.—Los espías de Josué y de Raab.—Sanson y la meretriz de Gasa. —Dalila:—El Levita de Efraim y su concubina.—Infamia de los benjamitas.—La vírgen de David.—Escesos de Salomon.—Sus setecientas mujeres y sus trescientas concubinas: —Cuadro y carácter de la prostitucion en tiempos de aquel rey, sacados de su libro, los Proverbios.—Los profetas Isaías, Jeremías y Ezequiel.—El templo de Dios en Jerusalen.—Teatro del comercio de las prostitutas.—Jesus las arroja del templo.—María Magdalena en casa del Fariseo.—Jesus le perdona sus pecados.

Los hebreos que eran originarios de la Caldea habian traido de allí las costumbres de la vida pastoril; es pues seguro que la prostitucion hospitalaria existió desde las edades mas remotas en la raza judía como entre los pastores caldeos. En los libros santos se encuentran vesti-

gios de este aserto. Pero la prostitucion sagrada era fundamentalmente antipática á la religion de Moisés, y este gran legislador, que se habia propuesto firmemente poner freno á un pueblo perverso y corrompido, se esforzó en reprimir en nombre de Dios los espantosos escesos de la prostitucion legal. De aquí aquella penalidad dura y terrible que trazó con caractéres de sangre en las tablas de la ley, y que apenas bastaba para detener los monstruosos desórdenes del pueblo escogido.

El mas antiguo ejemplo que existe acaso de la prostitucion hospitalaria hay que buscarlo en el Génesis. En tiempo de Noé los hijos de Dios ó los ángeles descendieron á la tierra para conocer á las hijas de los hombres y tuvieron de ellas hijos, que vinieron á ser gigantes. Estos ángeles venian por la noche á la tienda de un patriarca á pedirle hospitalidad y les dejaban, al retirarse mas ó menos satisfechos de lo que habian encontrado, vivos recuerdos de su visita. El Génesis no nos dice en que signo auténtico podia distinguirse un ángel de un hombre: solo al cabo de nueve meses se revelaba por el nacimiente de un gigante. Estos gigantes no heredaron las virtudes de sus padres, toda vez que iba en aumento la iniquidad de los hombres; de tal suerte, que el Señor indignado de ver la especie humana tan degenerada y corrompida, se arrepintió de haberla creado y resolvió aniquilarla, esceptuando solo á Noé y á su familia.

El diluvio renovó la faz de la tierra, pero las pasiones y vicios que Dios habia querido ahogar en ella, aparecieron de nuevo multiplicándose con los hombres. Ni aun la hospitalidad misma fué cosa respetable ni respetada en las malditas ciudades de Pentápolis: cuando los dos ángeles que habian anunciado á Abraham que Sara su anciana mujer, le daria un hijo, fueron á Sodoma y se hospedaron en casa de Loth para pasar allí la noche, los habitantes de la ciudad, desde el mas jóven hasta el mas viejo, rodearon la casa y llamando á Loth, le dijeron:

—¿Dónde están esos dos mancebos que han venido á visitarte? Házles salir porque queremos *conocerlos*.

—Os ruego hermanos, contestó Loth, que no les hagais agravio ninguno. Tengo dos hijas, que aun no han conocido varon: yo os las entregaré para que las trateis como querais, con tal de que respeteis á estos mancebos acogidos al sagrado de mi casa.

Loth que hacia así el sacrificio del honor de sus hijas á la hospitalidad, ¿no hubiera otorgado de buena voluntad á sus dos huéspedes lo que ofrecia á pesar suyo á un populacho indigno?

En cuanto á sus dos hijas, el espectáculo de la lluvia de fuego sobre Sodoma y Gomorra no hubo de espantarlas lo bastante para inspirarles sentimientos de pudor y continencia, pues abusaron estrañamente, una despues de otra, de la embriaguez de su desgraciado padre.

Esta es ya prostitucion, pero no es aun la prostitucion legal, la que se realiza en virtud de un uso que la ley no condena.

Esta clase de prostitucion se muestra entre los hebreos desde el tiempo de los patriarcas, diez y ocho siglos antes de Cristo, en la época misma en que el casto Josef, esclavo é intendente del eunuco Putifar en Egipto se resistia á las impúdicas provocaciones de la mujer de su señor, abandonándole su manto antes que su virtud. Uno de los hermanos de Josef, Judá, el cuarto hijo de Jacob, habia casado sucesivamente con una jóven llamada Tamar á dos hijos que habia tenido de una cananea: estos dos hijos, Her y Onan, murieron sin sucesion, y la viuda se prometia casarse aun con el último hermano llamado Sela; pero Judá no pensó en este otro matrimonio, para el cual los precedentes, que habian sido esteriles, eran ya de mal augurio. Tamar, descontenta de su suegro, imaginó un singular medio de probarle que no era ella la infecunda. Habiendo, pues, sabido que Judá habia de ir á los montes de Tinnath al esquileo de sus ganados, despojóse Tamar de sus vestidos de viuda, atavióse con otros cubriéndose el rostro con un velo y fué á sentarse á la encrucijada de un camino, por donde habia de pasar su suegro.

Cuando Judá la vió (*Genes. cap.* 38) creyó que aquella mujer era una meretriz y acercándose á ella le dijo:

—¿Quiéres que me detenga contigo?

—Y ¿qué me darás en pago de mis caricias? dijo Tamar.

—Te enviaré el mejor cordero de mis rebaños.

—Hágase en mí, segun tu deseo, si me das prenda hasta que me cumplas tu promesa.

—Y ¿qué prenda quieres?

—Tu anillo, tu brazalete y el báculo que llevas en la mano.

Judá entonces se detuvo y Tamar concibió.

En seguida continuó su camino separándose de Tamar, la cual regresó á su casa, volviendo á ceñir su luctuosa túnica.

Judá cumplió luego su palabra, enviándole el cordero prometido por medio de un pastor, el cual debia recojer aquellas prendas; pero el prstor no encontrando ya á la mujer que buscaba en el sitio que le indicara su amo, pregunta á los pasajeros:

—¿Dónde fué, si sabeis, la meretriz que estaba sentada en este paraje?

—En este paraje, le contestaron, no habia meretriz ninguna.

Y volvió á Tinnath diciendo:

—No la he encontrado, y los pasajeros á quienes he preguntado, me han dicho que nunca han visto por allí meretriz ninguna.

Poco tiempo despues anunciaron á Judá que Tamar estaba en cinta, y el indignado viejo ordenó que fuera qumada como adúltera. Entonces Tamar le hizo reconocer el autor del fruto que llevaba en sus entrañas devolviéndole su anillo, su brazalete y su báculo.»

Hé aquí ciertamente el ejemplo mas antiguo de prostitucion legal que puede suministrarnos la historia, porque el lecho referido por Moisés con todas las circunstancias que lo caracterizan, remonta al siglo XXI antes de Cristo. Vemos ya á la prostituta hebrea sentada á orilla de un camino para entregarse al primer pasajero que la solicite. Este era desde la mas remota antigüedan, el papel que desempeñaba la prostitucion entre los hebreos. Los libros santos están llenos de pasajes que nos muestran las encrucijadas de los caminos como mercados de infame comercio, como férias de meretrices que, envueltas en su velo como un sudario, permanecian allí inmóviles, ó que vestidas con atavíos deshonestos, quemaban perfumes, entonaban voluptuosos cantares al son de la lira, del arpa y la pandera, ó danzaban al compás de la flauta, y de otros instrumentos.

No eran hebreas la mayor parte de las meretríces, pues la escritura las llama ordinariamente mujeres estranjeras; eran sirias, egipcias, babilonias etc., las cuales sobresalian en el arte de enardecer los sentidos. La ley de Moisés prohibia espresamente á las mujeres hebreas servir de auxiliares á la prostitucion, que autorizaba respecto de los hombres, toda vez que no la condenaba. Esplícase pues, como las mujeres estranjeras no tenian el derecho de prostituirse en el re-

cinto de las ciudades y por que los caminos públicos tenian el privilegio de servir de asilo á estas liviandades.

No hubo escepcion en esto sino en tiempos de Salomon, que permitió á las cortesanas establecerse en el seno de las ciudades; pero ni antes ni despues se las encontró en las calles de Jerusalen. Veíaselas entonces presentarse como en vil almoneda á lo largo de los caminos donde levantaban sus tiendas cubiertas de pieles ó de telas de colores fuertes.

Quince siglos despues de la aventura de Tamar decia el profeta Ezequiel en su lenguaje simbólico á la impura Jerusalen:

«Has establecido ¡ó Jerusalem! un lupanar en cada encrucijada, en cada camino enarbolaste la enseña de tu deshonra y haciendo un abominable empleo de tu belleza, te has abandonado á todos los pasajeros. (Divisisti pedes tuos omni transeunti).

La permanencia de los hebreos en Egipto, donde las costumbres estaban tan corrompidas, acabó de pervertir las suyas haciéndolas retroceder al estado de la naturaleza: en una promiscuidad vergonzosa vivian, cuando Moisés los sacó de su servidumbre y les dió un código de leyes religiosas y políticas. Conduciendo Moisés á los hebreos hácia la tierra de promision, tuvo necesidad de recurrir á una penalidad terrible para contener los escesos de la corrupcion moral que deshonraba al pueblo de Dios. Desde la cumbre del monte Sinaí, les hizo oir estas palabras que el Señor pronunció en medio de relámpagos y truesnos:

¡No fornicarás! ¡No desearás la mujer de tu prójimo!

Luego no escrupulizó regular él mismo en nombre de Jehová las formas de una prostitucion que hacia esencialmente parte de la esclavitud.

«Si alguno ha vendido como esclava una hija suya, dice Moisés, ésta no podrá abandonar el servicio de su señor á imitacion de otras sirvientas. Si desagrada á su señor, que su señor la espulse; pero éste no tendrá poder para venderla á estranjeros, si quiere desembarazarse de ella. Sin embargo, si la ha prometido á alguno de sus hijos, debe tratarla como á sus propias hijas. Si tomare otra, proveerá á la dote y al vestido de su esclava y no le negará el precio de su pudor. (Pretium pudicitiæ non negabit). Faltando á estas condiciones, la esclava saldrá de su esclavitud sin deberle nada.»

Este pasaje que los comentadores han comprendido de diferentes maneras, prueba hasta la evidencia que entre los hebreos, á lo menos antes de la redaccion definitiva de las tablas de la ley, el padre tenia el derecho de vender su hija á un señor, que hacia de ella su concubina por el tiempo determinado en el contrato de venta. Vése tambien en esta singular legislacion que la hija vendida de este modo en provecho de su padre, no obtenia ninguna ventaja personal por el sacrificio á que se obligaba, esecpto el caso en que el señor, despues de haberla prometido á un hijo suyo, quisiera reemplazarla por otra concubina.

Queda, pues, claramente establecido, que los hebreos traficaban entre sí con la prostitucion de sus hijos.

Moisés, aquel sábio legislador que hablaba á los hebreos por boca del Señor, se dirigia á pescadores incorregibles, y hubo de dejarles por prudencia y como en indemnizacion de lo que les quitaba, la libertad de tener comercio con meretrices estranjeras; pero fué intransigente con la sodomía y la bestialidad.

«El que haya tenido relaciones carnales con una bestia de carga, será castigado de muerte,» dice en el Exodo (cap. XXII).

«No tendrás relaciones sexuales con un hombre como con una mujer, dice en el Levitico (cap. XVIII) porque es una abominacion.»

«No cohabitarás con ninguna bestia ni te mancharás con ella.»

«La mujer no se prostituirá con una bestia ni se mezclará con ella porque es una abominacion.»

Pero hablando de estas abomiuaciones, Moisés no puede menos de escusar á los hebreos, que no las habian inventado y que las cometian á ejemplo de otros pueblos.

«Los pueblos que yo aparto de vosotros, dice el caudillo de Israel, están manchados con todas las torpezas sensuales; la tierra que habitan está maldita, y yo voy á castigar su iniquidad y la tierra se tragará á sus habitantes.

Moisés que conoce la obstinacion de su pueblo en sus infames costumbres, une la amenaza al ruego para ver de poner un freno saludable á los desarreglos de los sentidos.

«Cualquiera que haya hecho una sola de estas abominaciones, será cercenado de mi pueblo.»

Todavía no era eso bastante para espantar á los culpables, y el

legislador insiste muchas veces en la penalidad que debe aplicárseles:

«Los dos autores de la abominacion morirán igualmente apedreados ó quemados, el hombre y la bestia, la bestia y la mujer, el varon y su cómplice varon.»

Moisés no habia pues previsto que el sexo femenino pudiera entregarse á semejantes enormídades. Y siempre ponia á la vista de los israelitas la necesidad de no parecerse á los pueblos que ellos iban á espulsar de la tierra de Canaan.

«No seguireis los errores de esos pueblos, decia el Eterno, porque han hecho las abominaciones que yo os prohibo.»

El objeto evidente de la ley de Moisés, era impedir en lo posible que la raza hebrea degenerara á consecuencia de las liviandades que habian ya viciado su sangre y empobrecido su naturaleza. Estos escesos sensuales traian además un grave perjuicio al desarrollo de la poblacion y á la salud pública. Tales fueron ciertamente los dos principales motivos que determinaron al legislador á no tolerar la prostitucion legal sino entre las mujeres estranjeras. Entre las mujeres de su pueblo la prohibia absolutamente.

«No prostituirás á tu híja para que la tierra no sea manchada de impureza. (Levit. XIX).

«No habrá prostitutas entre las hijas de Israel ni rufianes entre los hijos de Israel (Non erit meretrix de filiabus Israel, nec scortator de filiis Israel.) (Deuteron. XXIII).

Estos dos artículos del código de Moisés regularon la prostitucion entre los hebreos, cuando estos se fijaron en la Palestina constituyéndose en cuerpo de nacion bajo el gobierno de sus jueces y de sus reyes. Los lugares de prostitucion estaban dirigidos por estranjeros, sírios ordinariamente, y las mujeres de placer ó consagradas, como se las llamaba, eran todas estranjeras, sirias tambien la mayor parte. En cuanto á las razones que decidieran á Moisés á escluir á las mujeres hebreas de la prostitucion legal, pueden muy bien deducirse de los capítulos del Livítico, en que no escrupuliza revelar las enfermedades secretas á que estaban entonces sujetas las mujeres de su raza. De aquí todas las precauciones que toma para que las uniones sean sanas y prolíficas. No puede esplicarse de otro modo el capítulo XVIII del Levítico en el cual enumera el legislador todas las personas del

sexo femenino, cuya desnudez no descubrirá el buen israelita (turpitudinem non discoperies), bajo pena de desagradar al Señor.

Así, pues, el hebreo no podia sin crímen conocer á su madre ó suegra, á su hermana ó cuñada, á su hija ó nietas, á su tia paterna ó materna, á su prima-hermana ó sobrina. Moisés creyó establecer de este modo los grados de parentesco que recharan una alianza incompatible y mas contraria aun al estado físico de una sociedad que á su organizacion moral. Por motivos análogos prohibió tambien hasta con pena de la vida á veces, llegar á la mujer en los dias de su indisposicion menstrual. Verdad es que el peligro era mas grave en el pueblo hebreo que en cualquier otro.

Por bellas que fueran las hebreas con sus ojos negros y rasgados, su voluptuosa boca de dientes de perlas y labios de coral, con su talle flexible y sus formas completas, las hebreas cuyo seductor retrato hallamos en el Cantar de los cantares, estaban afligidas, si hemos de creer á Moisés, de enfermedades secretas, en que ciertos arqueólogos de la medicina han querido hallar los síntomas de la sífilis. Ciertamente que aquel mal no les vendria de Nápoles ni de América. Imprudente sería pues y arriesgado pronunciarse en materia tan delicada: pero en todo caso no podemos menos de aprobar las precauciones de Moisés para prevenir de tal infeccion la salud de los hebreos y para impedir en su gérmen la dejeneracion de la raza.

Segun otros comentadores, poco ó nada competentes, en medicina, pero muy ábiles teólogos sin duda, no se trataba sino del flujo de sangre y de las hemorroides en aquel terrible capítulo XV del Levítico cuya traduccion omitimos por decencia. El testo de la Vulgata no deja duda de la naturaleza de este flujo, sino de su orígen; (Vir qui patitur fluxum séminis immundis erit; et tunc indicábitur huic vitio subjacere, cum per singula momenta adhaeserit cari ejus atque concreverit faedus humor.) Hé aquí porque ordenó Moisés ablociones tan rigurosas y pruebas tan austeras á los que fluian, segun la espresion de las traducciones ortodoxas de la Biblia.

El enfermo que hacia impuro todo lo que tocaba y cuyos vestidos debian ser lavados al instante que se manchaban, se presentaba á la entrada del tabernáculo el octavo dia de su flujo y sacrificaba des tórtolas ó dos pichones; uno por su pecado y otro en holocausto. Estos dos pichones que el paganismo habia consagrado á Vénus, á causa del

ardor y frecuencia de sus caricias, representaban evidentemente los dos autores de un pecado, que habian tenido tan enojosas consecuencias. El sacrificio expiatorio no curaba al enfermo, el cual permanecia separado de Israel y léjos del tabernáculo hasta que cesaba su flujo.

Moisés dá aquí importantes reglamentos de policía para impedir en lo posible que una enfermedad inmunda, que viciaba las fuentes de la generacion entre los hebreos, no se propagara aun aumentando sus estragos y concluyendo por infectar todo el pueblo de Dios.

Con todo eso, la enfermedad se habia agravado de tal modo y esparcido tanto durante la permanencia del pueblo en el desierto, que Moisés hubo de espulsar del campo á todos los que estaban atacados de ella. (Núm. cap. V.)

Por órden del Señor los hijos de Israel espulsaron tambien sin piedad ni compasion á todos los leprosos y á todo hombre fluente. Podemos creer sin temor que aquellos desgraciados, á quienes sin duda el Señor no les enviara el maná, perecieron de hambre y frio, sino de su enfermedad.

Séanos lícito atribuir aun este mal estraño y odioso, la ley de los celos que formuló Moisés para tranquilizar á los maridos que acusaban á sus mujeres de haber comprometido su salud, cometiendo un adulterio, de que ellas mismas conservaban la triste prueba. Querellas frecuentes é inestinguibles surgian por este motivo en el interior de las tiendas; el marido sospechaba de su mujer y buscaba la prueba de sus sospechas en el estado de la salud recíproca; la mujer juraba y perjuraba en vano que ella no se habia manchado con el crímen de adulterio, imputando á su vez á su marido las acusaciones que éste le hacia.

Entonces el marido y la mujer se presentaban al sacrificador: el marido presentaba por su mujér un panecillo de harina de cebada sin aceite, y los dos permanecian de pié en presencia del Señor. El sacrificador ponia la ofrenda en manos de la mujer, teniendo en las suyas las aguasamargas que traian la maldidion.

«Si ningun hombre te ha conocido, le decia, y si estando en presencia de tu marido no te has manchado de impureza, exenta estás de la maldicion de estas aguas; pero si estando en presencia de tu marido te has manchado, ó cualquiera otro hombre que tu marido te ha conocido, el Señor te entregue á la execracion á que bajo juramento te su-

jetas y estas aguas de maldicion entren en tus entrañas para inflar tu vientre y secar tu pierna.»

La mujer contestaba amen y bebia las aguas amargas mientras que el sacrificador ponia la ofrenda sobre el altar.

Si mas tarde el vientre de la mujer se inflaba y se secaba su pierna, era convicta de adulterio y venia á ser infame á los ojos de Israel. El marido al contrario, se hallaba justificado, sino sano de su mal, con la compasion y alabanza del pueblo que lo llamaba víctima inocente; pues bien que no hubiera bebido las aguas amargas en presencia del sacerdote, tenia con frecuencia la mayor parte de las enfermedades asquerosas y accidentes terribles que la execracion hacia pesar sobre su culpable mujer. Cuando ésta podia manifestar su inocencia por el buen estado de su vientre y de su pierna; no tenia ya que temer los reproches de su marido y podia tener hijos de su semilla.

Como se vé Moisés no se ocupaba solamente en moralizar á los Isrealitas, si que tambien pretendia destruir los gérmenes de sus enfermedades secretas, poniendo sus leyes de higiene pública bajo la salvaguardia y santificacion del tabernaculo. Pero los Isrealitas atravesando los pueblos estrangeros, moabitas, ammonitas, cananeos y todas aquellas razas sirias mas ó menos corrompidas é idólatras, se contagiaban de los vicios y gustos de sus huéspedes, ó aliados.

Ahora bien; la prostitucion mas audaz y escandalosa florecia, digamoslo así, entre los incestuosos descendientes de Lorh y de sus hijas. La prostitucion religiosa, sobre todo, habia estendido su inmoral imperio con el culto de los falsos dioses que los habitantes del país adoraban con un frenesí deplorable. Moloch y Baal-Fegor eran los monstruosos ídolos de esta prostitucion en la que los hebreos se inficionaron. Por mas severo que se mostrara Moisés en sus castigos contra los libertinos de su pueblo, el mal ejemplo no fué menos seguido, y una multitud de supersticiones obscenas quedaron encarnadas en las costumbres de los hebreos, aunque se hubieran destruido los altares de Baal y de Moloch adonde se llevaban las impúdicas ofrendas. En el capítulo XX del Levitico, y en el XXIII del Deuteronomio Moisés imprimió un estigma de infamia en este culto culto execrable y en los apóstatas que lo practicaban en ofensa del verdadero Dios de Israel.

«Cualquiera de los hijos de Israel ó de los estranjeros que haya

en Israel, que diere su semilla al ídolo de Moloch, sea castigado de muerte: el pueblo debe apedrearlo.»

Asi habla el Señor á Moisés ordenándole cercenar de su pueblo á los manchados de tan inmunda abominacion.

En el Deuteronomio condena Moisés ya por sí solo, aunque sin fijar determinado castigo, ciertas impurezas que conciernen mas bien á Baal que á Moloch.

«No ofrecerás, dice, en el templo del señor el lucro de la prostitucion ni el precio del perro, cualquiera que sea el voto que hayas hecho porque estas dos cosas son abominaciones delante del Señor tu Dios.»

Los sábios se han tomado gran trabajo para descubrir quiénes eran esos dioses moabitas Moloch y Baal-Fegor y han sacado del Talmud y de los comentadores judíos los mas estraños datos sobre la materia. Moloch segun ellos estaba representado bajo la figura de un hombre con cabeza de becerro, el cual con los brazos estendidos esperaba que se le ofrecieran en sacrificio flor de harina, tórtolas, corderos, carneros, becerros, toros y niños. Estas diferentes ofrendas se colocaban en siete bocas, que se abrian en medio del vientre de aquella ávida divinidad de metal, colocada sobre un inmenso horno, que se encendia para consumir á la vez las siete especies de ofrendas.

Durante el holocausto los sacerdotes de Moloch hacian una terrible música con sistros y tambores, á fin de ahogar los gritos de las víctimas. Y entonces tenia lugar la infamia maldita por Jehová: los molochitas se entregaban á prácticas dignas de la patria de Oman, y animados por el cadencioso ruido de los instrumentos músicos, se agitaban en rededor de la incandescente estátua, que aparecia roja á través del humo, gritaban de una manera frenética y segun la espresion bíblica, daban posteridad á Moloch.

Esta abominacion se naturalizó tanto en Israel, que algunos insensatos osaron introducirla en el culto de Jehová y mancharon de impureza el santuario. La cólera de Moisés fulminó entonces rayos de justicia y el gran legislador repitió estas palabras del Señor.

«Pondré mi rostro contra los sectarios de Moloch y los arrojaré de mi pueblo.»

Este Moloch ó Molec no era otro que la Milita de los babilonios, la Astarté de los hijos de Sidon, la Vénus generadora, la mujer divini-

zada. De aquí las ofrendas que se le llevaban: flor de harina, para significar la sustancia de la vida; tórtolas para espresar las ternuras del amor; corderos para significar la fecundidad; carneros para caracterizar el ardor de los sentidos; becerros para indicar la exuberancia de la naturaleza; toros simbolizando las fuerzas creadoras y niños para mostrar el objeto del culto de la diosa.

Ya se comprende que, por una vergonzosa exageracion del celo religioso, los fieles adoradores de Moloch, no teniendo hijos que ofrecerle, le daban una impura compensacion de aquel cruel sacrificio. Por lo demás parece que el culto de este inmundo Moloch hubo de tener menos adoradores que Baal-Fegor entre los hebreos.

Baal-Fegor ó Bel-fegor, que era el Dios favorito de los madianitas, fué aceptado por los hebreos con una pasion, que prueba demasiado la obscenidad de sus misterios. Este impuro dios balanceó con frecuencia la religion del de Abraham y de Jacob: su detestable culto acompañado de los mas infames desórdenes no fué jamás completamente destruido en el pueblo hebreo que lo practicaba secretamente en los bosques y en las montañas. Era ciertamente este culto el mismo de Adonis ó de Priapo. Los monumentos que representaban al dios nos faltan absolutamente y apenas algunos escritores judíos se han permitido hacer hablar á la tradicion respecto de Baal, sus estátuas y ceremonias.

Nos limitaremos pues á presentar á través de un velo decente las escandalosas imájenes que Selden, Mignot y Dulaure han procurado levantar con un esfuerzo de erudicion.

Segun Selden, que se apoya en la autoridad de Orígenes y de san Gerónimo, Bel-fegor se representaba ya por un falo gigantesco llamado en la biblia *species turpitudinis*, ya por un ídolo llevando arremangadas las haldas de su túnica por encima de la cabeza *ut turpitudinem membri virilis ostenderet*; segun Vignot la estátua de Baal era monstruosamente hermafrodita, y segun Dulaure no era notable sino por los atributos de Priapo. Pero todos los sabios, fundándose en las santas escrituras y en los comentarios de los Padres de la iglesia, están de acuerdo en el asunto de la prostitucion religiosa que hacia el principal elemento de tan monstruoso culto.

Los sacerdotes del ídolo eran hermosos jóvenes imberbes, depilados de todo el cuerpo y ungidos de aceites olorosos; estos sacerdotes

hacian un comercio impúdico en el santuario de Baal. La Vulgata los llama afeminados (*effaeminati*); el testo hebraico *Kedeschim*, es decir consagrados. A veces estos consagrados no eran sino mercenarios destinados al servicio del templo: su oficio ordinario consistia en el uso mas ó menos activo de sus infames misterios: vendíanse como meretrices á los adoradores del dios, y depositaban sobre el altar el lucro vergonzoso de su prostitucion.

No es esto todo; tenian tambien perros adiestrados en tales ignominias, y el impuro producto que sacaban de la venta ó alquiler de estos animales era tambien aplicado al sostenimiento del culto. Finalmente en ciertas ceremonias que practicaban de noche en el seno de los bosques, cuando los astros velaban su disco de espanto ó de vergüenza al parecer, sacerdotes y consagrados se acometian cuchillo en mano y se herian escitados por el vino y por la música, cayendo confusamente en un mar de impura sangre.

Hé aquí porque no queria Moisés que hubiera bosques cerca de los templos; hé aquí porque sonrojándose de las torpezas que denunciaba á la cólera y maldicion del cielo, prohibió ofrecer en la casa de Dios el lucro de la prostitucion y el *precio del perro*. Los afeminados formaban una secta que tenia sus ritos y sus iniciaciones; secta que se multiplicaba en secreto, apesar de los esfuerzos que para aniquilarla hiciera el legislador: sobrevivió á la ruina de sus ídolos y aun penetró en la casa del señor.

El orígen de estos afeminados se refiere, á no dudar, á la multitud de enfermedades obscenas que viciaron la sangre de las mujeres, y que las hacia peligrosas antes que Moisés hubiera purgado su pueblo espulsando de él á los contaminados. Cuando la salud pública llegó á mejorarse un tanto, los hebreos que se consagraban al culto de Baal, no se contentaron ya con sus afeminados; y estos viéndose menos buscados, imaginaron para prevenir la disminucion de sus rentas, consagrar igualmente á Baal una asociacion de mujeres que se prostituian á beneficio del altar.

Estas mugeres llamadas como ellos *Kedeschoth* en el lenguaje bíblico, no residian con ellos en el pórtico ni en el recinto sagrado; sino que estaban alojadas en tiendas, á las inmediaciones del templo, donde provocaban á la prostitucion, quemando perfumes, vendiendo filtros y tocando instrumentos músicos. Estas estranjeras continuaron

su vergonzoso oficio en provecho propio, cuando el templo de Baal no recibia ya las ofrendas; ellas fueron las que, profesas desde la infancia en tan indigno sacerdocio, servian esclusivamente á las necesidades de la prostitucion entre los hebreos.

La historia de la prostitucion religiosa de este pueblo comienza pues en tiempo de Moisés, que no consiguió abolirla, y reaparece por aquí y por allá en los libros santos hasta la época de los macabeos.

Cuando Israel acampó en Sittim, país de los moabitas, casi á la vista de la tierra prometida, el pueblo se abandonó á la sensualidad con las hijas de Moab, las cuales lo invitaron á hacer sacrificios en el altar de Bel-fegor iniciándolos en su culto. El señor llamó á Moisés y le ordenó castigar á los que habian prevaricado: una enfermedad terrible nacida del mismo desórden de los Israelitas, los diezmaba ya, y murieron de esta enfermedad veinte y cuatro mil. Moisés convocó á los jueces de Israel para espulsar del pueblo á los culpables.

«Hé aquí, que uno de los hijos de Israel llamado Zambrí entró en presencia de sus hermanos en casa de una ramera del país de Madian, á la vista de Moisés y de la asamblea de los jueces que lloraban á la puerta del tabernáculo. Entonces Finees nieto de Aaron, habiendo visto el escándalo, se levantó en santa ira, tomó un puñal, entró detrás de Zambrí en la casa del pecado y atravesó de un solo golpe al hombre y á la mujer.»

Esta ruidosa justicia hizo cesar la peste que desolaba á Israel y aplacó la cólera del Señor. Pero el mal moral tenia raices mas profundas que el mal físico, y las abominaciones de Bel-Fegor reaparecieron con frecuencia en medio del pueblo escogido. Jamás fueron estas mas insolentes y cínicas que bajo el cetro de los reyes de Judá. Durante el reinado de Roboan, 980 años antes de Cristo, los afeminados se establecieron en el país y cometieron todas las monstruosidades de los pueblos que el Señor habia esterminado en presencia de Israel. Asa, uno de los sucesores de Roboan, hizo desaparecer á los afeminados y purgó su reino de los ídolos que lo deshonraban; espulsó á su misma madre Maacha, que presidia los misterios de Priapo (*in sacris Priapi*) y destruyó el templo que ésta habia edificado bajo la advocacion de este dios, cuya estátua impúdica hizo pedazos (*simulacrum turpissimum*). Josafat que reinó enseguida, aniquiló el resto de los afeminados, que habian podido sustraerse á las severas persecuciones de su padre Asa.

Sin embargo, los afeminados no tardaron en volver: los templos de Baal se reedificaron, sus torpísimas estátuas insultaron de nuevo el pudor público; porque dos dias despues, el rey Josías hubo de hacer guerra implacable á los dioses falsos y á su obsceno culto, que comenzaba á viciar en Jerusalen las puras prácticas de la religion verdadera. Arruináronse los templos, destruyéronse los ídolos, quemáronse los bosques, á cuya sombra se cometian las abominaciones malditas; sin que se respetaran las tiendas, que los infames sodomitas osaran levantar en el interior mismo del templo de Salomon, y que adornada por manos de las consagradas de Baal, servian de asilo á una prostitucion ya sacrílega.

Un antiguo comentador judío de los libros de Moisés añade muchos detalles de costumbres, que le suministró la tradicion, á lo que dice el capítulo XV de los números en el que se mencionan los escesos de los Israelitas con las hijas de Moab. Estas mujeres levantaron tiendas desde Bet-Aiscimot hasta Ar-Ascaleg: allí vendian toda clase de joyas y baratijas y los hebreos comian y bebian en medio de aquel campo de prostitucion. Cuando uno de ellos salia á tomar el aire y se paseaba á lo largo de las tiendas, una de tantas meretrices lo llamaba desde el interior de la suya en que estaba acostada.

—Cómprame algo, le decia.

Y él compraba; y el dia siguiente volvia á comprar por igual invitacion.

El tercer dia le decia la meretriz:

—Entra, aquí eres tú el amo.

Entonces el hombre entraba en la tienda, donde encontraba rebosando una copa de vino ammonita.

—Bebe, si eres servido, le decia la bella hija de Moab.

El israelita bebia y al calor del vino y los amores concluia por adorar á Bel-Fegor, cuya imágen impúdica sacaba de su seno la astuta meretriz.

Aquellas mujeres de Moab quizás fueran en parte responsables de la plaga que afligió á Israel, á consecuencia de las idolatrías en que ellas mismas le hicieran caer; porque despues de la triunfante espedicion que Moisés enviara contra los madianitas, ordenó matar á todas las mujeres prisioneras.

«Ellas son, decia á sus caudillas, ellas son las que por sugestiones

de Balaam, han seducido á los hijos de Israel y les han hecho pecar contra el Señor, mostrándoles la imágen de su ídolo.»

Y sin piedad ninguna hizo matar á todas las mujeres que habian perdido su virginidad (*mulieres quae novernut viros in coitu*).

Moisés en veinte pasajes de sus libros parece preocuparse mucho de la virginidad de las mujeres: esta era una dote obligada que la hebrea aportaba al matrimonio y puede creerse que los hombres de este pueblo, por poco que supieran de ciencias naturales, tenian medios ciertos de probar la virginidad, cuando existia, ó su falta en caso contrario. Así, pues, (*Deuteron C.* XXII) cuando un marido acusaba á su mujer de no haber entrado vírgen en el tálamo nupcial, los padres de la acusada se presentaban ante los ancianos sentados á las puertas de la ciudad, y exhibian á sus ojos las pruebas, desplegando la camisa que la hija llevaba la noche de las bodas. En este caso se imponia silencio al marido suspicaz, quien no podia ya objetar nada contra una virginidad tan bien probada. Pero en el caso contrario, cuando la pobre mujer no podia presentar prueba, se la condenaba como prostituida en la casa paterna, delante de la cual se la castigaba apedreándola hasta que espiraba.

Moisés, como todos los legisladores, pronunció la pena de muerte contra los adúlteros; pero en cuanto á la violencia, solamente la de una novia era castigada de muerte, castigo que comprendia tambien á la violada, á menos que el crímen no se hubiera cometido en despoblado: de otro modo se suponia que la mujer habia sido consenciente, toda vez que no gritó ó gritó poco. Si la novia no habia recibido el anillo de esponsales, se obligaba á su violador á desposarse con ella, *quia humiliavit illam*, y á pagar al padre de su víctima cincuenta siclos de plata, lo que se llamaba en la ley la *compra de una vírgen.*

Mas indulgente con los hombres que con las mujeres, Moisés prescribió á éstas una castidad tan rigorosa, que la mujer casada que veía á su marido en riña con otro hombre, no podia acudir en su ayuda so-pena de esponerse á perder la mano; porque estaba establecido el castigo de cortársela á la mujer, que por descuido ó por cualquier otra causa, tocaba al hombre en las pudendas, y era costumbre entre los hebreos recurrir á este temible ataque, que tendia á mutilar la raza de Israel. Por impedir, pues, estos peligrosos combates hubo de vedar

Moisés la entrada en el templo á los eunucos, de cualquier manera que lo hubiesen sido (*Deuternom* XXIII).

Pero todos estos rigores de la ley no se aplicaban mas que á las mujeres hebreas: las estrangeras, aunque estuvieran en Israel, ó con Israel, no eran de ningun modo inquietadas. Y el mismo Moisés conocia bien el mérito de aquellas estranjeras, pues viejo y todo de más de cien años, tomó una de ellas por mujer, ó mas bien por concubina etiope de oroígen é idólatra de religion, pero que no por eso dejaba de agradar al legislador y caudillo de Israel. María, la hermana de aquel favorito de Jehová, tuvo que arrepentirse de haber murmurado de la bella etiope, pues entristecido Moisés y enojado el Señor, María se cubrió de lepra, blanca como la nieve, en castigo de su murmuracion.

Moisés, que no predicaba nunca de ejemplo, hubiera hallado gran dificultad en imponer á los israelitas una continencia que él mismo no podia guardar. Unicamente les recomendaba la moderacion en los placeres de los sentidos y la honestidad en los actos esteriores. El amor pues, segun su ley, era una especie de misterio que no debia gozarse sino en ciertas condiciones de tiempo, lugar y decencia.

Habia además muchas precauciones que tomar en interés de la salud pública. Las mujeres hebreas estaban sugetas á ciertos achaques hereditarios que el abuso de las relaciones sexuales podia exacerbar, y las familias concentrándose en sí mismas, por decirlo así, vinieron á empobrecer y á viciar su sangre. Siendo la intemperancia el vicio dominante de los israelitas, su legislador, que hubiera sido impotente para hacerlos castos, les prescribió solamente la moderacion.

«Que los hijos de Israel, dijo el Señor á Moisés, lleven franjas de púrpura en sus mantos, para que su vista les recuerde mis recomendaciones y aparte sus deseos de las mujeres sensuales (*Números* XV).

Las estranjeras ó mujeres de placer, no eran tan abominables en Israel, que sus hijos no pudieran tomar rango y una autoridad en el pueblo de Dios: el honorable Jephté era hijo de una cortesana de Galaad, y no por eso dejó de ser uno de los caudillos de guerra mas estimados de los israelitas. Un comentador de los sagrados libros ha pensado que Jephté por expiar la prostitucion de su madre, hubo de consagrar á Dios la virginidad de su hija única. Difícil es creer que

arrastrarse hasta la casa en que dormia su amante, cayendo muerta en el umbral.

En este estado se la encontró el levita al levantarse; y aunque en cierto modo él mismo la hubiera sacrificado, no fué menos ardiente en la venganza. Todo Israel tomó parte en este agravio y se armaron contra los Benjamitas, los cuales fueron casi esterminados.

El resto de la culpable tríbu no habria tenido posteridad, si las otras tríbus, que habian jurado no dar nunca sus hijas á aquellos hijos de Belial, no hubieran hecho prisioneras á las hijas de Jabes en Galaad, ni robado las hijas de Silo en Canaan, para repoblar el pais, que aquella guerra habia dejado desierto. Los Benjamitas se casaron con estranjeras é idólatras.

Estas estranjeras no tardarian mucho en restablecer el culto de Moloch y de Baal-Fegor en Israel, como lo hicieron mas tarde las concubinas de Salomon. En tiempo de este rey, que floreció mil años antes de Cristo, y levantó el pueblo judío al mas alto grado de prosperidad, la licencia de las costumbres llegó á un estremo inverosímil. El rey David en sus últimos dias se habia contentado con una tierna vírgen, que tenia cuidado de él y lo calentaba de noche en el lecho. El Señor, á pesar de esta liviandad, chochez de un viejo helado ya por la edad, no se retiró de él, y siguió visitándolo aun con la misma frecuencia. Pero Salomon, despues de un reinado magnífico y glorioso, se dejó arrebatar por el fuego de sus pasiones sensuales, y amó, además de la hija de un Faraon de Egipto con quien se desposara, infinidad de mujeres estranjeras, moabitas, ammonitas, idumeas, sidonias, egipcias y otras de que el Dios de Israel le habia ordenado huir como de peligrosas sirenas.

Pero Salomon se entregaba con frenesí á estos escesos de increible incontinencia (*His itaque copulatus est ardentissimo amore*). Llegó á tener setecientas mujeres y trescientas concubinas, que desviaron su corazon del Dios verdadero, pues adoró á Astarté, diosa de los sidonios; á Camos, Dios de los moabitas; y á Moloch, ídolo de los ammonitas. Erigió templos y estátuas á estos falsos dioses en los montes fronteros á Jerusalen, y él mismo los incensó ofreciéndoles impuros sacrificios. Estos sacrificios ofrecidos á Vénus, Adonis y Priapo bajo los nombres de Astarté, Camos y Moloch, tenian por sacerdotisas á las mil mujeres y concubinas de Salomon.

Hubo en tiempo de este rey voluptuoso y sábio un gran número de estranjeras que vivian de la prostitucion en medio de Israel: dos cortesanas fueron las heroinas del célebre juicio de Salomon. La Biblia hace comparecer á estas dos mujeres de mala vida *(meretrices)* ante el trono del rey, el cual las oye y juzga sin demostrar ningun menosprecio.

En aquella época, pues, la prostitucion tenia entre los hebreos una existencia autorizada, protegida, legal. Las mujeres estranjeras, que por decirlo así, tenian el monopolio, se introdujeron en el seno de las ciudades y en él ejercieron su vergonzosa industria, pública y descaradamente, sin temer ninguna pena corporal ni pecuniaria. Dos capítulos del *Libro de los Proverbios*, el V y el VII son casi un cuadro de prostitucion y de su carácter en aquella época. Podríase deducir de ciertos pasajes del capítulo V que aquellas estranjeras no estaban exentas de las terribles enfermedades nacidas del abuso sensual y que las comunicaban á los libertinos que se acercaban á ellas.

»La miel destila de los labios de una cortesana, dice Salomon; su boca es mas suave que el aceite; pero deja señales mas amargas que el ajenjo y mas agudas que un cuchillo de dos filos. Házte sordo á su voz y no te acerques á la puerta de su casa, por temor de entregar tu felicidad á su enemigo y el resto de tu vida á un mal cruel; por temor de agotar tus fuerzas en provecho de una meretriz y enriquecer su casa á costa de la tuya.

En el capítulo VII se vé una escena de prostitucion, que difiere poco en sus detalles de las que se reproducen en nuestros tiempos bajo la vigilante mirada de la policía; es una escena que Salomon habia visto ciertamente desde una ventana de su palacio y que copia del natural como poeta y filósofo.

»Desde una ventana de mi casa, dice Salomon, á través de las celosías, he visto y veo á los hombres, los cuales me parecen muy pequeños.

»Contemplo á un jóven insensato que atraviesa la calle y se dirije á la casa del rincon, al crepúsculo de la noche, entre las sombras.

»Y he aquí que una mujer acude hácia él ataviada como las cortesanas, siempre dispuesta á sorprender las almas, alhagüeña y vagamunda, de tal modo que nunca está en reposo, ya en la puerta de su casa, ya en las esquinas ó plazas, poniendo sus asechanzas.

»Ha cojido al jóven y lo besa sonriendo con espresion amorosa.

»He hecho por tí, le dice, ofrendas al Señor; hoy deben cumplirse mis votos, y por eso he salido á tu encuentro deseando verte.

»He apretado las cuerdas de mi lecho, lo he cubierto con pintados tapices traidos de Egipto, y lo he zahumado con mirra, áloe y cinamomo. . . . .

»Ven, amado mio, ven, embriaguémonos de amor y gocemos nuestros ardientes besos hasta que venga el dia.

»Por que mi dueño (*vir*), no está en su casa; fué á un viaje muy largo con un saco de dinero, y no volverá antes de la luna llena.

»La meretriz enardece al jóven con tan dulces palabras y con la seduccion de sus labios, concluye por atraerlo.

»Entonces la sigue como vá el becerro al altar del sacrificio; como el cordero que retoza alegre, sin saber que han de matarlo y que lo sabe solo cuando el hierro mortal le atraviesa el corazon; como el ave que se mete en un lazo, sin saber que en él tiene la muerte.

»Ahora bien, hijos mios, escuchadme y poned atencion á las palabras de mi boca.

»Que vuestro corazon no se deje llevar nunca á los caminos de esa impura mujer, porque ha herido gravemente á algunos y los mas fuertes fueron muertos por ella.»

Salomon, en medio de las orgías de sus concubinas, celebrando los misterios de Moloch y de Baal, el gran rey Salomon, hubo de olvidar sin duda sus *Proverbios*. El gran prevaricador, sin embargo, se arrepintió por fin, y murió en la paz del Señor.

La plaga de la prostitucion estuvo siempre adherida, como la lepra, al pueblo hebreo, no ya solo la prostitucion legal que toleraba el código de Moisés en bien de las costumbres domésticas, sino tambien la prostitucion religiosa que conservaba en medio de Israel la presencia de tantas mujeres estranjeras criadas en el culto de Moloch, de Camos y de Bel-Fegor.

Los profetas que Dios suscitaba sin cesar para corregir á su pueblo, lo hallaban ocupado en sacrificar á los dioses de Moab y de Ammon en la cima de las montañas y á la sombra de los bosques sagrados: el aire se poblaba de cánticos licenciosos y de los perfumes que las meretrices quemaban en los inmundos altares. Habia tiendas ó asilos de prostitucion en las encrucijadas de todos los caminos y hasta en las

puertas del templo del Señor. Y era menester que el escándalo del espectáculo afligiera constantemente al profeta, para que sus profecías reflejaran á cada paso impúdicas imágenes. Isaías dice á la ciudad de Tiro, que se ha prostituido con todas las naciones de la tierra.

«Toma una cítara, oh cortesana condenada al olvido, danza al rededor de la ciudad, canta y haz resonar tu instrumento, á fin de que se acuerden de tí.»

Vése por este pasaje que las *estranjeras* hacian ruido de música para anunciar su mercancía.

Jeremías dice á Jerusalen, que aspira por todas partes las emanaciones del amor físico.

«Vagas, oh cortesana, por todas las colinas y te has prostituido bajo todos los árboles.»

Jeremías nos representa con los mas negros colores á los impuros hijos de Israel que se manchaban de lujuria en las casas de las cortesanas y venian á ser rufianes de prostitucion *(Moechati sunt et in domo meretrices luxuriabantur; equi amatores et emisarii facti sunt)*.

Cuando los judíos fueron conducidos al cautiverio de Babilonia, no tuvieron pues que asombrarse de lo que allí pudieran ver en punto á escesos y desórdenes obscenos, pues ya conocian ellos el culto de Milita bajo el nombre de Moloch. El mismo Jeremías les muestra con tanta indignacion los sacerdotes que traficaban con la prostitucion, los dioses que á ella presidian, el oro del sacrificio por los trabajos de la meretriz y la meretriz devolviendo á los altares el céntuplo del que habia recibido de ellos. (*Dant autem et ex ipso prostitutis, et meretrices ornant, et iterum, cun receperint illud a meretricibus, ornant deos suos*).

Pero Israel puede ahora en el campo de la prostitucion enseñarla á todos los pueblos que lo instruyeran á él. El profeta Ezequiel nos hace una pintura espantosa de la corrupcion judía; en sus profecías no se vén mas que lugares inmundos abiertos á todos los pasajeros, que tiendas de libertinaje plantadas en todos los caminos, que casas de inmoralidad y escándalo; solo se ven en ellas meretrices vestidas de seda, resplandecientes de alhajas é impregnadas de perfumes; solo se contemplan escenas de infamia y de disolucion. Jerusalen, la gran prostituta que se dió á los hijos del Egipto, hace presentes á sus amantes en vez de recibirlos de ellos.

«Yo te pondré en manos de aquellos á quienes te abandonaste, le dice el Señor; ellos destruirán tu mancebía y demolerán tu albergue y te despojarán de tus vestidos y se llevarán tus vasos de plata y oro y te dejarán desnuda y llena de ignominia.»

Preciso era que Jerusalen hubiera llevado á su colmo sus prevaricaciones para que el profeta la conminase con el terrible castigo de Sodoma. La prostitucion que afligia mas á los hombres de Dios, debia ser la que persistia en abrigarse bajo las bóvedas del templo. El templo de Salomon, la casa del Señor de Israel, era aun en tiempo de los macabeos, siglo y medio Antes de Cristo el punto de reunion de las prostitutas, que iban á el á buscar amantes. (Templum luxuria et comessationibus gentium erat plenum et escortantium cum meretricibus).

Debe creerse que este estado de cosas no cambió hasta que Jesús arrojó del templo á los mercaderes; y aunque los evangelistas no se espliquen sobre la clase de comercio de que Jesús purgó la casa del Señor, bien se adivina el que podia ser. Además, se habla de mercaderes de tórtolas en el evangelio de San Marcos, y debe presumirse que estas aves predilectas de Vénus y Moloch no estaban allí sino para proveer á las ofrendas de los amantes. La ley de los celos tan poéticamente imaginada por Moisés, no prescribia á los esposos el sacrificio de una tórtola, sino el de un panecillo de harina de cebada.

Jesus que fué implacable con los huéspedes parásisos del santuario, cuyos mostradores de iniquidad echó por tierra, se mostró sin embargo indulgente con las mujeres, como si tuviera piedad de su flaqueza. Cuando la Samaritana, aquella estranjera que habia tenido cinco maridos y que vivia en concubinato con un hombre, lo encontró sentado cerca de un pozo, Jesús no le dirigió ningun reproche, antes bien habló con ella dulcemente bebiendo el agua que le habia sacado del pozo. Los discípulos de Jesus se admiraron de verlo en compañía de tal mujer y dijeron desdeñosamente: ¿Por qué habla con esta criatura? Los discípulos no eran tan tolerantes como el maestro, pues habian querido en otra ocasion apredrear, segun la ley de Moisés, á otra mujer adúltera que Jesus salvó diciendo: El que esté limpio de pecado que le arroje la primera piedra.

En fin, el hijo del hombre no temió absolver públicamente á una cortesana, porque esta tenia vergüenza de su infame profesion. Estando á la mesa en casa del Fariseo de Cafarnaum una mujer de mala

vida (peccatrix) que vivia en esta ciudad llevó un vaso de alabastro lleno de aceite oloroso; mojó con sus lágrimas de penitencia los piés del Salvador, los untó luego de aceite y los enjugó despues con sus cabellos.

Viendo esto el Fariseo dijo entre sí:

—Si este fuera profeta bien sabria quién es la mujer que lo toca, porque pecadora es.

Y díjole Jesús: Quiero decirte una cosa.

—Maestro, dí.

Un acreedor tenia dos deudores; el uno le debia quinientos denarios y el otro cincuenta.

Mas como no tuvieron de que pagarle se los perdonó á los dos. Ahora bien ¿cuál de ellos lo ama mas?

—Pienso que ama mas aquel á quien mas perdonó, le contestó el fariseo.

—Rectamente has juzgado, repuso el Maestro.

Y volviéndose hácia la mujer, dijo á Simon.

—¿Vés á esa mujer? Entré en tu casa, y no me dístes agua para los piés; mas ella me los ha lavado con sus lágrimas y enjugado con sus cabellos; no me dístes el ósculo, y ella no cesa de besarme los piés: no ungiste mi cabeza y ella me ha ungido los piés.

Por lo cual te digo que perdonados le son sus muchos pecados, porque amó mucho. Quoniam dilexit multum: cui autem minus dimittitur minus diligit.

Dijo luego á la mujer:

—Perdonados te son todos tus pecados.

Estas palabras de Jesus han sido comentadas y aun atormentadas de muchas maneras; pero á buen seguro que el Hijo de Dios que las habia pronunciado no quiso de ninguna manera alentar á la pecadora en su género de vida. Jesús arrojó los siete demonios que poseian á esta mujer llamada María Magdalena, y que no serian tal vez sino siete libertinos con quienes la mujer pecaba.

Magdalena vino á ser una santa desde entonces por su ejemplar y doloroso arrepentimiento: ella siguió los pasos del divino redentor que la habia salvado; los siguió con sus lágrimas hasta la cumbre del calvario y se sentó siempre llorando con amargo desconsuelo junto al sepulcro del Salvador crucificado. A ella antes que á todos se

apareció resucitado, como para darle un testimonio evidente de su misericordia y perdon. La gran pecadora fué colocada en el número de las santas, y si durante toda la edad media no estuvo muy honrada siendo la patrona de las meretrices, que no imitaban su conversion, las consolaba á lo menos con su ejemplo y aun en el fondo de sus albergues malditos les mostraba con la fé, la esperanza y la caridad el difícil camino del cielo. (*Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.*

CAPITULO IV.

La prostitucion religiosa en Grecia.—Las Vénus griegas.—Vénus Urania.—Vénus Pandemos. —Pitho, diosa de la persuasion.—Solon y su templo á la prostitucion.—Templos de Vénus Popular en Tebas y en Megalopolis.—Ofrenda de Harmonia, hija de Cadmo, á Vénus Pandemos.—Vénus Hetaria.—La ciudad de Abidos libertada por una cortesana.—Templo de Vénus Hetaria en Efeso.—Las Simetas.—Templo de Vénus Hetaria en Samos.—Vénus Peribasia.—Vénus Salacia ó Lúbrica.—Su estátua de plata por Dédalo.—Dones ofrecidos á Vénus Peribasia por las cortesanas.— Vénus Melanisa ó Negra, diosa de la noche amorosa.—Sus templos.—Vénus Mucheia.—Vénus Castnia.—Vénus Scotia ó Tenebrosa.—Vénus Derceto.—Vénus Mechanitis.—Vénus Calipiga.—Orígen del culto de Vénus Derceto.—Juicio de Páris.—Orígen del culto de Vénus Calipiga.—Las Afrodiseas.—Las mil cortesanas del templo de Vénus en Corinto.—Ofrenda de cincuenta hetarias hecha á Vénus por el poeta Jenofonte de Corinto.—Procesion de las consagradas.—Funciones de las cortesanas en los templos de Vénus.—Misterios de Ceres.—El pontífice Archias.—Cotina, famosa cortesana de Esparta.—Gelebracion de las fiestas de Adonis.—Vénus Laena y Vénus Lamia.

La prostitucion religiosa existió en Grecia desde que hubo dioses y templos: remonta, pues, al orígen del paganismo griego. Esta teogonía que la imaginacion poética de la raza helénica habia creado mas de diez y ocho siglos antes de la era moderna, no fué en cierta manera mas que un poema alegórico sobre los juegos dol amor en el universo. Todas las religiones tuvieron la misma cuna: en todas partes fué la naturaleza femenina, abriéndose y engendrando, al fecundo contacto de la naturaleza masculina; siempre fueron el hombre y la mujer divinizándose en las atribuciones mas significativas de sus sexos.

La Grecia recibió pues del Asia el culto de Vénus con el de Adonis, y como no eran bastantes estas dos divinidades amorosas, la Grecia las multiplicó bajo una multitud de nombres diferentes, de tal modo que hubo casi tantas Vénus como templos y estátuas. Los sa-

cerdotes y los poetas que de comun acuerdo se encargaron de inventar y escribir los anales de sus dioses, no hicieron mas que desenvolver un tema único, que fué el del goce sensual. En esta ingeniosa y encantadora mitología el amor reaparecia á cada instante con carácter variado, y la historia de cada dios ó diosa solo era un voluptuoso himno en honor de los sentidos.

Compréndese sin dificultad que la prostitucion que se muestra de tantas maneras en la odisea de las metamórfosis de los dioses y las diosas, debia ser un reflejo de las costumbres griegas en los tiempos de Ogyges y de Inaco. Una nacion cuyas creencias religiosas no eran mas que un conjunto de impuras leyendas ¿podia ser nunca continente ni casta?

La Grecia aceptó desde los tiempos heróicos el culto de la mujer y del hombre divinizados, segun Babilonia y Tiro lo habian establecido en Chipre: este culto salió de la isla que le estaba especialmente consagrada para estenderse de isla en isla en el Archipiélago y para invadir muy luego á Corinto, Atenas y todas las ciudades de la tierra Jónica. Entonces á medida que Vénus y Adonis se naturalizaban en la pátria de Orfeo y Hesiodo iban perdiendo algo de su orígen caldeo y fenicio; se adoptaban por decirlo así á una civilizacion mas refinada, pero no menos corrompida. Vénus y Adonis están aquí mas velados que lo estaban en el Asia Menor; pero bajo este velo hay delicadezas de disolucion que se ignoraban acaso en los recintos sagrados de Milita y en los bosques misteriosos de Bel-Fegor.

Nos faltan datos para reconstituir en todos sus detalles secretos el culto de las Vénus griegas, sobre todo en las épocas anteriores á los bellos siglos de la Grecia; los poetas solo nos ofrecen algunos dispersos rasgos que no precisan nada, aun indicándolo todo; los filósofos evitan los cuadros lanzándose al azar en vanas generalidades morales; los historiadores no apuntan mas que hechos aislados, los cuales no tienen á veces conexion; los monumentos en fin, escepto algunas medallas ó inscripciones han desaparecido: Únicamente tenemos nociones harto numerosas de las principales Vénus, cuyos nombres y atributos se refieren mas particularmente al asunto de que tratamos. La simple enumeracion de estas Vénus nos dispensará de recurrir á conjeturas mas ó menos apoyadas en pruebas y apariencias. La prostitucion religiosa cesando de ejercerse á beneficio del templo y del sacer-

dote, habia dejado en los ritos y usos religiosos la profunda huella de su imperio.

La Vénus que personificaba por decirlo así esta prostitucion se llamaba Pandemos. Sócrates dice en el *Banquete de Jenofonte* que hay dos Vénus una celeste ó divina y otra Pandemos ó humana; que el culto de la primera es casto y el de la segunda impuro. Sócrates vivia en el siglo v antes de Cristo como un filósofo escéptico, que somete todas las cuestiones, aun las religiosas, á su inflexible juicio.

Platon en su *Banquete* habla tambien de dos Vénus, pero es menos severo respecto de Pandemos.

Hay dos Vénus, dice, la una muy antigua sin madre, é hija de Urano, de donde se deriva el nombre de Urania; la otra mas jóven hija de Júpiter y de Dione que llamamos Vénus Pandemos.»

Es la Vénus popular; la prímera divinidad que Teseo hizo adorar al pueblo que habia reunido en las murallas de Atenas; la primera estátua de diosa que fué erigida en la plaza pública de aquella ciudad naciente. Esta antigua estátua, que no existia ya cuando Pausanias escribió su *Viage á Grecia*, y que habia sido reemplazada por otra sin duda mas modesta que la primera, hacia una invitacion permanente á la prostitucion.

Los sabios no están de acuerdo respecto á la postura que el escultor le diera, pero puede suponerse que esta postura traducia el carácter especial de la diosa. Teseo, para que este carácter fuese aun mas claramente representado, puso cerca de la estátua de Pandemos la de Pitho, diosa de la persuacion. Las dos diosas decian tan bien lo que habian querido que espresaran, que á todas horas, de dia como de noche, iban las gentes á hacer acto de obediencia pública en su misma presencia.

Así pues, cuando Solon hubo reunido con los productos de su *Dicterion* las sumas necesarias para elevar un templo á la diosa de la prostitucion, lo elevó en frente de la estátua, que atraia al rededor de su pedestal una procesion de fieles prosélitos. Las cortesanas de Atenas se mostraban muy satisfechas en las fiestas de Pandemos, que se celebraban el cuarto dia de cada mes y daban lugar á grandes escesos de celo religioso. En estos dias las cortesanas solo ejercian su profesion en provecho de la diosa, gastando en ofrendas el dinero que habian ganado bajo los auspicios de Pandemos.

Este templo dedicado por Solon á la Vénus Popular, no era el único que atestiguaba el culto de la prostitucion en Grecia, los habia tambien en Tebas, en Beocia y en Megalópolis de Arcadia. El de Tebas databa del tiempo de Cadmo, fundador de esta ciudad: la tradicion refiere que la estátua que habia en este templo, habia sido fabricada con los espolones de bronce de las naves que habian conducido á Cadmo á las tebanas costas: fué una ofrenda hecha por Harmonia, hija de Cadmo. Esta princesa indulgente con los placeres del amor, se complació en consagrar el símbolo á la diosa, destinándole aquellos espolones de metal, los cuales hubieron de penetrar en las arenas de la playa para hacer salir de ellas una ciudad.

En el templo de Megalópolis la estatua de Pandemos estaba acompañada de otras dos, que presentaban á la diosa bajo dos figuras diversas, mas decentes y menos desnudas. Estas estátuas de Pandemos tenian todas una fisonomía descarada, pues no fueron respetadas, cuando mejoradas las costumbres, pusieron velos á las diosas.

La que habia en Elide, donde Pandemos tuvo tambien un templo célebre, fué restaurada por el famoso estatuario Scopas, el cual cambió enteramente la postura y se contentó con un emblema muy trasparente, poniendo á esta Vénus sobre el lomo de un macho cabrío con cuernos de oro.

Vénus era adorada en muchos sitios de la Grecia bajo el nombre de Hetaria ó Cortesana; nombre que anunciaba demasiado el género de acciones de gracias que se le tributaban. Sus oradores ordinarios eran las cortesanas y sus amantes, los cuales no dejaban nunca de ofrecerle sacrificios para obtener su proteccion. Aquella Vénus, tan deshonesta y todo como era eu sn culto, recordaba un hecho histórico que hacia honor a las cortesanas, pero que por desgracia se referia á los tiempos fabulosos de la Grecia.

Segun una tradicion de que se orgullecia la ciudad de Abidos, esta ciudad reducida en otro tiempo á esclavitud, habia sido libertada por una cortesana. Un dia de fiesta los soldados estrangeros, señores de la ciudad y centinelas de sus puertas, hubieron de embriagarse en una orgía con cortesanas abidenias y se durmieron al dulce son de las flautas. Una de las cortesanas se apoderó de las llaves de la ciudad, donde entró y fué á advertir á sus conciudadanos, los cuales se armaron, mataron á los dormidos centinelas y ahuyentaron de

la plaza al enemigo. En memoria de su recobrada libertad los naturales erigieron un templo á Vénus Hetaria.

Vénus Hetaria tenia otro templo en Efeso, pero no se sabe si su orígen fué tan honroso como el de Abidos. Cada uno de estos templos tenia su tradicion particular. El del promontorio Simas en el Ponto-Euxino, se contruyó, segun la tradicion, á espensas de una bella cortesana, que habitaba en aquel sitio, y que esperaba en la orilla de la mar que Vénus, la hija de los ondas, le enviara pasajeros. En recuerdo de aquella sacerdotisa las cortesanas se llamaron *Simetas* en las inmediaciones del promontorio, que invitaba desde léjos á los marinos al culto de la diosa y les habria sus grutas consagradas á este culto.

El templo de Vénus Hetaria en Samos, que se llamaba la diosa de las cañas y de los pantanos, fué edificado con el producto de la prostitucion por las cortesanas, que siguieron á Pericles al sitio de Samos y que traficaron con sus encantos por enormes sumas. (*Ingentem exprostituta forma quæstum fecerant*, dice Ateneo, cuyo griego es mas enérgico aun que esta traduccion latina). Pero aunque Vénus tuviera el nombre de Hetaria, las fiestas que se celebraban en Magnesia bajo el nombre de *Hetariadeas* no le pertenecian; pues habían sido instituidas en honor de *Júpiter Hetario* desde la espedicion de los Argonautas.

No era bastante haber dado á Vénus el nombre de las cortesanas que se encomendaban á ella, y se le daban aun otros que no hubieran convenido menos á sus predilectas sacerdotisas. El de *Peribasia*, por ejemplo, en latin *Divaricatrix*, hacia alusion á los movimientos y convulsiones del placer sensual. Esta Vénus era adorada nominalmente entre los Argivos coma nos lo dice S. Clemente de Alejandría que no escrupuliza esplicar el escandaloso nombre de Peribasia.

La Peribasia de los griegos vino á ser la Salacia ó Vénus Lúbrica entre los romanos, la cual tomó aun otros nombres análogos y mas característicos. Dédalo, el famoso arquitecto del laberinto de Creta, dedicó á esta diosa una estátua de plata maciza. Los dones ofrecidos á la diosa aludian á las cualidades que se le suponian, y que eran á veces riquísimos, en relacion con la calidad de las mujeres que los depositaban en el altar ó los colgaban al pedestal de la estátua. Comunmente eran estas ofrendas falos de oro, de plata, de marfil ó de

nácar; solian ser tambien joyas preciosas y sobre todo espejos de plata bruñida con molduras é inscripciones. Estos espejos fueron siempre considerados como los atributos de la diosa y de las cortesanas. Representábase á Vénus con un espejo en la mano y tambien con un vaso ó caja de perfumes; porque, decia el poeta griego «Vénus no imita á Palas, que se baña á veces, pero que jamás se perfuma.»

Las cortesanas que tanto interés libraban en tener propicia á Vénus, se despojaban por ella de los objetos de adorno que mas estimaban. Su primera ofrenda debia ser su ceñidor; tenian peines, pinzas de depilar, alfileres, y otros menudos objetos de oro y plata, que las mujeres honradas no se permitian llevar, y que Vénus Hetaria podia sin escrúpulo aceptar de sus humildes servidoras. Así pues el poeta Fileteres esclama con entusiasmo en su *Corintiasta.*

«No sin razon se ven en toda la Grecia templos consagrados á Vénus-Prostituta y no á Vénus-Casada.»

Vénus tenia en Grecia muchas otras denominaciones, que se referian á ciertas particularidades de su culto, y los templos que se le dedicaban bajo estas denominaciones, ordinariamente obscenas, eran mas frecuentados y estaban mas enriquecidos que los de Vénus-Púdica. Ora se le adoraba con el nombre de *Melanisa* ó la *Negra*, como númen de la noche amorosa: ella fué quien se apareció á Lais para avisarle que los amantes le venian de todas partes con magníficos presentes; tenia templos en Melangia de Arcadia, en Cranio cerca de Corinto, en Tespias de Beocia; y sus templos estaban rodeados de bosques impenetrables á la luz, en cuyo seno habia que buscar á tientas las aventuras amorosas: ora se la llamaba *Mucheia*, ó la diosa de los albergues, *Castnia*, ó la diosa de los deleites impúdicos, *Scotia* ó la *Tenebrosa*, *Derceto* ó la *Mujer pública Calípiga*, ó la de las bellezas secretas.

Vénus, verdadero Proteo del amor, ó mas bien de la sensualidad tenia para cada una de sus transformaciones una mitología especial, siempre ingeniosa y alegórica; pero siempre representando á la mujer que siente y satisface el instinto sexual. Así, cuando fué Derceto ó la diosa de Siria, habia caido del Olimpo á la mar, donde encontró un gran pez, que se brindó á conducirla á las costas de Siria, favor que pagó la diosa poniendo á su salvador en el número de los astros.

Para traducir esta bella fábula al lenguaje de los hombres, no hay

mas que imaginarse una bella siria, perdida en un naufragio y salvada por un pescado que se enamora de ella. Su nombre de Derceto espresaba sus idas y venidas á las costas de Siria con el pescador que la acojiera en su barca.

Los sacerdotes de Derceto dieron á la alegoría una forma mas mística. Segun ellos, en las épocas contemporáneas del caos, hubo de caer del cielo al Eufrates un huevo gigantesco; los peces lo sacaron á la orilla, lo incubaron y Vénus salió de él: hé aquí por que las palomas y los peces estaban consagrados á Vénus; sino que se ignora á qué clase de peces daba preferencia la diosa.

Finalmente habia otra Vénus, llamada Mechanitis ó Mecánica, cuyas estátuas eran de madera con piés, manos y una máscara de mármol. Aquellas estátuas se movian por medio de ocultos resortes tomando las posturas mas caprichosas.

Vénus era sin duda bajo sus diversos aspectos la diosa de la belleza; pero la belleza que divinizaba era mas bien la del cuerpo que la del rostro; y los griegos, mas aficionados á la estatuaria que á la pintura se preocupaban mas de la forma que del color. La belleza del rostro pertenecia indistintamente á todas las diosas del panteon griego; mientras que la belleza del cuerpo era uno de los divinos atributos de Vénus. Cuando el pastor troyano Paris adjudicó la manzana de oro á la mas bella de las tres diosas rivales, no decidió su eleccion sino despues de haberlas visto desnudas.

Vénus no representaba, pues, la belleza inteligente, el alma de la mujer, sino la belleza material, el cuerpo de la mujer. Los poetas, los artistas todos, le atribuian una cabeza muy pequeña, de frente baja y estrecha; pero en cambio desarrollaron su cuerpo dándole miembros muy largos llenos y flexibles. La perfeccion de la belleza de Vénus comenzaba sobre todo en la cintura. Los griegos se consideraban como los inteligentes del mundo en este género de belleza. Sin embarho, no fué en Grecia, sino en Sicilia, donde se erigió un templo á Vénus Calípiga. Este templo debió su orígen á un juicio que no tuvo tanta fama como el de Paris, porque las partes no eran diosas, ni el juez tuvo que dicidir entre tres.

Dos hermanas de las cercanías de Siracusa, se disputaban bañándose un dia, el premio de la belleza. Un jóven siriacusano que por allí pasaba y vió las piezas del proceso, sin ser visto, hincó la rodilla

en tierra como ante la misma Vénus, y esclamó asegurando que la mayor debia ceñir el laurel de la victoria. Las dos adversarias huyeron medio desnudas y el jóven volvió á la ciudad, donde admirado aun, refirió lo que habia visto. Un hermano suyo admirado tambien de las bellezas referidas, aseguró á su vez que él se contentaria con la menor; y los dos reunieron lo que tenian de mas precioso y se presentaron al padre de las dos bellas hermanas solicitándolas en matrimonio.

La menor desolada por haber sido vencida, en aquella primera vista, habia caido enferma; sin embargo, solicitó la revision de la causa y los hermanos de comun acuerdo proclamaron que las dos merecian la palma de la victoria, segun que el juez mirase á la una por el lado derecho y á la otra por el izquierdo. Las hermanas se casaron con los dos hermanos y trasportaron á Siracusa su fama de belleza que fué en aumento cada dia. Colmóseles de presentes y tantas riquezas recojieron, que pudieron erigir un gran templo á la diosa de la belleza, orígen de su fortuna.

La estátua que se admiraba en este templo participaba á la vez de los encantos secretos de las dos hermanas, y la reunion de ambos modelos en una sola copia, habia formado el tipo perfecto de la belleza *calípiga*. El poeta Cercidas de Megalópolis fué quien inmortalizó esta copia sin haber visto los originales. Ateneo refiere la misma anécdota cuyo trasparente velo cubre evidentemente la historia de las dos cortesanas de Siracusa.

Si las cortesanas erigian templos á Vénus, estaban, pues autorizadas, á lo menos en los primeros tiempos de la Grecia, para ofrecer sacrificios á la diosa y para tomar una parte activa en las fiestas públicas, sin perjuicio de otras que, como las *Afrodiseas*, se reservaban mas patircularmente y que celebraban á puerta cerrada.

A veces solian desempeñar ellas tambien las funciones de sacerdotisas en los templos de Vénus, á los que se agregaban como auxiliares para mantener al sacerdote y aumentar las rentas del altar. Strabon dice espresamente que el templo de Vénus en Corinto poseia mas de mil cortesanas que la devocion de sus adoradores le habia consagrado. Era un uso generalmente establecido en Grecia consagrar así á Vénus cierto número de jóvenes, cuando se queria tener propicia á la diosa, ó en accion de gracias cuando la diosa habia escuchado

los votos de sus fieles. Jenofonte de Corinto al partir para los Juegos Olímpicos, promete á Vénus consagrarle cincuenta hetarias, si le concede el laurel de la victoria. Vuelve vencedor y cumple religiosamente su promesa.

«¡Oh soberana de Chipre! esclama Pindaro en la oda compuesta en honor de esta ofrenda. Jenofonte acaba de traer á tu sagrado bosque, cincuenta bellas mujeres.»

Luego dirigiéndose á ellas, añade:

«¡Oh bellas jóvenes que recibís á todos los estranjeros y les dais hospitalidad, sacerdotisas de la diosa Pitho en la rica y espléndida Corinto! vosotras sois las que haciendo arder el incienso ante la imájen de Vénus é invocando á la Madre de los amores, nos atraeis su celeste ayuda y nos procurais los dulces momentos que gozamos en los voluptuosos lechos, donde se coje el tierno fruto de la belleza.»

Esta consagracion de las cortesanas á Vénus se usaba principalmente en Corinto. Cuando la ciudad tenia que hacer alguna peticion á la diosa, no dejaba nunca de confiársela á las *consagradas*, que entraban las primeras en el templo y salian de él las últimas. Segun Corneliano de Heráclea, Corinto en ciertas circunstancias solemnes, se hizo representar ante la diosa por una procesion innumerable de cortesanas, vestidas con el mismo traje de su oficio.

El empleo de estas cortesanas en los templos y bosques de la diosa está suficientemente comprobado por los monumentos figurados, que son menos discretos en este punto que los escritos modernos. Las pinturas de dos copas y dos vasos griegos, citados por el sábio Mr. Lajard con presencia de las descripciones de MM. de Vitte y Lenormand, no nos deja duda sobre la prostitucion religiosa que hubo de perpetuarse en el culto de Vénus. Uno de estos vasos que formaba parte de la célebre coleccion Durand, representa un templo de Vénus en el cual recibe una cortesana, por medio de un esclavo, las proposiciones de un estranjero, coronado de mirto y situado fuera del templo con un bolsillo en la mano. En el segundo vaso, otro estranjero igualmente coronado de mirto, está sentado en un lecho, en actitud de concertar el precio de una cortesana, de pié delante de él. Mr. Lajard atribuye la misma significacion á una piedra tallada en muchas facetas, cinco de las cuales tienen grabadas figuras de animales simbólicos del culto de la Vénus Oriental, representando la sesta una corte-

sana, que se mira á un espejo á la vez que se entrega á un estranjero. Pero lo que pasaba en los templos y en los bosques sagrados, no ha dejado indicios mas característicos en los autores de la antigüedad, los cuales no osaron revelar los misterios de Vénus.

Aunque las cortesanas eran las bienvenidas en el culto de su diosa, no podian mezclarse ni intervenir sino privadamente en el de las otras divinidades. Así, pues, tenian que celebrar en el interior de sus casas, despues de la vendimia, las Aloenas fiestas de Céres y de Baco. Una cena licenciosa era el ritual de tales fiestas, en las cuales se reunian con sus amantes las alegres cortesanas para comer, beber, reir, cantar, tocar, danzar, etc. «En la próxima fiesta de las Aloenas, escribe Megara á Bacchis en las cartas de Alcyfronte, nos reuniremos en Colyte y en casa del amante de Thesala para comer: haz lo posible por venir.» «Ya están encima las Aloenas, escribe Tais á Thesala, y todos estamos juntos en mi casa para celebrar la víspera de la fiesta.» Estas cenas, llamadas *pequeños misterios de Céres*, eran pretestos de libertinaje que solian durar muchos dias y muchas noches.

Parece ser que en ciertos templos de Céres, en Eleuxis, por ejemplo, las cortesanas, de cuyo contacto y vista huian las mujeres honradas, hubierón de obtener vénia para abrir y efectivamente abrieron una sala exclusivamente para ellas; en estas piezas reservadas ni aun los sacerdotes tenian derecho de entrar, y una de las cortesanas presidia las ceremonias religiosas, que todas ellas, como otras tantas vestales, embellecian con una apariencia de honestidad y decoro. Durante estas ceremonias las viejas cortesanas, deban lecciones á las jóvenes en la ciencia y práctica de los misterios de la *Buena Diosa*. El pontífice Archias que se permitió ofrecer un sacrificio á la Céres de Eleuxis en la sala de las cortesanas, sin intervencion ni vénia de su gran sacerdotisa, fué acusado de impiedad por el orador Demóstenes y condenado por el pueblo.

Todos los dioses, como todas las diosas, aceptaban, sin embargo, las ofrendas que las cortesanas les hacian, aunque sin penetrar en los templos cuya entrada les estaba prohibida. La famosa cortesana Cotina, que se hizo bastante célebre para que se grabara su nombre en el dicterion que habia ocupado cerca de Colonas, frente á frente del templo de Baco, dedicó en honor de uno de sus galantes espartanos un toro de bronce, que fué colocado en el frontis del templo de Minerva

Calcidense. Este toro votivo se hallaban aun en su sitio en tiempo de Ateneo. Pero era un Dios que se mostraba naturalmente menos severo con las cortesanas; era Adonis deificado por Vénus que lo habia amado.

Las fiestas de Adonis estaban además ligadas de tal modo á las de Vénus, que no se podia adorar á la una sin rendir indirectamente homenaje al otro. Adonis habia tambien tenido en los tiempos antiguos, una gran parte en las ofrendas de la prostitucion religiosa, antes que su culto se hubiera confundido en el de Priapo. Las cortesanas de todas las condiciones aprovechaban las fiestas de Adonis, que atraian de todas partes tantos estranjeros para ejercer su industria bajo los auspicios del dios y á su beneficio, en los bosques que rodeaban sus templos. «En el sitio á que te conduzca, dice un rufian á un cocinero á quien ha enganchado, hay un lugar de placer, y una famosa hetaria, celebra allí las fiestas de Adonis con una multitud de compañeras suyas.» Los atenienses, á pesar de la justa reprobacion que sus moralistas dan á la vida infame de las cortesanas, no las creyeron menos dignas del Olimpo que de sus templos, pues templos y estátuas levantaron á Vénus *Leœna* y á Vénus *Lamia* para divinizar á las dos cortesanas, queridas de Demetrio Poliorcetes.

CAPITULO V.

Motivos por qué Solon fundó en Atenas un establecimiento de prostitucion.—Lo que dice sobre este asunto el historiador Nicandro.—Solon y el poeta Filemon.—Tarifa de la prostitucion fijada por Solon.—Las dicteriadas consideradas como funcionarias públicas.—Reglamento de Solon para las cortesanas de Atenas.—Festines públicos instituidos por Hípias é Hiparco.—Ordenanza del tirano Pisistrato para los dias consagrados al libertinaje público.—Vicios vergonzosos de los Atenienses.—Costumbres privadas de las mujeres de Esparta y de Corinto.—Vida licenciosa de las espartanas.—Inutilidad de las cortesanas en Esparta.—Indiferencia de Licurgo sobre la incontinencia de las mujeres.—Frecuentacion de las cortesanas, mirada como cosa natural.—Mision de los poetas cómicos y de los filósofos.—El Areópago.—Legislacion de la prostitucion ateniense.—Situacion difícil de las cortesanas por efecto de las leyes.—Bacchis y Mirina.—Eatias acusa de impiedad á la cortesana Friné.—Singular defensa del abogado Hipérides.—La cortesana Teocris, sacerdotisa de Vénus, condenada á muerte por la acusacion de Demóstenes.—Isea.—Decretos dél Areópago sobre la prostitucion.—La hetaria Nemea.—Triste condicion de los hijos de concubinas y cortesanas.—Hércules, dios de la bastardía.—Infamia de la ley para con los bastardos.—Los diálogos de las cortesanas de Luciano.—Aristofonte y Caliades.—Ley llamada de prostitucion.—Singularidad monstruosa de las leyes atenienses.—Tribunales subalternos de policía.—Sus funciones.

La prostitucion sagrada, que existia en todos los templos de Atenas en la época en que Solon dió leyes á sus conciudanos, obligó seguramente á este legislador á establecer la prostitucion legal. En cuanto á la prostitucion hospitalaria, contemporánea de las edades heróicas de la Grecia, habia ya desaparecido sin dejar huella ninguna en las costumbres, y el matrimonio era demasiado protegido por la legislacion y la legitimidad de los hijos demasiado necesaria al honor de la república, para que el recuerdo de las metamórfosis y de la encarnacion humana de los dioses pudiera prevalecer todavía contra la fé conyugal y el respeto á la familia.

Solon vió enriquecerse los altares y los sacerdotes con el producto

de la prostitucion de las *consagradas* que solo se vendian á los estranjeros, y pensó naturalmente en procurar al Estado los mismos beneficios y por los mismos medios hacerlas servir á la vez á los placeres de la juventud y á la seguridad de las mujeres honradas.

Como establecimiento de utilidad pública, fundó, pues, un gran *Dicterion*, en el cual esclavas compradas y mantenidas á espensas del Estado, sacaban un tributo cotidiano de los vicios de la poblacion y se afanaban, aunque torpemente, en aumentar las rentas de la república.

Háse pretendido con frecuencia, por falta de pruebas históricas, quitar al sábio Solon la responsabilidad moral del libertinaje instituido legalmente en Atenas. Aquel gran legislador, se dice, cuyo código respira pudor y castidad, no podia contradecirse tan notablemente abriendo él mismo la puerta á la disolucion de sus conciudadanos. Pero en un hecho de esta naturaleza, que parecia por debajo de la dignidad de la historia, la tradicion, recogida por Ateneo y conservada tambien en las obras que existian en su tiempo, era como el eco de aquel dicterion, que habia tenido á Solon por fundador y que se gloriaba de su orígen.

Nicandro de Colofon en su Historia de Atenas, hoy perdida, habia dicho espresamente que Solon, indulgente con la ardiente juventud, no solo compró esclavas y las colocó en *lugares públicos*, sino que edificó tambien un templo á Vénus Cortesana con el dinero reunido por las impuras habitantes de aquellos lugares.

«¡Oh Solon! esclama el poeta Filemon en sus Delfienses, comedia que no ha llegado hasta nosotros. ¡Oh Solon! eres por este hecho el bienhechor de la república; tú no viste en establecimiento tan benéfico mas que la salud y la tranquilidad del pueblo. Era además absolutamente necesario en una ciudad cuya fogosa juventud no puede menos de obedecer á las mas imperiosas leyes de la naturaleza. Tú preveniste grandes males y desórdenes inevitables, poniendo en casas destinadas á este uso las mujeres que compraste para las necesidades del público y que estaban obligadas por su estado á otorgar sus favores á todo el que quisiera pagarlos.»

A esta invocacion que la gratitud sin duda alguna arranca al poeta cómico añade Ateneo, segun Nicandro, que la tarifa fijada por Solon era módica y que las *dicteriadas* se daban aire de cumplir funciones públicas.

«El comercio que con ellas se tenia no traia rivalidades ni venganzas, de ningun género, ni se sufrian de parte de ellas retardos, desdenes, ni reproches.»

Al mismo Solon sin duda se debia el reglamento interior de aquel establecimiento, que fué mucho tiempo administrado como los demás servicios públicos y tuvo sin duda á su frente, á lo menos en su orígen, un gran magistrado.

Puede suponerse con mucha apariencia de razon que las mujeres comunes estaban entonces completamente separadas de la vida civil de la poblacion: no les era lícito salir de su oficina legal, ni menos presentarse en actos públicos de fiestas cívicas ni religiosas; y si por tolerancia se les permitia salir á la calle habian de llevar un traje esclusivamente propio, por el cual se les reconocia, y mantenerse siempre alejadas de ciertos sitios, donde su presencia pudiera causar escándalo ó distraccion. Estranjeras además, no tenian ningun derecho que revindicar en la ciudad, y las que, hijas del pais, se dedicaban á la prostitucion, perdian *ipso facto* todos los privilegios y derechos de nacimiento.

No poseemos las leyes qne redactara Solon para instruir la prostitucion legal; pero podemos formular así sus principales disposiciones, harto comprobadas por una multitud de hechos que encontramos dispersos en las obras de los escritores griegos.

Empero el código de Solon, respecto de las mujeres del gran dicterion sostenido á espensas de la república, hubo de perder de su severidad, pues cosa de un siglo despues, las cortesanas de todas partes invadieron la sociedad del pueblo griego, osando confundirse con las mujeres honradas hasta en el foro mismo. Hipias é Hiparco, hijos de Pisistrato, tirano que oprimió á Atenas 530 años antes de la era moderna, establecieron festines públicos en que se reunia el pueblo á la misma mesa; y en estos festines las cortesanas estaban autorizadas para tomar asiento al lado de las matronas, porque los hijos del tirano se habian prepuesto corromper al pueblo para mejor subyugarlo. Así, pues, por valernos de la espresion de Plutarco, las mujeres públicas llegaban á oleadas, y como decia el historiador griego Idomeneo, cuyas obras solo por fragmentos conocemos, Pisistrato que inspiraba estas orgías, ordenó que los campos, viñas y jardines estuvieran abiertos á todo el mundo en los dias consagrados al libertinaje pú-

blico, á fin de que cada cual pudiera solazarse en ellos sin estar obligado á ir á ocultarse en el misterio del dicterion de Solon.

El legislador de Atenas tuvo dos motivos evidentes é imperiosos para reglamentar, como lo hizo, la prostitucion: propúsose en primer lugar poner al abrigo de la violencia ó del insulto el pudor de las doncellas y la honestidad de las mujeres casadas; luego quiso apartar á la juventud de las vergonzosas tendencias que la deshonraban y embrutecian. Atenas habia venido á ser el teatro de todos los desórdenes morales; el vicio contra naturaleza se propagaba de una manera horrible amenazando detener la progresion social.

Ahora bien; aquellos libertinos ¿podian ser ciudadanos? Solon quiso darles medios de satisfacer á las necesidades de los sentidos sin entregarse á los estravíos de la imaginacion. Sin embargo, no hizo mas que corregir á una parte de sus compatriotas; los otros, sin renunciar á sus culpables hábitos, contrajeron los de un libertinaje mas natural, aunque no menos funesto. Pero el objeto de Solon en cuanto á la seguridad de las mujeres honradas, se cumplió á pesar de todo. La prostitucion legal estaba entonces, por decirlo así, en su infancia, y no tenia grande clientela: apenas se la conocia, solo por grados fué penetrando en las costumbres y solo se entregó á ella el pueblo despues de haber tenido en cierto modo la esperiencia.

Hé aquí como las leyes de Solon se hallaron muy luego rebasadas por las necesidades públicas y sucesivamente borradas bajo el imperio de la corrupcion de las costumbres, que no se depuraron civilizándose. Pero á lo menos en Atenas el hogar doméstico fué respetado no llegando á él ponzoña de la prostitucion; y cuando Vénus-Pandemos invitaba á sus adoradores al olvido de toda decencia, y cuando el Píreo agrandaba á las puertas de Atenas el dominio señalado á las cortesanas, el pudor conyugal guardaba la entrada de la casa del ciudadano que se iba á ofrecer sacrificios á la diosa y á cenar con sus amigos á la mesa de sus concubinas.

Las costumbres privadas de las mujeres de Esparta y sobre todo de Corinto, no eran tan regulares como la de las atenienses: y sin embargo, en aquellas dos ciudades la prostitucion no habia sido sometida á leyes especiales, sino que era libre, por emplear una espresion moderna, y podia producirse impunemente bajo todas las formas y en todas las condiciones posibles. En Corinto, ciudad de comercio y de

tránsito, el placer era un gran negocio para sus habitantes y para los estrangeros, que afluian allí de todos los paises del mundo; juzgándose conveniente dejar á la voluntad ó capricho de cada cual el completo goce de sí mismo. En Esparta, ciudad de virtudes republicanas y austeras, la prostitucion no podia ser mas que un accidente, una escepcion casi indiferente. Licurgo no habia pensado en ello sin duda. La continencia, la castidad en las mujeres le parecian supérfluas sino ridículas.

El solo se habia propuesto gobernar á los hombres y hacerlos mas bravos, mas robustos, mas guerreros: de las mujeres no se cuidó siquiera. Licurgo, como lo dice formalmente Aristóteles en su República (Lib. II, c. 7.) solo quiso imponer á los hombres, no á las mujeres, la templanza. Estas desde mucho tiempo antes de él, vivian en la disolucion de las costumbres, abandonándose casi públicamente á todos los escesos sensuales (in summa luxuria, dice la version latina de Aristóteles.) El célebre legislador no cambió en nada este estado de cosas: las jóvenes de Esparta, que recibian una educacion inconveniente á su sexo, se mezclaban varonilmente y medio desnudas en los ejercicios de los hombres corriendo y luchando con ellos: sino que estos aparentaban no apercibirse de la diferencia de un sexo que las mujeres pretendian hacer olvidar. Un marido á quien se hubiera sorprendido saliendo del dormitorio de su mujer, se hubiera avergonzado de ser tan poco espartano. Bien se comprende que entre semejantes hombres, las cortesanas hubieran sido completamente inútiles. Ellos no se permitian tampoco los estravíos sensuales á que los jóvenes atenienses eran tan propensos. La amistad de los espartanos entre sí, era solo una fraternidad de armas, tan pura, como depravada era la de los atenienses.

Las mujeres de Esparta no se avenian todas á esta abnegocion absoluta de su sexo y de su naturaleza; y así habia muchas que se presentaban voluntariamente á los actos de la mayor licencia sin exigir por ello retribucion ninguna. Las cortesanas, pues, no habrian tenido empleo en una ciudad, en que casadas y solteras estaban allí para hacerles concurrencia. No sin justicia atribuye Platon á Licurgo en el primer libro de sus Leyes, la incontinencia de las mujeres de Esparta, pues que aquel legislador ni puso remedio al mal ni se dignó siquiera vituperarlo.

Como se vé, la prostitucion estaba tolerada, sino organizada y regularizada en las repúblicas griegas, donde se la miraba como un mal necesario, que obviaba otros mayores. Ateneo, pues, pudo decir con razon (Lib. XIII. c. 6). «Muchos personajes que han tomado parte en el gobierno de la cosa pública, han hablado de las cortesanas, vituperándolas los unos, elogiándolas los otros.» No era vergonzoso para un ciudadano, por elevado que fuera su carácter, frecuentar á las cortesanas, aun antes de Pericles, en cuya época esta clase de mujeres hubo en cierto modo de reinar en Grecia. Tampoco eran censurables las relaciones que se tenian con ellas, así que, describiendo las costumbres de Atenas, un cómico latino se juzgó autorizado para declarar espresamente que un jóven debia frecuentar las casas públicas para completar su educacion. (Non est flagitium scortari hominem adolescentulum).

Los poetas cómicos, sin embargo, lo mismo que los filósofos, tenian la mision moral de castigar el libertinaje haciéndole sonrojar algunas veces y solamente sus epígramas solian poner un freno á la licencia de las costumbres, que ellos vigilaban allí, donde faltaba la ley. «Una cortesana es la peste de quien la mantiene,» esclamaba el Campesino de Aristófanes.—«Si habeis amado alguna vez á una cortesana, decia en alta voz Anaxilas en su *Neottis*, nombradme un sér mas perverso.»

La ley, sin embargo, no era siempre muda é impotente para las mujeres de mala vida, ya fueran hetarias, músicas, ó dicteriadas, pues no solo les negaba severamente todos los derechos anejos á la condicion de ciudadana, sino que ponia límites á sus excesos. El Areópago fijaba con frecuencia su elevada atencion en la conducta de estas mujeres y con frecuencia tambien las castigaba del modo mas riguroso. Segun muchos pasajes de Alcifronte, parece que las cortesanas eran solidarias ante la ley, y por consiguiente enojosas para todas. Puede presumirse que se trataba de un impuesto proporcional, aplicable á toda mujer que no justificara su título de ciudadana. De esta manera se les hacia de vez en cuando traer á las arcas del Estado lo que habian tomado del bolsillo de los ciudadanos.

Esta singular legislacion ha permitido sostener una paradoja que damos aquí por lo que valga. Segun ciertos eruditos, las cortesanas de Atenas habian fundado una corporacion, un colegio, que se componia de diversas órdenes de mujeres ocupadas en el mismo oficio y

clasificadas gerárquicamente bajo estatutos ó reglamentos relativos á su despreciable industria. Por esto, pues, el Areópago podia hacer responsable al cuerpo entero de la falta cometida por uno de sus miembros.

Este alto tribunal llamaba la causa ante sí, cuando alguna cortesana impelia á un ciudadano á cometer una accion indigna, y así mismo cuando su influencia era perjudicial á los jóvenes hasta el pnnto de hacerles disipar su fortuna, desviarlos del servicio de la república ó sugerirles ideas de impiedad. Los fallos eran á veces capitales y bastaba el ódio ó la venganza de un amante desdeñado, para producir una tempestad terrible contra una mujer, que no tenia ningun apoyo y que podia ser condenada sin defensa.

«Prueba á exigir alguna cosa de Eutias en cambio de lo que tú hayas de darle, escribia la amable Bacchis á su amiga Mirrina, y ya verás si no eres acusada de haber incendiado la flota ó violado las leyes fundamentales del Estado.»

Este Eutias fué aquel indigno y vil delator que acusó de impiedad á la bella Friné; pero el abogado Hisperides no se desdeñó de tomar á su cargo la defensa de la cortesana, que le pagó bien, cuando fué absuelta.

«Gracias ¡oh supremos y justos dioses! le escribia ingénuamente Bacchis despues de este memorable juicio; nuestros beneficios son legítimos por el buen desenlace de ese proceso inícuo. Has adquirido ¡oh Hisperides! los mas sagrados derechos al reconocimiento de todas las cortesanas. Si consientes en recoger y publicar la oracion que en defensa de Friné has pronunciado, nos comprometemos todas á erigirte una estátua de oro á espensas nuestras en el sitio de Grecia que tú indiques.»

No dice la historia si Hisperides publicó la defensa de Friné ni si las cortesanas le erigieron á escote la estátua de oro en algun templo de Vénus Pandemos ó Peribasia.

Una acusacion intentada contra una cortesana llevaba el espanto á la corporacion á que pertenecia la acusada. Teocris, vieja cortesana que entendia tambien de mágia y de filtros amorosos, fué condenada á muerte por haber aconsejado á los esclavos, segun la acusacion de Demóstenes, engañar á los señores y haberles facilitado los medios de hacerlo. Esta Teocris estaba, sin embargo, agregada como

sacerdotisa á un templo de Vénus. Con ocasion del proceso de Friné, Bacchis se espresaba en estos términos: «Si por no haber obtenido de nuestros amantes el dinero que les pedimos; si por haber otorgado nuestros favores á los que nos los pagan generosamente, venimos á ser culpables de impiedad, será menester renunciar á todas las ventajas de nuestra profesion y no hacer ya mas comercio de nuestros encantos.»

La acusacion de impiedad era la mas frecuente contra las cortesanas; acusacion terrible tanto mas, cuanto que no se fundaba mas que en hechos vagos que se fálseaban facilmente. Las cortesanas ejercian las funciones de sacerdotisas en ciertos templos y fiestas; con todo eso, la presencia de una de ellas en un templo podia muy bien calificarse de impiedad.

«No es lícito, decia Demóstenes en su oracion contra Neera, no es lícito á una mujer, en quien se halló un adulterio, entrar en nuestros templos, bien que nuestras leyes se lo permitan á una estranjera y á una esclava. Las mujeres sorprendidas en adulterio son las únicas á quienes la entrada en los templos debe estar prohibida.»

Antes de Demóstenes, el orador Iseo, que fué maestro de aquel gran orador, habia declarado tambien en solemnes juicios que una mujer comun entregada á una vida licenciosa, no podia sin impiedad penetrar en el interior de un templo ni asistir á los misterios secretos del culto. Estas desdichadas mujeres se hallaban allí espuestas sin cesar á las persecuciones judiciales, bajo pretesto de impiedad, estaban, por decirlo así, fuera de la ley, y el Areópago ante el cual se las conducia á gusto y voluntad de enemigos poderosos, no tenia mas escrúpulos de condenarlas que de absolverlas. Un decreto del Areópago prohibia á las cortesanas y á las esclavas llevar sobrenombres tomados de los juegos sagrados, y sin embargo hubo en Atenas una hetaria que se hacia llamar *Nemea*, porque su amante se habia distinguido en los *Juegos Nemeos*, y acaso tambien por ponerse ella misma bajo los auspicios de Hércules. El Areópago no le disputó este nombre de buen augurio, tolerándole el abuso. Por otro decreto del Areópago se prohibia igualmente á las cortesanas celebrar las fiestas de los dioses al mismo tiempo que las matronas y las mujeres libres ó ciudadanas. Esto no obstante, en las Afrodiseas, como refiere Ateneo bajo el testimonio de Alejo, mujeres libres y cortesanas se confundian en la

mesa de los festines públicos que se daban en honor de Vénus. Así, pues, la impiedad estaba allí donde quiera que habia una cortesana, escapando de la pena legal mas bien por fortuna que por destreza ó astucia. Esta difícil situacion, á que se las traia exprofeso para dominarlas, esplica el número y la riqueza de las ofrendas que hacian á los dioses para obtener su proteccion.

La ley no escusaba ninguna humillacion á las cortesanas. Los hijos que de ellas nacian como las de las concubinas, participaban de la ignominia de sus madres; ignominia de que no se purificaban hasta haber servido con gloria á la república. La condicion personal de las concubinas diferia esencialmente de la de las cortesanas; y sin embargo, la condicion de los hijos de unas y de otras era idéntica. Los bastardos, que eran innumerables, porque innumerables eran las cortesanas en Atenas, estaban como segregados de la poblacion libre: no tenian traje especial ni ninguna otra marca distintiva; pero desde su infancia jugaban aparte y apàrte se ejercitaban en un terreno dependiente del templo de Hércules, á quien se miraba como el Dios de la bastardía. Cuando tenian la edad del hombre estaban incapacitados de heredar, de hablar ante el pueblo, de ser ciudadanos en una palabra.

Finalmente, los hijos de las cortesanas, para colmo de ignominia, no tenian la obligacion comun de mantener á los autores de sus dias, hecho que menciona Plutarco en la *Vida de Solon*: á ningun deber filial estaban sujetos para con aquellos que no reconocian ninguna obligacion paternal. Esplícase bien ahora por qué la mayor parte de las cortesanas exponian á sus hijos recien nacidos en la calle confiándolos así á la república, que era para ellos menos madrasta. Estas exposiciones de niños eran tan frecuentes en Atenas que en los Diálogos de las cortesanas Luciano hacia una escepcion bien honrosa por cierto, en favor de una de sus heroínas que decia á su compañera: «Será preciso que yo crie un niño porque no creo que pueda exponer el que he de parir.» Bajo el arcontado de Euclides el orador Aristofonte hizo promulgar una ley que declaraba bastardo á todo el que no probase que era hijo de una ciudadana ó mujer libre. Entonces para burlarse de este escesivo rigor el poeta cómico Caliades lo puso en escena y lo representó él mismo como hijo de la cortesana Cloris.

Reglamentando la prostitucion, Solon le habia impuesto diques

saludables, pues se propuso tener á distancia á los miserables factores del libertinaje que querian crearse una industria corrompiendo á los jóvenes de ambos sexos. Creó pues una ley llamada de la prostitucion que solo conocemos por la cita que de ella hace Eschines en uno de sus discursos. «Todo el que se hiciere rufian de un jóven ó de una jóven de la clase libre será castigado con el último suplicio.» Pero muy luego se suavizó esta ley y se inventaron paliativos que desnaturalizaron su verdadero carácter: así la pena de muerte fué reemplazada por una multa de veinte drácmas, mientras que la multa era de ciento por el rapto de una mujer libre. Solo se conservó la pena capital en el testo de la ley, y aun así, como lo afirma Plutarco, las mujeres depravadas que ejercian abiertamente el deshonroso oficio de terceras no estaban comprendidas en la categoría de culpables que esta ley debia castigar. En vano Eschines pidió la aplicacion de una ley que no habia sido jamás completamente aplicada. En efecto, era muy difícil trazar el límite en que comenzaba el crímen en vista del cual se habia hecho aquella ley terrible, porque el uso autorizaba en Grecia á un amante á robar á su amada, con tal que esta consintiera y que sus padres no pusieran obstáculo.

Bastaba, pues, tener préviamente el asenso de los padres de una jóven que se queria poseer: con este propósito se le prevenia el dia en que el rapto habia de tener lugar y con esto no tenian mas que aparentar cierta resistencia. Cuando una jóven, ó su madre por ella, habia recibido de un hombre un presente, esta jóven no era ya considerada como vírgen, bien que su virginidad estuviera intacta; pero tampoco se la tenia por prostituta.

El Areópago que juzgaba á las cortesanas y á sus odiosos parásitos, cuando el crímen le era denunciado por la voz del pueblo ó por cualquier ciudadano, no se dignaba ocuparse de los simples delitos que podia cometer aquel impuro pueblo, dado á las malas costumbres y sometido á rigurosas prescripciones de policía. El conocimiento de estos delitos resultantes del ejercicio de la prostitucion, pertenecia ciertamente á tribunales subalternos de policía edilitaria. Ellos eran los que hacian observar los reglamentos relativos al traje especial que debian llevar las cortesanas, á los sitios afectos á su morada y paseos, á los impuestos cargados á su vergonzosa profesion y á todos los hábitos en fin de su vida pública.

CAPÍTULO VI.

Diferentes categorías de cortesanas atenienses.—Las dicteriadas.—Las auletridas.—Las hetarias.—Pasifae.—Condiciones diversas de las mujeres de mala vida.—Demóstenes contra la cortesana Neera.—Renta considerable del impuesto sobre la prostitucion.—El Pornicontelos.—Sus colectores.—Horas en que podian salir las córtesanas.—El puerto del Pireo señalado por dominio á la prostitucion.—El cerámico, mercado de la prostitucion elegante.—Uso singular: profanacion de los sepulcros del Cerámico.—El puerto Faléreo y el arrabal de Estiron.—La gran plaza del Pireo.—Temistocles conducido por cuatro hetarias á modo de caballo.—Muestras impúdicas de las casas de prostitucion.—Carta de Panope á su marido Etibulos.—Policia de las costumbres concerniente al traje de las cortesanas.—El traje florido.—Leyes sentuarias.—Traje de las cortesanas Lecedemonias.—Ley terrible de Zaleuco discípulo de Pitágoras contra el adulterio.—Suidas y Hermógenes.—Ley suntuaria de Filipo de Macedonia:—Traje ordinario de los atenienses de distincion.—Traje de las cortesanas de Esparta.—Moda característica de las cortesanas griegas.—Degradacion legal de las sirvientas de las cortesanas.—Perversion de estas criadas.

Las cortesanas de Atenas, formaban muchas clases, de tal modo distintas entre sí, que las leyes de las costumbres que las regian debian igualmente variar, segun las diferentes categorías de estas mujeres públicas. Habia tres principales categorías, que se subdividian á su vez en otras muchas clases mas ó menos homogéneas: las dicteriadas, las aulétridas y las hetarias. Las primeras eran en cierto modo las esclavas de la prostitucion; las segundas las ausiliares; las terceras las reinas. Las dicteriadas fueron las que Solon reunió en casas públicas, donde mediante el precio fijado por el legislador, pertenecian á todos los que entraban en estas casas llamadas «Dicteriones,» en memoria de Pasifae, mujer de Minos, rey de Creta (*Dictæ*), la cual hubo de encerrarse en el vientre de una vaca de bronce para recibir fácilmente las caricias de un verdadero toro. Las aulétridas ó toca-

doras de flauta tenian una existencia mas libre, pues iban á ejercer su abilidad á los festines, cuando eran solicitadas, penetrando en el interior del domicilio y de la vida privada de los ciudadanos: su música, cantos y danzas no tenian mas objeto que enardecer y exaltar los sentidos de los convidados, los cuales les hacian muy luego sentarse á su lado. Las hetarias eran cortesanas, sin duda, pues traficaban con sus encantos, abandonándose impúdicamente á los que las pagaban; pero se reservaban, sin embargo, una parte de voluntad, pues no se vendian al primero que llegaba, tenian preferencias y aversiones, no hacian jamás abnegacion de su libre albedrío, ni pertenecian mas que al que habia sabido agradarlas. Además por su talento, instruccion y esquisita finura, podian competir con los hombres mas eminentes de la Grecia.

Estas tres categorías de cortesanas no hubieran tenido entre sí la mas leve relacion sin el objeto único de su institucion: las tres servian para satisfacer la sensualidad de los atenienses, desde el mas ilustre hasta el mas ínfimo. Habia grados en la prostitucion lo mismo que en el pueblo y la altiva hetaria del Cerámico, diferia tanto de la vil dicteriada del Píreo, como el brillante Alcibiades diferia de un grosero mercader de cueros. Si los documentos sobre la legislacion del libertinaje ateniense no se nos ofrecen sino rara é imperfectamente, podemos suplirlos con el pensamiento, comparando las condiciones diversas de las mujeres que hacian oficio y mercancía de su cuerpo. Las hetarias, aquellas ricas y poderosas soberanas que contaban en su clientela generales y magistrados y poetas y filósofos, no dependian mas que del Areópago; pero las aulétridas y las dicteriadas eran mas ordinariamente entregadas á los tribunales subalternos, bien que estas últimas, aun sometidas á una especie de esclavitud infamante, hubieran conservado el derecho de tener jueces fuera del recinto de su prision obscena. La mayor parte de las dicteriadas y aulétridas eran estranjeras, de oscuro y servil nacimiento: en todo caso una ateniense que por miseria, por vicio ó lijereza caia en esta clase abyecta de la prostitucion, se entendia que renunciaba á su nombre, á su rango y aun á su patria. Sin embargo, la hetaria griega que no sufria la misma degradacion, se obstinaba á veces en guardar su título de ciudadana, y era preciso un decreto del Areópago para arrancárselo. Demóstenes, en el juicio de la cortesana Neera, esclamaba con

indignacion: «¿De qué no es capaz la mujer impúdica que se entrega á todos los hombres que la pagan? ¿Direis que es ciudadana esa mujer infame, reconocida públicamente por una prostituta?»

Parece que todas las cortesanas de cualquier condicion que fueran estaban consagradas al servicio público bajo la dependencia absoluta del pueblo; pues no podian salir del territorio de la república sin haber demandado y obtenido préviamente un permiso que los arcontes no les concedian sino con seguridades de regreso. En ciertas circunstancias el colegio de las cortesanas fué declarado útil y necesario al estado.

En efecto, las cortesanas llegaron á multiplicarse tanto en Atenas y en Atica que el impuesto anual que pagaban al fisco por razon de su industria constituia una renta fabulosa. Este especial impuesto (*Pornicontelos*), que el orador Schines supone mas antiguo que los establecimientos y leyes de Solon, estaba arrendado todos los años á especuladores que se encargaban de esplotarlo, y mediante el pago de este impuesto, las cortesanas tenian el derecho de tolerancia y proteccion pública. Concíbese que un impuesto de esta naturaleza debió afectar al principio las honestas y pudibundas susceptibllidades de los ciudadanos virtuosos; pero estos se acostumbraron al fin y la administracion urbana no se avergonzó de seguir sacando utilidades de esta deshonrosa fuente. En cuanto á los arrendatarios del impuesto, no omitian medio para hacerle producir lo mas posible, y puede pues suponerse que inventaron una multitud de ordenanzas suntuarias para aumentar las multas y crear otras nuevas; por eso las cortesanas y los cobradores del Pornicontelos estaban siempre en guerra; las vejaciones de los unos parecian crecer á medida de la sumision de las otras y todos los años por consiguiente la prostitucion y el producto del impuesto iban en proporcion ascendente.

Dice Ateneo que las mujeres públicas, probablemente las dicteriadas, no podian salir de sus habitaciones sino despues de puesto el sol y á la hora en que ninguna matrona hubiera osado mostrarse en las calles sin esponer su reputacion. Pero no hay que tomar á la letra este pasaje de Ateneo, pues todas las cortesanas que vivian en el Pireo, estramuros de la ciudad, se paseaban por la mañana y por la tarde en el puerto. Posible es que estas mujeres no fueran admitidas en la ciudad para hacer sus compras, ni sus conquistas, hasta la caida

de la tarde, cuando las sombras las cubrian con un velo decente. En todo caso no podian pasar la noche dentro de la ciudad, incurriendo en una pena cuando se las encontraba en ella despues de cierta hora. Estábales tambien prohibido cometer actos de libertinaje cerca de las habitaciones de los ciudadanos honestos; costumbre que existia en las ciudades de Oriente, desde la mas remota antigüedad y se mantuvo en Atenas, mientras el Areópago puso límites á la prostitucion legal.

El puerto del Pireo fué señalado por dominio á esta prostitucion. Este puerto formaba una especie de ciudad compuesta de cabañas de pescadores, de almacenes, de mercancías, de casas de hospedaje y de comidas, y de malos lugares ó sitios de placer. La poblacion flotante de este arrabal ó suburbio de Atenas, comprendia á los estrangeros, los libertinos, los jugadores y demás gentes de mal vivir; lo cual era una clientela algo lucrativa para las cortesanas. Éstas habitaban entre sus servidores ordinarios y no tenian que ir á buscar aventuras á la ciudad bajo la austera vigilancia de los magistrados y la aversion de las matronas, hallándose perfectamente en el Pireo, donde afluian cortesanas de todos los paises del mundo. Esta afluencia perjudicial á los intereses de todas hizo cambiar á algunas el teatro de sus paseos: las mas orgullosas y triunfantes se aproximaron á Atenas y vinieron á mostrarse en el Cerámico.

El Cerámico, de que se apoderaron las hetarias dejando el Pireo á las dicteriadas y músicas, no era aquel bello distrito de Atenas que tomó su nombre Ceramo, hijo de Baco y de Ariana; sino un arrabal que comprendia el jardin de la academia y los sepulcros de los ciudadanos muertos con las armas en la mano. Estendíase á lo largo de la muralla desde la puerta del Cerámico hasta la puerta Dípila; allí los bosques de verdes árboles, los pórticos adornados de estátuas é inscripciones ofrecian frescos asilos contra el calor de sol. Las cortesanas del primer órden venian á pasearse ó á tomar asiento en aquel sitio que hubieron de apropiarse como si lo hubieran conquistado á los ilustres muertos que reposaban allí; y muy luego este sitio vino á ser el mercado público de la prostitucion elegante. Íbase allí á buscar fortuna, allí se iniciaban las primeras relaciones, allí se daban las citas, allí se hacian los negocios de amor. Cuando un jóven ateniense veia á una hetaria cuyos favores deseaba, escribia en el muro del Ce-

ramico el nombre de esta bella adjetivado de lisonjas: Luciano, Alcifronte y Aristófanes refieren esta singular costumbre. La cortesana luego enviaba su esclavo á ver los nombres que se habian escrito por la mañana, y cuando se hallaba el suyo entre ellos no tenia mas que permanecer de pié cerca de la inscripcion para anunciar que acogia la solicitud. El amante se presentaba entonces á ofrecer sus condiciones, las cuales no eran aceptadas siempre, porque las hetarias triunfantes no estaban todas sujetas á la misma tarifa y porque además se permitian ciertos caprichos en gracia de su singular belleza. Así muchas declaraciones de amor solo traian la confusion y el sonrojo á los que las habian hecho. Compréndese ahora bien que estas cortesanas por sus reproches ó desdenes se crearan enemistades implacables.

Las dicteriadas y las músicas ó flautistas, como las hetarias del último órden, viendo que las galanterías mas ventajosas se negociaban en el Cerámico, se arriesgaron á venir á él ó á aproximarse á lo menos dejando sucesivamente el puerto de Pireo, el del Faléreo, el arrabal de Estiron y los alrededores de Atenas para disputar el lauro á las hetarias de alto coturno, las cuales hubieron de retroceder refugiándose por fin en la ciudad.

Las leyes que les prohibian presentarse aquí en traje de cortesanas fueron abolidas de hecho, pues que cesaron de aplicarse. Vióse entonces á las cortesanas mas ínfimas invadir las avenidas de la puerta. Dípila, dedicándose allí tranquilamente á su odioso comercio. Lo sombrío del Cerámico y la blandura del césped que rodeaba las tumbas, favorecian admirablemente el ejercicio de la prostitucion que llegó á apoderarse de aquel lugar sagrado. «A la puerta del Cerámico, dice Esiquio, á este glorioso sitio han venido las cortesanas á poner sus tiendas.» Luciano es aun mas esplícito. «Al estremo del Cerámico, dice, á la derecha de la puerta Dípila está establecido el gran mercado de las hetarias.» Allí se vendia y compraba á todo precio, y muchas veces la mercancía se daba en el acto á la sombra de algun monumento eregido á un gran ciudadano muerto en el campo de batalla por la salud de la república. Por la noche á favor de las tinieblas la tierra desnuda ó cubierta de musgo, ofrecia un lecho de blanda arena al libertinaje público, y á veces el pasajero rezagado que atravesaba el Cerámico en una noche sin luna y aceleraba el paso flanqueando

el jardin de la academia, creia oir á los manes gimiendo sobre las profanadas tumbas.

La invasion del Cerámico por las mujeres públicas no despobló empero el Pireo: siempre quedó un gran número de ellas en aquel vasto suburbio que reclutaba sus habitantes entre los viajeros y comerciantes de todos los paises del mundo conocido. Lo mismo sucedia en el puerto Faléreo y en el arrabal de Estiron donde afluian tantas cortesanas como estranjeros. El centro principal de este impuro comercio era una gran plaza que se abria en el puerto del Pireo en frente de la ciudadela: esta plaza rodeada de pórticos, bajo los cuales solo se veian jugadores de azar, dormilones y filósofos despiertos, se llenaba al oscurecer de una multitud de mujeres, casi todas estranjeras, las unas veladas, las otras casi desnudas, las cuales de pié é inmóviles, sentadas ó paseando, silenciosas ó gárrulas, reservadas ú obscenas, escitaban los deseos de los pasajeros.

El templo de Vénus Pandemos erigido por Solon en esta plaza, parecia presidir al género de comercio que tan escandalosamente se hacia en ella. Cuando la cortesana queria vencer una resistencia, obtener mas alto precio, tomar arras ó prendas, invocaba á Vénus bajo el nombre de Pitho, aunque esta Pitho fuera una diosa completamente distinta de Vénus en la mitología griega; pero que se las confundia para espresar que la persuacion era inseparable del amor. Por lo demás, podíanse ver brillar en el santuario del templo las estátuas de mármol de ambas diosas que estaban colocadas allí en el centro de su imperio. Muchos contratos que Vénus y su compañera habian inspirado y concluido, se firmaban en seguida bajo el pórtico del templo ó á la orilla de la mar ó al pié de aquel largo muro construido por Temístocles para enlazar el Pireo con la ciudad de Atenas.

La reputacion del Pireo y la del Cerámico estaban tan bien establecidas en las costumbres del hetarismo, que Temístocles, hijo de una cortesana, hizo alarde de su nacimiento paseando impúdicamente desde el Pireo al Cerámico en un carro magnífico tirado por cuatro hetarias, á modo de caballos. Ateneo refiere este hecho increible bajo el testimonio de Idomeneo, el cual lo ponia en duda. Muchos comentadores han visto en el pasaje citado por Ateneo, no una cuadriga de cortesanas, sino cortesanas sentadas en la cuadriga al lado de Temístocles. Nosotros vacilamos pues en sostener contra Ateneo mismo,

que Temístocles hubiera imaginado un singular modo de aplicar las cortesanas al tiro de los carros.

Además de las licencias al aire libre, habia en el Pireo otras á puerta cerrada. El gran dicterion fundado por Solon junto al santuario de Pandemos, no bastó muy luego á las necesidades de la corrupcion pública, y una multitud de dicteriones fundáronse despues sin cosa de escrúpulo, bajo los auspicios de la ley fiscal que arrendaba la prostitucion á los especuladores. Los dicteriones que á cada paso se encontraban en las calles del Pireo y en los demás arrabales, se reconocian por su muestra, que era en todas partes la misma sin otra diferencia que el tamaño: era al atributo obsceno de Priapo. No era posible, para entrar en estos lugares sin revelar claramente lo que en ellos iba á buscarse. Un filósofo griego, viendo á un jóven deslizarse en un dicterion, hubo de llamarlo por su nombre, y el jóven bajó la cabeza sonrojándose. Ánimo le dijo el filósofo; tu rubor es el principio de la virtud.

Habia además de las casas públicas, casas particulares que las hetarias tomaban á alquiler para sus usos privados: en ellas no vivian constantemente, sino algunos dias ó noches en amor y compañía de sus amigos. Solo festines, danzas, músicas habia en estos voluptuosos albergues, donde no podia penetrarse sin pagar. Alcifronte hubo de adquirir una curiosa carta que Panope escribia á su marido Eutibulo.

«Tu lijereza, le dice en ella, tu insconstancia, tu libertinaje, te hacen menospreciarme á mí y á tus hijos, para consagrarte enteramente á Galena, hija de un pescador que ha venido aquí de Hermiona á poner una casa de alquiler y á ostentar sus encantos en el Pireo, donde trafica con ellos en gran perjuicio de la incauta juventud: los marinos van allí á divertirse con ella colmándola de presentes que la infame no rehusa por que es una sima que lo absorve todo.»

La policía de las costumbres que circunscribió en ciertos distritos el escandaloso comercio de las cortesanas, les impuso como á las esclavas la vergüenza de un traje especial, que revelara á todo el mundo y en todas partes el deshonroso oficio que profesaban. Esta ley suntuaria de la prostitucion parecia haber existido en todas las ciudades de la Grecia y sus colonias; pero si ciertos colores debian señalar á la desconfianza pública las mujeres que lo llevaban, no eran

los mismos en Atenas que en Esparta, en Siracusa que en otras partes. Sin duda fué Solon quien asignó primeramente un traje característico á las esclavas que consagró al libertinaje en su dicterion. Este traje era probablemente rayado de colores fuertes, porque las mujeres que el legislador hizo traer del Oriente para el uso de la república, se presentaron vestidas con su traje nacional, traje de lana ó de seda de diversos colores. La ley de Solon no era mas que la sancion de una antigua costumbre, y formulando esta ley el Areópago, decretó que las cortesanas llevaran en lo sucesivo un traje florido. De aquí las variaciones del traje, que cada una modificaba á su gusto interpretando á su manera el testo de la ley. Segun unas, no debian presentarse en público, sino con guirnaldas de flores; segun otras, las flores debian ser pintadas en sus vestidos; ya se ponian solo adornos, pero abigarrados siempre de los mas vivos colores, ya se vestian de púrpura y oro, pareciendo de todas maneras canastillos de abiertas flores. Pero la ley suntuaria puso luego órden en este lujo desenfrenado, prohibiendo á las cortesanas los vestidos de un mismo color, los tejidos preciosos, como la escarlata, y los adornos de oro, para salir á la calle.

La prohibicion de las ropas preciosas y de los adornos de oro no era sin embargo, general para las cortesanas de todas las ciudades griegas, porque en Siracusa únicamente las mujeres honradas eran las que no podian llevar vestidos bordados de púrpura, teñidos de colores vivos ó adornados de oro, los cuales eran precisamente los símbolos de la prostitucion. Las mismas prohibiciones habia en Esparta para las mujeres de bien. «Alabo á la antigua ciudad de los lacedemonios, dice san Clemente de Alejandría (Pædag. lib. II.—c. 10.) que permitió á las cortesanas los trajes floridos y los adornos de oro, prohibiendo á las mujeres casadas este lujo que solo permitia á aquellas.» Ateneo reproduce un pasaje de Filarco que en el libro XXV de sus Historias aprueba una ley igual, que existia entre los siracusanos: los colores vivos, las cintas de púrpura, los adornos de oro componian el traje obligado de las hetarias siracusanas.

Vemos además desde la mas remota antigüedad á las meretrices de la biblia vestirse de telas brillantes y adornarse de flores. Solon pues no habia hecho mas que conformarse con las costumbres del Oriente prescribiendo á las cortesanas conservar su traje nacional. Zaleuco, el legislador de los locrenses, siguió el sistema de Solon

cuando impuso igualmente á las cortesanas de su colonia griega el estigma del traje florido como refiere Diodoro de Sicilia. Zaleuco, discípulo de Pitágoras, era muy poco indulgente con las pasiones sensuales, y si toleró la prostitucion fué por no dejar pretesto al adulterio, que castigaba con la horrible pena de sacar los ojos al culpable. Suidas en su Lexicon habla de las cortesanas floridas, es decir, segun la esplicacion que dá el mismo. «Las que llevan trajes floridos, abigarrados, pintados de diversos colores, porque existia en Atenas una ley que ordenaba á las cortesanas llevar trajes floridos, adornados de flores ó de colores variados, con objeto de que este adorno las designara al primer golpe de vista.» Parece probable que las cortesanas de Atenas se presentaron coronadas de rosas, porque las coronas de oro les estaban prohibidas bajo pena pecuniaria. «Si una hetaria, dice Hermógenes en su retórica, lleva joyas de oro, sean confiscados en provecho de la república.» Lo mismo se confiscaban las coronas de oro y los trajes dorados que una cortesana osaba llevar públicamente. Una ley de Filipo de Macedonia imponia una multa de mil dracmas á la cortesana que tomara el entono de una princesa ciñendo corona de oro. Estas leyes suntuarias no fueron sin duda aplicadas sino muy rara vez, y las ricas hetarias que eran como las reinas de la Grecia sábia y letrada, no tenian ciertamente nada que temer de los reglamentos de policía, á los cuales solamente las dicteriadas estaban sometidas.

El traje ordinario de las atenienses de distincion diferia esencialmente de las estranjeras de mala vida. Este traje elegante y decente á la vez se componia de tres piezas á saber, la túnica, sobretúnica y el manto: la túnica blanca de lino ó de lana se fijaba con botones en los hombros y se ceñia por debajo del seno con un ámplio cinturon, descendiendo en pliegues ondulantes hasta los talones; la sobretúnica mas corta que la túnica, sujeta á la cintura por una ancha cinta y terminada en su parte inferior lo mismo que la túnica por cintas ó franjas de diferentes colores, estaba á veces guarnecida de mangas que no cubrian mas que una parte del brazo; el manto de paño, ya cogido en forma de banda, ya desplegado sobre el cuerpo, parecia no estar hecho para otra cosa que para modelar las formas. En el principio se emplearon, como nos lo dice Barthelemy en el «Voyage du Jeune Anacharsis,» telas preciosas que realzaban el esplendor del oro, ó tejidos asiáticos en

que lucian las bellas flores con sus colores naturales; pero estas fueron muy luego reservadas para los mantos con que se cubrian las estátuas de los dioses y para los trajes de teatro; y para evitar que las mujeres honradas hicieran uso de estas telas de flores, no hubo mas que ordenar á las mujeres de mala vida servirse de ellas. Estas mujeres tenian tambien el privilegio de su inmodestia y podian salir á la calle con el cabello suelto, el seno desnudo y el resto del cuerpo no muy vestido, pues solo se lo cubrian con un velo de gasa. En Esparta al contrario, las cortesanas debian estar ámpliamente vestidas con túnicas largas hasta arrastrar y sobrecargadas de adornos de orfebrería, por que el traje de las lacedemonias era tan sencillo como lijero.

Este traje consistia en túnica corta y sobretúnica estrecha que descendia hasta los talones; pero las jóvenes que tomaban parte en todos los ejercicios de fuerza y habilidad que la educacion espartaria imponia á los hombres, estaban todavía mas lijeramente vestidas: su túnica sin mangas, fija á los hombros con broches de metal y recogida sobre la rodilla por su cinturon, se abria á cada lado por su parte inferior, de modo que la mitad del cuerpo quedaba á descubierto. Cuando estas bellas y robustas jóvenes se ejercitaban en la lucha, la carrera ó en el asalto, las cortesanas mas lascivas y mas desvergonzadas no les habrian llevado ventaja.

Finalmente una de las modas que caracterizaban mejor á las cortesanas griegas, aunque esta moda no estuviera prescrita por las leyes suntuarias, era el color amarillo de sus cabellos. Teñíanselos con azafran ó con otras plantas que los volvian rubios, por negros que naturalmente fueran. El poeta cómico Menandro se burla de estos rubios cabellos que no eran á veces sino cabelleras postizas, verdaderas pelucas hechas de cabellos de las razas septentrionales ó compuestas de crines doradas. San Clemente de Alejandría dice espresamente que es una vergüenza para una mujer honesta teñir su cabellera de color amarillo. Puede deducirse de este pasaje de San Clemente que las mujeres honradas habian imitado esta moda, que las cortesanas habian inventado para igualarse á las diosas que los poetas, los pintores y los estatuarios representaban con cabellos de oro.

Este refinamiento de tocado exigia sin duda el concurso de muchas sirvientas muy esperimentadas en el arte del tocador, y sin embargo una antigua ley de Atenas prohibia á las cortesanas servirse de estas

mujeres asalariadas ó de esclavas. Esta ley que no se cumplia con frecuencia, degradaba á la mujer libre que se ponia al servicio de una cortesana, privándola de su título de ciudadana y confiscándola como esclava en pro de la república. Y parece que la ciudadana por el mero hecho de su servicio en una de estas casas públicas, venia á ser ella tambien cortesana y podia ser empleada en los dicteriones del estado. Pero á pesar de esta severa ley las cortesanas no carecieron nunca de sirvientas, y éstas, jóvenes ó viejas, estaban ordinariamente mas pervertidas que las mismas cortesanas, cuya vergonzosa industria favorecian con sus servicios.

CAPITULO VII.

Autores que han escrito tratados sobre las hetarias.—Historia de las cortesanas ilustres por Calistrato.—Las Deipnosofistas de Ateneo.—Aristófanes de Bizancio.—Apolodoro, Admonio, Antifanes, Gorgias.—La Thalatta de Diocles.—La Corianno de Herecrates.—La Thais de Menandro.—La Clepsidra de Eubulo.—Las 135 hetarias de reputacion en Atenas.—Clasificacion de las cortesanas por Ateneo.—Dicteriadas libres.—Las lobas.—Descripcion de un dicterion.—Precios corrientes en los lugares de prostitucion.—Ocupacion de las dicteriadas.—El pornobosceion ó amo de un dicterion.—Las viejas cortesanas ó matronas.—Su ciencia para pervertir á las jóvenes.—Elogio de las mujeres de placer por Ateneo.—Los dicteriones, lugares de asilo.—Tarifa de las hetarias dc ínfima clase y de las dicteriadas libres.—Fryné de Tespías.—Lais.—El aldeano Aniceto y el avaro Febiano.—Codicia de las cortesanas.—El pescador Talasion.—Orígen de los sobrenombres de algunas dicteriadas.—Las esfinges.—El arcadio y el jardinero.—La Borracha.—La linterna.—La Corneja, etc.

Habia tal distancia social entre la condicion de una dicteriada y la de una hetaria, que la primera, relegada á la categoría de las esclavas, de las libertas y de las estranjeras, arrastraba en la oscuridad del vicio una existencia sin nombre, mientras que la segunda, aunque privada de la clase y título de ciudadana, vivia en medio de los hombres mas eminentes de la Grecia. Puede, pues, suponerse que los escritores, poetas ó moralistas, que componian voluminosos tratados sobre las cortesanas de su época, no se dignaron ocuparse de las dicteriadas, fuera de algunas, cuya singularidad de carácter y costumbres llamó mas la atencion de los curiosos de anécdotas eróticas. Estas anécdotas daban asunto favorito á la conversacion de los libertinos de Atenas, y muchos autores tuvieron cuidado de recojerlas en el cuerpo de sus obras; aunque por desgracia no nos quedan de esos libros consagrados á la historia de la prostitucion, mas que trozos

aislados y rasgos dispersos, que Ateneo ha entrelazado en el libro XIII de sus *Deipnesofistas*.

Nada de particular habríamos encontrado sin duda, respecto de las dicteriadas, en los escritos que Aristófanes, Apolodoro, Admonio, Antifanes y Gorgías compusieron en diferentes géneros literarios acerca de las cortesanas de Atenas. Las hetarias y aun las mas famosas eran las que se encargaban de suministrar materiales á estas compilaciones pornográficas. Calístrates redactó la Historia de las cortesanas tan gravemente como Plutarco las vidas de los hombres ilustres; Machon reunió las buenas ocurrencias de las hetarias de nombradía; muchos poetas cómicos pusieron en escena los desórdenes de estas mujeres mas galantes que públicas: Diocles en su *Thalatta*, Herécrates en su *Corianno*, Menandro en su *Thais*, Eubulo en su *Clepsydra*.

Pero aunque tuviéramos estos numerosos opúsculos que Ateneo nos hace solamente sentir, no estaríamos mejor informados respecto de las dicteriadas que se sucedieron en su indigna profesion sin dejar huellas personales de su infamia. Aun aquellas mismas que alcanzaron gran renombre por sus vicios y aventuras, no suscitaban mas que un recuerdo de desprecio en la memoria de los hombres.

Aristófanes de Bisancio, Apolodoro y Gorgías solo contaban ciento treinta y cinco hetarias que habian tenido reputacion en Atenas y cuyos hechos y dichos podian pasar á la posteridad; pero este pequeño número de celebridades hacia resaltar mas aun la infinidad de mujeres que servian la prostitucion en Atenas y que se cuidaban poco de adquirir el honor de ser citadas en la historia, con tal de tener la fortuna de recoger mucho dinero. Hubo en Atenas tan fabulosa multitud de cortesanas que al decir de Ateneo, ninguna ciudad del mundo, por grande que fuera, podia producir ya mas. Ateneo generalizando así comprendia en este número á las dicteriadas lo mismo que á las hetarias y flautistas. Tiene sin embargo el cuidado de distinguir entre ellas estas tres clases de mujeres públicas, y aun parece subdividir las dicteriadas en dos especies, una de que hace el último órden de las hetarias y la otra con que puebla los sitios de la pública prostitucion.

En virtud de estos matices en las designaciones, nos sentimos inclinados á inferir que las dicteriadas que prestaban su asalariado ser-

vicio en las casas de libertinaje y que se alquilaban en estos establecimientos no eran las mismas que se vendian por su propia cuenta, prostituyéndose en las tabernas, en las barberías, bajo los pórticos, en los campos y al rededor de los sepulcros. Las bacantes populares que se veian divagar de noche por los sitios separados, tomaron el sobrenombre de *lobas*, ora porque iban allá entre las tinieblas á buscar su presa como las lobas hambrientas, ora porque anunciaban su presencia y su deseo con gritos de animales fieros: esta es á lo menos la etimología que Dionisio de Alicarnaso dá como la mas probable.

Las dicteriadas encerradas eran casi siempre estranjeras, esclavas compradas de todas partes por los especuladores; las dicteriadas libres al contrario eran mas bien griegas á quienes el vicio ó la miseria ó cualquiera otra causa habia hecho caer en este envilecimiento y que ocultaban todavía con un resto de pudor el degradante oficio en que vivian. Estas infelices cuyos amores protegia solo el azar, no encontraban en sus paseos nocturnos mas que marineros, libertos y vagamundos no menos despreciables que ellas. Es de creer que procuraban sustraerse todo el tiempo posible á la afrenta del traje florido y la peluca rubia que las hubieran estigmatizado públicamente.

Por lo demás, no tenian mas que hacer un signo esterior para darse á conocer á los aficionados, pues no se mostraban á la vista y solo aullaban en las sombras donde era preciso ir á buscarlas á tientas. Poco importaba pues á la naturaleza de su comercio que fuesen jóvenes ó viejas, bellas ó feas, bien vestidas ó derrotadas; la noche lo cubria todo y el amante medio ébrio no exigia ver claro tampoco.

En los dicteriones en los que se ejercia una especie de policía municipal, todo al contrario; nada se rehusaba á la vista y aun se exhibia con complacencia todo lo que podia recomendar mas particularmente á las bellas huéspedas. Jenarco en su *Pentathle* y Eubulo en su *Pannychis* nos respresentan á estas mujeres de pié y colocadas en fila en el santuario del libertinaje, sin otro vestido que un largo y transparente velo, donde la vista no encontraba obstáculo ninguno. Algunas por refinamiento de lubricidad solian velarse el rostro y ajustar el seno en un fino tisú que modelaba su forma dejando á descubierto lo demás. Eubulo las compara á aquellas ninfas que el Eridan vé juguetear en sus cristalinas ondas. Y no solo de noche, sino de dia, en ple-

no dia, los dicteriones ponian en evidencia todos sus tesoros de impudicicia. Esta exhibicion de desnudez servia de muestra en estas casas públicas, mejor que el falo pintado ó esculpido que decoraba sus puertas, pero segun otros arqueólogos, tan escandalosos espectáculos no se daban sino en el patio interior de la casa.

Hubo sin duda en Atenas dicteriones mas ó menos crapulosos, sobre todo cuando se dió en arrendamiento la prostitucion ; pero en el orígen la igualdad mas republicana reinaba en aquellos establecimientos administrados por el estado. El precio era uniforme para todos los concurrentes y no era tampoco muy crecido. Filemon lo hace subir solamente á un óbolo, lo que equivaldria á tres sueldos y medio de nuestra moneda.

«Solon, pues, ha comprado mujeres, dice Filemon, y las ha colocado en sitios públicos, donde provistas de todo lo que les es necesario, vienen á ser comunes todos los que las solicitan. Hélas aquí en el estado de la naturaleza, os dicen: nada de sorpresa; vedlo todo ¿no teneis razon para felicitaros? La puerta vá abrirse, si quereis: basta solo un óbolo. Ea, entrad; no os harán cumplimientos ni gazmoñerias; lo que os agrade mas y elijais, os recibirá con los brazos abiertos dónde y cuando querais.»

Eubulo componia sus comedias griegas de que no se conservan mas que fragmentos, trescientos setenta años antes de Cristo, y en su tiempo el precio de entrada no era aun muy alto en los dicteriones; además y despues de lo barato, no habia que correr riesgo ninguno, como si la prevision de Solon lo hubiera abarcado todo en su famosa fundacion.

«De estas mujeres, dice Eubulo, puedes comprar el placer por algunos dineros, y esto sin el menor peligro.» (*A quibus tuto ac sine pericule licet tibi paucalis nummis voluptatem emere.*) Pero la traduccion latina no dice tanto como el original griego que tenemos á la vista.

No sabemos, pues, nada mas preciso sobre los precios corrientes de las mancebías de Atenas, pero podemos presumir que variaron con frecuencia, en razon de la tasa que el Senado imponia á los arrendatarios y especuladores de los dicteriones.

Estas casas públicas no eran frecuentadas solamente por los marineros y comerciantes que arribaban al Pireo de todas los partes del mundo; los ciudadanos mas distinguidos, cuando estaban ya ébrios ó

cuando el demonio de la lujuria los tentaba, no temian tampoco entrar en los sitios de tolerancia fundados por Solon, aunque cubriéndose el rostro con el manto.

La puerta de estas casas estaba abierta de dia y de noche, sin que hubiera como en las otras, ningun perro encadenado en el vestíbulo: solamente una cortina de lana de colores fuertes impedia á los que pasaban ver el patio rodeado de pórticos abiertos, bajo los cuales esperaban las mujeres en pié, sentadas ó tendidas, ocupadas en pulirse las uñas, en alisarse el cabello, en depilarse el cuerpo, en untarse con aceites y perfumes disimulando así sus defectos físicos, y poniendo á la vista sus bellezas mas secretas. Ordinariamente una vieja tesaliana, hábil en filtros y hechizos, permanecia acurrucada detrás de la cortina y tenia la mision de introducir á los libertinos, despues de informarse de sus aficiones y ofrecimientos.

No parece que el número de los dicteriones se restringiera por las leyes de Solon y del Areópago. La industria particular tenia el derecho de crear, á lo menos extramuros, establecimientos de esta clase y de organizarlos á su gusto, con tal de que se pagara exactamente al fisco su impuesto, el cual, segun toda probabilidad debia ser fijo y cobrable por cabeza de dicteriada. No hay datos para suponer que fuera proporcionado y progresivo. Un dicterion en voga producia grandes beneficios á su propietario, que habia de ser precisamente estranjero; mas evadiendo esta condicion legal, veíase con frecuencia que algun ciudadano de Atenas, poseido de codicia, consagraba su dinero á esta indigna especulacion y se enriquecia con el producto del libertinaje público, esplotando la prostitucion bajo un nombre supuesto. Los poetas cómicos señalaban así al desprecio de las gentes honradas, las ávidas complacencias de los propietarios que alquilaban sus casas para colegios de dicteriadas. El amo ó dueño de una casa de prostitucion se llamaba *Pornobosceion.*

La concurrencia multiplicó las empresas de este género y las viejas cortesanas, que no ganaban ya por sí mismas, pensaron luego en utilizar su esperiencia y entonces se establecieron estrañas escuelas en los arrabales de Atenas; en ellas se enseñaba sin reserva el arte y los secretos de la prostitucion, sin que los magistrados pudieran intervenir para represion de estos desórdenes. Las maestras de estas impuras escuelas tenian á sueldo á las desgraciadas que ellas habian

tal vez prostituido, y la educacion que se daba á estas alumnas del vicio motivaba el título de matronas que se atribuian desvergonzadamente aquellas perversas directoras. Alejo en una comedia titulada *Insostasion*, de que Ateneo nos ha conservado algunos fracmentos, hizo un cuadro pintoresco de los artificios que las matronas empleaban para metamorfosear á sus educandas.

«Las matronas, dice el autor referido, toman á su cargo jóvenes que no están todavía bien instruidas en el oficio y muy luego las trasforman hasta el punto de cambiar sus sentimientos y hasta su cara y su cuerpo. ¿Es pequeña una novicia? se pone una gruesa suela de corcho dentro de su calzado. ¿Es demasiado alta? se le hace llevar un calzado de suela muy delgada y se le enseña á hundir la cabeza entre los hombros, lo que disminuye un poco su estatura. ¿Es pobre de caderas? Se le pone un relleno que se las abulte, de modo que los que la vean pasar no puedan menos de enamorarse de sus formas. ¿Tiene mucho vientre? Se le desprime por medio de ballenas. Si tiene el pelo claro, se le enegrece con hollin; si lo tiene negro, se le blanquea con albayalde; si su tez es pálida, se la colora con carmin.

«Pero ¿tiene alguna belleza particular en alguna parte del cuerpo? Entonces se saca á la luz del dia esa belleza oculta. Si tiene una buena dentadura, se la obliga á reir ó á llevar siempre un tallo de mirto entre los labios: de suerte que la pobre mujer, de buen ó mal grado, tiene que mostrar sus gracias.»

Las matronas sobresalian en estos refinamientos de coquetería y tocador que tenian por objeto escitar los deseos y la curiosidad de sus clientes; pero no se limitaban á satisfacer solamente la vista, sino que enseñaban á sus discípulas todo lo que la sensualidad ha podido inventar de mas ingenioso, de mas estraño, de mas infame. Así, Ateneo que no habla de esto tal vez mas que por oidas, hace un elogio formal de aquellas mujeres de alta escuela en estos términos: «Quedarás satisfecho de las mujeres que trabajan en los dicteriones.»

Los dicteriones, de cualquier naturaleza que fueran, gozaban el privilegio de la inviolabilidad, pues se les consideraba como lugares de asilo, donde el ciudadano se hallaba bajo la proteccion de la hospitalidad pública, y nadie tenia derecho á penetrar en ellos para cometer un acto de violencia. Los deudores estaban allí al abrigo de sus acreedores, y la ley ponia una especie de barrera moral entre la vida

civil y esa otra vida secreta que comenzaba en la puerta del dicterion. Una mujer casada no hubiera podido penetrar en sus inviolables aposentos para buscar en ellos á su marido; ni aun siquiera un padre tenia el derecho de ir allí á sorprender á sus hijos. Una vez dentro de este misterioso albergue el dueño del dicterion, venia á ser en cierto modo sagrado, y perdia durante todo el tiempo que pasaba en aquel lugar inmune su carácter individual, su nombre, su personalidad.

«La ley no permite, dice Demóstenes en el juicio de Neera, sorprender á nadie en adulterio con las mujeres que están en un lugar de prostitucion, ó que se establecen por el mismo tráfico en la plaza pública.»

Sin embargo, las cortesanas eran estranjeras, esclavas, manumisas; pero no era á ellas á quienes la ley consideraba y parecia respetar, sino á los ciudadanos que iban, en virtud de un contrato tácito y bajo la salvaguardia de la ley, á cumplir un acto, del que solo eran responsables consigo mismos. Puede suponerse que el placer en Grecia formaba parte de la religion y del culto; y por eso mismo situó Solon el templo de Vénus Pandemos en frente del primer dicterion de Atenas, á fin de que la diosa pudiera presidir á la vez á los actos que se consumaban en el uno y en el otro. Segun las creencias de los fervorosos adoradores de Vénus, el hombre estaba consagrado, en tanto que se entregaba á las prácticas de su culto, que era el mismo en los templos y en los dicteriones.

Los autores antiguos nos suministran muchos mas detalles acerca de las decteriadas libres ó sueltas, y de las hetarias subalternas que ejercian la prostitucion errante, ó que la establecian audazmente en su propia casa. No solamente sabemos los variados precios de sus favores, los hábitos ordinarios de sus amores, las diversas fases de su existencia disoluta, sí que tambien conocemos sus sobrenombres ó motes y el orígen de estas denominaciones que caracterizan con demasiada libertad acaso sus costumbres íntimas.

El estipendio ó paga de las dicteriadas libres y de las hetarias de ínfima clase no tenian nada de fijo ni de graduado, segun la belleza ó mérito de cada una. Este estipendio no se pagaba siempre en moneda, pues antes bien solia tomar la forma de un presente, que la cortesana exigia préviamente por lo regular. La importancia de la paga era lo que desde luego establecia el rango que la cortesana ocupaba en la

corporacion de las hetarias; pero la verdadera distincion que estas mujeres podian reivindicar entre sí y que los hombres de su ordinario comercio se encargaban de atribuirles, era mas bien su cortejo de ingénio, de talentos, de ciencia. Las que vivian en las tabernas entre marineros ébrios y pescadores de pelo en pecho, no hubieran sido oportunas en pedir grandes cantidades: unas se contentaban con un cesto de pescado, y algun dia se prostituian gratis en honor de Vénus, aunque haciendo pagar el doble el dia siguiente. Las cortesanas de Luciano, nos inician en todas estas variedades de precio, que exigian á veces con un tono imperioso y otras de la manera mas humilde.

«¿Se ha visto jamás, esclamaba con indignacion una de estas perdidas, tomar una Vénus para toda la noche, dándole cinco dracmas no mas, por recompensa?» Otra de estas mujeres, Chariclea, era tan complaciente y fácil, que lo otorgaba todo, sin exigir nada. Luciano declara en su *Toxaris* que no se habia visto nunca, una cortesana tan generosa.

Cuando las hetarias de las tabernas del Pireo querian complacer y arrancar algun presente, tomaban el aire mas amable, la voz mas melosa, la actitud mas simpática. Al viejo, dice Jenarco, en su *Pentathlo* citado por Ateneo, le llamaban padre, al jóven hermanito. «Eres fiel á Chereas, y por él desprecias á los demás. ¡Tonta! has perdido las dos minas del labrador de Acharne y la mina de Antifon.» Una mina representa cien francos de nuestra moneda, y no sabe uno que admirar mas, si la generosidad del labrador, ó la fidelidad de aquella hetaria, ó su amante Chereas.

Machon, que recogió con cuidado las buenas ocurrencias de las cortesanas, nos refiere que Merico regateó el precio de la famosa Friné de Tespias, la cual concluyó por aceptar una mina, ó sea unos cien francos.

—Es demasiado, le decia Merico; dias atrás te contentaste con las dos estateras de oro, (unos cuarenta francos) que te ofreció un estranjero.

—Bien, le contestó vivamente Friné, espera á que esté de buen humor y te llevaré lo mismo.

Gorgías, en su obra sobre las cortesanas de Atenas, menciona á una hetaria de ínfima clase, llamada *Lemen*, es decir *Legañosa*, que

era querida del orador Itatocles, y que se entregaba sin embargo á todos los que la solicitaban, por dos dracmas, (unos cuarenta sueldos) por lo que, se la llamaba tambien *Didrachma* y *Parorama*. Finalmente, si hemos de creer á Ateneo, Lais, vieja ya y obligada á continuar su profesion, modificando el precio de sus encantos pretéritos, no recibia mas que una estatera de oro (unos veinte francos) de los pocos curiosos que querian saber hasta qué punto de degradacion habia podido caer la belleza de una hetaria célebre. Este era en general, el destino de las cortesanas: despues de haberse elevado al mas alto grado de fortuna y fama; despues de haber visto á sus piés, poetas, filósofos, magistrados, generales y aun príncipes, descendian rápidamente, las gradas de esta prosperidad ficticia, y llegaban con la edad al abandono y al olvido. El dicterion abria entonces un refugio, á estas ruinas de la belleza y del amor, y así se vió acabar á Glicere, que habia sido la amada de Menandro. ¡Dichosas aquellas, que habian reunido con que pasar una vejez independiente y tranquila! ¡Dichosas aquellas, que como Escione, Hipafesis, Teoclea, Sameta, Legisca, Antea, y Filire, renunciaron al oficio antes que el oficio las hubiera renunciado á ellas! Lisias, en su discurso contra Lais, felicitaba á estas hetarias, por haber procurado, jóvenes aun, hacerse mujeres honradas.

Las cortesanas que no se habian puesto á sueldo en los dicteriones, se hacian pagar con frecuencia, tan largamente, aun por los pescadores, que estos pobres diablos, se dejaban enteramente despojar, viéndose en seguida reemplazados por otros, que otros debian reemplazar tambien muy luego. «¡Has olvidado, escribia tristemente, el lugareño Aniceto, á la altiva Febiana, á quien habia enriquecido él con sus presentes; sin que ella se dignara darle la limosna de una mirada; has olvidado los canastillos de higos, los sabrosos quesos, las cebadas gallinas, que te he enviado! Toda la comodidad y desahogo de que gozas ¿no los tienes por mí? Y á mí no me resta mas que la vergüenza y la miseria.»

Alcifronte que nos ha conservado esta carta, como un monumento de la áspera codicia de las cortesanas, nos presenta tambien al pescador Talasero, enamorado de una de ellas, á quien manda todos los dias, los peces que ha pescado. Ateneo cita versos de Anaxiras, que en su *Neottis*, hizo un espantoso retrato de las cortesanas de su tiempo.

«Sí, todas estas hetarias son otras tantas esfinges que léjos de hablar francamente, no se anuncian mas que por enigmas; ellas, os acarician, os hablan de su amor y del placer que tienen en el vuestro, pero enseguida os dicen: Amado mio, me hace falta un taburete, una trípode, una mesa de cuatro piés y una esclava de dos. El que comprende esto, se salva como un Edipo y se cree muy dichoso de haber sido acaso el único que haya escapado al naufragio á pesar suyo; pero el que espera aun el amor que ha solicitado, viene á ser la presa del mónstruo.»

Este pasaje de un poeta griego, pasaje que ha desaparecido como tantos otros, hace creer al comentador que el sobrenombre de esfinges que designaba á las hetarias en general, les habia sido aplicado á causa de sus solicitaciones enigmáticas; pero el sobrenombre les venia mas bien de sus largas permanencias en las plazas públicas y en las encrucijadas de los caminos donde se acurrucaban inmóviles y ordinariamente silenciosas, envueltas en los pliegues de sus velos. Sea como quiera, la esfinge, segun la observacion de Pancirolo, era el emblema de las mujeres públicas.

En cuanto á los sobrenombres, ó motes particulares de las cortesanas, ofrecian menos duda, y para comprenderlos no habia mas que referirse á las circunstacias que los habian ocasionado. Estos sobrenombres eran rara vez lisonjeros para las que los llevaban; así, á la seductora Sinope, que no era aun decrépita, se la llamaba *Abydos* ó Abismo; Fanostrate que no habia tenico nunca, al decir de Apolodoro de Bizancio, una clientela muy distinguida, se abandonó insensiblemente á tal esceso de suciedad, que fué sobrenombrada *Phthéropyle*, porque se la veia sentada en la calle en sus horas perdidas en la asquerosa ocupacion de espurgarse la miseria que la devoraba. Estas dos dicteriadas conquistaron por sus defectos la popularidad, que les atraia aun curiosos y que autorizaba á Demóstenes á citarlas en sus discursos de tribuna. Antífanes, Alexis, Calicrates y otros escritores, no se desdeñaron de mencionar tambien á aquellas dos cortesanas. Eran dos tipos muy conocidos, á lo menos á distancia, que completaban una coleccion de hetarias de la clase mas ínfima. En esta coleccion figuraban; la Enfadosa, la Pescadora y la Polla: ésta cacareaba como una gallina que espera al gallo; aquella abordaba á los hombres á su paso y los pescaba como con anzuelo; la tercera en fin, no se

cansaba de tejer, por decirlo así, la gastada trama de sus viejos amoríos. Antífanes, que apuntó en su libro las diversas cualidades de las dicteriadas, añade importunamente, *Arcadio* y el *Jardinero*, que nosotros no tomaremos por mujeres. Ateneo habla aun de la *Borracha* que estaba siempre llena de vino, y no se calentaba nunca bastante por mas que bebiera. Sineris, fué llamada *la Linterna*, porque siempre olia á aceite; Teocla, *la Corneja*, porque era negra; Calisto su hija, *la Puerca*, porque estaba siempre gruñendo; Nico, *la Cabra*, porque habia arruinado á cierto Talo que la amaba, tan prontamente como una cabra roza los retoños del olivo; Clepsydra, cuyo verdadero nombre no se sabe, se habia hecho calificar así, porque no permitia mas tiempo de visita que el marcado por su reloj de arena: un cuarto de hora, segun algunos comentadores; una hora, segun los mas generosos. Eubulo, hizo una comedia sobre este asunto, introduciendo en ella á esta cortesana, que conoció tan perfectamente el precio del tiempo.

Ateneo, que sacaba á manos llenas datos de libros que nosotros no poseemos, caracteriza por sus sobrenombres á muchas dicteriadas, cuya historia se limita únicamente á estos motes á veces anfibológicos. Con toda la flema de un erudito que no teme agotar la materia, va enumerando los sobrenombres que le suministran sus autoridades, Timocles, Menandro, Polemon y todos los pornógrafos griegos: la *Hija de Nanno* que entretenia á sus amantes; las *Afies* dos hermanas, *Antis* y *Estragonion*, notables por su blancura, su talle flexible y sus grandes ojos, que les habian hecho merecer el nombre de un pez; la *Cisterna*, era la Pausanias, que cayó un dia en un tonel de vino. «¡El mundo se acaba ahora mismo! esclama la hetaria *Glicere*, célebre por sus ocurrencias: hé aquí á la cisterna en un tonel.» Ateneo y Luciano citan aun muchas hetarias de ínfima clase que no eran designadas mas que por sus motes: Astra ó el Astro, Cymbalium ó la *Cimbala*, Conallis ó la *Barbuda*, Nikion ó la *Mosca*, Ischas ó la *Barca*, Lampiris ó la *Luciérnaga*, Melisa ó la *Abeja*, Grocale ó el *Grano de Arena*, Crobile ó el *Bucle*, etc. Algunas dicteriadas tenian motes que se esplican por sí mismos: La *Quimera*, la *Gorgona*, etc.; otras como *Doris*, *Eufrosine*, *Mirtales*, *Lisidis*, *Evardis*, etc., escapaban á los honores del sobrenombre calificativo.

Pero ordinariamente el sobrenombre se referia á un epígrama mas

ó menos mordaz, mas á menos lisongero que se perpetuaba mejor en la tradicion que grabado en mármoles ó en bronces: el epígrama pasaba de boca en boca y con él el sobrenombre que venia á poner como un sello indeleble en la cortesana que lo habia merecido. Así el poeta Amonides tuvo que quejarse de una dicteriada, diciendo: «Que venga á mostrarse desnuda y huiremos mas allá de las columnas de Hércules.» Otro poeta añadió: «Su padre ha huido el primero.» Y la cortesana fué sobrenombrada *Antipatra.*

Otras dos cortesanas tenian la singular costumbre de resistirse y defenderse para ser tomadas al asalto, como para disimularse á sí mismas la vergüenza de su tráfico. Timocles se sorprendió de encontrar esta resistencia en unas mujeres públicas y las llamó, á una *La doncella*, á otra *La batidora*, consagrándoles estos versos: Sí, es estar en el rango de los dioses pasar una noche al lado de Corisca y de Cametipa; ¡qué firmeza! ¡qué valor! ¡qué encanto en su resistencia! Las dos luchan contra el vencedor y hay que conquistar sus favores á viva fuerza. Abofetean á uno, pero es una mano encantadora la que hiere, ¡oh delicias!

CAPITULO VIII.

Peligros para la juveutud en la frecuentacion de las hetarias subalternas.—Lo que dice Anaxiras de las hetarias.—Descripcion que hace del hetarismo.—Ciencia de las mujeres de mala vida en el empleo de los afeites.—El pederote.—Driantides y su mujer Cronion.—Modo de pintarse el rostro las cortesanas.—Los pintores de las cortesanas, Pausanias, Aristides y Niofanes.—Carta de Tais á Tessala sobre el asunto de Megara.—Amor de Carmides por la vieja Filemacia.—Las viejas hetarias.—Como atraian á los pasajeros.—Consejos de Crobile á su hija Corina.—La hetaria Lyra.—Reproches de la madre de Músario á su hija.—La esclava Salamina y Gabelo su amante.—Simalion y Petala.—Diálogo entre la hetaria Mirtale y Dorion.—Los mercaderes de Bitinia.—Sacrificio de las cortesanas á los dioses.—La dicteriada Lisides.—Singular ofrenda de esta cortesana á Vénus Popular.—Los comentarios de la Antología griega.—Esplicacion del célebre proverbio *no se va impunemente á Corinto.*—La albahaca.—Dionisio tirado de Corinto.—De donde salieron las numerosas cortesanas de Corinto.—El amor á la fenicia.—Las bellas obras de las Lesbias.—Preceptos teóricos del hetarismo.—Código general de las cortesanas.—Cartas de Aristenetes.—Lazos de las cortesanas para cazar amantes.—Mas sobre los muros del Cerámico.—El Cachymus de las cortesanas.—Infame oficio de Nicarete liberta de Carisio.—Las alumnas.—Alto precio de las solteras y de las mujeres casadas.—Penalidad del adulterio.—Suplicio del rábano negro.—Las leyes de Dracon.—Filomena.—Filtros soporíficos y filtros amorosos.—Las magas de Tesalia y de Frigia.—Ceremonias misteriosas que acompañaban á la composicion de un filtro.—Melisa.—Diversidad de filtros.—Procedimientos mágicos.—Filtros preservativos.—Celos y rivalidades de las cortesanas entre sí.—Amor lesbio.—Safo autora de los escandalosos desenvolvimientos de este amor.

Las verdaderas dicteriadas de Atenas eran menos peligrosas para la juventud y aun para la edad madura que las hetarias subalternas, porque nada igualaba á la avidez y codicia de estas sórdidas criaturas, que no tenian al parecer otra ocupacion que arruinar los jóvenes inespertos y á los viejos insensatos. Solon se propuso evidentemente poner freno á la rapacidad de las cortesanas libres creando la institucion de las cortesanas esclavas; y en efecto, hizo mucho en favor de las costumbres con esta institucion, que economizaba á la vez el tiempo y el dinero de los ciudadanos. Pero estas dicteriadas eran pobres cautivas compradas fuera de la Grecia y reunidas de todos los

países bajo el régimen de una legislacion uniforme de placer: por lo comun no tenian estas mujeres la mas leve nocion de los usos griegos; no conocian nada de la ciudad fundada por Minerva, donde ejercian su vergonzosa profesion; ni siquiera hablaban la lengua de este pueblo, á cuyo seno habian venido como mercancías estranjeras; su belleza y el empleo mas ó menos hábil que sabian hacer de ella no era un atractivo suficiente para los atenienses, los cuales, en el hecho de la sensualidad querian que su espíritu fuera satisfecho ó al menos escitado, lo mismo que sus sentidos físicos. Las hetarias de ínfima clase no podian pues dejar de hallar en Atenas mas amantes ó menos parroquianos que las esclavas de los dicteriones. Estas hetarias salidas de la luz del pueblo y pervertidas desde muy temprano por los consejos de sus madres ó nodrizas, eran rara vez tan bellas como las dicteriadas, pero en cambio tenian mas recursos naturales y su misma perversidad, tomaba formas escitantes, ingeniosas, agradables. Así pues, su imperio se establecia fácilmente por medio de la palabra sobre las desgraciadas é imprudentes víctimas que ya habian atraido y fascinado por la voluptuosidad. Temíaselas generalmente, y se las mostraba con el dedo, como escollos vivientes, y con todo eso, venian sin cesar á estrellarse en estos mismos escollos los pilotos mas prudentes, los remeros mas hábiles, los barcos mas sólidos. Estos naufragios contínuos de honor, de virtud y de fortuna, hacian las delicias y aun la gloria ó reputacion de las funestas sirenas que los habian causado. «Si alguno ha caido alguna vez en las redes de una hetaria, decia el poeta Anaxilas, en su comedia *Neottis*, que me nombre un animal tan fiero como ella. En efecto, ¿qué es en su comparacion un dragon inaccesible, una quimera de aliento de fuego, una Caribdis, una Scila, un trifauce perro marino, una esfinge, una hidra, una leona, una víbora? ¿Qué son al lado de ella esas arpías aladas? Nó, no es posible, que nada iguale á la maldad de ese execrable enjendro que supera todo lo que puede haber en el mundo de mas malo.»

Estas hetarias, corrompidas desde su infancia por las lecciones de las viejas infames, no conservaban ningun sentimiento humano; jóvenes aparentaban á veces fidelidad á un amante, cuando éste les pagaba tanto como veinte, pero luego se abandonaban al mayor número posible sin cuidarse de otra cosa que de sacar el mejor partido de su escandalosa impudicicia: aconsejaban el robo, el fraude, hasta el ase-

sinato, si les convenia, á los infortunados que no tenian ya con que pagarles y que se veian por tanto obligados á renunciar á sus caricias, ó á no retroceder ante ningun crímen por conservarlas. Y no eran solamente, hijos de familia, herederos de ilustres nombres, oradores de esperanzas, poetas y filósofos novicios, los que las hetarias del Pireo se complacian en despojar, sino tambien marineros, soldados, campesinos, jugadores, sobre todo, que eran siempre generosos. Pero lo que sorprende que estas mujeres, cuya perniciosa influencia tenia tanto prestigio, no tenian por lo comun, mas que una belleza dudosa como era consiguiente en el desórden en que vivian desde sus mas tiernos años. Anaxilas, nos hace una descripcion poco alhagüeña de los principales mónstruos de su tiempo. «Hé aquí á Plangon, dice, verdadera quimera que destruye á los estranjeros con el hierro y el fuego, á quien sin embargo un solo ginete ha quitado la vida últimamente, pues marchó llevándose todos los efectos de la casa. En cuanto á Sinope, ¿no es una segunda hidra? es ya vieja, y tiene por vecina á Gnathenes, la de las cien cabezas; pero Nannion, ¿en qué difiere de Scila, la de las tres fauces? ¿No procura sorprender un tercer amante despues de haber devorado ya dos? Sin embargo, se dice que éste se salvó á fuerza de remos; en cuanto á Frinea, no veo en qué se diferencia de Caribdis, ¿no se ha tragado al piloto y á su barco? Teano no es una sirena sin pelo que tiene ojos y voz de mujer, pero piernas de mirlo.»

Este pasaje de una comedia griega, que tiene á la vista Ateneo, nos inicia en las degradaciones del hetarismo, y vemos figurar en ellas á famosas cortesanas que habian sido en sus buenos tiempos las mas bellas, las mas ricas, las mas triunfantes de Grecia. Plangon, Sinope, Gnathenes, Friné, Teano, viejas ya, no diferian de las lobas y esfinge del Cerámico.

En cien lugares hallaremos la prueba, de que la vejez no era un defecto irreparable, entre las mujeres de mala vida, sea que tuviesen un arte maravilloso para disimular la huella de los años, sea que se recomendaran á los aficionados, menos por sus ventajas esteriores que por la reputacion de su libidinosa esperiencia. Jóvenes ó viejas, arrugadas ó tensas, se retocaban la cara con el *Pederote*, especie de afeite estraido de la flor de una planta egipcia, ó de la raíz del acanto: este rojo vegetal empapado en vinagre daba á la piel mas amarilla las

frescas tintas de un niño; y en cuanto á las arrugas, se tenia cuidado de rellenarlas préviamente con cola de pescado y albayalde, de modo que la piel, quedara como una superficie lisa para recibir los brillantes colores de la juventud, que se estendia con un pincel sedoso. El afeite del rostro era como un estigma de la prostitucion. «¿Pretenderás tú, oh Cronion, escribe Driantides á su mujer en las cartas de Alcifronte, ponerte al nivel de esas mujeres de Atenas, cuyo pintado rostro anuncia sus costumbres depravadas? Con el rojo y el blanco en sus manos le disputan el arte á los mas escelentes pintores: tan hábiles son en dar las tintas que creen convenientes á sus designios.»

Como las hetarias públicas no se mostraban de cerca, sino de noche á la luz de una antorcha ó linterna, conservándose de dia á conveniente distancia, medio veladas en sus puertas ó ventanas no dejaban de sacar provecho del singular esplendor que los afeites daban á su tez. Por lo demás bastaba, que el efecto se produjera y que el imprudente que siguiera sus pasos á la oscuridad del albergue, quedara enardecido por su primer golpe de vista. La angosta celda ó aposento donde la cortesana conducia su presa, no dejaba penetrar bastante claridad para que el desencanto siguiera al descubrimiento de aquellos misterios de tocador.

Cuando las mujeres honradas, por disputar sin duda sus maridos al amor de las hetarias, tuvieron la fatal ambicion de imitar los artificios de coqueterías de sus rivales, hubieron de hacer un ensayo bastante desgraciado, pues sirvió con frecuencia para su confusion. «Nuestras mujeres, decia Eubulo en su comedia de los *Ramilleteros*, no se cubren la piel de blanquete ni se pintan con jugos de mora, como haceis vosotras, de modo que si salís en el estío, ven correr de vuestros ojos dos arroyos de tinta y fluir vuestro sudor con los afeites hasta el cuello ó mas abajo, formando surcos de suciedad, harto asquerosos: en cuanto á vuestros cabellos, con esos polvos blancos de que los cubrís, ofrecen en vez de gracia toda la blancura de la vejez.»

Si el uso de los afeites era general entre las hetarias subalternas, la manera de prepararlos y su aplicacion ofrecia variedades infinitas que correspondian á los diferentes grados de un arte verdadero. Hay que suponer que las novicias se hacian pintar antes de saber pintarse ellas mismas. En efecto, en un pais, donde se pintaban con colores

brillantes las estátuas de mármol, debia exigirse que se pintaran los rostros humanos con tanta verdad. Creemos, pues, que los artistas que se llamaban pintores de cortesanas, como Pausanias, Arístides y Niofanes, citados por Ateneo, no se limitaban á hacer retratos de hetarias y á representar sus academias eróticas: en circunstancias dadas no se desdeñaban de pintar la cara de una cortesana, como pintaban en los templos las estátuas de los dioses y de las diosas. Segun los preceptos de un poeta griego, la belleza debe variar sin cesar para ser siempre belleza, y esas son las variaciones contínuas de fisonomía que mantienen los ardores del deseo.

Cuando una cortesana habia aprendido el arte de pintarse ella misma, el gusto y la costumbre acababan de instruirle en el arte, arte en que todas pretendian sobresalir, bien que no todas lo lograran igualmente. En las cartas de Alcifronte, Tais escribe á su amiga Tessala solo el asunto de Megara, la mas desacreditada de todas las cortesanas.

«Con la mayor insolencia, dice, ha hablado de mis afeites. Sin duda ha olvidado la miseria en que yo la he visto, cuando ni siquiera tenia un espejo en que mirarse. Si ella supiera que su tez es del color de la sandaraca ¿osaría hablar del mio?» Bien se comprende que usando afeites todas las hetarias, las mas viejas restablecian así una especie de igualdad entre ellas y se reservaban otras ventajas que las mas jóvenes no podian adquirir, sino despues de una larga práctica. Hé aquí por que sucedia con frecuencia que una vieja y fea cortesana, era preferida á una jóven y bella hetaria, preferencia que ésta no se esplicaba sino atribuyendo el absurdo á un filtro mágico.

En los diálogos de Luciano, se admira Tais de que el amante de Glicere haya dejado á ésta por Gorgona. «¿Qué encanto puede haber hallado en unos labios muertos y en unas mejillas pendientes? pregunta la Lais. ¿Se ha enamorado de su bella nariz ó de su cabeza calva, ó de su largo y afilado cuello?»

En los mismos diálogos Trifene se burla de la vieja Filemacia, á quien se le hubo de poner el sobrenombre de *Asechanza*.

—¿Has notado bien su edad y sus arrugas? pregunta á Carmide.

—Jura y perjura que no tiene mas que veintidos años.

—Pero ¿crées mas bien sus juramentos que tus ojos? No ves como le blanquea ya el pelo en las sienes? Si la hubieras visto desnuda...

—No me lo ha querido permitir nunca.

—Con razon, por que tiene el cuerpo pintado como un leopardo.»

Estas viejas hetarias, cuando estaban pintadas y vestidas se ponian en una alta ventana que diera á la calle, y allí, con un tallo de mirto que agitaban entre los dedos como una varita mágica, permanecian haciendo alarde de sus gracias y solicitando á todos los que pasaban Cuando uno de estos se detenia, la cortesana hacia un signo conocido acercando el dedo pulgar al anular, figurando un anillo con la mano medio cerrada: en contestacion á este signo el hombre no tenia mas que levantar el índice de la mano derecha, y al punto la mujer desaparecia de la ventana para venir á recibirlo. El amante entonces se presentaba en la puerta y encontraba en el atrio una sirvienta que lo conducia en silencio, con el dedo puesto en los labios, á un aposento que no recibia mas luz que la que penetraba por la puerta, y esto cuando se separaba la cortina que la cubria. En el momento de ir á pasar el dintel el enardecido amante, la criada lo retenia por el brazo y le exigia la suma fijada por el ama de la casa y que él debia aprontar sin cosa de regateo, despues de lo cual podia penetrar en la estancia, corriéndose la cortina detrás de él. La cortesana á quien solo habia entrevisto en plena luz, le aparecia como una vision en las sombras de la celda, donde apenas penetraba una débil claridad á través de la cortina. No se trataba de juventud, de frescura, de belleza pura y cándida en aquella voluptuosa oscuridad, que no era por cierto desfavorable á las formas del cuerpo, pero que hacia inútil todo lo que el tacto no percibia.

Pero venia luego la edad que arrebataba definitivamente á las viejas cortesanas, el privilegio de pasar por jóvenes, y entonces ya tenian que retirarse de la escena, aunque no renunciaban por eso á los provechos del oficio, pues se consagraban entonces á la educacion amorosa de las hetarias jóvenes é inespertas, viviendo así todavía de la prostitucion. Tenian además dos industrias bastante lucrativas: componian filtros para los amantes y cosméticos para las cortesanas, y ejercian el oficio de comadronas. Febiana que no era todavía vieja, escribe al viejo Aniceto, que habia querido abrazarla. «Una de mis vecinas que tenia los dolores de parto, me envió á llamar y fuí allá á toda prisa llevando los instrumentos del arte.»

Estas viejas cortesanas eran mas hábiles aun en el arte de seducir

y corromper á una jóven novicia. Las cartas de Alcifronte y los Diálogos de Luciano están llenos de la galante dialéctica que empleaban en sus nuevas conquistas las infames. Ordinariamente era la madre quien prostituia á su propia hija, y quien despues de haber vendido la integridad de su inocente víctima, se dedicaba aun á pervertir su alma.

No es desgracia tanta, dice la infame Crobile á su hija Corina, cuya inocencia ha vendido el dia anterior á un jóven y rico ateniense; no es desgracia tanta, hija mia, dejar de ser doncella, y conocer á un hombre que deja en su primera visita una mina (100 francos) con la cual voy á comprarte un collar.

Crobile se congratula, pues, de ver á su hija comenzar con tan buenos auspicios una profesion que ha de sacarlas á las dos de la miseria.

—Y ¿cómo lo haré yo? preguntó ingénuamente la jóven.

—Como lo acabas de hacer y lo hace tu vecina.

—Pero esa es una cortesana.

—¿Qué importa? Tú llegarás á ser rica como ella, tendrás al rededor una multitud de adoradores. ¡Lloras, Corina! Vé cuál es el número de las cortesanas, cuál es su córte, y cuál su opulencia.

Vienen luego los consejos de la madre que ofrece á su hija el ejemplo de la aulétrida Lyra, hija de Dafnis: su gusto para vestirse, sus maneras atractivas, su alegría que enamora á cuantos la oyen y su comercio seguro la han levantado en breve tiempo á un crédito envidiable. Si consiente en ir por un precio convenido á un festin, no se embriaga nunca, toca los manjares con suma delicadeza, bebe sin precipitacion y habla poco.

—«No tiene ojos sino para el que la lleva y esto es lo que la hace amable. En materia de querer, solo se preocupa de agradar y asegurar su conquista. En fin no hay hombre que no tenga que alabarla. Imítala tú en todo esto y serémos felices.»

La jóven no se espanta mucho de las condiciones que su madre la impone para enriquecerse y dice por reflexion:

—Y todos los que compran nuestros favores ¿se parecen á Lucrito, el de ayer?

—Nó, responde Crobile con gravedad; hay otros mas bellos, otros de mas edad y otros tambien mas finos.

—¿Y tengo que acariciar á los unos lo mismo que á los otros?

—A los feos sobre todo, pues estos siempre dan mas. Los bellos no son mas que bellos, y tú has de pensar solo en enriquecerte.

Despues de esto, la madre la envia al baño, porque Lucrito ha de volver aquella misma noche.

La madre de Musario no trata con una ignorante que se deja conducir con los ojos cerrados, y que ha pasado ya de sus amores: la jóven ama á Chereas, que no le dá un óbolo y por quien ella ha vendido sus joyas: una cortesana que comete la locura de amar, no ama á medias. La madre, vieja cortesana, irritada por este amor oneroso en vez de ser lucrativo, está en ánimo de maldecir á una hija indigna de ella.

—¡Avergüénzate! le dice con cólera y menosprecio. Sola tú, entre todas las cortesanas, se presenta en público sin pendientes, sin collar, sin túnica de Tarento.

—¡He! esclama Musario, picada en su amor propio de mujer. ¿Son ellas mas felices ó mas bellas que yo?

—Son mas avisadas, entienden mejor el oficio, no creen en palabras de mozalbetes, cuyos juramentos no pasan de sus labios. Pero tú nueva Penélope, fiel amante de un hombre solo, tú que no admites mas que á Chereas ¿qué entiendes en el mundo? ¿No has desdeñado con insultante sonrisa al jóven Arcanio que te ofrecia dos minas importe de todo el vino que su padre le envió á vender á la ciudad?

—¡Bah! ¡Dejar á Chereas por un rústico que huele á macho cabrio! ¡Oh! nó: Chereas es un Apolo y el Arcanio un Sileno.

—En hora buena; el Arcanio es un zafio con todo ese mal olor que yo no he percibido. Pero Antifon, el hijo de Menecrates, que te ofrecia una mina ¿no es un elegante ateniense, jóven y bello como Chereas?

—Chereas me dijo: Si os veo juntos, os mataré á los dos.

—¡Vana amenaza! ¿Será menester que renuncies á los amantes y que dejes la profesion para que tomes el velo de una vestal ó te hagas sacerdotisa de Ceres? Pero dejemos esto. Las Aloenas llegan. ¿Qué te dió para la fiesta?

—¡Oh madre! ¿Qué ha de darme si nada tiene?

—¡Cómo! ¿No sabia tampoco robar á su padre por medio de un esclavo, ni sacarle algo á su madre amenazándola, en caso de resistencia,

con embarcarse para la primera espedicion? ¡Mónstruo avaro! Nunca nos da nada ni permite que nadie nos dé tampoco!

Musario no quiere oir vituperios de su amante y apesar de su madre continuará arruinándose por él hasta que ya no lo ame.

Las cortesanas de la Grecia no eran tan desinteresadas como Musario, y cuando habian perdido el tiempo en amar, lo recobraban muy luego poniendo á contribucion á los que no amaban. En casa de ellas no se entraba sino con la bolsa en la mano y no se salia casi nunca con la bolsa. Tenian tambien diferentes tarifas, y á veces por repugnancia ó por capricho rehusaban venderse á ningun precio. No de las hetarias, sino de las dicteriadas ha podido decir Jenarco en su Pentathle, citado por Ateneo:

«Las hay de talle esbelto, grueso, largo, corto; jóvenes, viejas, de mediana edad. Puede elegirse entre todas y gozar en los brazos de la que se halla mas amable, sin que sea necesario escalar muros ni usar ningun artificio para llegar hasta ellas: ellas son las que solicitan disputándose la dicha de agradarnos.»

Las hetarias, aun las de los marineros y gente del pueblo usaban á veces de su libre albedrío y aun sin tener un amante preferido, cerraban sus oidos y su puerta á ciertos pretendientes. Una simple esclava, Salamina, á quien Gebelo habia sacado de la tienda de un mercader jorobado y de quien queria hacer su concubina, se resiste á las pretensiones de este grosero personaje que le repugna de una manera invencible:

«Los suplicios me espantan menos que tu amor, osa decirle: La noche pasada no huí; pero me oculté en el jardin en que me buscaste en vano: oculta entre el follaje pude sustraerme al horror de tus caricias. ¡Oh! sí; antes de soportarlas he resuelto ahorcarme. Ni temo la muerte ni esplicarme de este modo. Sí, Gebelo, te ódio. Coloso enorme, me das miedo, me pareces un mónstruo. Tu aliento me envenena: vete en mal hora, y busca para tus amores una vieja Elena harapienta, sucia, desdentada.»

Alcifronti no nos dice si Salamina concluyó por acostumbarse al trato de Gebelo. Los comerciantes que vendian así esclavas que habian educado y dirigido para el amor, se llamaban *Andropodocapeloi*: estas esclavas, cuyas caderas habian sido comprimidas con cintas y nudos de cuerdas, se distinguian por cualidades secretas, que el libertinaje ateniense buscaba con escandalosa curiosidad.

Muchas hetarias habian comenzado por ser esclavas: despues algun amante reconocido á sus favores las compraba su libertad, ó ellas mismas con las ganancias del oficio; pero la mayor parte conservaban el carácter sórdido y avaro de las esclavas, y á medida que la suerte las ayudaba, iban elevando el precio de sus gracias. Despues de haber aprendido el arte de un dicterion, donde el reglamento de la casa no les permitia recibir mas de un óbolo por cabeza, exigian una vez libres uno ó dos dracmas, luego una estatera de oro, ó una mina, hasta que al fin llegaban á exigir un talento (unos 8000 francos) cuando habian adquirido cierta fama. Esta progresion de precio solia recorrerse rápidamente, cuando la cortesana era bella, diestra é intrigante; pero la prosperidad duraba poco, si le faltaba ingénio ó prudencia, en cuyo caso volvian á descender con la misma rapidez al órden inferior del hetarismo vulgar, teniendo que contentarse entonces con algunos dracmas arrancados con esfuerzo á la escasez ó economía de sus groseros amadores.

Veíaselas pasar en magníficas literas, rodeadas de esclavas y de eunucos, sobrecargadas de collares, pendientes, sortijas, alfileres de oro, frescas y perfumadas, bajo gasas de seda, pero muy luego se las encontraba cubiertas de harapos, escuálidas, desgreñadas y errantes entre las tumbas del Cerámico ó sentadas bajo los pórticos del Pireo.

La insolencia de estas mujeres en la fortuna hacia resaltar mas su humillacion en la desgracia. Y bastaba un proceso, una enfermedad, un vicio como la embriaguez ó el juego, para causar esta súbita ruina. Despues de todo no se las compadecia al verlas caer en el último grado de la miseria y del envilecimiento, recordando la soberbia y altivez que habian tenido en la opulencia. Además ¡cuántas lágrimas, cuántas ruinas, cuántas desesperaciones no habian causado ellas! A pesar de sus vicios, á pesar de su infamia, á pesar de todo, habian hecho nacer con frecuencia verdaderas pasiones.

Las cartas de Alcifronte están llenas de quejas de desgraciados amantes que se ven despedidos ó engañados, y de burlas de crueles hetarias que los rechazan y atormentan. Aquí Simolion arruinado por Petala y mas enamorado que nunca; allá el pescador Anchenio que por poseer á su amada, no dista mucho de casarse con ella; en otra parte, en los Diálogos de Luciano, Mirtale se burla de Dorion despues de haberlo despojado.

—Cuando te colmaba de larguezas, le dice el quejoso amante, yo era tu querido, tu esposo, tu amo, todo lo era para tí; pero ahora que no poseo nada, me has cerrado tu puerta, dejando dentro al rico mercader de Bitinia: Ante esa puerta inexorable derramo yo en vano lágrimas solitarias; mientras él se embriagará contigo apurando la copa del placer de mis amores.

—¡Cómo! contesta con mofa Mirtale. ¡Te he arruinado yo! Ea, contemos lo que me has dado.

—Contemos Mirtale. Unos borceguíes de Sicion, dos dracmas.

—Adelante.

—Á mi vuelta de Siria, te traje un vaso lleno de perfumes de Fenicia, que me costó ¡lo juro por Neptuno! dos dracmas.

—Adelante.

—Despues volviendo del Bósforo, te traje una ánfora de vino de Chipre, higos de Caria, y un queso de Gicio.

—Adelante.

—Luego te traje de Patera unos borceguíes dorados.

—¿Qué mas?

—Todo importa cinco dracmas.

—¡Gran fortuna!

—Y despues en la fiesta de Afrodita ¿no deposité por tí una dracma en el altar de la Diosa? ¿No le entregué dos dracmas á tu madre para tí? ¿No le dí dos ó tres óbolos á Lide? Hé aquí ¡oh ingrata! la fortuna de un pobre marinero. Todo te lo he dado á tí. ¡Y ahora mando el ala derecha de los remeros y ni siquiera me miras!

—Nada me díste, sino que me pagaste, y uno solo de los favores que yo te vendí vale cien veces mas que todo eso.

Despues enumera á su vez Mirtale con cruel vanidad los ricos presentes que ha recibido de su mercader de Bitinia, collares, pendientes, tapices, dinero, y le dá la espalda diciendo: ¡Oh! dichosa la que te ame á tí, que recibirá higos de Caria y queso de Gicio!

Petala que busca tambien un mercader de Bitinia y no lo ha encontrado todavía, escribe á Simalion, cuyo amor lacrimoso y pobre la enfada:

«Túnicas, joyas, oro, esclavos... hé aquí lo que mi posicion exige. Mis padres no me han dejado ricas posesiones en Nurinonte ni tengo parte en los productos de las minas de Atica. Los ingratos tributos de

la voluptuosidad, los pequeños presentes del amor que me hace gimiendo esa multitud de amantes avaros é insensatos, son toda mi riqueza. Vivo contigo hace un año consumida de disgustos y de hastío. Ya no perfumo mis cabellos; solo me visto con groseras ropas de Tarento, y me avergüenzo de presentarme entre mis amigas. No es posible vivir contigo con tales condiciones. Yo necesito un amante que me sostenga dignamente. ¡Lloras! ¡Por la madre de Vénus que eres ridículo! Dices que me idolatras, que no puedes vivir sin mí, y no me traes las economías de tu madre ni los ahorros de tu padre.»

Sucedia con harta frecuencia que un jóven ciego por su pasion, cedia á estas fatales sugestiones y robaba á sus padres por satisfacer la rapacidad de una hetaria que no le amaba y que por tanto lo repelia en cuanto no podia sacarle mas. Anaxilas tenia, pues, razon en decir en una de sus comedias: «Entre todos los animales feroces, no hay uno mas peligroso que una hetaria.»

Por mucha que fuera su avaricia, las cortesanas asediaban los altares de las diosas con sacrificios y ofrendas, pero lo que pedian á sus númenes no era encontrar corazones amantes y sensibles, adoradores jóvenes y hermosos, ellas no hacian aprecio de esto, cuidándose solo del lucro; y haciendo estos sacrificios, y trayendo al templo sus ofrendas, esperaban que los dioses les enviáran del África ó del Ásia los ópimos depojos de algun opulento viejo. Su generosidad aun con respecto á los dueños del destino, no era sino una especulacion, una especie de usura. Cuando lograban hacer un buen negocio, iban á dar gracias al dios ó diosa á quien atribuian el milagro, y no escatimaban nada al altar ni al sacerdote con la esperanza de obtener nuevos provechos.

La madre de Musario, irritada de que su hija no se hiciera pagar por Chereas, esclama irónicamente: «Si encontramos otro amante como Chereas será menester sacrificar una cabra á Vénus-Pandemos, una ternera á Vénus-Urania, otra á Vénus-Jardinera y habrá que consagrar tambien una corona á la diosa de las riquezas.»

La dicteriada Lisidis, teniendo que agradecer á Vénus-Popular, le hace una singular ofrenda que recuerda las emblemáticas ofrendas de Rodopisa al templo de Apolo en Delfos. «¡Oh Vénus, diosa mia! Lisides te ofrece esta espuela de oro que há pertenecido á un bello pié; pié que avivó mas de un caballo perezoso, y que aunque la agi-

tara con mucha presteza ningun corcel salia ensangrentado, pues el noble bruto llegaba al fin de su carrera sin necesidad de que se le espoleara. Lisidis cuelga esta arma en medio de tu templo.»

Los cortos comentadores de la antología griega quedaron indecisos sobre la significacion de esta espuela en el templo de Vénus-Popular. Segun unos representaba el aguijon de la lujúria y el estímulo del libertinaje; segun otros la exigente y abusiva solicitacion de las cortesanas que agotaban el bolsillo de sus clientes; y segun otros aun cierto instrumento de libertinaje femenino que ausiliaba los errores y estravíos de una imaginacion desvergonzada. En Corinto la hetaria se ofrecia ella misma á Vénus que tenia el producto de la prostitucion religiosa.

Las cortesanas abundaban mas en Corinto que en Atenas: de aquí el proverbio célebre que ha atravesado toda la antigüedad llegando á nuestros tiempos sin haber perdido mucho de su significacion. *No es dado á todos ir á Corinto.* Atribuíanse á este vetusto proverbio diferentes orígenes, los cuales se refieren todos á las famosas cortesanas de esta ciudad. Aristófanes en su *Pluton* esplica el proverbio diciendo que las cortesanas de Corinto solo admitian á los ricos. Estrabon es mas esplícito refiriendo que los comerciantes y marinos que arribaban á aquel punto durante las fiestas de Vénus, encontraban mujeres tan seductoras entre las consagradas á la diosa, que se arruinaban totalmente antes de haber puesto el pié en la famosa ciudad. Estrabon reproduce en otro lugar el mismo proverbio con una variante que justifica el sentido de su comentario. *No se vá á Corinto impunemente.*

Las cortesanas de todos los países y de todas las clases categóricas abundaban en aquella opulenta ciudad, donde se tenian públicamente alumnas de prostitucion dentro de los templos de Vénus, y el comercio del libertinaje era el mas activo que se hacia en aquel vasto emporio del comercio universal. Todas ó casi todas las mujeres ejercian el oficio del amor venal, y cada casa equivalia á un dicterion.

Una cortesana, sentada en el puerto miraba un dia los barcos que arribaban espiando á la vez víctimas nuevas: hubo de reprocharle álguien su pereza diciéndole que mas le valdria hilar lana ó tramar telas que no estar cruzada de brazos. «¿Qué me arguyes de pereza, contestó la cortesana, si en un momento he ganado toda la tela que puede entrar en el velámen de tres navíos?» Con esto queria decir,

segun el comentario de Estrabon, que habia comprometido á tres capitanes de mar á vender sus barcos para pagarle sus favores.

El poeta cómico Eubulo presentó en una de sus comedias, los *Cercopes*, un pobre diablo que confesaba alegremente haber sido despojado de este modo. «Fuí á Corinto, decia, donde hube de arruinarme comiendo albahaca y tantas locuras hice que perdí hasta la camisa.» El poeta jugó aquí con el doble sentido de la palabra, que en su lengua significa á la vez albahaca y cortesana, y recordaba así, por una alusion figurada, que esta aromática yerba era la favorita de los escorpiones. Cuando Dionisio, el tirano, arrojado de Siracusa se refugió miserable y despreciado en Corinto, quiso hacerse una égida del mismo desprecio que inspiraba y de la miseria en que yacia, segun Justino, pasaba los dias enteros en dicteriones y tabernas *viviendo de albahaca* y manchándose con todas las torpezas.

Estas lúbricas é infatigables reinas de la prostitucion, léjos de ser originarias de Corinto, habian sido conducidas á esta ciudad desde su mas tierna edad por especuladores ó matronas de colegio: la mayor parte de ellas venian de Lesbos y de las otras islas del Ásia Menor, Tenedos, Abidos, Chipre, como para rendir homenaje á la tradicion que hacia salir á Vénus de la espuma del mar Egeo. Traíase tambien gran número de Mileto y de Fenicia que suministraban las mas ardientes. Pero las mas voluptuosas, las mas espertas á lo menos en el arte de la voluptuosidad eran sin duda las lesbias, de tal manera que se inventó en honor de ellas un verbo griego que significaba no ya hacer el amor, sino hacerlo con arte. Las fenicias tuvieron tambien el privilegio de dotar la lengua griega con un verbo que tenia la misma significacion sino la misma latitud. *Hacer el amor á la fenicia*: hé aquí un elogio que ambicionaban las cortesanas, cualquiera que por otra parte fuera su patria ó la de sus matronas.

Mileto venia á ser el plantel ó criadero de las bailarinas, y flautistas aulétridas, que solemnizaban las fiestas de la Grecia; pero Lesbos y Fenicia enviaban sus hetarias que Corinto recibia en su seno como un inmenso gineceo, donde la prostitucion tenia su escuela pública. Entre los presentes que Agamenon hace ofrecer á Aquiles (Iliada IX.) cita Homero con complacencia «siete mujeres hábiles en *bellas obras*, siete lesbias que habia escogido por sí mismo y que merecieron sobre todas las otras el premio de la belleza.» Las bellas obras que caracte-

rizaban la habilidad de aquellas lesbias, no eran, como debe suponerse las que la casta é industriosa Penélope sabia hacer.

Además de estos misteriosos trabajos del amor que hacian desde muy temprano el estudio asiduo de las cortesanas, su educacion moral, si puede emplearse aquí esta palabra, se basaba en ciertos preceptos impúdicos que podian aplicar á todas las condiciones del hetarismo, desde la mas víl dicteriada hasta la espléndida hetaria de la aristocracia obscena. Seguramente no fué Solon, quien redactára este código general para las cortesanas.

Hállanse por aquí y por allá dispersos en los eróticos griegos los principales artículos que las cortesanas se trasmitian una á otra y que podian dividirse en tres categorías especiales, á saber: 1.° El arte de inspirar el amor. 2.° El arte de aumentarlo y entretenerlo. 3.° El arte de sacar de él todo el dinero posible.

«Es conveniente, dice en las cartas de Alcifronte una de las mas competentes en la materia, es conveniente hacer sufrir algunas dificultades á los amantes jóvenes, es decir no otorgarles todo lo que solicitan. Esta precaucion evita la saciedad, sostiene los deseos del hombre y le vuelve los favores siempre nuevos. Pero no deben llevarse tampoco las cosas al estremo, en cuyo caso el amante se cansa, se irrita, forma otros proyectos, contrae otras relaciones y se pierde todo entonces: el amor se vá con la misma lijereza que viene.»

Aristenetes que, filósofo y todo como era, no se desdeñaba de instruirse con las cortesanas, formuló en otra carta la misma teoría.

«Los goces que esperan, dice, tienen en idea dulzuras y encantos inesplicables; ellos animan y sostienen toda la vivacidad de los deseos: ¿Se han satisfecho ya? Ya no se hace caso de ellos.»

Luciano en su «Discurso de los que se ponen al servicio de los grandes,» aprueba la táctica de las hetarias que niegan algo á los ausentes.

«Solo rara vez, dice, les permiten algunas libertades, pues saben por esperiencia que el goce es la tumba del amor; pero no perdonan medio para prolongar las esperanzas y entretener los deseos.»

Hé ahí, pues, como las hetarias escitaban, enardecian, arraigaban y desenvolvian el amor que habian hecho nacer. Ni eran menos ingeniosas en provocarlo, y los medios de que al efecto se valian eran tanto mas esquisitos y refinados, cuanto que se dirigian á los hombres

mas distinguidos y ellas mismas pertenecian tambien á la clase mas distinguida entre las cortesanas.

La hetaria menos ejercitada, tenia maneras esclusivas para atraer á los hombres; sus miradas, sus sonrisas, sus posturas, sus gestos eran influencias mas ó menos eficaces que esparcia á su alrededor. Cada una conocia perfectamente lo que le convenia ocultar ó mostrar: ya fingia indiferencia ó distraccion, ya estaba inmóvil y silenciosa, bien corria tras de su presa y la agarraba á su paso, bien buscaba el gentío y á veces la soledad. Sus lazos cambiaban de forma y aspecto, segun la clase de pájaros que se proponia cazar. Todas ellas tenian una risa provocativa y licenciosa que de léjos despertaba impuros pensamientos, y hablando á los sentidos de cerca, hacia ver gracias seductoras: dientes de marfil entre labios de coral, oyitos en las mejillas, senos de alabastro palpitantes y agitados. Hé aquí el *cachynnus*, que San Clemente de Alejandría llamaba risa de las cortesanas.

En una posicion superior la hetaria tenia tambien procedimientos de seduccion mas decentes y no menos seguros. Al propósito enviaba á su esclava ó criada á escribir con carbon en el muro del Cerámico el nombre de aquel á quien queria cautivar; y una vez hecha esta especie de declaracion inversa, le enviaba ramos que ella habia hecho, frutas que ella habia mordido, haciéndole saber por mensaje al mismo tiempo, que no comia ni bebia ni dormia por él, cuyo amor anhelaba suspirando sin cesar.

Por frio y severo que sea un hombre, es rara vez insensible al sentimiento que inspira ó cree inspirar. «La astuta, dice Luciano en su *Toxaris*, corria á abrazarlo cuando llegaba y lo detenia cuando queria retirarse; aparentaba adornarse solamente por él, y sabia mezclar muy á propósito lágrimas y suspiros y graciosos desdenes entre los atractivos de su belleza y los encantos de su voz y de su lira.»

Tales eran los artificios que una hetaria bien instruida ponia en juego con un éxito casi seguro. Las viejas cortesanas eran por lo comun las que enseñaban estos artificios de conquista á las novicias que tenian colegiadas por su propia cuenta.

La célebre Neera habia sido formada así en la escuela de Nicarete liberta de Carisio y mujer de Hipias, cocinero del mismo Carisio. Nicarete compró estas siete niñas: Antia, Estratole, Aristoclea, Metanira, Fila, Itsmiade y Neera; y era muy hábil en adivinar las que

se distinguirian por su belleza. «Entendia perfectamente de educarlas bien, dice Demóstenes en el juicio de Neera; era su profesion, de la cual vivia.» Llamaba hijas á las siete esclavas para hacer creer que eran libres y para sacar mas lucro de los que quisiesen amarlas; vendió con sus mañas la integridad de cada una cinco ó seis veces y luego las vendió á todas ellas. Pero las esclavas habian recibido tan buenas lecciones, que no tardaron mucho ellas en comprar su libertad con el dinero que habian ganado, no honrosamente, y continuaron ya en beneficio propio su profesion de cortesanas.

Los favores de una jóven libre tenian mas estimacion en el mercado que los de una esclava ó manumisa, y el precio era mayor aun, si la hetaria pasaba por mujer casada, aunque la adúltera tuviera por la ley pena de muerte. Pero esta ley no tenia aplicacion casi nunca: el culpable era solamente entregado á disposicion del esposo ofendido, el cual se contentaba á veces con hacerle dar una carrera de baquetas.

Ordinariamente la muerte se compensaba con una suma de dinero, que pagaba á título de indemnizacion el adúltero, obligado á sustraerse así de un castigo tan doloroso como ridículo, pues si no aceptaba la conmutacion, el esposo ultrajado lo entregaba á merced de los esclavos, que despues de azotarlo cruelmente, le introducian por el ano un enorme *rábano negro*. Tal era, segun Ateneo, el castigo del adulterio, castigo de que los orientales han conservado algo en el suplicio del palo. Sucedia con frecuencia que se ponia en esplotacion el temor del rábano negro, haciendo creer á ciertos bobos que habian incurrido en esta pena cometiendo sin saberlo un adulterio. Nada era mas fácil que suponer un esposo en furor, despues de haber supuesto una esposa infraganti.

«¡Oh Vénus! diosa adorada, esclama Anaxilas, ¿cómo esponerse á echarse en brazos de ellas, cuando se piensa en las leyes de Dracon? ¿Cómo osar siquiera imprimir un beso en sus labios?» Parece ser que á despecho de las leyes draconianas, habia mujeres casadas que ejercian la prostitucion, inconscientes los maridos por supuesto. Megara en una carta á su compañera Bacchis, carta que el retórico Alcifronte no tuvo el pudor de romper, dice espresamente que Filomena, aunque recien casada, se hallaba en un lugar de placer, donde se cometian los escesos mas vergonzozos. «La astuta, dice Megara, ha encontrado el

medio de asistir, abismando á su marido en un profundo sueño,» por medio de un filtro.

Los filtros soporíferos como los filtros amorosos estaban muy en boga entre las cortesanas y libertinos, cuya ocupacion única era el amor. Las viejas, como ya digimos, eran las que componian estos bebedizos. Su composicion pasaba por una obra de arte mágica y las viejas que poseian el secreto, lo debian generalmente á las magas de Frigia y de Tesalia.

Teócrito y Luciano nos han revelado algunas de las misteriosas ceremonias que acompañaban á la composicion de un filtro, y el segundo nos hace conocer mas particularmente el frecuente uso que de ellos hacian las cortesanas, ya para hacerse amar, ya para hacerse aborrecer.

Abandonada por su amante, que prefiere á Gorgona, Tais atribuye esta infidelidad á los filtros que sabe componer la madre de su rival. «Ella conoce, dice los secretos de todos los encantamientos de la Tesalia; la luna desciende á su voz, y se le ha visto revolotear en los aires en medio de la noche.» Hé aquí el hechizo que ciega al infiel hasta el punto de ocultarle las arrugas y fealdad del mónstruo, á quien solo ama por un efecto mágico.

Por atraer Melisa á Carino cuyo amor le ha robado Símmica, pregunta á su amiga Bacchis si sabe de alguna maga, cuyo poder haga amar á una mujer á quien se deteste y detestar á la que se ame.

—Sí por cierto, amiga mia, contesta Bacchis compadecida de la triste Melisa, conozco una maga de Siria que te servirá á medida de tu deseo: ella me ha reconciliado con Fanias en cosa de cuatro meses, habiéndomelo traido á los piés un encanto mágico, cuando ya desesperaba de poder reconquistarlo.

—Y ¿qué exige la maga? ¿te acuerdas bien? pregunta Melisa.

—No es caro su arte. Ha de dársela una dracma y un pan; además seis óbolos, sal, perfumes, una antorcha y una copa llena de un brevaje que ella sola sabe componer. Tambien necesita un objeto cualquiera que haya pertenecido á tu amante, una prenda de vestido, un mechon de pelo, un borceguí...

—¡Ah! Precisamente se dejó aquí unos.

—La maga lo suspende todo de una varita, lo purifica en los vapores que exhalan los perfumes y echa sal en el fuego: entonces pro-

nuncia los dos nombres, y sacando luego de su seno una bolita, la hace rodar al mismo siempo que recita rápidamente una relacion de palabras bárbaras que hacen estremecer.

Habia muchas clases de filtros: los que hacian amar, los que hacian aborrecer, los que hacian impotentes á los hombres y estériles á las mujeres y en fin los que causaban la muerte. El uso de estos filtros era mas ó menos peligroso, porque muchos de ellos contenian verdaderos venenos; y sin embargo las hetarias los empleaban con frecuencia, segun sus pasiones y designios. Aristóteles cuenta que habiendo hecho tomar una mujer á un hombre uno de estos filtros, y habiendo éste muerto á consecuencia, el Areópago ante el que fué acusada la mujer, no la condenó, por razon de no haber querido matarlo, sino enardecer su amor: la intencion expiaba el homicidio. Por lo demás, si se vendian filtros entre las cortesanas, tambien se vendian otros brevajes que neutralizaban sus efectos: así, segun Dioscorides, la raiz del ciclamino, preparado de cierto modo, pasaba por soberano específico contra los filtros mas temibles.

¿Se queria causar la impotencia de un hombre ó la esterilidad de una mujer? No habia mas que hacerles beber una copa de vino en que se hubiera ahogado un barbo. ¿Se deseaba atraer á un amante infiel? Se hacia una pasta de harina sin levadura y se dejaba consumir en un fuego alimentado con ramas de tomillo y de laurel. Para trocar en ódio el amor se espiaban los pascs del sugeto en cuestion y sin que se apercibiera de ello, no habia sino pisar sus huellas al revés, poniendo el pié derecho donde él habia puesto el izquierdo, y el izquierdo donde habia puesto el derecho; pero habia de decirse al mismo tiempo en voz baja esta especie de conjuro: «Ando sobre tí, estoy encima de tí.»

Cuando la maga hacia rodar la bola que llevaba en el seno, para un encantamiento, recitaba estas palabras: «Como el globo de bronce rueda bajo los auspicios de Vénus, así ruede mi amante por el umbral de mi puerta.» A veces echaba en el brasero mágico una imágen de cera en que iba ya grabado el nombre del hombre ó de la mujer de quien se trataba. Entonces decia: «Así como derrito esta cera bajo los auspicios del Dios que invoco, derrítase de amor el corazon helado que anhelo inflamar.»

Estos eran los hechizos solemnes, acompañados de sacrificios mis-

teriosos y prácticas secretas. Pero ordinariamente solo se usaba un brevaje ó ungüento en cuya composicion entraban ciertas yerbas ó drogas narcóticas, refrigerantes, espasmódicas ó afrodisiacas.

«El uso del filtro es muy azaroso, escribia Mirrina á Nicipe, con frecuencia es funesto para quien lo toma. Pero ¿qué importa? Es preciso que Difile viva para amarme, ó que muera amando á Tesala.»

Las cortesanas en sus preocupaciones de amor consultaban tambien con mucha frecuencia á las tesalianas para conocer el porvenir, para saber el éxito de una aventura en ciernes, para penetrar en las tinieblas del destino. Glicere en una carta al poeta Menandro, habla de una mujer de Frigia que «sabe adivinar por medio de ciertas cuerdas de junco que estiende durante la noche: por el movimiento de ellas conoce la voluntad de los dioses tan claramente, como si ellos mismos se la dijeran.»

A esta operacion mágica debian preceder varias purificaciones y sacrificios en que se servian de insienso macho, pastillas oblongas de estoraque hechas á la luz de la luna y hojas de verdolaga silvestre. Se recurria á estos hechizos para saber de una querida ó de un amante ausentes. En cuanto á los filtros para inspirar el amor, eran tan poderosos y terribles, que su empleo, aun moderado, producia los furores de los Menades y Coribantes, y su abuso la locura ó la muerte.

Las hetarias entre sí tenian grandes celos, envidias, resentimientos, y ódios que les inspiran con frecuencia venganzas de esta especie. Era una competencia interminable por arrebatarse mútuamente los amantes, cuando ofrecian estos por su riqueza un partido ventajoso; y en esta guerra de rivalidades femeninas se apelaba á todos los medios conducentes al triunfo de la codicia ó vanidad. No deseando otra cosa que enriquecerse á costa de este ó del otro, estas mujeres eran eternamente rivales y con frecuencia enemigas implacables. Cuando Gorgona, que fingia ser amiga de Glicere, le arrebató á su amante, Tais la consuela diciendo: «Gorgona lo desplumará, como tú lo has desplumado y como desplumarás á otro.» La traduccion de Perrot d' Ablancourt es aquí mas espresiva que el testo griego de Luciano, que se limita á decir: Ya encontrarás otra presa.

A pesar de los agravios que á competencia se hacian, las hetarias no quedaban menos amigas, ó mejor dicho, no dejaban de guardar

las apariencias por política; pues reinaba entre ellas un espíritu de corporacion, un interés comun que las ligaba y que acudia á reconciliarlas luego que por cualquier motivo se enojaban.

Amistábanse de nuevo, si bien odiándose, como es de suponer, en el fondo del corazon, en medio de sus sonrisas, caricias y recíprocas lisonjas. Pero en cambio cuando se amaban de veras, solian llegar á un estremo inverosímil: nada mas corriente que el *amor lesbio* entre las cortesanas.

Este sórdido amor que la Grecia no condenaba con una reprobacion fulminante, no tenia que temer tampoco el castigo de las leyes ni los anatemas de la religion. En los dicteriones y en las casas de las hetarias encerradas, era donde reinaba con todos sus arrebatos este *contra-amor*. La cortesana que en su perversion de instintos se aficionaba á este estravío, era ya despreciable para los hombres; pero ella ocultaba cuidadosamente un vicio que no hallaba sino indulgencia y aun simpatías entre sus compañeras.

Atribuíase á Safo el escandaloso desenvolvimiento que el amor lesbio habia tomado, y las teorías filosóficas que le habian servido de base como un culto fundado sobre un dogma. Safo por haber despreciado á los hombres fué castigada cruelmente por Faon, quien hubo de inspirarle un amor irresistible, indomable; pero sin correspondencia. Duro castigo; pero el mal que Safo habia ya hecho con sus dogtrinas y aun con su ejemplo en las costumbres griegas, infectó no ya solo el hetarismo, sí que tambien el gineceo de las pudorosas vírgenes y venerables matronas.

CAPITULO IX.

Las flautistas.—El dios Pan, el rey Midas y el sátiro Marsias.—Las aulétridas en las fiestas solemnes de los dioses.—Fiestas báquicas.—Intermedios.—Nombres de los diferentes aires que las aulétridas tocaban durante la comida.—Aire Gingras ó triunfal.—Canto Calinico.—Superioridad de los beocios en el arte de la flauta.—Inscripcion recogida por san Juan Crisóstomo.—Superioridad de las flautistas frigias, jónias y milesias.—La colocacion en los banquetes.—El filósofo y la bailarina.—Las bailarinas.—Género distintivo de libertinaje entre las flautistas.—Pasion de los atenienses por las aulétridas.—Delirio que causaban las flautas en los festines.—Bromiada la flautista.—Indignacion de Polibio, acerca de las riquezas de ciertas mujeres públicas.—Las bailarinas del Rey Antígono y los embajadores arcadios.—Lo que distinguia á las aulétridas de sus rivales en prostitucion.—Filina y Difile.—Intimas relaciones de las aulétridas entre sí.—Amores de Carmidé y Filemacia.—Costumbres depravadas de las aulétridas.—Festines calipigos.—Combates públicos de belleza instituidos por Cipselo.—Herodice.—Las Crisóforas.—Cuadro de fiestas nocturnas en que las aulétridas celebraban los combates de belleza.—Carta de Megara á Bacchis.—Combate de Mirrina y Piralis.—Filomena.—Los jóvenes admitidos como espectadores en las orgias de las cortesanas.—La cena de la Tribades.—Carta de Glicere á Bacchis.—Amores de Yoesse y Lisias.—Pitia.—Desinterés de las aulétridas.—Precio de las caricias de una flautista á la moda.—Carta de Filomena á Criton.—Carta de Petala á Simalion.—Carácter alegre de las aulétridas.—Desventuras de Paternis.—Gorgo y su querida Crocale.—Orígen de los motes de algunas aulétridas célebres.—Amor de Acibiades por Cimeta.—Juicio de las tres Calipigas.—Lamia.—Amor apasionado de Demetrio Poliórcetes, rey de Macedonia por esta célebre aulétrida.—Carta de esta cortesana á su real amante.—Celos de sus rivales.—Leena, Cirsis, Antipira y Demo.—Secretos amorosos de Lamia.—Orígen de este sobrenombre.—Embajadores de Demetrio en la córte de Lisimaco, rey de Tracia.—Epigramas y sátiras de estos reyes.—Cartas de Lamia á Demetrio.—Juicio de Bocchoris, rey de Egipto.—Exaccion de Demetrio en provecho de Lamia.—El jabon de esta cortesana, sus inmensas riquezas, los edificios construidos á sus espensas.—El poeta Palemon retribuido por Lamia.—Muerte de esta célebre cortesana.—Bajeza de los atenienses que la divinizan.—Muerte de Demo rival de Lamia.

Entre las cortesanas que hemos citado con referencia á Luciano y á Ateneo, habia muchas que tocaban la flauta, y como ya hemos dicho enumerando las principales clases de mujeres de placer que se distinguian entre los griegos, las flautistas formaban una clase

aparte en lo que nosotros llamamos *colegio de cortesanas*. Estas músicas tenian relaciones mas ó menos sensibles con las dicteriadas y hetarias; pero en general diferian igualmente de unas y de otras, pues no estaban agregadas á casas públicas y por consiguiente no pertenecian inevitablemente al primero que llegaba: por otra parte, tampoco se iba cerca de èllas á buscar las distracciones de espíritu y de inleligencia que se encontraban en la mayor parte de las hetarias, y finalmente si aquellas se enriquecian por la prostitucion, estas tenian un oficio de que vivir, oficio que podia ser muy lucrativo.

Las flautistas no aceptaban el nombre de cortesanas, bien que hicieran todo lo posible por merecerlo: llevar el título de su profesion artística ó música, fué siempre para ellas un testimonio de su libertad y de su condicion independiente. Ellas se titulaban *Flautistas*, y bajo este título no tenian ya ningun escrúpulo en ser mas cortesanas que las mismas que por tales se daban francamente. Ya hemos visto que en ciertas circunstancias las flautistas asociaban á sus abominaciones á las *Tribades*; hemos visto tambien cuales eran los consejos que Musario recibia de su madre: no puede, pues, dudarse de que estas mujeres estuvieran siempre dispuestas á contentar las pasiones que suscitaban con los sones de sus instrumentos y con el espectáculo de sus obscenas danzas; esto no obstante, una aulétrida no era hetaria propiamente hablando. Esta se estimaba mucho mas que una aulétrida, á quien consideraba como una industrial de oficio innoble; aquella, al contrario; despreciaba á la cortesana que no tenia otra profesion que recoger una parte de los deseos y trasportes que ella misma habia hecho nacer con el encanto de su flauta y de sus danzas.

La flauta era el instrumento favorito de los atenienses y sus inventores ocupaban un lugar preferente en el reconocimiento y admiracion de los hombres. Atribuíase al dios Pan la invencion de la churumbela ó flauta sencilla; la de la flauta travesera, á Midas, y la de la doble flauta á Marsias. Estas diferentes flautas habian recibido despues grandes perfeccionamientos y el arte de sacar de ellas sonidos melodiosos se habia perfeccionado igualmente, siendo las mujeres las que sobresalian en este arte que se miraba como el ausiliar mas poderoso de la sensualidad. En vano antiguos poetas que no eran acaso mas que flautistas desdeñados, habian intentado arrancar el instrumento de Marsias á las bellas manos de las aulétridas inventando

aquella ingeniosa fábula, en la que presentaban á Palas indignada de la deformidad que producia en la cara el esfuerzo de soplar, y proscribiendo el uso de tal instrumento que obligaba á las ninfas á hacer visajes: el número de las aulétridas no hizo sino aumentarse y su presencia en los festines vino á ser indispensable. Se habia observado, en efecto, que aun cuando las flautistas, inflando las mejillas y contrayendo los labios, alteraban el conjunto armonioso de sus facciones, no por eso eran menos encantadoras, cuando dejaban las flautas para tomar parte mas ó menos activa en los festines. Despues de todo, la mayor parte de estas músicas habian aprendido tambien á respetar su belleza y tocaban la flauta doble como la sencilla sin alterar sus fisonomías voluptuosas con movimientos desgraciados. La poesía entonces se encargó de rehabilitar las flautas, y mientras que un hábil estatuario representaba en mármol á Minerva castigando al sátiro Marsias por haber recogido una flauta que ella habia tirado, los poetas interpretaban la cólera de la casta diosa acusando á los sones de las flautas de adormecer la prudencia y arrastrar dulcemente á los placeres.

Las flautas resonaban tambien en las fiestas solemnes de los dioses, sobre todo en las de Céres, que no habrian sido completas, si las aulétridas no hubieran desempeñado en ellas sus funciones ordinarias de tocar y danzar. Pero donde el maravilloso instrumento de Marsias ejercia su influencia y poder irresistibles era en las alegres comidas de las fiestas báquicas.

Cada uno de los intermedios de la comida se anunciaba por un aire diferente que les era propio: *comos* al primer servicio, *dicomos* al segundo, *tetracomos* al tercero; cuando los convidados se mostraban satisfechos de los manjares y vinos que se les servian, el aire llamado *hedicomos* espresaba esta satisfaccion y el buen humor que á todos animaba; cuando aplaudian los comensales, el aire triunfal llamado *gingras* se confundia con los aplausos imitando el ruidoso concierto. Habia aun otro aire llamado *canto calínico*, que celebraba los grandes hechos de los bebedores y que alentaba sus provocaciones de ébrios.

La doble flauta, que comprendia la flauta masculina tocada con la mano derecha, y la femenina con la izquierda, se prestaba á todos los efectos de la armonía imitativa, pues producia fielmente en todos los tonos, graves ó agudos, los ruidos mas intraducibles, y con ellos las

emociones mas fugitivas. Así se veía que los comensales, subyugados por aquella música enervante, olvidaban la copa llena aun en la mano y se recostaban con éxtasis en sus lechos, siguiendo con la vista y los oidos el ritmo del canto y el compás de la danza. La embriaguez duraba así noches enteras. «Por mas que me digo, escribia Lamia á Demetrio, ese príncipe que acaba de compartir tu lecho, es el que pasa la noche oyéndote tocar la flauta, no puedo creerme á mí misma.» Estos aires de flauta eran á veces acompañados de cantos, que caracterizaban aun mejor la espresion y el objeto; arreglábanse tambien á unas pantomimas y danzas que traducian la misma intencion; y danzas, pantomimas, cantos y toques servian siempre de preludio á escenas de sensualidad en que las aulétridas no estaban por cierto ociosas.

En las primeras edades de la Grecia el arte de la flauta estaba en boga entre los jóvenes, que la preferian hasta á la lira; pero cuando los tebanos y los otros beocios, á quienes el proverbio acusaba de estupidez natural, y cuya inteligencia no tenia en verdad el desenvolvimiento que la de los atenienses; cuando aquellos groseros hijos de Beocia hubieron superado como tocadores de flauta á todos sus compatriotas, este instrumento fué abandonado á las mujeres y declarado indigno de hombres libres, escepto en la provincia donde hallaba tan hábiles intérpretes. Las costumbres comenzaban á corromperse, y el Ásia y sobre todo la Frigia y la Jonia enviaron una multitud de aulétridas á Atenas, á Corinto y á las principales ciudades de la Grecia. Los tebanos conservaban su superioridad ó á lo menos su reputacion en el arte de la flauta, de tal modo, que en el segundo siglo de la era vulgar, una estátua de Hermes que habia quedado en pié en medio de las ruinas de Tebas, ofrecia aun esta inscripcion que trae san Juan Crisóstomo.

«La Grecia te reconoce ¡oh Tebas! la superioridad en el arte de la flauta. Tebas, honra en tí á Panomos, el maestro del arte.»

Pero á pesar de la ciencia instrumental de Tebas, las tocadoras de flauta frigias, jonias y milesias no conocian rivales. No tocaban solamente la flauta, sino que tambien cantaban, danzaban, hacian pantomimas, y sobre todo eran bellas y complacientes.

Se las llamaba á los festines para divertir á los convidados, alquilándolas por dias ó por noches; y las condiciones de este ajuste varia-

ban, segun las circunstancias. Por lo comun la flautista solo se ajustaba por sí misma y su danza, reservándose el derecho de hacer otros ajustes por su belleza, ya en el teatro de los hechos. Cuando una de estas músicas era esclava y tenia un patrono ó madre que la esplotaba, se la ponia á subasta, y se la adjudicaba, prévio el importe de la puja, al mejor postor.

Ateneo refiere que un filósofo que se preciaba de austero, cenando una noche con jóvenes libertinos rechazó desdeñosamente á una aulétrida que habia venido á sus piés como para ponerse bajo la salvaguardia de su filosofía; pero que esta filosofía feroz hubo de humanizarse cuando la bailarina desplegó sus gracias danzando al son de las flautas. Añade que el filósofo, olvidando su barba blanca y su cabeza sin pelo blanco ni negro compitió con los mas audaces postores levantando la puja por desagraviar á la jóven, que le guardaba rencor por su desden filosófico, y que hizo mucho mas de lo que permite la filosofía por merecer sus amorosas caricias. La jóven no le fué adjudicada en fin, apesar de todo esto, y entonces montó en cólera como un jóven insensato, diciendo á voces que no habiéndose tenido en cuenta sus pujas, tan favorables á la interesada, la adjudicacion era nula á todas luces. Pero la resentida aulétrida, no quiso ponerse en venta otra vez, y el filósofo hubo de venir á las manos con el agraciado y sus defensores.

No todas las aulétridas danzaban ni todas las bailarinas tocaban la flauta. «Te he hablado anteriormente, dice en su *Manmecytus* Aristágoras, de las bellas cortesanas bailarinas; no te diré nada mas de ellas, dejando aparte tambien las tocadoras de flauta, que nubiles apenas, enervan á los hombres mas robustos haciéndose pagar escesivamente.»

Estas flautistas tenian procedimientos de amor, segun la espresion del poeta, capaces de estenuar al mismo Hércules. Los libertinos, que habian esperimentado los refinamientos de la sensualidad asiática, no podian prescindir de ellos, y al fin de la comida, cuando todos sus sentidos se habian sobrescitado por los tonos de la flauta, se precipitaban unos sobre otros abrumándose á golpes, hasta que la victoria nombraba á aquel de entre ellos á quien la flautista pertenecia. «Para apreciar esto, dice Antipanes el Cómico, es preciso haberse hallado muchas veces en estas alegres comidas, en que cada cual pagaba

su escote, y haber dado y recibido buen número de golpes en honor de una de estas cortesanas.» Cuanto mas sostenida y dura era esta pugna, tanto mas se enorgullecia la reina del combate y mejor recompensaba luego al vencedor, á cuya salud todas las copas se llenaban y coronaban de rosas. La pasion de los atenienses por las aulétridas llegó á su colmo en Atenas, y si hemos de creer á Teopompo en sus *Filípicas*, desde el uno al otro confin de Grecia no se oia otra cosa que flautas y puñetazos.

Las aulétridas menos interesadas en general que las hetarias, mas cariñosas tambien, no se preciaban de saber resistir á una galante proposicion de amor. «No te dirijas á las grandes hetarias, si buscas placer; entre las flautistas lo encontrarás fácilmente.» Tal es el consejo que daba á sus conciudadanos Epícrates en su *Anti-Lais*. No hay que decir que las mujeres honradas no asistian nunca á estas orgías, por el contrario, la entrada de una aulétrida en la sala de un festin las ponia á todas en fuga, aun antes de haber oido una nota de flauta.

Las flautistas entusiasmaban de tal modo los ánimos con su erótica y espresiva música, que los convidados se despojaban espontáneamente de sus alhajas para agasajar á la encantadora artista. Una hábil flautista no tenia manos para recibir todas las dádivas y obsequios que se le hacian en un festin; cuando lograba complacer á la concurrencia. Teopompo, en una obra hoy perdida, sobre los robos hechos en Delfos, transcribió la siguiente inscripcion que se leia en un mármol votivo junto á las ofrendas de la cortesana Rodopisa:

«*Phaylle, tirano de Focea, da á Bromiada, tocadora de flauta, hija de Diniade, un carquesio de plata* (copa de góndola montada sobre un pié) *y un* CYSSIBION *de oro*, (corona de yedra.)

En ciertas comidas toda la vagilla de oro y plata pertenecia á ellas, y cada vez que la flautista hallaba sones mas halagüeños, y la bailarina paso y gestos mas acentuados, una lluvia de flores, de joyas y monedas caia de todas partes sobre ellas. Esta clase de cortesanas se enriquecia, pues, mas pronto que todas las otras , especialmente aquellas que á su mérito artístico reunian belleza y condiciones de carácter.

Polibio se indigna de que en las mejores casas de Alejandría lleven las mujeres los nombres de Mirtion, Mnesis, Potine. «Y sin embargo, dice, Mnesis y Potine eran tocadoras de flauta, y Mirtion

una de esas mujeres públicas condenadas á la infamia y que llamamos dicteriadas.» Mirtion habia sido concubina de Tolomeo-Filadelfo rey de Egipto, lo mismo que Mnesis y Potine.

Ni edad, ni clase, ni posicion, nada habia al abrigo del prestigio que ejercian las músicas y bailarinas. Ateneo refiere que ciertos embajadores fueron enviados cerca del rey Antígono, quien los recibió con grandes miramientos y les dió un espléndido banquete. Los embajadores, que eran ancianos venerables, se sentaron á la mesa, comiendo y bebiendo sombríos y taciturnos. Pero hé aquí que de repente las flautas frigias dan la señal de la danza y unas bailarinas envueltas en velos trasparentes entran en la sala balanceándose muellemente sobre las puntas de los piés; luego acelerando el movimiento, se descubren la cabeza, despues el seno, y sucesivamente todo el cuerpo con una sola escepcion. La danza sigue así, pero cada vez mas impúdica y lasciva; y los embajadores, exaltados ante un espectáculo tan estraño para ellos, sin respeto á su carácter ni á sus años ni á la presencia del rey, que se destornillaba de risa, se lanzaron sobre las bailarinas que no esperaban semejante acometida y que hubieron de someterse á los deberes de la hospitalidad.

En los Diálogos de las Cortesanas se vé que las aulétridas tenian el corazon mas tierno que sus rivales en prostitucion. Luciano parece complacerse en representarlas á lo menos en la juventud, como amantes apasionadas y generosas que nada exigian de sus amantes y que á veces se arruinaban por ellos. Aquí Musario vendiendo sus collares de Jonia para socorrer á Chereas que le promete ser su esposo; allá Mirtia, celosa de Pamfilo que la ha hecho madre y teme ver á su amante desposado con la hija del piloto Filon. «¡Ah Pamfilo! me vuelves la vida, esclama al saber que sus sospechas no tienen ningun fundamento; me hubiera muerto de desesperacion, si ese himeneo se hubiera realizado.» Acá Filina igualmente celosa, pero con fundamento, se venga de su infiel Difile haciendo todo lo que era menester para inspirar celos á su vez. «¿Qué locura era la tuya ayer? le pregunta á Filina su madre. ¿Qué te ha sucedido en este festin? Difile ha venido hecho un mar de lágrimas, y me ha dicho quejándose de tí, que estabas ébria, que habias danzado á pesar de su prohibicion, que habias besado á su compañero Lamprias, que viendo el despecho que con esto le causabas, estrechaste en tus brazos al mismo rival, des-

preciando sus caricias y que aun viéndole llorar por tus desdenes no dejaste de mortificarlo con tus risas y canciones.» Filina justifica su conducta con los agravios que dice haber recibido de Difile, el cual durante el festin parecia haber preferido á Tais, querida de Lamprias. «Difile veia mi despecho y mis señas llamándolo á su deber, y sin embargo cogió á Tais por la punta de la oreja y atrayéndola así sin resistencia le imprimió un ardiente y prolongado beso en los lábios. Yo lloraba y él sonreia, hablando bajo á Tais, de mí sin duda. Tais me miraba sonriendo tambien, y solo la llegada de Lamprias pudo poner término á tales demasías. Sin embargo, para que no hubiera ningun reproche que hacerme, me senté á su lado, durante la comida. Tais se levantó y se puso á danzar por que le viera las piernas, como si ella solamente las tuviera bellas.

Lamprias guardó silencio, pero Difile no cesaba de alabar la gracia de todos sus movimientos, diciendo que su pié estaba hecho para marcar el compás, que no habia visto pierna mas elegante y otras mil impertinencias. Hubiérase dicho que era la Sosandra de Calamis y no esa Tais que tú conoces bien, pues la has visto en el baño. Y llegó hasta el insulto, diciendo que ella danzaria por la que temiera esponer á la vista pública sus piernas de alambre. Entonces me levanté yo y danzé. Los convidados aplaudieron todos; únicamente Difile se esceptuó mirando al techo mientras yo danzaba.»

Filina, quiso, pues, mortificar á Difile fingiendo preferir á Lamprias, consiguiendo poner en términos de desesperacion á su amante infiel. La madre, vieja y esperta cortesana, cree deber darle este consejo: «Te permito el resentimiento, pero nó el ultraje. Un amante á quien se ofende, se aleja, y se anima contra una misma. Tú le has mostrado demasiado rigor y has de tener presente siempre, este proverbio: El arco demasiado tirante se rompe.»

Si las aulétridas tenian amores verdaderos se permitian entre sí íntimas relaciones que tenian todas las trazas del amor mas desenfrenado: era ese amor lesbio de que ya hemos hablado anteriormente. Estas mujeres ejercitadas desde muy temprano en el arte de la sensualidad llegaban en breve á desórdenes á que su imaginacion pervertida arrastraba sus sentidos. Su vida entera era como una lucha perpétua de lascivia, como un estudio asíduo de la belleza física: á fuerza de ver su propia desnudez y de compararla á la de sus compañeras to-

maban aficion á esto y se creaban estraños goces sin el concurso de sus amantes, que con frecuencia las dejaban frias é insensibles. Hay que oir sobre esto en los Diálogos de Luciano, á la bella Charmide, que se lamenta y gime por la infidelidad de su querida Filematia, á quien ama hace siete años colmándola de presentes y ha abandonado dándodole un hombre por sucesor.

Estas depravadas costumbres eran tan comunes entre las flautistas que muchas de ellas solian reunirse en festines donde ningun hombre era admitido, y en ellos se divirtian bajo la invocacion de Vénus Peribasia. En estos festines que se llamaban *Calispigos*, ante este tribunal de mujeres casi desnudas y entre copas de vino, coronadas de rosas, tenia lugar aun el combate de la belleza, como á las orillas del Alfeo en tiempo de Cipselo, siete siglos antes de la era cristiana. Cipselo, desterrado de Corinto edificó una ciudad y la pobló con habitantes de la Arcadia: en esta ciudad consagrada á Céres de Eleusis, Cipselo estableció juegos ó combates de belleza, á los cuales todas las mujeres eran llamadas á concurrir bajo el nombre de *Crisóforas*. La primera que obtenia la victoria se llamaba *Herodice*. Desde su fundacion estos memorables combates se renovaban con esplendor cada quinquenio y las Crisóforas ó portadoras de oro venian en multitud á someterse á las miradas de los jueces, que difícilmente podian guardar su imparcialidad y calma. No habia otros combates públicos del mismo género en Grecia bien que la belleza fuese allí enaltecida y aun adorada; pero las cortesanas se complacian en imitar en sus secretas reuniones la estraña fundacion de Cipselo haciendo á la vez de jueces y partes en estos juegos voluptuosos que celebraban á puerta cerrada. Las aulétridas mas que todas las hetarias gustaban de verse y juzgarse así, y así preludiaban los misterios de sus aficiones favoritas.

Alcifronte grave y todo como era, nos ha conservado el cuadro de una de estas fiestas nocturnas en que las flautistas y las bailarinas se disputaban, no ya sólo la palma de la belleza, sí que tambien el lauro de la voluptuosidad. Mr. Richard en su traduccion de las Cartas de Alcifronte no ha hecho mas que estractar la famosa de Megara á Bacchis; pero Publicola Chausard ha sido menos tímido y su traduccion que en parte reproducimos no llega sin embargo á la audacia y desenfado del testo griego. La aulétrida Megara escribe á la hetaria Bacchis

refiriéndole los detalles de un festin magnífico al que sus amigas Tesala, Trialis, Mirrina, Filomena, Criisis y Euxippe asistieron.

«Qué comida tan deliciosa! quiero que su relacion te apesare! ¡Qué canciones! qué danzas! qué ocurrencias! Las copas se han besado hasta la salida de la aurora. Manjares delicados, vinos esquisitos, perfumes, coronas, de todo habia allí.

»Un bosquecillo de laureles era la sala del festin. Nada fataba allí sino tu presencia.

Megara no dice quien fuera la reina de este festin, y puede suponerse que una de las convidadas lo daba á la amiga de su eleccion para celebrar sus amores.

«Muy luego surgió una disputa que no hizo sino aumentar nuestros placeres. Tratábase de decidir quien de las dos Trialis ó Mirrina era la mas rica en ese género de belleza que hizo dar á Vénus el nombre de Calípiga. Mirrina, suelta su cinturon dejando caer sus ropas interiores: su túnica era trasparente, vuélvese y deja ver lirios á través del cristal. Luego imprime á sus caderas un precipitado movimiento y mirando hácia adelante, sonrie al ver el desenvolvimiento de las voluptuosas formas que agita. Entonces, como si la misma Vénus hubiera recibido su homenaje, se puso á exalar no sé qué dulces gemidos que me conmueven aun. Trialis no se dá por vencida sin embargo, y se adelanta diciendo: «Yo no combato detrás de un velo: quiero presentarme aquí como en un ejercicio gimnástico, pues este combate no admite disfráz.» Dijo, y dejó caer su túnica.

«Contempla, oh Mirrina, le dice estas formas, la blancura y suavidad de esta piel, y estas hojas de rosa que la mano de la misma Volupia ha esparcido sobre esos graciosos contornos modelados sin sequedad ni exageracion: en sus amables convulsiones estas esferas no tienen el temblor de las de Mirrina, sino un movimiento parecido á los dulces estremecimientos de las ondas.» Al punto mismo redobla sus lascivas crispaciones, con tanta agilidad, que un aplauso universal le otorga los honores del triunfo. Tuvieron despues lugar otros combates; disputóse otra vez la belleza, pero ninguna de nosotras osó competir contra el firme, igual y fino vientre de Filomena que ignora los trabajos de Lucina.

»La noche se pasó en estos placeres, terminándose con imprecaciones á nuestros amantes y con una plegaria á Vénus, á quien conjura-

mos nos precurase cada dia nuevos adoradores; porque la novedad es el encanto del amor. Al separarnos estábamos todas ébrias.»

Megara dice en su carta que las cenas de las hetarias hacian ruido en el mundo y que los jóvenes griegos asistian curiosamente á estas orgías en que solo se les daba el papel de espectadores; pero ordinariamente ni las cortesanas mas desvergonzadas querian que sus secretos desórdenes se revelaran á las miradas de un hombre. Las que no se dejaban llevar, por curiosidad á lo menos, á tan escandalosos escesos de depravacion, pasaban por ridículas entre sus compañeras, y con frecuencia este resto de pudor las hacia sospechosas de ciertas enfermedades que debian ocultarse por vergüenza. Las flautistas no tenian que temer estas sospechas pues se mostraban desnudas en el ejercicio de su profesion; y así no se podia atribuir á otro motivo su reserva que á una preferencia marcada sobre el amor lesbio por los sentimientos y placeres del verdadero amor. Esto era tambien causa de burla.

«Serás tan casta que no ames mas que á un hombre? escribia Megara, á la dulce Bacchis, que no habia querido asistir á una cena de las tribades. ¿Ambicionarias la reputacion que te dieran tan raras costumbres mientras que nosotras pasáramos por cortesanas consagradas á todo el mundo?»

Megara era una de las aulétridas mas libertinas y licenciosas de su tiempo, como Bacchis era la mas prudente de las hetarias. «Tus costumbres, amiga mia, escribia á ésta la hetaria Glicere, tus costumbres y tu conducta son demasiado honestas para el estado en que vivimos.»

Esta honestidad era mas rara aun entre las aulétridas que entre las hetarias, aunque las unas y las otras estuvieran sujetas á concentrarse en un solo amor masculino ó femenino, que con frecuencia las arruinaba y nunca las enriquecia. Jamás sucedia que las dos clases de amor se encontrasen en el mismo grado en una mujer misma; pero esta rareza del corazon y de los sentidos se veía sin embargo, alguna vez entre las aulétridas, mas sensuales y apasionadas que las simples hetarias.

Luciano en uno de sus Diálogos de las Cortesanas nos muestra que una flautista podia á la vez abrigar dos afecciones heterogéneas muriéndose de amor por un hombre, mientras que se entregaba sin escrúpulo al amor de una mujer.

Yoesse que no ha exigido dinero de Lisias y que no le otorga favores venales, se vé de repente abandonada por este amante, á quien ella ha sacrificado los partidos mas ventajosos. Ella que dichosa con su desinteresado afecto vivia con Lisias tan castamente como Penelope, segun ella misma dice, ha perdido sin saber la causa las caricias de un jóven, á quien no habia comprometido sin embargo á engañar á su padre ni á robar á su madre, consejos muy comunes entre las cortesanas. Yoesse llora, gime, procura enternecer á Lisias que no le contesta y que la mira de reojo.

«Hace poco, le dice, cuando bebias con Trason y Dipile, la flautista Cimbalia y Piralis mi enemiga fueron llamadas por vosotros. Poco me importa que besaras cinco veces á Cimbalia pues tú solo te humillabas; pero á Piralis! oh! he sorprendido vuestras señas; le indicabas la copa en que bebias y dándosela á la esclava encargada de llenarla, le mandaste en voz baja llevársela á Piralis. Mordíste una fruta y aprovechando la distraccion de Dipile que hablaba con Trason, se la tiraste al seno y Piralis la besó guardándola como un trofeo.»

Lisias se desvía y sigue en su propósito; Pitia la compañera y amiga favorita de Yoesse, viene á consolarla y reprenderla al mismo tiempo. «Estos hombres! esclama desdeñosamente; su orgullo se aumenta con nuestra pasion imprudente.»

Yoesse se aflije mas. Entonces Pitia se dirije á Lisias y procura reconciliarlo con su querida.

—«Esta Yoesse que llora y que tú, oh Pitia, defiendes, contesta Lisias con amargura, me engaña, me vende, me ha hecho traicion, pues la he sorprendido acostada con un jóven.

—Y bien, dice Pitia que encuentra esto muy sencillo, ¿no es Yoesse cortesana? Pero en fin, cuándo y cómo la has sorprendido?

—Hace seis dias, contesta suspirando Lisias: mi padre que no ignoraba mi pasion por Yoesse, habló de encerrarme en casa encargando á la esclava no abrir la puerta sin que para ello le diera órden espresa.

Yo que no podia resolverme á pasar la noche léjos de mi amada, llamo á Drimon, lo coloco junto á la pared del jardin, subo sobre sus hombros y salvo la barrera. Llego aquí; la puerta está cerrada: era media noche y no llamo, pero falseando como tantas otras veces la

cerradura, entro sin ruido. Todo estaba en silencio y á oscuras: me acerco á tientas á la pared y llego hasta el lecho....

—¿Qué vá á decir? ¡oh! Ceres yo muero! interrumpe Yoesse.

—Noto por la respiracion, continua Lisias, que no está sola, y al principio creí que la acompañara Lida su esclava. Pero no era así, Pitia, queriendo asegurarme estiendo la mano y toco la suave y fina piel de un tierno adolescente exhalando el olor de los perfumes, desnudo y con la cabeza afeitada. Oh! si entonces hubiera tenido un puñal!

Pitia soltó una carcajada.

—¿Qué tiene esto que reir? preguntó Lisias.

—Oh Lisias! esclama Yoesse, ¿es ese el motivo de tu cólera? Era Pitia la que dormia conmigo.

—Por qué se lo dices Yoesse?

—Y por qué he de callárselo, Pitia? Sí, mi querido Lisias, Pitia era. En el enojo de tu ausencia la hice venir cerca de mí.

—Aquella cabeza afeitada era la de Pitia? objetó el incrédulo Lisias. En ese caso su cabellera le ha crecido prodigiosamente.

—Se la hizo afeitar á consecuencia de una enfermedad, contesta Yoesse, y el pelo que lleva no le pertenece. Házselo ver Pitia, acaba de convencer su incredulidad. Hé aquí el adolescente de que estás celoso oh Lisias!»

Las aulétridas entre las cuales el arte y hábito habian singularmente desenvuelto los instintos voluptuosos, no estaban poseidas como las hetarias por la ambicion de la fortuna: no apetecian el dinero sino para gastarlo, y lo ganaban tan fácilmente con sus flautas que no tenian necesidad de sacarlo por medios vergonzosos. Cuando ejecutaban sus músicas y sus danzas en presencia de los convidados de un festin, se enardecian tambien y acaloraban al ruido de los aplausos, sintiendo la reaccion de los deseos que habian comunicado á la concurrencia; pero una vez disipados los vapores del vino y vuelto á su calma todo, entraban por decirlo así, otra vez en posesion de su libre albedrío y rehusaban con frecuencia y cierto orgullo ponerse en venta como las cortesanas. Habria sin duda escepciones, pero en este caso la flautista se estimaba lo bastante para hacerse pagar tanto como la hetaria mas preciada.

Esta carta de Filomena á Criton nos instruye hasta qué punto podia elevarse el precio de los favores de una flautista á la moda.

«Por qué pierdes el tiempo en escribirme? Quiero cincuenta piezas de oro y no mas cartas. Mándamelas, si me amas, y si el demonio de la avaricia y de la mezquindad te posee, no me importunes ya inútilmente.»

Petala, cuya correspondencia con su amante Simalion hemos visto, era una jóven tan positivista, como su compañera Filomena, pero á lo menos tenia el derecho de ser mas exigente, pues Simalion no le daba ni aun para comprar perfumes.

«Y he de contentarme yo con este porte, le escribia, con tono concluyente, pasando los dias y las noches á tu lado, mientras que otro amante tendria sin duda la bondad de proveer á todas mis necesidades y gustos. No hay que llorar ya mas: es preciso que esto acabe. Necesito de toda necesidad, otro amante que me sostenga mejor, pues no quiero morirme de hambre.»

Petala envidia la suerte de la flautista Filotis á quien el rico Menáclides, colma de presentes todos los dias. En cuanto á mí, desgraciada! tengo por lote, no un amante, sino un lloron que cree hacerlo todo enviándome algunas flores, sin duda para adornar la sepultura, á donde me conducirá la prematura muerte, que él me prepara. No sabe decirme mas sino que llora todas las noches.»

Estas flautistas y bailarinas que se alquilaban para los festines y demás alegres reuniones, no tenian ni mucho menos humor melancólico y los lloriqueos por consiguiente no podian ser de su gusto, á menos que no llegaran á sentir un amor verdadero, que entonces eran mas sensibles y tiernas que doncellas y esposas. Siempre tenian la risa en la boca é invitaban á la alegría olvidando penas presentes y temores futuros. Era esto además una de las condiciones de su oficio. Un carácter alegre y libre no las hacia valer menos, que su belleza y su talento; viviendo entre las copas recibian las inspiraciones de Baco y á veces seguian al parecer las lecciones de las Menades. De aquí ese proverbial juego de palabras escapado á un poeta griego. «Siempre se encuentra á Baco á la puerta de Citerea.» Se las acogia con júbilo en las casas á que se las llamaba, y su aparicion era la señal de un entusiasmo ruidoso.

Sin embargo, algunas veces eran maltratadas: cuando eran causa de alguna disputa, entre los convidados, solian estos tirarles las copas á la cabeza, y se veian tambien espuestas á violencias y brutali-

dades, contra las que la ley no las defendia como esclavas ó estranjeras. Coclis encuentra á Partenis llorosa, golpeada, con los vestidos desgarrados y la flauta rota: hé aquí el triste relato que le hace Partenis.

Gorgo la habia llamado á casa de su concubina Crocale que se habia consagrado á Gorgo, rico cultivador de Enoe, despidiendo á Dinómaco soldado hetoliano que no podia pagarla el precio en que ella se estimaba. Gorgo, hombre sencillo, bondadoso y fácil, que deseaba hacia mucho tiempo poseer á Crocale, le envió los dos talentos (unos doce mil francos,) que Dinómaco no podia enviarle.

«Estaban pues á la mesa, á puerta cerrada, refiere Partenis y yo tocaba un aire á estilo livio. Gorgo se levantó entonces para danzar y Crocale aplaudia. Todo iba bien hasta allí; pero muy luego hubo de interrumpir la fiesta un gran ruido de gritos y de golpes: la puerta de la calle cayó á tierra y ocho robustos jóvenes, entre los cuales iba Dinómaco, se precipitaron dentro. Ya todo fué confusion y espanto: las mesas rodaron, Gorgo fué herido. Crocale tuvo la dicha de ponerse en cobro huyendo á casa de su vecina, Tespiade, aunque no impunemente. Entonces Dinómaco, gefe de aquella turba, se vino hácia mí y me golpeó duramente destrozándome la túnica y rompiéndome la flauta.»

Gorgo llevó su querella al tribunal, pero Partenis que no era ciudadana, no hubiera obtenido justicia y tuvo que resignarse con su suerte.

Hemos citado ya algunos sobrenombres de aulétridas entre los motes de las dicteriadas y hetarias: Sinope ó Abismo, Sinoris ó la Linterna eran tocadoras de flauta. Estas flautistas no tenian menos ocasiones que las otras cortesanas de ganar el honor ó la vergüenza de estos apelativos. Pero en general los sobrenombres que la voz pública les daba envolvian mas bien un elogio que un vituperio. Hay que deducir de esto que las aulétridas valian mas que sus rivales en punto de sensualidad? Sisimbrion ó la *Serpolio* exhalaba despues de haber danzado un suave olor que parecia emanacion de una yerba aromática; Piralis ó *el Ave* parecia tener alas en su danza; Parene ó la *Espléndida* merecia sobre todo esta denominacion cuando estaba desnuda; Opora ó el *Otoño* que habia suministrado al poeta Calepsis el asunto y aun el personaje de una comedia, no daba mas frutos que los del amor: Pagis ó la *Liga*

superaba aun su reputacion no dejando ya escapar á los imprudentes que se le acercaban; Talusa ó la *Florida*, brillaba como una flor; Nicostrate ó la *Merluza* se preciaba de ser hermafrodita; Filemacia ó *la Red* se divertia en pescar; Sigea ó *Promontorio* era célebre por los naufragios de las virtudes mas sólidas que habian ocurrido en sus playas.

Ateneo cita aun muchas aulétridas cuyos nombres quedaron grabados en la memoria de los amantes: Euclea, Jonia, Irene, Graminea, Lopodion, Meconide, Hieroclea, Teolita, Trialis, etc.

Los diálogos de Luciano y las cartas de Alcifronte, han inmortalizado algunas otras, y el mismo Plutarco ha consagrado un ardiente recuerdo á Formesion, que murió entre los brazos de un amante, y segun una version mas auténtica en el seno de una querida. Pero los detalles biográficos de estas celebridades de la música y la danza, nos faltan por desgracia. Unicamente se sabe que Nemeade habia tomado su nombre de los juegos Nemeos, por tocar la flauta en ellos en honor de Hércules. Que Filire habia ejercido como simple hetaria antes de hacerse aulétrida; que la famosa Simete, inspiró tanto amor á Alcibiades que éste la robó á los Megarienses rehusando devolverla, lo que fué para Megara un duelo público; y que la jóven Atheia por emplear las espresiones del poeta que la ha celebrado fresca como la flor que le dió el nombre, cesó muy pronto de sacrificar á Vénus; que Nanno querida de Mimnerme mataba á todos sus amantes, sin que estos se quejaran; finalmente se ha recogido en la Antalogía un epígrama griego que nos ofrece la descripcion de un certámen de belleza, en que las heroinas quisieron guardar el anónimo. Este epígrama es como un grito de admiracion que deja escapar el juez, despues de pronunciar su sentencia.

«He juzgado á tres calípigas, que habiéndome hecho ver sus formas desnudas, me tomaron por árbitro. La una tenia las pomas espléndidamente blancas, y en ellas dos hoyuelos como los que se forman en las megillas cuando se rie; la otra estendiendo las piernas hizo ver sobre una piel tan blanca como la nieve, los colores de la rosa; la tercera estando tranquila al parecer escitaba en su delicada piel ligeras undulaciones. Si Paris, el juez de las diosas, hubiera visto estas calípigas, no habria mirado lo que le mostraron Juno, Minerva y Vénus.»

Pero entre todas las aulétridas griegas la mas famosa sin comparacion, es Lamia, á quien amó apasionadamente Demetrio Poliorcetes, rey de Macedonia, 300 años antes de Cristo. Era ateniense é hija de cierto Cleanor, á quien hubo de abandonar en edad temprana para ir á Egipto á tocar la flauta; y la tocaba tan bien, que el rey Tolemeo la tomó á su servicio reteniéndola mucho tiempo en él. Pero en ocasion de un combate naval en que Demetrio dispersó la flota de Tolemeo, cerca de la isla de Chipre, la nave en que iba Lamia, cayó en poder del vencedor, quien al verla se prendó de ella de tal modo, que hubo de preferirla siempre á favoritas mas jóvenes y bellas.

Lamia tenia á la sazon mas de cuarenta años, y como dice Plutarco, no se contentaba solo con tocar la flauta, sino que ejercia el oficio de cortesana. Pero desde el momento en que Demetrio la honrara con su preferencia, rechazó ya todos los amantes.

«Desde aquella noche sagrada, escribe la bella y celebérrima cortesana á su real amante en una admirable carta recogida por Alcifronte, desde aquella noche sagrada hasta el momento actual, nada he hecho que pueda hacerme indigna de tus bondades, bien que tú me hayas dado el poder ilimitado de disponer de mí. Pero mi conducta no tiene ya reproche, pues no me permito ningunas otras relaciones amorosas. Yo no obro contigo como las demás hetarias; yo no te engaño, ¡oh rey! como te engañan. Por Vénus-Artemisa, te juro ¡oh príncipe! que desde aquella época nadie me ha escrito ni dirigido proposiciones, porque todos te temen, aman y respetan como el Invencible.»

Lamia, como ella misma lo dice en su carta, habia conquistado por medio de su flauta á aquel conquistador de reinos.

Demetrio tenia muchas queridas que procuraban suplantarse la una á la otra en el favor del rey: la belleza, la juventud, las gracias, los talentos eran las armas de que se valian en esta guerra á muerte; sino que estas armas eran inútiles contra Lamia. Su edad, que ellas la reprochaban sin cesar en sus sátiras, no se mostraba nunca á los ojos de Demetrio, y los celos de Leena, de Crisis, de Antipira y de Demo se aumentaban en proporcion de esta preferencia. En una cena en que Lamia tocaba la flauta, Demetrio extasiado preguntó á Demo:

—Y bien ¿qué te parece?

—Vieja, contestó la jóven.

Otra vez el rey, que no ocultaba su prediléccion por Lamia, dijo á la misma Demo:

—¿Ves que bello fruto me da Lamia?

—Si quieres pasar la noche con mi madre, contestó ágriamente Demo, mi madre te dará mas bello fruto.

Demetrio se desentendia de estos epígramas y sátiras, y Lamia perdonaba tambien á sus rivales, porque no les temia; pero abrigó sin embargo el mas vivo resentimiento contra Leena, que hizo por su parte todo lo posible para perderla.

Machon que cita Ateneo, añadiendo nuevas obscenidades á las del poeta griego, nos instruye en alguno de los secretos amorosos de aquella vieja flautista. *Ait Demetrium ab incubante Lamia concinne suaviterque subagitatum fuisse.* Pero esta traduccion no tiene la espresion del testo griego. Dice tambien, que entre todos los perfumes que el Asia extraía de las plantas, ninguno era tan agradable al olfato del rey como las impuras emanaciones del cuerpo de Lamia (*cum pudendum manu confricuisset ac digitis contrectasset.*)

Lamia en sus furores amorosos olvidaba que se las habia con un príncipe y lo tenia encadenado y anhelante bajo la dolorosa influencia de sus apasionados mordiscos. Pretêndese que sea este el orígen del sobrenombre *Lamia*, que significaba *larva*, especie de mal espíritu hembra, que, segun antiquísima creencia, chupaba la sangre de las personas dormidas. Los embajadores de Demetrio se permitieron hacer alusion á estos episodios del amor de Lamia, cuando contestaron riendo á Lisimaco que les mostraba las heridas que habia recibido en una terrible lucha con un leon: Nuestro rey podria mostrarte tambien las mordeduras que le ha dado en el cuello una bestia mas terrible que un leon, una *lamia*.

Por lo que hace á Demetrio, no tenia menos furor en sus caricias: Á su regreso de un viaje, corrió á abrazar á su padre y le estrechó entre sus brazos con tanta efusion, que el pobre viejo esclamó: Creeríase que abrazas á Lamia. Decíase en efecto, que Demetrio era amado de sus favoritas, pero que él no amaba mas que á Lamia. Un dia, sin embargo, hubo de preferir á Leena; pero Lamia, echándole el brazo al cuello lo atrajo dulcemente á su aposento, diciéndole al oido: Allá tendrás tambien *leena* cuando quieras. Llamábase así en lenguaje erótico, uno de los misterios mas impúdicos del hetarismo, y á esto

aludia Lamia al pronunciar el nombre de su rival. Así el amor de Demetrio hácia esta vieja encantadora, no conocia límites. Las sátiras se deslizaban sobre este amor á cada paso; pero el rey de Macedonia, aun reconociendo que su Lamia no era jóven, decia que la diosa Vénus era mas vieja, sin ser por eso menos adorada.

Lisímaco, rudo príncipe de Tracia, se burlaba de las voluptuosas costumbres de la córte de Demetrio, á quien habia de combatir y destronar un dia.

—Ese gran rey, decia, no tiene miedo á los espectros ni á las larvas, puesto que duerme con Lamia.

El epígrama llegó á oidos de Demetrio, el cual contestó:

—La córte de Lisímaco se parece á un teatro cómico: en ella solo se ven personajes, cuyos nombres no tienen mas que dos sílabas: Paris, Bites y tantos otros bufones.

Lisímaco hubo de replicar:

—Mi teatro cómico es mas honrado que tu teatro trágico: aquí no hay flautistas ni cortesanas.

—Mi cortesana, reduplicó todavía Demetrio, es mas casta que su Penélope.

Y desde entonces fueron enemigos irreconciliables.

Para cautivar así al rey de Macedonia, Lamia aprovechaba maravillosamente la noche y el dia: por la noche obligaba á su real amante, á reconocer que ella no tenia segunda, y de dia le escribia admirables cartas, lo divertia con sus ingeniosas ocurrencias, lo embriagaba con los sonidos de su flauta, lo lisonjeaba sobre todo.

«Rey poderoso, le escribia, tienes la bondad de permitir á una hetaria la franqueza de escribirte cartas y juzgas que no es indigno de tí consagrar á su lectura un momento, porque tú mismo te has consagrado á mi persona. Príncipe mio, cuando fuera de mi casa, te oigo, te veo ceñido con tu diadema, rodeado de guardias, de embajadores, de ejércitos.... entonces ¡oh! por Vénus-Afrodita, entonces tiemblo, tengo miedo y desvío de tí mis miradas, comó las desvío del sol, por no deslumbrarme: entonces reconozco en tí á Demetrio el vencedor de pueblos. ¡Terrible y guerrero es tu aire! Apenas puedo persuadirme de que no es un sueño. ¡Oh Lamia! me digo, ¿es posible que sea ese el hombre que te ama?

Demetrio habia vencido á los griegos delante de Efeso, y Lamia

celebró esta victoria con su voz y con su flauta. «Los leones de la Grecia vinieron é ser corderos en Efeso.»

El rey Macedon despreciaba á los atenienses á quienes habia vencido, y aborrecia á los espartanos á quienes habia subyugado.

«Los execrables lacedemonios, le escribia Lamia, por parecer verdaderos hombres, no cesaron de vituperar en sus desiertos nuestros espléndidos festines, oponiendo á tu urbanidad la grosería y rudeza de Licurgo.»

Lamia tenia tambien ocurrencias felices que encantaban á su amante. Hablábase una noche, durante la cena, del juicio atribuido á Bocchoris, rey de Egipto. Érase un jóven egipcio que, no teniendo la suma que le exigia la hetaria Tonis, hubo de invocar á los dioses, los cuales le enviaron en sueños lo que aquella cortesana le negara en realidad. Súpolo la bella Tonis y reclamó su paga en juicio ante el tribunal de Bocchoris. El rey oyó á las partes y mandó luego por sentencia al jóven, contar la suma que le reclamaba Tonis y ponerla en un vaso á vista de la cortesana para probarle que la imaginacion era la sombra de la vanidad.

—¿Qué piensas de este juicio? preguntó á Lamia el rey Demetrio.

—Pienso que es injusto, contestó Lamia al instante, porque la sombra de ese dinero no satisfizo el deseo de Tonis, mientras que el sueño dejó completamente satisfecha la pasion de su miserable amante.

Demetrio pagaba como rey, dicho sea en honor de la verdad. Cuando fué dueño de Atenas, exigió de los atenienses una suma de 250 talentos (unos dos millones de nuestra moneda) y ordenó la exaccion de este impuesto con un escesivo rigor, como si hubiera tenido necesidad urgente de esta suma. Luego que estuvo reunida, no sin dificultades por la penuria del país, dijo á su tesorero:

—Que se la entregue íntegramente á Lamia para jabon.

Los atenienses se vengaron de esta odiosa exaccion diciendo chistosamente que Lamia debia tener muy sucio el cuerpo, cuando tanto jabon necesitaba.

Con este y otros obsequios de su régio amante, Lamia llegó á ser riquísima; pero gastaba lo mismo que una princesa. Hizo construir soberbios edificios, entre otros el Pecile de Sicion, cuya descripcion hizo el poeta Polemon.

Dió á Demetrio festines cuya magnificencia superaba todo lo que

la historia refiere de los festines de los reyes de Persia y Babilonia: uno de ellos especialmente costó fabulosas sumas y fué cantado por Polemon.

«Estoy segura, escribe á Demetrio la célebre cortesana, de que el festin que espero dar en honor tuyo en la casa de *Teripidios* por la fiesta de Afrodita, ha de llamar la atencion, no ya solo de Atenas, sino de toda la Grecia.»

Plutarco dice, que esta favorita puso á contribucion á todos los oficiales de Demetrio bajo pretesto de cubrir los gastos de este festin, gastos que puso tambien en cuenta al rey y á los atenienses. Aunque ateniense ella tambien, no respetó la bolsa ni el amor propio de sus compatriotas.

Cuando la muerte la sorprendió en medio de sus orgías, Demetrio Poliorcetes la lloró con verdadero sentimiento, y los atenienses la divinizaron erigiéndole un templo bajo el nombre de Vénus-Lamia.

Indignado de tal bajeza el rey macedon, hubo de decir que no se veria en los infiernos un ateniense de corazon.

—Ya se guardaria de ir allá, contestó la cruel Demo, temiendo encontrar á Lamia.

CAPITULO X.

Las concubinas atenienses.—Su papel en el domicilio conyugal.—Objeto de las cortesanas en la vida civil.—Diferencia entre la hetaria y la mujer pública.—Origen de la palabra hetaria.—Vicisitudes de esta palabra.—Las hetarias de Safo.—Las grandes hetarias.—Las familiares y las filósofas.—Preferencia que los atenienses daban á las cortesanas sobre sus mujeres legítimas.—Retrato de la mujer de bien por el poeta Simonides.—Las nueve clases de mujeres de Simonides.—Las mujeres honradas.—Axioma de Plutarco.—Ley del divorcio.—Alcibiades y su mujer Hiparete ante el arconte.—Ventajas de las hetarias sobre las mujeres honradas.—Influencia de las cortesanas en las letras, las ciencias y las artes. —Influjo saludable de la prostitucion en las costumbres griegas.—Los mancebos.—Los dos retratos de Alcibiades.—La auletrida Drose y el filósofo Aristenetes.—Los filósofos, corruptores de la juventud.—Tais y Aristóteles.—Los placeres ordinarios de las hetarias y los amores estraordinarios de la filosofia.—Giges, rey de Lidia.—Los Tolemeos.—Alejandro Magno y la ateniense Tais.—Casamiento de esta cortesana.—Hombres ilustres, hijos de cortesanas.

«Tenemos, dice Demóstenes en su oracion contra Neera, tenemos cortesanas para el placer, concubinas para el servicio diario; pero esposas para que nos den hijos legítimos y velen fielmente en el interior de la casa.»

Este precioso pasaje del orador ateniense nos inicia en todo el sistema de las costumbres griegas, que toleraban el uso de las concubinas y de las cortesanas á la puerta misma del santuario conyugal. Las concubinas, de cuyo asunto muy pocos datos se encuentran en los escritos griegos, eran esclavas que se compraban ó sirvientas que se tomaban á sueldo y que debian, caso necesario, satisfacer los sentidos de sus amos: en esto no habia amor ni libertinaje; era un simple servicio, aunque de una naturaleza mas delicada por todos los otros.

Así, pues, una mujer legítima no se dignaba ofenderse, ni menos se estrañaba de ver en su propia casa á sus sirvientas ó esclavas, hacer un acto de servidumbre ó de sumision abandonándose á su marido.

Ella misma, reducida á un estado de inferioridad y de obediencia en el matrimonio, no tenia que inmiscuirse en cosas que no le concernian, puesto que de estas relaciones secundarias solo podian nacer hijos bastardos.

Las concubinas hacian, pues, parte esencial del hogar doméstico: sobre todo tenian marcado su papel y en cierto modo autorizado, en caso de enfermedad, parto, y demás indisposiciones de la verdadera esposa. Su existencia corria silenciosa al calor del hogar y envejecian ignoradas en medio de los trabajos mecánicos, bien que hubieran dado hijos á sus amos, hijos que no tenian ningun derecho á la familia y que estaban por su nacimiento desheredados del título de ciudadanos.

Las cortesanas formaban una categoría absolutamente distinta de las concubinas, y sin embargo cumplian un objeto análogo en la economía de la vida civil: eran instrumentos de placer para los maridos casados. Hé aquí como su destino habia sido sancionado por el uso y la costumbre, sino por la ley, y bajo esta denominacion general de cortesanas se comprendian á la vez todas las clases de hetarias, sin excluir las aulétridas y dicteriadas. Pero sin embargo, hacíase distincion entre la mujer pública, propiamente dicha, y la hetaria, de la que Anaxilas hace, por decirlo así, esta definicion en su comedia del *Monotropos*: Una jóven que habla con circunspeccion, otorgando sus favores á los que recurren á ella en sus necesidades naturales, y que ha sido llamada hetaria ó buena amiga á causa de su buena amistad.

El orígen de la palabra hetaria no es dudoso, y se vé en una multitud de pasajes de los autores griegos que esta palabra, de buen sentido al principio, habia venido á tenerlo malo al fin, pasando por las vicisitudes de una aplicacion viciosa. Es un hecho indudable que antes del progreso del hetarismo erótico, las mujeres de condicion libre llamaban hetarias á sus íntimos conocimientos y á sus mejores amigas. La tradicion de la palabra se perpetuó desde Latona y Niobe que se querian como dos *hetarias*, segun la espresion del mitólogo griego. Es verdad que despues Safo calificó de esta manera á sus lesbias. «Cantaré agradables cosas á mis hetarias,» decia en sus poesías. El verdadero sentido de la palabra hetaria, comenzaba á desnaturalizarse. Era aun bastante honesta sin embargo, para que el poeta Antifanes haya podido decir en su *Hidra*. «Este hombre tenia por vecina á

una jóven, y no bien la hubo visto, cuando se enamoró de ella la cual no tenia padre ni tutor. Revelaba además esta jóven la inclinacion mas honrada, verdaderamente *hetaria.*»

Ateneo habla tambien de aquellas que son verdaderamente hetarias, que pueden, dice, garantir una síncera amistad, y que solas entre todas las mujeres, han recibido el nombre de la palabra *amistad*, ó del sobrenombre mismo de Vénus, á quien los atenienses llamaron *Hetaria.* La palabra fué muy luego desviada de su primera acepcion y se la dejó ya en toda propiedad á las mujeres que eran, en efecto, amigas fáciles para todo el mundo.

Sin embargo, todavía hubo frecuentes errores de atribucion, y los gramáticos creyeron acudir á su remedio, modificando la acentuacion de la palabra, con la que el poeta Menandro jugaba así: «Lo que tú has hecho, dice, no es propio de amigas, sino de cortesanas.» Adivínase al punto el camino que ha hecho la palabra original, partiendo de su sonido honesto ó límpio, en cuanto se oye al poeta Efipo en su comedia titulada el Comercio caracterizar en estos términos las caricias de las *buenas amigas.* «Bésalo, no cerrando los labios, sino abriéndolos, á imitacion de los pájaros, y le dá la alegría.»

Estas *buenas amigas*, entre las cuales no colocaremos á las dicteriadas, aulétridas ni hetarias subalternas ó cortesanas vagamundas, ocupaban en Atenas el lugar de preferencia en el gran banquete de la prostitucion. Ellas dominaban ó eclipsaban á las mujeres honradas, tenian clientes ó adoradores, ejercian una influencia permanente en los sucesos políticos, dominando á los hombres que los dirigian, eran en fin como las reinas de la civilizacion ática.

Estas cortesanas pueden dividirse en dos clases distintas que tenian relaciones recíprocas: Las *Familiares* y las *Filósofas.* Estas dos clases, igualmente interesantes y solicitadas, constituian la aristocracia de la prostitucion. Las filósofas á fuerza de agitarse en la sociedad de los sabios y hombres de letras aprendian á imitar su tecnología y á gustar de sus estudios; las familiares, menos instruidas ó pedantes, se recomendaban tambien por su talento ó ingénio, y se servian de él igualmente para encantar á los hombres eminentes que habian atraido por su belleza ó reputacion.

Cada una de estas grandes hetarias tenia su córte y su cortejo de adoradores, de poetas, de artistas y de capitanes; cada una tenia sus

amistades y sus ódios, cada cual su crédito, su influencia, su poder. Los atenienses bajo el ejemplo de Pericles, llegaron á apasionarse de estas sirenas y magas que hicieron mucho mal á las costumbres y mucho bien á las letras y á las artes.

Durante este período puede decirse que no hubo en Grecia otras mujeres, y que las doncellas y matronas permanecieron ocultas en el misterio del gineceo doméstico, mientras que las hetarias se apoderaban del teatro y de la plaza pública. Estas hetarias eran en su mayor parte ciudadanas caducadas, bellezas y talentos cosmopolitas.

La preferencia que los atenienses de distincion daban á estas sobre sus legítimas mujeres, se comprende perfectamente, cuando se comparan unas con otras, cuando se considera el desencanto que acompañaba casi siempre á las relaciones íntimas del marido con su mujer. Lo que hacia el prestigio de una hetaria habria hecho la vergüenza de una mujer casada, y lo que hacia la gloria de esta hubiera hecho la ridiculez de aquella. La una representaba el deleite; la otra el deber, esta pertenecia al interior de la casa; la otra al esterior, á la calle. Las dos permanecieron en los estrechos límites de su papel, sin querer ninguna invadir impropios dominios.

El antiguo poeta Simonides se complació en hacer el retrato de la mujer de bien á quien supone nacida de la abeja.

«Dichoso el mortal, dice, que encuentra por esposa una mujer de bien: solo ella entre las demás mujeres es inaccesible al vicio, y asegura á su marido una existencia larga y tranquila. Envejeciendo con él en la mayor armonía; madre de una familia numerosa, cuyas delicias ella hace, distinguida entre todas las mujeres, de que es ejemplo y honra, jamás se la ve perder el tiempo en vanas conversaciones. La modestia reina en todos sus propósitos, dando esplendor á las gracias que la adornan y que brillan en todas sus ocupaciones.»

Estas ocupaciones consistian en el arreglo de la casa, en labores de aguja, en funciones de esposa, de nodriza ó de madre. Simonides cuenta otras nueve especies de mujeres que supone creadas con los elementos del puerco, de la zorra, del perro, del mono, de la yegua, del gato y del asno. En estas diversas especies, segun aquel grosero satírico, habia que buscar á las hetarias.

«El nombre de una mujer honrada, dice Plutarco, debe estar, como su persona, encerrado en su casa.» Tucidides habia espresado la

misma idea mucho tiempo antes que él. «La mejor mujer es aquella de quien no se dice mal ni bien.» Estas máximas resúmen el género de vida que hacia la matrona ateniense. No se presentaba en los juegos públicos ni en las representaciones teatrales; no salia á la calle sino rara vez, y aun así, vestida y velada honestamente, bajo la multa de mil dracmas, que le imponian entonces los magistrados llamados *ginecomi*, haciendo fijar el decreto en los plátanos del Cerámico. No tenia tampoco ninguna lectura ni instruccion: hablaba mal su lengua y alcanzaba poco ó nada en achaque de política, ni de moda ni de filosofías; y así no inspiraba á su esposo mas que un sentimiento de fria ó tierna estimacion. Un hombre que se hubiera permitido amar á su mujer con pasion de puro amor ó de sensualidad, habria sido criticado por todos, segun el axioma formulado por Plutarco:

«No se puede vivir con una mujer honrada como con una esposa y una hetaria á la vez.» El imperio de la mujer casada acababa á la puerta de su casa, allí donde comenzaba el del marido: no tenia, pues, el derecho de seguirlo ni turbarlo en su vida esterior, entendiéndose que ignoraba lo que pasaba fuera de su vista.

Esto no obstante, en algunas circunstancias y en virtud de una antigua ley caida en desuso, podia querellarse á los magistrados y aun demandar el divorcio, si los escesos del marido le eran insoportables. Así Hiparete, casta esposa de Alcibiades, cuya inconstancia la desolaba en su fidelidad y cariño, viendo que aquel esposo libertino la dejaba por frecuentar estranjeras de mala vida, se retiró á casa de su hermano y demandó el divorcio. Alcibiades no tomó la cosa en sério y declaró que su mujer debia llevar al arconte las piezas del divorcio. Hiparete fué y Alcibiades tambien; sino que en vez de justificarse, tomó tiernamente entre sus brazos á la demandante y así la restituyó al domicilio conyugal.

Por lo comun las matronas dejaban de querellarse por no rebajar su dignidad. El único privilegio de que eran celosas era la legitimidad de los hijos habidos en el matrimonio legal.

Demóstenes conjuraba al Areópago condenase á la cortesana Neera «para que mujeres honradas, decia el orador, no fueran puestas en la misma clase que las mujeres públicas; para que ciudadanos bien criados por sus padres y casados legalmente no se confundieran con una

estranjera, que muchas veces en un dia se entregaban á los hombres de todas las maneras vergonzosas é infames.»

Las hetarias tenian, pues, invencibles ventajas sobre las mujeres casadas: no aparecian, es verdad, sino á distancia en las ceremonias religiosas, no tomaban parte en los sacrificios, no podian saludar públicamente á los ciudadanos; pero ¡cuántas compensaciones no tenian para su vanidad de mujeres! Ellas eran como el adorno indispensable de los juegos solemnes, de los simulacros guerreros, de las representaciones escénicas; ellas solas se paseaban en carros, engalanadas como reinas, brillantes de seda y oro, con la cabeza descubierta y el seno desnudo; ellas componian el selecto auditorio en las sesiones de los tribunales, en los certámenes poéticos, en los palenques literarios, en las reuniones académicas; ellas aplaudian á Fidias, á Apeles, á Praxiteles, á Zeuxis, despues de suministrarles en sí mismas modelos inimitables de belleza; ellas inspiraban á Eurípides, á Sofocles, á Menandro, á Aristófanes, á Eupolis, animándolos á disputarse la palma del teatro.

En las ocasiones mas difíciles, se oian y aun se seguian los consejos de estas mujeres, repetíanse por todas partes con encomio sus buenas ocurrencias, se temia su crítica mordaz y se apetecian sus elogios.

Apesar de sus malas costumbres y del escándalo de su profesion impúdica, sabian dar homenaje á las buenas acciones, á las nobles obras, á los grandes carácteres, á los talentos sublimes, y su aprobacion ó vituperio era por tanto una recompensa ó un castigo, que no se desviaba fácilmente de la verdad y de la justicia. Su encantador ingénio y sus talentos cultivados y floridos creaban en torno de ellas la emulacion de la belleza y aun del bien, difundian las lecciones de buen gusto, perfeccionaban las letras, las ciencias y las artes, iluminándolas con los esplendores del amor. Aquí estaba su fuerza, su poder, su seduccion; y admiradas y queridas, obligaban á sus adoradores á hacerse dignos de ellas.

Eran sin duda la causa de muchos desórdenes, de muchas dilapidaciones, de muchas locuras y escándalos; á veces degradaban ciertas virtudes públicas, abatian los caractéres y depravaban las almas; pero al mismo tiempo daban espansion á generosos pensamientos, á honorables actos de patriotismo y de valor, á brillantes obras de génio, á ricas invenciones de poesía y arte.

Su accion era sobre todo benéfica contra un vicio sórdido y abominable que originario de Creta, se habia propagado por toda la Grecia y hasta el fondo del Asia. El autor del *Voyage d' Anacharsis* dice con razon que las leyes protegian á las cortesanas para corregir escesos mas escandalosos. Las relaciones amistosas de los jóvenes griegos degeneraban ordinariamente, escepto en Esparta, en estravíos infames, que el hábito habia hecho pasar á las costumbres y que indignos filósofos tenian la desvergüenza de acojer y animar. Solon habia ya fundado su famoso dicterion y tasado en un óbolo el servicio público que se hallaba en él, para procurar una distraccion fácil á los gustos disolutos de los atenienses y para hacer una concurrencia moral al vergonzoso desórden del amor antifísico, pero esta concurrencia fué mucho mas activa y poderosa cuando las hetarias se encargaron de establecerla. Ellas mismas hacian sonrojarse á los que se les acercaban, despues de haberse manchado en el inmundo comercio reprobado por la naturaleza y por la dignidad humana, y emplearon todos los artificios de la coquetería, para ser preferidas á los mancebos que servian de auxiliares á la prostitucion mas abominable; pero no siempre obtuvieron la ventaja sobre aquellos afeminados de cabello ondeante, de rostro depilado, de uñas bruñidas, de piés perfumados. Habia perversiones incorregibles, y los libertinos que les rendian homenaje con el mayor entusiasmo, reservaban algo de sus apetitos sensuales para otro culto que el suyo.

La opinion, por desgracia, no venia en auxilio de las amonestaciones y buen ejemplo de las cortesanas, que en vano herian con su reprobacion el asqueroso vicio que toleraba la indulgencia de los hombres.

Todos los dias, lo mismo en Atenas que en Corinto, los traficantes de esclavos traían multitud de mancebas, que no tenian otro mérito que su belleza física. El precio de estas esclavas no hacia sin embargo bajar el de las hetarias; pues se las solia comprar muy caras para darles en la casa el empleo de concubinas sin que la honestidad pública ni el pudor conyugal se indignaran por esta abominacion.

En cuanto á los jóvenes ciudadanos, que, como Alcibiades, escitaban por sus gracias corporales y seductora fisonomía, esas pasiones innobles, en vez de ser humillados, eran al contrario enaltecidos. En los juegos solemnes ocupaban el lugar de preferencia; llevaban ves-

tidos de preciosas telas para llamar la atencion y darse á conocer, y recibian á su paso el ruidoso testimio de la inmoralidad pública.

Estos eran los rivales que las hetarias procuraban constentemente destronar ó destruir; ellos personificaban el triunfo de la corrupcion contra el que las hetarias protestaban sin cesar. Cuando Alcibiades se hizo retratar, por decirlo así, bajo sus dos fases, desnudo y recibiendo la corona en los Juegos Olímpicos, desnudo y vencedor tambien en el regazo de la flautista Nemea, las hetarias de Atenas formaron una liga para desterrar á aquel Adonis, que les causaba tan grande perjuicio.

Á veces se limitaban á combatir á sus adversarios con el desprecio y el ridículo.

En un diálogo de Luciano, la aulétrida Drose ha perdido á su amante Clinias.

—Aristenetes, el mas infame de los filósofos, dice, es quien me lo ha arrebatado.

—¡Cómo! esclama Chelidonia; ese rostro erizado y sombrío, esa barba de cabron, ese hombre que vemos pasar en el Pecile, acompañado siempre de jovencillos!

Drose le refiere entonces que hacía tres dias Aristenetes, que se ha apoderado del inocente, ofrecia elevarlo á la categoría de los dioses, y le hacia leer los *Coloquios* obscenos de los antiguos filósofos.

—En una palabra, dice, tiene sitiado el castillo.

—¡Animo! esclama Chelidonia; ya lo defenderemos. Voy á escribir en el muro del Cerámico este anuncio: *El filósofo Aristenetes es el corruptor de Clinias.*

Las hetarias huian, pues, de los filósofos que corrompian así la juventud, pero buscaban el trato y sociedad de los que profesaban una filosofía menos hostil á las mujeres. Aun estimaban mas á los poetas, á los autores cómicos, porque ellas participaban en cierto modo de sus triunfos.

«¿Qué seria Menandro sin Glicere? escribe esta espiritual hetaria al gran cómico griego. ¿Qué otra mujer te serviria como yo que te preparo las máscaras, que te doy tus vestidos, que sé presentarme á tiempo en la ante escena á iniciar y dirigir oportunamente los aplausos?»

Poetas y autores cómicos, pobres entonces como ahora, allí como

en todas partes, no podian pagar sino en versos los favores que se les otorgaban; pero estos versos añadian á lo menos celebridad á la que los inspiraba, que estaba además segura de escapar á los sarcasmos y sátiras del poeta.

«Te suplico, mi querido Menandro, escribe la misma Glicere, que pongas en la categoría de tus comedias favoritas, aquella en que me haces á mí representar el principal papel, á fin de que si no puedo acompañarte á Egipto, me dé á conocer en la córte Tolemeo y sepa este rey el imperio que yo ejerzo sobre mi amante.»

Esta comedia llevaba el mismo nombre de *Glicere.*

Otras cortesanas quisieron tener tambien sus nombres en títulos de comedias, y vióse á Anaxilas, Eubulo y otros poetas prestarse al capricho de sus queridas.

En cuanto á los filósofos, que no tenian los mismos medios de ilustrar á sus bellas caprichosas y ponerlas en moda, no merecian de ellas tantos miramientos; y si no les celebraban sus gracias, les solian volver la espalda, sobre todo cuando hablaban mucho.

«¿Será escribia Tais á Eutidemo, será por que ignoremos la causa de la formacion de las nubes y la propiedad de los átomos, por lo que nos consideras inferiores á los sofistas? Pero sabe que yo he perdido el tiempo en instruirme en los secretos de la filosofía y que he razonado acaso con tantas autoridades como tu maestro.»

De Aristóteles nada menos osaba Tais burlarse con estas palabras, acusándole de haber tenido una aversion fingida á las mujeres.

«¿Piensas, añade, que hay tanta diferencia entre un sofista y una cortesana? Si la hay, no es sino en los medios que ellos emplean para persuadir, pues el uno y la otra tienen el mismo objeto: recibir.»

Tais queria apostar con Eutidemo á que en una noche daria en tierra con la austeridad ficticia de su filosofía, y aun á que obligaria al mismo Aristóteles á contentarse con placeres *ordinarios.* Las cortesanas andaban siempre en disputas con los filósofos, con los que se reconciliaban para reñir de nuevo. El gran argumento contra la filosofía, parece haber sido sobre todo su indulgencia ó inclinacion á los amores *extraordinarios.*

Si los filósofos no tenian la fuerza de alma suficiente para resistir á los atractivos de una cortesana, no debe estrañarse que los grandes hombres de la Grecia cedieran igualmente á sus seducciones. Cita-

ríanse muy pocos que hayan sido dueños de sí mismos en presencia de todos los encantos de la belleza, de la gracia, de la instruccion, del talento. Hasta los mismos reyes solian poner su diadema á los piés de aquellas dominadoras, á imitacion de Giges, rey de Lidia, que llorando á una cortesana que él creía incomparable, le erigió una pirámide sepulcral, tan alta, que se la veía desde todos los confines de su reino.

Entre los reyes que las cortesanas griegas subyugaron con sus gracias, hemos citado ya á los Tolemeos de Egipto. Alejandro Magno que llevaba consigo á la ateniense Tais, parecia haber legado con su vasto imperio á sus sucesores el gusto de las hetarias griegas y de las flautistas jónias. Algunas de estas favoritas, mas hábiles ó afortunadas que sus concurrentes, lograron casarse honrosamente. Así, despues de la muerte de Alejandro, Tais, á quien el héroe habia divinizado con su amor, hubo de casarse con uno de sus generales, con Tolemeo, que vino á ser rey de Egipto y que tuvo de ella tres hijos. Las hetarias, sin embargo, no eran aptas para dar una numerosa descendencia; comunmente eran estériles.

La historia, empero, menciona muchos hombres ilustres que fueron hijos de cortesanas: Filetario, rey de Pérgamo, era hijo de Boa, flautista paflagonia; el general ateniense Timoteo, lo era de una cortesana tracia; Bion, filósofo, de una hetaria lacedemonia; el gran Temístocles, de Abrotone, dicteriada ínfima, *obolaria*, esto es de á óbolo.

CAPITULO XI.

Las hetarias filósofas.—La prostitucion protegida por la filosofía.—Sistemas filosóficos de la prostitucion.—Prostitucion lesbia.—Prostitucion socrática.—Prostitucion cínica.—Prostitucion epicúrea.—Filosofía amorosa de Megalostrats querida del poeta Alcman.—Safo.—Cleis, su hija.—Safo *mascula*.—Oda sáfica.—Las discípulas de Safo.—Amor desenfrenado de Safo por Faon.—Suicidio de Safo.—El salto de Leucade.—La hetaria filósofa Leena, querida de Armodio y de Aristogiton.—Su valor en los tormentos.—Su muerte heróica.—Los atenienses elevan un monumento á su memoria.—La hetaria filósofa Cleonice.—Asesinato involuntario de Pausanias.—La hetaria filósofa Targelia.—Mision difícil y delicada de que la encargara Jerjes, rey de Persia.—Su casamiento con el rey de Tesalia.—Aspasia.—Su cortejo de hetarias.—Su escuela de retórica en Atenas.—Amor de Pericles hácia esta cortesana filósofa.—Crisila.—Casamiento de Pericles y Aspasia.—Sócrates y Alcibiades amantes de Aspasia.—Diálogo entre Aspasia y Sócrates.—Poder de Aspasia sobre Pericles.—Guerras de Samos y de Megara.—Aspasia y la mujer de Jenofonte.—Aspasia acusada de ateismo por Hermipe.—Pericles ante el areópago.—Desquite de Aspasia.—Muerte de Pericles.—Aspasia se casa con un mercader de granos.—Creencia de los pitagóricos sobre el alma de Aspasia.—La segunda Aspasia.—El cínico Crates.—Pasion invencible de Hiparchia por este filósofo.—Su casamiento.—Cinismo de Hiparchia.—Las hipótesis de esta filósofa.—Discípulos de Diógenes.—Las hetarias pitagóricas.—La matemática Nicarete, querida de Stilpon.—Filenis y Leontium queridas de Epicuro.—Amor apasionado de Epicuro por Leontium.—Carta de esta cortesana á su amiga Lamia.—Su amor por Timarco, discípulo de Epicuro.—Su retrato por el pintor Teodoro.—Sus escritos.—Su hija Danae, concubina de Sofronio, gobernador de Efeso.—Muerte de Danae.—Archeanasse de Colofon, querida de Platon.—Bacchis de Samos, querida de Meneclides.—Loas de las cortesanas por los filósofos y los poetas.

Hay que atribuir sobre todo el orígen y el progreso del hetarismo griego á las cortesanas, que se titulaban *filósofas*, porque seguian las lecciones de los filósofos y satisfacian sus amores. Estas cortesanas pusieron de este modo la prostitucion bajo la égida de la filosofía y todas las mujeres que, por temperamento, por codicia ó por pereza se abandonaban á los desórdenes de una vida impúdica, podian autorizarse con el ejemplo de Safo, de Aspasia y de Leontium.

Hubo sin duda un gran número de hetarias que se distinguieron en las diferentes escuelas de filosofía, pero la historia no ha consagrado mas que diez ó doce nombres que representan solos por espacio de tres siglos el dogma y culto del hetarismo, si puede aplicarse esta palabra al sistema filosófico de la prostitucion. Este sistema nos parece haber tenido cuatro formas ó fases distintas, que llamamos *lesbia*, *socrática*, *cínica y epicúrea.*

Vese por estas denominaciones arbitrarias que Safo, Sócrates, Diógenes y Epicúreo, son los patronos, sino los autores, de las doctrinas, que las hetarias filósofas se encargaban de estender por el dominio de sus atribuciones eróticas. Safo sancionó el amor de las mujeres; Sócrates el amor espiritual; Diógenes el amor groseramente físico, y Epicúreo el amor voluptuoso. Eran, pues, cuatro amores cuya propaganda tomaron, se repartieron las cortesanas de la filosofía y que en seguida hacian prosélitos en mayor ó menor número entre las hetarias familiares, á las cuales pertenecia la direccion suprema de los placeres públicos.

La mas antigua filosofía que ha dejado un recuerdo en la leyenda de las cortesanas griegas, es Megalostrate, de Esparta, que fué querida del poeta Alcman y que filosofaba, poetizaba y hacia el amor 674 años antes de Cristo. Su filosofía era puramente amorosa y puede considerársela como el principio del epicureismo. Alcman, segun el testimonio de Ateneo, era el príncipe de los poetas eróticos, y como fué tambien el mas fogoso acosador de las mujeres (*erga mulieres petulantisimum*, dice la version latina, que no lo dice todo) compréndese bien que haya sido uno de los mayores gastrónomos que la antigüedad ha producido. Pasaba en la mesa los dias y las noches, teniendo recostada á su lado á Megalostrate que repetia en voz unísona el himno de amor que cantaba sin cesar su amante. En un epígrama de este poeta, citado por Plutarco, el alegre Alcman hace observar entre dos libaciones que si se hubiera criado en Sardis, patria de sus mayores, habria venido á ser un pobre sacerdote de Cibeles, mutilado sensiblemente, mientras que, como ciudadano lacedemonio y amante de Megalostrate, era superior á los reyes de Lidia.

Despues de esta bella filosofía, que no impidió que su apasionado Alcman muriera devorado de piojos, hay una especie de laguna en la filosofía erótica. Safo, de Mitilene, inventa el amor lesbio y lo pro-

clama superior al que hasta entonces dieron culto las mujeres. Safo no habia pensado siempre así, pues se casó con un rico isleño de Andros, llamado Cercala, de quien tuvo una hija, que del nombre de su madre, se llamo Cleis; pero habiendo luego quedado viuda, por un desórden de su imaginacion y de sus sentidos, llegó á persuadirse que cada sexo debia concentrarse en sí mismo y consumirse en un amor estéril.

Safo era poeta y filósofa á la vez, y sus poesías y discursos le atrajeron un gran número de partidarios, especialmente entre las mujeres, que escucharon demasiado sus lecciones.

Aunque Platon la haya favorecido con el epiteto de bella, aunque Ateneo haya repetido el epiteto fiándose en la autoridad de Platon, es mas probable que Máximo de Tiro, que nos la pinta negra y pequeña, se conformara con la tradicion mas auténtica. Ovidio no nos la pinta de otro modo, y la erudita Madama Darcier añade al retrato de aquella ilustre lesbia que tenia los ojos escesivamente vivos y brillantes.

Horacio además, atribuyéndole la calificacion de *máscula*, repetida por Ausonio en el mismo sentido, se adhiere á la opinion generalmente recibida que suponia que Safo era hermafrodita, como los hechos al parecer lo probaron.

Sin duda la poetisa Safo, hija de una ilustre familia de Lesbos y propietaria de bienes de fortuna, no se prostituia á precio de oro; pero tenia en su casa una escuela de prostitucion, donde las jóvenes de su gineceo aprendian desde edad muy temprana un empleo extranatural de sus nacientes gracias.

Inútilmente se han querido rehabilitar las costumbres y doctrinas de la célebre lesbia, filósofa y poeta: basta la famosa oda que nos ha quedado en los fragmentos de sus poesías, para demostrar á los mas incrédulos que si Safo no era hermafrodita, era á lo menos tríbade. (*Diversis amoribus est diffamata*, dice Lilio Gregorio Giraldi en uno de sus diálogos, *adeo ut vulgo tribas vocaretur.*)

Esta oda, obra maestra de la pasion histérica, revela perfectamente la abrasadora fiebre, el éxtasis, la turbacion, la languidez, el desórden y aun la última crísis de esa pasion mas delirante, mas desenfrenada que todos los otros amores.

Ignórase el nombre de la predilecta lesbia á quien se dirije la oda

sáfica, que nosotros hemos de traducir en prosa para conservar con mas fidelidad su colorido.

Héla aquí, pues:

¡Feliz quien cerca de tí, por tí sola suspira
quien goza del placer de oirte hablar,
quien merece una de las dulces sonrisas de tus labios:
ni los dioses en su felicidad pueden igualártese.
Así que te veo, siento correr de vena en vena
una sútil flama por todo mi cuerpo;
y en los dulces trasportes en que mi alma se pierde,
no sé encontrar palabras ni voz:
Una confusa nube me turba la vista;
no oigo, caigo en muelle languidez,
y pálida, sin aliento, delirante,
me estremezco, caigo, muero.

Se ha procurado inútilmente hacer á Faon el honor de los sentimientos ó sensaciones que Safo espresa en esta admirable oda, que tanto nos hace sentir la pérdida de sus obras; pero de un estremo á otro la oda se dirige á una persona del sexo femenino. Hay que resignarse á dejarla sin nombre en medio de la escuela de Safo, que tuvo por discípulas ó por amantes ó amadas á Amictene, Atis, Anactoria, Telesila, Cidno, Eunica, Gongile, Anagora, Mnais, Firrina, Cirne, Andromeda, Megara, etc. Cralquiera que fuera la que inspiró la oda sublime, cuya conservacion se debe al retórico Longin, esta oda que ofrece una descripcion tan fiel y tan verdadera de la fiebre sáfica, fué recogida por la ciencia médica de la antigüedad como un monumento diagnóstico de esta afeccion. Bartelhemy en su *Voyage de Anacharsis*, se limita á decir que Safo «amó á sus discípulas con esceso, porque no podia amar de otra manera.» La naturaleza, en efecto, habia indicado en ella el sexo masculino desarrollando el femenino. El amor incestuoso de su hermano Caraxo, la rivalidad que halló en la cortesana egipcia llamada Rodopisa, y el triunfo de esta rival sobre todo, condujeron á Safo (*dicitur*) á la investigacion filosófica de otra manera de amar.

Vivia, pues, en compañía de sus lesbias, olvidando que los hombres protestaban de su escuela, cuando Vénus le envió á Faon para

castigarla. Safo le amó en cuanto le vió, pero no pudiendo obtener correspondencia, se tiró desesperada á la mar desde lo alto de la roca de Leucade, para estinguir con la vida la llama de su invencible pasion.

Por desgracia habia instruido ya demasiado á sus discípulas para que éstas renunciaran á sus primeros amores, y su filosofía, que no era sino la quinta esencia del amor lesbio; no dejó nunca de tener iniciados, particularmente entre las cortesanas. Algunas de ellas por escapar á la seduccion de los hombres que creían amables, se precipitaron tambien desde el *Salto* de Leucade, á fin de curarse de una pasion que Safo miraba como una vergüenza y una servidumbre.

La escuela de Safo, por bien de la especie humana, fué solo una escepcion que no podia prevalecer contra el verdadero amor. La hetaria Leena, la filósofa, que no debe confundirse con la favorita de Demetrio Poliorcetes, no habia sido pervertida por el espíritu de contradiccion de las lesbias y ejercia franca y hasta honorablemente su oficio de cortesana en Atenas: era la amiga ó querida de Armodio y de Aristogiton y con ellos conspiró contra el tirano Pisistrato y su hijo Hipias, 514 años antes de la era moderna. Presa á consecuencia de esto, se la puso en tortura para obligarla á revelar el secreto de conspiracion y los nombres de sus cómplices; pero ella por estar mas segura de su propia fidelidad, se cortó la lengua con los dientes y se la escupió al rostro á sus verdugos. Créese que pereció en los tormentos.

Para honrar su memoria los atenienses le erigieron un monumento de bronce representando una leona sin lengua, que fué colocado á la entrada del templo en la ciudadela de Atenas. No es este el único acto de valor de las cortesanas griegas.

Otra filósofa, Cleonice, hetaria de Bizancio, se habia hecho conocer por su belleza y por varios escritos de moral, y su reputacion la designó á las preferencias de Pausanias, hijo de Cleombrotes, rey de Esparta. Este general mandó que se le enviara esta bella filósofa para distraerle de las fatigas de la guerra. Cleonice llegó de noche al campo y Pausanias estaba ya durmiendo: no quiso ella que se le dispertara, hizo solamente que se apagaran las lámparas que ardian en la tienda, y se adelantó en las tinieblas hácia el lecho del príncipe, que despertándose sobresaltado al ruido de una lámpara que ella echó á

rodar, creyó en la presencia de algun asesino, asió su puñal y se lo hundió en el seno.

Despues de este error fatal, todas las noches veía el fantasma de Cleonice, que le reprochaba este involuntario asesinato: en vano le conjuraba Pausanias se aplacara y le perdonara su error; la sombra le anunció que no se veria libre de su sangrienta aparicion, sino volviendo á Esparta. Á Esparta volvió en efecto, pero para morir de hambre en el templo de Minerva, donde hubo de refugiarse para escapar á la venganza de sus conciudadanos, que le acusaban de traicion (471 años antes de Cristo).

La época de las cortesanas habia comenzado en Grecia en la época en que Cleonice enlazaba las seducciones del amor á las lecciones de filosofía.

Otra filósofa de la misma especie, Targelia de Mileto, fué encargada de una mision tan difícil como delicada, por Jerjes, rey de Persia, que meditaba la conquista de la Grecia: esta hetaria tan notable por su talento é instruccion como por su belleza y gracias, servia de instrumento político á Jerjes y debia ganarle muchas ciudades inspirando amor á los gefes que las defendian: consiguiólo efectivamente en esta primera parte de su galante mision, pues hubo de cautivar sucesivamente catorce de aquellos gefes; pero solo quisieron ser cautivos de ella y de ninguna manera servir al rey de Persia. Éste, penetrando en Grecia por el paso de las Termópilas, se vió obligado á tomar por asalto las ciudades cuya posesion creía Targelia haberle asegurado. Targelia se habia fijado en Larisa, donde el rey de Tesalia hubo de tomarla por esposa, dejando ya de ser hetaria, pero no filósofa.

El alto destino de esta cortesana, escitó la ambicion de otra milesiana, que muy luego la eclipsó en la carrera de las letras y aun de la fortuna. Aspasia, originaria de Mileto, como Targelia, despues de haber sido dicteriada en Megara, se casó con Pericles, ilustre gefe de la república de Atenas.

Aspasia habia venido á esta ciudad hácia la mitad del siglo v de la era moderna, y vino con un brillante cortejo de hetarias que ella misma habia formado y cuyas operaciones hábilmente dirigia. Estas hetarias no eran esclavas estranjeras, aptas solamente para la sensualidad; sino jóvenes griegas de condicion libre, instruidas en la filoso-

fía que profesaba su elocuente maestra, é iniciadas además en todos los misterios de la mas refinada galantería. Aspasia tenia medios de seduccion siempre dispuestos para todas las circunstancias; pero ejercia por medio de sus discípulas la influencia que ella no se dignaba sacar de sus propios recursos. Muy luego abrió escuela pública y se puso á dar lecciones de retórica, siendo sus discípulos ó admiradores los ciudadanos mas notables.

Pericles, que se habia enamorado de la filósofa, atrajo á la escuela no solo á los generales, oradores, poetas y demás hombes eminentes de la república, sino tambien á las mujeres é hijas de los ciudadanos, que por su amor á la retórica eran indulgentes con lo demás. Iban allí estas mujeres «por oirla hablar», dice Plutarco en la sencilla traduccion de Santiago Aymot, limosnero de Cárlos IX y obispo de Auxerre, «bien que no hiciera una vida honesta, pues tenia en su misma casa jóvenes deshonestas que hacian comercio con su cuerpo.» Por esto acabó de cautivar Aspasia á Pericles, quien la amaba con pasion y que no era indiferente á los incentivos de libertinaje que le preparaba.

Aspasia se presentaba en todas partes, en el tribunal, en el liceo, en el teatro, en los paseos, como una reina rodeada de su córte, se habia creado además otro imperio mas raro y menos pesado de llevar que todos los otros: ella sola daba el tono á la moda; ella sola dictaba las leyes á los atenienses de ambos sexos en todo lo que concernia al vestido, al lenguaje, á las opiniones, aun á las costumbres, pues hubo de poner en honor el hetarismo quitándole, por decirlo así, su mancha original. Vióse entonces á las jóvenes griegas, aun de alta calidad, descender de la clase de ciudadanas, á la de cortesanas, proclamándose filósofas á ejemplo de Aspasia.

Antes de conocer á esta cortesana célebre, Pericles se habia unido en casamiento legal con Crisila, hija de Teleo de Corinto; pero luego que conoció á la filósofa, á quien llamaban en las tabernas de Atenas la *dicteriada de Megara*, solo pensó en romper los vínculos que le unian con su mujer lejítima. Llegó al fin á persuadirla á consentir en el divorcio, y consumado éste, se casó en segundas nupcias con la famosa cortesana.

Pericles era por demás apasionado, pero no era celoso, y dejaba á Aspasia frecuentar el trato de Sócrates y Alcibiades, que la ha-

bian poseido antes que él. «Jamás iba al Senado, dice Plutarco, ni volvia jamás de él, sin dar un beso á su Aspasia.» Los comentadores no se han dignado ocuparse de estos besos cotidianos de ida y vuelta suponiéndoles tan tiernos como Pericles era capaz de darlos. Luego quedaba sola Aspasia con Alcibiades y Sócrates, y consta que no se consagraba esclusivamente á la filosofía, durante esta ausencia de su esposo. La conversacion rodaba entre nuestos filósofos sobre asuntos eróticos, y siente uno saber que aquella mujer encantadora permitia, mas aun, animaba á los dos filósofos á los desórdenes mas repugnantes.

Platon nos ha conservado un fragmento de diálogo entre Aspasia y Sócrates, cuya traduccion nos prohibe la decencia.

Nunca manifestó mejor Aspasia su poder é influencia sobre el ánimo de Pericles que comprometiéndole á hacer la guerra á los Samios y Megarenses. En estas dos guerras, Aspasia acompañó á su esposo sin separarse de su cortejo de hetarias. La guerra de Samos solo fué para ella un recuerdo de interés, respecto de su ciudad natal. Aspasia no queria que los Samios que estaban á la sazon en guerra con los Milesios, se apoderasen de Mileto; prometió socorro á sus compatriotas y les cumplió su palabra. En cuanto á la guerra de Megara, su causa fué menos honrosa. Habiendo oido Alcibiades celebrar los encantos de Simeta, cortesana de Megara, fué á esta ciudad con algunos otros libertinos, y robó la cortesana, diciendo que obraba por encargo de Pericles. Los megarenses usaron de represalias y robaron á su vez dos hetarias de la casa de Aspasia. Esta se quejó amargamente y hé aquí ya la guerra declarada.

La guerra de Megara fué el principio de la del Peloponeso. Por sí y con el amable concurso de sus hetarias, Aspasia relajaba el valor de los capitanes del ejército, especialmente en el sitio de Samos, donde estas cortesanas obtuvieron tantos beneficios, que dieron gracias á Vénus erigiéndole un templo á las puertas de esta ciudad, que no resistió, sin embargo, mucho tiempo al ejército de Pericles. Esta doble guerra que por gloriosa que fuera costó mucha sangre y dinero, hubo de aumentar el número de los enemigos de Aspasia, y su encarnizamiento tambien. Las mujeres honradas, se irritaban justamente viéndose postergadas á las cortesanas que sabian agradar mejor que ellas, y acusaban á Aspasia y á sus compañeras de pervertir á los hombres y per-

judicar gravemente el amor legítimo. Aspasia acertó á encontrar á la mujer de Jenofonte, que se querellaba mas alto que todas y deteniéndola por el brazo le dijo sonriendo:

—Si el oro de tu vecina fuera mejor que el tuyo ¿cuál estimarias mas, el tuyo ó el de ella?

—El suyo, contestó sonrojándose aquella virtud austera.

—Si sus vestidos y joyas fueran mas ricos que los tuyos, continuó Aspasia, ¿estimarias mas los de ella que los tuyos?

—Sí, contestó ésta sin vacilar.

—Pero si su marido fuera mejor que el tuyo ¿no lo prefirirías tambien?

La mujer de Jenofonte se envolvió en su manto y se retiró sin contestar.

Sin embargo, las enemistades de Aspasia aumentaban cada dia en número y en intencion. Los poetas cómicos, pagados ó seducidos la insultaban en el teatro llamándola *nueva Onfale*, *nueva Dejamira*, para espresar así el daño que hacia á Pericles. Cratino llegó á decirle *concubina impúdica y desvergonzada*, y Hermipes, otro de ellos, la acusó entonces de ateísmo ante el Areópago, añadiendo, dice el Plutarco de Aymot, que servia de tercera á Pericles recibiendo en su casa hijas del pueblo de que éste abusaba.

La acusacion siguió sus trámites y Aspasia compareció ante el Areópago, donde inevitablemente hubiera sido condenada á muerte, á no haber ido el mismo Pericles á defenderla. No pronunció empero, ninguna oracion, tomándola solo en sus brazos y cubriéndola de besos, sin hallar en su defensa mas que lágrimas; pero estas lágrimas tuvieron una elocuencia salvadora; la acusada fué absuelta por la muda defensa de Pericles.

La misma acusacion envolvió á sus amigos el filósofo Anoxágoras y el escultor Fidias, sin que Pericles pudiera librarles del destino á que fueron condenados, á pesar de las lágrimas de Aspasia.

Muerto Pericles, Aspasia no fué tampoco fiel á la memoria del gran hombre que la habia rehabilitado, y le dió por sucesor un grosero mercader de granos llamado Lisicles, á quien tuvo ella que pulir y perfumar. Esto no obstante siguió profesando el hetarismo, como la filosofía y la retórica, muriendo hácia fines del siglo v antes de Cristo.

Era creencia de los pitagóricos que el alma de Aspasia habia sido la de Pitágoras, pasando luego de su bello cuerpo al del cínico Crates. Su nombre habia resonado hasta en el fondo del Asia y la querida de Ciro el jóven, gobernador del Asia-Menor, quiso llamarse tambien Aspasia en memoria de la célebre filósofa á quien procuraba imitar. Esta segunda Aspasia, no menos notable por su belleza y talento, heredó la celebridad de su homónima y compartió alternativamente el lecho de dos reyes de Persia, Artajerjes y Dario. Era natural de Focea, y antes de tomar el sobrenombre de Aspasia, habia llevado el de *Milto*, es decir *Vermellon*, á causa del color de su espléndida y fresca tez.

Puesto que Aspasia, la primera, habia venido á ser por gracia de la metensicosis el feo y asqueroso Crates, se estrañará menos la preferencia que la filósofa Hiparquia daba á este cínico, que vivia como un perro, 350 años antes de Cristo. Hiparquia pertenecia á una buena familia de Atenas, no era fea y tenia gran inteligencia y mucha instruccion; pero así que oyó á Crates discurrir sobre los arcanos de la filósofia cínica, se enamoró perdidamente de él y no temió declarar á sus padres que se consagraba resueltamente á Crates. Sus padres la encerraron en vano, pues ella no hizo mas que suspirar por Crates. Toda su familia fué entonces á suplicar al filósofo tuviera la generosidad de curar á la obstinada, y él lo prometió asi de buena fé. Al propósito tuvo una entrevista con Hiparquia, donde agotó los recursos todos de su elocuencia; y cuando vió que sus razones y consejos no tenian la menor eficacia cerca de aquella insensata filósofa, exhibió ante ella su pobreza y aun su deformidad, pues era jorobado, quitándose el manto y dejando caer su baston y sus alforjas.

«Hé aquí el esposo que tendrás, le dijo, con la buena fé prometida y los únicos muebles que encontrarás en mi casa. Piénsalo bien; y piensa, despues de todo, que no puedes ser mi esposa sin aceptar la vida que prescribe nuestra secta.»

La filósofa y enamorada Hiparquia le contestó que estaba dispuesta á todo y que habia hecho sus reflexiones. Crates hizo tambien las suyas al punto, y en presencia del pueblo, que se habia reunido á la noticia, celebró sus bodas en el Pecile.

Desde aquel dia Hiparquia siguió todos los pasos de Crates rodando con él por todas partes, hasta en los festines, contra la costumbre

de las mujeres casadas, «y pagándole sin cosa de escrúpulo en las calles el débito conyugal,» segun la espresion de Bayle: tal era una de las prescripciones de la filosofía cínica. San Agustin en su *Ciudad de Dios*, pone en duda esta deshonesta circunstancia diciendo: (y nos servimos de la traduccion del venerable Lamothe Levayer, preceptos del hermano de Luis XIII) «que no puede creer que Diógenes ni los de su familia, que tuvieron fama de hacerlo todo en público, tuvieran sin embargo, en esto un verdadero deleite ó sensualidad, imaginándose que no hacian mas que imitar, bajo el manto cínico, los movimientos de los que gozan, para imponer así á la vista de los espectadores.» Sea lo que quiera, las bodas de Crates é Hiparquia se inmortalizaron por las cinogamias que los cínicos de Atenas celebraban del mismo modo bajo el pórtico del Pecile.

Hiparquia era mas cínica aun que su Crates y nada tenia la eficacia bastante para hacerle sonrojarse. Un dia en una comida hubo de proponer un sofisma que resolvió el ateo Teodoro, levantándole las faldas, segun la espresion un tanto arriesgada de que se sirve Menage para traducir á Diógenes-Laerce. Hiparquia no se movió y lo dejó resolver. ¿Qué prueba eso? le dijo viendo que se detenia.

No parece que la filosofía de Diógenes tuviera el mayor prestigio entre las cortesanas pues segun los enérgicos términos de un poeta griego «no hizo bajar el precio de los perfumes.» Hiparquia, sin embargo, tuvo discípulas, que seguian su infame ejemplo haciendo sonrojarse á las mismas dicteriadas.

Esta cínica compuso muchas obras de filosofía, y poesía, entre otras, epístolas, tragedias y un tratado sobre las hipótesis, lo que hizo decir á una hetaria. «Todo lo de esa filosofía, hasta el amor, es hipótesis.» En el griego hay un juego de palabras muy libre que puede hacer comprender mejor la etimología.

Como cortesana, Hiparquia no tuvo prestigio fuera del mundo cínico, pues el retrato que el filósofo Aristipes nos ha dejado de los discípulos de Diógenes, dá de las mujeres de esta secta una idea muy desfavorable. «¿No hay razon, dice el filósofo, para burlarse de estos hombres que tienen vanidad en la prefusion de sus barbas, en su nudoso baston y en su haraposo manto, bajo el cual ocultan la mas asquerosa suciedad y toda la miseria que pueda vivir en ella? ¿Qué se dirá de tus uñas que se asemejan á las garras de un animal feroz?»

Los pitagóricos, á pesar de los preceptos de Sócrates, iban mas limpios y mejor vestidos. Las hetarias que se consagraban á estos filósofos, á quienes prestaban una ayuda decidida, no tenian nada de repugnante en su esterior, y apesar de sus ocupaciones filosóficas tenian tiempo suficiente para cuidar de las cosas materiales. Estas hetarias no repugnaban tampoco el lujo, principalmente las hetarias de Epicuro. Antes de él, Estilpon, filósofo de Megara, que vivió á mediados del siglo cuarto antes de Cristo, habia introducido tambien las hetarias en la secta de los estóicos, aunque esta secta considerara la virtud como el primero de los bienes. Estilpon comenzó por ser libertino y siempre tuvo algo de esto, aun recomendando á sus discípulos poner freno á sus pasiones: el fondo de su doctrina era la apatía y la inmovilidad.

Nicarete, su querida, que no debe confundirse con otra cortesana homónima; madre de la célebre Neera, protestaba contra tal doctrina y distribuia su tiempo entre las matemáticas y el amor.

Hija de padres honrados, que le dieron muy buena educacion, hubo de apasionarse tanto de los problemas geométricos, que no rehusaba sus favores á cualquiera que le propusiera una solucion algebraica. Estilpon solo le enseñó la dialéctica; pero otros le enseñaron las propiedades de las dimensiones, que son objeto de las matemáticas. Estilpon se embriagaba con frecuencia y se dormia; los otros estaban siempre despiertos. Una secta filosófica que tenia hetarias por secuaces, no dejaba nunca de estar en boga. Si la matemática Nicarete prestó multiplicados servicios á los estóicos, Filenis y Leontium no fueron menos útiles á los epicúreos.

Filenis discípula y querida de Epicuro, escribió un tratado sobre física. Era de Leucade esta célebre filósofa y hetaria, pero no dió el salto mortal, pues no tuvo nunca que quejarse de la frialdad de sus amantes, teniendo á su disposicion la juventud de Epicuro. Leontium solo conoció á este filósofo en su vejez, sin que por eso dejara de amarla, y de tal modo que se veía muy embarazada para volverle amor por amor. «Triunfo, reina mia, le decia en contestacion á una de sus cartas. ¡De qué placer me siento penetrado á la lectura de tu bella epístola!» Diógenes Laerce no ha citado, por desgracia, mas que este brevísimo proemio de correspondencia epistolar. En cuanto á las cartas de Leontium, solo se conserva una, dirigida á su amiga Lamia, y puede

inferirse en su virtud que el viejo Epicuro tenia mas de un rival triunfante. Sus sospechas y celos estaban pues muy justificados: Leontium admiraba al filósofo; pero aborrecia al viejo.

«Pongo á Vénus por testigo, escribe á Lamia: si Adonis pudiera descender aquí abajo y viniera con ochenta años encima y los achaques propios de la edad, y vestidos súcios y apestosos, y la miseria propia de la suciedad, como mi Epicuro, el mismo Adonis me pareceria insostenible.»

. Epicuro está celoso con razon de uno de sus discípulos, Timarco, jóven cefisio á quien prefiere Leontium justamente.

«Timarco, añade, es quien primero me ha iniciado en los misterios del amor; vivia cerca de mí y creo que él mereció las primicias de mis favores. Desde entonces no ha cesado de colmarme de agasafos: joyas, túnicas, dinero, esclavas, todo me lo ha prodigado.»

Epicuro no es menos generoso, pero no es tan amable y cien veces mas celoso; pues si Timarco sufre sin quejarse la rivalidad de su maestro, éste no puede perdonarle el ser jóven, bello y amado. El viejo, pues encarga á sus discípulos Hermaco, Metrodoro y Polienos, vigilar á los dos amantes é impedir que se reunan.

«¿Qué has hecho, Epicuro? pregunta Leontium, procurando tranquilizarlo. Tú mismo te has puesto en ridículo; tus celos vendrán á ser el tema de las conversaciones públicas y de las burlas del teatro y hasta los sofistas se reirán de tí.»

Pero el viejo no quiere oir razones y exige que Leontium no ame á nadie sino á él.

«Juro por Diana, esclama entonces Leontium perdiendo ya la paciencia, juro por Diana que si todo Atenas estuviera llena de Epicuros ó de hombres semejantes á Epicuro, todos enamorados de mí, no los estimaria á todos juntos tanto como á la menor parte del cuerpo de Timarco.»

Leontium pide luego á Lamia un asilo donde ponerse al abrigo de los furores y ternuras de Epicuro.

Por lo demás, no se privaba de distracciones, pues tenia al mismo tiempo otro amante, el poeta Hermesianax, que compuso en honor suyo una historia de los poetas enamorados, donde figuraba Leontium en primer lugar. Pero esta cortesana se ocupaba mas de filosofía que de poesía, y así que nunca se hallaba mejor que en los deliciosos jar-

dines de Epicuro, donde se prostituia públicamente con todos los discípulos de su honorable amante y maestro, al que otorgaba tambien sus favores delante de sus discípulos, segun el testimonio de Ateneo de quien tomamos estos detalles.

Despues de esto, se encuentra uno embarazado para adivinar la manera como el pintor Teodoro representa á Leontium en actitud cogitabunda: *Leontium epicuri cogitantem*, dice Plinio, que hace el elogio de este célebre retrato. Ella no se limitaba á hablar sobre la doctrina de Epicuro y escribia obras notables por la elegancia del estilo: la que redactó contra el sábio Teofrastes hacia la admiracion de Ciceron, que sentia hallar tanto aticismo procedente de un orígen tan impuro. Preténdese que la doctrina epicúrea hubo de hacerla madre, y que su hija Dánae, que ella atribuía á Epicuro, nació bajo los plátanos del jardin de este filósofo, el cual á pesar de sus años tenia todo el ardor amoroso de la juventud. Diógenes Laerce cita esta carta suya, comparable á la ardiente oda de Safo.

«Yo mismo me consumo; apenas puedo resistir al fuego que me devora; espero con impaciencia el momento en que vengas á traerme una felicidad digna de los dioses.»

Por desgracia, esta apasionada epístola no está dirigida á Leontium, sino á Pitocles uno de sus discípulos. No obstante Pitocles y Leontium, se ha pretendido hacer de Epicuro el mas casto y virtuoso de los filósofos. Leontium sobrevivió sin duda al padre del epicurismo, y florecia aun hácia la mitad del siglo tercero antes de la era moderna.

Su hija Dánae no murió como cortesana, bien que como tal hubiera vivido. En sus vicisitudes vino á ser la concubina de Sofronio, gobernador de Efeso, quien no le impidió siguiera cultivando la filosofía epicúrea. Sofronio la amaba con delirio, sin que Laodicea, su mujer legal, tuviera celos de ella, antes bien la hizo su amiga y confidenta. Un dia hubo de confiarle el secreto de haber pagado asesinos para que libraran á las dos á la vez del esposo y del amante. Dánae corrió á avisar el peligro á Sofronio, quien apenas tuvo tiempo de huir á Corinto. Furiosa Laodicea al ver en salvo su víctima, convirtió toda su ira contra Dánae y ordenó que fuera precipitada desde lo alto de una roca, y Dánae midiendo con la vista el precipicio á que se la iba á empujar, esclamó amargamente:

«¡Oh dioses! con razon se niega vuestra existencia. ¡Yo muero tan desastrosamente por haber querido salvar la vida del hombre á quien amaba, y Laodicea, la infame Laodicea que queria asesinar á su esposo, vivirá rodeada de gloria y de honores!»

Tales fueron las principales filósofas que ilustraron el hetarismo griego dando un prestigio de ciencia, un atractivo de talento, una razon de ser, digámoslo así, á la prostitucion. Ellas se elevaron á la categoría de maestras de la filosofía por la palabra y por el estilo; su gloria eclipsó el nombre de infinitas cortesanas, que frecuentando el trato de poetas y filósofos, no venian á serlo todas ellas. Platon tuvo á Archenase de Colofon; Menéclides á Bacchis de Samos; Sofocles á Arquipa; Antágoras á Bedion, etc.; pero estas hetarias se contentaron con brillar en las cosas de su profesion sin procurar apropiarse el génio de sus amantes, como Prometeo el fuego sagrado. De todos modos, poetas y filósofos cantaron las alabanzas de las cortesanas, contribuyendo así á la celebridad de las que pertenecen á la historia.

CAPITULO XII.

Las familiares de los hombres ilustres de Grecia.—Amor de Platon á la vieja Archeanase.—Epígrama que hizo sobre las arrugas de esta vieja hetaria.—La Hipica Plangona.—Pamfila.—Su singular ofrenda á Vénus.—Su academia de equitacion.—Vénus Hippolitia.—Rivalidad de Plangona y de Bacchis.—Procles de Colofon.—Generosidad de Bacchis.—El collar de las dos amigas.—Arquipa y Teoris, queridas de Sofocles.—Himno de Sofocles á Vénus.—Teoris condenada á muerte por acusacion de Demóstenes.—Aristófanes rival de Sofocles.—Teodota, don de Dios.—Sócrates, sabio consejero de los amores.—Desdenes de Arquipa á Aristófanes.—Venganza de Aristófanes.—Las Nubadas.—Muerte de Sócrates.—Lamia y Glicere, queridas de Menandro.—Carta de Glicere á Bacchis.—Amor sincero de Menandro.—Comedias en honor de las cortesanas.—El poeta Antagoras y la ávida Bedion.—Lágida ó la Negra y el retórico Céfalo.—Coride y Aristofonte.—Fila concubina de Hipérides.—Las queridas de éste.—Eutias acusador de Frine.—Isócrates y Lagisca.—Herpiles y Aristóteles.—La esclava Nicerate y el retórico Estéfanes.—La impúdica Neera.—Nais ú Oia.—La hetaria Bacchis.—Esfuerzos de esta cortesana por salvar á su compañera Friné de la acusacion de Eutias.—Sentimiento que causó su muerte.—Desesperacion de Hipérides su amante.—La buena Bacchis.—Honradas costumbres de la cortesana Pitias.—Ejemplo de ternura dado por la cortesana Teodeta á la muerte de Alcibiades su amante.—La hetaria Medontis de Abidos.—Las cuadrigas de Temístocles.—La vieja cortesana Temistonoe.—Caprichos de Nico, llamada la Cabra.—Epígramas de Mania, llamada la Abeja.

Casi todos los grandes hombres de la Grecia se uncieron como Pericles al carro de las cortesanas: cada orador, cada poeta tuvo su familiar; pero aunque las hetarias que se abandonaban así á las letras y á la elocuencia, no tuvieran por móvil de interés mas que el amor á la celebridad, se engañaron con frecuencia en su esperanza, pues sus amantes no las celebraron sino en obras que sobrevivian poco á las circunstancias, ó que á lo menos no han llegado hasta nosotros. Muy pocos detalles quedan de estas hetarias, que nos recomiendan bastante los ilustres nombres de sus adoradores, pero que acaso descuidaron ellas recomendarse á sí mismas por sus gracias y talentos. Parece

que los hombres eminentes que no se sonrojaban de amarlas y de arrastrarse á sus piés públicamente, temian comprometerse en la posteridad haciéndose trompetas de la prostitucion y de los vicios que de ella emanan.

Es muy posible tambien que las cortesanas escogidas por los maestros de la literatura griega, no tuvieran otro mérito que el honor de esta eleccion y su belleza material. No es de hoy eso de dar la preferencia á las bellas estátuas y de preocuparse menos de los sentimientos que de las sensaciones: ahora bien, entre los griegos, como ya lo hemos dicho, la mujer era sobre todo notable por la perfeccion de sus formas, y su cuerpo armonioso tenia solo mas seducciones mudas que todas las que el espíritu y el corazon hubieran podido poner en su voz y en su conversacion. Concluiremos de esto que las amantes de los poetas, de los oradores, de los sábios, no eran sino bellas y voluptuosas.

Platon, sin embargo, descendió de la filosofía hasta á componer versos sobre las arrugas de su Archeanase, á quien no amaba menos por arrugada que estuviera. Este epígrama, intraducible á nuestra lengua, versa sobre la analogía de consonancia que presentan las palábras *arruga* y *hoguera*, en latin *ruga* y *rogum*.

«Archease hetaria colofonia, es ahora mia, ella que oculta en sus *arrugas* un amor triunfante. ¡Ah! desgraciados los que mi hetaria enamoró en su ardiente juventud! desde entonces ardeis en su *hoguera*.»

Atribúyense al poeta Asclepiades estos versos que llevan el nombre de Platon, y que Fontenelle ha disfrazado de este modo en una galante imitacion, que dista mucho sin embargo del original griego:

L' aimable Archeanase á mérité ma foi;
Elle a des rides, mais je voi
une troupe d' Amours se jouer dans ses rides.
Vous qui putes la voir avant que ses appas
eussent du cours des ans reçu ces petits vides,
ah! que ne souffrites-vous pas.

El epígrama de Platon ó de Asclepiades podria entenderse de cien maneras mas y traducirse de otras ciento. Mejor comprendemos otro cuyo autor no se nombra, y que fué compuesto para otra cortesana de

Mileto llamada Plangona en Grecia y Panfila en Jonia. Esta Plangona, cuya belleza no tenia rival, se atrajo los amantes de sus dos amigas Filenis y Bacchis; satisfecha luego de su doble triunfo, ofreció á Vénus una fusta y una brida con esta inscripcion alegórica:

Plangona dedica esta fusta y estas brillantes riendas y las pone sobre la puerta de su academia, donde se enseña tambien á montar á caballo, despues de haber vencido con un solo corcel á la guerrera Filenis, aunque comenzaba ya á dar la vuelta. ¡Oh amable Vénus! concede á Plangona el favor de llevar su triunfo á la inmortalidad.»

En estos versos compara el poeta la carrera amorosa al estadio en que se celebraban las carreras de los carros: Plangona se servia tan hábilmente del látigo y de la brida, que llegó á la meta antes que Filenis, la cual la habia ya rebasado, sin embargo, y se creía ya segura de la ventaja; en cuanto al corcel que la amazona montaba en esta lucha memorable, quizás fuera el mismo poeta.

Si Plangona esta vez obtuvo el premio de la carrera, despues no hubo de ser tan afortunada. Luciano refiere que un dia se encontró despojada por su amante, que de caballo se habia convertido en caballerizo y vuelto el látigo y la brida contra ella. «Un solo ginete le costó la vida,» dice Luciano aludiendo á la inscripcion de la ofrenda á Vénus. Nosotros supondremos de buena voluntad que á esta ofrenda acompañaba alguna estatuita representando á la cortesana bajo los rasgos de la diosa á quien invocaba en su academia de equitacion, porque su nombre quedó luego á las muñecas ó imájenes de cera que se vendian en las puertas de los templos de Vénus, y principalmente en Trecena, donde se adoraba á Vénus bajo el título de *Hippolitia.*

Plangona fué menos célebre por sus costumbres hípicas que por su rivalidad con Bacchis. Esta bella hetaria de Samos, la mas afable y buena de las cortesanas, tenia por amante á Procles de Colofon, el cual encontrando á aquella hubo de olvidar á esta; pero Plangona sabiendo quien era su rival, no quiso escuchar desde luego las tiernas súplicas de Procles, quien le ofrecia sacrificarlo todo por ella, hasta la misma Bacchis.

—Pídeme una prueba de mi amor, decia el apasionado Procles, y te daré esa prueba, aunque me cueste la vida.

—Bien, contestó Plangona riendo; te pido el collar de Bacchis.»

Este collar de perlas no tenia igual en el munno: las reinas de

Asia se lo envidiaban á la cortesana, que lo llevaba de dia y de noche. Procles desesperado fué á buscar á Bacchis, le confesó llorando que se moria de amor y que Plangona no le habia dejado esperanza ninguna, á menos que no le llevara su riquísimo collar. Bacchis se despojó de él en silencio poniéndolo en manos de Procles, quien vaciló un momento en presencia de tan inaudita bondad; pero su pasion lo cegaba y huyó como un ladron con el collar.

«Te devuelvo, oh Bacchis, tu collar, le escribia luego Plangona admirando su generosidad: mañana te devolveré á tu amante.»

Ambas cortesanas concibieron grande estimacion la una hácia la otra y se ligaron en amistad tan íntima, que usaron en comun el collar y aun el amante. Cuando se veía á Procles entre sus dos queridas solia decirse: «Hé aquí el collar de las dos amigas.»

Volvamos á las de los grandes hombres.

Sófocles, el viejo Sófocles, tuvo dos, Arquipa y Teoris. Esta era sacerdotisa en los misterios de Vénus y Neptuno, y pasaba tambien por maga, porque componia filtros. Habia desdeñado el amor del gran Demóstenes por halagar el orgullo de Sófocles, que dirigió á Vénus este himno.

«¡Oh diosa! escucha mi ruego. Vuelve á Teoris insensible á las caricias de esa juventud que tú patrocinas; pon algun encanto en mí blanca cabellera; ház que Teoris prefiera á un viejo. Las fuerzas del viejo están ya agotadas, pero su corazon concibe aun deseos.»

Demóstenes, para vengarse de los desdenes de esta bella sacerdotisa, la acusó de haber aconsejado á las esclavas engañar á sus amos y fué condenada á muerte. Sófocles no parece haber tomado la defensa de la infeliz Teoris; quizás amaba ya á Arquipa, que abandonó por él al jóven Smícrines. «Es una *Lechuza*, dijo éste; sólo está á gusto en las tumbas.» Pero aquella tumba guardaba un tesoro, pues Sófocles que murió centenario dejó todos sus bienes á la amable y bella *Lechuza*.

Las cortesanas no tenian menos imperio sobre la tragedia que sobre la comedia. Aristófanes fué el rival de Sócrates, y tuvo una pasion malhadada por la querida de este filósofo, que se sobrenombraba Teodota, es decir *Don de-Dios*. Esta divina hetaria habia recibido lecciones de Sócrates, que se llamaba á sí mismo el *sábio consejero de los amores*; se habia enamorado de aquella nariz romana y de aquella frente

calva, y le suplicó le diera el lugar mas humilde entre sus amantes y discípulas.

—Préstame, pues, un filtro de que yo pueda servirme, le dijo suspirando, para atraerte á mí.

—Yo no quiero, le contestó Sócrates, ser atraído por tí, sino al contrario, que tú vengas á mí.

—Iré con mucho gusto, si consientes en recibirme.

—Te recibiré, si no hay á mi lado una persona, á quien yo ame mas que á tí.

Teodota escogió bien la oportunidad: Sócrates estaba solo.

El filósofo continuó dándole escelentes consejos para arreglar su conducta de cortesana y para conservar mucho tiempo sus amantes, teniéndoles siempre apasionados. En este intermedio fué cuando se ocasionó la enemistad de Aristófanes por desdenes de Teodota. El terrible poeta hubo de sospechar que Sócrates habia prevenido en contra suya á la ingénua jóven, y en vez de vengarse de ella, ya que fuera precisa su venganza, se vengó de Sócrates dando al teatro su comedia de las *Nubadas*, que tan cruelmente atacaba al filósofo. Esta comedia tuvo por desenlace el proceso, cuya sentencia condenaba á Sócrates á beber la cicuta. Teodota lloró la gloriosa víctima de Aristófanes. «Tus amigos hacen tus riquezas, le habia dicho el filósofo la primera vez que fué á visitarla; es la mas preciosa y la mas rara de las riquezas la amistad.» Teodota no quiso nunca admitir en el número de sus amigos, al enemigo, al acusador, al verdugo de Sócrates.

El poeta Menandro, cuyas comedias no eran sátiras como las de Aristófanes, fué mejor acogido por las cortesanas. Lamia y Glicere se disputaron sucesivamente la gloria de poseerlo y fijarlo: la una concubina de Demetrio Poliorcetes; la otra de Hárpalo de Pérgamo. Hase disertado mucho por saber si el poeta precedió á estos dos príncipes en la posesion de sus favoritas.

«Menandro es del temperamento mas amoroso, escribia Clicere á Bacchis, de quien temia la rivalidad, y el hombre mas austero no se libraria fácilmente de la seduccion de tu belleza. No me arguyas, si concibo sospechas injustas y perdóname, querida, las inquietudes del amor. Considero como lo mas importante á mi felicidad, conservar á Menandro por amante, porque si llegara á enojarme con él, si su ternura viniera solamente á resfriarse ¿nó estaria siempre yo en la sozo-

bra de ser presentada en la escena, objeto de los sarcasmos insultantes de los Cremes y Dífiles?»

Glicere amaba verdaderamente á Menandro, y éste llegó á enamorarse de ella tan ciegamente, que por no dejarla hubo de rehusar las brillantes ofertas de Tolemeo, rey de Egipto, que en vano procuraba atraerlo.

«Léjos de tí, escribia Menandro á Glicere, ¿qué dulzuras encontraria yo en la vida? ¿Hay en el mundo alguna cosa que pueda lisonjearme mas y hacerme mas feliz que tu amistad? Tu caráctar amable y la alegría de tu génio, conducirán hasta una estrema vejez las satisfacciones de la juventud. Pasemos juntos los bellos dias que nos restan, envejezcamos juntos, juntos muramos: no demos cabida al pesar de creer que quien de los dos sobreviva pueda gozar aun alguna felicidad. Presérvenme los dioses de esperar felicidad semejante.»

Menandro prefiere el amor de Glicere á todas las alegrías de la fortuna y á todos los esplendores de la ambicion, y envió en su lugar á Tolemeo al poeta Filemon. «Filemon no tiene una Glicere,» esclamó con ternura.

Reconocida á esta prueba de cariño, Glicere, procura decidir á Menandro á aceptar los alhagos del rey de Egipto, ofreciéndole seguirle á todas partes, establecerse con él en Alejandría; pero triunfa en el fondo de su corazon celebrando haber podido mas que Tolemeo.

«Temo, dice, la poca duracion de un amor que sólo esté apoyado en la pasion: cuando los lazos de esta especie son violentos, se rompen fácilmente; pero cuando la confianza los sostiene, parece que pueden tenerse por indisolubles.»

Al observar estas delicadezas de sentimientos, no se creeria que es una cortesana quien escribe, y debe deducirse de esto que el amor no dura menos tiempo en una vieja cortesana que en una jóven vestal. Antes de amar á Menandro, habia estado Glicere régiamente entretenida por Hárpalo, uno de los mas ricos oficiales de Alejandro Magno; pero en cambio, Lamia dejó el amor de Menandro, por el lecho real de Demetrio Poliorcetes.

Menandro hizo una comedia en honor de su Glicere; el poeta Eunico celebró la suya, Antea, en otra comedia que tituló con el mismo nombre de ella; Perecrates hizo á Corianno la ofrenda de una comedia homonima; Talatta tuvo tambien la gloria de ser puesta en co-

media, pero el nombre de su galante poeta cayó en el olvido antes que el de su comedia. El poeta Antágoras no tuvo que arrepentirse de haber consagrado su musa á su querida, á la ávida Bedion, que segun la espresion de Simonides, comenzó por sirena y acabó por pirata.

Los oradores eran mas ardientes aun por sus hetarias, las cuales no sacaban ordinariamente otro provecho que una satisfaccion de vanidad. Lagida ó la Negra, cuyo panegírico hizo en estilo galante Céfalo, se entregó por una arenga á Lisias; Coride hizo padre á Aristofonte, que era hijo á su vez de la cortesana Cloris; Fila fué la concubina de Hiperides, quien la habia comprado y le confió el cuidado de una casa que tenia en Eleusis, sin dejar sus relaciones con Mirrina, Aristagora, Bacchis, y aun Friné: Fila no era, sin embargo, mas que una esclava nacida en Tebas. Mirrina otorgó sus favores á Eutias por determinarlo á acusar á Friné, á quien detestaba.

«¡Por Vénus! le escribia Bacchis indignada de este odioso trato. ¡Qué no encuentres jamás otro amante! ¡Qué el sublime objeto de tu amor, ese infame Eutias encadene tu vida á la suya!»

Los retóricos y los moralistas no tenian menos inclinacion al hetarismo. Isócrates relaja su austeridad en favor de Lagisca; Herpilis, que se habia mostrado digna del testamento de Aristóteles, le dió un hijo llamado Nicomaco; Nicerate esclava de Casio de Elea, debió su libertad al retórico Estéfanes. Cuando una hetaria tomaba la costumbre de tener un retórico ó un poeta entre sus amigos, no dejaba nunca vacante la plaza, y segun la ocurrencia de uno de aquellos ingenios, cuando el puesto se hallaba mal ocupado ó mal defendido, se doblaba la guarnicion. La célebre Neera, á quien Demóstenes ácusó de impiedad y de adulterio ante el tribunal de los *Thesmothetes*, tuvo á la vez por amantes á Xeneclides, al actor Hiparco y al jóven Frinion, sobrino del poeta Democares que habia tenido los mismos privilegios en cualidad de tio. Esto no era bastante todavía: Frinion tenia un amigo llamado Estéfanes y convinieron en compartir las noches de Neera, que no era de las que se espantaban de tales compartimientos, ella que cenando con sus dos amantes gemelos en casa de Cabrias dejó los brazos ó abrazos de ellos para entregarse á todos los esclavos de la casa. Hay que decir para escusarla que aquella noche estaba ébria.

Nais ú Oia, sobrenombrada Anticire, porque daba segun se creia, eleboro á sus amantes, tenia simultáneamente muchos que pretendia encubrir de este modo: Archias era su maestro, Himeneo su complaciente, Nicostrates su médico, Filonides su amigo.

Una de las mas célebres entre las hetarias de los oradores y poetas, fué ciertamente Bacchis, la querida del orador Hipérides. Amábalo tan apasionadamente que rechazó toda proposicion amorosa, despues de haberle conocido. Era un alma tierna y melancólica, que se contentaba con amar y ser amada por un hombre solo. Ni tenia celos ni desconfianzas de sus compañeras: incapaz ella de hacer mal, no suponia la maldad en nadie. Cuando Friné fué acusada de impiedad por Eutias, suplicó á Hipérides tomara su defensa y contribuyó con todas sus influencias á salvarla. Sólo se le reprochaba entre las cortesanas echar á perder el oficio con una virtud impropia de él.

Murió en la flor de su edad y fué sentida generalmente su muerte, reconociéndose en la malograda jóven un modelo de bondad y de dulzura.

«Jamás olvidaré á Bacchis, escribia Hipérides despues de haberla perdido. ¡Qué generosa abnegacion habia en su alma! Bacchis ennobleció el nombre de cortesana. Que todas se reunan para levantarle una estátua en el templo de Vénus ó de las Gracias. La gloria de ellas lo aconseja, ya que por todas partes se dice que todas son pérfidas sirenas, mujeres codiciosas de oro que miden el amor con la fortuna y precipitan al fin á sus amantes en un abismo de males.»

Bacchis habia rechazado los presentes mas espléndidos por ser fiel á su querido Hipérides, y murió pobre, tan pobre, que sólo tenia el manto de su amante para cubrirse en su miserable lecho.

«Ya no sorprenderé la dulzura de sus miradas, decia gimiendo su desolado amante; ya no veré la voluptuosa sonrisa de aquellos labios divinos: se desvanecieron para siempre las delicias de aquellas noches que Bacchis animaba con una pasion siempre nueva ó sin cesar renaciente. Su carácter de inefable dulzura, la hacia superior á todas las de su clase. ¡Qué miradas! ¡Qué discursos! ¡Qué conversacion tan seductora! La seduccion reposaba en sus labios, pues sonreian por ellos las tres Gracias y parecia estar ceñida con el cinturon de la misma diosa Vénus.»

Hipérides, sin embargo, habia dado mas de una rival á Bacchis, y

aun hubo de abandonarla un momento para consagrarse á Friné, cuya vida acababa de salvar. Pero Bacchis no le mostró rencor ni despecho, ni menos dejó de serle fiel; y cuando le preguntaban que hacia sola, mientras Hipérides la olvidaba acompañado de otras mujeres, todas inferiores á ella, Bacchis contestaba dulcemente: *Le espero*. La aventura del collar la habia puesto á la moda en toda la Grecia y se la llamaba universalmente Bacchis, *la buena*.

En cuanto á Plangona, que en aquella aventura no habia hecho sin embargo mal papel, no se le perdonaba haber turbado los tranquilos amores de Bacchis y le pusieron el mote de *Pasiphile* ó *Pavo Real*. El mordaz Arquióloco la compara en sus versos á las higueras que crecen entre malezas y cuyo amargo fruto sólo sirve á las cornejas y aves de paso. «Así, añade, los favores de Pasifile son para los estranjeros que pasan y no vuelven.» Habia, pues, una justicia moral entre las cortesanas que sufrian los castigos de la opinion.

No fué Bacchis la única que se hiciera estimar en su profesion de cortesana; Aristenetes y Luciano citan además á Pitia, que, aunque hetaria, tuvo costumbres honradas, digámoslo así, y jamás se apartó de la bella y simple naturaleza, segun espresion de aquellos ilustres autores. Otra de ellas, Teodeta, que no mereció sin duda el mismo elogio, dió ejemplo de la mayor ternura. Amaba esta mujer á Alcibiades, y cuando su amante pereció en las emboscadas de Farnabazo, oficial de Dario, recogió piadosamente sus restos, los envolvió en ricas telas y les hizo honores fúnebres. Vióse tambien á una cortesana llevar luto por el discípulo de Sócrates. Alcibiades, sin embargo, no era un amante fiel ni mucho menos, pudiendo decirse que tomó á gala conocer á todas las cortesanas de su tiempo, que no eran por cierto pocas.

Un dia hubo de hablarse delante de él y de su favorito Axioco, de Mendotis de Abidos, á quien no conocia el gran hombre. Los estremados elogios que se hicieron de ella escitaron su curiosidad de tal manera, que se embarcó aquella misma tarde con su mancebo Axioco, atravesó el Helesponto y fué á pasar una noche entre ella y él.

Hubo otras muchas hetarias célebres que no nos han dejado mas que sus nombres: tales fueron las cuatro cortesanas, Scione, Satira, Lamia y Nanion, que se presentaron en una cuadriga al lado del gran Temístocles, ó que segun otra version, tiraron de la cuadriga

en que el ilustre hijo de una dicteriada iba acostado en traje de Hércules. Por esto se las llamó *Cuadriga de Temístocles*.

Luciano, Ateneo y Plutarco nombran solamente á Timandra, Aeris, Taumarion, Agallis, Dexitea, Maltacea y algunas otras celebridades del mismo género. En cuanto á Temistonoe, no abandonó el campo de sus triunfos hasta haber perdido el último diente y el último cabello, habiendo ejercido la profesion por espacio de doce largos lustros. Tan intrépida perseverancia mereció la recompensa de este epígrama de la Antología:

«¡Desgraciada! puedes encubrir el color de tus blancos cabellos, pero no encubrirás los ultrajes permanentes de la vejez; en vano prodigas los perfumes y en vano agotas los afeites: la máscara no te tapa bien. Es un prodigio superior á tu arte querer trocar á Hécuba en Elena.»

La mayor parte de las hetarias tenian, á falta de talento é instruccion, una vivacidad de réplica que hallaba sin esfuerzo y con frecuencia palabras felices, las mas veces mordaces y satíricas. Nico, llamada la *Cabra* por sus caprichos, era conocida por sus ocurrencias que llamaba ella *cornadas*. Un dia Demofonte, el favorito, privado ó mancebo de Sofocles le pidió permiso para asegurarse de si era hecha como Vénus Calípiga. «Y ¿qué quieres tú hacer de eso? le contestó Nico desdeñosamente. Dárselo sin duda á Sofocles.»

Pero la mas célebre por sus epígramas fué sin disputa Mania, á quien llamaron la *Abeja* por el aguijon de su picante y mordaz sátira. Los griegos decian con alusion á su nombre: «Es una dulce Mania.» Machon hubo de llenar un libro con sus buenas ocurrencias; era además la Abeja una mujer hermosísima, y se comparaba ella misma á una de las tres Gracias, añadiendo que tenia aun en su casa con que hacer cuatro. Un cobarde que habia huido del combate arrojando su escudo, tuvo la mala suerte de caer á su lado en la mesa de un festin.

—¿Cuál es el animal, le preguntó Mania llamando la atencion de todos los comensales con voz alta y sonora, que corre con mas celeridad?

El interpelado que devoraba una liebre á la sazon, le indicó en silencio lo que tenia entre manos.

—Nó, replicó Mania; es el cobarde.

Luego refirió, sin nombrarlo, que uno de los convidados presentes habia perdido su escudo en un combate. El aludido se sonrojó y por esquivar la vergüenza de oir despejar la incógnita, descaro de que suponia muy capaz á la oradora, dejó su liebre en el plato y se levantó para irse.

—Sea dicho sin ofenderte, añadió Mania deteniéndolo por el brazo; juro por mi madre Vénus, que si alguien ha perdido aquí su escudo, fué el insensato que te lo dió á tí.

Pudiéramos añadir mil agudezas mas de esta vivaz y traviesa cortesana; pero no sabemos traducirlos, honestamente á lo menos. No hacen tampoco falta ninguna, bastando á nuestro propósito haber caracterizado á Mania como una de las mas decidoras, satíricas y mordaces cortesanas de aquel tiempo.

CAPITULO XIII.

Biografía de las cortesanas célebres de la Grecia.—Gnatene, sus ocurrencias puestas en verso por Machon, sus comidas.—Su sobrina Gnatenion.—Los apotegmas de Linceo.—Los amantes de Gnatene.—El vaso de nieve y la sardina.—Gnatene y el Sirio á la mesa de Difile.—Leyes conviviales en casa de Gnatene.—Sus riñas con la hetaria Mania.—La cena de Dexitea.—Gnatenion, su encuentro con el viejo sátrapa.—Amantes de Gnatenion y el atleta.—Gnatene Hippopornos.—Diógenes y el rufian.—Lais, su infancia, su compra por Apeles.—Lais en Corinto.—Fama de esta cortesana.—Precio exorbitante de sus favores.—Demóstenes y Lais.—Los amantes de Lais.—Aristipe.—Diógenes.—Lais y Jenócrates.—Vergüenza y confusion de Lais.—El escultor Miron.—Lais y Eubates.—Riquezas de Lais.—Su desdichada vejez.—La Anti-Lais.—Su muerte.—Monumentos erigidos á su memoria.—Otras Lais.—Friné.—Orígen de su nombre.—Sus funciones en los misterios de Eleusis y en las fiestas de Neptuno y Vénus.—Friné acusada por Eutias.—Su venganza. El parásito y la cortesana.—Grandes riquezas de Friné.—Oferta de esta cortesana á los beocios de reedificar á sus espensas la ciudad de Tebas destruida por Alejandro Magno. El Cupido de Praxiteles.—Estátua de oro erigida á Friné despues de su muerte.—Friné llamada la *Criba*.—Pitionice y Glicere.—Harpalo.—Los dos amantes de Pitionice.—Muerte de esta cortesana.—El trigo de Glicere.—Asesinato de Harpalo.—Buenas ocurrencias de Glicere.—El monumento de la prostituta.—Muerte de Glicere.

Entre todas las hetarias griegas que tuvieron sus historiadores y panegiristas, las mas célebres por diferentes títulos fueron sin duda Gnatene, Lais, Friné, Pitionice y Glicere.

La biografía de Gnatene solo se compone de buenas ocurrencias, de réplicas agudas, de picantes epígramas, que el poeta Machon, hubo de poner en verso y que Ateneo ha recogido con una complacencia que nosotros no podemos imitar, respetando al público y á nosotros mismos. La lengua griega tiene licencias que se prestaban á todas las temeridades y audácias del lenguaje de las cortesanas, y nuestra lengua no tiene recursos suficientes para reproducirlas de una manera decente é inteligible á la vez.

Gnatene, que debia ser ateniense, á juzgar por el aticismo y vivacidad de su talento, vivia en tiempo de Sófocles á fines del quinto siglo antes de Cristo. Era ciertamente mujer de gran belleza, pero lo que mas se estimaba en ella, fué siempre su inagotable buen humor, sazonado de sales, que hacían las delicias de los libertinos, bien que á veces fueran bastante acres y aun groseras. Se la pagaba así por oirla como por verla, y las comidas que daba á escote en su casa atraian á los ciudadanos mas distinguidos de Atenas. Merced á todo esto, independiente de sus gracias personales, fué cortejada por los hombres de buen gusto, aun mucho tiempo despues de que la edad marchitara su belleza. Ella sin embargo, hubo de temer el abandono de sus adoradores en esa edad repulsiva á las pasiones amorosas, y educó oportunamente una encantadora niña, que hacia pasar por sobrina y se llamaba Gnatenion, diminutivo de Gnatene.

Esta sobrina se mostró en efecto digna de la tia que la educara y sacó grandísimo provecho de las sábias lecciones recibidas. Ambas hetarias, tia y sobrina, llegaron á hacerse tan célebres por sus ocurrencias, aparte sus demás celebridades, que el sábio Linceo hubo de apuntar curiosamente en sus *Apotegmas* todos los rasgos de malicia y buen humor que se atribuian á las dos hectarias. Gnatene que temia se la espusiera en escena á las burlas de los atenienses, se habia atraido á su devocion al poeta cómico Difile; mas con todo eso no le hacia gracia de las suyas, como si quisiera probarle que tenia ventajosas aptitudes para luchar con él en el terreno de la sátira. Difile hinchado de vanidad, no queria tener rivales, y Gnatene por satifacerlo en este punto, le repetia riendo el proverbio tebano. «Las espinas no nacen jamás en el camino de Hércules.» Tenia, sin embargo, tantos amantes como podia entretener, y cada uno de ellos era admitido á diferente precio.

Entre los concurrentes á su casa, cierto sirio que no era de los mas generosos, hallaba, sin embargo, invenciones de galantería poco costosas, con las cuales pagaba las deferencias que con él tenia la cortesana. Un dia de las fiestas de Vénus le envió este sirio un vaso lleno de nieve y una sardina en un plato. «Esa nieve, le escribia al mismo tiempo, es menos blanca que tú, y esa sardina menos salada que tu lengua.» Iba á contestar Gnatene cuando llegó un esclavo de Difile, llevando para el festin de la noche dos ánforas de vino de Trasos, otras

dos de Quio, una gran res, una banasta de peces, perfumes, coronas, cintas, dulces, y todo acompañado de un cocinero y una flautista. «Quiero que el presente de mi sirio, dijo Gnatene, figure tambien entre los manjares y vinos de la cena.» Y al efecto ordenó que se fundiera la nieve en el vino de Quio, y se mezclara la sardina con los otros peces.

Servida la cena llegó Difile y se cerraron las puertas; y cuando el sirio se presentó, se le dijo que tuviera paciencia hasta que se pusiera la mesa. Gnatene que sabia que el sirio estaba afuera, buscaba en su cabeza el medio de hacerle entrar, echando á Difile, el cual habia comenzado ya las libaciones.

—¡Por Júpiter! esclamó éste despues de probar el vino de Quío; tú has hecho refrescar mi vino en tu fuente; pues no hay en todo Atenas otra, cuya agua sea tan fria.

—Eso debe ser, respondió Gnatenes, porque siempre echamos en ella los prólogos de tus comedias.

Ofendido Difile en su amor propio, se retiró sonrojado y silencioso. Luego al punto hizo Gnatene introducir al sirio y continuó cenando con él. No hay que decir que ella saboreó la sardina que su huésped preferido le enviara! «Es un pez muy pequeño, dijo, pero me agrada mucho.»

Difile por su vanidad tenia que sufrir muchas mortificaciones en casa de su querida Gnatene, la cual en su travesura, no tenia mas que picar su orgullo de poeta para desambarazarse de él hasta el dia siguiente. Otro dia en la representacion de una de sus comedias hubo desgraciadamente de ser silbado por el auditorio y salió del teatro entre sarcasmos y risas. Salió tan apesadumbrado y pesaroso que no sabiendo á donde dirigirse, tuvo la mala idea de ir á consolarse cerca de su Gnatene. Esta habia dispuesto ya de la noche, y se reia burlescamente del fracaso de la comedia, cuando apareció ante ella el pobre autor.

—Lávame los piés, le dijo bruscamente á una esclava de Gnatene.

—Y para qué? objetó ésta con desden. Tus piés no han de haber recogido polvo habiendo tú venido en hombros de tus admiradores.

Difile la dejó sola al instante, que era justamente lo que ella queria.

Gnatene tenia ordinariamente mesa franca, y todo el que queria sentarse á ella, no tenia mas que pagar préviamente su gasto y someterse á las leyes conviviales, que la cortesana habia hecho versificar á Difile y que se leian grabadas en mármol á la entrada de la sala de festines. Estas leyes redactadas á imitacion de las vigentes en las escuelas filosóficas, comenzaban así, segun Calimaco, que las citó en su Coleccion de jurisprudencia. «Esta ley igual para todos está escrita en 323 versos.» Puede juzgarse por este principio que Gnatene no queria preferencias entre sus amantes, sujetos á las mismas condiciones todos ellos. «Estaba siempre elegante, dice Ateneo bosquejando su retrato, y hablaba con mucha gracia.» Todo eso y mucho mas era menester para hacer pasar muchos de sus caprichos.

A consecuencia de una orgía que habia tenido lugar en su casa, hubieron de batirse á puñetazos los convidados disputándose sus favores, que ella misma habia puesto á pública subasta: uno de los combatientes cayó en tierra y se vió obligado á confesarse vencido. «Consuélate, le dijo la célebre cortesana; no te llevas el lauro del vencimiento, pero á lo menos conservas tu dinero.» Sus cenas concluian siempre en combate y la reina del combate pertenecia al vencedor, por su precio, se entiende.

Omitimos por impúdicos otros muchos detalles que son otros tantos rasgos de carácter: para nuestro objeto son ya suficientes los citados.

Las compañeras de Gnatene temian con razon los acerados dardos que á diestro y siniestro lanzaba; pero alguna vez encontraba una lengua tan mordaz como la suya, especialmente cuando reñia con Mania, que no le cedia en intencion. Las dos estaban demasiado ligadas para no conocer sus faltas y achaques respectivos, y si Mania padecia de mal de piedra, Gnatene al contrario, tenia incontinencias de orina y una relajacion crónica del ano.

—¿Tengo yo la culpa, le dijo incomodada un dia Gnatene, de qué tú tengas piedras?

—¡Desdichada! contestó Mania, si yo tuviera piedras te las daria de buena gana que te hicieras algunos reparos (*pour te murer devant et derriere.*)

La hetaria Dexitea la convidó una noche á cenar; pero apenas ponian los manjares en la mesa, los hacia retirar diciendo que se los llevaran á su querida madre.

—Si yo hubiese previsto esto, le dijo Gnatene, habria ido á cenar mas bien con tu querida madre.

En esta misma cena, se le puso en una muy pequeña copa vino de diez y seis años.

—¿Qué te parece? le preguntó Dexitea.

—Muy pequeño para la edad que tiene, contestó Gnatene.

Habia entre los comensales un locuaz insoportable que no se agotaba nunca hablando sobre su último viaje á Helesponto.

—Pero despues de haber corrido tanto, interrumpió Gnatene, no has visto al parecer la primera ciudad de aquel país.

—¿Qué ciudad? preguntó el hablador.

—La de Sigeo, contestó la cortesana, la gran ciudad del Silencio.

Bien se comprenderá ahora que la jóven Gnatenion no tuvo que esforzarse mucho para formarse en la escuela de su tía, que por otra parte la guardaba con cierta solicitud y la ayudaba á veces con un buen consejo. Las dos cortesanas iban juntas, en la época de las fiestas de Vénus, á buscar fortuna al templo de la diosa, y de él salian una vez, cuando toparon con un viejo sátrapa, tan cascado, enteco y arrugado que no parecia sino tener noventa años. El viejo observó la gran belleza de la sobrina, y aproximándose á la tía, le preguntó cuánto costaria una noche de solaz con aquella criatura encantadora, y observando á su vez Gnatene la túnica de púrpura y los esclavos que llevaba el estranjero, juzgó de su opulencia por esto y contestó sin vacilar:

—Mil dracmas (mil francos).

—¡Cómo! esclamó el viejo fingiendo sorpresa. ¡Porque me ves así crees tenerme prisionero y haces subir tanto mi rescate! Daré cinco minas (500 francos). Es negocio concluido, mayormente cuando prometo volver.

—A tu edad, amigo mio, repuso Gnatene, es ya demasiado venir una vez.

—Mi querida tia, terció Gnatenion, diciendo; no regatees así con hombre tan principal. Dame lo que tú quieras padre; pero juro por mi madre Vénus que has de darme voluntariamente el doble de lo que ahora me has ofrecido.

Gnatenion tenia por amante á un actor llamado Andrónico, que las mas de las veces la pagaba sólo con buenas palabras; pero este

actor se habia captado la voluntad de la tia, recomendándose á ella con la amistad del poeta Difile. Gnatenion, sin embargo, preferia á un rico mercader estranjero que la colmaba de obsequios.

Un dia, como tantos otros, llega el actor con las manos vacías y Gnatenion le vuelve la espalda con desden.

—Vé con qué desvío me trata tu sobrina, le dice suspirando á la tia.

—Locuela, dice esta á su sobrina, abrázalo, si así lo desea y deja el mal humor á un lado.

—Pero madre, replica Gnatenion ¿debo abrazar yo á un hombre que hace tan poco por nuestra república, y que sin embargo mira todo lo que tenemos como cosa propia?

Andrónico acababa de representar con buen éxito el papel principal en los *Epigones* de Sófocles; pero no por eso estaba menos pobre. Al salir de la escena, bañado de sudor y cargado de coronas, llama á un esclavo y le manda ir corriendo á anunciar su triunfo á su querida encargándole disponga una cena para aquella misma noche. Gnatenion acoge al esclavo y su mensaje con estos versos tomados de la misma tragedia:

—«¡Desdichado esclavo! ¿qué vienes á decir?

Y dándole con la puerta en las narices se vá al Pireo en busca de su rico mercader, que está esperándola. Su tren no era fastuoso: montada en una mula, llevaba por todo cortejo tres sirvientas, montadas en asnos y un mozo que conducia las bestias. Y hé aquí que en un camino estrecho se presenta en un magnífico carro uno de aquellos luchadores que no perdian ocasion de asistir á los juegos públicos en que siempre salian vencidos.

—¡Infame palafrenero! gritó desde léjos con aire de vencedor el infortunado atleta; desembaraza el camino ó atropello la mula, los asnos y las doncellas.

—En este caso, contestó Gnatenion, harias lo que nunca has hecho, terrible luchador.

Cuando la vieja Gnatene supo la aventura, hizo esta sensata observacion:

—¡Qué no pagaria el miserable por atropellarte á tí!

Esta buena tia, tenia siempre los ojos abiertos sobre los intereses de su sobrina. Cierto galan, despues de un trato concluido y ejecutado

fielmente por una y otra parte, creyó poder obtener gratuitamente de Gnatenion, favores que ya habia pagado una vez.

—Jóven, le dijo severamente la tia ¿piensas que mi casa es la escuela de equitacion de Hipomaco donde solo se paga una vez?

Consta que en su vejez la pobre Gnatene se vió reducida á hacer un oficio que valia el mote de *Hippopornos* á las mujeres ú hombres que deshonraba. Viendo pasar Diógenes un rufian de esta especie, espléndidamente vestido y cargado de joyas, hubo de esclamar: «He buscado mucho tiempo el verdadero *Hippopornos*, y al fin vengo á encontrarlo.» La palabra *Hippopornos* significaba literalmente *prostitucion á caballo*.

Gnatenion, entrando en años, hizo una vida mas arreglada y no educó muy deshonestamente á una hija que habia tenido de Andrónico, ó que este actor por vanidad se atribuia.

Lais no debió su celebridad á sus buenas ocurrencias, aunque las que se le atribuyen no sean inferiores á las de Gnatene y Gnatenion; su belleza, su incomparable hermosura fué el título que la elevó sobre todas las hetarias, y casi al nivel de una diosa. Habia nacido en Hicara en Sicilia, y cuando Nicias general ateniense tomó y saqueó esta ciudad, Lais, niña aun, fué conducida al Peloponeso y vendida como una esclava.

Un dia el pintor Apeles acertó á encontrarla viniendo de la fuente con una ánfora de agua en la cabeza; adivinó el artista un gran modelo en ella y la compró. El mismo dia la condujo á un festin, donde sus amigos se admiraron de verle llegar con una niña, y no con una cortesana. «No tengais cuidado por eso, les dijo el célebre pintor; yo la dirigiré tan bien que antes de tres años sabrá su oficio con toda perfeccion.» Apeles cumplió su palabra, y no fué estraño sin duda el desarrollo de las gracias y talentos de Lais.

La encontramos luego establecida en Corinto, la ciudad de las cortesanas, donde Vénus Melanis le envió un sueño anunciándole que haria muy pronta fortuna. El sueño se realizó; la fama de Lais llegó hasta el fondo del Asia, y de todas partes se vieron arribar á Corinto ricos estranjeros que solo venian á buscar los favores de Lais; pero no todos lograban el objeto de su viaje. Lais no solo exigia un precio exorbitante, sí que tambien se reservaba el derecho de elegir la mano que habia de dárselo; alguna vez, por capricho, no queria aceptar nada.

Demóstenes el ilustre orador ateniense, quiso tambien saber por sí mismo lo que valia Lais, y al efecto, reunió todo el dinero de que podia disponer y se dirigió á Corinto, fué luego á ver á la cortesana y le preguntó por el precio de una noche.

—Diez mil dracmas, contestó Lais, como quien no dice nada.

—¡Diez mil dracmas! exclamó Demóstenes con asombro. ¡Oh! no; yo no pago tan caro el arrepentimiento.

—Por no tener que arrepentirme yo, repuso Lais, te pido diez mil dracmas.

Demóstenes se fué como habia venido.

Lais, sin embargo, amaba á los hombres célebres; así tuvo simultáneamente por amantes privilegiados al amable y elegante filósofo Aristipes, que le pagaba bien, y al sucio y grosero Diógenes Cínico, que no tenia con que pagarle. Con todo eso, la divina Lais preferia á éste, sin percibir al parecer su mal olor. En cuanto á Arístipes, no mostraba celos de Diógenes, bien que muchas veces, para ver á Lais, tuviera que esperar á que saliera el Cínico.

—Yo poseo á Lais, decia á los que se admiraban de estas relaciones; pero Lais no me posee á mí.

—Pero esa mujer bellísima se entrega á tí sin amor y aun sin placer.

—No creo tampoco, replicó el filósofo con la misma flema, que el pez, por ejemplo, que me como me ame, y sin embargo, yo me lo como con mucho gusto.

Otros le reprochaban la prostitucion diaria de Lais aconsejándole que la contuviera en buenos límites.

—No soy bastante rico, respondió Diógenes, para comprar para mi solo objeto tan precioso.

—Pero te arruinarás por ella, sin embargo.

—Le doy mucho, en efecto, por el gusto de poseerla, pero no por eso pretendo que los demás se priven del mismo gusto.

En cambio y á pesar de todo su cinismo, Diógenes veía con celos la concurrencia que cerca de Lais le hiciera el brillante Aristipes.

—Pues que participas de los favores de mi querida, hubo de decirle una vez, debes abrazar mi filosofía y tomar la alforja y el manto de los cínicos.

—¿Te parece cosa estraña, contestó Arístipes, habitar una casa,

que ha sido ya habitada por otros, ó embarcarse en una nave, que ya ha servido á otros pasajeros?

—Nó, ciertamente, dijo Diógenes avergonzado de sentirse celoso.

—Pues bien ¿por qué estrañas que yo vea á una mujer, que ha visto á otros hombres, antes que á mí y que verá á muchos otros despues?

Aristipes iba con Lais todos los años á Egina á pasar las fiestas de Neptuno; y en estas temporadas, decia el mismo filósofo, el aposento de la cortesana era tan casto como el de una matrona.

Esta cortesana ejercia tal imperio sobre los dos filósofos Aristipes y Diógenes, que llegó á figurarse que no habria otro en el mundo que pudiera resistírsele, y manifestándolo así, hubo de apostársele á que no daba en tierra con la virtud de Jenócrates. Lais aceptó la apuesta con la esperanza de que un discípulo de Platon no seria mas difícil de vencer que un discípulo de Sócrates.

En efecto, una noche se envuelve medio desnuda en un velo y va á llamar á la puerta de Jenócrates. El filósofo abrió sin tardanza, estrañando al verla que una mujer tuviera para que ir á su casa. Lais supuso ir perseguida de ladrones, lo cual creyó Jenócrates viendo brillar las riquísimas joyas de queiba adornada la supuesta fugitiva, y consintió en darle asilo hasta el dia. I ndicole luego un banco para que se acostara y él se volvió á su modesto lecho. Pero no bien se hubo acostado, cuando la divina Lais se presenta con todo el esplendor de su tentadora belleza; se llega al filósofo, lo toca, lo abraza, lo besa y.... el filósofo permanece indiferente. Lais llora de rábia y redobla sus alhagos y caricias. El filósofo no se mueve, tan indiferente y frio como antes. Lais se acuesta en su mismo lecho y no hace ya escrúpulos de provocacion ninguna. El filósofo parecia de piedra. Entonces ya Lais abandonó su empeño y dejó el lecho y la casa de Jenócrates, no sin llenarlo de ultrajes por el agravio hecho á la misma Vénus Afrodita.

Habiendo perdido la apuesta se le reclamó la cantidad convenida.

—Yo aposté, contestó la cortesana, hacer sensible á un hombre, no á una estátua.

Lais era verdaderamente un prodigio de hermosura: y así los pintores y estatuarios que querian representar á Vénus de un modo digde ella, iban á rogar á Lais les sirviera de modelo.

El escultor Miron fué admitido con este objeto en casa de Lais y pudo ver sin velo á la mas bella de las mujeres. Miron era ya viejo; pero ante aquella mujer encantadora, sintió rejuvenecerse, y se postró á sus plantas ofreciéndole por sus favores todo cuanto poseía. Lais se sonrió con cierta lástima y le volvió la espalda.

El dia siguiente volvió á su presencia el escultor: se ha teñido la barba y los cabellos; se ha llenado de afeites y perfumes; lleva una túnica flamante con cinturon dorado, una cadena de oro al cuello y anillos en todos los dedos. Con este porte y la cabeza erguida, declara á la cortesana sus deseos.

—¡Pobre jóven! esclama Lais reconociendo la estraña metamórfosis; ya le dije ayer á tu padre que nó.

Ella á su vez hubo de sufrir un desaire, tan seductora y todo como era, cuando se enamoró de Eubates, que iba á los Juegos Olímpicos, á disputar el premio. Era Eubates, en efecto, un jóven hermosísimo, sino que habia dejado en Cirene una mujer á quien amaba con delirio. Apenas pudo hablarle Lais le hizo una declaracion tan trasparente, que Eubates se vió embarazado para contestar. La hermosa le suplicaba que fuera á hospedarse á su casa, donde tal vez encontrase algo digno de su gran merecimiento. El jóven se escusó del modo mejor que supo, y Lais mas y mas enamorada y temerosa de que se le escapara el objeto de su ardiente y verdadera pasion:

—Júrame, le dijo, júrame por todos los dioses que me llevarás contigo á Cirene, si sales vencedor en los Juegos.

—Por todos los dioses te lo juro, contestó Eubates, sólo por sustraerse á esta obsesion, pues nunca entró en su propósito faltar á la fidelidad á su amada.

Celebráronse los Juegos y Eubates fué vencedor. Lais se apresuró á enviarle una corona de oro; pero supo con despecho que el vencedor habia regresado ya á Cirene.

—¡Ha hecho traicion á todos los dioses, faltando á su juramento! esclamó la célebre cortesana.

—Nó, contestó un amigo de Eubates, lo ha cumplido religiosamente.

—Juró llevarme consigo á Cirene.

—Y te ha llevado en un retrato.

Cuando la querida de Eubates supo este otro triunfo del vencedor,

maravillada de tanta fidelidad y continencia, hubo de erigir una estátua á la diosa Minerva en honor de su heróico amante. Por vengarse Lais hubo de erigir otra, que representaba á Eubates bajo los rasgos ó facciones de Narciso.

Esta altiva hetaria tenia siempre al rededor una córte de entusiastas admiradores y lisonjeros pretendientes; y muchas ciudades de la Grecia se disputaban la gloria de haberla visto nacer; los personajes mas ilustres, se enorgullecian de tener ó haber tenido relaciones con ella; y sin embargo muchos austeros moralistas le recordaban á veces que era vergonzoso su género de vida.

«¡Retírate de aquí infame! le dijo un poeta trágico en una de sus obras.»

Lais vió al poeta á la salida del teatro y aproximándose á él, le preguntó del modo mas afable y dulce que era lo que entendia él por aquel cruel apóstrofe. El poeta le contestó bruscamente. «¡Es verdad! repuso Lais sonriendo. Sin embargo, tú sabes muy bien este verso de una tragedia: Sólo es vergonzoso aquello que se hace estimándolo por tal.» Este verso estaba sacado justamente de una tragedia del mismo poeta, el cual no supo que contestar. Ateneo dice refiriéndose á Machon, que el poeta cuyos desdenes así castigaba Lais, era Eurípides; pero para eso era preciso retrotraer la anécdota á la primera juventud de Lais, que estaba al servicio de Apeles, cuando Eurípides murió 407 años antes de nuestra era. Prescindiendo de esto, que es accidental, la réplica de Lais vino á quedar en proverbio, y como de él se abusaba para cohonestar muchas torpezas, el viejo filósofo Antistenes reformó en estos términos el axioma de la cortesana: «Lo sucio, sucio es, parezca ó no parezca á los que lo hacen.»

En vez de combatir el nuevo apotegma, Lais lo aceptó tal como Antistenes lo habia formulado.

—Este viejo tiene razon, dijo á Diógenes, que era discípulo suyo; es efectivamente tan sucio como parece.

—¿Y yó? preguntó Diógenes, que no estaba nada limpio.

—¿Tú?... No sé, pues que te amo.

Lais llegó á reunir una fortuna inmensa; pero haciendo construir templos y edificios públicos, y sosteniendo pintores, estatuarios, etc., hubo de arruinarse al fin. Por fortuna, digámoslo así, tenia tal aficion á su oficio, que no sintió verse precisada á continuarlo en la

edad en que las mujeres públicas se retiraban á la vida privada. Todavía era bella, pero el precio de sus favores habia disminuido considerablemente, y para consolarse de su degradacion prematura, la reina de las hetarias se embriagaba.

Epícrates, citado por Ateneo, hace un cuadro aflictivo de la vejez de Lais, que no conservaba ya de sí misma mas que el nombre:

«Lais, dice, está ociosa y bebe. La pobre viene á rondar al rededor de las mesas. ¡Oh tiempos de su pasada opulencia! Paréceme una de esas aves de presa que en la fuerza de su edad se lanzan desde la cumbre de altísimas montañas y arrebatan los corderos; pero que en la vejez se posan lánguidamente en la cima de los templos, donde se consumen de hambre. ¡Siniestro augurio es entonces! Lais fué rica y soberbia en su primavera: mas fácil era hallar acceso cerca del sátrapa Farnabazo que con ella. Pero vedla tocar ya á su invierno: el templo ha caido en ruinas, y dá entrada á los profanos; Lais detiene al primero que encuentra y bebe con él. Una estatera, una moneda de tres óbolos, son ya una fortuna para ella: jóvenes, viejos, libres, esclavos, todo el mundo puede obtener ya sus favores; y la edad ha amansado ya tanto la fiereza de aquel altivo genio, que Lais tiende la mano por un óbolo.»

Este pasaje de la comedia *Anti-Lais* quizás fuera solo una hipérbole escapada al rencor de un poeta mal acogido por la cortesana. Eliano tambien refiere que Lais no era de fácil acceso antes de que la edad hubiera rebajado el mérito de su prodigiosa belleza y que aun se la habia llamado *Auxina* por su escesiva codicia. Ateneo dice, sin embargo, en fé de una tradicion muy bien sentada, que la célebre cortesana no hacia ninguna diferencia entre los ofrecimientos de los ricos y los de los pobres. Esta particularidad debe, en nuestro sentir, referirse á la época de su vida en que la embriaguez la consolaba de su decadencia.

Lo que si probaria el olvido en que habia caido al fin de su carrera amorosa, es la oscuridad que envuelve el tiempo y circunstancias de su muerte. Lais tenia entonces 70 años, segun unos, y 55 segun otros: éstos aseguran que aun se conservaba bella; aquellos afirman lo contrario. Sea lo que quiera, la *Antología* le hace dedicar su espejo á Vénus con la siguiente inscripcion:

«Dedico á Vénus mi espejo, ya que la diosa es siempre bella. El

espejo aumenta mis enojos: ni puedo verme en él como fuí ni como soy.»

Respecto á su muerte no se sabe á quien hay que creer entre Ateneo, Plutarco y Tolemeo. Este último dice que la vieja cortesana se ahogó comiendo aceitunas; Ateneo se apoya en la autoridad de Filetario para demostrar que murió en el ejercicio de sus funciones de cortesana; y Plutarco refiere que habiéndose enamoricado de un jóven tesaliano, llamado Hipóloco, lo siguió á Tesalia y penetró en un templo de Vénus, donde él se habia refugiado para sustraerse al amor de aquella vieja bacante; pero las mujeres del país, indignadas de su audacia y celosas tambien de su belleza, con ser ya solo un recuerdo, rodearon el templo y la mataron á pedradas ante el altar de Vénus, que fué manchado con la sangre de la cortesana. Desde entonces el templo fué consagrado á Vénus-Homicida y á Vénus-Profanada. Erigióse á Lais un sepulcro á orillas del Peneo con este epitafio:

«La Grecia, invencible en otro tiempo y fértil en héroes, ha sido vencida ahora y reducida á la esclavitud por la belleza divina de aquella Lais, hija del amor, formada á la escuela de Corinto, y que yace en los nobles campos de Tesalia.»

Corinto dedicó tambien un monumento á la memoria de su ilustre alumna, representando una leona derribando á un carnero.

Es posible que los hechos de la vida de Lais no se refieran todos á una misma mujer, y que dos ó tres hetarias del mismo nombre que poco mas ó menos vivieron en la misma época, hayan sido confundidas por los historiadores y por la tradicion popular. Damasandra querida de Alcibiades, tuvo una hija, llamada Lais, que se hizo conocer por su belleza mas bien que por sus galanterías. Plinio hace mencion de otra Lais, que era comadrona y habia inventado remedios secretos para aumentar ó disminuir la gordura de las mujeres. Esta Lais se daba tambien á la profesion de cortesana con sus amigas Salpe y Elefantis, cortesanas como ella, y como ella muy hábiles en el arte de los filtros y cosméticos, abortos y brevages afrodisiacos. Tambien curaban la rábia y las cuartanas, empleando en todas sus preparaciones sangre menstrual mezclada con sustancias mas ó menos inocentes.

La ciudad de Corinto se gloriaba de haber sido el teatro de las fastuosas prostituciones de Lais; pero ninguna ciudad de Grecia se

jacta de haber visto á la reina de las cortesanas, vieja y despreciada, fabricar polvos, ungüentos y elixires, vendiendo el amor en botella.

Otra hetaria contemporánea de Lais, y no menos célebre que ella, Friné, no tuvo una decadencia tan triste ni un fin tan trágico. No obstante su fabulosa fortuna, nunca dejó de aumentarla por los mismos medios, y como envejeciendo no perdió nada de la magnificencia de sus formas, tuvo amantes que la pagaban largamente hasta la víspera de su muerte. Esto era lo que llamaba ella alegremente «vender cara la hez del vino.»

Friné era de Tespias, pero residió constantemente en Atenas, donde hacia una vida muy retirada sin presentarse en los Cerámicos, ni en el teatro, ni en los estadios, ni en las fiestas religiosas ó cívicas. Jamás salia á la calle sino vestida de flotante túnica y honestamente velada como la matrona mas austera. No iba á los baños públicos ni visitaba mas casas que los estudios de los pintores y estatuarios, pues la jóven y hermosa Friné amaba el arte y á él se consagraba, por decirlo así, ofreciéndose por modelo en desnudez espléndida al pincel de Apeles y al cincel de Praxitetes.

Su belleza era la de una estátua de mármol de Paros, los rasgos y líneas de su rostro tenian la pureza, armonía y majestad que la imaginacion del artista dá á una imágen divina; pero su palidez mate y un tanto amarilla hubo de motivar su sobrenombre, *Friné*, por analogía con el color de la rubeta, *phrya*, pues su verdadero nombre era *Mnesarete*, con el cual no fué conocida.

Los cuadros y estátuas que á su modelo hicieron su pintor y su estatuario, escitaron justamente el entusiasmo de toda la Grecia, que daba culto á la belleza de la forma, culto dependiente del de Vénus. Friné no tenia en sí nada mas admirable que lo que púdicamente ocultaba aun á la vista de sus íntimos amantes, que no la poseian sino en la oscuridad; pero en los misterios de Eleusis, aparecia como una diosa bajo el pórtico del templo, y dejando caer sus vestidos en medio de la multitud embobada y jadeante de admiracion, se eclipsaba detrás de un velo de púrpura.

En las fiestas de Neptuno y Vénus se despojaba tambien de sus vestidos en las gradas del templo, y sin mas que sus sueltos cabellos para cubrir la desnudez de su bellísimo cuerpo, se adelantaba hácia el mar por en medio de una muchedumbre que se apartaba respetuo-

samente saludándola con un grito unánime de entusiasmo, entraba en el agua para rendir homenaje al dios de los mares, y salia como Vénus á su nacimiento. Veíanla un momento en la playa sacudir el agua que corria por el brillante alabastro de sus torneados miembros y retorcer sus empapados cabellos. Hubiérase dicho entonces que Vénus nacia segunda vez.

Despues de este triunfo momentáneo, Friné huia de las aclamaciones del pueblo, y se ocultaba en su oscuridad ordinaria. Pero el efecto de esta aparicion era prodigioso y la fama de la cortesana corria de boca en boca y de ciudad en ciudad por todas partes, aumentándose de este modo cada año el número de curiosos, que iban á los misterios de Eleusis y á la fiesta de Neptuno y Vénus, por ver únicamente á Friné.

Tanta gloria por una cortesana, le atrajo luego la envidia y ódio de las mujeres honradas, que, á fin de perderla, aceptaron los oficios de Eutias, apasionado de Friné, pero que no habia podido obtener lo que ella solo otorgaba al oro ó al genio. Eutias, pues, como vil delator, acusó á la cortesana ante el tribunal de los *Heliastes*, de haber profanado la majestad de los misterios de Eleusis parodiándolos, y de estar continuamente ocupada en corromper á los ciudadanos mas ilustres de la república, alejándoles del servicio de la patria.

Acusacion semejante no solo debia traer la muerte de la acusada, si que tambien debia infligir á todas las cortesanas solidariamente vergüenzas públicas, multas crecidas y destierros, segun las circuntancias de cada una.

Friné habia tenido por amante al orador Hipérides que compartia entonces su amor entre Mirrina y Bacchis, pero no atreviéndose á llegar á aquel directamente, tomó á éstas por medianeras suplicándoles le determinaran á acudir á su defensa.

Delicada era la posicion de Hipérides, á quien públicamente se suponia interesado en favor de la que fué su amada, y á quien se obligaba á hacer frente al infame Eutias.

Pero Friné, la hermosísima Friné, envuelta con seductor abandono en su amplio velo y cubriéndose el rostro con sus manos de marfil, lloraba con desconsuelo á los piés de Hipérides.

Hipérides conmovido estendió el brazo aceptando la defensa.

Cuando el infame Eutias hubo formulado su acusacion por ór-

gano de Aristogiton, tomó la palabra Hipérides; confesó desde luego que él no era estraño á la causa, puesto que la acusada habia sido su querida, suplicó á los jueces tuvieran indulgencia con el orador, afectado como se hallaba en aquel crítico momento. Su voz en efecto, estaba alterada por los sollozos de su garganta y sus ojos llenos de lágrimas; el tribunal, sin embargo, frio y silencioso, no parecia dispuesto á dejarse sorprender.

El orador comprende el peligro que amenaza á su cliente; fulmina todos los rayos del Olimpo contra el vil y cobarde delator y proclama resueltamente la inocencia de la acusada, esplicando las funciones que esta habia desempeñado en los misterios de Eleusis, sino con carácter, á lo menos con intencion religiosa.

Los Heliastes lo interrumpen para pronunciar la fatal sentencia.

Hipérides entonces apela á un recurso estraño. Acerca la víctima á los jueces, desgarra sin miramientos los velos que la cubren, la despoja tambien de su túnica y afreciéndola desnuda á vista de los jueces, invoca con tierna y simpática elocuencia los derechos de la belleza para arrancar á la muerte á la sacerdotisa de Vénus.

Sorprendidos los jueces por aquel recurso oratorio tan inesperado como eficaz, asombrados ante aquel escándalo de belleza, creyeron que fuera la acusada la misma diosa Vénus.

El fallo fué absolutorio, y libre ya Friné, el orador triunfante se la llevó en sus brazos.

Hipérides se sintió ahora mas enamorado que nunca al ver de nuevo aquella admirable belleza, que habia tenido mas imperio que su esforzado oratorio en el ánimo de los jueces; y Friné por su parte, reconociendo con toda su gratitud el gran servicio que le habia prestado, pues le debia nada menos que la vida, reanudó con él sus ya rotas relaciones amorosas.

Resentida Mirrina por el abandono de su amante, se puso de parte de Eutias, ofreciendo al infame sicofanta todo lo que Friné le negara. Las cortesanas todas se indignaron al saber que una de ellas osaba protestar asi contra el fallo que habia absuelto á Friné y con ella á todas, como solidarias de su pena mayor ó menor grado, y Bacchis, la otra querida abandonada, interpretaba la indignacion comun, escribiendo esto entre otras cosas á la insensata Mirrina:

«Te has hecho el objeto de la aversion de todas nosotras, consagradas siempre al servicio de Vénus-Benéfica.»

No tardó, en efecto mucho la imprudente en arrepentirse de haber cedido á un movimiento de celos ó de vanidad. Hipérides no volvió á ella mas, enamorado de su bellísima cliente, y Bacchis le escribia diciendo:

«Hipérides tiene una amiga digna de él, de su buen corazon; y tú tienes un amante dignísimo de tí.»

Tomando á su cargo la defensa de una cortesana, Hipérides se habia procurado mas honra y provecho ciertamente que defendiendo á los primeros ciudadanos de la república: no se hablaba de otra cosa que de su talento en toda Grecia; no se cansaban las gentes de aplaudir el audaz movimiento oratorio que habia terminado su defensa; los elogios, las gracias, los parabienes, los presentes le llegaban sin cesar de todas partes, y por colmo de bienes, Friné le pertenecia. Si las hetarias griegas no le erigieron una estátua de oro, como lo propuso Bacchis, no perdonaron medio de mostrarle su gratitud.

»Todas las cortesanas de Atenas en general, le escribia Bacchis, que tenia la pluma por sus compañeras, y cada una de ellas en particular, deben rendirte ¡oh ilustre orador! tantos homenajes y acciones de gracias como la misma Friné.»

Puede presumirse que se publicara esta defensa, puesto que la acusacion de Aristogiton que tomó la palabra por Eutias, era conocida en tiempo de Ateneo.

Sábese tambien que Eutias, á quien solo el amor habia conducido á aquel estremo de despecho, no tuvo reposo hasta que Friné lo perdonó, y por obtener este perdon suscribió á las condiciones mas ruinosas. Bacchis habia previsto este triste desenlace, cuando escribia á Friné:

»Eutias está mucho mas enamorado de tí que Hipérides. Este, en razon del importante servicio que te ha prestado concediéndote su proteccion y el ausilio de su elocuencia en la ocasion mas crítica, parece exigir de tí los mayores miramientos y favorecerte otorgándote sus caricias; mientras que la pasion del otro no puede menos de haberse irritado hasta el último estremo por el mal éxito de su empresa. Espera, pues, nuevas instancias de su parte y ofrecimientos de oro á manos llenas.»

Y el otro triunfó del resentimiento.

El Areópago, que no tuvo que pronunciar ningun fallo en esta causa, previó el caso en que otra del mismo género, llevada ante él, pudiera dar lugar á los mismos medios de defensa; y no queriendo esponerse á las seducciones, que habian subyugado á los Heliastes, promulgó una ley que prohibia á los abogados emplear ningun artificio para escitar la conmiseracion de los jueces, y á los acusados comparecer en persona ante los jueces antes de pronunciar sentencia.

Friné por su parte, temiendo una nueva acusacion, no solamente se privó desde entonces de tomar parte en las fiestas y ceremonias religiosas, sino que tambien se dedicó á ganar partidarios y á crearse amigos hasta en el seno del Areópago. Con este propósito hubo de franquear su lecho y su mesa á los gastrónomos y libertinos; un areopagita, llamado Cryllion, se comprometió hasta el punto de hacerse *el parásito de la cortesana*, como lo calificó en su *Panfila* Sàtiro de Olinto.

Las riquezas que Friné habia adquirido, superaban entonces á las de una reina: los poetas cómicos Timocles en su *Nerea*, Amfis en su *Kouris* y Posidipes en su *Efesiana* hablaron del escándalo de aquella impura opulencia. Friné empero, hizo de ella un uso honorable, haciendo edificar á sus espensas muchos monumentos públicos, especiamente en Corinto, que todas las cortesanas miraban como su patria por el dinero qne habian allí ganado. Cuando Alejandro Magno destruyó á Tebas arrasando sus murallas, se acordó Friné que habia nacido en Beocia y ofreció á los tebanos reedificar la ciudad con sus propios recursos, con la sola condicion de hacer grabar en su honor esta inscripcion, que revela el génio de la cortesana:

Tebas destruida por Alejandro
y reedificada por Friné.

Los tebanos rehusaron eternizar una vergüenza.

Friné, como beocia, no habia recibido del cielo los dones del talento, pero se distinguia de la mayor parte de las mujeres por un gran sentimiento artístico; ella misma se miraba como la viva imágen de la belleza divina, y se rendia homenaje á sí misma en las obras de Apeles y Praxíteles: el uno habia hecho á su modelo la Vénus de Guido; el otro la habia pintado tal como la vió en las fiestas de Neptuno y Vénus saliendo de las ondas. Los dos fueron sus aman-

tes, pero Praxíteles fué el predilecto: la bella Friné le pidió como recuerdo de sus amores, la mejor estátua que hubiera ejecutado. «Elije, pues, contestó el escultor.» Friné pidió un plazo de algunos dias para hacer su eleccion.

En este intérvalo y estando Praxíteles en casa de ella, fué un esclavo gritando con gran alarma que en el taller de escultor se habia prendido fuego.

—¡Ah! esclamó Praxíteles; estoy perdido si mi Sátiro y mi Cupido se han quemado.

—Elijo el Cupido, interrumpió Friné.

Fué un ardid lo del fuego, de que la cortesana se valió para conocer la opinion espontánea del artista respecto de sus obras.

Friné dió esta gran obra de arte á su ciudad natural; Calígula mandó arrebatarla de Tespias y trasportarla á Roma; pero Claudio ordenó en uno de sus juicios de pretor restituir el Cupido á los tespianos «para aplacar á los manes de Friné,» decia la sentencia. No bien volvió á su pedestal la estátua, cuando Neron la hizo traer de nuevo á Roma, donde pereció en el fuego que el mismo Neron puso á la ciudad.

Friné, opulenta y todo como era, continuó su industria ordinaria hasta la edad de las arrugas y las canas; pero con todo aun se jactaba de poseer un ungüento que disimulaba perfectamente las huellas de los años, y usaba los afeites con tanta profusion, que dió motivo á Aristófanes para decir en una de sus comedias: «Friné ha hecho de su cara una botica.» Y este verso pasó en proverbio entre los griegos para satirizar á las mujeres que se afeitaban.

Ignórase la época de su muerte y el lugar de su sepultura: únicamente se sabe por Pausanias que sus amigos, amantes y compatriotas reunieron una gran suma para erijirle una estátua de oro en el templo de Diana en Efeso.

Leíase en el plinto de esta estátua, que tenia por pedestal una columna de mármol pentélico:

«Esta estátua es obra de Praxíteles.»

Estaba colocada entre las estátuas de dos reyes, Archinamo, de Lacedemonia, y Filipo de Macedonia con esta inscripcion.

Á Friné, ilustre tespiana.

Esta estátua fué la que el filósofo Crates calificó tan duramente esclamando: «Hé aquí un monumento digno de la impúdica Grecia.»

El nombre de Friné, como el de Lais, vino á ser sinónimo de bella cortesana, y muchas mujeres de esta clase hubieron de apropiárselo. Para distinguir de sus humildes imitadores á la primera Friné, se la llamaba la *Tespiana.* Heródice en su historia de *Los que han sido ridiculizados en el teatro*, cita una Friné que tenia por apodo lo *Criba* porque arruinaba á sus amantes. Segun Apolodoro en su tratado de las *Cortesanas*, habia dos Frinés, que se llamaban de apodo *Clauxigelaos* (quien hace llorar despues de haber hecho reir) y *Saperdion* (magnífico veneno) pero ni la una ni la otra deben confundirse con la célebre *Tespiana.*

Si Friné y Lais son las dos personificaciones mas célebres, sino las mas brillantes, del hetarismo, Pitionice y Glicere representan mejor aun su poder; estas dos últimas fueron casi reinas de Babilonia despues de haber sido simples cortesanas en Atenas. Pitionice no era notable mas que por su belleza; pero poseía algunos de esos secretos de libertinaje que ejercen tanto imperio sobre las naturalezas viciosas y sobre los temperamentos sensuales.

Hárpalo, el amigo de Alejandro Magno y Gobernador de Babilonia amó á la una y á la otra, y no se consoló de haber perdido á la primera sino encontrando á la segunda. Hárpalo era tesorero de Alejandro, y cuando su amo salió para la espedicion de la India, no tuvo ningun escrúpulo en sacar á manos llenas los tesoros confiados á su guarda. Con tales medios á su disposicion, Hárpalo superó en magnificencia á los reyes de Babilonia, y quiso gozar y gozó efectivamente todos los placeres que el oro y el poder juntos son capaces de crear. Tenia en su palacio flautistas de Milito, bailarinas de Lesbos, tejedoras de guirnaldas de Chipre, esclavas y concubinas de todos los paises. Además hizo venir de Atenas una hetaria, la que estaba mas en boga y ejercia mejor sus libidinosas funciones. Pitionice tuvo el honor de ser elegida para satisfacer en primera línea los brutales apetitos del tirano.

Esta cortesana era á la sazon la querida colectiva de dos hermanos, hijos de un tal Cherefilo, que traficaba en salazones de mar y que debia á este tráfiico su fortuna inmensa. Los dos hermanos la sostenian espléndidamente, y el poeta cómico Timocles en su comedia de los *Icarios* habia satirizado en estos términos la riqueza de esta hetaria, de quien decian sus compañeras por una alusion análoga que *olia á marea*:

«Pitionice te recibirá con los brazos abiertos, por tener de tí, á fuerza de caricias, todo lo que yo acabo de darte; porque es insaciable. Sin embargo pídele un tonel de salazon de pescado del que tiene siempre en abundancia, pues se contenta con dos saperdas no saladas de ancha boca.»

La saperda, cuyo consumo era considerable en el pueblo ínfimo, era un pescado de mala calidad como lo declara solemnemente el gran sofista del arte culinario Arquestrates.

Pitionice que habia sido esclava de la flautista Bacchis, que lo fué á su vez de la hetaria Sinope, vino á ser de repente una semi-reina en el palacio de Babilonia; sino que gozó poco tiempo su fortuna, pues murió muy luego, envenenada sin duda, y el inconsolable Hárpalo le hizo régios funerales.

Estos amores dieron fruto, aunque no de bendicion, en una hija, que andando el tiempo se casó con el escultor arquitecto Caricles, el mismo á quien Hárpalo encargara construir en Atenas un monumento sepulcral en memoria de Pitionice. La infiel difunta tenia tambien su túmulo en Babilonia donde habia muerto. El sepulcro dirigido por Caricles en la via sacra que conducia de Atenas á Eleusis, costó 30 talentos (unos 250.000 francos) Su mole, mas bien que su arquitectura, llamaba la atencion de los viageros.

«Cualquiera que lo vea, esclama Dicearco en su libro la Bajada al antro de Trofonio, se dirá con razon: Sin duda es el sepulcro de un Milciades, de un Pericles, de un Cimon, ó de otro grande hombre; sin duda se erigió á espensas de la república ó á lo menos en virtud de un decreto de los magistrados. Pero cuando sepa que el monumento fué erigido en honor de la hetaria Pitionice, ¿qué pensará de la ciudad de Atenas?»

Hárpalo dió tanta prisa en la construccion de estos monumentos funerarios, que estaban concluidos antes de volver Alejandro de su espedicion á la India. Teopompo en una carta al rey de Macedonia afirma que el gobernador de Babilonia empleó en los trabajos de ambas construcciones la enorme suma de 200 talentos.

«¡Cómo! esclama Teopompo indignado ante este escándalo. Hace mucho tiempo se ven dos monumentos erigidos á Pitionice, el uno cerca de Atenas, el otro en Babilonia, y el que se llamaba tu amigo ¡habrá consagrado impunemente un templo, un altar á una mujer que

se abandonaba á todos los que contribuian á sus gastos, y habrá dedicado este monumento con el nombre de templo y de altar á Vénus Pitionice! ¿No es esto provocar la venganza de los dioses y faltar al respeto que te es debido?»

Alejandro estaba entonces muy ocupado en combatir á Poro para poder mezclarse en lo que pasaba en Babilonia y Atenas, donde Hárpalo divinizaba á una cortesana.

Hárpalo habia ya reemplazado á Pitionice: una simple tejedora de coronas, Glicere, hija de Talaris de Sicion, se habia hecho amar del gobernador de Babilonia de tal manera que vino á ser casi reina de Tarso, y habria llegado á ser diosa, si Hárpalo le hubiera sobrevivido. Pero Alejandro volvia ya victorioso y debia castigar á aquellos de sus oficiales, que, durante su ausencia, se habian hecho indignos de su amistad. Hárpalo mas culpable y comprometido que los otros, hubo de espantarse de sus propias dilapidaciones, y temiendo justamente la cólera de Alejandro, huyó de Tarso con Glicere y todo lo que restaba del tesoro, refugiándose en Atica, desde donde solicitó contra Alejandro el apoyo de los atenienses.

Ya habia formado un cuerpo de ejército con seis mil mercenarios cuando pretendia comprar á toda costa la proteccion de Atenas. Al efecto y con la ayuda de Glicere corrompió á los oradores, pagó el silencio de Demóstenes y pudo interesar al pueblo en su causa con una distribucion de harina que se llamó el *trigo de Glicere* y que originó una locucion proverbial para significar «el lucro de la pérdida mas bien que de la ganancia.» Así se designa este trigo célebre en una comedia satírica, en que Hárpalo era el protagonista y que Alejandro hizo representar en toda el Asia para mortificar á lo menos el orgullo de Hárpalo. Supónese tambien que el mismo Alejandro fué el autor de esta comedia, en que se cuenta que los magos de Babilonia, testigos de la afliccion de Hárpalo á la muerte de Pitionice, hubieron de prometerle hacerla volver de la mansion de las sombras á la luz; pero lo mas probable es que esta pieza de teatro fuera compuesta por Píton de Catana ó de Bizancio, aunque con inspiracion de Alejandro.

Sea lo que quiera, Hárpalo no logró con el concurso de Glicere asegurarse un asilo en la república de Atenas; y estrañado de ella, se retiró á Creta bajo la aprehension de las venganzas de Alejandro, quien no tuvo tiempo de castigarlo, por que uno de sus capitanes hubo

de anticiparse asesinándolo para apoderarse de sus riquezas, resto del tesoro babilónico.

Glicere pudo escapar al castigo y volvió muy decaida de su grandeza á la ciudad de Atenas, donde se puso á ejercer de nuevo sus aptitudes de cortesana. No era ya la vireina de Tarso, que habia recibido honores casi divinos, que habia tenido estátuas de bronce en los templos enfrente de los de Hárpalo; era una hetaria de edad bastante madura, de fatigada belleza, pero de infatigable espíritu.

Linceo de Samos juzgó dignas de mencion sus ocurrencias y las reunió en una coleccion que ya no existe. Ateneo', sin embargo, cita algunas que revindicaban las contemporáneas de Glicere. Muchas hemos apuntado y las dos siguientes pueden pertenecerle.

—«Glicere, hubo de decirle el filósofo Estilpon, tú corrompes la juventud.

—¿Qué importa, si la divierto? contestó la cortesana. Tú la corrompes tambien, sofista; pero la hastías.

Un hombre que regateaba sus favores, vió en una canasta unos huevos.

—¿Son crudos ó cocidos? le preguntó distraidamente.

—Son de plata, contestó Glicere con malicia para traerlo al asunto de la conversacion.

Sus aventuras en Babilonia y en Tarso pusieron en moda á esta cortesana entre los atenienses, que se disputaban el honor de sustituir á Hárpalo. Glicere sin embargo, prefirió á dos hombres de génio, al pintor Pausias y al poeta Menandro. El primero copiaba las flores que ella tegia en coronas y guirnaldas, esforzándose en imitar sus brillantes modelos. Hizo tambien un retrato de la hetaria, sentada y tegiendo una corona: este precioso cuadro, que se llamó *Stephanoplocos* (tegedora de guirnaldas) fué llevado á Roma y comprado por Lúculo, que lo tuvo en gran estimacion entre los demás cuadros de su coleccion.

Los amores de Glicere con Menandro duraron mucho mas que los de Pausias; con ellos soportaba su mal humor el poeta cómico, á cuyo lado hacia ella el oficio de una criada fiel, mas bien que el papel de una querida. Menandro le reprochaba con frecuencia no ser ya lo que habia sido y le pedia cuenta amargamente de su insensata juventud, mostrándose tan celoso del pasado, como del presente.

—¿Me amarias mas, le decia, si hubiera robado los tesoros de Alejandro?

Glicere sonreia sin contestar á estas durezas mas que con su solicitud y afecto, creciente siempre.

Una noche volvia del teatro, triste, apesadumbrado por el mal éxito de una de sus comedias; estaba inundado de sudor y tenia la boca seca. Glicere le presentó un vaso de leche invitándolo á refrescarse.

—Esta leche, dijo Menandro rechazando el vaso y la mano que se lo ofrecia, esta leche sabe á vieja; está cubierta de una crema rancia y repugnante.

Era una cruel alusion al albayalde y demás afeites con que disimulaba Glicere sus arrugas.

—Bien, contestó ésta sin ofenderse; no te pares en esas pequeñeces. Deja lo que hay encima y toma lo que hay debajo.

Glicere le amaba verdaderamente y temia que otras mas jóvenes le arrebataran un amor, que solo conservaba ella á fuerza de artificios, porque Menandro era variable y caprichoso en asunto de amor; sin embargo, se dejó fijar por la cariñosa abnegacion de Glicere, á quien inmortalizó en sus comedias.

—Mas quiero, solia decir esta apasionada hetaria, mas quiero ser la reina de Menandro, que la reina Tarso.

Glicere no tuvo á su muerte un espléndido sepulcro como el *monumento de la Prostituta*, segun se llamaba comunmente el túmulo de Pitionice, pero su nombre quedó en la memoria de los griegos, estrechamente unido al de Menandro, y no fué por tanto menos célebre que Aspasia, Friné y Lais.

CAPITULO XIV.

Introduccion de la prostitucion sagrada en Etruria.—Singular conformacion física de los habitantes de la Italia primitiva.—Roma.—La Loba Acca Larencia.—Orígen del lupanar.—Construccion de la ciudad de Roma sobre el territorio que dejó Acca Larencia á sus hijos adoptivos Rómulo y Remo.—Fiestas instituidas por éstos en honor de su nodriza llamadas Lupercales.—Los Lupercos sacerdotes del dios Pan.—Las sabinas y el Oráculo.—Hércules y Onfale.—La prostitucion religiosa en Roma.—La cortesana Flora.—Su casamiento con Tarucio.—Orígen de las Florales.—Las fiestas de Flora y Pomona.—Las cartesanas en las Florales.—Caton en el Circo.—Vénus Cloacina.—Las Vénus honestas; Vénus Plácida, Vénus Calva, Vénus Generadora.—Vénus impúdicas: Vénus Volupia, Vénus Lasciva, Vénus de buena voluntad.—Templo de Vénus Ericina en Sicilia, reedificado por Tiberio.—Los templos de Vénus en Roma.—Devocion de Julio César á Vénus.—Orígen del culto de Vénus Victoriosa.—Episodio místico de las fiestas de Vénus.—Las veladas de Vénus.—Sacrificios impúdicos ofrecidos á Cupido, á Priapo, á Mutino, etc., por las damas romanas.—Las Priapadas.—Culto deshonesto del dios Mutino.—Mutina.—La diosa hermafrodita Pertunda.—Tichon y Ortane.—Culto infame introducido en Etruria por un griego.—Grandes sacerdotes de esta nueva religion.—Analogia de este cuito con el de Isis.—Los misterios de Isis en Roma.—Los isiacos.—Corrupcion de los sacerdotes de Isis.—Culto de Baco.—Las bacantes.—Fiestas vergonzosas que deshonraban las divinidades de Roma.—El mercado de las cortesanas.—Diferencia entre la prostitucion religiosa griega y la prostitucion religiosa romana.

El Egipto, la Fenicia y la Grecia colonizaron la Sicilia y la Italia estableciendo en ellas sus religiones, usos y costumbres. La prostitucion sagrada no dejó de seguir desde sus primeros tiempos, la emigracion de los dioses y diosas, que cambiaban de clima sin cambiar de carácter. Los monumentos escritos que comprobarian el orígen de esta prostitucion en la isla de los Cíclopes y en la península de Saturno, no existen ya hace muchos siglos; pero se han encontrado en los cementerios etruscos é italo-grecos una multitud de vasos pintados, que representan diferentes escenas de la prostitucion sagrada anteriormente á la fundacion de Roma: son las mismas ofrendas que lle-

vaban las vírgenes á los templos de Babilonia y de Tiro, de Bubata y de Naucrates, de Corinto y de Atenas. La consagrada viene á sentarse en el santuario junto á le estátua de la diosa; el estrangero ajusta el precio de su pudor, y ella deposita este precio en el altar, que se enriquece con este comercio vergonzoso, en que el sacerdote está solo interesado. Tal es, segun los vasos funerarios, la forma casi invariable que debia afectar la prostitucion religiosa en las colonias egipcias, fenícias y griegas.

El culto de Vénus fué ciertamente el primero que se hizo honor en estas colonias, porque en ellas como en todas partes era el mas atractivo y natural; pero se ignoran absolutamente los nombres y atributos que tenia la diosa alegórica de la creacion de los séres. Estos nombres debieron ser tan poco análogos á los que se le dieron en la teogonía romana, que el sabio Varron se apoya en la autoridad de Macrobio para sostener que Vénus no era conocida en Roma en tiempo de los reyes.

Pero Macrobio y Varron debieron decir únicamente que Vénus no tenia aun templos en el recinto de la ciudad de Rómulo, porque la diosa era adorada en Etruria antes de que Roma hubiera sometido este país, que estuvo mucho tiempo en guerra con ella. Vitruvio en su *Tratado de arquitectura*, dice espresamente que segun los principios de los arúspices etruscos, el templo de Vénus no podia estar situado sino extramuros y cerca de las puertas de la ciudad, á fin de que la distancia evitara á los jóvenes frecuentes ocasiones de libertinaje y fuera un motivo de seguridad para las madres de familias.

La prostitucion sagrada no reinaba sola en la Italia primitiva; puede afirmarse que la hospitalaria y la legal reinaban al mismo tiempo, la primera en los bosques y montañas, y la segunda en las ciudades. Las pinturas de los vasos etruscos no nos dejan duda sobre la corrupcion ya refinada que habia penetrado en aquellos pueblos aborigenses, esclavos ciegos y groseros de sus sentidos y pasiones. Casi bastarian inducciones morales, que podrian sacarse de la riqueza y variedad de joyas que usaban las mujeres, para juzgar del desarrollo de la prostitucion, nacida de la coquetería femenina. Vése en mil pruebas, sacadas de los mismos vasos, que la lubricidad de aquellos pueblos indígenas ó exóticos no conocia ningun freno social ni religioso. La bestialidad y la sodomía eran sus vicios ordinarios, y es

tas abominaciones, francamente familiares á todas las edades y clases de la sociedad, no tenian otro remedio que ceremonias de expiacion y purificacion, que suspendian á veces su libre práctica. Como entre todos los pueblos antiguos la promiscuidad de los sexos rendia homenaje á las leyes de la naturaleza, y la mujer sometida á las brutales aspiraciones del hombre, no era ordinariamente mas que el paciente instrumento de sus goces: casi nunca era valedera su eleccion perteneciendo casi siempre á quien tenia la fuerza.

La conformacion física de aquellos salvajes, padres de los romanos justifica, por otra parte, todo lo que se debia esperar de su impúdica sensualidad. Se asemejaban á los machos cabríos; tenian el órgano viril análogo al del toro ó del perro, y por debajo de los lomos un mechon de pelos rojos, que no puede considerarse como un signo convencional en los dibujos que representan esta excrecencia posterior, carnosa y peluda á la vez, rudimento de un verdadero rabo de animal. Seria muy dificil determinar la época en que desapareció completamente tan estraño síntoma del temperamento bestial; pero se le conservó en la iconología como el carácter distintivo del sátiro y del fauno. En una raza tan naturalmente llevada al amor carnal, la prostitucion se asociaba sin duda á todos los actos de la vida civil y religiosa.

La prostitucion se descubre ya en la misma cuna de Roma, donde Rómulo y Remo son lactados por una *loba*. Si hemos de creer al viejo historiador Valerio, citado por Aurelio Victor, por Aulu Gelle y por Macrobio, esta *loba* no era sino una prostituta, llamada Acca Larencia, querida del pastor Faustulo, que recogió á los dos párvulos gemelos, abandonados en las márgenes del Tíber. Acca Larencia habia sido sobrenombrada la *Loba* (*Lupa*) por los pastores de la comarca, que la conocian todos por habársela encontrado muchas veces errante por los bosques y que habian enriquecido con sus dádivas. Merced á sus impúdicos tratos poseía los campos sitos entre las siete colinas y legados por ella á sus hijos adoptivos, que fundaron en ellos la ciudad eterna.

Macrobio dice sin reticencia que la *Loba* habia hecho fortuna abandonándose sin eleccion á todo el que la pagaba (*meretricia quæstu locupletatam.*) Así, pues, el pueblo romano tuvo por nodriza una meretriz y su cuna ó punto de partida fué un *lupanar*. Llamábase así la ca-

baña de Acca Larencia, y este nombre se aplicó despues á las impuras guaridas de sus semejantes, que en memoria de ella fueron tambien llamadas *lobas*. Ya hemos visto que entre los griegos habia tambien *fieras* de la misma especie.

La que lactó á Rómulo y Remo y compró con el producto de su infame tráfico el primer territorio de Roma, debió ejercer mucho tiempo su oficio: *corpus in vulgus dabat*, dice Aulu Gelle, *pecuniamque emeruerat ex eo quæstu uberem*. Murió con la reputacion de una ramera inverecunda, y sin embargo se instituyeron fiestas en su honor bajo la denominacion de *Lupercales*; si no se la divinizó en un templo, fué sin duda por el temor de manchar ese mismo templo con el nombre de *Lupanar*, que ya habia deshonrado la cabaña de Faustulo. Para cohonestar la fundacion de las *Lupercales*, se las presentó como fiestas fúnebres, celebradas en el mes de diciembre en el aniversario de su muerte, y muy luego, por respeto al pudor público, hubieron de abjudicarse al dios Pan. No cabe duda, pues, que la primera fiesta instituida por Rómulo y Remo, ó por su padre adoptivo, el pastor Faustulo, fué en memoria y honor de la *Loba* Acca Larencia.

Esta fiesta que subsistió hasta el siglo v de la era cristiana, no sin haber sufrido numerosas vicisitudes, era en efecto digna de una cortesana. Los lupercos, sacerdotes del dios Pan, con el cuerpo desnudo, escepto una pequeña parte, cubierta con una piel de oveja; con un cuchillo ensangrentado en una mano y un látigo en la otra, recorrian las calles de la ciudad amagando con el cuchillo á los hombres y golpeando á las mujeres con el látigo. Estas, léjos de sustraerse á los golpes, los buscaban con cierta avidez y los recibian con íntima complacencia. Hé aquí el orígen de esta carrera emblemática, que debia dar remedio á la esterilidad de las mujeres haciéndolas concebir, si el látigo divino ó sacerdotal les tocaba en buena parte. Cuando los romanos de Rómulo hicieron el célebre rapto de las Sabinas, con objeto de tener mujeres é hijos con que poblar la ciudad, las sabinas hubieron de mostrarse al principio refractarias á los deseos de sus raptores, siendo infecunda aquella union forzada, bien que no tuvieran que quejarse de sus amantes. Fueron á invocar á Juno á un bosque consagrado á Pan, y el oráculo les dijo:

«Es menester que un macho cabrío os haga madres.»

No hubo que buscar semejante macho: un sacerdote de Pan las

sacó de aquel conflicto, con solo inmolar el macho en el sitio mismo y cortar en tiras ó correas su piel, con las cuales flageló á las sabinas quedando encintas á consecuencias de esta flagelacion, que las lupercales tuvieron el privilegio de continuar.

La mitología latina daba otro orígen á la carrera de los lupercos, orígen mas poético, pero menos nacional. Hércules viajaba con Onfale; un fauno los vé y los sigue furtivamente, con la esperanza de aprovechar un momento en que Hércules dejara á su bella compañera para ejecutar uno de sus doce trabajos. Los dos amantes se detuvieron en una gruta, donde senaron, habiendo antes trocado los vestidos por divertirse: Onfale se habia puesto la piel del Leon de Nemea, echándose á la espalda el carcax lleno de envenenadas flechas; y Hércules descubriendo su peludo pecho, se adornó con el collar y brazaletes de su amada. Así disfrazados bebieron hasta embriagarse, y ya dormian cada cual por su lado en lechos de hojas secas, cuando el fauno penetra en la caberna y busca á tientas el lecho de Onfale; sino que, hubo de meterse en el de Hércules, despues de haber huido de la piel de leon que por desgracia no le anuncia lo que encubre. El héroe se despierta y castiga al audaz fauno que habia llevado muy adelante su engaño. Desde entonces, pues, miró Pan con horror el disfraz que habia engañado á su fauno, y para prevenir errores de este género, ordenó que sus sacerdotes fueran desnudos en las lupercales.

El dia de estas fiestas, se sacrificaban cabras y cabrones, que los lupercos desollaban por sí mismos para revestir las ensangrentadas pieles, que tenian la virtud de encender los deseos, infundiendo un ardor capruno en los lascivos sacrificadores del dios Pan. La prostitucion religiosa era, pues, el alma de las lupercales.

Pero no fueron estas las únicas fiestas ni el único culto que la prostitucion habia establecido en Roma, antes del culto y fiestas de Vénus. Bajo el reinado de Anco Marcio, una cortesana llamada Flora, se atribuyó el nombre de Acca Larencia, en memoria de la nodriza de Rómulo: era en extremo bella esta segunda *Loba*, pero no estaba tan bien acomodada, ni mucho menos, como la primera. Fué al templo de Hércules donde pasó la noche implorando la proteccion de aquel potente Dios, el cual hubo de anunciarle en sueños que la primera persona que encontrara al salir del templo, le traeria la fortuna que buscaba. En efecto, al salir de allí, encontró al patricio Tarucio, que

tenia bienes considerables, y que no bien la hubo visto, cuando enamorado de ella quiso hacerla su esposa. A su muerte la dejó por heredera de sus bienes, y Flora á quien habia puesto en moda su casamiento, volvió á tomar entonces su antiguo oficio de cortesana, aumentando así fabulosamente su fortuna, que dejó á su vez en herencia al pueblo romano.

El Senado aceptó sin escrúpulo la herencia, y en reconocimiento decretó que el nombre de Flora fuera inscrito en los fastos del Estado y se perpetuara con fiestas solemnes la memoria de la generosa y benemérita cortesana.

Pero mas tarde, estos solemnes honores tributados á una mujer de mala vida afectaron la conciencia de las gentes honradas, y se imaginó rehabilitar á la cortesana divinizándola.

Flora fué ya desde entonces la diosa de las flores y las *Florales* siguieron celebrándose con esplandor divino y sin escrúpulos de nadie en el mes de abril ó á principios de mayo. Aplicábanse á la celebracion de las florales fiestas las rentas de los bienes de Flora, y cuando estas rentas no fueron ya suficientes hácia los años 513 antes de Cristo, se aplicaron á ellas las multas provinientes de las condenas por crímen de peculado.

Estos regocijos públicos llamados fiestas de Flora y Pomona, conservaron siempre el estigma de su fundacion: los magistrados las suspendieron varias veces, pero el pueblo las renovaba cuando la sequía de la estacion parecia anunciar mala cosecha. Entonces vacaba el pueblo por espacio de seis dias, consagrándose á sus regocijos: coronaba de flores las estátuas y altares de sus dioses y diosas, las puertas de las casas y las copas de sus festines; cubria de yerba fresca las calles y plazas; celebraba en ellas simulacros de caza persiguiendo liebres y conejos, que únicamente las cortesanas tenian el derecho de coger, cuando se metian bajo sus haldas. Los ediles que tenian la direccion suprema de las florales derramaban sobre la multitud una lluvia de habas, guisantes, garbanzos, lentejas y otras semillas leguminosas, que el pueblo se disputaba á puñetazos.

Pero no era esto solo: las florales, que las cortesanas miraban como suyas propias, daban ocasion á desórdenes horribles en el Circo. Las cortesanas salian de sus casas en cortejo, precedidas de trompetas y envueltas en ámplios velos, bajo los cuales iban desnudas y adorna-

das con todas sus joyas: reuníanse todas en el Círco, y allí á vista del pueblo que se apiñaba en derredor, se despojaban de sus velos y se mostraban en la mas indecente desnudez, acompañando con movimientos y contorsiones lascivas aquella escandalosa é infame exhibicion. Corrian, danzaban, luchaban, saltaban como atletas y farsantes, y cada una de sus actitudes impúdicas arrancaba un grito de admiracion y un aplauso de complacencia á aquel pueblo bahuno y delirante.

Luego y de repente otra turbamulta de hombres, igualmente desnudos, se lanzaba á la arena de aquel obsceno palenque, y al son de las trompetas tenia lugar públicamente la mas horrorosa escena de prostitucion humana.

Un dia de estos Caton, el severo Caton, apareció en el Circo en el momento de ir los ediles á dar la señal para los infames juegos: la presencia de aquel gran ciudadano contuvo á los magistrados; las cortesanas permanecieron vestidas, las trompetas en silencio, el pueblo en impaciente espera. Hízosele observar que su presencia era un obstáculo á la celebracion de los juegos. Caton se levantó entonces, se tapó el rostro con el canto de su toga y salió del Circo.

El pueblo batió palmas en aplauso, los ediles hicieron la señal, las trompetas sonaron, las cortesanas se desnudaron y comenzó el espectáculo de pública prostitucion.

Hé aquí la prostitucion mas desvergonzada que se haya producido jamás bajo los auspicios de una diosa: Bien se dejaba comprender que aquella diosa habia sido originariamente la mas inverecunda de las prostitutas.

El culto de la prostitucion estaba mas velado en los templos de Vénus. El mas antiguo de los templos de Roma parece haber sido el de *Vénus Cloacina.* En los primeros tiempos de la república, cuando se limpiaba la gran cloaca construida por el rey Tarquino para conducir al Tíber las inmundicias de la ciudad, se encontró una estátua debajo del fango: era una estátua de Vénus. Nadie se preguntó quien la habia arrojado allí; pero se le dedicó un templo bajo el nombre de *Vénus Cloacina.*

Las cortesanas venian de noche á buscar fortuna al rededor de este templo y de la cloaca, que estaba allí inmediata, y reservaban una parte de sus infames ganancias para ofrecérselas á la inmunda

diosa de la cloaca, cuyo altar llamaba un concurso perpétuo de votos y ofrendas del mismo género.

Vénus tenia templos mas limpios y menos frecuentados en las doce regiones ó cuarteles de Roma: Vénus Plácida, Vénus-Calva, Vénus-Generadora, Venus-Verticordia, Vénus-Ericina, Vénus-Victoriosa, y otras Vénus bastante decentes no autorizaban la prostitucion, tolerándola apenas para uso de los sacerdotes que se consagraban á ella en las sombras de lo oculto. No eran ya lo mismo las Vénus que presidian esclusivamente á los mas secretos misterios del amor. El templo de *Vénus-Volupia*, situado en el décimo distrito, atraia á los libertinos de ambos sexos, que acudian allí á pedir inspiracion á la impúdica diosa; el templo de *Vénus-Salacia* ó Lasciva, cuya situacion en el recinto de Roma no se sabe, era visitada muy devotamente por las cortesanas, que querian perfeccionarse en su profesion; el templo de *Vénus-Lubencia*, ó Libertina, ó mas bien de *buena voluntad* estaba extramuros de la ciudad en medio de un bosque que prestaba su propicia sombra á las aventuras galantes.

Bajo estos diferentes nombres, Vénus halagaba siempre los instintos del placer, sino del libertinaje; pero sus templos, así en Roma, como en Grecia, como en el Asia menor, no estaban deshonrados por un mercado patente de prostitucion. Unicamente las cortesanas llevaban su piedad ó devocion á la diosa hasta el punto de venderse en provecho de ella, pero en todo caso el sacrificio no se consumaba en el interior del templo, á menos que no fuera el sacrificador el mismo sacerdote.

En ningun pasaje de los escritores latinos se ve que los templos de Vénus en Roma tuvieran consagradas, colegios ó comunidades de sacerdotisas, que se prostituyeran á beneficio de sus altares, como sucedia aun en Corinto y en Erice en tiempo de los emperadores. Estrabon refiere en su *Geografía* que el famoso templo de Vénus-Ericina en Sicilia, estaba aun lleno de mujeres afectas al culto de la diosa y ofrecidas á sus altares por los suplicantes que querian tenerla propicia á sus votos. Estas esclavas consagradas podian rescatarse con el dinero que ellas mismas sacaban de la prostitucion y del que solo una parte pertenecia al templo que la protegia. Este famoso templo se derruyó bajo el reinado de Tiberio, quien en su calidad de descendiente de la diosa lo hizo reedificar dotándolo de nuevas sacerdotisas.

En cuanto á los templos de Roma, todos eran de exíguas dimensiones, de modo que el santuario no podia contener mas que el altar, la estátua de la diosa y los instrumentos de los sacrificios; por eso no se penetraba en ellos, y en las fiestas de Vénus, como en las de los otros dioses, las ceremonias se celebraban al aire libre en el pórtico ó en las gradas del santuario. Esta forma de arquitectura parece escluir toda idea de prostitucion sagrada, dependiente á lo menos del templo mismo.

Por otra parte, al adoptar los romanos la religion de los griegos, hubieron de encomendarla á sus costumbres, y el espíritu escéptico de aquel pueblo se avenia mal á actos de fé y abnegacion que para no ser odiosos y ridículos, debian rodearse de candor y sencillez: los romanos no creian en la divinidad de sus dioses.

Es, pues, indudable, que las fiestas de Vénus en Roma eran sino castas, decentes á lo menos en todo lo que concernia al culto, y que servian únicamente de pretesto á las orgías y desórdenes de todas clases que tenian lugar en el interior del domicilio.

Cuando Julio César, que se jactaba de descender de la diosa Vénus, dió nueva espansion al culto de su divina ascendiente, le dedicó templos y estátuas por todo el imperio romano, hizo celebrar en su honor juegos solemnes y dirigió en persona las fiestas magníficas que restituia ó creaba, no tuvo de ninguna manera el pensamiento de poner en vigor bajo sus auspicios la prostitucion sagrada ó religiosa; bien que fuera un gran libertino, él evitó ocuparse de las personificaciones impúdicas de Vénus, que como Lubencia, Volupia, Salacia etc. eran solamente devociones de las cortesanas. Debe notarse además que *Vénus-Cortesana* no tuvo nunca templo en Roma.

En Roma se adoraba sobre todo á *Vénus-Victoriosa*, que parecia la gran protectora de la nacion salida de Eneas, pero no se recordaba la ocasion en que Vénus era adorada como *Vénus-Armada*; orígen esparciaco, no romano, porque Vénus antes de ser Victoriosa, habia sido Armada. En los tiempos heróicos de Lacedemonia todos los hombres válidos salieron de esta ciudad para sitiar á Mesena: los sitiados salieron á su vez secretamente de sus muros y fueron de noche á sorprender á Lacedemonia que habia quedado sin hombres: pero las lacedemonias se armaron precipitadamente y saliendo bravamente al encuentro de los mesinianos, los pusieron en vergonzosa fuga. Por su

parte los espartanos, advertidos del peligro, que corria su ciudad, levantaron el sitio del Mesena y fueron á defender sus hogares: vieron brillar desde léjos los cascos, corazas y lanzas y creyendo tener ya enfrente al enemigo se aprestaron á la liza; pero acercándose mas sus mujeres, se alzaron las túnicas para hacerse reconocer y descubrieron su sexo. Avergonzados de su error los lacedemonios, se precipitaron con los brazos abiertos sobre sus bravas mujeres y sin darles tiempo para desarmarse, trabaron con ellas una lucha amorosa, que engendró el culto de *Vénus Armada.*

»¡Vénus! esclama un poeta de la Antología griega. ¡Oh Vénus! tú que solo amas la risa y el placer de los amores ¿dónde has tomado esas armas guerreras? Tú que te complacias con los cantos de alegría y los suaves sonidos de la flauta en compañía del rubio Himeneo ¿para qué quieres esas armas? No te engrias de haber despojado al terrible Marte. ¡Oh! ¡Cuán poderosa es Vénus!»

Ausonio, imitando este epígrama, hace decir á la diosa: «Si puedo vencer desnuda ¿á qué armarme?» La *Vénus-Victrix* de Roma estaba desnuda, con el casco en la cabeza y el hasta en la mano.

Las fiestas públicas de Vénus fueron, pues, mucho menos indecentes que las de *Lupa* y *Flora*: eran voluptuosas, pero no oscenas, á escepcion de un episodio místico que pasaba á vista de un pequeño número de privilegiadas y que heria en seguida la imaginacion de las personas, á las cuales se les referia con detalles mas ó menos maravillosos. El poeta Claudio no nos dice en qué tiempo se ejecutaba esta ingeniosa suerte de física recreativa. Poníase en un lecho de rosas la estátua de márfil de de la diosa desnuda; se ponia tambien en el mismo lecho, pero á cierta distancia, una estátua de Marte, cubierta de armas de acero, y el misterio no dejaba de consumarse al cabo de algunos instantes: las dos estátuas se movian á la vez y se lanzaban con tanta fuerza la una contra la otra, que sonaban como si saltaran en pedazos; pero permanecian estrechamente abrazadas y jadeantes entre las hojas de rosa. Todo el secreto de esta escena mitológica residia en el vientre de la estátua de marfil, que contenia una piedra de iman, cuya potencia atractiva obraba sobre el acero de la estátua de Marte. Pero esta invencion acusaba una época de perfeccionamiento muy avanzado. Los primeros romanos obraban menos artísticamente con sus primeras Vénus.

Una de estas fué *Vénus-Mirtea*, así llamada ó causa de un bosque de mirto que rodeaba su templo, situado verosímilmente cerca del Capitolio. El mirto estaba consagrado á Vénus y servia para las purificaciones que precedian á la ceremonia nupcial. Segun tradicion los romanos raptores de las Sabinas se coronaron de mirto en señal de victoria amorosa y de fidelidad conyugal. Vénus se habia coronado tambien de mirto, despues de haber vencido á Juan y Palas en el juicio de Páris. Ofrecíanse, pues, coronas de mirto á todas las Vénus y las severas matronas que no adoraban sino Vénus decentes, miraban el mirto con horror, como nos lo asegura Plutarco, porque era à la vez el emblema y el incentivo del placer sensual.

Vénus Mirtea tomó el nombre de *Murcia*, cuando fué trasferido su templo cerca del Circo, al monte Aventino, llamado tambien *Murcio* (Murtius). Entonces las jóvenes doncellas no temieron ya ir á invocar á *Vénus Murcia* ofreciéndole muñecas ó estatuitas de cera ó de barro que recordaban, sin que ellas lo supieran, la antigua costumbre de consagrarse á la diosa haciéndole el sacrificio de su virginidad. Este sacrificio, que babia sido tan frecuente y general en el culto de Vénus, se perpetuaba aun bajo la forma del simbolismo, y en todas partes el hecho brutal habia sido reemplazado por alusiones mas ó menos trasparentes. Así, cuando los romanos ocuparon á Frigia y se establecieron en la Troade, que ellos miraban como la cuna de su raza, encontraron allí una costumbre que se referia al culto de Vénus y que habia sustituido al hecho material de la prostitucion sagrada: pocos dias antes de su casamiento las jóvenes doncellas se consagraban á Vénus, bañándose en el rio Escamandro, en cuyas aguas hubieron de bañarse las tres diosas para ponerse en estado de comparecer ante su juez, el pastor Páris.

«¡Escamandro! esclamaba la troyana que se entregaba á las amorosas ondas de este rio sagrado. ¡Escamandro! recibe mi virginidad!»

El culto de Vénus en Roma no reclamaba sacrificios de la misma especie; las cortesanas eran además las concurrentes mas asiduas á los altares de la diosa, que por la etimología de su nombre, hacía un llamamiento á todos y á todo (*quia venit ad omnia*, dice Ciceron en su tratado de la *Naturaleza de los dioses*; *quod ad cunctos veniat*, dice Arnobio en su libro contra los Gentiles). Las cortesanas le ofrecian con preferencia las insignias y los instrumentos de su profesion, pelucas

rubías, peines, espejos, cinturones, alfileres, sandalias, cascabeles y otros objetos que caracterizaban los secretos de su profesion. Competian todas en despojarse de sus joyas y adornos para presentarlos en ofrenda á la diosa, que debia á su vez volver el doble á sus devotas. Algunas de estas espresaban un reconocimiento mas desinteresado en sus ofrendas, y sus amantes se presentaban con otras no menos espresivas: éste ofrecia la lámpara que habia sido testigo de su dicha; aquel la antorcha ó la palanca que le sirvieran para quemar ó abatir la puerta de su amada; la mayor parte de ellos llevaban lámparas itifálicas ó falos votivos. Sacrificábanse en honor de Vénus, madre del amor, cabras y cabrones, palomas y gorriones que la diosa habia adoptado á causa de su celo por su culto.

Pero si las ceremonias de Vénus no ofendian el pudor en los templos, autorizaban muchos desórdenes en el interior de las casas, sobre todo entre los jóvenes libertinos y las cortesanas.

La mas turbulenta de estas fiestas tenia lugar en abril, mes consagrado á la diosa del amor, porque todos los gérmenes de la naturaleza se desarrollan durante este período regenerador y parece que la tierra, sensible á este estremecimiento de la vida universal, abre su seno á los besos de la primavera. Las noches de abril se pasaban comiendo, bebiendo, danzando, cantando las alabanzas de Vénus bajo cubiertas de verdura y ramas entrelazadas con flores. Llamábanse estas noches *Veladas de Vénus*, y toda la juventud romana tomaba parte en tales diversiones con el ardor de su edad, mientras que los ancianos y las mujeres casadas se encerraban en el fondo de sus casas bajo la tutela de sus lares por no oir aquel ruido de cantos, danzas y risas.

A veces se ejecutaban con ocasion de estas fiestas, pero solamente en ciertas sociedades disolutas, danzas y pantomimas licenciosas, que ponian en accion las principales circunstancias de la historia de Vénus: representábanse alternativamente el Juicio de Páris, las Redes de Vulcano, los Amores de Adonis y otras muchas escenas de aquella impura, mas poética mitología. Los actores que figuraban en estas pantomimas estaban completamente desnudas y se esforzaban en imitar con toda la espresion posible los hechos amorosos de dioses y diosas, de tal manera que Arnobio hablando de estas diversiones plásticas, dice que Vénus, la madre del pueblo soberano, viene á ser una bacante ébria que se abandona á todas las obscenidades é infamias de

las cortesanas (*regnatoris et populi procreatix amans soltatur Vénus et per affectus omnes meretriciæ vilitatis impudica exprimitur imitatione bacchari*). Dice Arnobio además que la diosa debia sonrojarse de ver las horribles indecencias que se atribuian á su Adonis.

Y ¡cosa rara! las mujeres romanas tan reservadas respecto del culto de Vénus, no tenian ningun escrúpulo en esponer su pudor á la práctica de ciertos cultos mas deshonestos y vergonzosos, que no concernian sin embargo sino á diosas y dioses subalternos: á Cupido, á Tutana, á Matina, á Pertunda, á Priapo, sobre todo, ofrecian ellas sus sacrificios. Y no ya solo en el interior del domicilio tenian lugar estos sacrificios y ofrendas, sino tambien en los templos públicos, ante las estátuas erigidas en calles y plazas. No eran, no, las cortesanas las que se dirigian á este misterioso Olimpo del amor sensual: Vénus les bastaba bajo sus múltiples nombres y variadas figuras; eran las matronas, eran tambien las vírgenes las que se permitian el ejercicio de estos secretos é impudentes cultos. Verdad es que no se dedicaban á ellas sino veladas y antes ó despues de la luz del sol; pero no temian, no se avergonzaban de ser vistas ó reconocidas adorando á Priapo y á su cortejo de infames dioses. Puede creerse sin embargo, que conservaban puro el corazon en presencia de aquellas impuras imágenes que ostentaban su monstruosa obscenidad en todas partes, en las calles, en los jardines, en los campos, bajo pretesto de ahuyentar los ladrones y los pájaros.

Es difícil precisar la época en que el dios de Lamsaco fué introducido y vulgarizado en Roma. Su culto que estaba allí escandalosamente esparcido entre las mujeres mas respetables, no parece haber sido regulado por leyes fijas del ceremonial religioso. El dios no tenia tampoco templos servidos por sacerdotes ó sacerdotistas, pero sus estátuas falófaras eran tan numerosas como sus adoradoras, que hallaban en su devocion mas ó menos ingeniosas las diferentes formas del culto que daban á aquel impúdico dios. Priapo que representa bajo una figura humana monstruosamente dotada de atributos sexuales, el alma del universo y la fuerza procreadora de la materia, no hubo de ser admitido sino muy tarde en la teogonía griega; mas tarde aun llegó á la de los romanos, que no lo tomaron en sério, con sus orejas de cabra, sus cuernos de cabron y su insolente emblema de virilidad. Las romanas, al contrario, lo honraron, por decirlo así, con su proteccion particular y no lo trataron como un dios impotente y ridículo.

Este Priapo, de quien los mitólogos hicieron un hijo natural de Vénus y de Baco, no era sino mas bien, una encarnacion del Mendes ó del Horus de los egipcios, el cual personificaba tambien los principios generadores de la naturaleza. Pero las damas romanas no buscaban tan léjos el fondo de las cosas: su dios favorito presidia á los placeres del amor, al deber del matrimonio y á toda la economía erótica. Esto era lo que lo distinguia particularmente de Pan, con quien tenia mas de una relacion de aspecto y atribuciones. Dábasele ordinariamente la forma de un Hermes y se le empleaba en el mismo uso que los Términos en los jardines, en los huertos y en los campos, que tenia la mision de proteger con su maza ó con su palo.

Los monumentos antiguos nos han hecho conocer los diversos sacrificios que Priapo recibia en Roma y en todo el imperio romano. Se le coronaba de flores ó de ojas, se le cubria de guirnaldas, se le presentaban frutas: ya nueces en alusion á los misterio: del matrimonio, ya pomas en memoria del juicio de Páris; quemabánse ante él, en un altar portátil, garbanzos, flor de trigo, ancolia ó lampazo; se danzaba al son de la lira ó de la doble flauta, en torno de su pedestal, y cada cual se abandonaba con mas ó menos ardor á las inspiraciones de su imágen lúbrica. Lo que únicamente distinguia estos sacrificios y ceremonias á las mujeres honradas de las disolutas, era el velo, tras del cual se creia al abrigo su pudor.

Muchas veces las coronas doradas ó floridas que se dedicaban al dios de Lamsaco no se ceñian á su cabeza, sino que se colgaban en la parte mas deshonesta de la estátua. *Cingemus tibi mentulan coronis.* esclama un poeta de las *Priapadas.* Otro poeta de la misma cita aplaude á una cortesana, que, colmada de los favores y medros de la prostitucion ofrece á Priapo, á quien llama *santo*, una corona con esta invocacion: *Cinguit inaurata penem tibi, sante, corono.*

Por lo demás el atributo priápico reaparecia sin cesar, como un emblema figurado en una multitud de circustancias de la vida privada, y las miradas modestas, á fuerza de verla multiplicarse, por decirlo así, con mil caprichosos destinos, no lo encontraban sino con indiferencia y distraccion: era una lámpara, ó una antorcha, ó una joya ó cualquier pequeño mueble ó utensilio de bronce, de marfil, de arcilla, de cuerno; era principalmente un amuleto que mujeres y niños llevaban al cuello para preservarse de enfermedades y de filtros; era

lo mismo que en Egipto, el guardian tutelar del amor y el auxiliar de la generacion. Los pintores y estatuarios se complacian en darle alas, ó patas, ó garras, queriendo espresar que desgarraba, que corria, que volaba al dominio de Vénus. Este objeto tan obsceno habia, pues, perdido de este modo su carácter de obscenidad, y el espíritu se habia casi deshabituado á reconocer con él lo que los ojos no veian. Pero el culto de Priapo no dejaba por eso de ser ocasion de muchas impurezas secretas.

Este culto comprendia además el de el dios *Mutino*, *Mutinu*, ó *Tutuno*, que no diferia de Priapo mas que por la posicion de sus estátuas, pues se representaba sentado en vez de estar de pié, y además sus estátuas, que no fueron nunca numerosas, se ocultaban en edículos rodeados de un bosque donde los profanos no penetraban. Este Mutino descendia en línea recta del ídolo itifálico de los pueblos primitivos del Asia, servia tambien al mismo uso y perpetuaba en medio de Roma la mas antigua forma de la prostitucion religiosa. Las jóvenes esposas eran conducidas á este ídolo, antes de serlo á sus maridos y venian á sentarse en sus rodillas como para afrecerle su virginidad: *In celebratione nuptiarum*, dice San Agustin, *super Priapi scapum nova nupta sedere jubebatur*. Lactancio parece decir que no se limitaban á ocupar este asiento indecente: *Et Muturnus*, dice, *in cujus sinu pudendo nubentes præsident, ut illarum pudicitiam prior deus delibasse videatur.* Esta *libacion* de la virginidad era á veces un acto real y verdadero.

Despues, una vez casadas las mujeres que querian combatir la esterilidad, volvian á visitar al dios, que las recibia otra vez en sus rodillas y las hacia fecundas.

Arnobio refiere con asombro las horribles particularidades de este sacrificio: *Etiam ne Tutunus cujus immanibus pudendis, horrentique fascino, restras inequitare matronas et auspicabile ducitus et potatis.* Hay que remontarse á las odiosas prácticas de las religiones de la India y de la Asiria para encontrar un simulacro análogo de prostitucion sagrada; pero en el Oriente, en las primeras edades del mundo, el dios generador y regenerador tenia un culto solemne que se le rendia públicamente, y simbolizaba la fecundidad de la madre Naturaleza, mientras que en Roma, este culto aminorado y decaido se ocultaba vergonzosamente en las sombras de un edículo, donde el desprecio público relegaba al infame dios Mutino. Este edículo se erigió prime-

radamente en el distrito ó cuartel llamado *Velia*, á un estremo de la ciudad; fué destruido bajo el reinado de Augusto, que quiso abolir aquel albergue de prostitucion sagrada; pero el culto de aquel horroroso Mutino, estaba ya tan hondamente arraigado en las costumbres del pueblo, que fué preciso reconstruir el templo en el campo de Roma y dar así satisfaccion á las jóvenes casadas y á las mujeres estériles, que iban á él veladas, no ya solo de todos los cuarteles de Roma, sí que tambien de los puntos mas lejanos de Italia.

Algunos sabios han asegurado, con referencia á Festo, que el templo de Mutino encerraba además de la estátua de este dios, la de su mujer Tutuna ó Mutuna, que no estaba allí mas que para presidir al misterio de la devirginacion y no veia á nadie sentarse en sus rodillas.

La diosa cuyo nombre derivado del griego espresa el sexo femenino y designa especialmente su naturaleza, no tenia una postura mas honesta que la de las suplicantes que se dirigian á su divino esposo.

No debe confundirse, sin embargo, á Mutuna con *Pertunda*, diosa hermafrodita que no tenia otro santuario que el cubículo ó dormitorio de los esposos la noche nupcial. Esta Pertunda, que San Agustin queria mas bien llamar Pertundo, era conducida al lecho nupcial donde, segun Arnobio, ejercia á veces funciones tan delicadas como las del esposo: *Pertunda in cubiculis præsto est virginalem scrobem effodientibus maritis*. Resto singular de la prostitucion sagrada, bien que la diosa no recibiera el sacrificio de la virginidad, pues solo ayudaba al marido á inmolarla.

Tambien se hacían intervenir en igual caso otra diosa y otro dios igualmente enemigos de la castidad conyugal, el dios Subigo y la diosa Prema, encargados respectivamente de enseñar su deber al esposo y á la esposa: *ut subacta á sponso viro*, léese con sorpresa en la *Ciudad de Dios* de San Agustin, *non se commoveat quum premitur*. Respecto á los diosecillos Tichon y Ortanes humildes caudatarios del gran Priapo, no figuraban en la córte de Vénus, sino como instigadores lascivos de la prostitucion religiosa.

Ignórase, sin embargo, quienes eran estos impúdicos dioses, cuyos nombres apenas se hallan citados por el oscuro Licofronte y por Diodoro de Sicilia no se sabe á qué especialidad del placer presidian, ni se

podria formar ninguna conjetura fundada, respecto á su culto é imágenes. No seria imposible que estos dioses que no nos recuerda ningun monumento figurado, fueran los mismos que introdujo en Etruria el año de Roma 566, 186 antes de Cristo, un miserable griego de baja extraccion medio sacerdote medio adivino ó agorero. Estos dioses desconocidos, cuyos nombres no ha conservado la historia, autorizaban un culto tan monstruoso y tan abominables misterios, que la opinion pública hubo de pronunciarse en su contra y condenarlos. Al principio únicamente las mujeres se consagraban á los nuevos dioses, y aunque con infames ceremonias, acudian diariamente á consagrarse gran número de devotas, curiosas ó disolutas. Luego fueron tambien admitidos los hombres á la práctica de este obsceno culto, que inficionó toda la Etruria y penetró por fin en Roma.

Muy luego hubo en esta ciudad mas de seis mil iniciados de ambos sexos: sus gefes principales y grandes sacerdotes eran M. C. Atinio, del pueblo ínfimo de Roma; L. Opiternio, del pais de los Faliscos; y Menio Cercinio de la Campania. Llamábanse ellos audazmente fundadores de una nueva religion; pero el Senado instruido de las execrables prácticas de aquel culto parásito, lo proscribió por una ley, ordenó que todos los instrumentos y objetos consagrados fueran destruidos y decretó pena de muerte contra el que tratara de corromper así la moral pública. Muchos sacerdotes que hacian iniciaciones apesar de la prohibicion del Senado, fueron presos y condenados al último suplicio. Preciso fué emplear todo este rigor para atajar el alarmante progreso de un culto que se dirigia á los mas groseros apetitos de la naturaleza humana. Pero la huella de este libertinaje sagrado no se borró jamás de las costumbres y creencias del pueblo ínfimo de Roma.

Tal vez habia íntimas relaciones entre este estraño culto, que el Senado procuraba destruir, y el culto de Isis, que fué igualmente y muchas veces objeto de las proscripciones de los magistrados. No se sabe en que época fué introducido por la primera vez el culto isiaco; solamente se sabe que llegó allí disfrazado bajo una forma asiática muy diferente de su orígen egipcio. En Egipto los misterios de Isis, la diosa generadora de todas las cosas, no fueron siempre castos é irreprochables, pero representaban en alegorías la creacion del mundo y de los séres, el destino del hombre, el estudio de la sabiduría y la vida futura de las almas. Entre los romanos, como en Asia, estos mis-

terios no eran sino pretestos y ocasiones de desórdenes de todo género: la prostitucion sobre todo estaba en primera línea. Hé aquí porque el templo de la diosa en Roma fué demolido diez veces y otras tantas reedificado; hé aquí por que el Senado solo toleró al fin las isiacas por la proteccion que les otorgaban algunos ciudadanos ricos y poderosos; hé aquí por qué, apesar de la prodigiosa estension del culto de Isis en tiempo de los emperadores, las gentes honradas lo miraban con horror y nada despreciaban tanto como un sacerdote de Isis.

Apuleyo en su *Asno de oro* nos hace una descripcion muy pálida de los misterios en que se habia hecho iniciar y cuyas ceremonias secretas no se permite revelar. Muéstranos la procesion solemne en que un sacerdote lleva en sus brazos «la venerable efigie de la omnipotente diosa, efigie que no tiene nada de ave ni del cuadrúpedo doméstico ó salvaje ni se asemeja mas tampoco al hombre, pero venerable por su misma rareza, y que caracteriza ingeniosamente el misticismo profundo y el secreto inviolable de que se rodea esta augusta religion.» Delante de la efigie, que no era otra cosa que un *falo* de oro con emblemas de amor y fecundidad, se agrupaba una multitud de iniciados, hombres y mujeres de todas edades y condiciones, vestidas con túnicas de lino de espléndida blancura: los hombres rapados de cabeza y agitando sistros de metal; las mujeres con la cabellera inundada de esencias y envuelta en trasparentes velos.

Pero Apuleyo omite prudentemente lo que pasaba en el templo donde se efectuaba la iniciacion al ruido de sistros y campanillas. Y todos los escritores de la antigüedad guardan el mismo silencio, respecto de una ceremonia que debia ser sinónima de prostitucion. Ni los mismos emperadores se avergonzaban de iniciarse en tales misterios tomando al efecto la máscara de cabeza de perro, en honor de Annubis hijo de Isis.

Esta diosa, pues, mas bien que Vénus, era la que presidia á la prostitucion sagrada en Roma y en todo el imperio. Templos y santuarios tenia por todas partes en la época de la mayor depravacion de las costumbres. El principal que tuvo en Roma, estaba situado en el Campo de Marte: sus dependencias, sus jardines y sus subterráneos de iniciacion debian ser considerables, porque se evalúa en muchos millares de hombres y mujeres la afluencia de iniciados que acudian procesionalmente á las fiestas isiacas. Habia además en el sagrado recinto un comercio permanente de libertinaje, en el cual intervenian los

sacerdotes de la diosa, manchados de todos los vicios y capaces de todos los crímenes.

Estos sacerdotes formaban un colegio ó corporacion bastante numerosa que vivia en familiaridad impúdica: ébrios yahitos siempre, se abandonaban escandalosamente á todos los estravíos y desórdenes de las pasiones torpes; y vestidos con sus túnicas de lino manchadas de vino, mugre y otras suciedades y cubiertos con sus máscaras de perro, recorrian las calles de la ciudad pidiendo de puerta en puerta limosna á son de sistro y amenazando con la cólera y venganzas de Isis á los que no eran generosos.

Hacian tambien el vergonzoso oficio de rufianes, encargándose, en concurrencia con las viejas cortesanas, de todos los negocios amorosos, de la correspondencia, de las citas, de los tráficos, de las intrigas, de las seducciones. Su templo y sus jardines servian de asilo á los amantes que ellos protegian, y á las adúlteras, que encubrian ó disfrazaban con túnicas y velos de lino. Los maridos y los celosos no penetraban impunemente en aquellos lugares consagrados al placer, donde solo se veian parejas amorosas y no se oian mas que tiernos suspiros.

Juvenal en sus *Sátiras* habla con frecuencia del uso habitual de los templos de Isis.

«Muy poco tiempo hace aun, dice en su sátira IX, manchabas muy regularmente con tu presencia adúltera el santuario de Isis, el templo de la Paz en que Ganimedes tiene una estátua, la misteriosa mansion de la *Buena Diosa*, la morada de Céres (por que ¿cuál es el templo en que no se prostituyen las mujeres?) y, lo que tú no dices, te enredabas tambien con los maridos.»

Esta doble prostitucion estaba, pues, tolerada, sino autorizada y protegida en todos los pueblos de Roma, sobre todo en aquellos que tenian para encubrirla bosques de laureles ó de mirtos.

El culto de Isis se referia tambien al de Baco, que era adorado como una de las divinas encarnaciones de Osiris. La mitología de este dios vencedor tenia muchos puntos de contacto con la de Vénus, para que el dios y la diosa no fueran honradas de la misma manera, es decir, con fiestas de prostitucion. Estas fiestas se celebraban bajo el nombre de misterios con espantosos escesos de obscenidad, siendo sus mas fervientes y celosos actores los libertinos y las cortesanas: unos y otros, con la denominacion de *bacantes*, corrian durante la noche, casi

desnudos, desgreñados, ceñidos de pámpanos y yedra, agitando tirsos y antorchas al son de címbalos y tambores, trompetas y campanillas; á veces se disfrazaban de faunos los bacantes y andaban montados en asnos.

Todo en este culto báquico simbolizaba el acto mismo de la prostitucion: aquí bebian los bacantes en copas ó vasos de barro en forma de falos; allá enarmolaban el mismo falo, pero de enorme tamaño á la estremidad de los tirsos; las sacerdotisas del dios paseaban el mismo falo la criba y la cesta al rededor de su templo, como en las precesiones isiacas, en que estos tres emblemas representaban la naturaleza macho, la naturaleza hembra y la union de las dos naturalezas; porque la cesta ó canasta mística contenia una serpiente mordiéndose la cola, y unos panecillos en forma de falo y de criba.

Bien se comprenden los increibles desórdenes á que habia de provocar un culto esencialmente erótico tan agradable y simpático á la licenciosa juventud. La alegre turba, escitada con el vino, tenia el derecho de disponer de los hombres y mujeres que encontraba por casualidad en sus correrías nocturnas, y que, perseguia con sus gritos, risas, palabras obscenas y ademanes indecentes: por eso en cuanto sonaba la hora de las *Bacanales*, las mujeres honradas se escondian con espanto en el fondo de sus casas, y cuando oian pasar por delante de sus puertas á los licenciosos y frenéticos bacantes, ofrecian sacrificios á sus dioses lares, invocando á Juno y al Pudor.

Por lo demás, Baco era adorado como dios hermafrodita, y en infames conciliábulos que se celebraban en el seno de sus templos, los hombres se convertian en mujeres y las mujeres en hombres, en medio de una orgía sin nombre que el tambor sagrado animaba y regulaba á la vez.

En todas estas vergonzosas fiestas que deshonraban las divinidades de Roma, las cortesanas, fieles á una tradicion cuyo orígen no se esplicaban, sacaban provecho de sus *estupros* (*stupra*) y de sus prostituciones (*prostibula*); de estos provechos solo se reservaban una parte proporcionada, y depositaban el resto en el altar del dios ó de la diosa, sin que los sacerdotes mismos fueran cómplices en estos tratos de impuro comercio que se hacian en el recinto del templo.

«Hoy es el mercado de las cortesanas en el templo de Vénus, dice una cortesana del *Penulo* de Plauto; allí se reunen mercaderes de amor: voy, pues, á mostrarme allí.»

Ad ædem Veneris hodie ets mercatus meretricius;
Eo conveniunt mercatores: ibi ego me ostendi volo.

Las cortesanas en Roma no se quedaban, como en Grecia, á distancia de los altares; sino que al contrario, frecuentaban todos los templos buscando sin duda en ellos ocasiones afortunadas de provecho. En seguida mostraban su reconocimiento á la divinidad que les habia sido propicia, trayendo al altar la parte del lucro que creian deberle.

La religion cerraba los ojos sobre esta impura fuente de ofrendas y emolumentos; la legislacion civil no se inmiscuia en estos detalles de devocion impúdica que atañian al culto, y gracias á esta tolerancia, ó mas bien ostencion sistemática del registro judicial y religioso la prostitucion sagrada conservaba en Roma casi su misma fisonomía y carácter primitivos, con esta diferencia, sin embargo, que no salia de la clase de cortesanas y que habia venido á ser un accesorio estraño al culto, en vez de formar parte integrante del culto mismo.

CAPITULO XV.

Epoca en que se estableció la prostitucion legal en Roma y por quien fué introducida.—Las primeras cortesanas de Roma.—Instruccion del matrimonio por Rómulo.—Las cuatro leyes que hizo en favor de las Sabinas.—Establecimiento de las vestales por Numa Pompilio.—Muerte de Lucrecia.—El adulterio de los pueblos primitivos de Italia.—Suplicio de las adúlteras en Cumas.—El suplicio del asno.—Las mujeres adúlteras destinadas á la prostitucion pública.—El honor de Cibeles salvado por el asno de Sileno.— Priapo y la ninfa Lotis.—Lugares destinados á recibir las mujeres adúlteras.- Horribles suplicios de estas desgraciadas.—El matrimonio por conferreacion.—La madre de familia.—La esposa. —El matrimonio por coemcion.—El matrimonio por umcapion.—El celibato prohibido á los pratricios.—Un caballo ó una mujer.—Vivió Casca ante los censores.—Las tablas censorianas.—La ley Julia.—Definicion de la mujer pública por Ulpiano.—Diferentes géneros y grados de la prostitucion romana.—Prostitucion errante.—Prostitucion sedentaria.— El lenocinio.—Lenae et Lenones.—La clase de las meretrices.—Las ingénuas.—La nota de infamia.—Licentia strupi.—Leyes y penas contra el adulterio.—El concubinato legal.—Los concubinos.—El impuesto sobre la prostitucion.—El rufian Vetibio.—Ideas de Ciceron.— Indiferencia de la ley hácia los crímenes contra naturam.—La Ley Escantinia.

La prostitucion legal se estableció en Roma bajo una forma regular mucho despues de la fundacion de esta ciudad, que no estaba al principio bastante poblada para sacrificar al libertinaje público la porcion mas útil de sus habitantes. Las mujeres, para formar uniones legítimas, habian faltado á los romanos de tal modo, que tuvieron que recurrir al rapto de las Sabinas; las mujeres les faltaron mucho tiempo todavía para hacer cortesanas. Puede, pues, sentarse con certeza que la prostitucion legal fué introducida en la ciudad de Rómulo por mujeres estranjeras, que fueron allá á buscar fortuna y ejercieron libremente su vergonzosa industria hasta que la policía urbana juzgó prudente organizarla sometiéndola á las leyes especiales. Pero es imposible determinar la época fija de esta invasion de libertinaje en las

costumbres romanas y por consiguiente el punto de partida de la prostitucion legal.

Los grandes recuerdos que la nodriza de Rómulo, Acca Larencia, habia dejado en la memoria de los romanos no tardaron en borrarse ó cubrirse bajo el manto de las lupereales; y cuando la bella Flora los reavivó un momento procurando ponerlos en honor, fueron otra vez mas absorvidos ó disfrazados en una fiesta popular, cuyas mismas indecencias no tenian ya sentido alegórico para el pueblo que se entregaba á ellas con frenesí. Los magistrados y sacerdotes, por otra parte se habian puesto de acuerdo para atribuir las lupereales al dios Pan y las florales á la diosa de las flores y de la primavera, como si hubieran tenido vergüenza de recordar el orígen de aquellas solemnes fiestas de la prostitucion.

Acca Larencia y Flora son, pues, las primeras cortesanas de Roma, pero no debe considerarse su presencia en la ciudad naciente, sino como una escepcion, y hay que esplicar por esta circunstancia acaso las riquezas que adquirieron una y otra en un tiempo en que la concurrencia no existia para ellas. Un docto jurista del siglo XVI pensando en esta rara particularidad, quiso ver en Acca Larencia, y sobre todo en Flora, la prostituta única y oficial del pueblo romano, á imitacion de una reina de abejas, que basta sola á su enjambre; y hubo de sacar de aquí esta conclusion espantosa: que para ser debida y notariamente reconocida por prostituta pública una mujer, habia de abandonarse préviamente á 23000 hombres.

Desde el reinado de Rómulo, si nos contentamos con estudiarlo en Tito-Livio, el matrimonio fué instituido en condiciones de alejar todo pretesto al divorcio y al adulterio; porque el matrimonio considerado bajo el punto de vista político en la nueva colonia, tenia principalmente por objeto apegar los ciudadanos al hogar doméstico y crear la familia al rededor de los esposos. Al principio hubo carencia casi absoluta de mujeres, puesto que para procurárselas, el gefe de aquella colonia tuvo que apelar á la astucia y á la violencia. Cuando llegó el ardid á realizarse y las sabinas se sometieron, de grado ó por fuerza, á los maridos que el azar les habia dado, no todos los hombres válidos de Roma se hallaron provistos de mujeres, y puede suponerse que durante los dos ó tres siglos primeros, el sexo femenino estuvo en minoría en aquella reunion de hombres, venidos de todos los pun-

tos de Italia divididos arbitrariamente en patricios y plebeyos, que vivian separados los unos de los otros.

El matrimonio era, pues, necesario para ligar y retener en un centro comun estas pasiones, estas costumbres, estos intereses esencialmente distintos é inconexos: el matrimonio debia ser fijo y durable á fin de formar la base social del Estado; el matrimonio en fin, repelia y condenaba toda especie de prostitucion, la cual no se hubiera alzado cerca de él, sino en su perjuicio. Los hechos mismos están ahí para hacer ver que habia habido necesidad de rodear de las mas sólidas garantías el matrimonio, tal como Rómulo lo habia prescrito á su pueblo. Las cuatro leyes que dió á la vez en favor de las Sabinas y que fueron grabadas sobre una tabla de bronce en el Capitolio, prueban ampliamente que no habia que temer aun la plaga de la prostitucion.

La primera de estas leyes declaraba que las mujeres serian las compañeras de sus maridos y que entrarian en participacion de sus bienes, de sus honores y de todas sus prerogrativas; la segunda ordenaba á los hombres ceder el paso á las mujeres en público, para darles homenaje; la tercera les prescribia respetar el pudor en sus acciones y palabras delante de las mujeres, de tal modo, que no podian presentarse en público sino con traje talar, que cubriera todo el cuerpo hasta los talones, y el que se presentara desnudo á vista de una mujer (patricia sin duda) podia ser condenado á muerte; finalmente la cuarta ley especificaba tres casos de repudio contra la mujer: el adulterio, el envenenamiento de sus hijos, y la sustraccion de las llaves de la casa. Fuera de estos tres casos, el esposo no podia repudiar á su mujer legítima so pena de perder todos sus bienes, que se repartirian por mitad, entre la mujer y el templo de Céres.

Plutarco cita además otras dos leyes que completaban estas y que revelan las precauciones que Rómulo habia tomado para proteger las costumbres públicas y hacer mas inviolable aun el lazo conyugal. Una de estas leyes ponia á discrecion del marido á su mujer adúltera, á quien podia castigar como lo tuviera por conveniente, despues de haber reunido á los padres de la culpable que comparecia ante ellos; la otra ley prohibia á las mujeres beber vino so pena de ser tratadas como adúlteras.

Estos rigores no hubieran podido concordar con la tolerancia de la

prostitucion legal: debe, pues, reconocerse en este austero respeto á las conveniencias sociales, que la prostitucion no existia aun abiertamente, bien que se ejerciera en secreto fuera del recinto de la ciudad, en los bosques que la rodeaban. Rómulo no tuvo necesidad de cerrar las puertas á desórdenes que se ocultaban por sí mismos en las sombras de los bosques y en el seno de las agrestes grutas. Sus sucesores, animados de su pensamiento legislativo, se ocuparon tambien en depurar las costumbres y santificar el matrimonio.

Numa Pompilio instituyó el colegio de las Vestales haciendo construir el templo de Vesta, donde mantenian el fuego sagrado como un emblema de la castidad. Las vestales hacian voto de guardar virginidad por espacio de treinta años, y las que infringian este sagrado voto corrian riesgo de ser enterradas vivas; sino que no era fácil convencerlas de sacrilegio, á no sorprenderlas in fraganti. En cuanto á su cómplice, cualquiera que fuera, perecia á latigazos, que le administraban las demás vestales para vengar la ofensa hecha al honor de todas ellas. En el espacio de mil años solo diez y ocho vestales fueron enterradas vivas, convictas de haber estinguido el fuego sacro del pudor.

Numa hubiera querido trocar en vestales á todas las romanas, pues ordenó por una ley, que llevaran solamente vestidos largos y modestos, es decir ámplios y flotantes, con velos que les cubrieran, no solo el seno y el cuello, sino tambien el rostro: Una dama romana así velada y envuelta en su túnica y manto de lino, se asemejaba á la estátua de Vesta, que hubiera descendido de su pedestal; su andar grave é imponente solo inspiraba sentimientos de veneracion, como si fuera la misma diosa, y cuando los hombres se apartaban para dejarle paso, no la seguian sino con una mirada de casta admiracion. La muerte trágica de Lucrecia, que no pudo resignarse á sobrevivir á su afrenta, es la prueba mas convincente de la pureza de costumbres en aquella época: el pueblo todo sublevándose contra el autor de un atropello cometido en el lecho conyugal, protestaba á nombre de la moral pública.

Hay además numerosos testimonios del horror y desprecio que inspiraba el crímen del adulterio en los pueblos primitivos de Italia, que habia inficionado sin embargo la corrupcion griega y fenicia. En Cumas, en Campania, por ejemplo, una mujer sorprendida en adulterio,

era despojada de sus vestidos, conducida inmediatamente al foso, y espuesta completamente desnuda sobre una piedra á las injurias, burlas y salivas del populacho por espacio de muchas horas: despues se la montaba en un asno y se la paseaba por toda la ciudad entre gritos y sarcasmos. No se le imponia otro castigo, pero quedaba ya con esto infamada y el mote alusivo que se le daba, venia á ser el sello de esa ignominia, durante el resto de su existencia abyecta ya y miserable.

Segun ciertos comentadores, la pena del adulterio en el Lacio y las comarcas limítrofes, habia sido mas escandalosa que el adulterio mismo. El asno de Cumas figuraba tambien en aquella estraña jurisprudencia; pero el oficio que se le hacia ejercer, no se limitaba á servir de cabalgadura á la paciente, la cual venia á ser públicamente víctima del libidinoso cuadrúpedo. Era una diversion monstruosa, digna de la barbárie de los faunos y aborígenes que habian poblado aquellas salvajes soledades.

Las infelices que sufrian tan bárbaro castigo no formaban ya parte de la sociedad sino para servir de escarnio y para satisfacer otras brutalidades, toda vez que estas pobres mujeres pertenecian ya al público. Ellas fueron verosímilmente las primeras prostitutas que se destinaron al uso general de los habitantes del país. Aquí por decencia, se hizo desaparecer la obscena intervencion del asno; allá, al contrario, se conservó como un emblema la presencia de este animal, á quien no estaban ya reservadas las funciones de verdugo. Y hay que hacer remontar á este antiguo orígen el paseo sobre un asno que se vé tan repetido en la edad media, no solo en Italia, sino en todos los pueblos de Europa, donde la ley romana habia penetrado. El asno representaba evidentemente la lujuria en su mas brutal acepcion y se le abandonaban, por decirlo así, las mujeres que habian perdido su dignidad cometiendo un adulterio ó entregándose al libertinaje público. No se sabria decir si el irracional mostraba ó no inteligencia en los suplicios que se le cometian; se sabe solamente que en estas circunstancias, bastante raras entre los antiguos romanos, llevaba una campanilla suspendida á las orejas, á fin de que cada uno de sus movimientos publicara la vergüenza de la condenada.

Esta campanilla fué además un atributo heróico del asno de Sileno, que á pesar de su lascivia, mereció la benevolencia de Cibeles

por haber salvado el honor de esta diosa. Dormia Cibeles en una apartada gruta y el indiscreto Céfiro se divertia en levantar los paños de su velo: acertó Priapo á pasar por allí, y no bien hubo visto aquella divina belleza, cuando se dispuso á aprovechar la ocasion; sino que el asno de Sileno vino á estorbar sus propósitos poniéndose á rebuznar ruidosamente. Cibeles se despertó y tuvo aun tiempo de escapar al temerario intento de Priapo. En reconocimiento, tuvo á bien consagrar al servicio de su templo el asno, que tan oportunamente la advirtiera, poniéndole una campanilla en las orejas en memoria del peligro que habia corrido, y cada vez que oia sonar este instrumento, miraba á su alrededor para asegurarse de que Priapo no estaba allí.

Éste, en cambio, miró ya desde entonces con tal aversion al asno, que nada le era tan agradable como el sacrificio de este animal. El mismo Priapo, segun muchos poetas, habria castigado al asno, desollándolo para enseñarlo á callar. Verdad es que el intencionado bruto hubo de rebuznar otra vez en situacion análoga. Priapo encontró en el bosque á la ninfa Lotis, dormida como Cibeles sin temer ninguna ofensa; y se aprestaba ya el dios impúdico á caer sobre su presa, cuando el asno rompió á rebuznar de nuevo despertando á la bellísima Lotis. La ninfa guardó rencor al asno mas aun que á Priapo; y los romanos debieron sin duda aceptar las influencias de Lotis, pues miraban con ódio y casi con horror al asno, cuyo encuentro les parecia de mal agüero.

Cuando el asno fué sucesivamente privado de sus viejas prerogativas en el castigo de las adúlteras, no se hizo mas que darle un suplente bípebo y á veces mas de uno al mismo tiempo, respetando siempre el uso de la campanilla como un monumento de la antigua pena. La costumbre, mas bien que la ley, debió establecer esta otra forma de castigo para los culpables de baja condicion; porque es difícil suponer que los patricios, aun por vengar sus injurias personales, se pusieran á la merced de la insolencia y brutalidad del populacho. Habia en varios distritos de Roma, los mas excéntricos de la ciudad, y probablemente cerca de los edículos de Priapo, ciertos lugares destinados á recibir las mujeres adúlteras y á esponerlas al ultraje del primero que llegara. En estas especies de prisiones, aclaradas por estrechas ventanas y cerradas por sólidas puertas, un lecho de piedra cubierto apenas de paja estaba siempre dispuesto á recibir las vícti-

mas, que entraban andando al revés en aquel lugar de ignominia: cabezas de asno esculpidas en relieve en la parte esterior de estas sentinas, anunciaban que este bruto presidia aun á los impuros misterios de un bárbaro suplicio. Un campanil dominaba la cúpula de este edificio que fué tal vez el orígen de la picota de los tiempos modernos.

Ahora bien; la mujer sorprendida en adulterio, pertenecia ya al pueblo, ya se la abandonara el marido ultrajado, ya la condenara el juez á la prostitucion pública; y en medio de las risas, de las burlas y provocaciones mas obscenas, era arrastrada á su ominoso destino: ningun rescate podia redimirla, ninguna súplica, ningun esfuerzo sustraerla á tan horrible tratamiento. Cuando media desnuda, ultrajada, escupida, entraba en el lugar del suplicio, se cerraba la puerta de nuevo y se jugaba una lotería con dados ó huesecillos numerados, que asignaba á cada ejecutor de la ley el turno que le correspondia en aquella abominable forma de justicia criminal. Cada cual á su turno entraba en la prision y al mismo tiempo una multitud de sórdidos curiosos se precipitaban á las rejas de la ventana para presenciar el odiosísimo espectáculo, que el son de la campana anunciaba á los distantes entre la gritería de la vil y desvergonzada chusma. La campana y los gritos volvian á oirse siempre que un nuevo atleta aparecia en la arena á vencer á una débil mujer, en la mas cobarde é infame de las luchas.

Segun autoridad de Sócrates, el Escolástico, esta prostitucion asombrosa estuvo en vigor en todo el imperio romano hasta el siglo quinto de la era cristiana. El asno primitivo no existia ya, sino figuradamente en los desórdenes de penalidad semejante; pero el pueblo conservaba el recuerdo rebuznando como él durante la ejecucion, que terminaba las mas veces por la muerte de la mujer, y en todo caso por el sacrificio de un asno en el súcio altar del vecino Priapo.

Sin embargo, es probable que los romanos no menospreciaran tanto como aparentaban, el animal cuyo nombre significaba un gran golpe de azar: con frecuencia un amante, un jóven esposo suspendia á las columnas de su lecho una cabeza de asno y una cepa de vid para celebrar las hazañas de una noche amorosa, ó para prepararse á las que proyectaba; el asno llevaba las ofrendas del templo de la casta Vesta; el asno iba orgullosamente en las fiestas de Baco, y como lo decia un

epígrama célebre, si Priapo habia tomado en aversion al asno, era por que estaba celoso de él.

Si el castigo del adulterio era diferente entre los patricios y plebeyos, era porque el matrimonio diferia tambien entre los unos y los otros. Rómulo, que fué un legislador tan sabio como austero, á pesar del rapto de las Sabinas, quiso hacer del matrimonio una institucion, por decirlo así, patricia, porque lo consideraba indispensable á la conservacion de las familias de la aristocracia hereditaria. Este matrimonio, el único de que se ocupara al principio, se llamaba *confarreatio*, porque los dos esposos, durante las ceremonias religiosas, se dividian un pan de trigo (*panis farreus*) y se lo comian simultáneamente en signo de union. Para ser admitidos á una alianza que daba derecho á varios privilegios, era menester que los dos esposos fueran préviamente reconocidos como patricios, y admitidos en consecuencia á interrogar á los aruspices que no concernian mas que á la nobleza. Rómulo estableció ciertamente esta ley, que los decenviros incorporaron tres siglos mas tarde á las leyes de las *Doce Tablas*:

«No será permitido á los patricios contraer matrimonio con plebeyos.»

Estos últimos ofendidos de tal exclusion, protestaron mucho tiempo, antes que fuera borrada del Código de los ciudadanos. Este matrimonio por *confarreacion* parecia el único legítimo, ó respetable á lo menos, pues ponia á la mujer en cierto modó sobre un pié de igualdad con su marido, haciéndola participar de todos los derechos civiles, que éste se habia atribuido; de manera que esta mujer, honrada con el título de *madre de familia* (*materfamilias*) era apta para heredar á su marido y á sus hijos.

La condicion de madre de familia no presentaba ninguna analogía con la servidumbre que esperaba á la esposa plebeya (*uxor*) en el estado de matrimonio por *coemcion* y por *usucapion*, las dos formas distintas que revestia el matrimonio legal de los plebeyos. El nombre de coemcion indica bastante que se hacia alusion á una compra y á una venta.

La mujer para casarse así, llegaba al altar con tres ases (moneda de cobre equivalente á un sueldo de nuestro numerario) en la mano; daba un as al esposo que tomaba ante los dioses y los hombres, y se reservababa los otros dos ases, como dando á entender que no rescataba

mas que un tercio de su esclavitud y que el matrimonio no la libertaba sino en parte.

Otros juristas pretenden que por este símbolo de un trato concluido entre los esposos, la mujer compraba los cuidados y proteccion de su marido. Este matrimonio se reputaba por tan legítimo entre los plebeyos como el de la confarreacion entre los patricios, aunque la *uxor* no tuviera las mismas prerogativas y derechos que la *materfamilias.*

En cuanto á la tercera forma del matrimonio llamada *usucapio*, no era otra cosa que el concubinato legalizado: para contraer este matrimonio era menester que, con el consentimiento de sus tutores naturales, la mujer viviera maritalmente por espacio de un año, sin faltar tres noches seguidas, con el hombre con quien se desposaba asi en ensayo. Este matrimonio concubinario que no se estableció en Roma sino á fuerza de uso, fué consagrado por la ley de las *Doce Tablas* y vino á ser una institucion civil como las otras dos especies de matrimonio.

La poblacion de Roma, compuesta de habitantes tan diferentes de orígen, de país, de lengua y de costumbres, se hubiera vislo inclinada á vivir sin ley ni freno en el mas vergonzoso desórden, si Rómulo, Numa y Servio Tulio, no hubieran creado una legislacion en que el matrimonio servia de lazo y de fundamento á la sociedad romana. Pero como estos reyes no se preocuparon mas que de los patricios, la plebe suplió el silencio de los legisladores respecto á ella, y se formó costumbres que hicieron veces de leyes, hasta que vinieron á ser leyes aceptadas por los cónsules y el senado. Puede suponerse que el matrimonio de los plebeyos fué precedido del concubinato y de la prostitucion, cuando mujeres estranjeras vinieron á buscar fortuna á una ciudad donde los hombres estaban en mayoría y cuando las continuas guerras de Roma con sus vecinos, hubieron traido dentro de sus muros muchas prisioneras que quedaban esclavas ó contraian matrimonio. En todo caso la ley y la costumbre, daban igualmente el poder absoluto al marido sobre la mujer: ésta aunque lo sorprendiera en adulterio, no osaba, como dice Caton, tocarle ni con un dedo (*illa te, si adulteraris, digito non contingere auderet*) mientras que el marido podia hasta matarla, sorprendiéndola en igual caso. Los plebeyos no ejercitaban nunca, á este respecto, el derecho que les concedia la ley; pero los patricios para

quienes el matrimonio era cosa mas séria, se hacian ellos mismos justicia con frecuencia: estos tenian otras ideas que el pueblo sobre la prostitucion, y puede asegurarse que en los primeros siglos de Roma vivian mas casta y conyugalmente que los plebeyos, los que tal vez no se casaban sino por imitar é igualarse á aquellos.

La mujer casada, madre de familia ó esposa, no tenia derecho á demandar el divorcio, aun por causa de adulterio; el marido, al contrario, podia hacerlo en los tres casos que Rómulo habia tenido cuidado de precisar: adulterio, envenenamiento de hijos y sustraccion de las llaves, como indicio de robo doméstico. La mujer tampoco tenia mas poder sobre sus hijos que sobre su marido, quien al contrario tenia sobre ellos derecho de vida y muerte y podia venderlos hasta tres veces.

Este imperio de la paternidad solo existia respecto á los hijes legítimos, lo que demuestra claramente que los hijos de la prostitucion no tenian tutela ni asistencia por parte del Estado, viéndose relegados al populacho con los esclavos é historiones.

No eran hijos naturales los que Roma necesitaba; para nada le servian aquellas pobres criaturas que no podian nombrar á sus padres y se avergonzaban de sus madres: Roma necesitaba ciudadanos y los pedia al matrimonio legalmente contraido. Una antigua ley citada por Ciceron, prohibia al ciudadano romano guardar el celibato mas allá de treinta años. Cuando un patricio comparecia ante el tribunal de los censores, éstos le dirigian ante todo esta pregunta. «En tu alma y conciencia ¿tienes un caballo, tienes una mujer?» Los que no contestaban de una manera satisfactoria tenian que pagar una multa y suspender su demanda hasta haber hecho la adquisicion del caballo y la mujer. Los censores que exigian esta doble condicion civil al patricio, le permitian á veces contentarse con una ú otra cosa; porque el caballo indicaba hábitos guerreros, la mujer hábitos pacíficos.

—Sé conducir un caballo, decia Vivio Casca, preguntado por un censor que le habia reprendido muchas veces su obstinado celibato; pero ¿cómo aprender á conducir una mujer?

—Confieso que es un animal muy reacio, repuso el censor en el mismo tono; pero el matrimonio te ensañará ese género de equitacion.

—Pues bien, replicó Casca, me casaré cuando el pueblo romano se encargue de suministrarme el freno.

Este censor, que se llamaba Metelo Numiadico, no estaba muy convencido él tampoco de los méritos del matrimonio que recomendaba á los demás. Hé aquí como comenzó cierta arenga ante el Senado:

«Caballeros romanos: si nos fuera posible vivir sin mujeres nos ahorraríamos todos satisfactoriamente el mayor de los embarazos; pero una vez que la naturaleza ha dispuesto las cosas de manera que no podemos sobrevivir sin ellas ni vivir agradablemente con ellas, la razon exige que antepongamos el interés publico á nuestra felicidad.»

Los censores que tenian en sus atribuciones los esponsales y matrimonios, estuvieron seguramente encargados antes que los ediles, de vigilar la prostitucion pública.

Servio Tulio ordenó á todo habitante de Roma inscribir en los registros de los censores su nombre, su edad, la condicion de sus padres, los nombres de su mujer y de sus hijos y sus bienes; y el que osaba sustraerse á esta inscripcion era apaleado y vendido como esclavo. Las tablas censorianas se conservaban en los archivos de la república, cerca del templo de la libertad en el monte Aventino. Por estas tablas, que se renovaban por quinquenios, los censores se daban cuenta del movimiento y progreso de la poblacion: por ellas podian saber el número de nacimiento y matrimonios; pero no tenian ningun medio de hacer constar los elementos de la prostitucion, pues las mujeres no comparecian ante ellos ni estaban allí representadas sino por sus padres, sus maridos ó sus hijos. Hay, pues, grandes probabilidades de que las cortesanas ejercieron al principio libremente, fuera del alcance de las leyes de policía; porque estas mujeres escapaban al censo en su mayor parte á lo menos y no tenian necesidad de hacerse reconocer por un acto oficial.

Es imposible determinar la época en que la ley romana distinguió por la primera vez la mujer libre (*ingenua*) de la prostituta, y precisó de una manera fija la condicion de las cortesanas. Hay motivos para creer que estas criaturas desgraciadas estuvieron en cierto modo fuera de la ley por espacio de muchos siglos, como si el legislador no se hubiera dignado hacerles el honor de nombrarlas; pues si bien figuraban por aquí y por allá en la historia de la república, no son mencionadas en las leyes antes del reinado de Augusto, en que la *Ley Ju-*

ha se ocupa de ellas para humillarlas, y hasta un siglo despues de esta memorable ley no se definió la prostitucion con sus infames auxiliares, lo que hizo admirablemente el jurisconsulto por excelencia, Ulpiano. Esta definicion, aunque dada en el siglo segundo, puede sin embargo considerarse como el resúmen de las opiniones de todos los legistas que habian procedido á Ulpiano.

Héla aquí, segun la dá, bajo el título *De ritu nuptiarum* en el libro XXIII de su coleccion.

«Una mujer hace comercio público de prostitucion, cuando no solamente se prostituye en un lugar de libertinaje, sino tambien cuando frecuenta las tabernas y otros sitios en que no guarda su honor.

»Entiéndese por *comercio público* el oficio de las mujeres que se prostituyen entregándose á cualquiera sin eleccion (*sine delectu.*) Así este término no se estiende á las mujeres casadas que se hacen culpables de adulterio ni á las doncellas que se dejan seducir; debe entenderse solo respecto á las mujeres prostituidas.—Una mujer que por dinero se abandona á uno ó dos hombres, no se entiende que hace comercio público de la prostitucion.—Octaveno juzga con razon que la que se prostituye públicamente aun sin tomar dinero, debe ser puesta en el número de las mujeres que hacen comercio público de prostitucion.»

Esta definicion resume ciertamente con mucha claridad los motivos de las mas antiguas leyes romanas relativas á la prostitucion; y aunque nosotros no poseamos esas leyes, fácil es darnos cuenta del espíritu que las dictara. La prostitucion comprendia, por otra parte, diferentes géneros, y por decirlo así, grados diferentes que habian sido clasificados en la jurisprudencia. Así *quæstus* representaba la prostitucion errante ó buscona; *scortatio* la prostitucion sedentaria, que espera y recibe en punto fijo su clientela. En cuanto al acto mismo de la prostitucion, habia el adulterio, ó cópula con una mujer casada; el estrupo, con una mujer honesta, que quedaba ya deshonrada; la fornicacion, con una mujer impúdica que no sufria ningun detrimento de honra. Habia además el lenocinio, es decir, el tráfico mas ó menos directo de la prostitucion, la ayuda mas ó menos complaciente que especuladores desvergonzados le prestaban; en una palabra la induccion á toda clase de libertinaje. Era una de las formas mas infames de la prostitucion, y el jurista no vacilaba en calificar de prostituidas á las viles y abyectas personas, que tomaban

el vergonzoso oficio de escitar á la prostitucion con malos consejos ó pérfidas seducciones á incautas ó imprudentes criaturas, cuyo deshonor y vergüenza esplotaban aquellas á medias. La ley comprendia lo mismo á las mujeres que á los hombres (*lenæ*, *lenones*) dados á esta escandalosa industria; pero no los turbaba en ella, asimilándolos á las gentes que hacian tráfico de su cuerpo. Comprendíanse, pues, en la clase *de meretricibus* no solamente las mediadoras y mediadores que tenian casa abierta de prostitucion cobrando sus derechos de servicio, ya por aprestar sus esclavas, ya por traer ó atraer á las *ingenuæ*; sino tambien los hostaleros, los taberneros, los bañeros que tenian domésticos de uno ú otro sexo para su servicio, pero á sueldo del libertinaje; por manera que el dueño de un establecimiento en que se encubria la prostitucion á su provecho, venia á ser cómplice de ella, cualquiera que fuese por otra parte su carácter ostensible, incurriendo por derecho en la nota de infamia, lo mismo que los miserables objetos de su lenocinio.

La nota de infamia que era comun á todos los agentes intermediarios de la prostitucion, lo mismo que á los condenados en juicio, á los esclavos, á los gladiadores y á los histriones, heria de muerte civil á los que alcanzaba por el mero hecho de su profesion: estos no tenian la libre posesion de sus bienes; no podian testar ni heredar; no tenian la tutela de sus hijos; no podian desempeñar ningun cargo público; no eran admitidos en justicia á hacer acusaciones, ni á dar testimonio, ni á prestar juramento; no podian presentarse, sino por tolerancia, en las fiestas solemnes de los dioses mayores; se veian espuestos á todos los ultrajes y malos tratamientos sin poder defenderse ni aun querellarse; finalmente los magistrados tenian casi derecho de vida y muerte sobre los pobres infames. El que una vez era notado de infamia no se lavaba jamás de aquella mancha, que venia á ser indeleble «porque, decia la ley, la torpeza no puede borrarse por la intermision.» La ley no aceptaba ninguna escusa que pudiera relevar de esta degradacion social al que una vez la habia merecido.

La prostitucion clandestina no estaba mas resguardada de la ignominia que la prostitucion pública: ni la pobreza ni la necesidad la escusaban á los ojos de la ley, que solo apreciaba el hecho sin tener para nada en cuenta motivos ni circunstancias. Con el solo hecho de la infamia, habia siempre una razon suficiente para buscar la prueba

y razon de ser, aun en un pasado remoto. Así, no habia que invocar prescripcion ninguna contra el hecho que implicaba la infamia. Pues que la infamia habia existido, no importa donde ni cuando, existia aun, existia siempre, sin que nada pudiera borrarla ni siquiera atenuar la mancha. El esclavo que habia tenido jóvenes en su casa enriqueciéndose con el producto de su prostitucion, conservaba la nota de infamia, aun despues de haberse emancipado. Ulpiano y Pomponio citan este notable ejemplo de la indelebilidad de la infamia en la jurisprudencia romana. Pero en cambio las jóvenes prostituidas á beneficio de este esclavo no llevaban la nota de infamia, á pesar del oficio á que fueron obligadas durante su servidumbre. Al emperadar Séptimo Severo se debe esta opinion formulada por Ulpiano. Sin embargo, en tiempo de los emperadores sobre todo, la nota de infamia no impidió que las mujeres de condicion libre y aun de noble nacimiento se abandonaran á la prostitucion con la autorizacion de los ediles, autorizacion que se llamaba *licentia strupi*, ó permiso de libertinaje.

Las leyes de los emperadores tuvieron, pues, por objeto, impedir que la prostitucion se estendiera á las familias patricias y arraigara en ellas. Augusto, Tiberio, Domiciano mismo se mostraron igualmente celosos de conservar intacto el honor de la sangre romana protegiendo con rígidas prescripciones la integridad, la santidad del matrimonio que miraban ellos como la ley fundamental de la república. Por lo demás, ellos no se cuidaron mucho de observar las reglas legales que imponian á sus súbditos.

En toda esta jurisprudencia tan complexa y minuciosa contra los adúlteros, la prostitucion es sin cesar perseguida y siempre con un exceso de rigor, que prueba los esfuerzos del legislador por reprimirla, bien que el mismo emperador diera ejemplos de todos los vicios é infamias. La *ley Julia* prohibe á los senadores, á sus hijos y nietos tomar en matrimonios ó esponsales á mujeres cuyo padre ó madre tenga ó haya tenido el oficio de cómico, *meretrix* ó *proxeneta*; igualmente aquel cuyo padre ó madre tenga ó haya tenido uno de estos infames oficios, no puede casarse ni por esponsales con la hija nieta ó biznieta de un senador. Pero como las personas, que la ley declaraba infames habrian podido con frecuencia rehabilitarse invocando el nombre y nacimiento de sus padres nobles, se prohibió absolutamente por decreto del senado la prostitucion á las mujeres cuyo padre, abuelo ó marido perteneciera ó hubiera pertenecido á la clase de caballeros romanos.

Tiberio sancionó este decreto desterrando á muchas matronas romanas, entre otras á Vestilia, hija de un senador que se habia abandonado, mas bien por libertinaje que por codicia, al servicio de la prostitucion popular. Muchas patricias y plebeyas, por sustraerse á las terribles consecuencias de la ley contra el adulterio, buscaban un refugio que creian inviolable, en la vergüenza de esta prostitucion; porque en tiempos de la república, bastaba á una matrona declararse cortesana (*meretrix*) y como tal inscribirse en los registros de los ediles para ponerse ella misma fuera de la ley de las adúlteras.

Para atajar este escándalo y anular sus perniciosos efectos, hubieron de tomarse nuevas precauciones y el senado decretó que toda matrona que para eludir el castigo de adulterio, tomara un oficio infame en calidad de comedianta, de cortesana ó tercera, podria ser sin embargo perseguida en virtud de un senado-consulto. Invitábase, pues, al marido á perseguir á su mujer hasta en el seno mismo de la prostitucion y de la infamia: todos aquellos que á sabiendas hubieran dado la mano á esta prostitucion, el propietario de la casa en que hubiera tenido lugar, el *lenon* que hubiera intervenido, el marido mismo que se hubiera aprovechado del precio de su deshonra, debian ser perseguidos y castigados igualmente como adúlteros. Del mismo modo era acusado de complicidad el dueño de un baño, taberna ó campo en que el crímen se hubiera cometido; y sino se habia cometido en estos sitios, podia perseguirse con el mismo rigor á las personas sospechosas de haber dispuesto ó facilitado el adulterio, suministrando á los culpables medios de encontrarse en entrevistas ilícitas.

Los magistrados llevaron tan léjos como fué posible la aplicacion de la ley como para hacer contraste con el desbordamiento de adulterios y crímenes que arrastraba á su ruina al imperio romano. Viéronse mujeres adúlteras en el tiempo de su primer matrimonio, ser perseguidas despues de sus segundas nupcias por un acusador, que venia á nombre del primer marido muerto, á castigarlas en brazos del segundo. Unicamente la viuda, aunque fuera madre de familia, podia abandonarse impunemente á la prostitucion sin temer persecuciones ni aun de parte de sus hijos.

La jurisprudencia, como se vé, no se ocupaba de la prostitucion sino bajo el punto de vista del adulterio y en interés del matrimonio dejando á las leyes de policía, emanada de la jurisdiccion de los edi-

les y censores, el gobierno de las cortesanas y de los séres depravados que vivian á sus espensas. La prostitucion de las mujeres casadas y el odioso lenocinio de los maridos era lo que particularmente procuraban atacar y reprimir el senado y los emperadores. La ley desde luego conminaba igualmente á las mujeres de todas condiciones; pero se limitó despues á las matronas y á las madres de familia, cuando en la mayor parte de las casas patricias fué pacíficamente establecido el adulterio bajo los auspicios del marido, que esplotaba indignamente la belleza de su mujer impúdica.

La institucion del matrimonio que la ley queria protejer, se comprometió mas que nunca á consecuencia de las torpezas que venian á revelarse en justicia: aquí la mujer partia con su marido el precio vil de su adulterio; allá el marido cerraba los ojos ante el adulterio de su mujer por un precio que no partia con nadie; y casi siempre el peligro del adulterio añadia un atractivo mas á la prostitucion. Pero si el hombre acusado de adulterio probaba que no sabia préviamente el estado conyugal de su cómplice, era absuelto de responsabilidad como si se hubiera dirigido á una simple meretriz.

Teníase buen cuidado de una parte y otra de manejar bien las cosas para eludir el rigor de la ley; y así las matronas para correr aventuras, se vestian como las esclavas y como las cortesanas mismas y de este modo provocaban en las calles á hombres que no conocian, ó bien se colocaban al paso de sus amantes, que aparentaban encontrar por casualidad. Gracias á este disfraz, que las esponia á palabras libres, á miradas impudentes y á veces á algo mas, podian buscar fortuna en los paseos, en los arrables, á la orilla del Tíber, sin comprometer á nadie, ni á sus maridos ni á sus amantes. Pero mostrándose con otros vestidos que los de matronas, no podian querellarse de las injurias que recibieran; porque habia una penalidad muy severa contra los que provocaban á una mujer vestida con traje de matrona ó de vírgen, ya con gestos indecentes, ya con palabras obscenas ó con solo perseguirlas silenciosamente. La ley no concedia proteccion sino á las mujeres honradas, y no suponia que el pudor de las cortesanas tuviera necesidad de defensa contra los atropellos que ellas mismas provocaban en vez de evitarlos.

Este lujo de leyes y de penas que amenazaban constantemente al adulterio, no los hacia menos frecuentes ni secretos; pero el matrimo-

nio así rodeado de peligros y sospechas se ofrecia mas temible y repulsivo y se vió disminuir considerablemente el número de uniones legítimas, aprobadas y reconocidas legalmente, tanto mas, cuanto que el parentesco, aun de grados lejanos creaba obstáculos, que podian trasformarse en causas permanentes de divorcio, una vez realizado el matrimonio. Entonces los patricios, que no querian esponerse á semejantes enojos y peligros, aplicaron á su conveniencia el matrimonio *usucapio* que no habia tenido efecto hasta entonces, sino en el pueblo ínfimo; pero los patricios cambiaron alguna cosa para hacer de él el *concubinato*, que una ley tan vaga como el concubinato mismo, hubo de admitir y reconocer como institucion. Aquí no era necesaria, como en el *usucapio*, la cohabitacion de la mujer bajo el mismo techo por espacio de un año, para hacer pronunciar el matrimonio definitivo: el concubinato no podia llegar allí en ningun caso, porque no se formaba, no existia mas que por la voluntad de dos partes; no tenia tampoco ninguna forma particular, ni ningun carácter general, á no ser que una mujer *ingenua* y *honesta* ó de sangre patricia, no podia ser concubina y que el parentesco era un impedimento así para el concubinato como para el matrimonio.

Un hombre casado legítimamente, separado ó nó de su mujer, era por este solo hecho, inepto para contraer un enlace concubinario, y en ningun caso el hombre célibe ó viudo, fué autorizado para tomar dos concubinas á la vez. En cuanto á variarlas, fué siempre libre de hacerlo, pero no sin avisar al magistrado ante el que habia declarado querer vivir en concubinato.

Era, pues, un semi-matrimonio, un contrato temporal, revocable á voluntad de las partes.

En el orígen del concubinato la concubina tenia derecho casi á los mismos miramientos que la esposa legítima; hasta se la daba el título de matrona, á lo menos en ciertas circunstancias, y la ley Julia castigaba un ultraje hecho á una concubina tan gravemente, como si se hubiera hecho á una *ingenua*, ó jóven de condicion libre, y aunque la concubina fuera esclava de nacimiento. Pero á consecuencia de la corrupcion de las costumbres el concubinato hubo de multiplicarse de una manera alarmante, y se hizo preciso que las leyes le pusieran límites y reglas; las concubinas entonces quedaron fuera de la proteccion legal que las habia amparado antes, y el emperador

Aureliano hubo de ordenar que solo fueran tomadas entre las esclavas y libertas.

Desde aquel momento el concubinato no fué ya mas que una prostitucion doméstica, que solo dependia del capricho del hombre y que no ofrecia la menor garantía á la mujer. Esto no obstante, los hijos de la concubina no quedaron menos aptos para ser legitimados, mientras que los nacidos de la prostitucion propiamente dicha, ó de un comercio pasajero llamados *spurei* ó *quæsiti*, no podian jamás verse admitidos á favor de una legitimacion que borrara la mancha de su orígen.

La prostitucion legal en todas estas formas y bajo todos estos nombres (habia hasta concubinos) estaba, pues, tolerada en Roma y en todo el imperio romano, con tal de que se sometiera á los reglamentos de policía urbana y sobre todo al pago del impuesto llamado *vectigal*. Pero es probable que, aparte estos reglamentos y este impuesto, la antigua legislacion romana no se habia dignado interesarse en la infame poblacion que vivia del libertinaje público y que satisfacia sus vergonzosas necesidades.

Un hecho curioso prueba la indiferencia y desden del legislador y del magistrado hácia todos los miserables ajentes de la prostitucion. Quinto Cecilio Metelo Celer, que fué cónsul sesenta años antes de Cristo, rehusó durante su magistratura reconocer los derechos de sucesion que queria hacer valer un llamado Vetibio, notado de infamia como rufian: el pretor motivó su denegacion diciendo severamente que no habia nada de comun entre el lupanar y el hogar doméstico, y que los infames á quienes el lenocinio habia estigmatizado, eran indignos de la proteccion de las leyes (*legum auxilio indignos*).

En este otro pasaje, muy esplícito de Ciceron, puede hallarse tambien la tolerancia absoluta que tenia en Roma el ejercicio de la prostitucion:

«Prohibir á la juventud todo amor hácia las cortesanas está muy conforme con los principios de una virtud severa, no puedo negarlo, pero estos principios se avienen muy poco con la relajacion de nuestro siglo y aun con los usos de la tolerancia de nuestros mayores, porque en fin ¿cuándo no han existido esas pasiones? ¿Cuándo se las ha prohibido? ¿Cuándo no se las ha tolerado? ¿En qué tiempo ocurrió que lo que es permitido no lo fuera?»

Ya lo vemos, la prostitucion estaba permitida; el derecho civil no la prohibia sino en ciertos casos escepcionales limitándose á moderar su abuso; solo á la moral pública, á la filosofía, tocaba el cuidado de corregir las costumbres y reprimir el libertinaje. Pero, como Ciceron nos lo hace comprender, la filosofía y la moral pública eran de igual modo indulgentes con los malos hábitos, cuya misma antigüedad hacía casi respetables. Los romanos de todos tiempos fueron demasiado celosos de su libertad para sufrir restricciones ó contrariedades en el uso individual de esta libertad, y justificaban de este modo á sus propios ojos la prostitucion, que tan ámpliamente usaban, exigiendo solamente que las prostitutas fueran esclavas ó libertas, porque miraban la prostitucion como una forma degradante de la esclavitud. Hé aquí porque los hombres y las mujeres *ingénuas* ó libres de nacimiento, perdian este carácter sagrado ante la ley, desde el punto en que, de una manera cualquiera, se ponian al servicio de la prostitucion.

Si los romanos toleraban tan complacientemente el comercio natural de los dos sexos entre sí, no reprimian mas el comercio *contra naturam*, que los faunos del Lacio habian inventado, si no hubiera estado entendido, autorizado en el universo, desde los primeros siglos del mundo. Esta depravacion vergonzosa que las leyes civiles y religiosas de la antigüedad, escepto las de Moisés, ni habian soñado combatir, no fué jamás tan general como en los mejores tiempos de la civilizacion romana: era todavía á los ojos del legislador, una forma tolerada de la prostitucion ó de la esclavitud: los hombres *ingénuos* ó libres no debian pues someterse á ella; pero los esclavos, los libertos, los estrangeros, podian disponer de sí mismos, alquilándose ó vendiéndose, sin que la ley tuviera que mezclarse en las condiciones de este tráfico. En cuanto á los ciudadanos ó ingénuos, compraban ó alquilaban á voluntad lo que mejor les parecia, sin que la naturaleza del tráfico hiciera posible una pesquisa legal: los unos trataban como hombres libres, los otros como esclavos; estos sufrian la prostitucion, aquellos la imponian.

Pero entre hombres libres las cosas pasaban de otro modo, y la ley, guardadora de la libertad de todos, intervenia alguna vez para castigar el atentado cometido contra la libertad de uno, tal era á lo menos la ficcion legal. Solo en esta circunstancia no tenia un ciudadano el

derecho de enajenar su libertad hasta el punto de someterse á un acto vergonzoso para ella. Así en el quinto siglo de la fundacion de Roma L. Papirio, sorprendido in fraganti con el jóven C. Publio, fué condenado á prision y multa por no haber respetado el carácter de un *ingénuo* ú hombre libre; poco tiempo despues, el mismo C. Publio fué castigado á su vez por un hecho análogo.

El pueblo no permitia que los ciudadanos se condujeran como esclavos. Letorio Mergo, tribuno militar, conducido ante la asamblea del pueblo por haber sido sorprendido con un corniculario de su legion, fué únanimemente condenado á prision. La violacion de un hombre se tenia por delito mas grave aun que la de una mujer, porque acusaba mas violencia y sobre todo mas perversion.

Pero esta especie de violacion no arrastraba la pena de muerte sino cuando era cometida en hombre libre. Un centurion llamado Cornelio, reo de este delito, fué ejecutado en presencia del ejército. Sin embargo esta penalidad no fué aplicada en virtud de una ley especial sino hácia la segunda guerra púnica, cuando cierto Cayo Escantinio fué acusado por C. Metelo de haber cometido un conato de violacion en el hijo de este patricio. El senado entonces promulgó una ley llamada *Scantinia* contra los sodomitas; pero en ella solo se trataba de los hombres libres, y no se puso mas traba ni correctivo á este género de prostitucion, que quedó como patrimonio de esclavos y libertos.

Tal fué entre los romanos, la única jurisprudencia á que diera lugar la prostitucion, hasta que la moral cristiana introdujo una legislacion nueva en el paganismo, purificándolo al calor de su moral severa. Bajo el imperio de las ideas paganas, la prostitucion habia existido en estado de tolerancia y la ley ni aun se dignaba levantar el velo que la cubria á los ojos de la conciencia pública; pero cuando el Evangelio comenzó la reforma de las costumbres, el legislador cristiano reconoció el derecho y el deber á la vez, de reprimir la prostitucion legal.

CAPITULO XVI.

Prodigiosa cantidad de mujeres públicas en Roma.—Clasificacion en categorías distintas.—Meretrices ó prostitutas. Las alicariae ó panaderas. La bliteae ó blitidas.—Las bustuariae ó sepultureras.—Las casalides.—Las copae ó taberneras.—Las diobolarias.—Las forariae ó foráneas.—Las gallinae ó pollas.—Las delicatae ó pulidas.—La delicada Flavia Domitila, esposa del emperador Vespasiano y madre de Tito.—Las famosas.—Las junices ó novillas.—Las juvencae ó las vacas.—Las lobas.—Las noctívagas.—Las pedaneae ó andariegas.—Las doris ó doridas.—Las quadrantariae.—Las questuarias.—Las cuasillariae ó sirvientas.—Las ambulatrices ó paseantas.—Las escortas ó pellejas.—La escorta devia.—Las scrantiae ó escupideras. Las suburranas y sumenianas.—Las schaeniculae.—Las naniae.—Las limaces.—Las circulatrices ó vagamundas.—Las charibdis ó simas.· Las preciosas.—El senado de mujeres.—Los niños de alquiler.—Los pathici ó pacientes.—Los ephebi ó adolescentes.—Los gemelos.—Los calimiti ó afeminados.—Los amasii ó amantes.—Las gaditanas.—Las bailarinas, las tocadoras de flauta y las de lira.—El meretricio ó tarifa.—Los corredores ó trujamanes de la prostitucion.—El lenon y la lenona.—Los taberneros y bañeros.— Las panaderías.—Barberos y perfumistas.—Los unguentarios.—Las admonitrices, stimulatrices y conciliatrices.—Ancillae y Ancillulae.—Los perductores.—Los adductores.—Los tractatores.—Los lupanarios ó dueños de lupanares.—Los belluarii, los caprarii y los anserarii.

Las mujeres públicas en Roma, á lo menos en la Roma corrompida y afeminada por la importacion de las costumbres de Grecia y Asia, eran mas numerosas que lo fueron nunca en Atenas y aun en Corinto, y se dividian en muchas clases que no tenian entre sí mas relaciones que el objeto único de su vergonzoso comercio; pero entre estas diferentes categorías de cortesanas, procedentes de todos los paises del mundo, se hubieran buscado en vano aquellas reinas de la prostitucion, aquellas hetarias tan notables por su instruccion como por sus talentos y gracias, aquellas filósofas formadas en la escuela de Sócrates y Epicuro, aquellas Aspasias y Leontium que ilustraron en cierto modo el hetarismo griego. Los romanos eran mas materiales, sino mas sensuales que los griegos: ellos no se contentaban con refi-

namientos y delicadezas de valuptuosidades elegantes; no nutrian el corazon con ilusiones de amor platónico; se hubieran avergonzado de uncirse el carro literario de una filósofa ó de una musa; no se hubieran dignado buscar cerca de una cortesana las castas distracciones de una conversacion séria y elevada. Para ellos el placer consistia en los actos mas groseros; y como eran por naturaleza ardientes de sangre, lúbricos de imaginacion y hercúleos de fuerzas, solo querian goces reales, repetidos con frecuencia, y monstruosamente variados hasta la saciedad. Este temperamento, que anunciaba un cuello nervudo como el de un toro, estaba servido satisfactoriamente por una multitud de mercenarios de ambos sexos, que debian sus especiales nombres á sus hábitos, á sus trajes, á sus albergues, á los mas pequeños detalles de su profesion.

Todas las mujeres que hacian tráfico de su cuerpo en Roma, podian clasificarse en dos categorías esencialmente distintas: las meretrices y las prostitutas *meretrices et prostibulæ*. Eran meretrices las que solo traficaban de noche, y prostitutas las que de dia y de noche se daban á este infame tráfico. Nonio Marcelo, gramático del siglo III, en su libro de Diferencias de significacion de las palabras, favorece á las meretrices en esta esplicacion.

«Hay que notar, dice, que entre la meretriz y la prostituta, la primera ejerce su oficio de un modo mas decente, porque las meretrices se llaman así de *merienda*, porque no disponen de sí mas que de noche; la prostituta ó *prostibula* saca su nombre de *stabulum*, en cuya puerta espera para hacer su comercio así de noche como de dia.»

Plauto en su comedia *Cistellaria*, establece muy clramente esta distincion. «Entro en casa de una meretriz, porque estar en la calle es propio de una prostituta.»

Creemos que estas dos clases de mujeres públicas, las que lo eran solo de noche y las que de noche y de dia lo eran, debian tener aun otras diferencias notables en su género de vida, en su traje ó modo de vestirse y aun en su condicion social: así, los escritores latinos que mencionan los registros en que los ediles inscribian los nombres de las cortesanas, solo hablan de las *meretrices*, prescindiendo como exprofeso de las *prostibulas*. Estas, en efecto, ocupaban un domicilio fijo y no tenian mas que cambiar de nombre ó de traje, pues pertenecian á lo mas ínfimo de la plebe. Las meretrices, al contrario, ejercian tan

honestamente como era posible un oficio deshonesto y no contravenian á los reglamentos de policía: podian además vivir como mujeres de bien *sub sole*, hasta la hora en que envueltas en las protectoras sombras de la noche, iban á los lupanares, que no abandonaban ya hasta la primera luz del dia.

Es posible tambien que la *buena* meretriz, como la llama Plauto con un candor que el sabio Mr. Naudet se guarda muy bien de traducir, pagara muy exactamente su impuesto á la república, sin procurar, disfrazando su profesion, defraudar en un denario las rentas del Estado. Pero no todos los operarios de la prostitucion eran tan concienzudos, y puede resueltemente suponerse que el mayor número de ellas, las mas pobres, las mas abyectas, no hacian escrúpulo de sustraerse á la inscripcion del edil y por consiguiente al pago del impúdico *vectigal.* Verdaderamente estas desgraciadas, lo mismo que las prostitutas del último órden, no ganaban lo bastante para reservar una parte de su mísero lucro al tesoro público.

Las *alicariæ* ó panaderas eran mujeres de cuatro esquinas, que esperaban fortuna á la puerta de los panaderos, sobre todo, de los que vendian ciertos panecillos de flor de harina sin sal y sin levadura, destinados á las ofrendas de Vénus, Isis, Priapo y otras divinidades. Estos panecillos llamados *coliphia* y *siligones*, representaban en las mas caprichosas formas la naturaleza del hombre y de la mujer. Como se hacia grandísimo consumo de estos panes obscenos, especialmente en ocasion de ciertas fiestas, los panaderos ponian tiendas en las plazas y en las esquinas de las calles, donde solo vendian panes de sacrificio, pero al mismo tiempo tenian esclavas ó sirvientas que se prostituian de dia y de noche en la panadería. Plauto en su *Penulo* no ha olvidado estas buenas amigas de los panaderos. «*Prosedas pistorum amicas, reliquias alicarias.*»

Las *blitcæ* ó *blitidas* eran mujeres de la mas vil especie, embrutecidas por el vino y la prostitucion, de tal manera, que ni servian ya para el oficio, que aun ejercian por los campos: su nombre derivaba de *blitum*, bledo, especie de berro insípido y nauseabundo. Suidas no se aparta de esta etimología diciendo: «Llamaban blitidas á unas mujeres viles, abyectas é idiotas.» (*Viles abjectas, fatuasque mulieres vocabant blitidas.* Segun otros filósofos, este mote se aplicaba en general á todas las cortesanas, porque llevaban ordinariamente calzado verde

ó de perejil: así, era una gravísima injuria calificar de *blitum* á una mujer de bien.

Las *bustuariæ* ó sepultureras, eran las rameras de los cementerios, porque andaban siempre vagando al rededor de las tumbas (*busta*) y de las piras ú hogueras funerarias, haciendo á veces tambien el oficio de lloronas en los duelos mortuorios. Servian especialmente á la brutal sensualidad de los *bustuarios* que preparaban las piras y quemaban los muertos, á los sepultureros que cavaban las fosas y á los que guardaban los sepulcros: no tenian mas lecho que el musgo que rodeaba los monumentos fúnebres, ni mas velo que las sombras de la muerte, ni otra Vénus que Proserpina diosa del infierno.

Las *casalidas*, ó *casoridas* ó *casoritæ* eran las que vivian en ciertas casitas (*casæ*) de que tomaban su mote, que significaba tambien lo mismo en griego.

Las *copæ* ó taberneras eran las prostitutas de las tabernas y hostelerías: no estaban siempre sentadas en su mansion ordinaria, pués ora escanciaban á los que iban allí á beber, ora se exhibian en las ventanas para atraer á los que pasaban, ó bien permanecian con sus clientes en una sala baja y reservada.

Las *diobolarias* ó *diobolæ* eran unas miserables la mayor parte viejas, flacas, derrengadas, que solo pedian por sus servicios dos óbolos, como lo indica su mote. Plauto en su *Penulo* dice que la prostitucion de las *diobolarias* pertenecia á los últimos de los esclavos y á los mas viles de los hombres (*servulorum sordidulorum scorta diobolaria.*) Pacuvio rebaja aun esta prostitucion diciendo que las diobolarias se contentaban con la mas ínfima moneda.

Las *forariæ* ó foráneas ó forasteras eran las que venian del campo á prostituirse á la ciudad y que con la túnica enlodada y los piés llenos de polvo vagaban por las calles sombrías y tortuosas para ganarse la vida.

Las *gallinæ* ó pollas eran las que se metian en todas partes arrebatatando cuanto encontraban á mano, sábanas, lámparas, vasos y hasta los dioses penates.

En un órden de cortesanas mas distinguido, las *delicatæ* ó pulidas eran las que frecuentaban los caballeros romanos, los jóvenes perfumados y los ricos de todas condiciones: por lo demás no tenian la mayor delicadeza en punto á ganar dinero, pues no despreciaban nunca

al esclavo manumiso, al adúltero, ni al delator, si las pagaban bien; pagándolas mal, eran difíciles, aun para los caballeros. Flavia Domitila, esposa del emperador Vespasiano y madre de Tito, habia sido delicada antes de ser emperatriz.

Las *famosæ* ó famosas eran cortesanas de buena voluntad, patricias, matronas, nobles madres de familia que no se avergonzaban de ir á prostituirse á los lupanares, unas por halagar sus insaciables pasiones, y otras por adquirir un peculio, que despues gastaban en sacrificios á los dioses de su devocion.

Las *junices* ó novillas y las *juvencæ* ó vacas eran meretrices que debian este mote á su abultada persona, á su facilidad y sobre todo á sus sueltas y abundosas mamas.

Las *lupæ* ó *lupanæ*, lobas ó vagabundas de bosques, eran así llamadas en memoria de Acca Larencia: como la querida de Fáustulo, recorrian de noche los campos y bosques, imitando el aullido de la loba hambrienta atrayendo de este modo á sus víctimas. Este mote se habia llevado en el mismo sentido por las dicteriadas del Cerámico de Atenas, y generalizándose luego en Roma vino á ser la denominacion comun de todas las cortesanas. «Creo, dice Ausonio en uno de sus epígramas, que su padre es incógnito, pero su madre es seguramente una *loba*.

Las *noctilucæ* eran tambien vagabundas de noche lo mismo que las *noctivigilæ* ó vigilantes de noche: ambos motes se dieron á Vénus por poetas que creian honrar así á la diosa. Tambien se llamaban generalmente *nonariæ* estas mujeres noctivagas, porque los lupanares no se abrian hasta la hora nona y las lobas no comenzaban sus escursiones antes de esta hora. Llamábanse *pedanæ* ó andariegas estas últimas, porque no economizaban el calzado, cuando lo tenian. Las andariegas no tenian aquellos piés diminutos á que los romanos eran tan aficionados, y que Ovidio en sus descripciones mitológicas, no deja nunca de atribuir á las diosas.

Las *doris* ó *doridas* debian este sobrenombre á su traje ó mas bien á su desnudez, porque se mostraban absolutamente desnudas á imitacion de las ninfas, de la mar, entre las cuales la mitología ha caracterizado á Doris, madre de ellas, dándoles las formas mas torneadas y voluptuosas.

Juvenal clama contra estas *doridas*, que, lo mismo que un vil

histrion representa á una noble matrona, se despojan de todo vestido para representar diosas.

Las mujeres públicas eran aun designadas con muchos motes que las comprendian á todas indistintamente: *mulieres* ó mujeres; *pallecæ* ó mancebas; *pellices* en recuerdo de las bacantes que llevaban túnicas de piel de tigre; *prosedæ* porque esperaban sentadas á que alguno las llamara. Se las llamaba tambien *peregrinæ* ó estranjeras, como á cada paso se las denomina en los libros hebreos, porque la mayor parte de ellas venian de todos los puntos del universo á venderse en Roma: muchas eran conducidas como prisioneras de guerra á cada conquista de las Águilas romanas; y no pocas pertenecian á terceras y rufianes que las compraban para explotarlas en provecho propio. Los romanos, antes de estar enteramente corrompidos se jactaban de no ver mas que estranjeras entre las tristes víctimas de su sensualidad.

La espresion de *quadrantariæ* no se usaba sino en sentido de desprecio para calificar á las mas viles rameras, sobreentendiendo en esto el miserable precio que por sus servicios recibian: el *quadrans* era la cuarta parte del *as* romano y esta moneda de cobre, equivalia á veinte céntimos de nuestro numerario.

Todas las mujeres públicas eran *quæstuariæ* ó *quæstuosæ*, porque todas hacian tráfico ó dinero (*quæstus*) de su cuerpo. En tiempo de Trajano se hizo un empadronamiento de las *cuestuarias* que habia en Roma y resultaron nada menos que treinta dos mil. Plauto en su *Miles* define la *cuestuosa*. «Una mujer que dá su cuerpo en pasto á otro cuerpo.(*Quæ alat corpus corpore.*)

Las *quasillairiæ* eran pobres sirvientas que se escapaban por algunos momentos con la canasta de su labor, iban á prostituirse por algunos denarios y volvian luego á la casa á continuar su trabajo de hilar lana. *Vagæ* eran las errantes; *ambulatrices* las paseantas; *scorta* las prostitutas de la mas infame especie; las *pallejas*, como hay que traducir este despectivo mote, las mas arrastradas y despreciables; las *scortadevia* esperaban en sus casas á los amantes, llamándolos desde sus ventanas. A todas se las injuriaba igualmente llamándolas *scrantiæ*, *scraptæ* ó *scratiæ*, que podemos traducir por escupideras.

No eran estas aun las únicas denominaciones que las cortesanas de Roma llevaban en buen ó mal sentido, además de las principales que las dividia en meretrices y prostitutas; se las llamaba tambien

suburraneas ó mujeres de barrio ó arrabal, porque el Suburra, arrabal de Roma cerca de la *Via-Sacra*, no estaba habitado mas que por ladrones, y mujeres perdidas. En las *Priapadas* se cita, entre las suburranas que se rescataron con el producto de su oficio, á la bella Teletusa, que hubo de enriquecerse en la prostitucion, aunque á costa de su belleza. Las *sumenianas* eran igualmente mujeres de arrabal, que poblaban el *Summoenium*, calles desiertas inmediatas á los muros de la ciudad, donde se hallaban los lupanares, ó los subterráneos que servian para este oficio. «Cualquiera puede ser el convidado de Zoilo, dice un epígrama de Marcial: cena entre las matronas sumenianas.» En otro epígrama parece querer ya hacer justicia á la decencia de estas mujeres. «La cortesana, dice, aparta á los curiosos corriendo el cerrojo y la cortina: rara vez el *Summaenium* ofrece una puerta abierta.»

Finalmente las *schœniculœ*, que frecuentaban los mismos barrios y vendian sus caricias á los soldados y á los esclavos, llevaban cinturones de junco ó de paja para anunciar que estaban siempre dispuestas. Un comentador ha hecho ingeniosas investigaciones que tienden á probar que estas cortesanas de esclavos y soldados se ceñian el cinturon muy arriba, á fin de estar menos embarazadas en el ejercicio de su profesion. Otro comentador, docto hebraizante quiere encontrar en las *schœniculœ* de los romanos, aquellas prostitutas babilonias que vemos en Baruch y en los profetas judíos, ceñidas de cuerdas y sentadas á orillas de los caminos quemando sus inciensos. Un tercer comentador que se apoya en una cita de Festo, sostiene que estas cortesanas ínfimas debian su mote al grosero perfume con que se untaban el cuerpo *schœno delibutas*, dice Plauto.

Las *naniœ* ó enanas eran niñas que se formaban desde la edad de seis años para esta infame profesion. Las *limaces*, tenian mas de una analogía con esos moluscos viscosos que se arrastran por los sitios húmedos, que dejan una huella babosa por donde quiere que pasan y roen los frutos y las yerbas.

Las *circulatrices* eran todas las vagamundas. Daban el mote de *Charibdis* ó simas á las que se tragaban la salud, el dinero y el honor de la juventud. Las *pretiosœ* ó preciosas eran las que vendian muy caros sus favores.

Cortesanas del pueblo ó de la nobleza, meretrices ó prostitutas, todas llevaban el traje de su estado, es decir la toga ó túnica corta, y

todos tenian derecho al nombre de *togatæ*, calificacion vergonzosa para ellas, mientras que los romanos se honraban con el de *togati* ó ciudadanos togados.

En fin para terminar esta nomenclatura de la prostitucion romana hay que añadir que las reuniones de mujeres públicas se llamaban *conciones meretricum* y *senatula* y aun *senatus mulierium*, ó senado de mujeres, ya se tuvieran estas reuniones en las calles, en las tabernas ó en las panaderías.

Las cortesanas de gran tono tenian tambien sus lugares de asilo en Baia, en Clusio, en Cápua y otras ciudades, adonde iban á tomar las aguas y á descansar de sus fatigas, reuniéndose en tan gran número, que cuando se veian luego juntas cinco ó seis riendo y provocando con sus coqueterías, se decia generalmente: «Hé aquí una manada de bestias de Clusio.»

Sensible es saber que la mayor parte de estos motes distintivos que llevaban las mujeres públicas, tenian igualmente aplicacion á los hombres, á los esclavos y sobre todo á los niños que prestaban infames servicios al libertinaje de los romanos. Y ciertamente la prostitucion masculina era mas ardiente y general en Roma que la prostitucion femenina; pero no tenemos valor para descender á estos misterios de increible perversion, y el corazon nos falta al abordar una materia que se exhibe descaradamente en las poesías de Horacio, de Cátulo, de Marcial y aun de Virgilio; apenas sí osaremos enumerar la odiosa cohorte de agentes y auxiliares de aquellas abominables costumbres.

A cada clase de mujeres públicas correspondia otra clase de hombres prostituidos entre los cuales no habia mas diferencia que el sexo. La lengua latina habia aumentado, por decirlo así, su riqueza para caracterizar en el nombre que creaba, la especialidad del vicio de cada uno. Estos infames no estaban siquiera estigmatizados por la ley, pues los reglamentos de policía no les asignaba ningun traje particular ni el edil los inscribia en los registros de prostitucion. Dejábaseles en sus torpezas una libertad que demostraba la indulgencia y aun el favor que la legislacion les concedia, con tal de que no fueran libres ó ciudadanos romanos. Ordinariamente eran hijos de esclavos, á quienes se instruia desde tierna edad á sufrir la ignominia de un comercio obsceno. Llamábanse niños de alquiler (*pueri meritorii*) los

que de grado ó por fuerza se prestaban á la vergonzosa pasion de sus amos. Tal es la definicion que nos suministra un antiguo comentador de Juvenal. Este gran poeta que marcó con un hierro candente las ignominias de su tiempo, recuerda á cada página de sus Sátiras el repugnante uso á que estos desgraciados eran condenados al nacer, yugo innoble que aceptaban sin quejarse. Se les llamaba *pathici* ó pacientes, *ephebi* ó adolescentes, *gemelli* ó gemelos, *catamiti* ó afeminados, *amasii* ó amantes etc.

Seria demasiado prolijo y por demás enojoso pasar revista á toda esta canalla de hombres figurados ó significativos, que la corrupcion de las costumbres romanas habia creado para pintar las infinitas variedades de estos instrumentos de prostitucion. Baste con decir que los adolescentes formados en esta escuela de depravacion desde los siete años, debian reunir ciertas condiciones que los acercaba al sexo femenino: no tenian cosa de barba, pero tenian, eso sí, larga y rizada cabellera, perfumada como sus vestidos, y aire descocado, mirar oblícuo, gesto lascivo, movimientos obscenos.

Para comprender bien el increible hábito de estos horrores entre los romanos, hay que tener presente que pedian al sexo masculino todos los goces que podia darles el sexo femenino y algunos otros mas estraordinarios aun, que este sexo destinado al amor por la ley de la naturaleza, no hubiera podido acaso procurarles. Cada ciudadano aun el mas recomendable por su carácter y elevado por su posicion social, tenia, pues, en su casa un serrallo de afeminados á vista de sus padres, de su mujer, de sus hijos. Roma, por otra parte estaba infestada de mancebos que se vendian ignominiosamente lo mismo que las mujeres públicas; de casas censagradas á este vil género de prostitucion y de proxenetas que solo traficaban con esclavos y libertos.

Las flautistas y bailarinas fueron tan apetecidas y buscadas en Roma como en Grecia y Asia: hacíaselas venir de aquellos paises, donde tenian una escuela perpétua que las formaba segun las exigencias del arte y de la voluptuosidad; por estado ó profesion no estaban dedicadas á la prostitucion; sus nombres no se leian en los registros de los ediles, á lo menos, en los vastos repertorios de las cortesanas. Ellas se recomendaban solamente por el oficio que ejercian públicamente con una especie de emulacion; sin que por esto se privaran de otros recursos que este mismo oficio les permitia utilizar al mismo tiempo.

No diferian, pues, de las mujeres públicas, propiamente dichas sino por la libertad en que se las dejaba de no hacer de la prostitucion su principal industria. Ni tenian que ver mas que con gente rica, ajustándose por horas ó por noches, para tocar la flauta, danzar ó hacer pantominas en los festines, en las reuniones y en las orgías.

Estas alegres jóvenes diferian entre sí, no solo por su talle, por su cara, por su tez, por su lenguaje, sino tambien por el género de su danza y música. Distinguíanse entre ellas las *gaditanæ* ó hijas de Cádiz en España, las cuales poseian maravillosamente el arte de escitar con su canto y con sus danzas los sentidos y deseos del espectador mas frio.

«Jóvenes y lúbricas hijas de Gadex agitaran sin fin sus lascivas caderas en espresivos é intencionados movimientos.»

Así describe Marcial las danzas nacionales de aquellas graciosas vagamundas, y Juvenal añade un rasgo mas diciendo que las gaditanas se bajaban hasta tierra moviendo las caderas (*ad terram tremulo descendent clune puellæ*); poderoso afrodisiaco, segun él, ardiente aguijon de los sentidos mas lánguidos.

Pero no todas las bailarinas llegaban de España: la Jonia, la isla de Lesbos y la Siria no habian perdido nada de sus antiguos privilegios para suministrar al libertinaje las mas espertas en el arte de la flauta y de la danza. Las que se llamaban sin distincion *saltatrices*, *fidicinæ*, *tibicinæ*, ó bailarinas, flautistas y tocadoras de lira, eran lesbias, jonias y sirias; habia tambien algunas egipcias, indias y nubias: una piel negra, amarilla ó atezada, convenia tan bien como la mas blanca á las voluptuosas apariencias de la danza jónica ó *bactriánica*. La una se llamaba *bactriasmus*, notable por la especie de temblor espasmódico de las caderas, la otra *jonici motus*, imitando con obscena verdad la pantomina y peripecias del amor. Horacio nos asegura que las vírgenes de su tiempo, mas adelantadas de lo que por su edad y condicion debian serlo, enseñaban las posturas y movimientos de la jónica (*motus doceri gaudet jonicos matura virgo*). El latin parecer indicar que se complacian en ello.

Pero entre todas las estranjeras se llevaban la palma las sirias (*ambubaiæ*) que se prestaban á todo como su mismo nombre indica. Sin ellas no habia festines completos; pero como no pagaban el *meretricium* ó tarifa de las cortesanas, el edil no les hacia gracia, cuando

las sorprendia en fraude y las condenaba primero á multa, luego á azotes y finalmente á destierro; sino que en este último caso, salian de Roma por una puerta y entraban por otra.

La mayor parte de estas vagabundas solo trabajaban para divertir á los ricos en el interior de las casas; pero otras solian darse en espectáculo en calles y plazas, donde bastaba el preludio de una flauta ó el ruido de un cascabel para atraer una multitud que se apiñaba en círculo alrededor de músicas y bailarinas.

Esta prostitucion desenfrenada, revistiendo mil disfraces y deslizándose por todas partes bajo mil formas diversas, enriquecia á una multitud de mediadores de ambos sexos, que tenian establecimientos públicos, ó que ejercian su corruptor oficio sin tener nada que temer de la policía del edil, porque la ley cerraba los ojos ante el lenocinio, siempre que no fuera un ciudadano ó una *ingénua* quien se deshonrara en este tráfico. Pero como era muy lucrativo, muchas romanas y aun romanos de nacimiento y condicion libres se dedicaban secretamente al arte vil de la corrupcion, que era en efecto un arte por sus intrigas, astucias, invenciones y política. El nombre genérico de estos depravados séres á quienes solo el desprecio público castigaba, era *leno* para el hombre y *lena* para la mujer. Prisciano deriva estas palabras del verbo *lenire*, porque, segun él, este vil agente de la prostitucion seduce y corrompe las almas con palabras dulces y halagüeñas (*deliniando*). En el orígen, la voz *leno* se aplicaba indistintamente á los dos sexos, como si el lenon no fuera macho ni hembra; pero despues se empleó el femenino *lena* para precisar mejor la intervencion de la mujer en tan odiosa industria.

«Yo soy *lenon*, dice un personaje de los *Adelphi* de Terencio, soy la plaga comun de los adolescentes.»

Entre las lenas y lenones habia una multitud de especies diferentes que tenian relaciones de interés con las diferentes especies de mujeres públicas. Ya hemos dicho que los panaderos, los hosteleros, los taberneros y bañeros, como tambien las mujeres que tenian baños, tabernas, posadas ó panaderías, hacian todos con mas ó menos decision el lenocinio. El lenon existia en todas las condiciones y se ocultaba bajo todas las máscaras, pues no tenia traje particular ni carácter distintivo. El teatro latino que lo ponia contínuamente en escena, le habia dado sin embargo, un vestido abigarrado, representándolo sin

barba y rasurado de cabeza. Hay que citar aun entre las profesiones que eran mas favorables al tráfico del lenocinio, la del barbero y perfumista: así en ciertas circunstancias *tonsor* y *ungüentarius* son sinónimos de *leno*.

Uno de los antiguos comentadores de Petronio, un sencillo y cándido holandes, Douza, ha entrado en singulares detalles, sobre las tiendas de barbero, en que el maestro tenia unos cuantos mancebos que no se ocupaban en cortar el cabello, en depilar ni afeitar, sino que ejercitados desde edad temprana en todos los misterios de la mas sórdida prostitucion, se alquilaban á alto precio para las cenas y fiestas nocturnas (*Quorum frecuenti opera non in tondenada barba*, *plisque vellendis modo*, *aut barba rasitanda*, *sed vero et pygíacis sacris cinædice*, *ne nefarie dicam de nocte administrandis utebantur*.)

Respecto de los perfumistas, su negocio los ponia en relaciones directas con la milicia de la prostitucion, para cuyo uso y servicio se habian inventado ó perfeccionado los aceites, las esencias, los polvos olorosos, las pomadas eróticas y todo los ungüentos de tocador; porque hombre ó mujer, jóven ó viejo, todos se perfumaban, antes de entrar en la liza de Vénus, de tal modo que se designaba un ganimedes con la palabra *ungüentatus*, es decir untado de aceites y purfumes.

«Todos los dias, dice Lucio Afranio, el ungüentario lo acicala ante el espejo: el que se pasea con las cejas afeitadas, sin un pelo de barba en la cara y con las piernas depiladas; el que en los festines, jóven acompañado de su amante, se acuesta vestido con una túnica de mangas anchas en el lecho mas bajo; el que no busca solamente el vino, sino tambien caricias de hombre (*qui non modo vinosus sed virosus quoque sit*) ¿dejará de hacer lo que los *cínedes* hacen?»

Ordinariamente todos los esclavos se dedicaban al lenocinio para lo cual no tenian mas que acordarse, si eran viejos, de la esperiencia de su juventud; las viejas sobre todo no tenian otra manera de consagrarse á la prostitucion. Las sirvientas, *ancillæ* merecian con razon los sobrenombres de *admonitrices*, *stimulatrices* y *conciliatrices*: ellas llevaban las cartas, concertaban la hora, la noche, las citas y demás circunstancias conducentes; preparaban el lugar y las armas del combate; ayudaban, escitaban, impelian, arrastraban. Nada igualaba á su

destreza, sino su malicia; ni habia virtud invencible, cuando ellas se empeñaban en rendirla. Pero era preciso darles mucho y prometerles mas. Habia además las *ancilullae*, ó criadas pequeñas que, por sus aptitudes de oficio, no desmerecian al lado de las grandes.

Sin embargo, todos estos auxiliares domésticos, eran menos perversos y despreciables que los corredores de este comercio infame, á quienes solo el dinero ponia en actividad, no teniendo á ningun amo á quien contentar ni obedecer. De estos lenones decia Asconio Pediano en su comentario de Ciceron. «Estos corruptores de mujeres voluntarias, lo son tambien de personas á quienes arrastran á su pesar á cometer adulterios que las leyes castigan.» *Perductores* eran los que conducian sus víctimas al vicio y á la infamia, *adductores* los que se encargaban de procurar actores para el libertinaje; y *tractatores* los que negociaban este comercio.

No es posible imaginarse el número é importancia de estos tratos, que se hacian diariamente por intermediarios entre las partes interesadas.

Lo mismo que las viejas mediadoras, los lenones eran casi invariablemente viejos despojos de la prostitucion, los cuales no tenian ya ardor mas que para servir ajenos placeres: aunque algunos simultaneaban ambas profesiones.

Hay, en fin, que colocar en el último grupo de los lenones machos y hembras, á los propietarios de las casas públicas, ó *lupanarios* (*lupanarii*), los cuales tenian vara alta en semejantes lugares. Estos especuladores de la prostitucion estaban en el últimc escalon de la vergüenza, aunque el jurisconsulto Ulpiano haya reconocido que existian lupanares en actividad en las casas de muchos hombres de apariencia honrada (*Nam et in multorum honestorum virorum praediis lupanaria exercentur.*) Los propietarios de estas casas no participaban de ninguna manera de la infamia de sus inquilinos. Pero por debajo de los lupanarios habia aun grados de torpeza y execracion que pertenecia de derecho á los *belluarii*, á los *caprarii* y á los *anserarii*. Los primeros suministraban animales de toda especie, sobre todo, perros y monos; los segundos cabras; y los terceros, gansos, *las delicias de Priapo*, como los llama Petronio; y aquellos impuros animales enseñados á la escuela de sus infames guardianes, se ofrecian, dóciles cómplices, á mil abominaciones.

Describiendo los misterios de la *Buena diosa* en la *Sátira de las Mujeres*, dice Juvenal lo que nosotros no queremos traducir.

. . . . *Hic si*
Quæritur et desunt homines, mora nulla peripsam
Quominus imposito clunem submittat asello.

CAPITULO XVII.

Los lugares de prostitucion en Roma.—Sus diferentes categorías.—Los cuarenta y seis lupanares de utilidad pública.—Las ochenta casas de baños de la primera region.—El pequeño senado de las mujeres fundado por Heliogábalo.—Los lupanares de la region Esquilina, la region del Circo grande y de la region del Templo de la Paz.—El Suburra.—Las celdas abovedadas del gran Circo.—Los cien aposentos del puerto Misene.—Descripcion de un lupanar.—Celdas de las cortesanas.—El rótulo.—Mueblage de los aposentos.—Pinturas obscenas.— Decoracion interior de las celdas.—Lupanares de los ricos.—Stabula ó lupanar de infimo órden.—Pergulae ó balcones.—Turturillae ó palomares.—Casaurium ó lupanar extramuros.—Origen de la palabra Casaurium.—Scrupedae ó pedrogosas.—Meritoria ó Meritorii.—Ganeae ó cuevas subterráneas.—Origen de la palabra lustrum.—Personal de un lupanar.—El lenon y la lena.—Ancillae ornatrices.—Aquarii ó aquarioli.—El bacario. —El villicus.—Adductores, conductores y admissarii.—Traje de las meretrices en el lupanar.—Fiestas que se celebran en el lupanar en ocasion de un estreno, ó en la inauguracion del establecimiento.—Ley Domiciana sobre la castracion.—Los castrati, los spadones y los thlibiae.—Mesalina en el lupanar.—Tarsia y sus favores.—Cuadro de un lupanar romano por Petronio.—Tarifa de los lupanares.—Disertacion sobre el rótulo de Tarsia.—Precio de alquiler de una celda.—Quadrantariae y diobolares.

Los lugares de prostitucion en Roma eran, debian ser tan numerosos como las cortesanas, y se presentaban muchas variedades que su nombre mismo indicaba ordinariamente, lo mismo que los motes ó denominaciones de las mujeres públicas caracterizaban los diferentes géneros de su profesion. Habia, como ya hemos dicho, dos grandes categorías de cortesanas, las sendentarias y las errantes, las diurnas y las nocturnas: en este concepto habia tambien dos principales especies de casas públicas, las destinadas á la prostitucion legal, los lupanares propiamente dichos, y las que bajo diferentes pretestos, daban asilo al libertinaje ofreciéndole por decirlo así, medios de ocultarse como las hospederías, tabernas, casas de baños, etc. Ya se comprende que estos establecimientos, siempre sospechosos y desacreditados no se sostenian sobre el mismo pié, recibiendo de la prostitucion que se deslizaba en ellos con cautela ó se establecia con descaro, un aspecto particular, una fisonomía local, una vida mas ó menos animada, mas ó menos indecente.

Publio Víctor en su libro de los *Lugares* y *Regiones de Roma*, hace constar la existencia de cuarenta y seis lupanares; pero solo se refiere á los mas importantes, que podian considerarse como fundaciones de pública utilidad y estaban sujetos á la vigilancia de los ediles. Seria difícil esplicar de otra manera ese pequeño número de lupanares en comparacion de la alta cifra de las cortesanas. Sexto Rufo en su no-

menclatura de las Regiones de Roma, no enumera los lupanares que en ellas se hallaban, pero bien lo deja entender contando ochenta casas de baños de la primera region, llamada de la puerta *Capena*, ademas de las Termas de Commodo, las de Severa y muchos otros baños que él designa por los nombres de sus fundadores ó de sus propietarios. Por lo demas solo cita nominalmente un lupanar fundado por Heliogábalo en la santa region, bajo la denominacion insolente de *Senatulum mulierum*, pequeño senado ó senadillo de mujeres.

No hay en ningun autor lúbrico una descripcion completa del lupanar; pero puede hacerse con la mas escropulosa exactitud al tenor de quinientos ó seiscientos pasajes de los poetas, que conducen francamente á sus lectores á estos lugares suponiendo sin duda les sean familiares. Debe entenderse que si la organizacion interior de los lupanares era poco mas ó menos la misma en todos ellos, diferian por lo que hace al mueblaje en razon del cuartel en que estaban situados. Así, los mas vulgares y súcios eran ciertamente los de la quinta region llamada Esquilina y los de la undécima, denominada del Circo grande; y los mas limpios y elegantes los de la cuarta region llamada del Templo de la Paz, la cual comprendia el cuartel del Amor y el de Vénus.

En cuanto al Suburra situado en la segunda region llamada del Monte Célio, reunia al rededor del mercado grande (*macellam magnam*) y de los cuarteles de las legiones estrangeras (*castra peregrina*) una multitud de casas de prostitucion, *lupariæ* como las califica Sesto Rufo en su nomenclatura, y un número mas considerable aun de hospederías, tabernas, tiendas de barbero y panaderías.

Las demas regiones de la ciudad no estaban exentas de la plaga de los lupanares, pues albergaban tambien panaderos, barberos y hosteleros; pero estos lugares fueron siempre aquí raros y poco frcuentados, los ediles tenian cuidado ademas de alejarlos á las regiones excéntricas, tanto mas cuanto que la clientela de estos casucos habitaba los arrabales y cuarteles plebeyos. Al rededor de los teatros, de los círcos de los mercados y cerca del campo, fué siempre donde se agruparon á porfía los lupanares para esplotar mejor las pasiones del pueblo.

El Círco grande parece haber estado circuido por celdas avobedadas (*cellæ fornices*) que solo servian la prostitucion para uso del pueblo ínfimo antes y despues de los juegos, y aun durante ellos; pero

no deben ponerse estos asilos del libertinaje en la categoría de lupanares reglamentados por la policía edil.

Refiriendo el martirio de Santa Águeda, dice espresamente Prudencio que las grandes bóvedas y pórticos que subsistian aun en su tiempo cerca del Circo grande, habian sido abandonadas al uso de la prostitucion; y Panvinio en su tratado de los *Juegos* del Circo, deduce de este pasaje que todos los Circos tenian igualmente lupanares como anexos indispensables. Consta, en efecto, que las meretrices que asistian á las fiestas del Circo y á las representaciones del teatro, dejaban su asiento al instante que se las llamaba para satisfacer los deseos que se multiplicaban y enardecian al rededor de ellas. El sabio jesuita Boulenger, en su *Tratado del Circo*, no vacila en declarar que la prostitucion se efectuaba en el Circo y en el teatro mismo, y cita este verso de un antiguo poeta latino en honor de una cortesana muy conocida en el Circo grande:

Deliciæ populi magno notisima Circo Quintilia.

En efecto; bajo las gradas que el pueblo ocupaba se cruzaban unas bóvedas formando sombríos senos favorables á la prostitucion popular que no exigia refinamiento. Podríamos creernos casi autorizados á dar el mismo destino á las ruinas de una inmensa construccion subterránea, que se vé aun cerca del antiguo puerto Miseno y que conserva todavía el nombre de *Cien aposentos* (*centum camera*). Es probable que este singular edificio, de cuyo uso nadie da esplicacion satisfactoria, fuera un vasto lupanar apropiado á las necesidades de la marinería de la flota romana.

Pero ordinariamente los lupanares léjos de estar establecidos sobre tan gigantescas proporciones, no contenian mas que un número bastante limitado de aposentos estrechos sin ventanas, no teniendo mas entrada ni salida que una puerta, cerrada por lo comun con una cortina. El plano de una casa de Pompeya, puede dar una idea exacta de lo que era un lupanar en cuanto á la disposicion de las celdas, que se abrian sin duda bajo un pórtico ó en un patio interior, como en esas casas en que los dormitorios son generalmente tan pequeños que apenas puede contener un lecho, solo están alumbrados por la abertura de la puerta, por donde no podrían pasar dos personas á la vez. Pero en los lupanares estos aposentos estaban mas próximos, mas inmediatos unos de otros.

Durante el dia, estando cerrado el establecimiento, no tenia necesidad de muestra, y era un lujo inútil que el dueño hiciera pintar en la pared, como algunos hacian, el obceno atributo de Priapo: este símbolo se suspendia á la entrada del establecimiento que le estaba consagrado. Por la noche, desde la hora nona, una gran lámpara en forma de falo servia de faro á los libertinos que iban allí resueltamente ó que pasaban por casualidad. Las mujeres de casa se dirigian á sus puestos respectivos antes de abrir la puerta de la calle: cada cual tenia su celda, y en cada puerta de estas celdas se destacaba un rótulo con el nombre del oficio de la cortesana (*meretricum nomen*). Regularmente debajo del nombre estaba marcado el precio de entrada en la celda, con cuyo aviso prévio no habia que reñir ni regatear despues. Al entrar en la celda un amante, se volvia el cartel del rótulo, en cuyo reverso se leía: *Occupata*. Cuando la celda no tenia ocupante, se decia en lenguage técnico que estaba desnuda (*nuda*).

Plauto en su *Asinaria* y Marcial en sus epígramas, nos han dejado estos detalles de costumbres. «Que escriba sobre su puerta, dice Plauto, estoy ocupada.» Lo que prueba que en ciertas circunstancias, la inscripcion se trazaba con greda ó con carbon por la cortesana misma. «La impúdica lena, dice Marcial, cierra la puerta desnuda. «*Obscena undam lena fornicem clausit.*» Un pasaje de Séneca mal interpretado habia hecho creer que en ciertos lupanares, las meretrices que esperaban en su puerta, llevaban el cartel colgado al cuello, y aun fijo en la frente; pero ya se ha comprendido mejor esta frase: *Nomen tuum pependit in fronte*; *stetisti cum meretricibus*, viendo el cartel en la puerta (*in fronté*) mientras que las mujeres estaban sentadas al lado.

Los aposentos estaban amueblados poco mas ó menos, de la misma manera todos; la diferencia consistia en la mayor ó menor limpieza de los muebles y en las pinturas de decoracion. Estas pinturas á la aguada comunmente, representaban ya en cuadros, ya en ornamentos, los asuntos mas apropiados al lugar: en los lupanares ínfimos, eran groseras escenas de prostitucion; en los mas pretenciosos eran asuntos mitológicos, siempre análogos á la situacion, como alegorías del culto de Vénus, de Cupido, de Priapo, y de los dioses lares del libertinaje. El falo reaparecia con frecuencia en estas decoraciones eróticas bajo las mas raras y coprichosas formas: ya era un pájaro, un pez, un insecto; ya se deslizaba en los canastillos de fruta, como una de tantas; ora perseguia á las ninfas bajo las aguas, ó á las palomas

en el aire; ora se arrollaba en guirnaldas ó se tegia en coronas. La imaginacion del pintor parecia jugar con este obsceno signo como por exagerar su indecencia; pero lo notable en estas pinturas tan adecuadas al sitio que ocupaban, era no ver nunca figurar aisladamente al órgano de la mujer, como si fuera un acuerdo tácito de respetarlo allí mismo donde era mas despreciable.

Por lo demás, las mismas escenas, las mismas imágenes se veian con frecuencia en la ornamentacion pintada de los dormitorios conyugales: el pudor de los ojos no existia entre los romanos, que habian casi deificado la desnudez.

La decoracion interior de las celdas del lupanar no se recomendaba tampoco por su frescura ni por su esplendor: el humo de las lámparas y mil manchas sin nombre deshonraban las paredes marcadas con el estigma de sus desconocidos huéspedes.

En cuanto al mueblaje, se componia de una estera, una manta y una lámpara. La estera groseramente tejida de juncos ó de cañas, estaba casi siempre destrozada y siempre vieja, aplastada: en algunas casas se solia reemplazar por cogines y aun por camastro *(pulvinar, cubiculum, pavimentum)* la manta asquerosamente manchada no era sino un miserable mosaico de remiendos de todos colores, que se llamaba por lo mismo *centum*. La lámpara, de cobre ó de bronce, esparcia una claridad indecisa en medio de una atmósfera cargada de miasmas deletéreos, que impedian arder el aceite y á la llama elevarse sobre su aureola de humo. Estos miserables utensilios estaban elegidos así exprofeso para que nadie tuviera la idea de apropiárselos: en aquellos aposentos no habia nada que robar.

Sin embargo, puede inferirse con certeza, de las mismas designaciones de estas casas que no eran todas frecuentadas por el populacho y que ofrecian por consiguiente notables diferencias en su régimen interior. En los lupanares mejor ordenados, una fontana adornaba el patio (*impluvium*) al rededor del cual se abrian las celdas ó aposentos *cellæ*; en otras partes se llamaban *sellæ*, asientos, porque eran muy pequeños para admitir un lecho. Pero en los lupanares reservados esclusivamente á la plebe, y que no eran mas que cuevas ó subterráneos, la celda, que estaba abovedada, se llamaba *fornix*. De este nombre, que vino á ser sinónimo de lupanar, se sacó el de *fornicatio*, para espresar lo que pasaba en las tinieblas de las *fornices*.

El olor infecto de estas bóvedas era proverbial y los que penetraban en ellas llevaban consigo mucho tiempo aquel olor nauseabundo que no era solo de aceite y humo. *Olenti in fornice* dice Horacio; *redolet adhuc fuliginum fornícis*, dice Séneca.

Habia lupanares de último órden, llamados *stabula* porque los concurrentes eran recibidos sobre la paja como en una cuadra. Las *pergulæ* ó balcones debian esta denominacion á su género de construccion: aquí una galería abierta corria á lo largo del primer piso y sobre la vía pública, donde las inquilinas se ponian de muestra, mientras el lenon ó la *lena* aguardaba á la puerta; allá, al contrario, la lena ó el lenon ocupaba una ventana alta dominando con la vista su canalla de meretrices ó mancebos. A veces la *pergula* era solo una casita baja y cubierta con un toldo, bajo el cual estaban sentadas las víctimas de uno y otro sexo. Cuando el lupanar estaba coronado con una especie de torre ó pirámide en cuyo vértice se encendia el fanal se llamaba turturilla ó palomar, porque las tórtolas ó las palomas anidaban allí. San Isidoro de Sevilla, hablando de estos nidos, se permite un juego de palabras no muy católico que digamos. *Ita dictus locus, quo corruptela fiabant, quod ibi turturi opera daretur, id est peni.*

El casaurium era el lupanar extra-muros, simple cabaña cubierta de paja ó cañas que servia de albergue á las meretrices errantes ó fugitivas por contravencion á las ordenanzas de policía. La palabra *casarium* en boca del pueblo no provenia mas léjos que de *casa*, choza cabaña, barraca; pero los sábios encontraban en esta palabra la etimología griega que significaba meretriz. En estas guaridas solian refugiarse tambien las *scrupedæ* (pedregosas) porque se ocultaban ordinariamente entre los escombros ó ruinas (piedras).

Tenian además los lupanares nombres genéricos que se aplicaban á todos indistintamente. «*Meritoria*, dice San Isidoro de Sevilla, son los lugares secretos en que se cometen los adulterios.» Pero sobre todo eran los consagrados á la prostitucion de los hombres, de los niños, de los *meritorii*. «*Ganee*, dice Donacio, son unos subterráneos donde se efectua el libertinaje y cuyo nombre deriva de una palabra griega que significa tierra.» «*Ganee*, dice el jesuita Boulenger, son tiendas de prostitucion, así llamadas por analogía con las palabras griegas que espresan sensualidad y mujer.»

Con frecuencia se empleaba la voz *lustrum* como sinónimo de lupanar, y lo que al principio habia sido solo un juego de palabras, vino á ser una locucion usual en que no habia cosa de malicia. *Lustrum* significaba á la vez expiacion y bosque salvaje. Las primeras correrías de la prostitucion tomaron por teatro de aventuras los mas sombríos bosques, y luego como para expiar estas costumbres de animales bravíos las prostitutas pagaban un impuesto *lustrai* expiatorio: de aquí la acepcion de *lustrum* por lupanar. «Los que en sitios retirados y vergonzosos, se abandonan á los vicios de la gula y de la ociosidad dice Festo, merecen que se les acuse de vivir como bestias (*in lustris vitam agere.*» El poeta Lucilio nos hace comprender mejor aun la verdadera estension de la palabra en este verso. «¿Qué comercio haces tú, pues, olfateando al rededor de los muros en los lugares retirados? (*in lustris circum oppida lustrans.*)

Aplicaban con razon el nombre de *desidiabula* á los lupanares para espresar la ociosidad de sus desgraciados habitantes. Cuando no habia mas que mujeres en un establecimiento de prostitucion, tomaba el nombre de Senado de mujeres, de conciliábulo, palacio de meretrices (*Senatus mulierum*, *conciliabulum meretricia curia*) como estas denominaciones se tomaban en buena ó mala parte, los epítetos que se añadian completaban su sentido. Plauto califica de *conciliábulo de desdicha* uno de estos infames lugares. Cuando la una y la otra Vénus, segun la frase latina mas decente, satisfacian sus apetitos en estos inmundos lugares se decia pomposamente reunion de todos los placeres *libidinum consistorium*).

El personal de un lupanar variaba tanto como su clientela. En unas partes los lenones tenian solamente algunos esclavos comprados é instruidos con sus lecciones; en otras este personaje no era el mismo propietario del local sirviendo de intermediario á sus clientes, que le dejan una parte de los beneficios de cada noche; aquí el amo ó ama del establecimiento bastaba para todo, preparando los carteles ó rótulos, ajustando los precios, sirviendo agua ó refrescos, guardando las celdas *ocupadas*; allá estos infames se desdeñaban de hacer estos servicios teniendo para ello los esclavos y sirvientas que exigia cada una de tales funciones: las *ancillæ ornatrices* se cuidaban del tocador reparando los desórdenes del vestido del tocado y del afeite; los *aquarii* ó los *aquarioli* servian agua natural ó helada, vino, y aun vinagre para los

amantes que se quejaban del calor ó de la fatiga; el *bacario* era el esclavo que servia el agua para lavarse en un vaso ó jarro de larga asa y largo cuello, *bacar*; finalmente el *villicus* ó administrador tenia por oficio ajustar los tratos con los clientes y recaudar los intereses antes de volver el cartel de la celda. Había además hombres y mujeres afectos al establecimiento para practicar un lenocinio subalterno ó subordinado, recorriendo los alrededores del lupanar para reclutar amantes, para llamar atraer y arrastrar á los jóvenes ó viejos libertinos: de aquí las denominaciones de *adductores*, *conductores* y sobre todo *admisarii*. Estos emisarios de la prostitucion estaban siempre dispuestos á cambiar de papel, caso necesario y se prostituian por su propia cuenta. En el lenguaje de los campesinos romanos, admissarius era simplemente el guarañon toro que se echa á su hembra.

Ciceron en su oracion contra Pison nos da una prueba de la monomanía de estos cazadores de hombres y procuradores de placer. «Este *admisario* dice, cuando supo que el filósofo habia hecho un gran elogio de la voluptad, se sintió en estremo animado y estimuló todos sus instintos voluptuosos, creyendo que habia encontrado, no un maestro de virtud, sino un prodigio de libertinaje.

El traje de las meretrices en los lupanares no estaba caracterizado sino por el peinado, que consistia en una peluca blonda, porque la cortesana probaba con esto que no tenia ninguna pretension al título de matrona, teniendo todas las romanas cabellos negros, que anunciaban su condicion *ingénua*. Esta blonda peluca hecha con cabellos ó crínes dorados, teñidos, parece haber sido la parte esencial del disfraz completo que la cortesana se ponia para ir al lupanar, donde entraba con un nombre de guerra ó de profesion: Debia además evitar en otros puntos toda semejanza con una mujer honrada: así no podia usar la *vitta*, ancha cinta con que las matronas se levantaban los cabellos; tampoco podian vestir la estola, larga túnica que caia hasta los talones y era tambien exclusiva de las matronas. «Llamaban matronas, dice Festo, á las que tenian el derecho de vestir estolas.»

Por los reglamentos edilitarios relativos al traje de las cortesanas no comprendian el que estas adoptaban para el servicio de los lupanares. Así, en la mayor parte de ellas, estaban completamente desnudas, ó envueltas en un velo de seda trasparente, bajo el cual no se

perdia ningun secreto de su desnudez, pero siempre tocadas con la peluca blonda, adornada con alfileres de oro ó con flores. Y no solamente estaban desnudas en sus celdas ó paseándose bajo el pórtico (*nudas que meretrices furtim conspatiantes* dice Petronio) sino á la entrada del lupanar, en la calle á la vista de cuantos pasaban. Juvenal en su sátira XI, presenta un infame mancebo en el dintel de su hediondo antro *nudum olido stans fornice.* Muchas veces, á imitacion de las cortesanas de Jerusalen y Babilonia, se velaban la cara dejando desnudo lo demás del cuerpo, ó bien solo se cubrian el seno con un tejido de oro: (*tunc nuda papillis prostitit auratis*, dice Juvenal).

Los *amatores* no tenian, pues, mas que elegir segun sus aficiones y gustos. Además el lugar estaba apenas alumbrado por una lámpara que ardia en la puerta de la calle y la mirada mas penetrante no descubria en el rayo luminoso, sino formas inmóviles y posturas voluptuosas. En el interior de las celdas no se veia mas tampoco, aunque los objetos estuvieran mas próximos «y á veces se apagaba la lámpara, falta de aceite ó de aire y no se sabia, dice un poeta, si se trataba con Canidia ó con su abuela.»

Cuando una desgraciada, cuando una pobre muchacha se sacrificaba por la primera vez, habia fiesta en el lupanar: suspendíase á la puerta una lámpara, que esparcia una luz inusitada por las imediaciones del lugar; se rodeaba de ramas de laurel la portada del horrible santuario, ultrajando el pudor público estos laureles, que permanecian allí por muchos dias; á veces, ya consumado el sacrificio, el héroe de aquella indigna hazaña, que pagaba á precio de oro, salia del lupanar, coronado de laurel. El impuro enemigo de la virginidad se imaginaba haber conseguido efectivamente un triunfo, y lo hacia celebrar con ruido de música, que hacian los tocadores del mismo establecimiento.

Semejante abuso tolerado por el edil, era un ultraje tanto mas violento á las buenas costumbres, cuanto que los recien casados conservaban, especialmente en el pueblo una costumbre análoga, adornando tambien con ramas de laurel las puertas de su casa al dia siguiente de las bodas. «*Ornentur*, dice Juvenal, *postes et grandi janua lauro.*» Tambien dice Tertuliano, hablando de la nueva esposa.» «Osa salir de esa puerta decorada con guirnaldas y linternas, como de un nuevo consistorio de libertinaje público.» Podria entenderse de aquí

que la inauguracion ó apertura de un lupanar era tambien ocasion de luminarias y laureles.

Leyendo á Marcial, á Cátulo y á Petronio se vé uno obligado á confesar con pena, con horror, que la prostitucion de los niños en los lupanares de Roma era mas frecuente aun que la de las mujeres. Domiciano tuvo el honor de prohibir aquella abominacion escandalosa, y si la ley que dictó para impedirla no fué rigorosamente observada, debe creerse que atajó los espantosos progresos de tales monstruosidades.

Marcial dirige al emperador el siguiente elogio que nos permite suplir lo que callaron los historiadores sobre la ley Domiciana relativa á los lupanares.

«El mozo, antes mutilado por el arte infame de un codicioso traficante de esclavos, no llora ya la pérdida de su virilidad, ni la madre indigente vende tampoco ya á su hijo un rico y vil mediador en el vergonzoso ejercicio de la prostitucion. El pudor que antes de tí, habia huido del lecho conyugal, comienza á penetrar hasta en los albergues del libertinaje.»

Así, pues, bajo el imperio de Domiciano, no se castró ya á los niños, que se convertian de esta manera en mujeres para el uso de la prostitucion, y Nerva confirmó el edicto de su predecesor; pero la castracion continuó, fuera del imperio romano, ó á lo menos, fuera de Roma, y los traficantes de esclavos conducian sin cesar al mercado público de la metrópoli jóvenes mutilados de diferentes maneras, que proscribia la jurisprudencia romana, á la vez que autorizaba á los sacerdotes de Cibeles á hacer eunucos, y á los dueños de esclavos á despojarlos, en parte á lo menos, de su sexo.

Conocíanse, pues, tres clases de eunucos, todas tres utilizadas para el libertinaje: *castrati* los que no conservaban nada de su sexo, *spadones*, los que solo conservaban el signo impotente; *thlibiæ*, los que habian sufrido en vez del córte del acero la compresion horrible de una mano cruel.

En los escritores latinos solo encontramos tres discripciones del interior de un lupanar nó de lo que en el pasaba. Una de estas descripciones, la mas célebre, nos presenta en escena á Mesalina en el lugar infame donde esta emperatriz se prostituia hasta con los mozos de mulas.

«Así que suponia dormido al emperador, dice Juvenal en su admirable poesía, la augusta cortesana, que preferia al lecho de los césares el sucio y duro camastro de las prostitutas, se levantaba cautelosamente, vestia la cogulla ó capuchon que guardaba para tales aventuras y salia acompañada de una sola sirvienta. Ocultando sus negros cabellos bajo una peluca blonda, entra en un lupanar muy frecuentado, cuya remendada cortina aparta con su mano, y ocupa en el una celda, que es la suya. Allí, desnuda, con un solo velo dorado en el pecho, y bajo el supuesto nombre de *Lysisca*, nombre de guerra inscrito en el cartel de su puerta, presenta el vientre que te llevara, noble Británico. Acoje con cariñosos mimos á todos los que entran, sin dejar por eso de exigirles el precio del placer. Despues se acuesta y sostiene los esfuerzos de todos los que la asaltan. En fin, cuando el lenon despide á todas las prostitutas, la emperatriz sale triste, y sin embargo ha cerrado su celda la última: arde aun en deseos, que no ha hecho mas que irritar, y cansada pero no satisfecha, se retira con el rostro sucio, con los ojos fatigados, ennegrecida toda ella por el humo de la lámpara, y lleva al lecho imperial el apestoso hedor de la inmunda mancebía.»

La noble indignacion del poeta estalla en este cuadro y hace casi desaparecer su obscenidad.

Despues de Juvenal es descender mucho citar á un simple comentador, Sinfosiano, que escribió sobre la Historia de Apolonio de Tiro, aquella historieta griega llena de fábulas, que todas las literaturas de la edad media adoptaron y popularizaron.

«La jóven se prosterna á los piés del lenon, dice Sinforiano, y esclama: Ten compasion de mi virginidad y no prostituyas mi cuerpo deshonrándome con un vergonzoso cartel. El lenon llama á la administradora y le dice: Que venga una sirventa á adornarla y que se ponga en su cartel: «Quién quiera las primicias de Tarsia, dará media libra de plata (unos 159 francos): en seguida se entregará á todo el que la quiera, mediante una pieza de oro» (20 francos).

Este pasaje seria aun mas precioso para la historia de las costumbres romanas, si estuviéramos mas seguros del sentido exacto de las palabras *mediam libram* y *singulos sólidos*, que establecen, los unos el precio especial de la virginidad, los otros el tipo comun de la prostitucion.

Petronio en su *Satyricon* nos ha dejado un trozo demasiado importante y curioso, para que no lo citemos testualmente: es la pintura de un lupanar romano.

«Cansado en fin, de correr y bañado de sudor me acerco á una vejezuela que vendia groseras legumbres.—Díme, *ava mea* ¿sabes tú dónde yo habito? le pregunté.—Y ¿por qué no he de saberlo? me contestó, prendada de mi franca urbanidad. Y se levanta y echa á andar delante de mí. Yo creí que fuera una adivina; pero muy luego, cuando hubimos llegado á un lugar muy retirado, aquella amable vieja, corrió una cortina y dijo.—Aquí es donde debes habitar. (*Hic inquit, debes habitare*). Cuando yo afirmaba no conocer la casa, ví á unos hombres pasearse entre meretrices desnudas y sus rótulos. Entonces comprendí, aunque demasiado tarde, que habia sido conducido á una casa de prostitucion. Detestando los lazos de aquella maldita vieja, me cubrí la cabeza con mi manto y me puse á huir por en medio del lupanar hasta la salida opuesta. (*at alteram partem.*)

Esta última parte de la narracion prueba que un lupanar tenia ordinariamente dos puertas, una de entrada y otra de salida, situadas sin duda en dos calles diferentes, á fin de ofrecer mas facilidades y aun disimulo á ciertos concurrentes. Puede inferirse de aquí que, para un hombre de estimacion, habia siempre algo de vergüenza en frcuentar aquellos sitios, apesar de la tolerancia de las costumbres romanas á este respecto. Es cierto además, segun otras autoridades, que confirman al testimonio del autor citado, que no se entraba en un lupanar ni de él se salia, sin cubrirse la cabeza ó el rostro: unos llevaban al efecto una cogulla ó capucha metida hasta los ojos; los otros se envolvian la cabeza con el manto. Séneca en la «Vida feliz» habla de un libertino que frecuentaba estos sitios, no tímidamente, no de oculto, sino á cara descubierta (*inoperto capiet*). Capitolino en la Historia Augusta, nos presenta tambien un emperador libertino, que visitaba de noche las tabernas y lupanares, cubierta la cabeza con una cogulla vulgar (*obtecto capite cucullo vulgari*).

En cuanto al precio, no debia ser fijo en los lupanares, toda vez que cada cortesana tenia á la puerta de su celda el cartel que indicaba su nombre y su valor metálico. El pasaje de Sinforiano, citado mas arriba, ha estraviado á los comentadores que han procurado evaluar, cada uno á su manera el precio que el lenon habia fijado por la di-

Un jurisconsulto, que no cita sus autoridades, asienta que toda cortesana en el acto de su inscripcion oficial prestaba juramento en manos del edil, comprometiéndose por él á no abandonar nunca la infame profesion que libremente abrazaba, sin coaccion ni repugnancia; pero las infelices, ligadas por este juramento monstruoso, habrian reivindicado su libertad de arrepentirse, luego que una ley de Justiniano (Novela LI.) hubo declarado que semejante juramento empeñado contra las buenas costumbres no comprometia á la imprudente que lo hubiera hecho. Este voto de prostitucion que la historia ofrece mas de una vez bajo el punto de vista religioso, entre los locrienses, por ejemplo, cuyas hijas juraban prostituirse en la próxima fiesta de Vénus, si sus padres obtenian la victoria sobre sus enemigos; este voto de prostitucion legal no tiene nada de inverosímil y corresponde aun á la nota de infamia.

Y ¿por qué la inscripcion matricular de las meretrices se hacia ante el edil y no ante el censor, que tenia entre sus artibuciones la de velar por las costumbres? Hé aquí una pregunta que ocurre naturalmente. Justo Lipsio en sus comentarios sobre Tácito, contesta á esta pregunta puramente especulativa, haciendo notar que el edil estaba encargado de la policía interior de los lupanares, de las tabernas y de todos los lugares sospechosos de prostitucion. Sobre este asunto de la jurisdiccion edilitaria en tales sitios, ha podido decir Séneca. «Hallarás la virtud en el templo, en el foro, en la curia, en los muros de la ciudad; pero la sensualidad la encontrarás oculta con frecuencia entre tinieblas, al rededor de los baños, de las estufas ó sudaderos, en los sitios en que se teme al edil (ad loca ædilem metuentia.)»

Lipsio habria debido añadir para esplicar mejor la competencia del edil en materia de prostitucion, «que el edil debia sobre todo comprender en las atribuciones de su cargo la via pública, que pertenecia esencialmente á la prostitucion y era casi su sinónimo.» Nadie prohibe ir y venir por la via pública, dice Plauto, haciendo alusion al uso que cada uno puede hacer de una mujer pública, pagándola por supuesto. (Quin quod, palam est venale, si argentum est, emas. Nemo ire quemquam publtica prohibe via.) El edil tenia, á su cargo la policía de la calle y todo lo que podia considerarse como dependencias de ella: así, pues, los establecimientos públicos caian naturalmente bajo la jurisdiccion absoluta del edil.

Desde luego, y Justino lo dice espresamente, las mujeres que se dedicaban á la prostitucion, sin inscribirse préviamente en los registros del edil comprando así el derecho de ejercicio, incurrian en una multa y se esponian á ser espulsadas de la ciudad, sorprendidas infraganti; pero ordinariamente las que se hallaban en tal caso, si eran jóvenes y capaces de ganar alguna cosa en el oficio, atraian luego una alma caritativa de lena ó de lenon, que se encargaba de satisfacer la multa y los derechos de inscripcion, y que para reintegrarse de este anticipo las esplotaba por su cuenta encerrándolas en su casa ó lupanar.

Las prostituciones vagamundas, (erratica scorta) no eran permitidas en Roma, pero habia que cerrar los ojos sobre su número y variados hábitos, que habrian exigido un ejército de custodios para guardar las calles y los edificios, un senado de ediles para conocer de los delitos y una multitud de lictores para azotar á los culpables y para hacer ejecutar las condenaciones. La ciudad de Roma ofreció una multitud de templos, de columnas, de estátuas, de monumentos públicos, como acueductos, termas, sepulcros, mercados etc., cuya disposicion arquitectónica no era sino muy favorable á los actos de la prostitucion. A cada paso se encontraba una sombría bóveda, bajo la cual se albergaba de noche una prostituta ó un mendigo: todo sitio abovedado (arcuarius ó arquatus,) servia de asilo al libertinaje errante, que nadie tenia derecho á turbar allí, porque todo el mundo lo tiene de dormir al aire libre, sub dio.

Podríase tambien inferir de muchos hechos consignados en la historia, que ciertos lugares apartados, en las inmediaciones de ciertos templos ó estátuas, eran el teatro ordinario de la prostitucion nocturna. Así, Julia, hija de Augusto, iba á prostituirse á una encrucijada delante de una estátua del Sátiro Marsyas, hallando siempre ocupado el sitio en que solia hacer esta especie de sacrificio obsceno, desde que el velo de la noche envolvia el lecho de piedra que servia del altar á aquel infame culto. Bastaba una estátua de Priapo ó de otro dios custodio, armado de látigo, de báculo ó masa para protejer todas las torpezas nocturnas que venian á refugiarse bajo sus auspicios y á abrigarse bajo su sombra.

Solo muy rara vez usaba el edil rigor en contravenciones de este género; pero en cambio solia ejercer una policía bastante activa en

las casas públicas que dependian de su jurisdiccion. No ya solo hacia contínuas pesquisas para averiguar los delitos que podian cometerse en estas casas sometidas particularmente á su vigilancia, sí que tambien se aseguraba con frecuencia y por sí mismo de que todo iba en ellas de acuerdo con sus reglamentos.

Hemos citado mas de una vez los lugares sospechosos ó infames que se sustraian á la jurisdiccion edilitaria: en estos lugares se ocultaba, pues, la prostitucion para librarse del impuesto, y el lenocinio se dedicaba á sus mas viles negocios. El edil, precedido siempre de sus lictores, recorria las calles á toda hora, de dia y de noche, penetraba en todas partes donde su presencia podia ser útil, y se daba cuenta por sus propios ojos del régimen interior de aquellas oficinas de libertinaje. Así cuando se anunciaba la aproximacion del edil, las mujeres de mala vida, los jugadores, los esclavos prófugos de justicia, los malhechores de todo linaje, se apresuraban á huir y muy luego las tabernas, las hosterías, las tiendas de mala nota quedaban desiertas.

Esta policía urbana pertenecia á los ediles plebeyos, sobre los que gravitaba todo el peso de las funciones activas; los grandes ediles patricios, sentados en su silla curul, no hacian otra cosa que juzgar las causas que les remitian los tribunos y entraban en el círculo de sus atribuciones puramente administrativas. Esta division de poderes se estableció naturalmente hácia el año 388 de Roma, cuando el senado añadió dos ediles curules ó patricios, á los dos ediles plebeyos. Los curules solamente llevaban traje distintivo, la pretexta de lana blanca con franja de púrpura; mientras que los otros solo se distinguian por sus lictores ó mas bien por sus aparitores, especie de hugieres que los precedian y les abrian las puertas anunciando el nombre y calidad del edil; porque un edil no podia penetrar en una casa particular sino en virtud de su cargo y para ejercer funciones.

Hablóse mucho en Roma de la desgracia de un edil curul, á quien una cortesana tuvo la audacia de hacer frente y que no tuvo mas fortuna ante los tribunos del pueblo. Aulu-Gelle trae este juicio memorable tal como lo encontrara en un libro de Ateyo-Capito, titulado *Conjeturas*:

A. Hostilio Mancino, edil curul, quiso introducirse de noche en casa de una meretriz llamada Mamilia: ésta no quiso recibirlo, bien

que el magistrado diera su nombre haciendo valer sus prerrogativas; pero estaba solo, sin lictores, no vestia la pretexta y además no tenia que ejercer funciones en aquel domicilio. Irritóse de encontrar tanta resistencia de parte de una mujer pública y le amenazó con derribar la puerta, comenzando á hacerlo ya. Entonces Mamilia, á quien no habian desconcertado estas violencias, afectó no haber reconocido al edil y le arrojó algunas piedras desde su balcon (de tabulato). El edil fué herido en la cabeza, y al dia siguiente citó ante el pueblo á la insolente Mamilia, acusándola de haber atentado contra su persona. Mamilia refirió el hecho diciendo simplemente, que el edil habia querido derribar su puerta y que ella se lo habia impedido arrojándole piedras; pero añadió que Hostilio, al salir de una cena, se le habia ofrecido algo ébrio y coronado de flores. Los tribunos aprobaron la conducta de la cortesana, declarando al mismo tiempo que A. Hostilio Mancino, presentándose de noche, ébrio y coronado de flores á la puerta de una cortesana, habia merecido ser repelido de ella vergonzosamente. Prohibiéronle además llevar su queja ante el pueblo, y la cortesana triunfó así del edil patricio.

Este curioso hecho podria probar que Mamilia vivia en una casa particular que habia escapado á la policía de los ediles, porque en las casas de libre ejercicio dependientes de su autoridad inmediata, la resistencia, dado que la hubiera, no habria llegado nunca á tal estremo. Así, estos magistrados repetian sin cesar sus visitas á las casas de baños, á las tabernas, á las tiendas de panadero, de barbero, de perfumista; pero se hubieran visto ciertamente embarazados para hacer constar, perseguir y castigar todos los casos de prostitucion fraudulenta y prohibida que encontraban á su paso. En los baños públicos sobre todo era donde se encubria el libertinaje mas monstruoso, y puede decirse que la prostitucion se aumentó siempre en Roma en proporcion de los establecimientos de baños que se creaban.

Publio Víctor cuenta ochocientos de ellos, entre pequeños y grandes, en el recinto de la ciudad; y como se sabe que los ciudadanos ricos hacian punto de honor fundar por testimonio una piscina destinada al uso del pueblo, no se estraña esa multitud de baños, de los cuales los mas considerables eran capaces de mil personas. En los tiempos austeros de la república, el baño estaba rodeado de todas las precauciones de pudor y de misterio: no ya solo los sexos, sino tam-

«No hay nadie en el pueblo ni en toda la ciudad que se pueda jactar de haber merecido los favores de Tais, aunque muchos la desean y persiguen. ¿Por qué Tais es tan casta? Por qué su boca no lo es. (Tam casta est, rogo Thais? Immo fellat).

Marcial no perdona á los execrables *feladores* que encuentra en su camino, detestándolos y maldiciéndolos á todos en la persona de Zoilo. «Dices que los poetas y los abogados huelen mal de la boca: el *felador* Zoilo huelé mucho peor.»

Aquella infame imaginacion de lujuria se habia estendido tanto por Roma en tiempo de los emperadores, que Plauto y Terencio, que habian hecho sin embargo alusion al vicio de los *feladores*, parecian no haber dicho nada, y que en los *Attelanes*, donde la pantomima superó todas las temeridades del diálogo, los autores espresaban sin cesar por un juego mudo los vergonzosos misterios del arte *felatoris*.

Y sin embargo, los ediles debian permanecer ciegos enfrente de tan horribles monstruosidades, que se producian casi en presencia de ellos: no era esto aun la prostitucion propiamente dicha; no era sino su preludio ó parte accesoria; era sobre todo el acto mas característico de la esclavitud, *præbere os*, segun la espresion usual que se encuentra hasta en los *Adelphi* de Terencio: los ediles no tenian que mezclarse en la conducta individual de los esclavos, escepto en lo que concernia á las meretrices. Es notable que los innobles fautores de estos desórdenes no formaban casi nunca parte de los colegios de las cortesanas inscritas ó empadronadas: no se les encontraba, en los lupanares, sinó en las tabernas y en todos los sitios sospechosos, donde habia que comer, beber, jugar ó dormir. Todo el que entraba en estos lugares frecuentados por gentes perdidas, se veia confundido con ellas ó á nivel de ellas degradado, aun cuando no se hubiera abandonado á sus vicios ordinarios. Bastaba la presencia de un hombre ó de una mujer en una taberna (popina) para que esta mujer ó este hombre se sometiera en cierto modo á toda especie de ultrajes. Por eso el jurisconsulto Julio Paulo dice en propios términos en el Digesto:

«Cualquiera que haya hecho un juguete de mi esclavo ó de mi hijo, aun con el consentimiento de éste, me infiere á mí una injuria personal, como si mi hijo ó mi esclavo hubieran sido conducidos á una taberna, como si les hubieran hecho jugar á un juego de azar.»

La injuria y el daño existian ya, desde el momento en que el jóven habia puesto el pié en la taberna, porque no podia estar seguro

de salir tan puro y casto como habia entrado. La policía edilitaria vigilaba cuidadosamente las tabernas, que debian estar cerradas toda la noche y no abrirse antes de amanecer: podian sus dueños recibir en ellos á toda clase de personas ; pero no estaban autorizados para servir á nadie cama , debiendo despedirlos á todos al dar la campana el aviso de cerrar los establecimientos públicos.

Este solo hecho indica la disposicion interior de una *popina* romana, que se componia en general de una pieza baja , guarnecida de ánforas y grandes jarros llenos de vino, en cuyos cascos se leía el año de la cosecha y el nombre del país: en el fondo de esta pieza húmeda y oscura, pues no recibia mas luz que la que entraba por la puerta coronada de laurel, uno ó dos aposentos unidos servian para la recepcion de los clientes , que concurrian allí á jugar , á beber y á prostituirse. Nada de lechos en aquellas madrigueras infectas con el olor de las lámparas y el vino. «Las posadas, dice Ciceron en un pasaje que establece claramente la diferencia de la popina y del *stabulum* , las posadas son sus dormitorios ; las tabernas sus comedores.» Solo se veian en estos establecimientos bancos , mesas y escabeles , que favorecian poco la prostitucion ordinaria.

Para encontrar un cuarto y una cama , era preciso ir á los albergues llamados *cauponæ* ó *diversoria*. El *diversorium* solo estaba destinado á recibir viajeros que pernoctaban en él sin cenar ; la *caupona* , al contrario , tenia de posada y de taberna , pues ofrecia lecho y cena, sin que faltáran compañeras ó compañeros, que el amo tenia siempre reservados para uso ó abuso de sus pernoctantes. La prostitucion en estas casas de paso tenia apariencias mas decentes , hábitos menos exéntricos , y sin embargo el edil las visitaba con frecuencia especialmente de noche rebuscando mujeres de mala vida que hubieran podido sustraerse á la inscripcion oficial , y las que ejercian fuera de los lupanares. A la llegada del magistrado huian medio desnudas y se ocultaban en la cueva entre las ánforas de vino , ó se escondian debajo de los mismos lechos , cuando no tenian ya tiempo para huir.

El objeto de estas visitas domiciliarias era sobre todo castigar las contravenciones á los reglamentos con multas mas ó menos crecidas segun la gravedad del caso ; así, como lo afirma Séneca , en todos los sitios sospechosos se temia sobremanera al edil. Séneca en su *Vida feliz* habla con repugnancia del placer bajo, trivial , miserable , ver-

gonzoso que tenia por asilo las bóvedas sombrías y las tabernas (cui statio ac domicilium fornices et propinæ sunt.)

El edil visitaba tambien las panaderías y las cuevas: en estas cuevas á veces profundas y separadas de la via pública, no se limitaba el dueño á poner las provisiones de trigo en enormes vasijas de barro y los esclavos que daban movimiento á la piedra del molino ; allí solia haber simuladas celdas, donde se refugiaba la prostitucion durante el dia, cuando estaban cerrados é inactivos los lupanares. Las meretrices, dice Pablo Diacre, vivian comunmente en los molinos. (in molis meretrices versabantur.) Pitisco que cita este pasaje, añade que los molinos y las meretrices estaban en cuevas ó subterráneos que se comunicaban con la panadería, de tal modo que no todos los que iban á la tienda llevaban el objeto de comprar pan, pues la mayor parte de los concurrentes iban con el fin de la prostitucion. (Alios qui pro pane veniebant, alios qui pro luxuriæ turpetudine ibi festinabant.)

El edil no se cansaba de perseguir esta prostitucion subterránea, y con frecuencia bajaba á las cuevas , donde se limpiaba y molia el trigo, encontrando siempre en ellas una multitud de mujeres , unas afanadas en el servicio del molino, otras simples inquilinas de aquellos albergues tenebrosos, pero que en el fondo no eran mas que mujeres públicas sin la licentia stupri de la policía.

Los lupanares estaban tambien bajo la vigilancia inmediata de los ediles; pero estos no tenian para que ocuparse de lo que dentro pasaba , mientras no hubiera algun tumulto , riña ó escándalo , y las puertas de la calle se cerraran y abrieran á las horas señaladas. El lenon tenia, por decirlo así, una delegacion parcial de los deberes del edil en el régimen interior del establecimiento : como este lupanario de uno ú otro sexo hacia el rótulo ó cartel de cada una de sus mujeres, él tenia naturalmente el cuidado de verificar las inscripciones en los registros del edil; y él era responsable del delito cuando una *ingénua* ó ciudadana libre, cuando una mujer casada y adúltera , cuando una soltera bajo potestad de padre ó de tutor, cuando una desgraciada niña se prostituia de grado ó por fuerza en su establecimiento; porque la ley Julia envolvia en la penalidad del adulterio á todos los que lo hubieran favorecido, aun indirectamente.

Estos lenones ó lenas tenian casi siempre que sentir á causa de esta vigilancia , y tanto mas cuanto que ellos no respetaban nada en

su tráfico, ni calidad, ni estado, ni virtud, ni sexo, ni edad. Toda infraccion de reglamento daba lugar á una multa, y las multas que por tal concepto imponia el edil á su arbitrio eran exijibles en el acto: la tardanza en el pago era otra falta que se castigaba tambien en el acto, sin que en este otro pago hubiera ya demora, pues no lo hacia la lena ni el lenon, sino los lictores con sus varas en las espaldas de los morosos. La fustigacion se ejecutaba al aire libre, en la calle, delante del lupanar; pero luego, satisfechas ambas multas, el paciente, quebrantado y todo como salia de las duras manos del lictor, se deba con doble solicitud á su tráfico de prostituir, para indemnizarse de la pérdida. Todo era, además, objeto de reprension ó castigo en los lupanares; pero los dueños no eran tan descuidados de sí mismos, que hallándose á discresion del edil, no se precavieran oportunamente, captándose la buena voluntad, ó apoyo de algun senador libertino, á quien reservaban siempre la mejor fruta de su mercado. Ni el edil, á pesar de la austeridad de oficio, era incorreptible tampoco, dejándose conquistar tambien por el lenon, cuando este sabia buscarle el flaco.

Seria difícil reproducir el estado de las faltas y delitos que tenian lugar en los lupanares de Roma: no era ciertamente el edil quien se encargaba personalmente de esta gestion, pues en tales casos se hacia representar por oficiales subalternos. Estos se personaban en el lugar, escuchaban y recogian las quejas que se producian, reconocian el establecimiento y formaban listas de las meretrices en celda ó en ejercicio autorizado. La preocupacion del legislador respecto del libertinaje público parece haber sido solamente evitar la prostitucion de las mujeres patricias y de las jóvenes *ingénuas*, y perseguir el adulterio hasta bajo esta infame máscara. En los lupanares abiertos bajo la garantía de la ley, no debian admitirse mujeres á quienes la ley prohibia venderse ó prostituirse. Mesalina ejerciendo el meretricio en lupanar se vendia por Lysisca, cortesana cuyo nombre de oficio habia tomado la infame emperatriz y que probablemente ejerceria á la sazon en otra parte. Mesalina se esponia pues, sino á ser reconocida, á lo menos á verse acusada de usurpacion de nombre y estado toda vez que solamente las mujeres inscritas ó autorizadas con la licentia stupri tenian el derecho de ejercer en los lupanares.

Séneca en dos pasajes de sus «Controversias» habla de la instala-

cion de una mujer en un paraje de estos, aunque sin indicar diversas formalidades que tenia obligacion prévia de llenar.

«Te has llamado meretriz, dice; te has sentado en una casa pública; se ha puesto un cartel en la puerta de tu celda; te has entregado á todo el mundo.»

En otra parte añade:

«Te has sentado con las cortesanas; te has adornado tambien para agradar á los que pasan con vestidos que te ha suministrado el lenon; tu nombre se ha fijado en la puerta de tu celda; has recibido dinero de vergüenza.»

Pero el lenon no alquilaba celda ni mucho menos vestidos á todas las que se presentaban para el servicio público; estas estaban obligadas, ante todo, á justificar su cualidad y á exhibir un certificado de meretriz ó sea la licentia stupri.

Otro pasaje de las Controversias de Séneca deja comprender que este certificado se libraba en el mismo lupanar y que el lenon tenia un registro donde inscribia los nombres de sus clientes.

«Has sido conducida á un lupanar, dice, y has ocupado en él tu puesto; has ajustado tu precio y te se ha puesto el cartel por consiguiente. Es todo cuanto se puede saber de tí. Además yo quiero ignorar eso que tú llamas una celda y un lecho de reposo.»

Los delegados del edil no tenian escrúpulo en exigir mas circunstancias y entrar en mas hondos detalles, preguntando á las mismas meretrices.

El edil se mostraba muy severo sobre todo en las prescripciones reglamentarias de abrir y cerrar los lupanares á sus horas, con el objeto de evitar que los jóvenes no fueran desde por la mañana á enervarse en ellos, en vez de consagrarse á los ejercicios gimnásticos, á los estudios escolásticos y lecciones cívicas que formaban la educacion romana. El legislador habia querido tambien que el calor del dia fuera un obstáculo á la prostitucion de la noche, imaginándose que los que estuvieran fatigados á causa de él no irian á buscar mas lasitud, mas fatiga.

En las horas señaladas para la libre práctica de los placeres públicos, no habia escepcion, sino en los dias de fiesta solemne, cuando se invitaba al pueblo á los juegos del Circo. Estos dias la prostitucion se trasladaba allí donde estaba el pueblo, y mientras los lupanares estaban desiertos y cerrados en la ciudad, los del Circo se abrian al mis-



mo tiempo que los juegos; y allí bajo las gradas en que se apiñaba la multitud, los lenones establecian celdas y tiendas, á donde afluian de todas partes cuadrillas de cortesanas y libertinos.

Mientras que los tígres, leones y demás fieras mordian, hambrientos ó irritados los barrotes de sus jaulas de hierro; mientras que el gentío atronaba el edificio con sus gritos y palmateos, las meretrices colocadas en asientos particulares y llamando la atencion con su alto peinado y su corto traje, enardecian de mil maneras lúbricas los deseos del público y no esperaban para satisfacerlos á que los juegos se acabaran. Estas cortesanas dejaban sin cesar sus asientos y se sucedian la una á la otra todo el tiempo que duraba el espectáculo. Los pórticos esteriores del Circo, no bastaban ya á aquel asombroso mercado de prostitucion y todas las hosterías, todas las tabernas, todas las tiendas de las inmediaciones se inundaban de libertinaje.

Ya se comprende que en estos dias la prostitucion era absolutamente libre y que los *aparitores* del edil no se atrevian á inquirir é identificar la condicion de la mujer que hacia oficio de meretriz. Hé aquí porque Salviano decia de estas grandes orgías populares. «Se dá culto á Minerva en los gimnasios; á Vénus en los teatros.» Y en otro lugar: «Todo lo que hay de impúdico se practica en los teatros; todo lo que hay de desórden en las palestras.»

San Isidoro de Sevilla en sus «Etimologías» va mas léjos diciendo que el teatro es sinónimo de prostitucion, porque en el mismo lugar, despues de los juegos, las meretrices se prostituian públicamente. (Idem vero theatrum, idem et prostibulum, eo quod post ludos exactos meretrices ibi prosternerentur.)

Los ediles no tenian, pues, que ocuparse de la prostitucion de los teatros, como si esta prostitucion hiciera parte necesaria de los juegos que se daban al pueblo. Además, puede inferirse de muchos lugares de la *Historia Augusta* que los teatros estaban generalmente esplotados por una clase de mujeres que vivian bajo los pórticos y en las galerías abovedadas de estos edificios, y que tenian por lenones ó amantes á los vendedores del teatro: estos vendedores, que se veian circular ordinariamente de grada en grada, durante la representacion, no se limitaban á vender al pueblo ó distribuirle gratis, á espensas del personaje que daba los juegos, agua y garbanzos, sino que servian principalmente de mensajeros é intérpretes para ligar á los amantes.

Por eso Tertuliano llamaba con razon al circo y al teatro consistorios de liviandades públicas (consistoria libidinum publicarum.)

Es probable que el edil, apesar de su autoridad casi absoluta sobre la vía pública, no turbara mucho la prostitucion errante: en ninguna parte, entre los poetas y moralistas que hablan de este abyecto género de prostitucion, se vé la apariencia siquiera de una medida represiva ó preventiva. El edil se limitaba sin duda á hacer observar los reglamentos relativos al traje, y castigaba severamente á las meretrices inscritas que se aventuraban á salir á la calle con el honrado y noble traje de las matronas; pero no debia vigilar muy de cerca las costumbres en la vía pública, cuando la noche las envolvia en su indulgente velo.

La vía pública pertenecia á todos los ciudadanos; cada cual disponia libremente de este derecho y hallaba proteccion en ella poniéndose bajo la salvaguardia del pueblo. Hubiera sido, pues difícil impedir á un ciudadano hacer uso de su libertad individual, en la vía pública; y así, ni aun en la época de su mayor poder, tenia el edil ninguna accion coercitiva contra los que ensuciaban con sus orines las paredes de las casas y monumentos: en interés de la higiene pública, recurrió entonces á la intervencion del dios Esculapio y mandó pintar dos serpientes en los sitios que la costumbre habia destinado mas particularmente á recibir los orines y otras inmundicias. Estas serpientes sagradas ahuyentaban la suciedad que no hubiera cesado ante el edil en persona.

Pero, por desgracia, no habia serpiente capaz de ahuyentar la prostitucion vagamunda de las bóvedas y rincones, en que se refugiaba, luego que la calle quedaba oscura y menos frecuentada. Pitisco, que no sienta un hecho sin rodearlo de pruebas sacadas de los escritos y monumentos de la antigüedad, nos presenta á las prostitutas de Roma, á las de ínfima clase, ocupando por la noche las esquinas y las callejuelas estrechas de la ciudad, llamando y atrayendo á los pasajeros sin mostrar mas pudor que los perros que de dia ocupaban aquellos sitios: «Quos in triviis venereis nodis cohærere scribit Lucretius.» El edil solo podia relegar estas torpezas á los barrios de mala fama donde las gentes honradas no penetraban jamás y cuyos habitantes eran todos ladrones, mendigos, esclavos prófugos, mujeres públicas y demás gente perdida La policía cuidaba de no remover

este fango, y solo en casos de robo, asesinato ó incendio bajaba el edil al fondo de semejantes cloacas. La via pública en los arrabales é inmediaciones de los muros de la ciudad, eran pues el teatro nocturno de las mas torpes obscenidades. Allí fué donde Cátulo encontró una noche á aquella lesbia, á quien habia amado mas que á sí mismo, mas que á todos los suyos; pero, ¡cuánto habia cambiado, y cuán vergonzoso oficio ejercia impunemente en las sombras! Cátulo, al reconocerlo, se desvió indignado, con los ojos preñados de lágrimas y deseando no haber visto nada. Despues, su corazon de poeta exhala esta amarga queja:

«Illa Lesbia quam Catullus unam
Plus quam se atque suos amavit omnes,
¡Nunc in quudriviis et angiportis
Glubit magnanimus Remi nepotes!»

Si el edil dejaba en paz á las desdichadas instigadoras de la inmoralidad pública, todavía se mezclaba menos en la conducta de sus ordinarios cómplices. No tenia tampoco censura que ejercer sobre las costumbres, y se guardaba muy bien de tocar á los privilegios de los ciudadanos romanos, ni aun bajo el pretesto de hacer respetar el pudor público. Solamente recibia sobre este punto las reclamaciones que se le dirigian y citaba directamente ante su silla curul á los que habian dado lugar á tales reclamaciones.

A veces eran muy graves estas quejas: por ejemplo, cuando una madre de familia habia sido tratada como una cortesana, es decir, seguida y llamada en la calle. El edil tenia que averiguar entonces si por su traje, modo de andar ó ademanes, podia haber motivado la matrona un error injurioso, y si el autor de la injuria, podia alegar ignorancia y buena fé. Generalmente las matronas que tenian derecho de querellarse ante el tribunal del edil, preferian ahorrar el escándalo de semejante debate compareciendo en público para hacer condenar al insolente, sobre todo si ellas se juzgaban censurables bajo el punto de vista de su traje; porque bastaba una túnica algo corta, un peinado un poco alto, ó alguna desnudez de seno ú hombros, para justificar una llamada ó provocacion.

«Llamar y perseguir son dos cosas muy diferentes, dice Ulpiano en el tít. XV (De injuriis et famosis libellis); llamar es atentar al pudor

ageno con palabras maliciosas; perseguir es seguir con insistencia, pero silenciosamente.»

Cuando los libertinos dudaban de la condicion de una mujer que encontraban á su paso, y cuya posesion codiciaban, no le hablaban desde luego, sino que la seguian hasta que ella daba á entender con una mirada ó con cualquiera otro signo que no le era desagradable la insistencia: entonces ya se creian aquellos autorizados para hablarle y le hacian su declaracion de amor. Tampoco podia nadie lícitamente ponerse al lado de una estranjera en la calle, si no habia contestado antes por palabra ó por un gesto ó mirada á la primera tentativa de llamada; y este uso quedó en las costumbres de las ciudades romanas mucho tiempo despues de haber relajado los rigores de la ley la gran corrupcion pública. «A esa mujer que le habla públicamente, dice Prudencio en sus cuarteles morales, le manda detenerse á la vuelta de la calle.» Unicamente las meretrices estaban por decirlo así, á discrecion del primero que llegaba; todos tenian el derecho de pararla en la calle y de pedirla una vergonzosa complacencia, como si fuera una mercancía á quien quisiera pagarla á precio fijo.

Fuera del caso en que el perseguidor (sectator) por libertinaje ó por error, se permitia seguir ó llamar á una ingénua, cuyo traje ni andar justificaban el abuso, esta especie de caza detrás de los placeres sensuales era absolutamente libre en la calle para los hombres hechos sino para los jóvenes. Los padres y tutores solamente podian castigar á estos; porque la ley admitia la renuncia de la paternidad en tres casos, en que el padre tenia derecho no solo de desheredar á su hijo, sino tambien á espulsarlo de la familia quitándole su nombre: primero, si el hijo dormia con frecuencia fuera de la casa paterna; segundo, si se daba á orgías infamantes y tercero, si se aficionaba á vicios ó placeres sórdidos. El padre, pues, en ciertas circunstancias, asumia en su mano los poderes del edil y del censor contra el hijo libertino. El tutor tenia igualmente una parte de la misma autoridad respecto de su pupilo.

Pero los jóvenes no eran los únicos provocadores y sectatores de la prostitucion; los hombres de edad madura, los mas graves y barbados se hallaban con frecuencia metidos en la falange impura que ni esperaba las sombras de la noche para entregarse al libertinaje. El edil se hubiera avergonzado muchas veces de los nombres ilustres y no-

bles carácteres que habria podido sorprender bajo los mantos de aquellos corredores de aventuras.

Entre los impúdicos que formaban el ejército activo de la prostitucion habia muchas y varias categorías, los unos se llamaban *adventores*, porque salian al encuentro de las mujeres que creian de fácil acceso; los otros se llamaban *venatores*, porque perseguian, sin llevar como los primeros el dinero en la mano, todo lo que les prometia un nuevo triunfo; (Alcinoi juventus) ó juventud de Alcinoo, se llamaban los bellos afeminados que se paseaban con cierta negligencia por la ciudad, con vestidos de fiesta, rizados, perfumados, acicalados, buscando con los ojos por aquí y por allá lo que podia despertar sus deseos, dormidos despues de una noche de escesos. Los *salaputii* eran unos hombrezuelos muy ardientes y lúbricos, que no lucian apariencia; pero que tenian algun motivo para llamarse los herederos de Hércules. El poeta Horacio se jactaba de ser uno de los mas favorecidos en este punto y por eso el emperador Augusto lo habia sobrenombrado (Putissimum penem), que traducia él mismo por (Homuncionem lepidissimum.) Los *semitarii* eran una especie de sátiros, de anchas espaldas; de cuello robusto, de membrudo brazo, de mirar taimado: estos solian apostarse en emboscada fuera de poblado, y allí acechaban á alguna asendereada prostituta, de quien abusaban á viva fuerza, á pesar de su resistencia y gritos. Como solo se dirigian á mujeres comunes, no podia aplicárseles la ley de las injurias, y la infeliz al retirarse toda pulverienta y quebrantada solo recibia por paga risas, burlas y amenazas.

Finalmente todo hombre casado que entraba en un lupanar se llamaba adúltero (adulter); el que frecuentaba las casas de prostitucion era un *scortator*; el que vivia familiarmente con cortesanas, comiendo con ellas y deshonrándose en su compañía, llevaba el mote de *mœchus*. Ciceron acusó á Catilina de haberse rodeado de una cohorte pretoriana de *escortadores*. El poeta Lucilio díce que un hombre casado que comete una infidelidad contra su mujer incurre tambien en la pena del adúltero, porque es adúltero de nombre; y un antiguo escoliador de Marcial da á entender que la palabra *adulter* se aplicaba á un adúltero por accidente ó por ocasion, mientras que la palabra *mœchus* espresaba sobre todo el hábito, el estado normal del adúltero.

La lengua latina propendia á los aumentativos y diminutivos, y aumentó el sustantivo *mœchus* sacando de él *mœchocinœdus*, que com-

prendia en una sola palabra muchas especies de libertinaje; al mismo tiempo buscó el diminutivo del verbo *mæchor* creando *mæchisso*, que significaba poco mas ó menos lo mismo aunque con mas delicadeza. Pero la lengua griega, de la que se habia sacado *mæchus*, poseia diez ó doce palabras diferentes, formadas de la misma raiz, para espresar todas las variedades y matices.

Todo hombre que se respetaba todavía, no entraba en ningun lugar de prostitucion, sino con la cara y aun la cabeza cubierta. Nadie, por otra parte, tenia derecho á pedirle cuenta del disfraz que tenia por conveniente ponerse. Así cuando Heliogábalo iba de noche á visitar los lupanares de Roma, se disfrazaba de mozo de mulas para no ser reconocido. (Tectus cucullione mulionico, ne agnosceretur, ingressus,) dice Lampridio. El edil mismo no se habria permitido levantar aquella capucha que le hubiera descubierto al emperador; pero hacia, eso sí, observar con rigor intransigente, sobre todo de dia y en la calle las ordenanzas santuarias, que prohibian á las cortesanas inscritas el uso de la estola, de la *vitta* ó cinta del pelo, de las túnicas de púrpura y en algunos tiempos aun de los bordados y joyas de oro.

Estas ordenanzas del senado fueron renovadas en muchas épocas por los emperadores, pero su aplicacion encontró flaqueza ó lenidad en poder de los ediles que no castigaban igualmente todas las contravenciones. Así, se veian en el teatro las grandes cortesanas vestidas como reinas, resplandecientes de oro y pedrería, pues no se resignaban fácilmente á llevar togas amarillas y floridas dalmáticas. «¿Qnién lleva traje florido, dice Marcial, y quién permite á las meretrices afectar el pudor de una matrona vestida con la estola?» La matrona que se entregaba á la prostitucion, perdia su noble cualidad y renunciaba ipso facto á presentarse en público con la toga y las insignias de las mujeres honradas: su inscripcion en los registros del edil hacia indigna de la túnica larga y amplia llamada matronal. Así Marcial en ocasion de un regalo enviado á una prostitnta (*mæcham*) dice «¡Das túnicas de escarlata y de púrpura violada á una famosa cortesana! ¿Quiéres hacerle un presente digno de ella? Envíale una toga.»

La toga en el orígen de las instituciones romanas fué comun á los dos sexos; pero cuando la invasion de las mujeres estranjeras en la República hizo necesaria la adopcion de un traje particular ó distintivo para las matronas, tomaron estas la estola, que caia á largos plie-

gues hasta los talones y cubria tan pudorosamente el seno que apenas se pronunciaban sus formas bajo la lana ó el lino. La toga ó túnica sin mangas quedó ya para los hombres y tambien para las mujeres que habian perdido los privilegios de su sexo con los derechos y honores reservados á las matronas. Tal fué probablemente la principal regla de traje á que los ediles se atuvieron.

Habia además muchas prohibiciones y reglas menos importantes relativas al traje de las meretrices, pero hubieron de modificarse tantas veces, que seria difícil fijarlas de un modo general y asignarles época determinada. El calzado y tocado de las cortesanas fueron reglamentados como el traje; sin embargo los ediles se mostraban menos rigorosos en esta parte. Habiéndose apropiado las matronas el uso del borceguí, (*soccus*) no les era lícito á las cortesanas usar esta especie de calzado, estando por tanto obligadas á llevar siempre el pié desnudo en sandalias ó chinelas (*crepida* y *solea*), que ataban á la garganta del pié con correas doradas. Tibulo se complace en describir el diminuto pié de su querida comprimido en la ligadura que lo aprisionaba. «Ansaque compressos colligat arcta pedes.»

La desnudez de los piés en las mujeres era un indicio de prostitucion, y su espléndida blancura hacia desde léjos el oficio del lenon, pues que atraia las miradas y los deseos. A veces sus sandalias ó chinelas eran totalmente doradas: «Auro pedibus induto,» ha dicho Plinio hablando de este brillante signo de deshonor. Otras veces, el calzado era solamente amarillo, imitando el color del oro; aunque este calzado habia sido primitivamente el de los recien desposados. «Llevando un borceguí amarillo en un pié tan blanco como la nieve, dice Cátulo.» Pero los recien casados se hubieran guardado muy bien de calzar sandalias ó chinelas, ni las cortesanas tampoco hubieran osado llevar el color amarillo en los borceguíes.

Las matronas habian adoptado tambien una especie de tocado cuya usurpacion no permitieron á las cortesanas: era la *vitta*, amplia y blanca cinta que servia á la vez de ligadura y adorno del pelo. Esta cinta fué probablemente en los tiempos heróicos de Roma una reminiscencia de la que adornaba la cabeza de las becerras ú ovejas ofrecidas en sacrificio á los dioses. La matrona se presentaba tambien á manera de víctima ante el altar del Pudor, como para recordar que el culto de los dioses generadores en una época remota habia recibido

en ofrenda el tributo de la virginidad. No fueron las cortesanas, sino las mujeres castas quienes se arrogaron el derecho de ceñirse el pelo con cintas permitióse á las vírgenes la cinta sencilla, con que se reconocia su estado, y la cinta doble quedó al uso esclusivo de las matronas. «¡Léjos de aquí! esclama Ovidio en su Arte de amar; ¡léjos sencillas cintas; (vittæ tenues,) insignia del pudor! ¡Léjos túnica larga que cubre la mitad de los piés!»

Esta estola ó larga túnica (insista) ordinariamente franjeada de púrpura no caracterizaba menos á la matrona romana, que la cinta que ceñia tan graciosamente una cabellera negra, reteniendo por detrás de la cabeza sus rizos ó sortijas. Fuera de estas cintas sencillas ó dobles, las cortesanas eran libres de adoptar el tocado que mejor les parecia. Hemos ya dicho que se envolvian la cabeza con el palliolum, especie de manteleta; que se echaban una capucha que les cubria el rostro, mientas que las matronas se mostraban en todas partes á cara descubierta, y aun toda la cabeza, como dando á entender que no tenian nada que reprocharse ni que les reprocharan, pudiendo arrostrar sin avergonzarse las miradas del público, su censor y juez perpétuo. Aquellas altivas romanas, durante muchos siglos hubleran creido deshonrarse cubriéndose el pelo, tiñéndoselo ó enpolvándoselo; ni aun se resignaban á dividírselo en trenzas que venian á enrollarse encima de la cabeza ó en las sienes, sino para distinguirse de las jóvenes solteras (innuptæ) que por su pelo rizade se llamaron cirratæ.

Las cortesanas no se privaron de copiar los diferentes géneros de tocado privativo de matronas y cirratæ; pero cambiando su aspecto por la variedad de colores con que se afeaban el pelo: ya se lo teñian amarillo á fuerza de azafran; ya rojo con zumo de betarraga ó remolacha; bien á con pluzastel ó añil; bien atenuaban solamente el esplendor del pelo frotándolo con ceniza perfumada. Despues, cuando los emperadores se hicieron una especie de aureola divina poniéndose polvo de oro en la cabeza, las cortesanas fueron las primeras en apropiarse una moda que creian pertenecerles, y se entronizaron enfrente de los Césares en las fiestas públicas y juegos solemnes, con la frente ceñida de una cabellera dorada como las diosas en los templos. Sino que la divinidad de aquellas cortesanas hubo de durar muy poco, pues se les prohibió el uso del polvo de oro en la cabeza. Entonces lo reemplazaron con otro, hecho con gualda, que brillaba menos al sol,

pero que era mas suave á la vista; si bien las aficionadas al azul usaron el lapiz pulverizado.

«¡Todos los suplicios de Ténaro caigan sobre el insensato que hizo perder á tus cabellos su natural color! esclama Propercio acariciando á su querida. Hazme feliz, Cintia mia: á ese precio serás bella y siempre muy bella á mis ojos. De que una loca se tiña de azul el pelo y la cara ¿se sigue que ese afeite embellezca?«

El edil hacia una cruda guerra al pelo dorado entre las cortesanas; pero no les impedia teñírselo de amarillo ó de azul; muy al contrario, les aplaudia una moda que consagraba sus colores dintintivos (cærulea y lutea) el azul por alusion al agua de la mar, de cuza espuma nació Vénus; y el amarillo aludiendo al oro, que era el único dios de todas ellas.

Mucho habrian tenido que hacer los ediles, si hubieran tenido que inquirir, juzgar y castigar todas las infracciones suntuarias que se permitian las cortesanas, y así cerraban los ojos sobre una multitud de faltas de este género que se perdonaban á la coquetería femenina. Pero en general las mujeres inscritas no tenian ningun interés en pasar por matronas, y preferian seguir modas estrangeras, que les eran por otra parte, propias y á propósito para llamar la atencion de los aficionados. Así, pues, llevaban con mucho gusto vestidos que no tenian nombre en la lengua romana: babylonici vestes y serieæ vestes.

Llamábanse (babylonici vestes) unas especies de dalmáticas arrastrando por detrás y abrochadas por delante hechas de telas pintadas con un abigarramiento de flores y bordados de mil colores. Las cortesanas de Tiro y Babilonia trajeron á Roma este traje nacional, antigua librea de la prostitucion.

Sericæ vestes se llamaban unas ámplias túnicas de gasa de seda, tan lijeras y trasparentes, que segun la esprecion de un testigo ocular, parecian inventadas para hacer ver lo que aparentaban cubrir. Las cortesanas de la India no se vestian de otro modo, y en medio de la gasa se las veia impúdicamente desnudas. «Vestidos de seda, dice con indignacion el casto autor del Tratado de los beneficios; vestidos de seda, si es que pueden llamarse vestidos dejando á descubierto todo el cuerpo; vestidos con las que una mujer no podria jurar no estar desnuda; vestidos que podria decirse inventados para que nuestras matronas no puedan enseñar mas á sus amantes en el cubículo de lo que enseñan en público.»

Séneca se preocupaba mucho con esta moda asiática, porque recae sobre ella muchas veces en sus Controversias. «Una miserable turba de sirvientas se dan mal rato porque esta adúltera muestra su desnudez bajo una gasa diáfana y porque un marido no conozca mejor que el primer estraño que llegue los secretos encantos de su mujer.»

Los vestidos babilónicos, aunque mas decentes que las gasas de Tiro, que un poeta latino compara al aire (ventus textilis) eran mas generalmente adoptadas por las meretrices; porque necesitaban estar muy seguras de sus perfecciones ocultas para hacer de ellas una ostentacion tan absoluta. Esta desvergonzada exhibicion no tenia que temer las reprimendas del edil, y las mujeres, inscritas ó nó, que se permitian este traje aéreo, no se cuidaban, ni mucho menos, de remedar á las matronas. Lo mismo sucedia con las que vestian á la babilonia con dalmáticas orientales, que una mujer honrada hubiera tenido vergüenza de sacar en público con aquel abigarramiento de colores fuertes. «Telas pintadas, dice Marcial, tejidas en Babilonia y bordadas por la aguja de Semíramis.»

Las cortesanas, que se sometian dócilmente á la toga profesional añadian el amiculum especie de manto corto, hecho de dos pedazos cosidos por bajo y abrochados sobre el hombro izquierdo con un boton de modo que tenia dos aberturas para el brazo. El amiculum, cuyo nombre equivalia á amiguito, no pasaba de la cintura, teniendo poco mas ó menos la apariencia de la clamide de los hombres, y era exclusiva prenda de las mujeres de mala vida. Isidoro de Sevilla en sus Etimologías asegura que esta vestidura era tan conocida por su destino, que se le ponia á la mujer sorprendida en adulterio, á fin de que le atrajera parte del oprobio que resaltaba sobre la estola romana. Esta manteleta ó ciclade que no era deshonrosa entre las mujeres griegas, fué sin duda traida á Roma por las hetarias que le legaron su infamia. El color del amículo parece haber sido blanco, siendo la vestidura de lino.

En cuanto á la toga que se llevaba debajo era casi siempre verde, siendo el color de Priapo, dios de los jardines. Mucho han escrito los comentadores sobre el matiz de este verde; los unos lo han hecho pálido, oscuro los otros; estos le han dado un reflejo dorado, aquellos un viso amarillento. Sea como quiera, aquel verde (*galbanus*) fué adoptado por los libertinos de ambos sexos, de tal modo que se les designaba

con el mote de galbanati, vestidos de verde, y en este concepto, se aplicaba el epiteto de galbanas á las costumbres disolutas: llamábase galbana una tela fina y rica de color verde suave. Vopisco nos presenta un libertino vestido con clamide escarlata y túnica verde con mangas anchas (Cœrulea indutus scutulata, aut galbana rasa.) En fin, se habia llegado á crear tal afinidad entre el color verde y quien lo usaba, que «galbanatus» vino á ser sinónimo de mancebo.

Todas las modas estrangeras pertenecian de derecho á las cortesanas, que habian perdido la condicion de ciudadanas, y que eran tambien estrangeras en su mayor parte. El tocado de aparato, pues la capucha ó cogulla (cucullus) no les servia mas que por la mañana y por la noche, para ir al lupanar y volver á sus casas; el tocado que usaban con preferencia en el teatro, en las ceremonias públicas, donde quiera que se toleraba su presencia, tocado que les fué peculiar por espacio de mucho tiempo, demostraba que la prostitucion habia comenzado en Oriente y que Roma la dejaba su traje nacional. Distinguíanse tres clases de tocados exclusivos de las meretrices romanas: la mitra, la tiara, y la diadema. La diadema parece de orígen egipcio y era una banda de seda mas ó menos ámplia que se ceñia al rededor de la frente para disminuir su grandor. Los romanos, á ejemplo de los griegos, no admitian las frentes grandes en las mujeres, y estas procuraron disimular una imperfeccion absurda ó arbitraria ocultando bajo la diadema parte de la frente que era entre las romanas mas elevada y protuberante que entre las griegas. Esta banda frontal estaba á veces sobrecargada de adornos de oro, y sus dos estremos pendian á cada lado de la cabeza como las cintas que caen sobre el seno de una esfinge.

La mitra procedia evidentemente del Asia Menor, de la Calcea ó de la Frigia, segun que era mas ó menos cónica. La tiara era importacion de la Judea ó de Persia. Este tocado de seda de color fuerte venia á tener la forma de un cilindro, asemejándose á las puntiagudas cúpulas de los templos indios; la mitra, al contrario, afectaba la forma de un cono, ó bien de un casco ó de una caracola. Tal era la mitra frigia que los pintores han atribuido por tradicion al pastor troyano Paris en el juicio de las tres dioses y la manzana de oro. Estos recursos mitológicos justificaban bastante la adopcion de este tocado como emblema de la libertad de la eleccion y del placer. La mitra

piramidal tenia tambien sus pendientes como la diadema con una especie de franja al rededor de la frente; y despues de haber sido la insignia majestuosa de los reyes de Persia y de Asiria, vino á coronar la testa impúdica de las prostitutas de Roma, que *nimbatæ* ó *mitratæ*, reinaban en las representaciones del teatro, en los juegos del Circo, sin pagar multa al censor ni aun al edil. Mas tarde el nombre de este orgulloso tocado, fué para ellas un mote de desprecio.

Pero los ediles que permitian que las meretrices fueran vestidas, tocadas y calzadas como las reinas de Tiro y Babilonia, cuidaban mucho de que no tuvieran literas ni especie ninguna de carro. Unicamente las matronas tenian derecho á la comodidad y lujo del vehículo, caballos de montar ó esclavos, privilegio de que se mostraban sobre manera celosas. En los primeros siglos de Roma se servian ya de un grosero carro, cuya invencion se atribuia á Carmenta, madre de Evandro; y como este carro ó carreta cerrada prestaba un servicio importante á las matronas en cinta, imposibilitadas ya de andar, hubo de ser divinizada su inventora, con la mision de presidir á los alumbramientos.

Los romanos en aquel tiempo no toleraban la molicie ni el lujo en las mujeres, y el Senado prohibió el uso de los carros de Carmenta. Pero las mujeres, principalmente las que se hallaban en cinta, protestaron contra el acuerdo del Senado, y formaron un pacto entre ellas jurando resistirse al débito conyugal para no dar hijos á la patria hasta que se revocara tan injusta prohibicion. Y se resistieron tan resueltamente á sus maridos, que tuvieron estos que recurrir al senado suplicando se derrogara una ley que los privaba de sus mujeres. Satisfechas estas de su triunfo, hicieron aun mas honor á la diosa carretera erigiéndole un templo á la falda del monte Capitolino.

Desde aquel memorable acontecimiento, de que Grevio ha recogido muchas versiones en sus Antigüedades Romanas, las matronas quedaron en quieta y pacífica posesion de sus carros, aunque modificados, pues en vez de correr sobre ruedas por un suelo desigual y molesto, era suavemente llevado por esclavos ó caballos.

Estos vehículos eran dos clases de literas, la *basterna* y la *léctica*: la primera, que se apoyaba en los lomos de dos mulas por medio de cuatro palanquetas ó brazos, formaba una especie de aposento cerrado con vidrios y cortinas. «Precaucion escelente, esclama el poeta de que

tomamos la descripcion, para que la casta matrona atravesando así las calles, no sea profanada por las miradas de los transeuntes.» La segunda, igualmente cerrada y cubierta, era llevada á brazos de hombres. Hubo literas de todas formas y tamaños, desde la silla de manos *(cella)* capaz de una sola persona, hasta la *octofora*, que se balanceaba sobre los hombros de ocho esclavos portadores: en aquella la matrona iba sentada; en la otra acostada muellemente en sus cogines y acompañada por lo regular de dos ó tres personas. El lujo invadió las literas, como todo lo que contribuia á hacer la vida muelle y voluptuosa y se doraron por fuera y se tapizaron por dentro con ricas telas de seda. Entonces las cortesanas entraron en deseos de tener tambien literas.

Y en efecto, lo consiguieron por de pronto; pero el edil no admitió sino pocas escepciones otorgadas al favor y á la riqueza. En tiempo de muchos emperadores pudo verse á estas emperatrices, conducidas tan cómoda, lujosa y honradamente en sus literas como las castas y orgullosas matronas en las suyas. Pero las privilegiadas aspiraron luego á mas, es decir, no se contentaron con las literas cerradas, que pasaban silenciosamente por las calles sin dejar ver los primores que iban dentro, y perfeccionaron el vehículo á su gusto. El interior vino á ser un verdadero cubículo ó dormitorio, ó segun la frase de un comentador, un lupanar ambulante. Habia además literas abiertas con cortinas, á través de las cuales hundia el transunte la codiciosa mirada, aunque las cortesanas se dejaban ver siempre ó casi siempre ladeando opurtunamente las cortinas.

La relajacion de las costumbres multiplicó en Roma las literas y al mismo tiempo las ventajas que de ellas reportaba la prostitucion elegante. Las mismas matronas no se admiraban ya de que se las confundiera con las cortesanas. «Entonces nuestras mujeres, las matronas romanas, dice triste mente Séneca, se exhibian en sus vehículos como para ponerse en venta.» Unas buscaban así aventuras; otras acudian á las citas. La litera se detenia á un estremo de una plaza ó calle excéntrica; los portadores la dejaban en tierra y permanecian por allí de guardia: entretanto se entreabria la portezuela y penetraba en el inviolable santuario un apuesto galan. Por lo demás, se ignoraba siempre si la litera estaba ocupada ó vacía.

Las cortesanas, ya se supone, daban el ejemplo de tales medios y

aventuras á las castas matronas. No solo se las encontraba en litera cerrada; tambien iban en silla descubierta, in patente sella, dice Séneca. Un escoliador de Juvenal dá muestras de imaginacion, mas bien que de crítica, sentando que las mujeres que se prostituian en litera, se llamaban sellariæ por oposicion á las inquilinas de las celdas lupanarias, que se llamaban cellariæ. Juvenal no dice que se entraba en la litera de Chione cuando se tenia un capricho al paso; al contrario, dice: «Vacilas en hacer bajar de su silla de manos á la bella Chione.» Pero Pedro Schœffer, en su tratado «De re vehiculare», es de opinion de que en ciertas circunstancias la litera se trocaba en lugar portátil de prostitucion. Por esta razon, sin duda, hubo de prohibir Domiciano el uso de la litera, no ya solo á las meretrices inscritas, sí que tambien á todas las mujeres notadas de infamia (probrosis feminis).

Todavía los ediles tuvieron que hacer otras prohibiciones, respecto de estas mujeres, pues consta que en diferentes épocas la púrpura y el oro fueron cosas vedadas á las meretrices. Pero los reglamentos de policía se gastaban muy pronto contra la tenacidad de un sexo aficionado naturalmente á las galas y que difícilmente sufre privaciones de coquetería. Muchos anticuarios pretenden que haya habido en Roma una ley, por la cual se prohibia absolutamente el uso de telas preciosas y adornos de oro á las mujeres de mala vida, escepto en el interior de las casas de prostitucion y para su infame ejercicio á puerta cerrada. Si semejante ley existió, no debió estar vigente mucho tiempo, ó á lo menos hubo de sufrir muchas infracciones, porque los poetas nos representan con harta frecuencia á las cortesanas vestidas de púrpura y con adornos de oro.

Ovidio en el «Remedio de amor», no parece acordarse de las leyes suntuarias, describiendo el adorno de una cortesana ó á lo menos de una mujer de placer. «La pedrería y el oro la cubren completamente, de modo que su belleza es la mínima parte de su valor.»

Plauto, en una de sus comedias, pone en escena á una meretriz *dorada* si bien parece decir que aquello es cosa nueva en Roma. *¡Sed vestita, aurata, ornata ut lepide! ut concinne! ut nove!*

Juvenal nos describe á una cortesana de hostería, adornada la cabeza con una diadema de oro (quœ nudis longum ostendit cervicibus aurum); y sin embargo hace evidente alusion al privilegio que tenian

las matronas de llevar pedrería y pendientes, en estos versos, donde dice que una mujer que tiene esmeraldas en el cuello y perlas en las orejas, todo se lo permite y no se avergüenza de nada:

»Nil non permittit mulier, sibi turpe putat nil,
Cum virides gemmas collo circumdedit et cum
Auribus externis magnos commisit elenchos.»

Apuleyo confirma el testimonio de Juvenal diciendo: «El oro de sus joyas, el oro de sus vestidos, aquí hilado, labrado allá, anunciaba desde luego que era una matrona.»

Sábese, sin embargo, que la Ley Opia prohibió la púrpura á todas las mujeres para reservarla á los hombres. Neron renovó esta prohibicion, que no fué alzada definitivamente hasta el reinado de Aureliano; pero hubo de subsistir siempre para las cortesanas y demás mujeres llamadas infames, en la opinion de un sabio italiano, Santinelli, que no ha recordado que entre los antiguos habia muchas clases de púrpura, y que una sola, la mas espléndida, era la insignia del poder. La púrpura plebeya ó violada, no fué ciertamente comprendida en las leyes prohibitivas, que los emperadores de Oriente restringieron, exagerándolas, á la púrpura imperial.

Ferrario, en su tratado «De re vestiaria», pretende concordar estas autoridades contradictorias, diciendo que las cortesanas tenian permiso para usar la púrpura y el oro, aun en público, con tal de que la púrpura no fuera á bandas ó fajas en sus vestidos, y que no fuera el oro en cintas atando el pelo.

Lo mejor es creer que los reglamentos suntuarios relativos á las cortesanas sufrieron frecuentes variaciones ya por parte del senado, ya del emperador ó del edil, y que bastaba la influencia de una de aquellas soberanas de un dia, ó mas bien el prestigio de uno de sus amantes, para hacer abandonar antiguos usos, que volvian á tomar fuerza de ley, bajo otra influencia mas decente. En Roma como en todas las ciudades, donde la prostitucion fué sometida á ordenanzas de policía, las mujeres de mala vida, aunque toleradas y aun autorizadas, fueron objeto de medidas de rigor, que se parecian con frecuencia á persecuciones, y que tendian á reprimir escesos y corregir abusos en las costumbres públicas.

CAPITULO XIX.

La prostitucion elegante.—Las buenas meretrices.—Sus amantes.—Diferencia entre las grandes cortesanas de Roma y las hetarias de Grecia.—Ciceron en casa de Citeris.—Las preciosas y las famosas.—Los amadores.—La via sacra.—Paseos de las cortesanas.—Paseos de las matronas.—Cortejo de las matronas.—Lo que dice Juvenal de las mujeres romanas.—Ogulnia.—Retrato de Sergio, el favorito de Hipia, por Juvenal.—El gladiador obsceno de Petronio.—Secuaces de Vénus-Aversa.—Lo que se llamaba en Roma placeres permitidos.—Lengua muda del meretricio.—El dedo de en medio.—El signo infame.—Por qué el dedo de en medio fué infamado entre los griegos?—Las gesticularias.—Pantomima amorosa.—Reserva avitual del lenguaje hablado de Roma.—De la lengua erótica latina.—Hermano y hermana.—La hermana del lado izquierdo y el hermanito.—Escritos eróticos y sotádicos ó molles libri.—Biblioteca secreta de las cortesanas y libertinos.—Libros lúbricos de Grecia y Roma destruidos por los padres de la Iglesia.

Habia en Roma una prostitucion independiente, digámoslo así, pues solo tenia que ver con la policía edilitaria, cuando usurpaba las prerogativas vestiarias de las matronas: esta prostitucion que podríamos llamar opulenta, es la que la lengua latina calificaba de *buena* (bonum meretricium) como á las mujeres que á ella se dedicaban (bonæ mulieres), para designar la perfeccion del género. Las buenas mujeres podian muy bien ser inscritas en los registros de los ediles, pero no tenian analogía con las desgraciadas esclavas de la incontinencia pública: jamás se las encontraba á la hora nona, con la cabeza envuelta en el *palliolum* ó escondida bajo el capuchon, en busca de aventuras ó en direccion del lupanar; jamás se las sorprendia en las calles ó esquinas in fraganti delito de prostitucion nocturna; jamás se las veia en las hosterías, tabernas, panaderías, baños públicos, ni otros lugares sospechosos; jamás, en fin, aun cuando estuvieran notadas de infamia, se avergonzaba nadie de salir en público con ellas ni de de-

clararse su amante, porque tenian la mayor parte de los amantes privilegiados, (amassí ó amicí,) y estos amantes eran, en cierto modo, capas mas ó menos brillantes que ocultaban sus amores mercenarios.

Estas recatadas cortesanas venian á componer la aristocracia de la prostitucion, y como las hetarias en Grecia, ejercian en Roma una influyente accion en modas, costumbres, artes, letras y en todas las circunstancias de la vida patricia; pero en ningun caso tenian influencia alguna en la política ni en los negocios del estado; y viviendo siempre fuera del foro y del senado se contentaban con el prestigio que les daban su belleza y talentos en el mundo de la galantería, mundo perfumado, elegante y corrompido, cuyo código hubo de redactar Ovidio bajo el título de «Arte de amar,» y que tuvo por poetas historiógrafos á Cátulo y á Propercio, con otros eróticos que condenó al olvido sin duda por pudor la antigüedad.

Estas cortesanas célebres se parecian á las hetarias griegas, como Roma podia parecerse á la ciudad de Minerva, como el carácter romano al carácter ateniense. Pero los descendientes de Evandro estaban demasiado orgullosos de su orígen y por demás penetrados de la majestad de su título de ciudadanos romanos para dar á mujeres, á estrangeras, á infames, por amables, que por otra parte fueran, un culto de admiracion y respeto. Una cortesana que hubiera querido tomar y hubiera tomado autoridad sobre un senador, sobre un magistrado, sobre un caudillo, habria desonrado al que se hubiera sometido á esta vergonzosa dependencia, y sugecion ridícula. Los hombres de estado mas graves, mas austeros no se privaban del placer de frecuentar á las cortesanas mezclándose en los misterios de su intimidad: el mismo Ciceron cenaba en casa de Citeris, esclava emancipada por Eutrápelo, que vino á ser la querida predilecta del triunviro Antonio. Pero estas contínuas relaciones entre las cortesanas y los personajes mas ilustres de la república, estaban ordinariamente circunscritas al interior de una casa de recreo, á una *villa*, donde no penetraban las miradas del pueblo. Si en las calles, en el paseo, en el circo, en el teatro, las cortesanas á la moda, las preciosas y famosas (preciosæ y famose) se presentaban rodeadas de una córte de solícitos amadores (amatores) estos eran jóvenes libertinos que avergonzaban á sus familias; libertos cuya mal adquirida riqueza no habia lavado la mancha de su esclavitud antigua; artistas, poetas y cómicos que se

sobreponian á la opinion y á las conveniencias; lenones, en fin, disfrazados que buscaban naturalmente las mejoras ocasiones de tráfico y de lucro. Así, entre los romanos, la cortesana mas triunfante no veia á su alrededor mas que gente sin estimacion, escepto en las comensaciones donde reunia á veces lo mas selecto de los ciudadanos de Roma, que abusaban á puerta cerrada de las licencias de la vida íntima.

Era menester ir por la noche á la *Via-Sacra*, aquel punto de reunion del lujo, del libertinaje y del orgullo para ver cuán numerosa y cuán brillante era aquella multitud de cortesanas á la moda que ocupaban á Roma como ciudad conquistada y que hacian en ella mas cautivos y víctimas que habian hecho los galos de Breno. Allá iban todos los dias á hacer alarde de coquetería, lujo é insolencia en medio de las matronas, á quienes eclipsaban con su brillo y encantos. Ora aparecian llevadas blandemente por esclavos absinios en magníficas literas descubiertas, donde casi desnudas iban acostadas, con un espejo de bruñida plata en la mano, con una riqueza de joyas en los brazos y en los dedos, con la cabeza inclinada bajo el peso de los pendientes de espléndida pedrería, de la diadema y de los alfileres de oro; al lado de la litera jóvenes y bellas esclavas refrescaban el aire con grandes abanicos de plumas de pavon; por delante y por detrás dos grupos de eunucos y de niños, de flautistas y bufones enanos, formaban el cortejo: ora se presentaban de pié ó sentadas en ligeros carros, cuyos caballos ellas mismas dirigian hábil y rápidamente, procurando adelantarse unas á otras, como si quisieran competir en aquella carrera de impudencia, ostentacion y locura. No pocas veces montaban impetuosos corceles que conducian las amazonas con tanta destreza como audacia; aunque otras mas tímidas ó menos insensatas solian montar mulas españolas, que un negro llevaba de las riendas. Las menos ricas ó mas modestas, iban á pié, todas galanamente vestidas de vistosas telas de lana ó de seda, tocadas todas con arte, el pelo blondo ó dorado, trenzado y ceñido en forma de diadema, con brillos de pedrería. Unas jugueteaban con bolas de cristal ó ámbar para conservar frescas ó blancas las manos; otras llevaban quitasoles, espejos ó abanicos, cuando no tenian esclavos que se los llevaran; pero cada una de ellas, tenia una sirvienta á lo menos que la seguia ó acompañaba como emisaria indispensable.

Como se vé, estas cortesanas no estaban todas en el mismo pié de fortuna y distincion, pero se parecian exactamente en el concepto de no figurar en los registros del edil, hallándose así exentas de las obligaciones y responsabilidades que imponian los reglamentos relativos á la prostitucion, pues no tenian nombre de guerra inscrito y reconocido, ni precio prefijado, ni en una palabra el derecho de ejercer en los lupanares públicos. Guardábanse muy bien de solicitar del edil la degradante licentia stupri, pero no por eso dejaban de consagrarse al oficio con la misma libertad que si fueran, como las otras, licenciadas. No se las inquietaba, sin embargo, á menos que no insultasen abiertamente ya la tolerancia edilitaria, entregándose sin eleccion (sine delectu) en los lugares públicos á obras de venal libertinaje.

Las meretrices fáciles abundaban en la Via-sacra y segun Propercio, no se alejaban mucho de allí para dar satisfaccion al amador que las solicitaba.

«¡Oh! esclama en sus elegías; prefiero á esa liberta que pasa con la túnica entreabierta, sin temor de espías ni de celosos; que gasta incesantemente con su enlodado coturno el piso de la Via-sacra y que no se hace esperar, si alguien la llama. Nunca diferirá ella, nunca te pedirá indiscretamente todo el dinero que un padre avaro siente con frecuencia haber dado á su hijo; ni te dirá tampoco: Tengo miedo: levántate pronto, te lo ruego. (Nec dicet; Timeo: propera jam surgere, qæuso).»

Como se ve, esta paseanta de la Via-sacra ganaba su vida á lu luz del sol, sin cuidarse del edil ni de las leyes de policía; y aun parece indicar Propercio que apenas tomaba la precaucion de separarse de la Via-sacra, que comenzaba en el Anfiteatro y conducia al Coliseo flanqueando el templo de la Paz y la plaza de César. A las inmediaciones del coliseo habia algunos bosques, sagrados ó nó, en los que el amor errante solo encontraba un pueblo de estátuas y de términos que no habian por cierto de estorbarle. Por otra parte los baños, las posadas, las tabernas, las panaderías y tiendas de barbero ofrecian asilos siempre abiertos á la prostitucion anónima, cuya cita comun era la Via-sacra.

Las matronas concurrian tambien á este paseo en carro ó en litera la mayor parte, especialmente en ciertas épocas en que obtuvieron el privilegio esclusivo de usar literas (sellæ y lecticœ); y en aquellos tiem-

pos de corrupcion inaudita, no afectaban un porte mas decente que las cortesanas de profesion. Como éstas, iban acostadas sobre cogines de seda, en un traje que no hacia menos inmodesto las cintas de su tocado ni la púrpura de su estola á largos pliegues flotantes, y rodeadas de esclavos y de eunucos, que llevaban abanicos para ahuyentar las moscas y varas ó látigos para apartar la muchedumbre.

Aquellas matronas herederas de los mas ilustres nombres de Roma; aquellas esposas, madres de familia, ante las cuales se inclinaba con veneracion la ley; aquellas romanas habian relajado mucho las severas y castas virtudes de sus mayores en tiempos de los emperadores. Las que se presentaban en la Via-sacra para ostentar allí la pompa y aparato de su lujo y cortejo, iban las mas veces con el secreto propósito de elegir un amante, ó mas bien un infame auxiliar de sus liviandades.

«Sus sirvientas viejas y feas, dice Walkenaer en su bella Historia de la vida de Horacio, se apartaban discretamente á la llegada de jóvenes afeminados (effeminati) cuyos dedos estaban cuajados de sortijas, cuya toga era un primor de elegancia, cuyos cabellos se acababan siempre de peinar y perfumar, cuyo rostro afectaba la gracia de unos lunares ó moscas sembradas por aquí y por allá, afectado recurso con que nuestras damas del último siglo procuraban dar á su fisonomía cierto aire picaresco. Veíanse tambien en estos mismos sitios ciertos hombres cuyo traje hacia resaltar sus formas atléticas y que parecian mostrar con orgullo sus fuerzas musculares. Su andar rápido y marcial ofrecia un gran contraste con el aire compuesto y el paso lento y mesurado de aquellos mozalvetes de pelo rizado, de afeitado rostro, de mirar voluptuoso. Estas dos especies de paseantes no eran por lo comun sino gladiadores y esclavos; pero ciertas mujeres de alto rango buscaban sus amantes en las clases ínfimas del pueblo, mientras sus jóvenes y lindas sirvientas se conservaban puras y firmes contra los ataques de los hombres de su condicion, cediendo solo á las seducciones de los caballeros y de los senadores.»

Hemos insertado íntegramente este pintoresco trozo, cuyos datos ha tomado el sabio académico de Marcial, Aulu-Gelle, Ciceron, Séneca y Horacio; pero sentimos la falta de muchos detalles de costumbres, que Juvenal, el implacable Juvenal habria podido añadir en esta descripcion de los paseos de Roma.

«Nobles ó plebeyas, esclama el mismo Juvenal en su terrible sátira contra las Mujeres, todas son igualmente depravadas. La que pisa el lodo de la calle no vale mas ni menos que la matrona llevada sobre los hombros de sus sírios. Para presentarse en los juegos, Ogulnia ha alquilado joyas, cortejo, litera, cogines, sirvientas, una nodriza y una jóven de blondo pelo encargada de tomar sus órdenes. Pobre, prodiga á imberbes atletas lo que le queda de sus padres; dá hasta los últimos resíduos. Hay mujeres á quienes solo encantan los eunucos, á quienos solo gustan sus muelles caricias y su rostro imberbe, porque de este modo no tienen que preparar abortivos.»

Las sátiras de Juvenal y de Persio están llenas de las prostituciones horribles que las matronas romanas se permitian casi públicamente y cuyos héroes eran infames histriones, viles esclavos, desdichados eunucos, atroces gladiadores. Juvenal hace un horroroso retrato de Sergio, el favorito de Hipia, esposa de un senador.

«Este pobre Sergio, dice, habia ya comenzado á afeitarse la barba es decir, frisaba ya en los cuarenta y cinco años, y habiendo perdido un brazo, tenia ya derecho para tomar su retiro. Además, tenia la cara cubierta de deformidades; era un enorme lobo, abrumado bajo el casco, que caia sobre la nariz, cubriéndole por fortuna unos ojos pequeños y estropeados que le destilaban un humor corrosivo y asqueroso. Pero era gladiador, y á este título estos hombres vienen á ser Jacintos: Por eso Hippia lo prefiere á sus hijos, á su pátria, á su hermana, á su esposo. ¡Es pues una espada lo que las mujeres aman!»

Hay que ver en Petronio el papel abominable que hace el gladiador obsceno; pero solo el latin es bastante osado para espresar todos los misterios del libertinaje romano.

«Mujeres hay, dice en otro lugar Petronio, que toman su amores en el fango y cuyos sentidos no se despiertan sino á la vista de un esclavo, de un sirviente de túnica arremangada. Otras se enamoran de un gladiador, de un muletero empolvado y súcio, de un histion que ostenta sus gracias en la escena. Mi querida es de este número: ella salvó las gradas del senado, los catorce bancos de caballeros y fué á buscar á lo mas alto del anfiteatro el objeto de sus plebeyos amores.»

La Via sacra, los pórticos, la *Via Apia* y todos los paseos de Roma

estaban, pues, frecuentados por los miserables agentes de la prostitucion matronal, lo mismo que por las cortesanas y las mujeres de costumbres fáciles, por los odiosos sectarios de Vénus-Aversa como por los libertinos de todas las escuelas y especies. Pero, hay que reconocerlo, en presencia de esta variedad de niños y hombres depravados, que hacian ostentacion de su torpeza, las cortesanas parecian honradas y respetables; no eran tampoco tan numerosas y desvergonzadas como aquellos impuros mancebos, como aquellos sórdidos cínedes, como aquellos impúdicos spadones, como aquellos afeminados de toda edad que rizados y llenos de aceites y pomadas como hembras, solo esperaban una seña para prestarse á tráficos execrables.

Las lenas y lenones no dejaban de concurrir á estos pasajes á poner sus asechanzas dispuestos al servicio de todas las pasiones y deseos, en cuya gestion no se limitaban á llevar tablitas y billetes de amor, sino que servian de intermediarios directos para fijar el precio, para designar el lugar de las citas, para allanar los obstáculos de una entrevista difícil, para suministrar disfraces, aposentos, literas, todo lo que podian necesitar los amadores de aventura. A cada paso se veia aproximarse una vieja á un patricio para entregarle en secreto una tablita de marfil en cuyo encerado venia grabado en nombre, una palabra, un voto: era una cortesana que deseaba el amor ó el dinero de aquel noble y orgulloso descendiente de los Catones y Escipiones. De repente un nubio tocaba en el hombro á un mancebo, notable por sus grandes pendientes y por su larga cabellera: era un viejo senador y libertino viejo, que llamaba á sí á aquel hombre mujer. En otra parte un robusto aguador que casualmente pasaba, era apetecido por dos matronas que lo vieran simultáneamente y que se disputaban el derecho de hacer antes el sacrificio del honor en aras de aquel dios grosero y desconocido. «Si falta el galan, dice Juvenal, si los esclavos no bastan se echará mano del aguador (veniet conductus aquarius.») Un gesto, una mirada, una palabra... el gladiador, el eunuco, el niño se presentaban y no retrocedian ante ninguna especie de servicio.

¿Y el edil? ¿qué hacia el edil mientras Roma se deshonraba así en presencia del cielo con los vicios de sus mas ilustres habitantes? Y el Censor? ¿qué hacia el censor mientras las costumbres públicas perdian hasta las apariencias del pudor? Ni el Censor ni el edil podian

hacer nada allí donde la ley callaba, como si hubiera temido decir demasiado.

Llamábanse placeres permitidos ó lícitos en la Roma pagana, todo lo que el cristianismo condenó luego en el cenagal de los placeres prohibidos; y así solo en tono de chanza, pudo Plauto hacer decir á un personaje de su Curculio. «Toda vez que te abstengas de la mujer casada, de la viuda, de la doncella, de las jóvenes y de los niños ingénuos, ama todo lo que quieras.» Cátulo en el canto nupcial de Julia y Manlio nos presenta el matrimonio como un freno moral de vergonzosos hábitos. «Preténdese, dice el poeta del amor físico, que renuncias con pesar esposo, á tus mancebos; sabemos que nunca has conocido mas que placeres permitidos; pero esos placeres no se los deberia permitir un hombre casado. (Scimus haec tibi, quae licent sola cognita, sed marito ista non cadem licent.) No habia pues, mas medio que la filosofía para combatir los escesos de esta innoble licencia del placer sensual que no tenia freno en la legislacion romana.

Una parte de las relaciones é inteligencias que se enredaban en la via pública tenia lugar por señas. Ya se sabe que la pantomima era un arte muy refinado que se aprendia sobre todo en el teatro y que se perfeccionaba segun el uso que de ella se hacia. De aquí el maravilloso talento de las cortesanas en lo que constituia la lengua muda del meretricio. Habia tambien diferentes dialectos en la pantomima amorosa. Con frecuencia la espresion mas elocuente de esta lasciva lengua brillaba en una mirada: los ojos se hablaban y se entendian ventajosamente, tanto mas cuanto una vista perspicaz con espontaneidad de espíritu seguia y aun se anticipaba á las fulguraciones de la pupila. Cuando los ojos no se comprendian, los movimientos de los labios y de los dedos venian entonces en auxilio con signos mas inteligibles, pero ya menos decentes entre personas que á veces se habrian avergonzado de hacer uso de la palabra. Así, el signo generalmente adoptado enrte los sectarios de la infame prostitucion masculina, consistia en la ereccion del dedo de en medio en cuya base se agrupaban los otros dedos de la misma mano figurando los obscenos atributos del Dios Priapo. Suetonio en la «Vida de Calígula,» nos representa á este emperador dando su mano á besar en esta significacion impúdica (formatam commotamque in obscenun modum). Y Lampridio en la «Vida de Heliogábalo,» nos dice que aquel monstruoso libertino no se permi-

tia jamás una palabra indecente, aun indicando una infamia con el juego de sus dedos (Nec unquam verbis pepercit infamiam, quum digitis infamiam ostentaret).

Estos movimientos impúdicos se ejecutaben con tan prodigiosa rapidez que pasaban desapercibidos para los indiferentes. Podria suponerse por lo que se lee en muchos pasajes de la «Historia Augusta,» que el signum infame no estaba tolerado por todos los emperadores, y que los mas célebres por sus desórdenes hubieron de imponer un severo castigo á los aficionados á esta obscena mímica, que dejó al dedo de en medio el calificativo de infame.

Los atenienses tampoco se mostraron mas indulgentes con este dedo, que llamaron catapygon, y que hubieran tenido vergüenza de rehabilitar confiándole el anillo. El dedo de enmedio fué entregado á la infamia en Grecia, porque los campesinos se servian de él para inquirir si sus gallinas habian de poner huevo el dia, lo que hizo inventar otra palabra gráfica y no muy decente para calificar á los pobres rústicos.

«Búrlate bien, Sestilo, dice Marcial, búrlate de quien te llame cínede presentándote el dedo de en medio.» La presentacion de este dedo indicaba á la vez la pregunta y la respuesta en la tácita lengua de aquellos infames libertinos. Todavía tenian otro signo de inteligencia, en que el dedo infame cambiaba de juego, y consistia en llevárselo en la frente ó á la cabeza aparentando rascarse. «Lo que hay que notar en el impúdico, dice Séneca en su carta LII, es su modo de andar, es el juego de su mano, es el dedo que se lleva á la cabeza, es el parpadeo de sus ojos.» Juvenal nos autoriza á suponer que este signo de rascarse la cabeza con el dedo, habia sustituido en la lengua del gesto á la ereccion del medio sobre la mano cerrada. «Ved, dice, ved afluir de todas partes á Roma, en carros ó barcas, á todos los afeminados que se rascan la cabeza con un solo dedo (qui digito scalpunt uno caput).»

Pero lascorte sanas preferian hablar mas bien con los ojos que con el dedo, y nada podia igualar la elocuencia, la persuasion, la atraccion de su mirada oblícua (oculus limus). El grave retórico Quintiliano quiere que el orador tenga en ciertos casos los ojos bañados de dulce voluptuosidad, oblícuos y por decirlo así amorosos (venerei). Apuleyo en su erótica, presenta una cortesana que lanza miradas oblícuas y mor-

daces ó mordientes (limis atque morsicantibus oculis). A esto llamaban las cortesanas cazar con los ojos (oculis venari), «Mírala. dice el Soldado de Plauto, mírala cazar á la carrera con los ojos y al vuelo con los oidos. (Viden'tur illam oculis venaturam facere, atque aucupium auribus).»

Este lenguage mudo en que sobresalian las cortesanas hablando y comprendiendo, vino á ser tan familiar á todas las mujeres de Roma que no usaban otro para los asuntos de recreo. Un antiguo poeta latino compara este rápido cambio de miradas, gestos y signos entre una preciosa y sus amantes, á un juego de pelota en que un hábil jugador, recibiéndola de manos de otros muchos, á manos de todos la devuelve. «Ya tiene á uno, dice, y hace seña á otro; su mano está ocupada con éste, y empuja ó toca el pié de aquel; pónese en los labios su anillo y lo muestra al uno para llamar al otro; y cuando canta con éste se entiende con los otros moviendo el dedo.»

El gran maestro del arte de amar, Ovidio, en su poema escrito en el regazo de las cortesanas y con frecuencia bajo la redaccion de ellas mismas, ha puesto en boca de una de sus musas estas lecciones de la pantomima amorosa:

«Mírame, dice esta hábil gesticularia, observa mis movimientos de cabeza, la espresion de mi semblante, nota y repite despues de mí estos furtivos signos (furtivas notas). Con un fruncimiento de cejas te dirá palabras tan elocuentes que casi tienen voz; y leerás estas palabras en mis dedos como si en ellos estuvieran escritas. Cuando los placeres de nuestro amor te ocurran al espíritu, toca lijeramente con el pulgar sus sonrosadas mejillas. ¿Suena en tu corazon algun eco que te habla de mí? Llévate la mano á la punta de la oreja. ¡Oh luz de mi alma! Cuando encuentres bien lo que yo diga ó haga, pasea el anillo por tus dedos. Toca la mesa con la mano, á la manera de quien hace un voto, cuando desees todos los males del mundo á mi maldito celoso.»

Llenos están los poetas de estos tácitos diálogos de los amantes, y Tíbulo especialmente alaba y pondera la habilidad de su amada en el arte de hablar por señas en presencia de un importuno testigo, ocultando las mas tiernas palabras bajo una ingeniosa pantomima (blandaque compositis abdere verba notis). Esta lengua universal era en Roma tan ó mas necesaria, cuanto que las mas de las veces no se hubieran podido entender de otra manera, pues la inmensa mayoría de las cor-

tesanas eran estranjeras y no podian por consiguiente hacer uso de su lengua natal, en medio de una poblacion compuesta de gentes de todos los paises del mundo conocido. Muchas de aquellas mujeres públicas carecian además de educacion, y no habrian sabido agradar desfigurando el latin de Ciceron y de Virgilio; aunque segun un poeta romano, ni el amor ni el placer cometen solecismos. Habia tambien en el lenguaje de Roma una singular reserva que no permitia nunca el empleo de una palabra, ó de una imágen obscena. Los escritores, poetas ó prosadores, aun los mas graves, no tenian cuidado de sujetarse á esta castidad de espresion, como si solo el oido se ofendiera de lo que no ofendia jamás la vista. Ciceron dice que si las palabras no huelen mal, afectan desagradablemente el oido y la vista. «No todo lo que es bueno de decir. (Tan bonum facere quam malum dicere.)»

La lengua erótica latina era, sin embargo, muy rica y estaba muy perfeccionada; habia tomado del griego todo cuanto pudo apropiarse sin perjudicar á su propio génio; se desenvolvia y animaba sin cesar prestándose á todas las fantasías libidinosas de sus poetas eróticos; repelia los neologismos bárbaros, y procedia mas bien por figuras, por alusiones, por reticencias, de modo que hacia pasar á su vocabulario el de la guerra, de la marina y de la agricultura. No tenia por otra parte, sino un escaso número de palabras técnicas, de raiz exótica las mas, que le fueron propias, y preferia desviar de su acepcion las palabras mas honestas, mas usuales, para marcarlas con su sello por medio de un tropo con frecuencia ingenioso y poético.

Pero esta lengua que no conocia reticencias en las elegías de Cátulo, en los epígramas de Marcial, en las historias de Suetonio, en las fábulas de Apuleyo, solamente se hablaba en las reuniones licenciosas ó en las espansiones privadas, íntimas, de amigo á amigo ó amiga, pues es constante y estraordinario tambien que las cortesanas mas libres, menos decentes en su traje y costumbres, se hubieran avergonzado de proferir en público una palabra obscena ó mal sonante. Este pudor de lenguaje les impedia con frecuencia parecer lo que en efecto eran, y los poetas que ordinariamente les hacian la córte podian imaginarse que trataban con doncellas.

Los nombres de ternura que entre sí se daban los amantes, no eran menos decorosos, castos é inocentes, cuando ella era una cortesana y él un poeta erótico. Éste la llamaba su rosa, su reina, su diva,

su paloma, su estrella, su luz; aquella correspondia á sus dulzuras llamándole á su vez su alhaja (bacciballum), su pichon, su gorrion (passer), su miel, su ambrosía, niña de sus ojos (oculissimus), su alegría (amenitas), y nunca con interjecciones impúdicas, sino con esta: ¡Ámabo! exclamacion frecuente que resumia toda una vocacion, una vida entera.

Luego que dos personas de uno y otro sexo se ligaban con íntimas relaciones, se daban recíprocamente los nombres de hermano y hermana (frater y soror) calificacion de tierno cariño, que era comun entre las cortesanas, desde la mas humilde hasta la mas altiva. «Quién te prohibe tomar una *hermana?*» dice una de las heroinas de Petronio. Y en otro lugar dice un hombre á otro: «Te cedo á mi hermano.» A veces denominando á una querida pretérita, se decia: hermana del lado izquierdo (læva soror, dice Plauto.) Y una cortesana llamaba hermanito (fraterculos) al amador del momento.

No acaba uno de admirarse de la decencia y aun de la pedibundería del lenguaje hablado, perpétuo contraste con la inmodestia de gestos y la audacia deshonesta de los actos. De aquí esta locucion que ocurria á cada paso en los discursos en forma de sentencia ó de consejo: (Parcite auribus), respetad los oidos. En cuanto á los ojos, nada se les perdonaba, ni ellos tampoco se escandalizaban de nada de lo que se les ofrecia. Sin cosa de repugnancia se detenian y retenian en las páginas de aquellos libros obscenos, de aquellos escritos eróticos ó sotádicos en verso ó en prosa, que los libertinos de Roma leian con tanta aficion por la noche (página nocturna, como dice Marcial). Era este un género de literatura muy cultivado entre los romanos, aunque refractario al gusto de las gentes honradas. Los autores de esta literatura, tan grata á las cortesanas, pretendian al parecer conquistarse con ella un nombre en los fastos del libertinaje y honrar de este modo á los impúdicos dioses á que se consagraban. Pero no eran solamente libertinos de profesion los que componian aquellos lúbricos libros (molles libri), sino que á veces los poetas, los escritores mas estimables y estimados se dejaban arrastrar á la misma desvergüenza de imaginacion y de talento, que era en cierto modo una ofrenda hecha á Vénus ordinariamente, y en ciertos casos un simple juego literario, un sacrificio al gusto del dia.

«Plinio, que es generalmente estimado, dice Ausonio, en el Cen-

ton nupcial, ha hecho poesías lascivas, y sus actos no ofrecieron jamás motivo á la censura. El tratado de Sulpicia respira sensualidad y esta digna matrona, sin embargo, no se sonreia con frecuencia. Apuleyo, cuya vida era la de un sabio, se nos ofrece demasiado amoroso en sus epígramas: la severidad reina en todos sus preceptos; la licencia en sus epístolas á Cerelia. El Symphosion de Platon tiene poemas que no parecen sino escritos en los lupanares (in ephebos). Y ¿qué diré del Erotopægnion del viejo poeta Levio, de los versos satíricos (fescenninos) de Ennio? ¿Citaremos á Eveno llamado por Menandro el *sabio?* ¿Citaremos á Menandro y demás poetas cómicos? Su modo de vivir era notoriamente austero; mas sus obras son demasiado libres. Y Virgilio, á quien se llamó Partenio por su castidad, ¿no ha descrito en el libro 8.° de su Eneida los amores de Vénus y Vulcano con un pudor que puede llamarse indecente? ¿Y en el 3.° de sus Georgías no apareó á los hombres trocados en bestias con una decencia imposible?»

Plinio por disculpar un libertinaje de espíritu que no tenia, por otra parte, intencion de reprocharse, decia: Mi libro es obsceno, pero mi vida es pura. (Lasciva est nobis página, vita proba).

La biblioteca privada de las cortesanas y de sus amigos debia ser considerable, pero apenas han llegado á nosotros los nombres de los autores. Entre los romanos, lo mismo que entre los griegos, los eróticos han sido los que mas proscripciones han sufrido por parte de la moral cristiana. En vano la poesía demandaba gracia para ellos; en vano se acogía bajo la proteccion ilustrada y liberal de los amantes de la antigüedad; en vano se perpetuaron de boca en boca en la memoria de los hombres voluptuosos y de las mujeres galantes: el cristianismo los perseguia de una manera implacable hasta en los recuerdos de la tradicion. Todos desaparecieron y se olvidaron todos, escepto los protejidos por el privilegio de una gran reputacion poética, como los de Cátulo y Marcial. El escrúpulo religioso llegó hasta romper muchas páginas en las obras de los mejores escritores. Las letras latinas han perdido así la mayor parte de los poetas paganos, debiéndose esta destruccion sistemática á los Padres de la Iglesia.

Nada, pues, poseemos ya de Próculo, que, segun Ovidio habia seguido las huellas de Calímaco; nada de los oradores Hortensio y Servio Sulpicio, que hicieron tan bellos, aunque libres versos; nada de Sisena, que tradujo del griego las Milesianas de Aristides (Milesii

libri); nada de Memonio ni de Ticida, que al decir de Ovidio, no se cuidaron mas del pudor en las palabras que en las cosas; nada de Sabello, que cantó los arcanos del placer, á imitacion de la poetisa griega Elefantis; nada de Cornificio, ni de Eubio, ni del impudente Anser, ni de Porcio, ni de Edituo, ni de tantos otros eróticos que hacian las delicias de las cortesanas y de las *buenas* meretrices de Roma.

Los nuevos cristianos no respetaron mas los eróticos griegos, que menos aun comprendian y desaparecieron Sótades, el innoble Sótades, que dió su nombre á las poesías inspiradas por el amor *contra naturam*; Minermo de Esmirna, cuyos versos, segun Propercio, valian mas en amor que los de Homero; el impuro Hemiteon de Sibaris que reasumió la esperiencia de sus desórdenes en un poema que tituló Sybaritis; la desvergonzada Nico, que osó poner en verso sus actos de cortesana; el célebre Museo, cuya lira igual á la de Orfeo, evocaba todas las pasiones de Vénus.

De este modo fué aniquilado casi completamente el panteon del libertinaje griego y romano despues de dos ó tres siglos de perseverante censura y de implacable proscripcion. Las cortesanas y los libertinos no fueron tan tenaces como los sabios en defender sus autores favoritos, porque libertinos y cortesanas se hacian devotos en su vejez y quemaban sus libros. Solamente á Horacio, Cátulo, Marcial y Petronio nos han conservado los sabios.

CAPITULO XX.

Enfermedades secretas de los antiguos.—Impura Vénus.—Los autores antiguos rehusaron hablar de estas afecciones vergonzosas.—Invasion de la sensualidad asiática en Roma.—Causas de la propagacion de los vicios contra naturaleza entre los antiguos.—Por que rehusaban los médicos antiguos tratar las enfermedades secretas.—Enfermedades sexuales de las mujeres.—Los encantadores y charlatanes.—La gran lepra.—La pequeña lepra ó mal de Vénus.—Importacion de este mal en Roma por Cneo Manlo.—Morbus indecens.—La mayor parte de los médicos eran esclavos ó libertos. Por que se rodeaban de misterio en la antigüedad las enfermedades venéreas.—La existencia de estas enfermedades comprobada en el Tratado médico de Celso.—Su descripcion y curacion.—Manuscrito del siglo XIII describiendo las afecciones sifilíticas. Aparicion de la elefancia en Roma.—Asclepiades de Bitinia.—T. Aufidio.—Musa, médico de Augusto.—Meges de Sidon.—Descripcion espantosa de la elefancia.—Su analogía con la sífilis del siglo XV.—Campanus morbus.—Spinturnicium.—La marisca, el ficus y la chia.—La familia ficosa.—La rubigo.—El priapismo—Juno.—Fluonia.—Orígen de las palabras ancunnuentae, bubonium ect.—Los clazomenes.—Enfermedades nacionales traidas á Roma por los estranjeros.—Los médicos griegos Vetio Vales, Temison, Tesalo y Tralles.—Los empíricos, los antidotarios y los famacópolas.—Menécrates.—Servilio Damócrates.—Asclépiades Pharmacion.—Apolonio de Pergamo.—Griton.—Audrómaco y Dioscórides.—Los médicos neumatistas.—Galeno y Oribases.—Archigenes, Herodoto, Leonidas de Alejandria.—Los archiatri.—Archiatri palatini y archiatri populares.—Institucion de los archiatri, regularizada y completada por Antonino el Piadoso.—Eutico, médico de los juegos matinales.—Las parteras y las médicas.—Epígrama de Marcial contra Lesbia.—El solium y su uso en Roma.—Por qué los atacados de afecciones secretas no se ponian en manos de los médicos romanos.—Muerte de Festo, amigo de Domiciano.—Drogas de los charlatanes para la curacion de las enfermedades sifilíticas.—Supersticiones religiosas.—Ofrendas á los dioses.—Los sacerdotes médicos.—La Quartilla de Pretronio.—Abominable apotegma de los pedicones.

La suma espantosa de prostituciones de todo género, en cuyo inmundo fango se revolcaba la sociedad romana, no podia menos de corromper la salud pública. Aunque los poetas, los historiadores y aun los médicos de la antigüedad guarden silencio sobre este punto, que habian temido presentar en público como cosa de vergüenza; aunque las enojosas consecuencias de lo que un escritor del siglo XIII llama amor impuro (impura Vénus), hayan dejado muy pocas huellas en los escritores satíricos, como en los tratados de materia médica, no es

posible desconocer que la depravacion de costumbres entre los romanos hubo de multiplicar los gérmenes y estragos de las enfermedades de Vénus.

Estas enfermedades eran ciertamente muy numerosas, siempre muy tenaces y con frecuencia terribles; pero fueron desatendidas por los médicos y naturalistas griegos y romanos. Solo conjeturas filosóficas podemos aventurar sobre las causas de este olvido y silencio general; y en la ausencia de toda indicacion formal y clara hemos de suponer que motivos religiosos impedian admitir, entre las enfermedades ostensibles, las que afectaban los órganos de la generacion reconociendo por orígen el desórden del libertinaje.

Los antiguos no querian hacer ofensa á los dioses que habian concedido á los hombres el beneficio del amor, acusando á esos mismos dioses de haber mezclado un veneno eterno con esa eterna ambrosia; los antiguos no querian que Esculapio, inventor y dios de la medicina entrara en lucha abierta con Vénus procurando oponerse á las vengan zas y castigos de la diosa. En una palabra, las afecciones de los órganos sexuales, poco conocidas, en Grecia como en Roma, se ocultaban, se disfrazaban como si marcaran de infamia á los atacados que se cuidaban en secreto con los auxilios de las magas y vendedoras de filtros.

Las afecciones de Vénus fueron sin duda menos frecuentes y menos complicadas entre los griegos que entre los romanos, porque la prostitucion estaba léjos de hacer los mismos estragos en Atenas que en Roma. No habia en Grecia, como en la capital del mundo romano, la asombrosa promiscuidad de todos los sexos, de todas las edades, de las naciones todas. El libertinaje griego realzado por cierto prestigio de sentimiento y de amor ideal, no habia abierto los brazos, como el libertinaje romano, á todas las prostituciones estranjeras: el primero habia conservado siempre, aun en sus mayores escesos sus instintos de delicadaza; mientras que el segundo se abandonó á sus mas groseros apetitos, llevando á sus últimos límites la brutalidad material.

No puede dudarse de que graves accidentes de contagio secreto acompañaran la invasion de la lujuria asiática en Roma. Hácia el año de su fundacion 568, 187 antes de Cristo, fué cuando esta lujuria asiática, como en su Ciudad de Dios la llama San Agustin, fué traida

á Italia por el Procónsul Cneo Manlio, que habia sometido la Galo-Grecia y vencido á Antíoco el Grande, rey de Síria. Cneo Manlio, ganoso de obtener los honores del triunfo, que al fin no le fueron otorgados, hubo de traer consigo una multitud de bailarinas, de flautistas, de cortesanas, de eunucos, de afeminados y otros muchos infames auxiliares de un libertinaje desconocido hasta entonces en la república romana. Los primeros efectos de esta prostitucion execrable fueron evidentemente unas enfermedades sin nombre que atacaron los órganos de la generacion y se propagaron en el pueblo complicándose gravemente una con otra.

«Entonces, dice San Agustin, entonces solamente lechos incrustados de oro, y tapices preciosos aparecian; entonces tocadoras de instrumentos se introdujeron en los festines y con ellas muchas perversidades licenciosas (tune inductæ in convivia psalteriæ et aliæ licentiose nequitiæ.)

Estas tocadoras venian de Tiro, Babilonia y otras ciudades de Síria, donde desde tiempo inmemorial, las fuentes de la vida estaban viciadas por horribles enfermedades hijas de la sensualidad. Los libros de Moisés prueban la existencia de estas enfermedades entre los hebreos, que las trageron de Egipto y las hallaron de nuevo y mas temibles aun en los pueblos de la Tierra prometida. Los hebreos destruyeron casi completamente aquellos pueblos, amonitas, madianitas, cananeos; pero estos, desapareciendo ante ellos, les legaron como en herencia de ódio y de venganza una multitud de impurezas que malvaron á la vez sus costumbres y su sangre. Muy luego no hubo ya en el mundo una raza de hombres mas viciosa y malsana que la raza judía. Los pueblos limítrofes á la Judea, aquellos antiguos devotos de la prostitucion sagrada, tenian á lo menos en sus mismos desórdenes, mas delicadeza y refinamiento, y por tanto eran mejores custodios de su cuerpo y salud. La Síria entera, sin embargo, hay que hacerlo constar, era un foco permanente de peste, lepra y mal de Vénus (lues venérea.) A este peligroso foco, fué, pues Roma á buscar nuevos placeres y enfermedades nuevas.

Ya hemos sostenido esta tesis, que no es una paradoja, y que la ciencia caso necesario, apoyará sobre bases sólidas, el vicio contra naturaleza, que Moisés solo entre los legisladores antiguos hubo de reprobar, no existía, no podia existir en estado de tolerancia en toda la

antigüedad sino á consecuencia de los frecuentes y aun contínuos peligros que turbaban el órden regular de los placeres naturales. Las mujeres eran enfermizas por lo comun y su contacto carnal en ciertas circunstancias bajo las influencias de temperamentos diversos, de estacion, de localidad, de género de vida traia enojosas consecuencias á la salud de sus maridos ó de sus amantes. Las mujeres mas sanas, las mas puras dejaban de serlo repentinamente por causas casi inapreciables, que escapaban á las precauciones de la higiene como á los remedios de la medicina. El calor del clima, el desaseo corporal, la indisposicion periódica del sexo femenino, las degeneraciones de esta indisposicion ordinaria, el flujo blanco, las reliquias de los partos y otras causas accidentales producian enfermedades locales que variaban de síntomas y de carácter, segun la edad, la organizacion, el temperamento y el régimen del sugeto.

Estas enfermedades estrañas, cuyo orígen era casi desconocido y cuya curacion radical era muy larga, muy dificil y aun imposible en algunos casos, rodeaban de una especie de desconfiianza las relaciones mas legítimas entre uno y otro sexo. Mirábase además como una mancha casi indeleble toda inflamacion, toda enfermedad, todo abatimiento de fuerzas generadoras: atribuíanse á las influencias de malos espíritus ó á otras supersticiones semejantes, aquellos venenosos gérmenes que se ocultaban en las mas tiernas caricias de la mujer amada y muy luego se llegaba á temer lo mismo que tanto se habia deseado antes de conocer lo que estas caricias ocultaban de pérfido y hostil.

Hé aquí como el temor y á veces el disgusto vinieron á alejar del comercio de las mujeres á los hombres aleccionados por una triste esperanza sobre los fenómenos mórbidos afectos al parecer á este comercio; hé aquí como un uergonzoso desórden de imaginacion hubo de ensayar el cambio de las leyes físicas de la humanidad arrebatando á las mujeres el privilegio de su sexo para transferirlo á séres bastardos y envilecidos que consentian en la deshonra de no pertenecer á sexo ninguno viniendo á ser dóciles instrumentos de una sensualidad asquerosa.

Verdad es que otras enfermedades de un género mas repugnante y no menos contagioso se arraigaron luego en el pueblo con esta perversion, con este depravado gusto que las habia hecho nacer y las

metamorfeseaba contínuamente; pero estas dolencias eran menos comunes que las producidas por el contacto femenino y sin duda ninguna podian prevenirse mejor. Ahora bien, en todas estas enfermedades misteriosas, la lepra endémica en todo el Oriente, aparecia bajo las mas caprichosas é inesplicables formas.

Los médicos de la antigüedad, hay muchas razones para creerlo, rehuian prestarse al tratamiento de los males de una y otra Vénus (utraque Vénus) que tenian á sus ojos como á los del vulgo una apariencia de maldicion divina y un torpe sello de infamia. Con esto, los míseros dolientes tenian que recurrir en busca de la perdida salud á prácticas religiosas, á las recetas del empirismo vulgar, á los medios tenebrosos de la mágia. Las ciencias ocultas y el arte de los filtros aplicaron á esto sus recursos, siendo un medio de riqueza y crédito para sacerdotes y magos.

Este contagio venéro que inevitablemente resultaba de un comercio impuro, fué siempre considerado como un castigo del cielo, ó como una venganza infernal, y la víctima de este contagio, léjos de quejarse acusando al autor de su infortunio, se culpaba á sí misma y en sí misma buscaba los motivos de aquella prueba dolorosa. De aquí multitud de ofrendas y sacrificios en los templos; de aquí las invocaciones mágicas en el seno de los bosques; de aquí la intervencion oficiosa de las viejas, de los encantadores y de todos los charlatanes subalternos, que vivian á espensas de la prostitucion. Es imposible comprender de otra manera el silencio de los escritores griegos y romanos, sobre las enfermedades vergonzosas, que eran antes mas frecuentes y de peor carácter que en el dia.

Los médicos verdaderos no atacaban estos males, sino secretamente, y los atacados de ellos, hombres y mujeres, no los confesaban nunca, así les hubiera de costar la vida. La lepra, aquella enfermedad casi incurable, que se trasformaba á lo infinito y que en sus diferentes grados ofrecia síntomas tan múltiples, la lepra servia de pretesto único á todas las afecciones venéreas; la lepra tambien las engendraba, las modificaba, las recrudecia, las desnaturalizaba, dándoles escencialmente la apariencia de una erupcion cutánea. Claro es que la lepra y las afecciones venéreas, confundiéndose, combinándose y enardeciéndose recíprocamente, concluyeron por apoderarse de la economía dejando un vírus hereditario en todo el cuerpo de una na-

cion: así la gran lepra pertenecia tradicionalmente al pueblo hebreo; la pequeña lepra ó mal de Vénus (lues venérea) al pueblo sírio.

Cuando este mal vino á Roma con las sírias que Cneo Manlio trajo como para fundar en su pátria una escuela de placer, Roma ya victoriosa y dueña de una parte del mundo, Roma no tenia médicos. En el interior de la ciudad no se les habia tolerado, sino en las circunstancias escepcionales de una peste; pero una vez restablecida la salud, fuera ya de peligro la república, los médicos griegos que se habian llamado para esta crísis suprema, eran muy luego despedidos con aquel desden que el pueblo de Rómulo en los tiempos de su fiera independencia, mostraba para las artes que florecian al amparo de la paz. Los romanos, es verdad, habian vivido hasta entonces una vida laboriosa, austera, frugal; no conocian mas enfermedad que la muerte, segun la enérgica espresion de un antiguo poeta, y su naturaleza robusta ejercitada desde muy temprano en las privaciones y fatigas de la guerra, no temian mas dolencias que las heridas del combate. Toda la medicina de que tenia necesidad, se reducia, pues, al conocimiento de las plantas vulnerarias y á la práctica de algunas operaciones quirúrgicas. Su sobriedad y continencia los conservaba entonces al abrigo de los males producidos por los escesos de la gula y de la sensualidad. Los que por un vicio odioso, familiar á los faunos y aborígenes, sus antepasados, veian sobre sí la mancha de una afeccion vergonzosa, se guardaban muy bien de reproducirla ó propagarla, muriendo antes que buscar la medicina y revelar su torpeza.

Por lo demás, en aquellos tiempos de inocencia ó mejor dicho, de pudor, todas las enfermedades que afectaban lo pudendo, cualesquiera que fuesen por otra parte sus diagnósticos, se confundian en una sola denominacion, que prueba una vez mas el horror que universalmente inspiraban morbus indecens. El pensamiento y la imaginacion, evitaban detenerse sobre las particularidades distintivas de diferentes afecciones que se designaban de ese modo. Podemos, sin embargo, indicar, sino descubrir y apreciar, las que se mostraban con mas frecuencia. La *marisca*, tumor canceroso que tenia el tamaño de un higo grande, cuyo nombre llevaba, y que obstruia el ano y se desbordaba á veces propagándose á su alrededor. Cuando esta excrecencia era menor, se llamaba ficus, higo ordinario; y cuando se presentaba en

forma múltiple y purulenta se denominaba *chia*, que era tambien el nombre griego del higo pequeño ó silvestre.

Entre las mujeres este mal tomaba con frecuencia el carácter de un flujo mas ó menos acre, sanguinolento á veces, siempre fétido, cuyo nombre genérico fluor exigia un epíteto que la naturaleza del mal tenia que prescribir.

Pero el morbus indecens ofrecia pocas variedades aun, y cuando atacaba á una víctima, ó mas bien, á un culpable de uno ú otro sexo, no iba á ingerirse á otra parte y á engendrar mas especies de venenosos frutos: el mal entregado á sí mismo, hacia estragos incurables y devoraba secretamente al enfermo, cuyo deplorable estado prolongaban los baños y las fricciones. Sucedia, sin embargo, que en un temperamento enérgico el mal parecia ceder desapareciendo por algun tiempo, pero luego volvia con mas tenacidad y bajo formas mas malignas. No habia tampoco quien osara luchar contra los tristes efectos del morbus indecens, sino el empirismo y la mágia. Los únicos médicos que habia entonces en Roma, eran miserables esclavos, griegos ó judíos, cuya farmocopea se componia toda de filtros, talismanes y prácticas supersticiosas; tal medicina parecia hecha exprofeso para las enfermedades que los mismos dolientes atribuian de buena voluntad, por ahorrarse la vergüenza de revelar su verdadera causa, á la fatalidad, á la maléfica influencia de los astros ó de los demonios, á la venganza de los dioses.

No hay que olvidar que la medicina griega se estableció en Roma al mismo tiempo que la lujuria asiática: esta data del año 588 de la fundacion da Roma, aquella del año 600 poco mas ó ménos. Setenta años antes, hácia 535, algunos médicos griegos hubieron de intentar establecerse en la ciudad, donde los llamaban diferentes enfermedades, contra las que nada podia la austeridad romana (debe suponerse que el morbus indecens era una de aquellas crónicas é inveteradas afecciones); pero chocaron con tantas dificultades y repugnancias que tuvieron que renunciar á aquella primera idea de establecimiento. Volvieron luego despues; mas cuando Roma estuvo algo menos orgullosa de la salud de sus habitantes. En el espacio de algunos años, el regalo y el libertinaje, habian creado, y desenvuelto una multitud de enfermedades, que no se habian visto jamás en las edades de Roma. Entre estas enfermedades, las mas comunes y variadas fueron cierta-

mente las que el libertinaje habia producido: siempre se las referia á causas cohonestables, ó mas bien se escusaba la confesion de las causas, y el médico tenia cuidado de cubrirla bajo un velo decente colocándolas en la categoría de las enfermedades honestas. Hé aquí por qué las enfermedades vergonzosas no se ven por ninguna parte en las obras médicas de la antigüedad, sino disfrazadas con nombres que salvaran su infamia.

En el inmenso y repugnante círculo de la lepra, debemos buscar casi todos los géneros de males venéreos de que abundaba, como la moderna, la prostitucion antigua. La mayor parte de los médicos eran esclavos ó libertos. «Te envío un médico escogido entre mis esclavos, se lee en Suetonio, (mitto tibi præterea cum eo ex servis meis medicum).» Y este pasaje, aunque diversamente interpretado por los comentadores, prueba que el médico no era con frecuencia, sino un simple esclavo en la casa de un rico patricio. Cada uno podia tener un médico particular, desde que lo compraba á gran precio sin duda, porque el valor venal de un esclavo dependia de la especialidad de su mérito, y un médico hábil, que debia ser á la vez diestro cirujano y farmacéutico, no se pagaba menos caro que un músico ó un filósofo griego. Compréndese que el médico, no desempeñando otro papel que el de cuidar á su amo y demás gente de la casa, ejercia servilmente su arte, y por miedo á la vara ó á otro mas duro castigo, rodeaba de una prudente discrecion las enfermedades domésticas que tenia encargo de curar, sopena de las mas crueles represalias. Los médicos manumisos no tenian tampoco una posicion mas libre respecto de sus enfermos: no temian ciertamente ser azotados en el caso en que sus remedios no dieran resultados ó lo dieran malo; pero podian ser traidos ante justicia y condenados á una multa considerable, si el éxito no habia correspondido á sus esfuerzos ó si el arte se reconocia impotente contra la enfermedad. Es evidente que en tan delicada situacion, el médico no tomaba á su cargo sino aquellas dolencias de que en su sentir podia triunfar. Este estado de cosas nos indica bastante que para tener seguridad de asistencia en casos de enfermedad, era preciso tener un médico á lo menos entre los esclavos que formaban el personal de la casa, y este médico depositario de los secretos de la salud de su amo, le era sobre todo necesario, cuando Vénus ó Priapo se le mostraban desfavorables ú hostiles.

Este solo hecho esplica satisfactoriamente en sentir nuestro el misterio que rodeaba las enfermedades venéreas de la antigüedad, misterio que recomendaban igualmente la religion y el pudor público. Los romanos erigieron un templo á la Fiebre, otro templo á la Tos; pero hubieran creido ofender á Vénus, su divina ascendiente, consagrando un culto á las enfermedades que deshonraban á la diosa. Acaso negaban estas enfermedades como injuriosas á la humanidad y ni siquiera querian que el morbus indecens tuviera nombre en los anales de la medicina y de la república.

La existencia de este mal, de la verdadera sífilis, ó á lo menos de una afeccion análoga, está sin embargo comprobada en el «Tratado médico» de Celso, bien que éste no ose atribuirla á un comercio impuro y evite remontarse á su orígen sospechoso. Celso, discípulo ó contemporáneo de Asclepíades de Bitinia, el primer médico célebre que vino de Grecia á Roma, Celso, no nos deja ninguna duda acerca de la presencia característica del mal de Vénus entre los romanos, pues en su admirable resúmen de los conocimientos médicos del siglo de Augusto, describe muchas afecciones de los órganos sexuales, afecciones evidentemente venéreas que la ciencia moderna se ha obstinado mucho tiempo en distinguir de los fenómenos idénticos de la sífilis del siglo décimo quinto. Estas afecciones están descritas con mucha verdad en la obra latina para que nos podamos equivocar sobre su naturaleza contagiosa y trasmision coitiva. Son pues el morbus indecens, la lues venérea, aunque Celso no les dé estos nombres genéricos, aunque dé nombres distintivos, cuya creacion parece pertenecerle, á las variedades del mal obsceno. Las reflexiones que preceden al párrafo que Celso consagra á las enfermedades de los órganos genitales en el libro 6.° de su tratado de medicina, confirman nuestra opinion sobre los motivos de reserva y conveniencia que se oponian al tratamiento público de estas enfermedades en Roma.

«Los griegos, dice Celso, tienen para tratar esta materia espresiones mas convenientes, y aceptadas sobre todo por el uso, pues figuran sin cesar en los escritos y en el lenguaje comun de los médicos; las palabras latinas nos ofenden mas (apud nos fædiora verba) y no tienen en su favor hallarse en boca de los que hablan con decencia. Es, pues, difícil empresa respetar las conveniencias, manteniendo á la vez los preceptos del arte. Pero esta consideracion no debe detener mi pluma,

en primer lugar porque no quiero dejar incompletas las útiles enseñanzas que he recibido, y despues porque importa hacer cundir entre el vulgo las nociones médicas relativas al tratamiento de estas enfermedades que no se revelan á otros sino á pesar. (Dein, quia in vulgus eorum curatio etiam præcipue cognoscenda, quæ invitissimus quisque alteri ostendit).»

Así escusa Celso su resolucion de publicar un tratamiento tenido hasta entonces en secreto, y quiere ponerlo al alcance de todos (in vulgus) á fin de obviar los terribles accidentes que resultaban de la ignorancia de los médicos y de la negligencia de los enfermos.

Luego pasa revista á estas enfermedades, que con todos sus signos especiales se hallaran en las monografías de la sífilis. Habla primeramente de la inflamacion del pene (inflamatio colis), ordena abundantes fomentos de agua caliente é inyecciones emolientes en el canal de la uretra; recomienda fijar el pene sobre el abdómen á fin de evitar el sufrimiento que causa la tension del prepucio, que al recogerse suele descubrir úlceras secas ó húmedas.

«Estas especies de úlceras, dice, necesitan frecuentes lociones de agua caliente; ha de cubrírselas tambien y sustraerlas á la influencia del frio. El miembro está algunas veces tan corroido por debajo de la piel, que suele caerse el glande: en este caso es preciso cortar al mismo tiempo el prepucio.»

El médico indica para la curacion de estas úlceras una preparacion compuesta de pimienta, azafran, mirra, cobre quemado y mineral vitriólico mezclado todo en vino astringente. ¿No es esto una gonorrea sifilítica acompañada de cánceres y ulceraciones?

Celso menciona luego los tubérculos (tubercula), excrecencias fungosas que se forman al rededor del balano y que hay que cauterizar con hierro candente ó con cáusticos, polvoreando con limaduras de cobre el sitio de las escaras para evitar que se reproduzca esta vegetacion parásita.

Despues de presentar claramente estos fenómenos del vírus venéreo, se detiene el ilustre médico en ciertos casos exepcionales en que las úlceras, resultantes de una sangre viciada, sino de una predisposicion del sugeto, producen la gangrena que ataca aun el cuerpo del pene. Entonces hay que practicar incisiones, cortar en lo vivo, separar las carnes gangrenadas y cauterizar con cáusticos en polvo, espe-

cialmente con un compuesto de cal, calcitis y pimiento. El enfermo que ha sufrido esta operacion con frecuencia peligrosa se ve condenado al reposo y á la inmovilidad hasta que las escaras de la cauterizacion se caen por sí mismas. La hemorragia es inminente, cuando ha sido necesario cortar parte del pene.

Habla despues Celso de un cáncer (cancri genus) cuya malignidad exige sin retardo el tratamiento, que debe ser el hierro candente á su aparicion; de otro modo el «fagadenico» se apodera del pene, rodea el glande, invade la uretra y entra hasta la vegiga: en este caso va acompañado de una gangrena latente, sin dolor, que determina la muerte á pesar de todos los auxilios del arte. ¿Es posible pretender que esta especie de cáncer no era el indicio local de la sífilis mas maligna?

El célebre médico cita ahora á la ligera una especie de tumor calloso, insensible al tacto, que se estiende por todo el pene y debe cortarse con precaucion. En cuanto al carbunclo (carbunculus) que se presenta en el mismo sitio, ha de limpiarse con inyecciones, antes de cauterizarlo. Despues de haber caido esta excrecencia puede recurrirse á los medicamentos líquidos que se preparan para las úlceras de la boca.

En las inflamaciones lentas ó espontáneas del testículo, que no reconocen por causa inmediata un golpe (sine ictu orta) y provienen por consiguiente de un accidente venéreo, Celso aconseja la sangría del pié, la dieta y la aplicacion de tópicos emolientes y da receta de muchos de estos tópicos para el caso en que el testículo se ponga duro y pase al estado de iduracion crónica. El ilustre médico tiene gran cuidado de distinguir la hinchazon de los testículos producida por una causa interna, de la resultante de una violencia esterior, de un golpe ó presion. No entra á tratar, sino con repugnancia, las enfermedades del ano, que son, dice muy numerosas é importunas (multa tœdiique plena mala). Y describe solamente tres: las ragades ó grietas, las condilomas ó excrecencias y las hemorroides, que podian ser en ciertos casos venéreas. Las grietas del ano, cuyo vergonzoso orígen no esplica Celso, se trataban con emplastos en cuya preparacion entraba el plomo, litargirio de plata y trementina. Algunas veces las grietas se estendian hasta el intestino y se las llenaba de hilas empapadas en la misma disolucion antisifilítica. Las afecciones de este gé-

nero reclamaban una alimentacion simple, suave, galatinosa, un reposo completo y frecuente uso de medios baños de agua tíbia.

En cuanto á la condiloma, excrecencia que nace ordinariamente de ciertas inflamaciones del ano (tuberculum, quod ex quadam inflammatione nasci solet), hay que tratarlas desde su principio de la misma manera que las grietas: despues de los medios baños y los emplastos, puede recurrirse en ciertos casos á la cauterizacion y á los cáusticos mas enérgicos: el antimonio, el albayalde, el alumbre, el litargirio son los ingredientes ordinarios de los tópicos destinados á destruir estas excrecencias, á cuya desaparicion es conveniente prolongar el régimen emoliente y refrescante.

Aconsejando remedios análogos para las hemorroides ulcerosas y tuberculosas, deja comprender Celso que las atribuia á una causa semejante. No habla sino con reserva de un accidente que el libertinaje hacia mas comun y peligroso, el desprendimiento del ano y de la matriz (si anus ipse, vel os vulvæ procidit). Esquiva tambien ocuparse de las enfermedades vergonzosas, que afectaban igualmente á las mujeres, y apenas al terminar indica someramente una úlcera semejante á un hongo (fungo quoque simile) que afectaba el ano y la matriz. Prescribe bañar esta úlcera con agua tibia en invierno y con agua fria en verano, polvorearla con limaduras de cobre, cera y cal, y aplicar luego la cauterizacion, si el mal no cede á beneficio del primer tratamiento. Pero se ve que Celso, por deferencia al sexo femenino, deja de presentarlo como interesado en igual grado que el sexo contrario, en las enfermedades obscenas: creeria hacerle un gran ultraje mostrándolo espuesto tambien á las inflamaciones, á las úlceras, á los tubérculos, á todos los estragos del mal de Vénus.

Y ahora que el sabio autor del Manual de las enfermedades venéreas venga á negar lo que está escrito en la obra del Celso, y haga alarde de ciega obstinacion declarando que «en todo Celso no se halla nada que pueda hacer sospechar la existencia del vírus sifilítico, sino de muchas afecciones locales, debidas con frecuencia á causas tambien locales, no virulentas; que añada despues de haber reasumido el programa de Celso sobre las enfermedades de los órganos sexuales: «Es, pues, natural concluir con Astruc y Lamettrie que todos esos presuntos males venéreos, de que los antiguos hicieron mencion, no eran enfermedades sifilíticas.»

Nuestra conclusion será enteramente contradictoria; y despues de haber comparado las descripciones de los médicos romanos con las que la observacion moderna nos ofrece como mas exactas y completas en la historia de la sífilis; despues de habernos explicado los motivos de cada uno de los tratamientos prescritos por la medicina antigua y moderna, no tenemos duda sobre la naturaleza del mal. La sífilis, la verdadera sífilis, engendrada por la lepra y el libertinaje, existia en Roma, como en la mayor parte de los países en que las costumbres estaban corrompidas por la mezcla de razas estrangeras. El último traductor de Celso, mas ilustrado, ó á lo menos mas imparcial que sus antecesores, nos dice que el docto M. Litré ha encontrado manuscritos del siglo décimo tercio «en que todas las afecciones de los órganos sexuales indicadas por los antiguos y aun los accidentes que nosotros miramos como secundarios, se refieren formalmente al coito impuro; y esto dos siglos antes de la época que se quiere asignar á la invasion del mal venéreo.

Esta enfermedad hizo su aparicion en Roma con el terrible nombre de elefancía, hácia el año 650 de Roma (105 antes de nuestra era); y la elefancía que muy luego infestó la Italia, dió formas estrañas á todas las enfermedades con que se complicaba. Asclepiades de Bitinia debió en parte su celebridad á esta espantosa afeccion que él llamaba el Proteo del mal y en cuya curacion sobresalia por haberla ya tratado en el Asia Menor. Así, segun el testimonio de Plinio, los romanos creyeron bendecir en él á un génio benéfico enviado por los dioses. Asclepiades, que habia aplicado á la medicina, el sistema filosófico de Epicuro, queria ver en todas las enfermedades un defecto de armonía entre los átomos de que le parecia compuesto el cuerpo humano. Lo primero, dividió las enfermedades en afecciones crónicas, buscando las causas de la inflamacion en un infarto cualquiera: compréndese que hubo de estudiar especialmente las afecciones venéreas. Era partidario del régimen dietético, ordenaba comunmente las fricciones y los fomentos de agua; imaginó los baños de estufa (*balneæ pensiles*) y á ejemplo de su maestro Epicuro no era enemigo de los placeres sensuales, con tal de que se tomaran con moderacion.

Este médico griego debia ser aceptable á los romanos, pues no contrariaba mucho sus propensiones y aun permitia á sus enfermos un prudente empleo de sus facultades físicas: esto era, segun su es-

presion impedir que el alma se durmiera, pues le daba residencia en los órganos de los cinco sentidos corporales.

A imitacion de Asclepiades, su discípulo predilecto, T. Aufidio, recomendó el uso de las fricciones en todas las enfermedades; trató victoriosamente la lepra y todas las degeneraciones venéreas, y puso en el número de sus remedios la flagelacion y los placeres del amor, que juzgaban soberanos contra la melancolía.

En Roma, como entre los judíos, la lepra vino á ser la enfermedad crónica, permanente, hereditaria; sacaba nuevas fuerzas y elementos poderosos del abuso y estravío de los goces sensuales; se trasformaba y reproducia sin cesar bajo los aspectos mas aflictivos; se rodeaba de un cortejo horrible de úlceras y tumores cancerosos; se resistia á la enérgica accion de las operaciones quirúrgicas; ó desaparecia para reaparecer mas luego con carácteres siniestros. Musa, el médico de Augusto á quien curó una enfermedad que los historiadores no han descrito, ni aun siquiera nombrado, enfermedad inflamatoria y local, pues baños tíbios apagaron sus ardores; Musa parece haberse consagrado mas particularmente al estudio de las enfermedades leprosas, escrupulosas y venéreas. Habia sido esclavo, antes de conocer á Augusto, el cual lo rescató, y debia conocer las enfermedades secretas que se trataban ordinariamente en secreto, en el privado seno de las familias, afecciones graves y tenaces, que atacaban todas las partes del organismo, despues de producirse en un coito impuro. Musa inventó muchas preparaciones contra las úlceras de mal carácter, y estas preparaciones, que conservaron su nombre cayendo en el empirismo, se creian infalibles en el mayor número de casos venéreos que ha descrito Celso. Musa no se limitaba á los tópicos esteriores, sino que sometia el enfermo al tratamiento de un depurativo interno recetando una bebida de jugo de lechuga y de achicoria.

Este tratamiento desconocido hasta entonces demuestra suficientemente que el ilustre médico miraba el mal de Vénus como un vírus que se mezcla con la sangre y los humores, inflamándolos y corrompiéndolos. Por el mismo sistema trataba todos los males que creia, mediata ó inmediatamente derivados de este vírus: las ulceraciones de la boca, los flujos de los oidos, las afecciones de los ojos, enfermedades tan comunes en Roma, que llegaron á hacerse endémicas en tiempo de los emperadores.

Meges de Sidon, que ejercia al mismo tiempo que Musa, se distinguió tambien en el tratamiento de las enfermedades leprosas, que debian ser venéreas con frecuencia. Meges era discípulo de Temison, que fundó la escuela metódica y que para conseguir la curacion de la lepra, investigó primero sus causas, estudió sus carácteres y definió su principio.

Este principio era ó habia sido venéreo en el orígen. La lepra, sea cualquiera el país de que se le haga proceder, de Egipto ó de Judea, de Síria ó de Fenicia, fué primeramente una afeccion local, nacida de un comercio impuro, agravada por la falta de cuidado medicinal, favorecida por circunstancias accidentales y trasformada sin cesar, gradual ó espontáneamente, segun la edad, el temperamento, el régimen y la constitucion física del sugeto. De aquí aquellas variedades leprosas, cuya descripcion evitaron en sus obras los médicos griegos y romanos, como si la teoría de aquel mal vergonzoso les causara la misma repugnancia que su práctica. La lepra-madre era, pues, segun todas las probabilidades la verdadera sífilis del siglo décimo quinto, y creemos reconocer en la elefantíasis la sífilis y la lepra-madre al mismo tiempo.

Celso habla apenas de la elefancía «casi desconocida en Italia, segun él dice, pero muy comun en ciertos países.» Sin duda no la habia estudiado ó al menos no queria estenderse sobre una horrible enfermedad que miraba como escepcion rara.

«Este mal, se limita á decir, afecta enteramente la constitucion del sugeto hasta el punto de atacar tambien los huesos. La superficie del cuerpo se llena de manchas y tumores, cuyo color rojo degenera gradualmente en negruzco. La piel se altera estrañamente poniéndose desigual, gruesa, delgada, dura, blanda y como escamosa: el cuerpo se enflaquece y se hinchan la cara, las piernas y los piés. Cuando la enfermedad insiste (ubi vetus morbus est): los dedos de los piés y de las manos desaparecen en cierto modo bajo esta hinchazon: luego se declara una ligera fiebre, que basta para acabar con el paciente, ya agotado por el sufrimiento.»

Muy pálida é incompleta es la descripcion de Celso comparativamente con la que nos dejara un contemporáneo suyo, el ilustre médico griego Areteo de Capadocia, que debia haber estudiado la enfermedad en el Asia Menor, donde era tan frecuente y terrible.

Hé aquí esa espantosa descripcion, que reducimos á una tercera parte, suprimiendo muchos rasgos metafóricos y poéticos, que no añaden ni quitan nada á la verdad del cuadro ni á su horror. Notaremos, en apoyo de nuestra opinion, que Areteo confunde en la elefancía muchas enfermedades como el priapismo y la mentagra, que no eran, segun él, sino síntomas ó formas particulares de la elefancía.

«Hay grandes relaciones, dice Areteo, entre el elefante, enfermedad, y el elefante, animal fiero, por la apariencia, por el color y por la duracion; pero uno y otro son únicos en su especie: el animal no se parece á ningun otro animal; la enfermedad á ninguna otra enfermedad. Esta enfermedad se ha llamado tambien leon, porque arruga la faz del paciente como la de un leon; priapismo, por el vivo color rojo que tiñe los pómulos del enfermo y por la impudencia de deseos amorosos que lo atormentan; mal de Hércules, porque no hay nada mas grande ni mas fuerte entre las enfermedades humanas. En efecto, la elefantíasis es la enfermedad mas enérgica para abatir el vigor del hombre y la mas poderosa para dar la muerte; es igualmente horrorosa de ver, terrible como el bruto, cuyo nombre lleva, invencible como la misma muerte, pues nace de la causa de la muerte misma: el enfriamiento del calor natural. Sin embargo, su principio se forma sin signos aparentes: ninguna alteracion, ninguna mancha se revela en el organismo, ni se nota en los hábitos del cuerpo, ni acusan la existencia del mal naciente; pero su fuego oculto, despues de haber permanecido mucho tiempo sepultado en las vísceras, como en el sombrío Tártaro, estalla en fin y se muestra al esterior atacando antes todas las partes interiores del cuerpo.

«Este fuego deletéreo comienza en la mayor parte de los pacientes por la cara, que se pone luciente como un espejo; en otros por los codos, por las rodillas, por las articulaciones de las manos y de los piés. Desde entónces estos desgraciados tienen el destino de morir, no habiendo el médico procurado por ignorancia ó negligencia, combatir el mal, cuando era aun débil y misterioso. El mal aumenta: el hálito del enfermo es hediondo; sus orines espesos, blanquecinos, turbios como los de las yeguas; los alimentos no se digieren y el quilo formado por su mala coccion, sirve menos á nutrir al enfermo que la misma enfermedad, cuyo centro es el bajo vientre. Las tuberosidades pululan allí unas despues de otras; el espacio intermedio de estos tu-

mores desiguales se agrietea como el cuoro del elefante; las venas se abultan, no por superabundancia de sangre, mas por el grosor de la piel. La enfermedad no tarda ya en manifestarse con tuberosidades idénticas en todo el cuerpo: el pelo languidece, muere, se cae, y si alguno resiste en la cabeza, se pone blanco, pero la cara y el pubes se despojan completamente. La piel de la cabeza se corta luego en muchas grietas, rígidas y profundas; la cara se cubre á la vez de granos duros y puntiagudos, blancos á veces en su vértice, verdosos en su base, y la lengua se eriza de tubérculos en forma de granos de cebada.

«Cuando la enfermedad se declara por una violenta erupcion, las herpes invaden los dedos, las rodillas y la barba; los pómulos se inflaman y enrojecen; los ojos pierden su brillo y toman un color cobrizo; las ya calvas cejas se fruncen cargadas de granos negros ó lívidos, de modo que los ojos están como velados bajo las profundas arrugas que se cruzan por encima de los párpados. Esta contraccion de cejas, esta deformidad morbosa imprimen al rostro del hombre el carácter del leon y del elefante.

»Las mejillas y la nariz ofrecen tambien excrecencias negruzcas; los labios aparecen tumefactos quedando el inferior pendente y baboso; los dientes se ennegrecen; las orejas se alargan, blandas y sueltas, como las del elefante y circuidas de úlceras purulentas. Toda la superficie del cuerpo se contrae en arrugas callosas y aun en grietas negras que la cortan como un cuero: de aquí deriva el nombre de la enfermedad. Ni las plantas de los piés, ni aun los talones están libres de estos estragos, cortándose tambien en profundas grietas.

»Si el mal toma incremento, las tuberosidades de la cara, de las rodillas y de los dedos terminan en úlceras fétidas é incurables, sobreponiéndose unas á otras, de modo que las últimas parecen nominar y corroer á las primeras. Suele tambien suceder que los miembros mueren antes que el sujeto, hasta el punto de separarse del cuerpo, que va perdiendo así sucesivamente la nariz, los dedos, los piés, las manos enteras, los órganos genitales; porque el mal no mata al enfermo para librarlo de una vida horrible en tan crueles sufrimientos, sino despues de haberlo desmembrado.»

Comparando este horroroso cuadro con el que los médicos del siglo décimo quinto hicieron á la aparicion de la sífilis en Europa, no

puede dudarse de que esta misma sífilis haya existido quince siglos antes bajo el nombre de elefantíasis. Tampoco se dudará de que la lepra, de cualquier especie que fuera, tomara su orígen en una cópula impura. Tal parece ser la opinion del sabio historiador de la elefancía como se verá por este pasaje:

«Las leyes económicas establecidas en el Oriente, dice el ilustre Raimond (á propósito de las gonorreas que eran muy comunes, y sobre el comercio de las mujeres) prueban que las enfermedades de los órganos genitales de las ingles, que tienen tan estrecha correspondencia con ellas, eran realmente venéreas.»

A la lepra, á las enfermedades sifilíticas hay, pues, que atribuir la aversion y menosprecio que inspiraban los judíos por todas partes y especialmente á los romanos.

La lepra y el mal de Vénus, no eran ya mas que uno solo, á fuerza de combinarse entre sí: nada era mas frecuente que su invasion; pero nada tampoco era mas deshonroso, y nadie, por tanto queria espontanearse, cuando todos lo sufrian ó lo habian sufrido. La situacion de los médicos entre estos misterios y repugnancias, debia ser siempre delicada y difícil: ellos no trataban mas que de la lepra, inventaban sin cesar ungüentos, panaceas, antídotos contra la lepra; y los leprosos no aparecian en ninguna parte, á menos que el mal no pusiera su vergonzoso estigma en la cara ó en las manos. De aquí aquellas úlceras de los dedos, que Celso pretendia curar con lociones de licio ó aceite hervido; de aquí aquellas exsrecencias carnosas que se sujetaban en la base de las uñas y que no siempre cedian al tratamiento de los cáusticos minerales; de aquí aquel oscedo ó absceso maligno de la boca, que Marcelo Empírico describia sencillamente en el siglo cuarto, sin profundizar hasta su orígen, pero rodeándole de indicios sifilíticos; de aquí otra enfermedad de la boca, mas caracterizada aun, y mas frecuente en el pueblo ínfimo, donde se reclutaban las meretrices errantes y los viles mantenedores del libertinaje felatorio. Esta repugnante enfermedad se llamaba *campanus morbus*, aludiendo á Cápua, reina de la lujuria y de la infamia, como la llama Ciceron, (domicilium superbiæ, luxuriæ et infamiœ) reina impúdica y escandalosa, á quien se acusaba de haberla engendrado.

Y es cierto que la mayor parte de los habitantes de Cápua llevaban en el rostro el estigma infame de aquel mal vergonzoso. Horacio

en la relacion de su viaje á Brindis, pone en escena á Sarmento, liborto de Octavio y uno de sus mancebos; y lo presenta riendo y chanceando sobre el mal de Cápua, y sobre su rostro deshonrado por aquella infamia (campanum in morbum, in faciem per multa jocatus.) Sarmento tenia en el lado izquierdo de la cara una cicatriz feísima que serpeaba entre el pelo de su barba (at illi fœda cicatrix setosam lævi frontem turpaverat oris.) Uno de los comentadores de Horacio, Crucuyo, ha esplicado tambien el mal de Cápua, describiéndolo como una excrecencia lívida que erizaba los labios y acababa por obstruir el orificio de la boca. Y Plauto no nos deja duda sobre la naturaleza de esta excrecencia, cuando en su Trinummus proclama la infamia de la raza capuana. que supera, dice, en paciencia á los mismos sirios. (Campas genus multo Syrorum jam antidit patientia.) Plauto habia aprendido muy odiosos misterios de impudicicia dando vueltas á la muela del panadero de Umbría.

En la mayor parte de las enfermedades de Vénus los tumores y las excrecencias, que los médicos apreciaban esteriormente sin ver en ellas los efectos locales de una causa oculta, aquellos enojosos síntomas pasaban ordinariamente al estado crónico, escepto el caso raro en que las fricciones, los baños de vapor y las bebidas refrescantes neutralizaban y destruian gradualmente el vírus venéreo. Jamás se salia de un tratamiento largo y doloroso, sin llevar sus señales no ya solo en el cuerpo sino tambien en la cara muchas veces. Así, á consecuencia de las úlceras de la boca, los labios se entumecian viniendo á quedar liposos, lívidos ó sanguinolentos; lo que alteraba de tal modo la fisonomía, que se llamaba spinturnicium á la mujer así desfigurada por el mal, aludiendo á la spinturnix ó harpia.

Los higos, las mariscas y las chias, que se producian sin cesar en las afecciones del ano, resistian al hierro y al fuego de un tratamiento periódico, y el enfermo recaia muy luego entre las manos del operador. «De tu pelado ano, dice Juvenal, corta riéndose el médico, tubérculos cancerosos (podice levi cæduntur humidæ, medico ridente mariscæ»). Esta vergonzosa produccion del libertinaje era tan comun, sobre todo en el pueblo que desatendia su curacion y veia perpetuarse el mal de padres á hijos, que se sacó un epiteto y de él un superlativo para calificar á las personas atacadas de aquellas afecciones: *ficosus*, *ficosissimus*. Vése en una oda de la *Priapeia*, pasearse altivamente

el libertino mas cargado de higos que habia entre los poetas (inter cruditos ficosissimus ambulet poetas.)

Marcial en uno de sus epígramas, titulado De familia ficosa, nos hace, aunque con gran donaire, una espantosa pintura de esta familia y á la vez de todos sus coetáneos:

«La mujer tiene higos, dice; el marido tiene higos, la hija tiene higos, lo mismo que el yerno y el nieto. Ni el grande ni el pequeño, ni el rico ni el pobre están exentos de esta vergonzosa úlcera. Jóvenes y viejos, todos tienen higos; y cosa estraña; ninguno tiene higueras.»

Los flujos purulentos y las gonorreas no eran menos frecuentes que estos tumores, á los cuales precedian ó acompañaban; pero los médicos, á lo menos en la teoría y en la ciencia escrita no distinguian, entre las afecciones inflamatorias de la uretra y de la vagina, las que resultaban de un comercio impuro. Puede suponerse que estas últimas se simulaban con accidentes particulares, especialmente con la úlcera llamada rubigo, orin ó herrumbre. «La rubigo, dice un antiguo comentador de las Georgicas de Virgilio, es propiamente, como lo atestigua Varron, un mal del placer vergonzoso, que tambien se llamaba úlcera: este mal nace ordinariamente de una abundancia y superfluidad de humor.»

El pasaje que hemos citado de Servio, que se apoya en la autoridad de Varron, establece una opinion que nos habia ya inspirado el exámen del priapismo de los antiguos. Esta enfermedad, tan comun entre ellos, no era otra que la blenorragia aguda de nuestros dias. Habia además una especie de priapismo causado ordinariamente por los escesos de la Vénus y sobre todo por los estimulantes peligrosos que se tomaban para ayudar á estos escesos.

«Este priapismo, dice Celio Aureliano, es un violento ardor de sentidos (vehemens Veneris appetentia), que toma su nombre de las propiedades de cierta yerba. Los que hacen uso de esta yerba se sienten provocados á los placeres de Vénus por la ereccion del órgano genital. Pero existen preparaciones que se llaman satíricas y son acres, escitantes y funestas á los nervios.»

Así caracterizaba el priapismo Celio Aureliano, siguiendo las lecciones de su maestro Temison, el primero que habia observado esta enfermedad combatiéndola con aplicaciones de sanguijuelas, que al parecer no se habian empleado hasta entonces.

Los flujos sanguíneos, herrumbrosos y blanquecinos, las pérdidas y leucorreas afligian tan generalmente á las mujeres de Roma, que invocaban á Juno bajo el nombre de Fluonia, para que la diosa las desembarazara de aquellas molestias, que no eran siempre consecuencias de los partos, sino que acusaban á veces un gérmen impuro. Las mujeres que padecian estos flujos se llamaban ancunnuentæ, palabra rara que parece formada del sustantivo obsceno cunnus, mas bien que derivada del verbo cuniere, manchar sus ropas, como lo pretende Festo. Estas diversas afecciones traian casi siempre la inflamacion de las glándulas inguinales, y en el abandono la supuracion de esas glándulas. Tenian el aster por un remedio eficaz contra las afecciones de las ingles y llamábase esta planta bubonium. Muy luego se aplicó á la misma afeccion ó á lo menos á sus síntomas, el nombre del remedio, y se confundieron bajo el nombre de bubones, todos los géneros de pústulas, abcesos y úlceras que tenian por asiento las ingles.

Vamos á hacer una aproximacion de palabras, que acaso dé luz sobre las causas ordinarias de esta afeccion inguinual. Los romanos crearon el verbo imbubinare para decir manchar de sangre impura; verbo que se referia al estado de las mujeres en su indisposicion menstrual. Empleábase tambien la misma espresion para todo flujo acre, y un verso célebre en los fragmentos del viejo Lucilio compara dos manchas diferentes que tenia un libertino de ambas Vénus diciendo: «Hæc teimbubinat, et contra te imbulbitat ille.» Sin embargo, Julio César Scaliger proponia leer imbulbinat en vez de imbulbitat, y por consiguiente traducir así, sin poder, por supuesto, imitar el juego de palabras del latin. «Ella te da bubones y él, al contrario, tubérculos.»

Sobre manera nos estraña no encontrar en los poetas mas alusiones á una enfermedad que debia ser, sin embargo, muy comun entre los romanos, á los flujos del recto, á aquella infamia del libertinajo antiguo. En nuestro sentir hay que buscar la descripcion, ó á lo menos el tratamiento de esta vergonzosa afeccion, en el párrafo que Celso consagra á las hemorroides. Por pudor mas bien que por ignorancia, habíanse comprendido en la categoría de las hemorroides todos los flujos análogos, cualesquiera que fuesen su causa y naturaleza; y no puede dudarse de ello, cuando se vé á Celso prescribir en ciertos casos contra el flujo hemorroidal y contra los tumores que la

acompañaban, el empleo de cáusticos y emplastos astringentes. Creemos que no debe reconocerse la cristalina entre las clazomenas (clazomenæ) que los sábios han colocado entre las enfermedades del ano. Segun Pierruges, estas serian las grietas ó hendeduras del ano, indicadaspor Celso, y su nombre se derivaba de la ciudad de Clazomene en Jonia, donde las mas execrables costumbres habian hecho casi general esta afeccion, que no se concentró en aquella ciudad obscena y disoluta. Nosotros vemos mas bien en las clazomenas ciertos tubérculos fungosos, que salian al rededor del pubes, y adoptaremos la etimología propuesta por Facciolati, y que da el sentido de quebrado ó roto. Hé aquí el famoso epígrama de Ausonio, en que se revela el verdadero carácter de las clazomenas.

«Cuando arrancas las vegetaciones que erizan tu ano (podex) bañado en agua caliente, cuando gastas con la piedra pomez las clazomenas que te acompañan, no veo la verdadera causa de tu mal, sino es que has tenido el valor de adquirir una doble enfermedad siendo hombre por delante y mujer por detrás.»

Tal es el horrible epígrama que el abate Jauvert, traductor de Marcial, no ha osado traducir y que los comentadores no han comprendido al parecer:

Sed quod et elixo plantaria podice Velles
Et teris incusas pumice clazomenas;
Causa latet; bimarem nisi quod patientia morbum
Appetit, et tergo fæmina, pube vir es.

Por lo demás, la presencia del mal de Clazomene en Roma nada tenia de sorprendente; porque Roma fué invadida en tiempos del imperio por infinidad de estrangeros, que trageron sin duda á ella sus enfermedades lo mismo que sus costumbres.

«No puedo sufrir, romanos, esclama Juvenal, no puedo sufrir que Roma haya venido á ser griega; y sin embargo, esta liga aquea no afecta mas que una pequeña parte de los habitantes de Roma. Hace mucho tiempo que el Oronto de Síria se ha derramado en el Tíber y nos ha traido su lengua, sus costumbres, sus arpas, sus flautas, sus tambores y sus cortesanas, que se prostituyen en el Circo. Id á ellas, vosotros á quienes inflama la vista de una loba estrangera con su tocado de mitra.»

Los poetas y los escritores latinos no dejaron nunca de zaherir á los huéspedes estranjeros de Roma, á quienes acusaban, sobre todo, de haber corrompido las costumbres trayéndoles sus vicios y libertinajes nacionales. A Frigia, á Sicilia, á Lesbos, á toda la Grecia, debe atribuirse la perversion de la antigua austeridad romana. Lesbos enseñó á Roma todas las torpezas del amor sáfico; Frigia le llevó sus afeminados (Fæmineos Phryx, dice Ausonio) aquellos mancebos exclavos de largos cabellos flotantes, de grandes zarcillos, de túnicas de amplia manga, de rojos ó verdes borceguíes. Lacedemonia, la altiva Esparta le envió tambien una colonia de hombres femeninos. Juvenal representa de este modo una infamia lacedemonia, que atormentó sin resultado plausible la imaginacion de los escoliastas y traductores. «Qui lacedœmonium pytismate lubricat orbem;» Marcial cita las luchas feminales inventadas por Leda y puestas en honor por la licenciosa Lacedemonia (libidinosœ lacedæmonis palæstras;) y Síbaris, y Tarento y Marsella...

«Síbaris se ha apoderado de las siete colinas,» esclama Juvenal, que deplora siempre la pérdida de la antigua sencillez romana. Síbaris la reina de la sensualidad y del mal de Vénus; Tarento (molle Tarentum, dice Horacio) estaba allí al mismo tiempo con sus bellos mancebos de perfumada tez, de miembros depilados, de cuerpo desnudo bajo diáfana túnica como ninfas ó prostitutas; Marsella concurria igualmente al gran mercado de Roma con sus niños ejercitados y diestros, pero que por lo comun solo consagraban la mano á aquella universal prostitucion; como se prueba por este pasaje de una comedia de Plauto.

«¿Dónde estás tú que practicas los usos marselleses? Si quieres prestarme la mano (si vis subigitare me) la ocasion es oportuna.»

No acabaríamos nunca de enumerar las ciudades y paises estrangeros que mejor sirvieron á la depravacion de Roma. Pero no hay que olvidar á Cápua ni á los Opicos: estos últimos que poblaban una parte de la Campania se habian degradado á tal punto que su nombre se hizo sinónimo de lo mas sórdido y asqueroso de la prostitucion. Ausonio hizo un epígrama contra Euno Sirisco (inguinum liguritor) maestro en el arte de los opicos (opiscus magister). Seria espantosa la cantidad de males inveterados y misterios existentes en las bajas regiones de los placeres vergonzosos.

De la Grecia venian á Roma tantos médicos como cortesanas; pero estos médicos á quienes la preocupacion romana perseguia por todas partes con un desprecio que llegaba casi al ódio, se cuidaban menos de hacer curaciones radicales que de ganar dinero. En cuanto su reputacion los designaba para el tratamiento de una afeccion particular estos médicos se hacian ricos; pero la salud pública á pesar del progreso de la medicina metódica, no se mejoraba ni mucho menos lícito es juzgar así por la naturaleza de las enfermedades que se ofrecian con preferencia á los estudios de la ciencia: siempre la lepra con sus numerosas variedades. Cada práctico de renombre inventaba un remedio contra alguna manifestacion local de esta peste crónica, que complicaba todas las enfermedades. Hubo una multitud de colirios para los males de ojos, tópicos para las úlceras, gárgaras para las aftas, emplastos para los tumores; lo que prueba que aquellas afecciones mas ó menos leprosas, se reproducian al infinito.

Despues de Musa, el médico en boga fué Vetio Valente, menos conocido aun por su talento iátrico y quirúrgico, que por su trato íntimo con Mesalina. Gracias á su augusta querida, Vetio tuvo mas de una ocasion de conocer las enfermedades del amor. Al mismo tiempo que él, otro discípulo de Temison ejercia en Roma: Meges de Sidon curaba sobre todo las afecciones leprosas y trataba con bastante éxito las hinchazones escrofulosas de los pechos. Pero hubo de eclipsarlo su condíscípulo Tesalo de Trallos, que no tenia ni su saber ni su esperiencia, mas se jactaba de ser el vencedor de los médicos antiguos. Este Tesalo á quien Galeno trata de loco y de asno, tenia la audaz pretension de operar curaciones súbitas empleando los mas enérgicos medicamentos y en fuertes dósis: obtuvo en efecto brillantes resultados en el tratamiento de la lepra, de las úlceras y escrófulas; tratamiento que por entonces venia á constituir toda la medicina, puesto que la lepra, incorporada en todas partes, parecia la única enfermedad. Aumentando el número de los enfermos, Tesalo creyó oportuno aumentar tambien los médicos, y como no pedia mas que seis meses para sacar discípulos tan provectos como él, acudió á oir sus lecciones una turba de aspirantes; cocineros, carniceros, curtidores y otros groseros artesanos, renunciaron desde luego á sus oficios para seguir al sabio Tesalo, que andaba siempre rodeado de un cortejo de fanáticos discípulos.

Con esto los médicos decayeron en consideracion y en saber. Lo importante era siempre la curacion de la lepra. Sorano de Efeso vino á Roma bajo el imperio de Trajano, trayendo diversas preparaciones que aplicó con éxito á la alopecía ó tiña y á las herpes. Moschion, uno de sus rivales, se dedicó especialmente á las enfermedades de la mujer y al estudio de sus órganos sexuales, tratando las flores blancas con remedios enérgicos que las cortaban al instante.

Al lado de estos médicos metodistas, se ven en turbamulta los empíricos, los antidotarios y los farmacópolas ó herbolarios, que eran mas despreciados y escarnecidos aun que los médicos. Horacio no teme ponerlos en la misma categoría de los bateleros, mendigos, parásitos y prostitutas (ambubajarum collegia, pharmacopolœ). Estos charlatanes tenian en su dominio las enfermedades vergonzosas, que ofrecian un vasto campo á la farmacopea. Entre estos empíricos se distinguieron, sin embargo, muchos sábios botánicos, muchos manipulantes ingeniosos. En tiempo de Tiberio, Menecrates, el inventor del diachylon, componia emplastos con frecuencia eficaces contra los tumores y escrófulas; Servilio Damócrates, preparaba escelentes emplastos emolientes; Asclépiades Pharmacion curaba las úlceras de mal carácter, como Apolonic de Pergamo las llagas de la boca, y Criton la lepra; Andrómaco, el inventor de la triaca, y Discorides el autor de una célebre obra de materia médica, hubieron de dar, segun parece, mas importancia á la mordedura de las serpientes que al veneno de la Vénus, que hacia sin embargo mas víctimas.

La investigacion y tratamiento de este veneno interesaron mas á la escuela de los médicos neumáticos, que florecieron en Roma durante el siglo segundo de la era moderna y que contaron entre ellos á Galeno y á Orbases. Uno de estos médicos Archigenes, llegó á combatir las afecciones leprosas recurriendo á veces á la castracion para disminuir los accidentes de la enfermedad que era ciertamente venérea, puesto que el médico sacrificaba la virilidad del enfermo. Archigenes aplicó con fortuna la doctrina de las ulceraciones de la matriz.

Otro neumatista no ménos hábil, Heródoto, se declaró ardiente partidario de los sudoríficos, que segun él depuraban el neuma segregando todo lo que podia tener de heterogéneo: el empleo de los sudoríficos era sin duda muy poderoso contra las enfermedades que envol-

veian un principio sifilítico. Estas enfermedades comenzaban ya á ser mejor observadas y su medicacion mas racional.

Un coetáneo de Galeno, Leonidas de Alejandría, que parece haber sido un práctico tan hábil como afortunado, se distinguió en el tratamiento de los órganos genitales; sus observaciones sobre las úlceras y verrugas de estos órganos son todavía del mas alto interés, lo mismo que las que tienen por objeto la inflamacion de los testigos.

«A la verdad, dice Kurt Sprengel en su «Historia de la medicina,» él no hace mencion del comercio con una mujer impura; pero los bordes callosos que indica como carácter distintivo de estas úlceras, revelan evidentemente la existencia de un vírus interno.»

Este vírus que se llama lepra ó sífilis, existia en un gran número de enfermedades locales, que Galeno y Orbaes no han descrito con síntomas venéreos, pero que trataban empíricamente bajo la fé de los antiguos tópicos que venian en su mayor parte del Oriente con las mismas enfermedades, mas sencillas y menos desconocidas en su cuna.

Nosotros atribuimos al desarrollo de las afecciones leprosas ó venéreas en Roma, el establecimiento de los *archiatri* ó médicos públicos. El primero que llevó este título y que ejerció sus funciones fué Andrómaco el antiguo, que vivió en tiempo de Neron. Este arquiatre cuidaba de la salud, no solo del emperador, sino de todos los oficiales de palacio. El cargo era tan complicado que no bastaba á cumplirlo un solo médico, por lo cual el número de los archiatri palatini, ó médicos palaciegos fué aumentándose hasta el imperio de Constantino. Eran á veces honrados con altas dignidades y el emperador les daba el título de (præsules spectabilis,) honorables maestros.

Instituyéronse luego, así en Roma como en las demás ciudades del imperio, (archiatri populares), que ejercian su profesion gratuitamente en interés del pueblo y que presidian por decirlo así á una policía de sanidad. Al principio hubo uno de estos médicos en cada una de las regiones de Roma, resultando por consiguiente, catorce para toda la ciudad; pero luego se dobló, se triplicó este número y muy luego vinieron á ser tantos los médicos como las sacerdotisas de Vénus.

Antonino el Piadoso completó y regularizó esta noble institucion: decretó al efecto que se nombraran diez archiatri populares en las

ciudades de primer órden, siete en las de segundo y cinco en las mas pequeñas. Los archiatri formaban en cada ciudad un colegio médico que tenia sus discípulos y se completaba á sí mismo, caso de vacante, votando sobre la eleccion del candidato que le presentaba el municipio. El municipio se aseguraba así de que la salud y la vida de los ciudadanos no serian confiados, sino á hombros instruidos y probos. Gozaban los archiatri diversos privilegios que probaban la deferencia y proteccion que la autoridad les concedia. Se les pagaba la primero por cuenta del Estado, cuidando con gran solicitud el decurion que no se les retuviera nunca sus honorarios. El Estado les daba esta asistencia, dice el Código Justiniano, para que pudieran suministrar gratuitamente las medicinas á los pobres, y para que no se vieran obligados por la necesidad á exigir remuneracion por sus servicios; podian sin embargo, aceptar la gratificacion que voluntariamente se les diera, pero luego que hubiera sanado el enfermo. Estaban tambien exentos los archiatri de alojar tropas, de parecer ante justicia en la forma ordinaria, de aceptar el cargo de tutela ó curadería y de pagar ningun impuesto de guerra, ya fuera en dinero, ya en trigo ó en caballos.

Finalmente el que los injuriaba ú ofendia de cualquier modo incurria en una pena arbitraria y con frecuencia en una multa alzada. Estos médicos de pobres, no eran problablemente de aquellos griegos desacreditados que venian á Roma á vender antídotos, á cortar ó cauterizar verrugas, á cuidar úlceras, cuando no á ejercer con este pretesto el lenocinio, ú otras complacencias mas viles todavía con sus mismos enfermos ó clientes.

Los archiatri populares, no hay que dudarlo, dependian inmediatamente de la autoridad del edil: de esta organizacion resultaba pues la medicina legal; pero es imposible decir las materias que abrazaba y la accion que podia tener en la policía de las cortesanas: en esta materia no tenemos ni un solo testo que pueda guiarnos ó ilustrarnos á lo menos. Nos faltan empero las probabilidades, para hacernos suponer que estos médicos de distrito ó region velaban sobre la salud de las meretrices inscritas. Tal vez estas meretrices estaban sugetas á la visita y vigilancia de médicos especiales, pues las vestales y los gladiadores tenian tambien sus médicos particulares.

El Código de Teodosio habla formalmente de las vestales y de los

gimnasios. Dos inscripciones antiguas hacen constar las funciones de los médicos del Circo, una de estas inscripciones lleva el nombre de Eutico, médico de los juegos matinales (médicus ludi matutini). Es, pues, muy natural que las meretrices tuvieran tambien sus médicos, mas esperimentados, mas diestros que los otros en el tratamiento de las enfermedades impuras.

Por lo que hace á las cortesanas no inscritas, probablemente preferian á las que llamaban *medicæ* y que no eran solamente parteras (obstetrices) pues se consagraban lo mismo á la mágia que á la medicina empírica. El título de médicas que tomaban en el ejercicio de su arte prueba que lo practicaban á veces con la autorizacion del edil y del colegio de los archiatri. Gruter trae esta inscripcion. SECUNDA L. LIVILLÆ MÉDICA. Pero no la esplica. Esta L. Livillæ ¿tenia en su casa dos esclavas diestras en el arte de curar, dos parteras, dos curanderas especuladoras en ungüentos y antídotos? ¿O bien se trataba de una sola médica, acertada en sus remedios y curaciones, *secunda*? Comprêndese además que las mujeres que en sus partos no habian sido visitadas por un médico, sino por una comadrona, no querian ya esponerse á las indiscretas miradas de un hombre, cuando estaban afligidas de alguna enfermedad secreta ó vergonzosa (pudenda). Se necesitaban, pues, mujeres médicas que trataran las afecciones de las mujeres; y cuando estas eran bastante ricas para sostener cierto número de esclavas y sirvientas, habia entre ellas una médica doméstica encargada de velar por la salud de su ama.

Habia tambien ciertamente mujeres libres ó manumisas que practicaban la medicina y la cirujía por su propia cuenta, y á ellas se dirigian las mujeres del pueblo que tenian el pudor de no ponerse en manos de los médicos.

Un epígrama de Marcial contra Lesbia cortesana griega que habia tenido cierta celebridad, hace alusion á una de estas enfermedades sexuales, que las mujeres, aun las mas desvergonzadas, no hubieran podido sin sonroja declarar á un médico que no fuera de su propio sexo.

«Cada vez que te levantas de tu asiento, dice, he observado desdichada Lesbia, que te se pega la túnica por detrás (pædicant miseram, Lesbia, te tunicæ) y que para despegarla, tiras á derecha é izquierda con tanta violencia que el dolor te arranca lágrimas y gemidos, pues

la tela se adhiere á tus posaderas penetrando en el recto como un barco metido entre dos rocas de las Simplegades. ¿Quieres evitar este vergonzoso inconveniente? Te daré, pues, un remedio: Lesbia, no te levantes ni te sientes.»

Para las afecciones locales del mismo carácter recomendaba Celso y los demás médicos romanos los baños de asiento, y el mueble que servia para estos baños tan frecuentes en estado normal como en estado morboso era de diferentes maneras, cuadrado redondo ú oval; de madera, de barro, de bronce y aun de plata. Se le llamaba *solium* como si al ocuparlo una mujer se sentara en un trono, antes ó despues del acto mas importante de su reinado. Un antiguo comentador de Martial, dice que las mujeres de Roma, matronas ó cortesanas, en la época del lujo y lujuria asiática, habrian rechazado á sus amantes ó maridos, si no les hubieran permitido lavarse préviamente (abluere) en una bacía de plata.

Estas abluciones se hicieron frecuentes tanto mas, cuanto menos saludables estaban las mujeres y mas espuesta por consiguiente la salud de los hombres; y á esas abluciones y á las que se renovaban sin cesar en los baños y estufas, como así mismo á las fricciones y fomentos que siempre las acompañaban, debe atribuirse la curacion de una multitud de afecciones recientes y lijeras; en todo caso el desarrollo de las afecciones venéreas encontraba poderosos obstáculos en el uso diario y casi contínuo de los baños sudoríficos.

Los médicos, sobre todo, los que tenian una numerosa clientela, se desdeñaban ciertamente de tratar las enfermedades secretas, y solo se prestaban á este servicio con la esperanza de ser generosamente retribuidos. Este desden médico, respecto de estas enfermedades, nos parece procedente de los mismos hábitos de los médicos célebres que iban á visitar con un acompañamiento de veinte, de treinta y aun de cien discípulos como dice Marcial. El número de estos sectarios indicaba proporcionalmente el mérito ó mas bien la reputacion del maestro, y todos sucesivamente iban despues de él, tomando el pulso al enfermo para hacer el diagnóstico de la enfermedad.

No es necesario demostrar que un enfermo de afeccion vergonzosa no se ponia así en espectáculo á las observaciones médicas y á la crítica de todo aquel cortejo. Habia, pues, médicos ó curanderos que se apropiaban el tratamiento de las enfermedades secretas y que rodea-

ban de misterio y de una discrecion á toda prueba este tratamiento, que la medicina empírica se veia con mucha frecuencia obligada á abandonar al hierro de la cirujía.

Un mal obsceno, mucho tiempo descuidado, y muy manoseado luego por el empirismo, terminaba ordinariamente por una operacion terrible de que habla Marcial en este epígrama. «Baccara el griego confia la curacion de sus pudendas á un médico, rival suyo: Baccara será castrado.»

Otro epígrama de Marcial sobre la muerte de Festo, nos permite suponer que los enfermos desesperaban muchas veces de su curacion y apelaban al suicidio para sustraerse á la dolorosa y larga agonía de una enfermedad incurable. Tal fué el fin del amigo del emperador Domiciano, el noble Festo, que atacado de una maligna afeccion á la garganta, malignidad que hubo ya de invadirle el rostro, resolvió quitarse la vida, consolando él mismo á sus amigos antes de herirse estóicamente con un puñal, como el gran Caton.

Las curaciones eran, debian ser largas y difíciles, cuando el mal habia tenido tiempo de estenderse y arraigarse. Los charlatanes que vendian sin autorizacion sus drogas en tablitas y palillos que llevaban su sello, se aprovechaban necesariamente del embarazo en que se hallaba el enfermo privado de médico. En muchas circunstancias la supersticion tomaba exclusivamente á su cargo la cura, cuyo progreso, como se deja comprender, no atajaba con sus procedimientos misteriosos. El miserable paciente iba de templo en templo y de dios en diosa con sus plegarias, votos y ofrendas; el que tenia medios de hacerse pintar en cuadros votivos, iba colgando estos cuadros en los santuarios de Vénus, de Priapo, de Hércules ó de Esculapio. Creemos que se respetaba la decencia en estos cuadros alegóricos, sin embargo, solian colgarse tambien en torno de las altares, los simulacros ó representaciones figuradas de los órganos enfermos, que se hacian de yeso, de barro, de madera, de piedra ó de metal precioso. Ofrecíanse además sacrificios expiatorios, en los cuales figuraban los panecillos de trigo puro (coliphia) que tenian la forma de las partes sexuales y que afectaban las mas estravagantes proporciones.

Los sacerdotes de ciertos dioses y diosas no comian otro pan que el de estas impúdicas ofrendas, que los libertinos reservaban tambien para sus alegres comilonas: (Illa silegineis pinguescit adultera cunnis,)

dice Marcial, que atribuye á este alimento una accion favorable á la gordura.

Los templos á que afluian mas enfermos, con ofrendas, por supuesto, eran aquellos, cuyos sacerdotes, se consagraban tambien á la medicina.

Por lo demás, todo el mundo tenia derecho á dedicarse á esta industria en la populosa ciudad fabricando remedios, peores á veces que la misma enfermedad. Los males secretos abrian un vasto campo á las especulaciones del charlatanismo, y entre estos especuladores, los oculistas no eran los menos ingeniosos. Los barberos no se limitaban á manejar el peine y la navaja; los barberos, aquellos astutos lenones que tendian la mano á todos los comercios de la prostitucion, miraban como cosa suya los males que ella causaba. Los esclavos de los baños, los unctores y los aliptes de ambos sexos, conocian naturalmente todos los secretos de la salud de sus clientes; y despues de haberles suministrado medios de libertinaje, venian á suministrarles remedios de curacion. En fin las enfermedades de Vénus se multiplicaron tanto, y tanto se familiarizaron en Roma, que cada cual se hizo una higiene para su uso particular, pudiendo así bastarse á sí mismo, sin necesidad de confidentes que pudieran hacer traicion á la fidelidad del secreto.

Y, sin embargo, aquellas enfermedades, tan numerosas, tan variadas, tan singulares entre los antiguos, quedaron en las sombras del misterio, pues no parece sino que los mas célebres médicos de la antigüedad hubieron de ponerse de acuerdo para ocultarlas á la posteridad bajo la capa de Esculapio. Pero puede imaginarse fácilmente lo que eran, cuando se piensa en el espantoso desarreglo de costumbres en la Roma de los emperadores; cuando se vé á la prostitucion espiar y seguir y no perder de vista á los niños al salir de la cuna, consagrarlos con cruel alegría á su impúdico servicio, aun antes de cumplir los siete años.

«¡Que mi génio me confunda esclama Petronio, si me acuerdo de haber sido nunca vírgen! (¡Junonem meam iratam habeam, si unquam me meminerim virginem fuisse!)»

El mal de Vénus era inherente á la prostitucion y se derramaba por todas partes con ella. Si la salud de un patrono venia á ser sospechosa, la de todos sus esclavos corria gran riesgo. Un orador romano,

Aquerio, contemporáneo de Horacio osó decir en alta voz, hablando en un juicio criminal.

«La complacencia impúdica es un crímen en el hombre libre, una necesidad en el esclavo, un deber en el liberto. (Impudicitia, inquit Acherius, in ingenuo crimen est, in servo necessitas, in libero officium.)»

Cecilio Rodigino es quien trae en sus (Antiquæ lectiones) este abominable apotegma de los *pædicones*.

CAPITULO XXI.

Las medicae juratae.—Origen de las parteras.—Agnodice.—Las sagae.—Exposicion de los recien nacidos en Roma.—Los suppostrices.—Los abortos.—Julia, hija de Augusto.—Ungüentos, perfumes, filtros y maleficios.—Prácticas abominables de las sagoe para hacer sus filtros.—La perfumista Gratidia.—Horribles secretos de esta maga revelados por Horacio, de quien fué la querida.—El monte Esquilino, teatro ordinario de las invocaciones y sacrificios mágicos.—Gratidia y su cómplice la vieja Sagana en el Esquilino.—El nudo de la agujeta.—Cómo se las componian las sagae para hacer este maleficio, terror de los romanos.—Cómo se conjuraba el nudo de la agujeta.—Filtros afrodisiacos.—La pocion del deseo.—Composicion de los filtros amorosos.—El hipomanes.—Profusion de perfumes entre los romanos.—La nicerotiana y el foliatum.-Perfumes diversos.—Los cosméticos.—El baño de leche de las burras de Popea.—La cortesana Acco.—Objetos y utensilios al servicio de la prostitucion que vendian las sagae y las perfumistas.—El Fascinum.—Las fibulas.—Los sacerdotes de Cibeles.

No sabemos nada de los servicios que prestaban las medicæ á las mujeres en las delicadas circunstancias en que la salud de estas reclamaba la vista y la mano de aquellas; viéndonos reducidos á meras conjeturas sobre este secreto capítulo del arte de curar, que los escritores antiguos dejaron cubierto con un velo impenetrable. Pero si no podemos apreciar, con apoyo de autoridades bien establecidas, el papel que las médicas desempeñaban en la terapéutica de las enfermedades del amor, no nos será difícil hacer constar su útil y activa intervencion, no solo en los casos de la preñez y parto, sino tambien en la preparacion misteriosa de los cosméticos, perfumes y filtros. Habia sin duda en Roma y en las principales ciudades del imperio, (medicæ juratæ,) como las llama Aniano en sus «Anotaciones al Código Teodosiano.»

«Siempre que hay duda, dice, sobre la preñez de una mujer, cinco comadronas juratæ, es decir, con licencia para estudiar la medicina

(medicæ), reciben órden de visitar á aquella mujer (ventrem jubentur inspicere).»

Pero además de estas prácticas, que sufrian probablemente un exámen facultativo y que se sometian á la vigilancia de los archiatri populares, muchas mujeres, estranjeras sobre todo, libertas y aun esclavas, se dedicaban á la medicina oculta, mezclando á este arte, que habian estudiado ó nó, el oficio de perfumistas y las prácticas con frecuencia criminales de la mágia. Higinio en su coleccion de fábulas mitológicas, nos refiere así la ocasion en que se ejerció la medicina la primera vez por una mujer en Grecia.

«Desde los tiempos mas remotos, asistian los hombres á las mujeres en sus partos, aunque el pudor tuviera que sufrir por los mismos auxilios que estaban obligadas á aceptar. Pero una jóven ateniense llamada Agnódice resolvió emancipar su sexo de una especie de esclavitud deshonrosa de que se indignaba Juno; y al propósito, se corta el pelo, viste un traje varonil y va á oir las lecciones de un célebre médico que la instruyó en el arte de partear haciendo de ella una escelente partera. Comienza entonces á suplir á su maestro y á ejecutar su proyecto; y se mostró tan hábil, tan diestra y sobre todo tan decente que las matronas parturientas no quisieron ya otro médico. Es probable que Agnódice les declarara su sexo, bajo el sello del secreto, porque muy luego ninguna mujer de Atenas apelaba en casos semejantes á los cuidados de los médicos. Estos se admiraron al principio, pero a fin se ligaron contra el jóven rival que les arrebataba su clientela y con ella sus beneficios. En efecto solo Agnódice se veia ya al lado de las parturientas que le hablaban sonriendo con familiaridad sobre manera chocante. Su juventud, su belleza, sus gracias y su mérito despertaron la calumnia y se dijo con maliciosa intencion que el jóven y bello Agnódice poseia el arte de cambiar en placeres los dolores de parto. Con esta y otras calumnias fué acusado de impúdico y corruptor de mujeres honradas ante los magistrados. Agnódice compareció en silencio ante el Aureópago, y cuando allí se la acusó, abrió su túnica y probó su inocencia dejando ver su sexo. Agnódice fué absuelta; los médicos se convencieron de su injusticia, y el pueblo pidió la derogacion de una ley antigua que prohibia á las mujeres el ejercicio del arte iátrico.»

Esta historia probará que la medicina fué siempre ejercida luego

por hombres y mujeres indistintamente, y que éstas se reservaron casi exclusivamente, así en Roma como en Atenas, el tratamiento de las enfermedades de su sexo.

Las mujeres que se ocupaban en medicina y sobre todo en medicina secreta, eran numerosas y de diferentes clases. Las medicæ mas consideradas por su saber y carácter, tocaban sin duda á todos los ramos del arte; las obstetrices se limitaban á las funciones de parteras; las adsestrices eran solamente ayudantas ó aprendices de las parteras: despues venia en último término la múltiple y variada categoría de las perfumistas y magas, que todas ó casi todas pertenecian, ó habian pertenecido á la prostitucion. Este venia á ser el refugio de las cortesanas viejas y el empleo favorito de las mediadoras ó terceras, escusando un nombre mas vulgar, aunque mas gráfico.

Comprendíanse bajo el nombre genérico de sagæ las diversas especies de vendedoras de ungüentos y de filtros que componian ordinariamente ellas mismas con ceremonias mágicas importadas de Tesalia. Pero las sagæ no eran todas magas, y aun la mayor parte de ellas apenas conocian los elementos mas simples é inocentes de aquel arte execrable; muchas ignoraban la composicion de las drogas que ellas mismas vendian y que causaban con frecuencia funestos accidentes, sobre los cuales cerraba voluntariamente los ojos la justicia; algunas eran parteras clandestinas, digamóslo así, que se encargaban de operar abortos, y que rodeaban de invocaciones y amuletos el nacimiento de los hijos ilegítimos.

Ya sabemos que el número de nacimientos era considerable en Roma, y que todas las mañanas se recogian en las calles, en las puertas de las casas, bajo los pórticos de los edificios y en los hornos de los panaderos, los cadáveres de los recien nacidos, que se condenaban á una muerte segura, esponiéndolos desnudos sobre la fria y dura tierra al salir del claustro materno. La saga era, la saga quien cumplia la horrible mision del infanticidio, y quien ahogaba entre los pliegues de su túnica á las inocentes víctimas del abandono maternal, cuando un grito de hambre ó de frio, podia descubrir el mas cuel de todos los crímenes. A veces, es verdad, tenia cierta compasion la madre y mandaba esponer á su hijo, envuelto en algun trapo, á orillas del lago del Velabro (lacus Velabrensis), ó en la plaza de la verdura (in Foro olitorio), ó al pié de la columna Lactaria ó de la Leche (colum-

na lactaria); allí, á lo menos, aquellos desgraciados huérfanos eran recogidos y adoptados á espensas del Estado, que les servia de tutor; pero marcándoles con un estigma de infamia. Sucedia tambien que algunas matronas estériles, ó ciudadanos pesarasos de no tener herederos, ó las infames suppostrices, que tenian el oficio de cambiar los niños en poder de las nodrizas, venian á elegir entre aquellos pequeñuelos abandonados, los que podian servir mejor á sus fines honestos ó deshonestos. En el silencio y sombras de la noche se oían con frecuencia resonar por el Velabro tiernos, pero desesperados vagidos, y se veian pasar como espectros malditos las sagæ, las madres mismas, llevando su tributo á aquel horrible minotauro que llamaban expositio, la esposicion de los niños en la via pública.

Estas sagæ se prestaban voluntariamente á los abortos que tenian lugar al principio de la preñez (aborsus) ó en los últimos meses de la curacion (abortus). Estos abortos que la ley condenaba, pero que evitaba castigar, porque habria tenido gran tarea, vinieron á ser tan frecuentes en tiempos del imperio, que las mujeres menos resueltas no temian impedir de este modo el aumento de su familia. Habia ciertas pociones de virtud tan eficaz, que precipitaban el aborto sin cosa de peligro; pero habia otros abortivos tan maléficos que mataban á la vez á la madre y al feto. En este caso se asimilaba jurídicamente á la envenenadora la obstretrix ó saga que por imprudencia, ignorancia ó malicia, habia cometido un doble asesinato y la miserable era condenada al último suplicio. En cuanto á las que administraban aquella pocion de aborto pronto y fácil, si obraban de acuerdo con la interesada, se les podia confiscar parte de sus bienes y desterrar á las islas «porque el echo es de mal ejemplo,» dice el jurisconsulto Paulo.

Pero el castigo de este crímen era muy raro, y muy luego fué imposible; porque todo el mundo se hizo culpable del mismo crímen y la misma emperatriz dió muchas veces el ejemplo de acuerdo con el emperador, sin tener siquiera el pudor de ocultar este ultraje á la naturaleza.

El motivo mas comun de los abortos contínuos no fué otro que el temor de alterar la pureza de un vientre tenso, terso y pulido y la mórbida integridad del pecho, sacrificándolos á los estragos mas ó menos notables de una penosa preñez y de una incómoda lactancia.

«¿Piensas, dice Aulu-Gelle con indignacion hablando de esas cri-

minales madrastas, piensas que la naturaleza ha dado á la mujer los pechos como graciosas protuberancias destinadas al adorno y no á la nutricion de los hijos? En esta idea, la mayor parte de nuestras hermosas (prodigiosæ mulieres) se esfuerzan en secar y agotar esa fuente sagrada en que el género humano bebe su vida, y ariesgan corrompor ó desviar su leche como si manchara esos atributos de la belleza. La misma insensatez las conduce al aborto por melio de drogas maléficas á fin de que la pulida superficie de su vientre no se arrugue ni estropee por el crecimiento del feto y por los trabajos del alumbramiento.»

El aborto era muchas veces motivado por razones mas culpables todavía: aquí una mujer casada queria destruir la prueba de su adulterio; allá otra mujer licenciosa sintiendo sus deseos y ardores sensuales estinguirse bajo la influencia de la preñez, empleaba un medio criminal para no perder lo que preferia al dulce y tranquilo goce de la maternidad. Este adormecimiento de sentidos, durante la gestacion, no era sin embargo general, y al contrario, algunas mujeres, cuya imaginacion habia exaltado el libertinaje, nunca se sentian tan ardientes y deseosas en amor, como en el curso de la preñez, que las garantía al mismo tiempo contra obstáculos de la misma especie. Así, Julia, hija de Augusto, solo se consagraba á sus amantes, cuando se sentia en cinta de su esposo Agripa, y el tiempo de su preñez no ponia interrupcion ninguna á sus desórdenes. Macrobio refiere que esta princesa respondia á los que se admiraban de que á pesar de sus desórdenes sus hijos se asemejaran siempre á su marido. «En efecto, yo no admito pasajeros á bordo, sino cuando la nave está cargada. (At enim unquam nisi navi plena todo vectorem).»

Luego que una mujer se hallaba en cinta, los consejos, los ofrecimientos y las seducciones la asiedaban por todas partes para decidirla á hacer á su belleza el sacrificio de su hijo: las obstetrices sobre todo no la dejaban de la mano. «Te ocultaba su preñez, dice un personaje del Truculento de Plauto, porque temia que la obligaras á consentir en su aborto y en la muerte del hijo que llevaba en su seno (ut abortioni operam daret).»

Las preñeces y los abortos daban, pues, mucho que hacer á las sagæ de Roma; pero esto no era sino el menor de los misterios de su arte; sacaban mejor partido aun de sus ungüentos, de sus perfumes, de

sus filtros y maleficios. Estos maleficios se asemejaban á los que tenian lugar en Grecia, en Tesalia sobre todo, desde la época mas remota, y la relacion que hace Horacio en sus Epodos de un escantamiento mágico no difiere casi nada de la pintura que Teócrito habia hecho de semejante escena tres siglos antes que él. El objeto de estas abominables supersticiones era siempre el mismo, en todos los casos, en todos los pueblos. La maga echaba suertes ó componia filtros: estos filtros tenian especialmente por fin enardecer el fuego del amor, crearle ardores nuevos, sobrehumanos inestinguibles; debian además cambiar el ódio en amor, ó el amor en ódio, y vencer todas las resistencias de la indiferencia ó del pudor.

Las suertes servian mas particularmente á resentimientos y á venganzas; género de maleficios mas raro sin duda entre los romanos que entre los griegos; pero en cambio en parte ninguna la ciencia de los filtros de amor se llevó mas léjos ni se estendió mas que en Roma, bajo la influencia de los Césares. Horacio nos hace conocer las abominables prácticas de que las sagæ de su tiempo se servian para hacer ciertos filtros amorosos. El poeta habia sido amante de una ungüentaria napolitana, llamada Gratidia, que él entregó á la execracion pública, bajo el nombre de Canidia. Horacio, en sus relaciones con esta mujer, á quien llegó á odiar tanto como habia amado, hubo de iniciarse con horror en los mas negros secretos de las magas.

«Tenian relaciones contínuas con las cortesanas, dice M. Walkenaer en su escelente «Historia de la vida, y de los escritos de Horacio;» eran tambien ellas de este número, y se mezclaban en todas las intrigas de amor.»

Gratidia fué una de las mas célebres entre las sagæ de Roma, gracias á la cólera poética de Horacio, que no le perdonaba haberse vendido á un viejo libertino, de nombre Varo; esta perfumista, pues, era bastante jóven y bastante bella para encontrar todavía un buen partido, y sus encantos merecian ser el objeto de los pesares de un amante abandonado. Los escoliadores de Horacio, pensaron que el poeta reprochaba sobre todo á Gratidia haber ejercido sobre él la funesta influencia de los brevajes de amor habiéndole arrebatado así su juventud, sus ilusiones, sus fuerzas, su salud. Horacio, en efecto, estuvo continuamente afligido de mal de ojos, que sin hacer ofensa á Canidia, puede atribuirse á los filtros, y al mal de la diosa Vénus.

El monte Esquilino, era comunmente el teatro de las invocaciones y sacrificios mágicos. Esta colina, servia de cementerio á los esclavos que se inhumaban allí confusamente sin concederles siquiera un sudario: por la noche no habia mas vivientes en aquella soledad poblada de muertos, que los ladrones que buscaban allí seguridades, y las hechiceras que iban á practicar sus obras de tinieblas. A la estremidad del Esquilino, cerca de la puerta de Metia, rodeada de palos y cruces donde suspendian los cadáveres de los ajusticiados, el (carnifex ó verdugo tenia su mansion aislada como vigilando á sus súbditos; y una monstruosa estátua del impuro dios Priapo, vigilaba tambien en aquel infecto y horrible albergue de hechiceras y ladrones.

Allí, á los pálidos reflejos de la luna, veíase comparecer á Canidia, con los piés desnudos, la cabeza desgreñada, el seno descubierto, y envuelto el cuerpo en ámplio manto, como su compañera ó cómplice, la vieja Sagana.

Horacio las habia visto, noctívagas horribles, desgarrar con los dientes una oveja negra, verter su caliente sangre en una fosa y dispersar en torno despojos de carne palpitante, evocando á las manes, é interrogando al destino.

Los perros y las serpientes rebullian al rededor del cruento sacrificio, y la luna velaba su faz divina por no hacer cómplice su luz de aquel pavoroso espectáculo. El mismo Priapo tuvo horror de lo que se le mostraba é hizo estallar en dos pedazos el tronco de higuera en que su imágen estaba groseramente tallada.

Al ruido del tronco que se hendia, las dos magas tuvieron miedo y huyeron sin acabar su maleficio, sembrando estraviadas por las malezas del monte, Canidia sus dientes, Sagana su peluca, sus yerbas, sus anillos de constelaciones.

Volvieron, sin embargo, otra noche al mismo monte Esquilino para un misterio mas abominable todavía. Habian robado un niño á su familia y le habian enterrado vivo en la fosa de los esclavos dejándole solamente la cabeza fuera de su sepultura, y en esta fiera tortura hambriento y sediento el niño, le presentaban carne bien cocida, cuyo olor apetitoso irritaba mas aun su hambre y agonía.

El niño les conjuraba en nombre de su madre, en nombre de los hijos que tuvieran: Canidia y Sagana eran insensibles; Canidia quema en un fuego mágico la higuera silvestre arrancada de las tumbas, el

fúnebre ciprés que da sombra á los muertos, las plumas y los huevos del ave de la noche, las yerbas venenosas traidas de Colcos y de Iberia y los roidos huesos mortuorios, arrebatados de los dientes de una perra hambrienta; Sagana con las greñas al viento el manto desceñido y el seco pecho desnudado, danza al resplandor siniestro de la hoguera rociándola con agua lustral.

«¡Oh Varo! esclama Canidia mordiéndose las manos, lívida y temblorosa de furor. ¡Oh Varo! Cuántas lágrimas vas á derramar! Si; filtros desconocidos te obligarán muy pronto á volver á mí y todos los encantos de las Marsas no te darán la razon. Sí los cielos bajarán debajo de los mares, la tierra subirá por encima de las nubes, donde te abrasarás por Canidia como el betun en este fuego siniestro.»

Pero el niño entre tanto se lamenta en vano, próximo á espirar: su voz se debilita; sus apagados ojos se fijan inmóviles en los sabrosos manjares puestos á sus secos labios.

Canidia se arma de su cuchillo y se le acerca para abrirle el vientre en el momento de espirar, con sus hígados secos y la médula de sus huesos ha de hacer la feroz maga un brevaje de amor (exsucta uti medulla et aridum jecur amoris esset poculum.)

«¡Yo os entrego á las Furias infernales! esclama al fin muriendo el desdichado niño; y esta maldicion mia nada ni nadie podrá apartarla de vosotras. Muero por vuestra crueldad; pero, espectro nocturno, yo os apareceré: yo volveré en alas de sombras y desgarraré vuestro rostro con los ganchos de sus uñas, que tendrán toda la fuerza y todo el enojo de los manes; yo pesaré sobre vuestros pechos, jadeantes de fatiga y miedo, con todo el peso de este monte de crímenes y horrores, y os privaré de sueño, y os helaré el corazon; en todas las calles públicas el vil populacho os perseguirá á empillones escupiéndoos y apedreándoos, como objetos de ignominia; morireis en la infamia en que vivís, pero hambrientas y sedientas de honra y de virtud, sin mas esperanza que el escarnio de todas las generaciones; y al fin, viejas impúdicas, los lobos y los perros, los serpientes y los buitres de este monte de prostitutas y ladrones, se repartirán vuestros huesos, privados de sepultura.»

No todos los maleficios de las sagæ eran tan terribles y crueles, pues ordinariamente solo iban de noche al Esquilino á coger plantas mágicas al brillo de la luna, á buscar huesos y cabellos de muerto y

á recoger grasa de los hombres colgados. Habia que pagarles mucho para obtener de ellas las prácticas execrables que exigian sangre humana, aunque la vida de los niños se estimara muy poco en Roma; pero el niño que inmolaban despues de haberlo enterrado vivo, debia haber sido robado á su nodriza ó á sus padres: de otro modo su hígado y médula no habria tenido la misma virtud para conciliar el amor. Por lo demás el rapto de un niño ingénuo ó libre de nacimiento era castigado con el último suplicio, ó á lo menos tal era la penalidad legal.

Los filtros mágicos se preparaban en vista de uno de estos tres resultados, que el amor ó el ódio solicitaba de las artes de las *sagæ*: hacer amar á quien no amaba; hacer odiar á quien amaba, y matar en un hombre todo el ardor y energía de su temperamento. Este último maleficio, que tanto asustaba en la edad media bajo el nombre de *nudo de la agujeta*, y que la jurisprudencia criminal persiguió constantemente hasta nuestros dias, no era menos detestable entre los romanos, que se indignaban de verse espuestos á semejante peligro.

Las *sagæ* sobresalian en este género de maleficio; podian herir de impotencia las naturalezas mas fuertes, y les bastaba para esto hacer unos nudos con cuerdas ó hilos negros, pronunciando á la vez ciertas palabras y haciendo ciertas invocaciones. Esto era lo que se llamaba *præligare*, cuando se trataba de impedir las primeras relaciones entre dos amantes y aun entre dos esposos; y *nodum religare*, cuando se pretendia suspender las mismas relaciones amorosas, pero preexistentes, antiguas.

El *nudo de la agujeta*, que fué siempre el terror de los amores, no tomó nunca su orígen sino en un fantasma de imaginacion; pero los antiguos, como los modernos, atribuyéndole á una fuerza invisible, se hacian á lo menos un refugio para su vanidad de hombres. Los romanos tenian un miedo cerval á este maleficio, que podia avergonzarlos privándolos de los privilegios de su sexo; y le daban virtud tan fulminante y lo creian tan inminente, que hasta evitaban hablar de él: siempre lo tenian encima, y para conjurarlo, si estaban tentados de amor, hacian ellos tambien nudos, que deshacian al instante, con cordones ó correas, que enroscaban al rededor de una estátua de Hércules ó de Priapo. Estos sacrificios que los hombres ofrecian á las dos divinidades, en secreto, en el altar del hogar doméstico, no tenian

mas objeto que romper los nudos mágicos que alguna mano enemiga podia haber hecho ó hacer para ligar los sentidos y burlar la esperanza del placer.

La menor alusion á esta fatal suerte de la mágia se tenia por funesta y ocasionada, como si se evocara un génio maléfico. Los poetas, los escritores por viejos que fueran, temian tocar á tan delicado asunto, que de un dia á otro podria venir á serles personal y afligirlos á su vez. Así, no sin una gran reserva se asocia Tibulo en una elegía al dolor de un amante que se busca en vano, pues no se le encuentra ya ni en los brazos de la bella Foloe:

»¿Qué vieja, con sus cantos mágicos y sus poderosos filtros, dice el poeta del amor, habrá echado una suerte sobre tí en la silenciosa noche? La mágia hace pasar la mies de un campo, al campo del vecino; la mágia detiene en su carrera á una serpiente irritada; la mágia pretende aun arrancar la luna de su carro. Pero ¿por qué acusar de tu desgracia á los cantos y filtros de una maga? La belleza no necesita los socorros de esas artes; pero lo que te ha vuelto impotente es haber acariciado con demasía aquel bellísimo cuerpo y prolongado con esceso tus besos y abrazos. (*Sed corpus tetigesse nocet, sed longa dedisse oscula etc.*)

Tibulo trató con tal reserva este asunto de mal augurio, que la elegía que le consagra está llena de reticencias y oscuridades.

Pero los filtros mas poderosos y mas temibles tambien eran los que las *sagæ* y las viejas cortesanas fabricaban por desconocidas recetas y sin el auxilio de la mágia. El único objeto de estos filtros era enardecer los sentidos y aumentar los trasportes amorosos, y de estos medios se hacian en Roma un uso fabuloso, á pesar de los peligros de tal sobrescitacion. Todos los dias un brebaje de esta especie causaba la muerte, ó la locura, ó la parálisis ó la epilepsia; pero el funesto ejemplo no daba esperiencia á nadie, imponiendo silencio á la razon la ardiente sed de placeres...

No eran tampoco igualmente fatales todos estos filtros amatorios y por lo comun los accidentes que se les atribuian, provenian del abuso, del uso inmoderado. Al principio se contentaban los libertinos con una dósis mínima que les volvia todo el ardor juvenil; pero al disminuirse este ardor aumentaban gradualmente la dósis del veneno, á que debian goces facticios, y muy luego el filtro carecia de accion en una

naturaleza ya agotada, que se exhalaba en un último esfuerzo de amor. No de otra manera murieron L. Licino, amigo de Ciceron; Luculo, el modelo de los pródigos y de los voluptuosos; el poeta Lucrecio y tantos que pasaron de la locura á la muerte.

Llamábanse *aphrodisiaca*, todos estos filtros, que, mas ó menos maléficos, tenian por fin encender el fuego de Venus, y se administraban tambien á las mugeres que carecian de sensualidad y á las jóvenes en cuyo seno vírgen no se habia despertado aun el apetito sensual; pero los médicos prudentes y honrados desaprobaban altamente el empleo de los afrodisiacos, especialmente en las jóvenes.

«Esos filtros que ponen la tez pálida, dice Ovidio en su *Remedio de amor*, no aprovechan á las jóvenes; esos filtros dañan á la razon y contienen el gérmen de la locura furiosa.

La mayor parte de estos filtros amorosos eran pociones, que habian de tomarse á la buena fé, sin conocer los ingredientes que la supersticion ó el empirismo habian combinado de acuerdo con la codicia. El iluso que se esponia á un envenenamiento á trueque de un instante de placer sensual, no tenia por lo comun mas garantía que la buena ó mala reputacion de la *saga*, á quien por otra parte no pagaba á vil precio su brevaje. Muchas veces, es verdad, se componian solamente de jugos y dococciones de yerbas. Las plantas que estimulan los sentidos, dice Celso, son el calamento, la timiama, la agedrea, el hisopo y sobre todo el póleo, la ruda y la cebolla. Pero con frecuencia tambien se hacian entrar en estos brevajes funestas sustancias minerales y animales que componian los amatorios (*amatoria*) mas terribles. Un brevaje de esta especie, cuya receta poseia Canidia, se llamaba segun Horacio, *poculum desiderii*, ó la pocion del deseo. Habia tambien aguas naturales, sulfurosas y ferruginosas, que se tenian por favorables á los sentidos é inofensivas en sus efectos eróticos. Estos eran los filtros que la medicina oponia á los de las perfumistas y magas. Estas aguas escitantes, *aquæ amatrices*, como se las denominaba, perdian casi toda su virtud, cuando se tomaban léjos de su orígen. En uno de sus epígramas dice Marcial:

«Hermafrodito aborrece las aguas amatorias (*Odit amatrices Hermaphroditus aquas*).»

En otro epígrama parece dar á entender que esta clase de aguas

estaban arrendadas ó poseidas por mujeres, sin duda cortesanas que las habian puesto en boga y las esplotaban.

«¿Quién es ese adolescente, dice, que se aleja de las puras ondas de la fuente de Yandis y se refugia cerca de la náyada dueña de esta fuente? (*at fugit ad dominam Naiada*?) ¿No es por ventura Hylas, dichoso de que Hércules, el semidios de Tirintia sea adorado en el bosque que rodea la fuente, cuyas aguas amorosas guarda? Argino saca sin cesar de su veneno para darnos á beber: las ninfas no le harán nada; pero guárdate de que Hércules se apodere de tí.»

Estas *aquæ amatrices* no eran, como han creido muchos sabios, brevajes compuestos y preparados por mano de una *saga*, sino simplemente aguas minerales, que reanimando el vigor de un temperamento fatigado, lo disponian naturalmente al amor dándole al parecer una nueva juventud.

Datos precisos sobre la composicion de los filtros no se encuentran por ninguna parte en los escritores de la antigüedad. Bien se nos alcanza el misterio de que los especuladores de filtros rodearian su industria casi siempre culpable, misterio que la ciencia no procuraba penetrar. Nadie se cuidaba sino de los efectos, que eran verdaderamente prodigiosos, sin detenerse á investigar las causas. El fisiólogo Virey, ha sacado de Dioscorides, Teofrastes, Plinio etc. todos los elementos dispersos é indecisos, que le han permitido hacer la historia de los afrodisiacos entre los antiguos. Los ha dividido en dos clases principales: los vejetales y los animales. Entre los primeros se distinguian los narcóticos, los estimulantes acres ó aromáticos, los odoríferos y espirituosos. La mandrágora, el estramonio, el cáñamo silvestre en que se reconoce el nepenthes de Homero, causaban una embriaguez voluptuosa, que se prolongaba en una infatigable continuidad de sensaciones eróticas y conducia insensiblemente á la pérdida de la memoria, á la estupidez, á la muerte. El hongo, y sobre todo, el falo y las setas, el agarico, las resinas acres, las yerbas arómaticas y los granos de estas plantas, estimulaban poderosamente los órganos del placer; los licores espirituosos en que se habian hecho infusiones de ciertas yerbas odoríferas desarrollaban tambien en uno y otro sexo la actividad sensual.

Pero estos estímulos, sacados del reino vejetal, dejaron en breve de tener imperio en los monstruosos libertinos que se proponian siem-

pre rebasar los límites de la fuerza humana buscando sus modelos entre los dioses de su mitología amorosa. Estos insensatos recurrian, pues á filtros fulminantes, con cuyo ardor de lumbre, podian persuadirse durante noches enteras que Júpiter ó Hércules habian descendido del Olimpo para metamorfosearse en hombres. A veces morian quemados en aquel rescoldo, sin hartarse de sensualidad, y su espantoso priapismo continuaba aun, mucho tiempo despues de aquella muerte, horriblemente voluptuosa. Los insectos, los peces, las sustancias animales acres ó corrosivas venian sucesivamente á componer la terrible mezcolanza que se conocia bajo el nombre característico de Satyrion. Cantáridas, grillos, arañas y muchos otros coleópteros, picados y reducidos á polvo, ó solo en infusion de vino, obraban violentamente sobre los órganos sexuales, comunicándoles irritacion tan fogosa que solia afectarse gravemente hasta la misma vejiga.

Con el mismo fin y éxito mismo se empleaban tambien en el satyrion huevos de sargo y de gibia, revueltos con ámbar gris; pero despues de un prodigio de potencia, despues de largos y frenéticos arrebatos de amor, despues de una fiebre erótica, lúbrica, fogosa hasta lo brutal, la víctima de su propio libertinaje caia en una convulsion de enfermedad que solo terminaba en la muerte.

«De aquí, esclama Juvenal, esos ataques de locura, de aquí ese oscurecimiento de inteligencia, de aquí ese olvido de todas las cosas.»

Juvenal habla de los filtros tesalianos, que una esposa criminal destinaba á turbar la razon de su marido.

Marcial que tampoco perdona estos peligrosos brevajes aconseja solamente á los amantes fatigados ó frios el uso de los bulbos, (cebollas, segun unos comentadores, setas segun otros.)

»Quien no sepa, dice, conducirse como hombre en la lucha amorosa, que coma bulbos, y será invencible. Anciano, si tu ardor languidece (languet anus) no ceses de comer de esos generosos bulbos, y la tierna Vénus sonreirá aun á tus hazañas.»

Qui præstare virum Cypriæ certamine nescit,
    Manducet bulbos, et bene fortis erit.
Languet anus; pariter bulbos ne mandere cesset,
    Et tua ridebit prælia blande Venus.

Pero entre todos los filtros amatorios que componian las sagæ, el mas célebre y formidable era el hipomanes, sobre cuya mistura no están de acuerdo los sabios. No han contribuido poco los escritores de la antigüedad á condensar la duda sobre el orígen del hipomanes, pues les dan dos esplicaciones diferentes. Virgilio, por ejemplo, llama así el virus acre y fétido que fluye de la vulva de las yeguas en el tiempo de su celo. «El órgano de las yeguas destila cierto virus, el hipomanes, que recojen con frecuencia las odiosas hechiceras para mezclarla con ciertas yerbas y conjuros.» Juvenal, Lucano, Plinio, Ovidio, dan al contrario el nombre de hipomanes á una excrecencia carnosa que, al nacer, suelen sacar los potros en la frente y que la yegua arranca con sus dientes y devora antes de dar la ubre á su cria. Esta acrecencia de carnes negra, gruesa como un higo, era para los campesinos un objeto de lucro, y anticipándose á la yegua, se la arrancaban al potro para venderla á las sagæ, que la empleaban en sus filtros. En virtud de estos testimonios tan diferentes, es probable que las sagæ reconocieran dos especies de hipomanes, siendo este último mas activo y temible que el primero. Juvenal nos presenta á Cesonia, que por aumentar la violencia del brevaje hace entrar en composicion toda la frente del recien nacido potro (cui totam tremuli frontem Cæsonia pulli infundit.) El mismo Juvenal, en fin, describe con horror los espantosos efectos del hipomanes, que produjo la demencia y muerte de Calígula, el imperio de Neron y los crímenes de este imperio. ¡Tanti partus equæ! esclama: «¡Y todo esto es el fruto de una yegua, todo esto es la obra de una envenenadora!»

Eran, en efecto, verdaderas envenadoras aquellas viejas desalmadas, aquellas mujeres sin nombre, aquellos viles despojos del libertinaje y la prostitucion, que ponian en sus filtros, no solo materias escrementicias de los animales, castoreo, almizcle, algalia, esperma de ciervo etc., sino tambien sangre menstrual de las mujeres y hasta licor seminal de los hombres. Misturas tan horrendas engendraban enfermedades gravísimas, que no servian, sin embargo, para espantar el libertinaje, ni aun para corregir sus espantosos desórdenes. Las magas emeritas añadian aun á sus preparaciones eróticas ciertos ingredientes tomados de la naturaleza humana, la médula de los huesos, el hígado, los testículos, la hiel de un niño ó de un ajusticiado y sobre todo esa delgada película que suele envolver la ca-

beza del feto al salir de la matriz. Las parteras arrancaban diestramente esta película, á que atribuian virtudes tan singulares, y las vendian á alto precio á las fabricantas de filtros amorosos, ó bien á los abogados, que creian ser mas disertos llevándolas encima á modo de talisman. Harto se comprende que el comercio de las *sagæ* debia ser muy estenso y lucrativo; pero ninguna de estas operadoras nos ha dejado el libro de las recetas que hacian su reputacion y su riqueza.

El arte de los perfumes y cosméticos que las *sagæ* practicaban tambien con increibles recursos de refinamiento y de invencion, nos es tambien desconocido. Los poetas y escritores de todo género recaen sin cesar sobre estos perfumes y cosméticos (*unguenta*) que acompañaban por todas partes á una y otra Vénus; pero no salen nunca de vagas generalidades y jamás nos inician en los innumerables secretos de la perfumería antigua, como si estos secretos, conocidos ya en tiempo de Homero, que hace subir su orígen á los dioses, no se trasmitieran sino bajo juramento, de una á otra generacion. Habiendo llegado á ser entre los romanos la pasion de los perfumes tan ardiente y desenfrenada como la de los placeres sensuales, el oficio de perfumistas y ungüentarias hizo estraordinarios progresos, y la gran nómina de las esencias, de los aceites, de los bálsamos, de las pomadas, de los polvos, de las pastas, de los ingredientes cosméticos, vino á ser infinita, poniendo á contribucion los vejetales, los minerales, los animales de todo el mundo para combinar tales y tantas mezclas odoríferas y proporcionar con ellos goces incesantes y nuevos al amor sensual.

Los antiguos, los romanos sobre todo, no comprendian el amor sin perfumes; y en efecto, los olores acres y estimulantes de que se servian con profusion en los hábitos de la vida, los preparaba maravillosamente al amor. Se sabe que el almizcle, la algalia, el ámbar gris y otros olores animales de que llevaban impregnados los vestidos, el pelo, todas las partes del cuerpo, tienen una accion eficacísima sobre el sistema nervioso y sobre los órganos de la generacion. No se limitaban tampoco al uso esterior de estos perfumes, pues aparte los filtros enérgicos, reservados para circunstancias particulares, no temian tomar gran cantidad de aromas y de especies en su alimento diario. A estas causas permanentes hay que atribuir el apetito, el prurito permanente tambien que atormentaba á la sociedad romana, empujándola á todos los desórdenes y accesos del amor físico.

La lujuria asiática trajo consigo estos refinamientos sensuales, y desde entonces se hacia en Roma tan prodigioso consumo de sustancias arómáticas, que puede creerse que la Arabia, la Persia y todo el Oriente no le podian dar abasto. En vano algunos filósofos y hombres virtuosos y sencillos, ancianos por desgracia, procuraron combatir aquella moda, tan peligrosa para la salud como para las costumbres; en vano sus prudentes consejos se repitieron en libros de moral, en la poesía, en el teatro: no se hizo mas caso de sus consejos que de sus severos reproches y predicciones funestas, y Roma estuvo luego tan perfumada y olorosa como Síbaris y Babilonia. Los amantes especialmente buscaban y rebuscaban los perfumes; y cosa estraña, los perfumistas eran despreciables. Verdad es que á este oficio solo se daban las cortesanas ya viejas, las lenas ó mediadoras y los infames lenones. Las personas honradas que tenian necesidad de sus servicios, no entraban en sus oficinas sino velándose la cara, por la noche ó muy de mañana. Ciceron y Horacio los nombran con profundo desprecio:

»Añade aun, siquieres, dice el primero en su tratado «De Officiis» añade los ungüentarios ó saltarines y la miserable turba de los jugadores.»

Horacio pone en la misma línea al ungüentario y al lenon (auceps). En cuanto á las perfumistas, su nombre solo era la mas grave injuria que se podia dirijir á una mujer que se pagaba de su condicion de ingénua ó libre. Las tiendas de perfumería eran mercados de lenocinio y libertinaje, y así, las personas ricas y decentes, por no frecuentar estos establecimientos, tenian en su propia casa un laboratorio en que se fabricaban todos los perfumes que necesitaban para su servicio, á cuyo efecto tenian uno ó mas perfumistas entre sus esclavos ó libertos.

Habia sin duda en Roma perfumes característicos que anunciaban desde léjos la condicion de la persona, sus costumbres, su carácter, su salud: el olor fuerte y penetrante revelaba la necesidad de neutralizar una fetidez propia; el olor dulce y suave convenia á las matronas elegantes y á los hombres de buen gusto y arreglada vida; el olor embriagador acusaba á la cortesana ó á lo menos á la coqueta ó lijera; el olor enervante y pegajoso, digámoslo así, era el del afeminado: aquí un perfume, allá otro, otro distinto acullá, por todas partes, en la calle, en los paseos, en las casas, una mezcla indefinible de olores aro-

máticos viciaba peligrosamente el aire. En efecto, los hombres, las mujeres, los niños, todos se perfumaban en Roma al salir del lecho, al salir del baño, antes de comer, antes de acostarse. Se frotaban todo el cuerpo con aceites olorosos, en que empapaban los cabellos; impregnaban de esencias los vestidos, quemaban aromas de dia y de noche y las echaban en todas las comidas y bebidas.

El satírico Lucio, para poner en ridículo esta farmacomanía, se admiraba de que sus contemporáneos, que tantos perfumes tomaban, no los dieran de sí tambien.

«Una mujer huele bien, decia Plauto en la *Mostellaria*, cuando no huele á nada, porque esas viejas que se cargan de perfumes, esas decrépitas, desdentadas, que cubren de afeites las ruinas de su belleza, cuando el sudor se mezcla á esos afeites, todavía apestan mas, como el cocinero que hace un guisado de muchas salsas mezcladas.»

Principalmente en los preludios de la palestra de Vénus, por servirnos de una espresion antigua, (*palestra venérea*) venian los perfumes en ayuda de la sensualidad. Los dos amantes se hacian ungir todo el cuerpo con espíritus embalsamados despues de haberse lavado en aguas olorosas: el incienso humeaba en el aposento como para un sacrificio; el lecho estaba circuido de guirnaldas de flores y sembrado de hojas de rosa; y como el lecho todos los muebles recibían una lluvia de nardo y cinamomo. Las abluciones en aguas aromáticas se repetian con frecuencia en aquellas largas horas de amor en medio de una atmósfera mas perfumada que la del mismo Olimpo.

Estos perfumes, como ya se concibe, habian sido inventados por gentes que conocian el placer y sabian los medios de escitarlo, desenvolverlo y prolongarlo. Así, al envejecer, las prostitutas de ambos sexos se dedicaban con preferencia á este género de comercio. De esta suerte continuaban sirviendo, aunque indirectamente, los gustos del público, siempre sensual y estragado; y cuando componian un perfume nuevo, un nuevo cosmético ú otro cualquier afeite, tenian cierto orgullo en dar su nombre al invento. El perfumista Nicerotas inventó la nicerotina; Folia, la maga, amiga y cómplice de Canidia, halló un procedimiento ingenioso para preparar el nardo de Persia, que se llamó despues *foliatum*. Pero ordinariamente, el perfume ó cosmético sacaba su nombre del país que habia suministrado su principal ingrediente: habia el bálsamo de Mendesio, originario de Egipto; el un-

güento de Chipre; el nardo de Persia; el aceite de Arabia y el de Siria; el *malobathrum* de Sidon, etc.

La mayor parte de los perfumes, los mas activos al menos, venian del Oriente y en especial de la Península arábiga, y por esto se acostumbraron á comprender indistintamente todos los productos de la perfumería bajo la designacion genérica de *perfume árabe* (*arabicum unguentum*) «¡Quememos, dice Tíbulo, quememos los perfumes que nos envia de su rico suelo el voluptuoso Arabe!» Pero aun se aplicaba mas particularmente el calificativo *arabus* ó *arabicus* á cierto aceite oloroso con que untaban su cabello las mujeres y los afeminados.

Fabricábase tambien otro aceite no menos estimado con granos del mirobolano (*myrobolani*), arbusto aromático que se cria en la Arabia. Sacábanse tambien muchas especies de perfumes preciosos, del árbol de Judea, cuya olorosa goma se llamaba *opabalsamum*, del amomo de Asiria, de la mirra del Oronto, de la mejorana de Chipre (*amaracus cyprinus*), del cinamomo de la India, etc. Pero, como ya hemos dicho, se ignora la proporcion de las dósis y los principios de aquellas misturas balsámicas, que se referian á alguna necesidad de la vida amorosa.

Los cosméticos en cuya composicion entraba siempre un perfume, son aun mas desconocidos que los perfumes de tocador y de voluptuosa complacencia, gracias que se hayan escapado á la interesada discrecion de los especuladores los nombres de algunos de aquellos maravillosos secretos de coquetería en sus tres fases de conservacion, disimulo y adorno. En todos tiempos han sido estos secretos los mejor guardados; así, nada se sabe del unto depilatorio, con el cual se hacian caer todos los pelos del cuerpo, hasta los de la barba; nada del ungüento dentífrico, (*Odontotrimma*) que dejaba los dientes tan blancos y brillantes; nada del *diapasmata*, fabricado en pastillas por Cosmo, en tiempo de Marcial para quitar el mal olor del aliento; nada del *malobathrum* destilado en aceite para el pelo. Unicamente Plinio indica algunas recetas, la del aceite de membrillo (*melinum unguentum*) la del *megalium*, la del fenogreco (*telinum*) y la del ungüento real, que los reyes partos habian aplicado al uso de su majestad; pero nos veríamos muy embarazados para definir las propiedades y ventajas de cada uno de estos olorosos cosméticos. No todos los cosméticos se

recomendaban por su buen olor, por ejemplo, para conservar hasta una edad avanzada, el vientre firme, pulido y blanco, se le frotaba no solo con harina de habas, con hojas de rosas cocidas y saladas sino tambien con orines: las mujeres despues de sus partos, no dejaban, dice Plinio, de hacer desaparecer con fermentaciones de orina las arrugas y las manchas que alteraban la pureza de su vientre (*æquor ventris*).

Se tenia tambien una confianza absoluta en la eficacia de la leche de burra para blanquear la piel. Se recordaba que Popea tomaba todos los dias un baño de leche que le suministraban cincuenta burras recien paridas, y que se renovaban sin cesar á fin de que su leche fuera siempre nueva. Como todas las matronas romanas no podian tener burras, imaginaron los perfumistas condensar la leche de burra en ungüento, y venderlo en pastillas sólidas que luego fundian aquellas, para adobarse la piel.

«¡Cosa horrible de ver! dice Juvenal, haciendo el retrato de una rica coqueta; su rostro está ridículamente cubierto de una especie de pasta, exalando el olor de los asquerosos cosméticos de Popea. Y allí vienen á pegarse los labios de su pobre marido. Se lava esa mujer con leche, y por procurársela seria capaz de llevar en su séquito una manada de burras si se la enviara en destierro al polo ártico. Pero esa cara á que se aplican tantas y tan diferentes drogas, y en que se estiende una capa de harina cocida y líquida ¿se llama cara ó úlcera?»

Estos epígramas, estas injurias, estas maldiciones de los poetas no impedian que las mujeres de Roma se afeitaran cubriéndose de blanquete y de rojo, tiñéndose el pelo, y reteniendo por todos los medios del arte los restos de su fugitiva belleza; abrazábanse, pues, con cierta desesperacion á las últimas ilusiones que el arte de los cosméticos les oftecia aun y procuraban engañarse á sí mismas sobre los irreparables estragos de la edad.

Las cortesanas á la moda, las *famosas* y las *preciosas*, sobre todo, no querian envejecer, y la vejez de una mujer comenzaba á los treinta años entre los romanos que solo se inclinaban á estrema juventud, y aun á la infancia. Una de estas sacerdotisas de Vénus, llamada Acco, espantada del andar de sus años que se llevaban tan aprisa la frescura de su tez, el esplendor de su pelo, el esmalte de sus dientes, y las gracias de su talle, se lisongeó de olvidar su propia metamórfosis

no volviendo á mirarse mas al espejo. Pero un dia, un amante á quien ella fatigaba con sus quejas y reproches, hubo de presentarle el espejo, donde vió Acco de repente su vejez. Luego al punto acabó de encanecérsele el pelo que le quedaba; la desdentada boca no se volvió á cerrar, despues de su esclamacion de asombro, y los ojos fijos en la imájen, se le llenaron de lágrimas. Acco estaba loca, y murió desesperada al ver lo que los años habian afeado su prístina belleza. Su nombre se perpetuó en la memoria de las madres, que para deshabituar á sus tiernas hijas de la ridícula manía de embadurnarse el rostro, de amoldarse con los dedos la nariz, de arrancarse las pestañas, les amenazaban con la cólera de Acco, que vino á ser el espantajo de las niñas.

Las *sagœ* y los perfumistas no se contentaban con la especulacion de los perfumes y cosméticos; sino que vendian además todos los objetos y utensilios que podian servir á la prostitucion: los látigos, las agujas, las fibulas y los candados de castidad, los amuletos, los falos y una multitud de objetos de libertinaje que la antigüedad en su mayor depravacion no ha osado describir. Si los Padres de la Iglesia, san Agustin, Lactancio, Tertuliano, Arnobio, etc., no hubieran divulgado las inauditas torpezas de la prostitucion romana, vacilaríamos en creer que hubieran existido aquellos tan monstruosos refinamientos, con la aquiescencia de la ley. Así, no ya solo en los lupanares se empleaba el *fascinum*, falo facticio de cuero, de lienzo ó de seda, que servia para engañar la naturaleza; sino tambien en los dormitorios de las nobles matronas, á quienes sus maridos dejaban y que evitaban así los peligros del adulterio; en las secretas reuniones del amor lesbio; en los baños públicos, en el santuario del hogar doméstico.

San Pablo, en su primera epístola á los romanos, atestigua el progreso que las doctrinas de Safo, habian hecho en Roma, cuando dice hablando de los indignos descendientes de Escipion y de Caton.

«Dios los ha entregado á las pasiones de la ignominia, porque las mujeres han cambiado el uso natural de los hombres en un uso que es contra la naturaleza, é igualmente los hombres abandonando el uso natural de la mujer, se han abrasado en impuros deseos unos hácia otros, consumando la infamia del varon con el varon, y recibiendo, como era necesario, en sí mismos el castigo de su error. (Propterea trrdidid illos Deus in passiones ignominiæ. Namt fæminœ

eorum inmutaverunt nuturalem usum in eum usum qui est contra naturam. Similiter autem et masculi, relicto naturali usu fœminæ exarserunt in desideriis suis invicen masculi in masculos turpitudinem operantes, et mercedem quam oportuit erroris suis in semetipsis recipientes).»

Haremos notar, con ocasion de este célebre pasaje del apóstol, que esta recompensa ó mas bien castigo que los culpables recibian en sí mismos, no podia ser otro que el de las enfermedades del ano, que eran tan comunes entre los *pædichones* y *cinœdes de Roma.*

En fin, las obscenas *fascina*, que se fabricaban y vendian en el cuartel de los perfumistas, en las tiendas de los barberos y en casa de las cortesanas emeritas, se solian poner en funcion para avivar los amortiguados sentidos de los viejos, amigos del libertinaje. No nos sentimos con valor bastante para traducir este texto de Petronio, ni aun disfrazándolo: (Profert Enothea scorteum fascinum, quod ut oleo et minuto atque uticæ trito circumdedit semine, paulatim cæpit inserere ano meo.) ¿Como pudo inventar el libertinaje esa mezscla irritante de pimienta y ortiga reducidas á polvo y desleidas con aceite de oliva? Pueden concebirse los accidentes orgánicos que resultarian de este infernal tópico y que se hallaban sin duda comprendidos en el castigo que los culpables recibian en sí mismos, segun san Pablo.

Lícito es suponer que los perfumistas y *sagæ* se encargaban tambien de ciertas operaciones igualmente vergonzosas por su naturaleza y objeto, aunque se hubieran procurado autorizar por la medicina y ejecutar por los médicos la castracion de las mujeres y la infibulacion de uno y otro sexo.

«Algunos cirujanos, dice Celso, acostumbraban someter á la infibulacion á los jóvenes, y esto en interés de su voz ó de su salud. Esta operacion se practica así: se tira del prepucio hácia adelante, y despues de marcar con tinta los puntos opuestos que han de atravesarse, se deja que los tegumentos vuelvan sobre sí mismos. Atraviésase entonces el prepucio por los puntos ya marcados con una aguja enhebrada con un hilo, cuyos estremos se anudan, y que se mueve todos los dias hasta que los dos orificios estén bien cicatrizados. En este caso ya se reemplaza el hilo con un anillo, y el mejor será siempre el mas lijero. Con todo eso la operacion es por lo comun mas inútil que necesaria.»

Celso no osa pronunciarse mas contra esta detestable invencion,

que los mas escandalosos recelos hicieron adoptar bajo el pretesto de conservar la voz de estos jóvenes esclavos en el tiempo de la pubertad, y á veces para preservarlos de las poluciones nocturnas. Este anillo (*fibula*) que impedia al paciente hacer actos de virilidad, era de oro ó de plata, y se soldaba á fuego, ó se cerraba por medio de un resorte. Lo que prueba el verdadero objeto de estas *fibulas*, es que se las adoptaba igualmente al ano por una operacion análoga á la que Celso ha descrito.

En cuanto á la infabulacion de las mujeres que se modificó en la edad media creando los *candados de castidad*, venia á practicarse poco mas ó menos, como la de los hombres, y la fíbula ó anillo que tenia medio cerradas las partes sensuales, atravesaba las estremidades de los grandes labios, y no se habria sino con su llave. Nada era mas comun que la infibulacion de los esclavos favoritos; pero por lo que hace á las esclavas, se las ponia en seguridad con preferencia por medio del *subligar* ó *subligaculum*, aparato especial de cuero ó de crin forrado blandamente, á modo de ceñidor, que se ataba por detrás formando una especie de egida de castidad ó mas bien de fidelidad.

Una antigua costumbre exigia que los actores no se presentaran en escena sin esta especie de calzon que obviaba todo accidente y garantía el pudor de las matronas. (Scenicorum mos quidem tantam habet,) leemos en el tratado de Officiis, (vetere disciplina verecundiam ut in scenam sine subligaculo prodead nemo.) Y un epígrama de Marcial nos dice que las mujeres honestas tomaban la precaucion de llevar siempre el *subligar*.

«El rumor público cuenta, dice, que tú ¡oh Chione! no has conocido varon, y que nada es mas pura que tu virginidad. Sin embargo, la ocultas mas de lo que es menester, cuando te bañas. Si tienes pudor traslada á tu rostro el *subligar*.»

En otra parte habla de un ceñidor de cuero negro que los esclavos se ponian cuando acompañaban á los baños á sus amos (inguina succintus nigra tibi servus aluta stat); pero en otro epígrama nos presenta un esclavo *infibulado* bañándose con su señora.

«Cubierto el falo con una cápsula de metal, un esclavo se baña contigo. ¿Por qué esta precaucion, Celia, si no es cantor ese esclavo? Sin duda no quieres ver su sexo; pero entonces ¿cómo te bañas con

todo el mundo? ¿Somos acaso nosotros eunucos para tí? Teme, Celia, parecer celosa de tu esclavo: quítale esa fíbula.»

En fin, como ya lo hemos dicho, en estas oficinas de impureza y maleficios se ejecutaba la castracion de las mujeres. No hay detalles precisos acerca de esta operacion, cuyo objeto era volver estériles á las desgraciadas que la sufrian; aunque algunos dan por fábula esta costumbre tan cruel como inútil, que tuvo principio en Lidia, si hemos de creer á Xanto. Segun un antiguo escoliador, la operacion consistia en la supresion de las glándulas que hay á la entrada del cuello de la matriz, glándulas que los antiguos consideraban como testículos necesarios á la generacion, y que se hacian desaparecer, ya por seccion, ya por compresion. Las jóvenes á quienes se sometia á este bárbaro tratamiento como gallinas destinadas al regalo de la mesa (simili modo, dice Pierrugues, Itali et Gallo-provinciales galinas eunuchant), se veian así privadas para siempre de las dulzuras de la maternidad; pero en cambio quedaban mas aptas para los trabajos de Vénus, por lo mismo que ignoraban los de Juno.

Por lo demás, esta especie de castracion era poco frecuente, escepto para las jóvenes que se dedicaban á la prostitucion de los lupanares, á quienes creian poner así al abrigo de las preñeces y abortos. Sin embargo, respecto á la misteriosa operacion que se hacia sufrir á las mujeres de placer desde su infancia, hemos leido en un retórico del siglo décimo sesto, que esta operacion practicada en personas escogidas por su conformacion particular, cambiaba completamente el sexo de la víctima y hacia salir fuera del órgano las partes que ordinariamente están en él encerradas, de modo que estas mujeres tienen la apariencia, sino el sexo de hombre.

La castracion de los hombres y de los niños era menos complicada é infinitamente mas usual; á tanto llegó el abuso que Domiciano se creyó obligado á prohibirlo á escepcion de ciertos casos privilegiados. No eran, pues, los médicos los que ejecutaban estas crueles mutilaciones, que tanto multiplicaron la codicia y la licencia asociadas; eran los barberos, los balnearios, las *sagæ* y demás infames que trabajaban por cuenta de los traficantes de esclavos de los lupanares, lenas y leones. Toda esta multitud de eunucos se necesitaba en Roma para satisfacer á las exigencias de la moda y del libertinaje, y habia infames mujeres que no tenian otra industria que robar niños

para hacer *castrati spadones* y *thlibiæ* «Domiciano, dice Marcial, no toleró tales horrores, evitando así que el insaciable libertinaje hiciera una raza de hombres estériles (ne facerit steriles sæva líbido viros).» Los odiosos autores y cómplices de estos crímenes fueron condenados á las minas, al destierro, y con frecuencia á la muerte.

Pero, ¡cosa estraña! la superstición religiosa vino á quedar en posesion del atroz privilegio que el edicto imperial arrebataba á la gente perdida: los sacerdotes de Cibeles continuaron no solo mutilándose á sí mismos, sino ejerciendo iguales violencias con los desdichados niños que caian en sus manos. Estos *galli*, infames libertinos en su mayoría, perdidos de males vergonzosos, se titulaban *semi-viri* y afectaban sacrificar á la diosa los gangrenados restos de su virilidad. Cuando no tenian nada que ofrecer á Cibeles, iban á buscar sus impuras ofrendas en el primero que encontraban y se ponia sin desconfianza en sus manos.

Marcial ha puesto en verso una aventura que ocurrió en su tiempo y que prueba la fiera superstición de aquellos galos. Tomamos la traduccion de la gran coleccion de autores latinos, publicada por Mr. desiré Nisard, profesor de la escuela normal.

«Cuando Misicio ganaba el territorio de Rávena su patria, hubo de encontrarse en un camino una banda de esos hombres, que no lo son sino á medias, de sacerdotes de Cibeles. Llevaba por compañero de viaje al jóven Achilas, esclavo fugitivo de estraordinaria belleza. Ahora bien, los sacerdotes se informaron del sitio que debia ocupar en el lecho; pero sospechando algun mal, Achilas contestó con un embuste, que creyeron ellos. Luego cada cual se retiró á dormir, no sin haber bebido antes. Entonces los malvados cogieron un hierro y mutilaron al anciano que dormia en la delantera de la cama, mientras el jóven oculto burlaba sus malas intenciones.»

Aquellos execrables sacerdotes tomaban parte en todas las infamias del burgo toscano, todos los tráficos les parecian buenos, y siempre ébrios, siempre furiosos, obscenos siempre, hicieron como un culto de la mas sórdida sensualidad, proponiéndose acaso sustituir la prostitucion de las mujeres con la mas inmoral y vil prostitucion de los eunucos.

Así, nos representa Juvenal al gran semiviro entrando en casa de una matrona á la cabeza de un coro de fanáticos galos, con sus tam-

bores y trompetas. Este personaje, cuya venerable faz mira solo á obscenas complacencias (obscæno facies reverenda minori) y que desde mucho tiempo atrás tiene cortada la mitad de sus órganos viriles, lleva la tiara frígia de las cortesanas, y se precia de rivalizar con ellas, sirviendo á la vez á los placeres de ambos sexos.

Las sagæ, las magas, las envenenadoras y todos los auxiliares femeninos de la prostitucion romana eran menos culpables, eran menos odiosos que aquellos sacerdotes hermafroditas que deshonraban la religion pagana.

CAPITULO XXII.

El libertinaje en la sociedad romana.—Petronio Arbiter.—Aforismo de Trimalcion.—El verbo vivere.—Latitud dada á este verbo por los delicados.—La diosa Vitula.--Vitulare y vivere. —El dia de un voluptuoso.—Petronio, el mas hábil delicado de su época.—Las comilonas. —Origen de la palabra misa.—Infamias que tenian lugar en los festines nocturnos del palacio de los Césares.—Moda de estos festines.—Lechos para la mesa.—La cortesana griega Citeris.—Bachides y sus hermanas.—Reproches de Escipion el Africano á Sulpicio Galo, á propósito de su vida licenciosa.—La comida de Trimalcion.—Los histriones, lo-bufones y los aretálogos.—Los bailarines y bailarinas.—Danzas obscenas de los festines, descritas por Arnobio.—Festines del libertino Soilo.—Su descripcion por Marcial.—Episodio del festin de Trimalcion.—Servicio de mesa y cuadros lúbricos.—Mueblaje y decoracion de la sala de festines.—Brindis eróticos.—Thesaurochrysonicochrysides, mancebo del famoso bufon de mesa Galba.—Serenidad y cinismo de Galba en una cena á que fué convidado con su mujer.—Inportancia de las flores en un festin.—Dioses y diosas que presidian á estas comilonas.—Los lares Industria, Dicha y Provecho.—El verbo comissari.—Teogonia de los dioses lares del libertinaje.—Comisalo, dios del sudor que causaban las luchas amorosas.—El dios Trifalo.—Pilumno y Picumno, dioses de las parturientas. —Deverra, Deverona é Intercidona.—Viriplaca, diosa de las reconciliaciones conyugales. --Domidico.—Suadela y Orbana.—Genita Mana.—Postsversa y Prorsa.—Cuba Dea.—Talaso.—Angerona.—Fauna, diosa favorita de las matronas.—Lugatino y sus atribuciones obscenas.

No se puede formar una idea exacta y completa de lo que era el libertinaje en la sociedad romana, si se aparta la vista de las escenas lúbricas que describe en cierta sencillez el autor del Satiricon. Petronio ha representado fácilmente lo que pasaba todos los dias, casi públicamente, con la capital del imperio, aunque para alejar alusiones, haya puesto en Nápoles la accion de su pintoresca fábula, consagrada á la historia del libertinaje en tiempo de Neron. Petronio era un hombre refinadamente voluptuoso, escelente juez por tanto en hecho de placeres sensuales, de donde toma su sobrenombre de Arbiter; refiere en estilo florido y figurado las mayores torpezas, y debe creerse que escribia bajo sus propias impresiones y recuerdos personales. Bastará, pues, copiar sus cuadros y apuntar los datos y misterios de libertina-

je que se hallan acumulados en los fragmentos de su composicion eró-tica y sotádica para tener á la vista una pintura fiel de la vida privada de los jóvenes romanos.

La filosofía práctica de estos infatigables libertinos, se resumia en esta sentencia de Trimalcion: ¡Vivamus, dum licet esse! Es decir: Vivamos alegre vida, mientras nos sea dado vivir. El verbo vivere habia tomado una significacion mucho mas lata y menos especial que en la época en que se estendia solamente al hecho material de la existencia y en que no se aplicaba todavía á un género de vida mas bien que á otra. Los delicados de Roma (delicati) no tuvieron dificultad en persuadirse que no era vivir, vivir sin goces, y gozar siempre era vivir realmente, vivire. Las mujeres de costumbres lijeras, en cuya compañía vivian aquellas de este modo, no comprendieron de otra manera este verbo, que los filósofos mismos aceptaron en esta nueva acepcion. En este sentido lo empleó Varron cuando dijo: «Daos prisa á vivir, jóvenes bellas, vosotras á quienes la adolsecencia permite gozar, comer, amar y ocupar el carro de Vénus.» (Venerisque tenere bigas). Para hacer constar mejor aun la bella estension del sentido de vivere, un amante de la escuela de Petronio escribió sobre el sepulcro de una compañera de placer: Dum vivimus vivamus, que es casi imposible traducir: «Mientras vivimos gocemos de la vida.»

Por lo demás, esta vida de deleites infinitos vino á hacerse tan comun entre los jóvenes patricios, que se creyó necesario darle una diosa especial para protegerla. Esta diosa, segun la etimología que aplica Festo, sacó su nombre Vítula, de la palabra vita, ó de la alegre vida que venia á presidir. Vitula no tenia sin duda otro culto que el que se le daba en el altar de los dioses domésticos, en el cubiculum ó en el triclinium, donde se ofrecian no pocas ocasiones de invocarla.

De Vitula, diosa de la alegre vida, se dijo luego vitulare en vez de vivere; y tambien pudo decirse de vitula, ternera, en la significacion de vivir reclinados en la mesa ó en el lecho, tan perezosamente como ella en la blanda yerba de los campos.

En efecto; los voluptuosos no pasaban la vida de otro modo. «Daba todo el dia al sueño, dice Tácito hablando de Petronio, el tips mas acabado de su especie, y la noche á los deberes de la sociedad y á los placeres. Se hizo una reputacion con la pereza como otros á fuerza de trabajo; y á diferencia de todos los disipadores que se hacen famosos

por los desórdenes de su libertinaje, Petronio era tenido por el mas hábil voluptuoso.

Parece imposible que haya habido naturalezas bastantes enérgicas y activas para hacer frente á los negocios, al estudio de la política, en medio de tales y tantas sensualidades como devoraban la vida. ¿Qué libertad de espíritu y de accion podian tener unos hombres que pasaban el dia durmiendo y bañándose, y la noche en espantosas orgías? Estos festines nocturnos, estas cenas que se prolongaban hasta el dia ocasionando escesos monstruosos, se llamaban comessationes, ó comissationes, esto es, comilonas. Este nombre esencialmente latino, se sacó de la palabra comes, compañero en la escepcion ó sentido de amigos y buenos compañeros.

Tendríamos vergüenza de consignar aquí aunque con muchas probabilidades, que esa palabra impura, tomada siempre en mala parte, ha sido el orígen de misa; porque los primeros cristianos se reunian por la noche en lugares secretos para celebrar los misterios de su culto y para acercarse á la sagrada mesa de la comunion. Lo cierto es que las *comissationes* profanas que tenian lugar durante la noche y que admitian todos los procedimientos del placer, todas las formas del deleite, todos los ensayos de sensualidad, merecieron todo el horror que inspiraban á los hombres prudentes y á las madres de familia. No eran solamente mesas suculentas y copiosas donde no se cesaba de comer y beber hasta caerse beodos; eran con sobrada frecuencia escandalosos conciliábulos de libertinaje, teatros de obscenidades y abominables suntuarios de sórdida prostitucion. No podria referirse sin repugnancia y asco, todo lo que ocurria en aquellas largas horas de una noche entera que pasaban sin causar aquella elaboracion de impudicicias, entre las que pudieran perdonarse por veniales los cantares obscenos, danzas lascivas, los dichos impúdicos, los gritos y risas y modos indecentes.

Suetonio, Tácito, los autores de la Historia Augusta, ponen en escena á cada instante las infamias que tenian lugar en las comessationes del palacio de los Césares. Ciceron en su oracion (pro Cælio,) pone en una misma línea los adulterios y las comessationes. (libidines, amores, adultería, convivai, comessationes.) Podria haber alguna vez en una orgía de estas un hombre de estimacion, pero á buen seguro no se envaneceria de su aventura, que antes bien tendria vergüenza de haber sido cómplice y aun espectador de semejantes desórdenes.

La moda de estas comessationes fué consecuencia de la invasion de la lujuria asiática en Roma, comenzando desde que los romanos á imitacion, de los pueblos de Oriente, adoptaron la costumbre de acostarse en cogines y aun en lechos para comer. Hasta entonces todos habian comido sentados y ni aun tenia nada de blando el asiento que se arrimaba á la mesa: hasta las mujeres se sentaban en bancos ó en trípodes de madera.

«Se les llamó sedes, dice Isidoro en sus Etimologías, porque entre los antiguos romanos no era el uso acostarse para comer, sino sentarse á la mesa; pero muy luego comenzaron los hombres á tenderse en lechos delante de la mesa, quedando solamente sentadas las mujeres, lo que hizo decir á Valerio Máximo: «Las costumbres austeras se conservan mas escrupulosamente en el Capitolio por la generacion actual, en ocasion de la comida sagrada en honor de Júpiter, que en el interior de las casas.»

Las mujeres que se permitian acostarse á la mesa, como hacian los hombres, faltaban al decoro que á sí mismas se debian demostrando que no se paraban en conveniencias. En la alegre cena en que no se desdeñó Ciceron tomar asiento al lado de la cortesana griega Citeris, esta preciosa no hizo ninguna gazmoñería para colocarse en un lecho de marfil, sin imitar el grave y decoroso continente de una matrona que se hubiera sentado y que no hubiera osado apoyarse ni en el codo. Plauto nos presenta tambien otras cortesanas, Bachides y sus hermanas, ocupando á la mesa un solo lecho. A veces en un mismo lecho se acostaban dos convidados de sexo diferente, y en tal caso, se colocaban ya uno frente á otro, pero escalonados, por decirlo así de modo que el uno tenia la cabeza apoyada en el pecho del otro; ya tendidos cara á cara, cada uno en un sentido opuesto, pero tan cerca que habrian podido comer en un mismo plato. Así se veian al amante y su querida al mancebo y su amador, cenando mano á mano, y disputándose los bocados en los mismos labios.

Otras veces la mujer ó el adolescente se acurrucaban detrás del hombre acostado en la delantera del lecho y se cuidaba de servir á su adorado tormetno, macho ó hembra. Él ó la que se deshonraba aceptando participacion en un lecho de festin, se acomadaba en el fondo ó en medio de este lecho sobrecargado de blandos cogines, á lo que se llamaba *accumbere interior*, es decir, acostarse en el interior del lecho.

Algunos escoliadores han creido sin embargo que debe leerse inferior, aludiendo á la posicion inferior que tomaba la cortesana ó el mancebo apoyando la cabeza en el seno de su amante (in gremio amatoris.)

«El que todos los dias se perfuma y compone delante de un espejo, dijo una vez Escipion el Africano á Sulpicio Galo reprochándole la afeminada molicie de sus costumbres; el que se afeita las cejas, se arranca los pelos de la barba y se depila las piernas; el que en su juventud vestido con túnica de ámplias mangas ocupaba en los festines el mismo lecho que su corruptor; el que no solo ama el vino, sino tambien los mancebos; ese hombre es capaz de hacer todo lo que hacen los cinædes.»

Aulu-Gelle, que trascribe estas palabras de Escipion el Africano, añade que la túnica á la siria, chiridota, cuyas mangas cubrian todo el brazo y caian sobre las manos hasta las puntas de los dedos, era el trage ordinario de los afeminados en las comessationes, donde abdicaban absolutamente de todos los carácteres de su sexo.

Hay que leer en Petronio la descripcion de la cena de Trimalcion para representarse los multiplicados episodios de una orgía que duraba toda una noche. No siempre se estaba comiendo y bebiendo, sino que habia intermedios de varias clases: primero las conversaciones provocantes, obscenas ó voluptuosas; despues la música, el canto, la danza y demás diversiones; luego y aun en los mismos intérvalos todos los estravíos y desórdenes de que la embriagrez y la lujuria eran capaces. Muy luego actuaban los histriones (mimi) que hacian pantominas ó recitaban versos: los bufones y charlatanes (aretalogi) que disertaban sobre asuntos cómicos; apenas se les escuchaba ó se les escuchaba con distraccion, y los ojos nublados ya por los vapores de Baco, comenzaban á cerrarse.

Pero de repente los bailarines y bailarinas venian á reanimar la atencion de los fatigados libertinos despertando sus sentidos. Las bailarinas, procedentes en su mayoría, de Asia y de Egipto, eran esas almées, que han conservado en la India la tradicion de la liviandad antigua: presentábanse desnudas, ó envueltas en velos dorados ó argentados que no cubrian su desnudez. Esto es lo que llamaba Petroneo vestirse de aire tejido (induere ventum textilem), y mostrarse desnudas bajo nubes de lino (prostare nudam in nebula linea).

Los bailarines no iban con mas decencia vestidos, pues ostentaban

tambien desnudos sus miembros, ungidos con aceites olorosos y cargados de anillos, y cascabeles dorados. Estos impúdicos representaban pantominas, daban saltos peligrosos y hacian gestos y suertes de fuerza hercúlea, procurando siempre ostentar y lucir la musculatura: acompañaban todos sus movimientos con gestos sobre toda espresion indecente, completando la obscenidad del sentido con gráfica digitacion (mimicatio digitum) á la manera de los Etruscos, cambiaban signos mudos que tenian siempre á una relacion mas ó menos directa con el acto vergonzoso (turpitudo), y á veces enardecidos de lujuria, escitados por los aplausos de los convidados, pasaban á vias de hecho y trababan impúdica batalla imitando las torpezas de los faunos, que se ven en los vasos pintados de la Etruria.

En cuanto á las bailarinas, un padre de la iglesia, Arnobio, ha descrito en su libro contra los gentiles, las danzas que ejecutaban.

«Una comparsa lúbrica, dice, hacia danzas disolutas, saltaba en desórden y cantaba, volvia danzando y con cierto compás levantando las piernas y haciendo contorsiones y meneos de rotacion que habrian encendido al mas frio espectador.»

El jesuita Boulenger añade que estos movimientos obscenos y undulacion de caderas, comunicaba á todos los convidados una libidinosa comezon (modo nudæ et fluctuantibus lumbi obsceno motu, pruriginem spectantibus conciliabant).

Marcial nos ha dejado un bosquejo de las comessationes de un libertino á quien llama Zoilo, bosquejo que á pesar de lo que ha perdido en la traduccion clásica publicada recientemente por M. D. Nisard, es todavía mas latino que todas las descripciones de que pudiéramos cargar un cuadro de fantasía:

«Cualquiera convidado de Zoilo, puede cenar tambien con las meretrices del Summænium y beber á sangre fria en la desportillada vasija de Leda. Vestido de verde túnica, está tendido en un lecho de que se apoderó el primero, pisa cogines de seda escarlata y empuja á derecha é izquierda con los codos á sus vecinos de mesa.

«Luego que está repleto, uno de sus mancebos, le presenta unos mondadientes de lentisco; y si tiene calor, una concubina reclinada con abandono en su hombro, lo refresca dulcemente con un abanico verde, mientras un jóven esclavo le ahuyenta las moscas con una rama de mirto. Una tractatrix le pasa con rapidez la mano por todo el

cuerpo, palpando con arte cada uno de sus miembros. Cuando hace crugir sus dedos, un eunuco, que ya conoce el aviso y sabe solicitar con destreza la emision de la orina, hace esta operacion con su amo que no cesa de beber (domini bibentis ebrium regit penem).

«Entretanto el libertino inclinándose sobre los esclavos colocados á sus piés con unos perritos que lamen entrañas de ánade, reparte entre sus servidores de palestra riñones de jabalí y pechuga de tórtola á su compañero de lecho (concubino.) Y mientras se nos sirve vino de las faldas de Liguria ó del ahumado monte de Marsella, distribuye á sus bufones el néctar de Opimio en vasos de cristal y en tazas de murra. Él mismo, perfumado con esencias de Cosmo, no se avergüenza de ofrecernos en una concha de oro pomada de que se sirven las últimas prostitutas. Por fin, sucumbiendo á sus frecuentes libaciones, se duerme.»

Petronio en su festin de Trimalcion nos ofrece en otro cuadro los desórdenes de las mujeres entre sí en las comessationes:

«Fortunata, mujer de Trimalcion, llega con la ropa recogida por medio de un ceñidor verde, de modo que se le vieran por debajo las ligas de cordon de oro y sus chapines dorados. Enjugándose las manos en el pañuelo que lleva al cuello, se acomoda en el lecho de la mujer de Habinnas, Scintilla, que bate palmas y á quien besa.... Estas dos mujeres no hacen mas que reir confundiendo sus avinados besos; Scintilla proclama á su amiga la primera de las mujeres de gobierno y la otra se queja de los mancebos y de la indiferencia marital. Mientras que hablan así, se levanta con disimulo Habinas, coge á Fortunata por los piés y tira de ella sobre el lecho. (Pedes Fortunatœ porrectos super lectum immisit.) ¡Ah! esclamó ella sintiendo su túnica deslizarse sobre sus rodillas; y componiéndose al instante, ocultó en el seno de Scintilla un rostro, cuyo sonrojo hacía mas indecente aun.»

Las comessationes se inspiraban en la imaginacion del pródigo libertino que las daba, reflejando mas ó menos los gustos y aficiones del dueño de la casa; pero tenian siempre por principal objeto excitar al mas alto grado los sentidos de los convidados, arrastrándolos á escesos increibles. Así, algunas veces todo el servicio de la mesa era una provocacion desvergonzada al acto impúdico, pues donde quiera que se fijaban los ojos solo se veian imágenes voluptuosas sino obscenas. Las paredes estaban cubiertas de pinturas en que el artista habia re-

producido sin velo todas las invenciones del génio del amor venéreo.

«El primero cuya mano pintó cuadros obscenos, esclama el tierno Propercio, y puso esas vergonzosas imágenes en una casa honrada, ese corrompió la inocencia de las miradas de la juventud, y no quiso que fuera novicia en los desórdenes que de este modo le enseñaba. Que se avergüence siempre de su arte el pintor que reprodujo á la vista esas luchas amorosas cuyo misterio hace todo el placer.»

Estas pinturas reproducian principalmente las escenas mas monstruosas de la mitología: Pasifae y el toro, Leda y el cisne, Ganimedes y el águila, Glauco y las yeguas, Danae y la lluvia de oro. En estos asuntos consagrados, el artista habia procurado traducir, bajo los nombres de los dioses, las groseras y materiales sensaciones que los poetas del amor se habian complacido en describir. El infame poema de Elefantis era el que ordinariamente servia para dar actitudes y colores á aquellos episodios mitológicos.

El mueblaje y decoracion de la sala estaba por lo comun en armonía con las pinturas: danzas de sátiros, fiestas bacanales, pastorías eróticas corrian en bajo relieve al rededor de las cornisas; estátuas de bronce y de mármol reunian á los sátiros con las ninfas, aquellas eternas víctimas de la incontinencia de los semi-dioses silvestres; los lechos, las mesas, los trípodes, tenian por ornamento piés y cabeza de macho cabrío, como por alusion al famoso verso de las bucólicas de Virgilio: *tuentibus hircis*. Las lámparas suspendidas en el techo y los candelabros puestos en la mesa de la cena, recordaban por alguna forma itifálica, con frecuencia ingeniosa, el objeto principal de la reunion. Aquí Amor cabalgando (*equitans*) en un enorme falo, provisto de alas y de patas; allí tórtolas ó pichones picoteando un priapo; acá una guirnalda hecha con los atributos del dios de la generacion; allá y acullá animales, plantas, insectos, mariposas que participaban tambien de esta forma hierática.

En cuanto á las copas, y demás utensilios de mesa, ya fueran de vidrio, de barro ó de metal, todos tenian por decirlo así, la librea general acercándose mas ó menos por su configuracion al indecente emblema que presidia á la reunion. Hé aquí porque Juvenal nos presenta un *comissator*, bebiendo en un priapo de vidrio (vitreo bibit ille priapo); á lo que llama Plinio beber obscenamente (bibere per obscenitates).

El pan que se comia en las mesas de estas *comesationes* no afectaba una forma mas honesta que los vasos en que se bebia: los *coliphia* y los *cunni siliginei* de pura harina de trigo circulaban con profusion entre los convidados que muy luego no tenian un pensamiento estraño al dios de la fiesta. «Sabeis, pudiera haberles dicho el que daba el festin sirviéndose de las mismas palabras de la *Quartilla* de Petronio, sabeis que toda la noche pertenece al culto de Priapo.» (Sciatis Priapi genio pervigileum deberi).

Se comprendian en este culto los bríndis eróticos que cada uno hacia á su vez durante aquellas interminables orgías. Bebíase casi siempre por el feliz éxito de los amores y hazañas de los amantes vaciando tantas copas como letras habia en el nombre de la persona amada. Marcial habla de esta costumbre general en uno de sus mas bellos epígramas.

«Bebamos cinco copas por Nerea, siete por Justina, cinco por Licas, cuatro por Lidia, tres por Ida: bebamos del falererno tantas veces como letras hay en los hombres de cada una de ellas. Pero, pues que ninguna viene ¡oh dulce sueño, ven tú á mí!»

Un bufon de mesa, el famoso Galba, que se encargaba de alegrar todas las comessationes á que se le invitaba, propuso un bríndis por su mancebo, cuyo nombre tenia, segun él, vino para embriagar á todos los dioses del Olimpo: en efecto hubiera sido preciso beber veintisiete veces seguidas, pues habia puesto á su esclavo favorito el célebre nombre inventado por Plauto para caracterizar á un avaro: *Thesaurochrysonicochrysides*.

No podria decirse si fué en esta misma cena donde Galba hizo alarde de una serenidad y de un cinismo heróicos. Habia sido convidado con su mujer, que era muy bella, por cierto, y de costumbres complacientes. El dueño de la casa hizo sentarse á su lado á esta bella, y al final de la cena, cuando los convidados se durmieron bajo la pesada influencia de Baco, se acercó mas á ella, que tambien dormia y silenciosamente hizo todo lo que era necesario para despertarla. No se despertó sin embargo y se entregó sin resistencia. Scurra que no dormia, aunque lo aparentaba, dejó el campo libre á su Mecenas, cuando un esclavo fiándose en este aparente sueño, sedeslizó cerca de Galba y se puso á beber en su vaso. ¡Hé! esclamó el bufon agarrándolo de una oreja: yo no duermo para todos.

En estas orgías nocturnas todo servia de pretesto para nuevos bríndis, que eran con frecuencia presagios de los combates amorosos del dia siguiente. Se contaba tambien el número de estos combates por las coronas de flores que depositaban delante de una estátua de Hércules, de Priapo ó de Vénus.

Las coronas de flores tenian mucha importancia en todos los casos en que la embriaguez del vino y de los sentidos, tenia necesidad de un aguijon y de un preservativo á la vez: el olor de las flores templaba los vapores del zumo de la vid, y al mismo tiempo exaltaba las inspiraciones del placer. Plinio asegura que los buenos bebedores, coronándose de flores olorosas, se libraban de los desvanecimientos y pesares de cabeza. No habia, pues, orgía sin coronas de flores en las cabezas, sin flores en la mesa y en el pavimento; y se juzgaba de la liberalidad y buen gusto del *comessator* por la abundancia de las coronas. El dia siguiente al de la cena, las cortesanas y los niños, (*meritorii*) que habian asistido á ella, enviaban sus mústias y estropeadas coronas á sus leones como para probar que habian cumplido bien los deberes de su oficio (in signum paratæ Veneris, dice un antiguo comentador de Apuleyo.)

Finalmente estas comessationes y los actos vergonzosos que favocian, se ponian, sin embargo, bajo los auspicios de ciertos dioses y diosas, que habian sido desviadas, para este objeto, de sus atribuciones decentes, ó que habian nacido en plena orgía de un desórden de imaginacion religiosa. En el festin de Trimalcion, dos esclavos vestidos de blancas túnicas entran en la sala y ponen en la mesa los lares de la casa, mientras que un tercer esclavo, trayendo una ánfora de vino, da la vuelta á la mesa gritando: *Sed nuestros dioses propicios.* Estos lares se llamaban *Industria*, *Dicha* y *Provecho*. Pero Petronio pasa en silencio las verdaderas divinidades que presidian á estas comilonas nocturnas, y que intervenian en ellas por diferentes conceptos. Desde luego y antes que todos el nombre de Como se repetia con frecuencia en aquellas alegres comessationes, prevenidas y celebradas bajo sus auspicios: se le representaba jóven, con la faz iluminada y la frente coronada de rosas. Su nombre se habia sacado de *comes*, compañero, que tuvo naturalmente su verbo *comissarii*, hacer buena comida entre compañeros.

La juventud libertina que iba de noche con antorchas á romper

las puertas y ventanas de las meretrices, invocaba tambien á Como y se jactaba de estar al abrigo de su báquico estandarte; pero aquella milicia turbulenta que el edil perseguia con la multa y aun el látigo, no tenia escusa al tomar por jefe á un dios de reputacion tan mala.

Vénus, Hércules, Priapo, Ysis, Hebe y Cupido, eran tambien los dioses tutelares de las comessationes. Cupido que diferia del Amor, hijo de Vénus y de Marte; Cupido á quien san Agustin deifica con el título de *deus copulationis*, era hijo del Cáos y de la Tierra, segun Hesiodo; de Vénus y del Cielo, segun Safo; de la Noche y del Eter, segun Arquesilao, de la Discordia y del Céfiro, segun Alceo; Cupído reinaba especialmente al final de estas cenas. Hebe, que escanciaba el néctar de la inmortalidad á los convidados del Olimpo, debia tener alguna indulgencia con los mortales reunidos en la mesa. Ysis, á quien los impíos habian llamado la diosa (*præfecta*) tutelar de las meretrices y lenones, pasaba por la mejor consejera de ambos amores. Vénus, Priapo y Hércules ayudaban á Ysis en la proteccion que ésta otorgaba á los amantes; pero la Vénus-Volupia, Pandemos y Lubencia; el Hércules Bibax, Búfago, Pánfago, Rústico; el Priapo, dios de Lamsaco, Panteo, eran el alma del universo.

Al lado de estos grandes dioses que tenian asiento en el Panteon del Paganismo y que solo por complacencia presidian á los festines, habia un cortejo de pequeños dioses oscuros que no tenian templos al sol y que no hubieran osado figurar en otra parte que en el altar de los lares domésticos. Estos dioses solo debian su transitoria existencia á una fantasía de amante ó á una ocurrencia de beodo. En cuanto á su figura, era como podia hacerla el buen gusto del fabricante, que sacaba de sus propias ideas la fisonomía y los atributos de aquellas pequeñas divinidades, grotescas en su mayoría, ridículas y horrorosas. Serian necesarias inmensas investigaciones arqueológicas para recomponer la teogonía de los dioses lares del libertinaje. El primero que se nos ofrece es Conisalo, de orígen ateniense, diminutivo de Priapo, y era *dios del sudor*, que provocaba las luchas amorosas. Se le representaba bajo la forma de un falo montado en piés de macho cabrío y con cabeza de fauno cornudo. El dios Trifalo, á quien se invocaba en los empeños difíciles, era un hombrezuelo que llevaba un *penis* tan alto como su gorro y en aire de tenerlo como un venablo Pi

lumno y Picumno, dioses custodiados de las parturientas estaban igualmente armados por la naturaleza. El primero, cuyo nombre se derivaba de *pilum*, mano de mortero, segun san Agustin, personificaba una obscenidad; Picumno, hermano del precedente, tenia el nombre y la figura de un picoverde, pájaro de largo pico que ahueca el tronco de los árboles para hacer su nido.

Tres diosas ínfimas, Deverra, Deverona é Intercidona, á las que tambien se encomendaban las mujeres en cinta, no eran indiferentes en los misterios del amor: Intercidona tenia en la mano unas varas, y Deverra una escoba.

Otro númen ínfimo, Viriplaca, diosa de las reconciliaciones conyugales, hubo de parecer bastante útil entre los romanos, para que le concedieran los honores de un santuario en Roma; pero donde mas se la adoraba era en el interior de las casas, donde ante su estátua venian á terminarse las querellas de los esposos y amantes, sin necesidad de ir al monte Palatino á buscar la proteccion de la conciliadora diosa.

Se ignoraba completamente cual era su figura alegórica.

El dios Domídico, que acompañaba á las esposas al domicilio de sus esposos, prestaba iguales servicios á las concubinas y á los mancebos.

Se cree que debe reconocerse á este complaciente dios en una estatuita de bronce que representa á un aldeano vestido con una capa de capucha bajo la cual tiene enteramente cubierta la cabeza: esta capa móvil se levanta y deja ver un priapo con piernas humanas.

La diosa Suadela, cuya mision era persuadir; la diosa Urbana, que tenia á los huérfanos bajo su proteccion; la diosa Genita-Mana, que debia evitar que los niños nacieran deformes ó contrahechos; las diosas Postversa y Prorsa, que cuidaban de la posicion del feto en el vientre materno; la diosa Cuba Dea, que se interesaba por cualquiera que estuviese acostado; el dios Talaso ó Talasio, que tenia bajo su dominio el lecho y todo lo que comprendia, y otra multitud de dioses y diosas recibian ofrendas é invocaciones cuando los libertinos creian necesitar su proteccion ó ayuda.

La diosa Angirona ó Angerona, colocada al lado de Vénus Volupia, ordenaba el silencio poniéndose el dedo en la boca, y Fauna, la diosa favorita de las matronas, estaba allí para cubrir con un dis-

creto velo todo lo que no debia ser visto por los profanos. Finalmente, si habia union de los dos sexos y cumplimiento de las leyes naturales, se derramaba vino en el obsceno rostro del dios Iugatino. «*Quum mas et fœmina conjunguntur*, dice Flario Blondo en su libro de *Roma triunfante*, *adhibetur deus Iugatinus*. San Agustin en su ciudad de Dios limita las atribuciones de Iugatino á la asistencia de los esposos en la obra del matrimonio.

CAPITULO XXIII.

El pueblo romano el mas supersticioso de todos los pueblos.—Los libertinos y cortesanas los mas supersticiosos de los romanos.—Cledonístico del amor y del libertinaje.—Presagios enojosos.—Por que las palabras obscenas estaban desterradas, aun de las reuniones de libertinos y prostitutas.—El orinal ó servicio secreto.—Decente perifrasis que usaban los romanos para designarlo.—Presagios que los romanos deducian del sonido que hacian los orines al caer en el orinal.—Matula, Matella y Scaphiumi uso respectivo de cada uno de estos vasos urinarios.—Honestas perifrasis empleadas por Séneca para designar la orina.—Sentido figurado y obsceno que tomaba la palabra orina.—Presagios urinarios en las comessationes.—Hércules Urinator.—Presagios de los eructos.—Crepito, dios de los vientos indecentes.—Esclavo encargado de interpretar los eructos de los convidados.—El dios Pedo su origen egipcio, honores que le tributaban los romanos bajo el nombre de Dios Ridículo.—Orígen de la calificacion de *vesses* dada á las cortesanas en el lenguaje popular.—Presagios sacados del estornudo.—El ave de Júpiter Conservador.—El demonio de Sócrates.—Júpiter y Cibeles, dioses de los estornudos.—Felices pronósticos atribuidos á los estornudos en los asuntos de amor.—Acme y Septimio.—El chillar de oidos y los estremecimientos súbditos tenidos por malos presagios.—La izquierda y la derecha.—Presagios resultantes de la inspeccion de las partes vergonzosas.—Presagios sacados de los ruidos esteriores.—El crugir del lecho.—*Lectus adversus et lectus genialis.*—El genio Cubiculario.—El chirreo de la lámpara.—Habilidad de las cortesanas en interpretar los presagios.—Presagios diversos.—El emperador Proculo y las cien vírgenes sarmatas.—Encuentro de un perro ó de un gato.—Supersticiones singulares del pueblo de Vénus.—Ayunos y abstinencias de placeres que se imponian las matronas en ciertas solemnidades religiosas.—Privaciones del mismo género que se imponian los libertinos y cortesanas.—Voto á Vénus.—Modo supersticioso empleado por los romanos para comprobar la virginidad de las jóvenes.—Ofrenda á la fortuna virginal.—La nuez alegoría del matrimonio.

El pueblo romano era el mas supersticioso de todos los pueblos, y entre los romanos, los mas supersticiosos fueron los hombres y las mujeres que por gusto, por hábito ó por profesion, enervaban su cuerpo y alma en las artes del libertinaje (*stupri artes*) y en todos los estravíos de las malas costumbres. Bien se comprende que el temor de los dioses y la preocupacion del porvenir, turbaban en medio de sus orgías á los libertinos, cuya conciencia solo se despertaba á lar-

gos intérvalos y como por casualidad; se comprende que aquellos séres mercenarios que traficaban vergonzosamente consigo mismos y que esperaban de este infame tráfico un lucro cotidiano, se inquietaran en la incertidumbre de saber si la suerte les enviare adversidad ó fortuna. En cuanto á los amantes, tenian que prever sin cesar en el vasto campo de sus cuidados y esperanzas, se forjaban mil quimeras, y á todo momento necesitaban crear una seguridad ó bien un deseo igualmente ficticios para dar satisfaccion al pensamiento dominante que los atormentaba. De aquí aquella contínua observacion de los presagios, aquella constante investigacion de los medios de conocer y dirigir el destino, aquella pasion fanática por todas las ciencias ocultas y tenebrosas.

Lo que puede llamarse el mundo del amor en Roma, no tenia mas que una religion: la supersticion mas crédula y activa; pero esta supersticion en aquel mundo de goces sensuales y de desórdenes sin nombre, ofrecia carácteres bien diferentes de los de la supersticion general, que no referia al amor ni al libertinaje los auspicios, los horóscopos, las suertes y los maleficios. Todos los romanos, desde los niños hasta los viejos, las mujeres como los hombres, los mas sábios y los mas sencillos, eran igualmente sensibles á los presagios y subordinaban á estos presagios, buenos ó malos, las menores acciones de su vida. Las personas que hacian de la sensualidad el negocio mas importante, eran todavía mas susceptibles en presencia de aquellos supuestos avisos del destino. El conocimiento y apreciacion de los presagios formaban un arte verdadero que tenia sus reglas y principios; este arte se llamaba *cledonistica*, y en esta ciencia de imperceptibles matices el capítulo de los amores, era mas largo y detallado que todos los otros.

Era un mal presagio pronunciar ú oir palabras obscenas, y hé aquí porque estas palabras estaban desterradas hasta de las torpes reuniones de libertinos y cortesanas, segun un provervio comun á todos los pueblos y tiempos: *Hacer es bueno, decir es malo.* Respecto á los actos no habia cosa de escrúpulo; lo habia sí, muy supersticioso en espresarlos con palabras: no se les calificaba ni nombraba de ninguna manera. Plauto dice en su comedia de la Sirvienta (*Casina*). «Proferir palabras obscenas es atraer desgracia á quién las escucha (Obscenure, omen alicui vituperare). Lucio Accio habia dicho tambien en su trage-

dia Enomao. «Id al punto y publicad por la ciudad con el mayor cuidado que todos los ciudadanos que habitan la ciudadela para atraer el favor de los dioses por felices presagios, tienen que alejar de su boca toda palabra obscena (ore obscena segregent). Lo cierto es, que las mas viles pedregosas, los mas infames mascarpiones, los mas desvergonzados libertinos se abstenian de obscenidades orales; pero se indemnizaban con los gestos y señales que tenian tanta elocuencia en Roma y componian un rico vocabulario mudo. Se tenia tal horror á las palabras obscenas, á las espresiones de mal augurio, que no se pronunciaba nunca la palabra orinal (vas urinarium) y que los mismos médicos empleaban una perífrasis decente para hablar de la orina, palabra que, sin embergo se desliza en los epígramas de Marcial.

En las comesaciones en que el vaso urinario era un utensilio obligado, los convidados que de él se sirvian, estando á la mesa y á la vista de todos, lo pedian á un esclavo por medio de un signo que se hacia crugiendo los dedos (digiti crepitantis signa) A veces, cuando no se queria llamar la atencion de los circunstantes, se hacia este signo con cierto disimulo, de modo que el esclavo lo entendiera Al satisfacer esta necesidad natural (urinam solvere dice Plinio) se tenia cuidado de sacar un presagio, del ruido que al caer en el vaso hacia la orina, y que segun él podia interpretarse de varias maneras. Juvenal nos habla con menosprecio de un rico gastrónomo, que se complace en oir resonar el vaso de oro al chorro de su orina. Este vaso, que Plauto se permite nombrar muchas veces en sus comedias para hacer reir al vulgo romano, se llamaba *matula matella scaphinm.* Este último estaba especialmente destinado á las mujeres, que lo ocultaban á la vista de sus maridos y de sus amantes: no hay acuerdo sobre la forma del scaphium, que fué sin duda y con frecuencia obsceno etifálico. En cuanto á la matula, era un enorme vaso de metal, en cuya boca podian sentarse. La matella, al contrario, era un vaso manual de tan pequeña capacidad que podia llenarlo muchas veces durante la cena, un buen bebedor (compotator).

Los lexicógrafos no hacen distincion entre estos tres vasos, cuando dan por toda difinicion. «El vaso en que descargamos la vejiga se llama, ya *matella*, ya *scaphium.*»El nombre de este vaso se empleaba en sentido figurado, con un sentido obsceno, que, cosa notable, ha pasado á todas las lenguas modernas. Plauto cometió muy limpiamen-

te esta imágen impura, cuando dijo en su *Mostellaria* «¡Por Hércules! si no me das el vaso, me serviré de tí. (¡Tam Hercle! ego vos pro matula habebo, nisi matulam datis.) Persio en otra alusion, emplea tambien en sentido figurado la palabra *matula*, en la acepcion de estúpido, porque este vaso lo recibe todo quejándose apenas: (Numquam) ego tam ese matulam credidi.) Si nos fuera lícito la única version literal, traduciríamos exactamente: Nunca creí que fuera yo tan... bacin. Por lo que hace á la etimología de matula, seria menester buscarla en mentula. La orina que nombra Séneca con honestas perífrasis, (aqua inmunda, humor obscenus,) era tambien objeto de presagio, segun que salia impetuosa, sin intermision, por ramales, por sacudidas ó por chorro. Una evacuacion abundante y fácil de este líquido obsceno antes de un sacrificio á Vénus, anunciaba el feliz cumplimiento de este mismo sacrificio, en que la palabra orina tomaba un nuevo sentido figurado y mas obsceno aun. Juvenal está muy cerca de este sentido cuando dice, que á la vista de las obscenas danzas de España, se insinua la sensualidad por los ojos y las orejas y pone en ebullicion la orina que enciera la vejiga. (Et mox auribus atque oculis concepta urina movetur.)

Estos presaguios urinarios se producian sobre todo en las conmesaciones, donde á cada instante se oia el crugir de dedos, y solia traerse y colocarse sobre la mesa una estatuita de Hércules *Urinator* para calmar los riñones y contener la vejiga de los comensales.

No menos importancia se daba á las *ructationes* ó eructos, que en lengua vulgar, á la que con razon se ha relegado esta grosera inconveniencia, se llaman regüeldos. Los romanos, especialmente los gastrónomos de fuerza, no pensaban como nosotros sobre este punto. Habia eructos de buen augurio que todos los convidados aplaudian, y los habia tan infaustos, que asombraban la reunion y aguaban la comilona. Difícil nos seria en la actualidad definir cuales eran los eructos de buen ó mal presagio; pero en ningun caso el *ructus* pasaba por una inconveniencia. Ningun impedimento se ponia á aquellas ruidosas y desagradables explosiones de una tempestad de estómago, puesto que se habian divinizado, bajo el nombre de *Crepitus* todos los vapores, todos los vientos interiores que se escapaban por arriba y... por abajo.

Ciceron, en sus cartas familiares, no tiene inconveniente en ala-

bar la sabiduría de los estoicos, que sostenian que las quejas del vientre y del estómago no debian comprimirse (stoici crepitus aiunt æque liberos ac ructus esse oportere.) Los antiguos tenian sobre esto ideas muy diferentes de nosotros: ellos juzgaban en bien ó en mal de los eructos, y sacaban de ellos augurios y presagios con imperturbable gravedad. Menester era ser romano para no echar á correr ante este verso de una comedia de Plauto:

¿Quid lubet? Pergin ructare in os mihi?

Ó lo que es lo mismo ¿continuarás eructándome en la boca? El interlocutor contesta á esta Villanía:

Suavis ructus mihi est, sic et sine modo.
Esto es; eructar así y sin cesar, me es muy grato.

En las comilonas nocturnas, los convidados bien repletos y bahunos, cambiaban los eructos, tiroteándose, digámoslo así, de un modo hoy inverosímil, y habia allí apercibido un esclavo para notar los presagios. Cada *ructator* sabia á punto fijo, si el destino le era favorable, ó si tendria que sufrir contrariedades en sus empresas de amor. «Allí hay siempre un complaciente dispuesto á gritar ¡magnífico! si el anfitrion ha eructado bien (si bene ructavit) si ha orinado derecho (si rectum minxit) si el vaso de oro ha resonado al recibir su ofrenda.»

Muchos otros presagios, generalmente propicios se, atribuian á la emision de los flatos que se revelaban al oido ó al olfato: no solamente habia indulgencia recíproca para estos accidentes que el ruido ó el olor anunciaban ordinariamente, sino que se aplaudian entre sí de no haber puesto obstáculos á aquellas voluntades de la naturaleza y de aquel dios omnipotente que se llamaba Gaster. Cada vez que se dejaba oir un crépito se volvian las circunstancias hácia el austro ó mediodía, patria de los vientos, inflaban las mejillas y aparentaban soplar apretando los labios como Céfiro. Solo en las asambleas sérias ó religiosas se imponia silencio al ruidoso dios Crépito, teniendo cuidado de conservar cerrados los odres del indecente Eolo. Pero en las demás partes y sobre todo en la mesa habia libertad completa y absoluta indulgencia.

Cuando estamos en casa en medio de los esclavos y sirvientas, decia Caton, si alguno de ellos truena bajo su túnica, no me hace ningun agravio; si sucede que una sirvienta ó esclavo se permite hacer durmiendo lo que no se hace en compañía, tampoco me hace ningun mal.»

El pequeño dios Pedo figuraba en todas las comesaciones, bajo la forma de un niño acurrucado que se oprime los hipocondrios como si estuviera en el ejercicio de sus divinas funciones. Este dios habia sido imaginado por los egipcios, que tenian al parecer gran necesidad de invocarlo con frecuencia. «Los egipcios, dice Clemente de Alejandría, tienen por divinidades los ruidos de vientre. (Egyptos crepitus ventri pro numinibus habent.) Pero, segun un comentador, mas bien se trata aquí de los rumores internos, que en lenguaje técnico se llaman bor*boygmes*. San Gerónimo es ya mas esplícito diciendo que no hablará del pedo, pue es un culto entre los egipcios. (Taceam de crepitu ventris inflati, quæ pelusiciaca religio est.) San Cesáreo en sus diálogos, todavía añade que este culto inspiraba una especie de fanatismo entre los paganos que lo practicaban: (Nisi forte de ethnicis AEgyptiis loquamur, qui flatus ventris non sine furore quodam inter Deos retulerunt.) Finalmente, Minubio Felix no quiere ciertamente chancearse, sentando que los egipcios menos temen á Serapis que á los ruiruidos que salen por las partes vergonzosas del cuerpo (crepitus per pudenda corporis emissos).

Por egipcio que fuera el dios Pedo, hubo de naturalizarse entre los romanos, que le daban un puesto honorífico en el altar de los dioses lares; y aun le erigieron un santuario extramuros, cerca de la fuente Egeria. Pero en público lo adoraban bajo el nombre de dios Ridículo y bajo la forma de un pequeño mónstruo marino representado en la postura que convenia mejor á sus facultades divinas. El presagio residia en el sonido del peditum, como lo llama Catulo, mas bien que en el olor, porque la cledonística se refiere especialmente á los ruidos.

Parece, sin embargo, que las mujeres no se permitían estas libertades y que rehusaban asi suministrar presagios de su cosecha, porque Apuleyo habla de un higo de que las mujeres se abstenian por temor á las flatosidades (quia pedita excitat). Las mujeres, pues, evitaban cuidadosamente hacer oir los espíritus de su vientre, que á veces rom-

pian toda barrera en las comvulsiones del placer; el presagio venia á ser entonces mas significativo. Cuando por casualidad estos espítitus habian anunciado preñez, el ruido prometia un hijo, el olor una hija. Tal es probablemente el enigma de esa calificacion malsonante que se aplica á ciertas cortesanas en el lenguaje popular en que se las trata de *vesses*.

Por lo demás, la *vesse* (*visium*) no se habia tomado en tan buen sen tido como el peditum entre los romanos. «La palabra divisio es honesta, dice Ciceron; pero viene á ser obscena, cuando se replica: *intercapedo.*» Estos presagios, cuya suciedad no escusa la fé mas cándida, venian de Grecia en línea recta, porque Aristófanes nos presenta en una de sus comedias un personaje que saca de sus ilusiones la incongruencia de un impúdico y que da gracias á los dioses por tan feliz presagio.

Aun habia ruidos humanos que se prestaban á las caprichosas interpretaciones de la cledomística: el estornudo, por ejemplo, se comprendia de muchas maneras, segun que se manifestaba retumbante, lamentoso, estallante, burlesco, sencillo ó reiterado. Estornudar por la mañana, estornudar por la tarde, estornudar por la noche: hé aquí tres significaciones distintas, mala, buena, escelente. Todavía era mas significativo el estornudo cuando ocurria de repente en medio de los trabajos de Vénus: la diosa significaba con esto una venébola proteccion, respecto del que al estornudar habia tenido cuidado de volverse á la derecha. El estornudo en una comida alegraba á los comensales que saludaban y aplaudian con entusiasmo al feliz mortal á quién el dios habia visitado; porque, segun una antigua creencia que reaparece con frecuencia en los escritores griegos, se atribuia el estornudo al paso invisible de un dios tutelar, que hubieron de llamar el ave de Júpiter. Pero Sócrates decia que era un demonio, preciándose de comprender el habla esternutaria de este demonio familiar.

El estornudo era menos favorable entre las mujeres que entre los hombres, y por eso le temian hasta el punto de recurrir á medios preservativos, cuando estaban sujetas á este accidente. Ectornudar tres veces seguidas ó un número impar era el mejor de los presagios. «¡Hagan los dioses que estornude siete veces, decia Opimio, antes de entrar en la cama de mi diosa.

Se esplicaba siempre el estornudo por causas sobrenaturales, pre-

tendiendo ver en esta sacudida de espíritus animales la salida de algun génio que habia atravesado el cerebro del estornudador. La mitología contaba que Palas, engendrada en la fuente de Júpiter, habia querido salir desde luego á favor de un estornudo que por poco trae un nuevo caos al universo naciente. La mitología, siempre ingeniosa en sus fábulas alegóricas, suponia que Vénus no habia estornudado nunca por temor de hacerse arrugas.

Júpiter y Cibeles presidian, pues, á los estornudos que se tenian como favorables y que habian ocurrido á la derecha con el mayor ruido posible. Estos estornudos no eran cosa indiferentes al amor, y se les atribuian una multitud de pronósticos felices. Cuando Catulo nos presenta á Acme y á Septimio, jurándose abrazados un amor eterno: «¡No sirvamos mas que á un dios, esclama Acme con delirio, si es verdad que la sangre que corre por mis venas es mas ardiente que la tuya!» Y el poeta añade: «El amor, que hasta aquí habia estornudado á la izquierda, muestra su aprobacion estornudando á la derecha. (Amor, sinistran ut ante, dextram sternuit approbationem).

Propercio no puede mostrar mejor los beneficios de semejante estornudo que suponiendo que el amor, el dia del nacimiento de Cintia, estornudó de este modo sobre la cuna de la diosa.

Num tibi macenti et primis, mea vita, diebus,
Candidus argutum sternuit omen Amor.

Tambien habia gran preocupacion en amor sobre el chillar de los oidos, los estremecimientos súbditos del cuerpo y las convulsiones incoherentes de un miembro. Estos presagios no eran favorables á lo menos generalmente, considerándolos como indicios de una infidelidad ó de cualquiera otro agravio hecho al amor. Plinio ne era tan crédulo como sus contemporáneos, y afirma, sin embargo, que el chillar de los oidos son ecos de la conversacion de personas ausentes. Los celos especialmente daban fé á estos presentimientos, y un amante cuyos oidos chillaban, no dudaba de que la virtud de su amada estaba en peligro. Solia ser tambien un síntoma de un soliloquio del amor preguntándose y respondiéndose á sí mismo, como en estos versos atribuidos á Catulo:

Garrula quid totis resonans mihi noctibus auris
Nescio quem dieis nunc neminisse mei?

Buscaban siempre un efecto sobrenatural á una causa puramente física, y bastaba que chillaran los oidos para turbar la entrevista de dos amantes, para impedir sus amores, para cambiar en frialdad la pasion mas férvida y ardiente. El chillar de oidos anunciaba desgracias, alarmas, riñas, traicion. Lo mismo sucedia con las vibraciones nerviosas que se sentian súbitamente en los miembros: las de la mano, del pié, de los órganos genitales, de todo el cuerpo, tenian cada una su presagio particular, mas ó menos desfavorable. Despues de un temblor de esta especie, el que lo habia sufrido quedaba helado é impotente cerca de la mas bella cortesana griega, del mancebo mas provocativo. Estos fenómenos de la economía eran siempre mas temibles cuando afectaban la parte izquierda del cuerpo: así se podia esplicar en buen sentido todo lo que se operaba en la parte derecha. Habia aun muchos presagios estravagantes que indicaban la inspeccion de las partes vergonzosas, y que se consultaban ordinariamente al salir del baño; pero estos presagios, no pudiendo traducirse en nuestra lengua, han de quedar necesariamente bajo el velo del latin: (Mentula torta, bonum omen; infaustuum, si pendula).

Además de los ruidos del cuerpo humano, se interesaban los romanos en todos los ruidos esteriores para darles un sentido favorable ó adverso, siendo de diferentes especies en razon de las personas que se preocupaban de ellos. Así el ruido á que los amigos y agentes de los placeres sensuales daban mas importancia, era, debia ser el crugir del lecho (argutio lecti). Habia en los murmullos tan variados de este mueble, que grita, se queja ó gime como una alma en pena, habia un lenguaje misterioso, lleno de presagios y oráculos de amor. Cátulo nos describe los trasportes de una cortesana delirante (febriculosi scorti) sin hablar del ruido del lecho que se mueve y sale de su lugar (tremulique quassa lecti argutatio inumbalalioque.) Este ruido se asemejaba ya al chasquido de un palo que se rompe, ya á la sonora colision de un hierro con otro, bien á una plegaria, bien á una amenaza, ora á un suspiro, ora á un lamento. Cada uno de estos ruidos tenia un sentido especial, fausto ó infausto, y muchas veces las mas tiernas caricias se turbaban ó interrumpian por estos avisos del génio cubiculario. El lecho que guardaba un absoluto silencio, á pesar de escitaciones y violencias, parecia reservar el porvenir y hacer sospechosos los amores.

El lugar que ocupaba el lecho no era tampoco indiferente: se le llamaba *lectus abversus*, cuando estaba delante de la puerta del aposento para cerrar la entrada á las divinidades maléficas; y *lectus genialis* cuando se consagra al Génio, padre de la voluptuosidad. Este génio daba alma y hasta voz al marfil, al ébano, al cedro, á la plata que componian el trono del placer. Juvenal nos presenta un vil complaciente que consintió en suplir la virilidad ausente de un marido haciéndolo padre.

«Toda la noche, le dice, he estado reconciliándote con tu mujer, mientras que tú llorabas á la puerta. Pongo por testigo el lecho en que se hizo la reconciliacion, y aun á tí mismo, á cuyos oidos llegaban los crugidos del lecho y los suspiros de la dama. (Testis mihi lectulus et tu, ad quem lecti sonus et dominæ vox...)

Si el lecho hablaba á los amantes en buena ó en mala parte, todo lo que los rodeaba durante las largas horas empleadas bajo los auspicios de Vénus, todo tomaba una voz persuasiva é imperiosa. El chirreo de la luz era sobre todo favorable augurio y nada tenian que temer los amantes, cuando la llama despedia de repente una claridad mas vívida elevándose mas alta. Ovidio en sus Heróidas dice que la luz estornuda (Sternuit et lumen) y que este estornudo promete todo cuanto en amor puede desearse.

Las cortesanas eran las mas hábiles en esplicar estos presagios, que debian ser sobre todo de su competencia: todo el tiempo que no daban al amor era invertido por ellas en interrogar las suertes y augurios; el amor era siempre el objeto único de sus aspiraciones y la causa de sus inquietudes. Si el curso ordinario de las cosas no les suministraba auspicios naturales que pudieran interpretar en el sentido de su preocupacion, tenian á la mano diversos medios de prever los acontecimientos por ciertos ruidos que ellas mismas provocaban: ora hacian crugir entre las manos hojas de árbol; ora escuchaban el mismo crugido echando en carbones encendidos hojas de laurel; ya lanzaban al techo pepitas de poma ó de pera, huesos de cereza ó granos de trigo, procurando acertar al blanco que se proponian; ya aplastaban en el puño pétalos de rosa, con que hicieran préviamente una bola; bien contaban las hojas de un tallo de adormideras ó las de una corola de margarita; bien tiraban cuatro dados, que debian ofrecerles al caer la suerte de Vénus, si los cuatro presentaban números diferentes.

Los poetas del amor están llenos de estas adivinaciones que hacian latir el corazon de los amantes. Estos, teniendo presagios propios, se mostraban igualmente sensibles á los presagios referentes á los demás. Una meretriz, que chocaba en los quiciales de la puerta ó tropezaba en el portal, al salir para el lupanar ó el paseo, volvia inmediatamente adentro, se privaba de salir y aun se abstenia de los trabajos de su oficio por todo aquel dia. Si al levantarse por la mañana chocaba con las maderas de su lecho, tenia que acostarse otra vez sin sacar ningun provecho de su forzado reposo.

Los *amassi* y las mujeres dedicadas á la prostitucion eran mas susceptibles que todos en la observacion de los presagios que se ofrecian en el vuelo ó grito de los pájaros, en los murmullos del aire, en las raras formas de las nubes, en el primer encuentro ó último objeto en que fijaran la mirada. Un pichon torcaz, una paloma, un pato, una perdiz, esas aves queridas de Vénus y de Priapo, no se hallaban sin razon al paso de una persona que solo soñaba amores y creia desde luego poder emprenderlo todo con éxito.

El emperador Proculo, despues de haber vencido á los sármatas, vió un dia sobre la portada del templo de Juno dos gorriones, y tuvo la paciencia de contar sus gritos y aletazos: luego ordenó que se le llevaran cincuenta jóvenes sármatas que no hubieran conocido varon, y al cabo de tres dias las dejó á todas en cinta. Cuando un culpable celador del libertinaje masculino oia gritar á un pato, se sentia lleno de ardor y de fuerza; y cuando una mujer de amor (amasia) veia una tortuga hacia voto de entregarse al primer hombre que solicitara de ella un sacrificio á Vénus. Bastaba encontrarse un perro para asegurarse ya de que todo saldria á medida del deseo. La presencia de un gato, al contrario, era adversa para el amor, y era prudente ante él dejar para otro dia el placer amoroso, si no se queria que se trocara en confusion.

Habia además supersticiones muy singulares que se referian exclusivamente á la credulidad del pueblo de Vénus. Este pueblo fantástico, no observaba los ayunos y abstinencias de placer que las matronas se imponian en muchas solemnidades religiosas; pero á su vez, no se ahorraba privaciones del mismo género para satisfacer escrúpulos de conciencia, que las matronas no hubieran tenido en igual caso. Una cortesana que habia tenido la debilidad de admitir á un

circunciso, (recutitus) se condenaba en seguida al reposo por todo el tiempo de una luna. Un libertino, que queria obtener de un mancebo ó una cortesana el favor de una ú otra Vénus, no tenia mas que formular su instancia en forma de voto dirigido á la diosa y tenia mas probalidades de ser oido: «Oh Vénus, soberana mia! esclama un personaje de una fábula de Ateneo, si obtengo de esta criatura lo que deseo, sin que se dé cuenta de ello, mañana le haré el presente de un par de tórtolas.» El adolescente fingió roncar y el dia siguiente tenia su par de tórtolas.

No solo en asunto de matrimonio la cuestion de virginidad parecia difícil de comprobar. Los libertinos pudientes buscaban á toda costa las primicias del amor y este era el gran comercio de las lenas y lenones, que solian tomar sus víctimas á la edad de siete ú ocho años, para asegurar mejor una mercancía tan frágil y rara. El comprador exigia siempre pruebas que difícilmente se le hubieran podido dar, si la supersticion no hubiera acreditado un uso estraño, que se empleaba tambien en los matrimonios del pueblo para identificar el estado de la doncella.

Hé aquí el procedimiento á que se apelaba: en el momento en que la jóven que se daba por *intacta* caia en el lecho, donde debia dejar su integridad se le media el cuello con un hilo que se guardaba como una preciosidad hasta el dia siguiente. Entonces se le volvia á medir con el mismo hilo; y si el cuello tenia la misma circunferencia que la víspera ajustándose á él exactamente la medida del hilo, se creia que la devirginacion databa de fecha antigua y no debia por consiguiente ponerse á cuenta del último amador. Ahora bien, la virginidad venia á ser incontestable en el caso en que habiendo engrosado el cuello desde la reciente copula, el hilo no alcanzaba á dar la vuelta. A este procedimiento tan sencillo como cándido alude Cátulo en su epitalamio de Tetis y Peleo, cuando dice: «Mañana al amanecer, su nodriza no podrá ya rodear el cuello de la esposa con el hilo de la víspera.»

Non illan nutrix orienti luce revisens,
Hesterno collum poterit circundare collo.

Este hilo que habia probado una virginidad, gracias muchas veces á la habilidad de la persona encargada de operacion tan delicada,

se colgaba en el templo de la Fortuna Virginal, edificado por Servio Tulio junto á la puerta Capena: con aquel dichoso hilo, se dedicaban á la diosa, llamada tambien *Virginensis Dea*, los otros signos de la virginidad escritos con rojos carácteres en las sábanas de la víctima. «Tú ofreces á la Fortuna Virginal las vestiduras manchadas de las doncellas,» esclama Arnobio con una indignacion de que participa san Agustin en la Ciudad de Dios.

Esta Fortuna Virginal no era otra que Vénus, á quien se ofrecian tambien nueces para recordar que durante la primera noche de bodas el misterio conyugal se consumaba al ruido de las *nuces*, que los niños esparcian con gran ruido en la puerta del dormitorio nupcial con objeto de ahogar los suspiros de la espirante virginidad. «Esclavo, da, da nueces á los muchachos. *Concubine, nuces da*,» dice Catulo en el canto epitalámico de Julia y Manlio. «Marido, no economices las nueces, dice Virgilio en sus Bucólicas: *Sparge, marite, nuces*.»

A los ojos de los romanos, para quienes todo era alegórico, la nuez representaba el enigma del matrimonio, la nuez cuya cáscara hay que romper para saber lo que contiene.

CAPITULO XXIV.

Las cortesanas de Roma no han tenido historiadores ni panegiristas como las de Grecia.—Los poetas comensales y amantes de las cortesanas.—Amor de las cortesanas.—Los elementos históricos de las cortesanas romanas han de buscarse en los poetas.—Las musas de los poetas eróticos.—Su miserable vejez.—Los amores de Horacio.—Su alejamiento de las galanterías de las matronas.—Juramento de Salustio.—Marseo y la bailarina Origo.—Filosofía epicúrea de Horacio.—Sus consejos á Cerinto sobre el amor de las matronas.—Comparacion que hace de este amor con el de las cortesanas.—Neera, primera querida de Horacio.—Juramento de Neera.—Su infidelidad.—Buenos recuerdos que de estos amores conserva Horacio.—Origo, Licoris y Arbúscula.—Desórdenes de la patricia Catia.—Relaciones de Horacio con una matrona vieja, á quien deja luego por Inachia.—Tremendos epigramas que dirigió á esta vieja libertina.—No se sabe nada de Inachia.—La buena Cinara.—Gratidia la perfumista.—Sus pociones afrodisiacas.—Ruptura pública de Horacio y Gratidia.—La cortesana Hagna y su amante Balbino.—Aficion de Horacio á los mancebos.—Batila.—Lisico.—Amores de Horacio y la cortesana estrangera Lice.—Oda á Lice.—Horacio engañado por Lice, hace versos contra ella.—Pirra.—Oda de despedida á esta cortesana que le fué tambien infiel.—Lalage, Horacio y Aristio.—Barina.—Tindaris y su madre.—Declaracion de amor que hace Horacio á Tindaris.—La madre de Tindaris, amiga de Gratidia se opone á los amores de su hija con Horacio.—Multa honorifica de Horacio en favor de Gratidia para obtener sus favores.—Tindaris reconcilia á Horacio y á Gratidia.—Lidia.—Oda de Horacio contra esta cortesana por su infidelidad.—Mirtale.—Reconciliacion de Horacio y Lidia.—Cloe.—Filis, esclava de Xantias.—Horacio y Filis.—Oda á Xantias.—Filis rescatada por Xantias toma á Telefo por amante.—Horacio sucede á Telefo.—Oda á Filis.—Glicere antigua querida de Tibulo, otorga sus favores á Horacio.—Amor apasionado del poeta por esta cortesana.—Oda de Horacio á Telefo el cual vino á ser su amigo.—Horacio, á instigacion de Glicere, escribe injuriosos versos contra muchas de sus antiguas queridas.—Publicacion que hace Horacio de sus odas.—Glicere despide á Horacio.—Tentativa del célebre poeta para acercarse á Cloe y hacerle olvidar á su amante Giges.—Desdenes de Cloe á Horacio, que toma partido por su rival Asteria.—Horacio se despide de los amores.—La cantora Lidia, última querida de Horacio.—Vergonzosa pasion del gran poeta por Ligurino.

Las cortesanas, sobre todo las cortesanas griegas que hacian las delicias de los voluptuosos de Roma, no han tenido historiadores ni panegiristas, como aquellas, cuyo ascendiente político, filosófico y literario habia reconocido Grecia, dándoles una especie de culto de ad-

miracion y entusiasmo. Los romanos, ya lo hemos dicho, eran mas groseros, mas materiales en amor que los griegos del siglo de Pericles y de Aspasia; lo que ellos exigian á las mujeres de placer, á aquellas estranjeras, cuya lengua apenas entendian, no era una conversacion brillante, sólida, profunda, espiritual, un eco de la Academia de Atenas, una reminiscencia de la edad de oro de las hetarias, nó; lo que exigian y apreciaban eran goces físicos, y solo contaban como auxiliares de este amor material la buena comida, los perfumes, el canto, la música, la danza y la pantomima. No atribuian por otra parte ninguna influencia fuera del *triclinium* y del *cubile* á las compañeras ordinarias de sus orgías y libertinaje.

La vida de las cortesanas no era jamás pública y todo lo que tenia de íntimo, apenas traspiraba á la sociedad de los jóvenes libertinos. Sin duda esta sociedad, tan ocupada en sus plcceres, comprendia poetas y escritores que hubieran podido consagrar sus versos y su prosa á la biografía de las cortesanas, con las cuales vivian en tan buena inteligencia; pero este lúbrico asunto les parecia indigno de pasar á la posteridad, y si alguno de ellos consentia en cantar el mérito de la manceba que habia tomado rehabilitándola, digámoslo así, para el amor, ninguno, á lo menos entre los autores que se respetaban, ninguno se hubiera atrevido á hacerse el poeta de las cortesanas de Roma, lo mismo que los artistas que no desdeñándose de hacer retratos de aquellas famosas y preciosas, se hubieran avergonzado de titularse, como ciertos artistas griegos, pintores de cortesanas. Si algunas obras especialmente consagradas á la historia y uso de las cortesanas célebres entre los romanos, se compusieron bajo la redaccion de aquellas sirenas y con el objeto de inmortalizarlas, puede suponerse con mucha razon que semejantes obras no emanaban de plumas distinguidas, y que hubieron de ser destruidas con los *molles libri* y todos los escritos obscenos, que el paganismo no osó preservar de los justos anatemas de la moral evangélica.

Pero, en cambio, los poetas, que entonces como siempre eran los comensales de los amantes y de las cortesanas, se mostraban muy solícitos en rendirles particularmente los homenajes que habrian tenido vergüenza de tributarles en general: el poeta amaba aquí, pero no á una mujer perdida, notada de infamia por las leyes y estigmatizada con el nombre de meretriz; era una mujer amada y como tal digna

de miramientos y atenciones delicadas. La cortesana por su parte, viéndose amada, solia olvidar su profesion y sentia realmente el amor que habia inspirado, de que estaba orgullosa y que le daba la única reputacion honrosa á que le era dado aspirar.

«Así, dice Mr. Walkenaer en su Historia de Horacio, que no dejaremos de citar con tanta confianza como las fuentes originales, así, apesar de los preceptos dados á las jóvenes destinadas á la profesion de cortesanas por las que para ella las educaran, no eran menos susceptibles de un verdadero amor.»

En las colecciones de los poetas clásicos, en las poesiás dirigidas por ellos á las cortesanas, hay pues que buscar los elementos históricos de aquellas corífeas de la prostitucion romana. Horacio, Catulo, Tibulo, Properico y Marcial nos suministran los únicos documentos que pueden servirnos para hacer un inventario somero y muy incompleto de las cortesanas que tuvieron fama desde Augusto hasta Trajano (41 años antes de Cristo—100 años despues). Estas cortesanas que llamaremos las Musas de los poetas eróticos, pertenecian en su mayor parte á la clase de las famosas, donde su belleza y talentos les habia dado derecho, digámoslo así, de ciudadanía; pero al envejecer recaian en la abyeccion de las meretrices de ínfima clase, y algunas, despues de haber visto cónsules, pretores, generales sentarse á su mesa y disputarse sus favores que pagaban á precios fabulosos, despues de haber visto rodeadas de clientes, de esclavos, de lenones y poetas, despues de haber habitado un palacio y gastado en festines, en prodigalidades de todo género el oro de muchas provincias conquistadas, llegaban gradualmente á tal abandono, á miseria tanta, que se las solia encontrar de noche, cubiertas con un viejo y abigarrado manto, divagar con las lobas del *Summænium* y ofrecer al transeunte incógnito los infames servicios de su mano ó de su boca.

Estos vergonzosos ejemplos de la decadencia de las cortesanas ni aun escitaban la piedad de sus antiguos aduladores, los cuales despues de haberlas amado tanto, se desviaban con horror, como nos lo enseña Cátulo, que encontró en el oprobio de la prostitucion á una de las queridas cuya belleza habia cantado en medio de los esplendores de la vida alegre.

Pasaremos primeramente revista á los amores de Horacio para conocer á las grandes cortesanas de su tiempo; porque el poeta, prudente

hasta en sus amoríos, no se proponia sino fáciles empresas, que no pudieran comprometer su reposo. La terrible Ley Julia contra las adúlteras no existia, pero la jurisprudencia romana, aunque en desuso en esta delicada materia, no dejaba de poner armas temibles en manos de un marido burlado, ó de un padre ó hermano ofendidos per la mala conducta de una hija ó de una hermana. Horacio sabia que no impunemente se obtenian los favores de una matrona, y que un amante sorprendido en adulterio corria peligro de ser castigado en el mismo teatro de su crímen, aunque se contentara el marido con solo cortarle la nariz y las orejas, ó los atributos viriles, cuando podia degollarlo en presencia de su cómplice.

En la sátira 2.ª del libro 1.º y á propósito de Cupiennio, que era muy aficionado á las matronas (mirator cunni Cupiennius albi), enumera Horacio las víctimas que este amor habia hecho, y cuyo placer fué tristemente interrumpido.

«El uno, dice, se precipitó desde lo alto de un piso; el otro murió molido á palos; éste libró el pellejo á fuerza de escudos; aquel fué ensuciado con los orines de los esclavos, y aun ha ocurrido que el hierro desposeyera á alguno de su carácter viril (quia etiam illud accidit ut cuidam testes cuadamque salacem demeteret ferrum).»

Horacio repite pues el juramento que hacia con frecuencia Salustio. «Jamás toco yo á una matrona. (Matronam nullan ego tango);» pero no imitaba las locuras de Salustio, que se arruinaba por libertas. Tampoco imitaba á Marseo, que disipó su peculio y vendió hasta su casa para sostener los caprichos de una bailarina llamada Origo.

--Jamás he tenido que ver con mujeres agenas, decia Marseo á Horacio.

—Nó, contestó el poeta, pero tienes que ver con bailarinas y meretrices, que arruinan la reputacion mas aun que el bolsillo.

Sin embargo, Horacio no desdeñaba por su propia cuenta á las cortesanas ni á las bailarinas, pero en estos tratos sabia muy bien guardar el dinero y la salud. Conservaba el libre uso de su razon en todos los desarreglos de sus sentidos, y era siempre bastante dueño de sí mismo para no entregarse á discrecion de una mujer, aunque estuviera ardientemente apasionado de ella. En sus mas vivas pasiones, como partidario que era de la filosofía epicúrea, seguia ante todo la inspiracion de la sensualidad, y evitaba cuidadosamente todo lo

que podia ser un embarazo, una molestia, un enojo. Hé aquí porque, sin hablar de los vergonzosos estravíos que las costumbres romanas autorizaban en un órden de placeres contrario á la naturaleza, no concentraba su atencion en un objeto solo, sino que la repartia entre muchas amigas, que eran sucesiva ó simultáneamente sus queridas: hé aquí porque al examinar la cuestion con fria imparcialidad preferia, á la peligrosa promiscuidad de las galanterías de las matronas, la tranquila posesion de las mujeres mercenarias.

«Para no arrepentirte, decia á un servidor idólatra de las ilustres damas, deja de perseguir á las matronas, porque hay en tales empeños mas males, que bienes que ganar. Una matrona, mal que le pese, Cerinto, con todas sus joyas y adornos, no tiene las formas mas pulidas y elegantes; al contrario entre las cortesanas se suelen encontrar lo mejor (atque etiam melius persæpe togatæ est). Y todavía ha de añadirse que la mercancía de esta no tiene afeite: todo lo que quiere vender, lo pone á descubierto, lo que tiene de bello no lo alaba, lo exhibe, y confiesa desde luego lo que tiene de defectuoso. En una matrona, al contrario, salvo el rostro, no puede verse mas; el resto, escepcion hecha de Catia, está oculto hasta el último momento. Aspirando á ese fruto prohibido, hay que vencer muchos obstáculos: guardadores, litera, parásitos y esa estola que cae hasta los talones, y ese manto que la envuelve, y tantas otras cosas que no permiten aproximarse al objeto.»

Horacio, en esta sátira, donde se revela con sus aficiones y hábitos, compara luego con esta matrona tan bien guardada una cortesana, que se entrega aun antes que se la ataque:

«Con ella, dice, no hay obstáculos; la gasa te la deja ver como si estuviera desnuda; puedes llegar con la vista hasta lo mas recóndito. ¿Querrías mas bien que te se tendiera un lazo, y que te arrancaran el precio de la mercancía antes de habértela mostrado?»

Despues confiesa el poeta que no tiene paciencia cuando el fuego del deseo circula por sus venas (tument tibi quum inguina) y que entonces se dirige á la primera sirvienta, al primer niño que pueda venir en su ayuda:

«Quiero, dice francamente, amores fáciles y cómodos (*namque parabilem amo Venerem facilemque*). A la que me dice: Ahora mismo... pero yo quiero mas... espera que mi marido se vaya—á esa la dejo yo á

los sacerdotes de Cibeles, como dice Filon, que toma la que nos cuesta tanto y no se hace esperar cuando se la llama. Que sea bella, elegante, aseada, pero no basta querer parecer mas blanca ó mas alta que la naturaleza la ha hecho. La que tengo entre mis brazos, esa es mi Ilia, mi Egeria, pues le doy el nombre que me agrada. Cuando estoy con ella (dum futuo) no temo que el marido vuelva del campo, que la puerta caiga hecha pedazos, que el perro ladre, que la casa se revuelva de arriba abajo, que la mujer pálida y temblorosa salte del lecho y deplore su desgracia, temiendo por sus costillas ó por su dote; no temo tampoco por mi cuenta, pues en tales casos hay que huir descalzo y mal vestido, ó esponer el bolsillo, las espaldas y la reputacion. ¡Desdichado el que cae en manos del marido! Me refiero á Fabio.»

En su amable epicureismo, Horacio conocia el placer mas bien que el amor.

Su primera querida, ó al menos la que celebró primero en sus poesías, se llamaba Neera, á quien amó ó entretuvo, mejor dicho, mas de un año bajo el consulado de Planco, 714 de Roma. Tenia entonces veinticinco años y no tenia aun nombre entre los poetas; era ademas muy pobre para pagar á alto precio los favores de aquella cantora, que no debia tener tampoco á la sazon, la fama que tuvo luego en las *comessationes.*

Una noche estrechó entre sus brazos á su jóven amante quien pronunció este juramento de que la luua fué mudo testigo:

«Mientras el lobo persiga al cordero, mientras el Orion, terror de los nautas, subleve los mares mugientes como la tempestad; mientras Céfiro acaricie la cabellera de Apolo, te daré amor por amor.»

Pero el juramento cayó muy luego en el olvido y Neera prodigó sus favores á un amante mas rico que los pagaba mejor. No queria, sin embargo reñir con Horacio, quien rompió todo comercio con ella diciéndose: «*Si quid in Flaco viri est*, si hay algo de hombre en Flaco, yo buscaré un amor que responda al mio.» Separóse, pues, de la infiel Neera, prediciendo á su feliz rival que él mismo seria abandonado á su vez, así poseyera numerosos rebaños y vastos dominios, así fuera mas bello que Nireo é hiciera rodar el Pactolo á casa de su querida.

Esta se distinguió despues en su oficio de cantora y cuando Horacio debió á sus poesías la amistad de Mecenas y los beneficios de Au-

gusto, se acordó de Neera y hubo de llamarla muchas veces para que cantara en los festines que daba á sus amigos.

«Ea, jóven esclavo, dice en una oda sobre el regreso del emperador, despues de la guerra de España; tráenos perfumes, coronas y una ánfora contemporánea de la guerra de los Marsas, si escapó alguna á las tropas de Espartaco. Dí á la cantora Neera que anude pronto sus cabellos perfumados con mirra, y si su maldito portero tarda en abrirle la puerta, vente sin ella. La edad que blanqueó mi cabeza, ha estinguido mis ardores, que en otro tiempo temia poco las querellas y las luchas: en mi ardiente juventud, bajo el consulado de Planco, hubiera sido menos paciente.»

Horacio habia amado á Neera mas que á sus otras mancebas, pues quire vengarse de ella haciéndole comprender cuanto habia perdido con su infidelidad.

«En la época en que Horacio entró en el mundo, dice M. Walkenaer en la Historia de su poeta favorito, habia en Roma tres cortesanas célebres entre todas las de su profesion, y eran Origo, Licoris y Arbuscula.»

Por desgracia los escoliadores antiguos no nos dicen mas respecto á estas tres *famosas*, que solamente nombran, y Horacio, que, segun parece, no tuvo conexiones particulares con ellas, refiere unánimamente que la primera hubo de reducir á Marseo á la pobreza. Tambien parece querer asimilar á esta cortesana ávida y pródiga la patricia Catia, conocida por sus desórdenes y por la audaz coquetería de arremangarse los bajos de la túnica mas de lo que permetia la decencia, cuando paseaba por la Vía-Sacra. Esta Catia, que no se avergonzaba de rivalizar en público con las cortesanas, fué una vez sorprendida en adulterio en el templo de Vénus Teatina cerca del teatro de Pompeyo y el populacho la persiguió apedreándola. Su adulterio, segun el escoliador Porfirion, salia de lo ordinario, pues hubo de ser sorprendida abandonándose á la vez á Valerio, tribuno del pueblo y á un rústico siciliano (Valerio ac sículo colono); otros comentadores no le dan sin embargo mas que un cómplice en este flagrante delito.

La aventura esta sirvió aun para confirmar las ideas de Horacio sobre la preferencia que daba al amor de las cortesanas. Solamente una vez hubo de faltar á su propósito, dejándose seducir por una vieja libertina, que pertenecia, no obstante, á una familia ilustre y que lo

habia encantado con aires de filósofa y de sábia. Él, de muy buena gana hubiera limitado sus relaciones con la estóica á un trato puramente literario, pero no estuvo tampoco mucho tiempo sometido á exigencias amorosas que no se adaptaban bien á sus aficiones: se habia encariñado además con una bella cortesana llamada Inachia y hubiera tenido vergüenza de oponerle una indigna rival. Viéndose desdeñada al principio, abandonada luego y repelida, la ilustre dama se propuso en su enojo vengarse de Horacio haciendo sentir á Inachia; pero en vano todo, pues el poeta no revocó de ningun modo su resolucion de alejarse de la noble libertina, que aun perdió mas en su demanda, pues hubo de ser objeto de dos tremendos epígramas que corrieron por Roma en detrimento suyo.

«Me preguntas, ruina secular, le dice el primero, que es lo que debilita mi vigor, tú la de los dientes negros, la de arrugada frente y miembros descarnados como una vaca con diarrea. Sin duda que tu garganta pútrida y tu pecho como la ubre de una yegua, sin duda que tu vientre flojo y tus piernas hidrópicas debian escitar mis deseos. Conténtate con tu opulencia; que lleven á tus funerales las imágenes triunfantes de tus mayores; que no haya otra mujer que se envanezca de poseer tan gruesas perlas como las tuyas. ¡Cómo! ¿Por qué ostentas libros de filosofía en tus cojines de seda ¿creias poder evitar que se aflojaran mis nervios y se enfriaran mis amores? ¡Bah! por mas que me provoques á satisfacerte (ut superbo provoces ab inguine) nada conseguirás, si no viene tu boca en mi ayuda (oro ad laborandum est tibi).»

En una segunda oda hace Horacio un cuadro mas negro aun de aquella impúdica:

«¿Qué pretendes tú, oh mujer digna de aparearte con negros elefantes? ¿Por qué, vieja apestosa, por qué me envias presentes y cartas á mí que tengo aun muy buen olfato? Porque para oler un polipo ó inmundo cabron que se ocnlta bajo tus velludas nalgas tengo un olfato mas fino que el de un perro de caza que ventea la cama del jabalí. ¡Qué sudor y que miasmas tan infectos exhalan todos sus miembros, ya arrugados, cuando esa mujer se esfuerza en saciar los deseos de su amante, cuando su rostro chorrea húmeda greda y afeites preparados con escrementos de cocodrilo, cuando en sus lúbricos arrebatos rompe las maderas y las cortinas de su lecho!»

Esto bastó y con razon para que Horacio se librase de los celos y asechanzas de la mujer de los elefantes (mulier nigris dignissima barris).

Desgraciadamente solo se conoce el nombre de aquella Inachia, á quien el poeta proclamó tres veces una noche diosa del placer. (*Inachiam ter nocte potes*, esclamaba con envidia la indigna rival de Inachia); pero casi al mismo tiempo Horacio se hallaba ligado con otra cortesana, que no cedia en belleza á Inachia y que, sin embargo, se daba gratis al poeta. Por esta razon sin duda la llamaba Horacio la *buena* Cinara. No era este el medio de conservarla mucho tiempo, y muy luego Cinara se puso en busca de un amante mas generoso. No fué difícil encontrarlo y Horacio inconsolable no pudo olvidarla sino dándose á los vapores de Baco.

Esta última cortesana hubo de cometer la inconveniencia de ser madre: el poeta Propercio que estaba á su lado, durante los dolores del alumbramiento, le aconsejó hacer un voto á Juno, y luego al punto, bajo los auspicios de esta benéfica diosa, salió de su cuidado Cinara. Este voto hecho á Juno, parece motivar la opinion de los comentadores que aseguran que Cinara murió en los trabajos del parto. Horacio la sintió toda su vida á través de todos los amores que sucedieron á aquel que sin cesar recordaba el poeta. Cinara, la *buena* Cinara se ligaba en los recuerdos de la juventud de Horacio á sus mas dulces ilusiones: Cinara la habia amado por sí mismo, sin interés ni recompensa. «Yo no soy ya lo que era bajo el reinado de la *buena* Cinara, decia tristemente Horacio acercándose á la cincuentena.»

Gratidia, que reemplazó á Cinara, no era para condenarla al olvido. Esta habia sido bella y solicitada como la otra; pero los años, dispersando á sus adoradores le habian aconsejado añadir á su oficio de cortesana una industria mas segura y menos cambiante. Gratidia era perfumista y saga, vendia filtros y los componia tambien, y los comentadores de Horacio han creido que la *saga* probó en este amante la virtud de sus afrodisiacos, esperando así ligarlo á ella de una manera mas firme. Pero Horacio no tardó mucho en sacudir un yugo que, á pesar de los brevajes y conjuros mágicos de la saga, le llegó á ser desagradable. El poeta tuvo horror de las obras tenebrosas, en que su comercio con la maga lo habia hecho cómplice: temió tambien por su salud que podia comprometer algun estímulo enérgico y se alejó violentamente de Gratidia.

Esta sin embargo, empló todos los medios de su arte mágica para retenerlo, para hacerle volver; pero todo fué inútil. Advertido Horacio de las relaciones que Gratidia mantenia secretamente con un viejo libertino llamado Varo, se autorizó con este pretesto para romper con ella estrepitosamente. Gratidia se quejó entonces altamente, le acusó de ingrato y le amenazó con su terrible venganza. Horacio, que sabia de lo que ella era capaz, lo temió todo de esa venganza, que podia ser un envenenamiento lo mismo que un maleficio, y para asegurarse denunció en sus versos á la opinion pública las criminales prácticas del arte de las *sagæ*, deshonrando á Gratidia bajo el trasparente seudónimo de Canidia.

Ya en otra parte citamos las siniestras revelaciones que hizo Horacio á propósito de los misterios del monte Esquilino. Gratidia fué acaso obligada á justificar ante justicia, pero obtuvo de Horacio, no se sabe á qué precio ó por qué influencia, una especie de retractacion poética en la cual se siente aun una amarga é injuriosa ironía.

«Reconozco humildemente el poder de tu arte, decia en esta nueva oda, encaminada á paralizar el terrible efecto de las otras; en el nombre de Proserpina, de la implacable Diana, te conjuro de rodillas, perdóname, perdóname. Demasiado tiempo he sufrido los efectos de tu venganza; ¡oh amante querida de los marineros y mercaderes forasteros! Mírame; mi juventud ha huido... tus mágicos perfumes han encanecido mis cabellos. Vencido por mis sufrimientos, creo que he negado mucho tiempo... Sí, tus encantamientos penetran en el corazon. Mi lira, que tú calificas tan desfavorablemente, ¿quieres que suene por tí? Enhorabuena: tú serás el pudor, la probidad en persona... Nó, tu nacimiento no tiene nada de abyecto... nó, tú no vas de noche, maga sapientísima, á dispersar nueve dias despues de la muerte las cenizas de los miserables. Tu alma es generosa y tus manos están puras.»

Á esta esforzada retractacion, Canidia contesta con imprecaciones.

«¡Cómo!» habrás lanzado impunemente, tú, nuevo pontífice, los rayos de tu enojo contra el monte Esquilino y llenado á Roma con mi nombre! Sin sufrir las consecuencias de mi cólera, ¿podrás divulgar los secretos ritos de Cotito y burlarte de los misterios del libre Amor?

Este pasaje prueba evidentemente que Gratidia, como casi todas las *sagæ*, se prestaban á increibles desórdenes, y que no permanecia

estraña á ciertas orgías nocturnas que favorecian una impúdica promiscuidad de sexos, como para renovar el impuro culto de Cotito, la Vénus de Tracia, la antigua diosa hermafrodita de Siria.

«La muerte vendrá á tu pesar demasiado lenta, esclama la infernal Canidia; vivirás una vida miserable y odiosa, para servir de pasto á sufrimientos siempre nuevos: ora en el acceso de una desesperacion sombría, querrás precipitarte desde lo alto de una torre ó hundirte un puñal en el corazon: ora, pero en vano, rodearás tu cuello con el funesto lazo; triunfante me verás salir del seno de la tierra y saltar sobre tus hombros.»

Horacio tenia necesidad de respirar despues de semejante amor, nacido en medio de las pociones eróticas y bajo la influencia de mágicos conjuros: no perdonó, sin embargo, á Canidia, porque despues hubo de disparar mas de un acerado dardo contra ella y pudo congraciarse de haber hecho del seudónimo que le daba la denominacion de envenenadora. «Ha preparado, pues Canidia este manjar detestable?» decia mucho tiempo despues haciendo la crítica del ajo.

Horacio era escesivamente sensible á los malos olores que obraban sobre su sistema nervioso; y así tomó en adversion á una bellísima cortesana llamada Hagna, cuya nariz apestaba, sin que por eso fuera menos querida de su amante Balbino. Pasaremos en silencio las numerosas distracciones que el poeta iba á buscar á los dominios de la Vénus masculina, dejando á cuenta de la depravacion romana las contínuas infidelidades que hacia á su Batilo, coronándose de rosas y bebiendo cecubo ó falerno. Horacio no era mas moral que su siglo y si fué escesivamente aficionado á las mujeres, no fué menos afecto á los mancebos, á los que con no poca frecuencia preferia.

«La belleza, dice el sábio M. Walkenaer, do quiera que la encontrara hacia en él una impresion abrasadora: ella absorbia sus pensamientos, turbaba su sueño, enardecia sus deseos, y aprovechaba todas las ocasiones de satisfacerlos, sin detenerse en escrúpulos ni consideraciones, que no tenian ningun valor en las costumbres de su tiempo.»

En uno de sus apodos dirigidos á Petio, reconoce que el amor lo espolea sin cesar inflamándolo por los jóvenes de ambos sexos.

«Ahora amo á Lisico, dice con pasion, Lisico mas bello y voluptuoso que una mujer. Ni los reproches de mis amigos ni los desdenes

del adolescente podrian hacer que me separara de él; nada sino el amor de otro adolescente de larga cabellera ó de una blanca jóven.»

Cuando el poeta confesaba así su vergonzosa flaqueza, el invierno habia despojado tres veces los bosques, dice en la misma oda; desde que su razon se hallaba fuera del alcance de Inachia. Por este tiempo, á los treinta años de su edad, vino á enamorarse apasionadamente de Lice, cortesana estranjera que ejercia su profesion á beneficio de su pretenso marido, y que tuvo el tacto de resistirse al principio á las insistentes solicitaciones del poeta.

Acron y Porfirion, que recogieron preciosos datos acerca de los personajes nombrados en las poesías de Horacio, no nos dan á conocer sin embargo, el verdadero nombre de esta Lice, á quien el poeta hubo de amar sobre todas sus queridas; únicamente nos dicen que era de orígen tirreno, es decir, que habia nacido en Etruria, donde todos sus naturales, segun el testimonio del historiador Teopompo, se daban con furor al mas desenfrenado libertinaje. Plauto hace entender que las costumbres de este país no habian cambiado en su tiempo, poniendo sus palabras en boca de un personaje de su *Cistellaria*. «No serás tú obligada á reunir una dote como las mujeres de Toscana, traficando indignamente con tus gracias.»

Lice seguia, pues, las costumbres de su patria, cuando se vendia al que mas le daba, pudiendo con sus riquezas vergonzosamente adquiridas, rodearse de apariencias de mujer honrada, simular vida conyugal y aumentar de este modo el premio de sus complacencias. Horacio se engañó como todos, creyendo de buena fé que se las habia con una virtud, y á pesar de sus repugnancias respecto al adulterio, hubo de relajar su rigorismo hasta ir de noche á colgar coronas en la puerta de la astuta cortesana, que cerró de primeras los ojos y los oidos. Atreviéndose por grados, fué luego á llamar á aquella cerrada puerta, que para otros se abria, con llave de oro, por supuesto. Por medio de una oda vino á recomendarse el poeta á la fingida severidad de la bella tirrena, cuyo marido no era sino un lenon de confianza. Esta oda compuesta en un género que los griegos llamaban *paraclausithyron*, era un canto que se ejecutaba en música á la cerrada puerta de una esquiva.

«Cuando vivas, oh Lice, bajo las leyes de un esposo bárbaro en los orígenes lejanos del Tanais, dice el enamorado poeta, gemirás de

verme azotado por el aquilon delante de tu puerta. Oye como los vientos agitan esta puerta, como gimen los árboles de tu jardin y hasta los techos de tu casa. Mira como la nieve que cubre la tierra se endurece bajo un cielo puro y glacial. Suaviza tu fiereza hostil á Vénus. No verás siempre un amante espuesto á la inclemencia en el dintel de tu puerta.»

Horacio ignoraba ciertamente que Lice fuera en efecto una cortesana, cuando le mostraba á su marido en brazos de una concubina tesaliana llamada Pieria; cuando le decia que su padre originario del Tirreno, no habia podido engendrar una Penélope, rebelde al amor, cuando apelaba hasta á las lágrimas para suplir á la inutilidad de sus dádivas. Pero muy luego no hubo nada que rehusarle desde que otorgó lo que se le exigia. Horacio era generoso, obtuvo la dicha á que aspiraba y fué por algun tiempo el amante de Lice, que lo abandonó luego por otro mas jóven y rico. El poeta no se consoló fácilmente de la pérdida, y procuró aunque en vano reanudar unas relaciones rotas contra su voluntad. Su enojo contra Lice no quedó ya en lo privado, cuando la belleza de esta cortesana se resintió del abuso que la libertina hiciera de ella.

«Los dioses, oh Lice, han oido mis votos, esclama con cierto júbilo que prueba que su amor no estaba aun estinguido. Sí, Lice, mis votos se han cumplido. Ya eres vieja y quieres todavía parecer jóven, y cuando has bebido solicitas con voz cascada á Cupido, que huye do de tí ya: el amor está en las frescas megillas de Chias, que sabe cantar tan dulcemente, y se aleja de tí, porque tus dientes amarillentos, tus cabellos blancos, tus arrugas le dan miedo. Ni la púrpura de Cos, ni las piedras preciosas te volverán aquellos años que el rápido tiempo ha sepultado en la historia de lo que ya pasó. ¿Dónde está tu belleza, tu frescura, tus gracias decentes? Aquel gracioso rostro que casi igualaba al de Cinara, y que las artes reprodujeron cien veces ¿qué es ahora? ¿Qué queda de aquella mujer en quien todo respiraba amor y que me enamoró á mí mismo? Pero el destino concedió pocos años á Cinara y te dejaron vivir á tí como la corneja centenaria para que la ardiente juventud pueda ver, no sin reir, una lumbre que se convierte en cenizas.»

Resalta en esta composicion el despecho de un amante abandonado, y no puede darse completamente por hiperbólico un retrato tan

diferente del que Horacio habia pintado con tanto entusiasmo pocos años antes. Las mujeres y especialmente las cortesanas no eran ciertamente entre los romanos mucho tiempo jóvenes: el clima cálido, los baños frecuentes, los cosméticos y afrodisiacos, los festines y los escesos de todo género, no tardaban en machitar la primera flor de una primavera que tocaba al invierno y que se llevaba consigo los placeres del amor. La vejez de las mujeres comenzaba á los treinta años, y si el fuego de las pasiones eróticas se abrigaba aun bajo el afeite era preciso recurrir para templarlo, á los eunucos, á los espadones, á los gladiadores, á los esclavos ó bien á las secretas y vergonzosas compensaciones del *fascinum*.

En la época misma en que Horacio poseía los encantos de Lice, no pudo resistir á las seducciones de otra encantadora, y dió ejemplo de insconstancia á su querida atravesando por decirlo así el lecho de Pirra: Horocio no la amaba, no estaba celoso de ella, porque un dia hubo de sorprenderla en una gruta, en que estaba acostada sobre un lecho de rosas y entre los brazos de un bello adolescente de perfumada cabellera. El poeta no turbó la dicha de estos amantes, contentándose con admirarlos embriagados de amor: se deleitó en aquel voluptuoso espectáculo y se retiró silenciosamente, antes de que la dichosa pareja hubiera tenido tiempo de verlo ni oirlo. Pero el dia siguiente envió una onda de despedida á Pirra para notificarle que habia sido testigo de su infidelidad y que quedaba por ella curado de un amor tan mal empleado.

«Desdichados aquellos, para quienes tú brillas como un mar en que no se han arriesgado todavía. Por lo que á mí hace, el cuadro votivo, que cuelgo en las paredes del templo del amor, probará que he dejado mis húmedos vestidos, despues del naufragio.»

Los náufragos colgaban en el templo de Neptuno un cuadro votivo en conmemoracion del peligro á que habian escapado, y Horacio hacian alusion á esta costumbre, cuando daba gracias al dios de los amantes por haberlo librado de una tormenta de celos y de infidelidades.

Es notable que el poeta, cuyo fuerte no era ciertamente la constancia, no pudiera sufrir la menor perfidia de parte de una cortesana, y sin embargo todas sus queridas eran cortesanas. Esta intolerancia que contrastaba con sus doctrinas epicúreas, debe atribuirse á una es-

cesiva vanidad mas bien que á delicadeza de costumbres. La única vez acaso que no fué celoso, fué cuando su amigo Aristio Fusco puso los ojos en una liberta, llamada Lalage con la cual descansaba de los placeres de Roma y de las cortesanas en su *villa* de la Sabina. Esta Lalage salia apenas de la infancia, y no sabiendo como resistir á las seducciones de Fusco, tomó por pretesto su corta edad y se escapó así de ceder inmediatamente; pero Horacio sacrificando el amor á la amistad tomó por su cuenta los intereses de su amigo aconsejándole tener paciencia hasta poder buenamente triunfar de la resistencia de la jóven.

«No cojas el racimo en agraz aun, le decia; espera, pues: el otoño va á madurarlo y á teñir de color de púrpura la uva. En breve te buscará Lálage misma, pues el tiempo corre á pesar nuestro, y le trae los años que te arrebató en su fuga; en breve, con mirada menos tímida, provocará ella el amor, mas querida que fueron jamás Cloris y la coqueta Foloe, y mostrará sus blancos hombros brillando como la luna en el seno de los mares.»

Esperando así celebraba en sus voluptuosos versos los encantos infantiles de Lalage y recorria el bosque de Sabina, dando el nombre de Lalage á todos los ecos. Sin duda fué engañado por esta liberta como lo fué casi al mismo tiempo por otra llamada Barina, menos niña que Lalage y tan encantadora como ella. Segun los comentadores, Barina se llamaba Julia Varina, porque era una de las manumisas de la familia Julia. Horacio tuvo aun la pretension de hacer de esta cortesana una amante fiel; pero muy luego se convenció de que los juramentos con que lo habia halagado, no eran sino un medio de sacarle mas provecho.

«Barina, le escribia el poeta, yo te creeria, si á uno solo de tus perjurios hubiera seguido un castigo, si uno solo de tus dientes se hubiera puesto menos blanco, si una de tus uñas siquiera se hubiera estropeado; pero pérfida, apenas has comprometido de nuevo tu fé con engañosos juramentos, pareces aun mas bella y te muestras con mas orgullo aun á esa juventud que te adora. Sí, Barina, puedes con engañosas palabras tomar por testigos las ondas de los mares, los silenciosos astros de la noche, los dioses inaccesibles al frio de la muerte, Vénus se reirá de tus sacrilegios; las indulgentes ninfas y el cruel Cupido aguzando sin cesar sus ardientes flechas, se reirán tam-

bien de ellas. No es sino muy cierto que todos esos adolescentes solo crecen para asegurarte nuevos esclavos. Los que retienes en la esclavitud te reprochan tus traiciones y no pueden resolverse á separarse de una querida impía.»

Horacio, que á la sazon tenia treinta y ocho años (27 antes de J. C.) se abandonaba á toda la fogosidad de su temperamento: buscaba una mujer fiel y no la encontraba, sin duda por no predicarle de ejemplo. Solia retirarse á una de sus casas de campo á Præneste ó á Ustica, llevándose consigo á alguna bella liberta, que se cansaba muy luego de esta especie de servidumbre y lo abandonaba para volver á Roma. Al partir una vez para Ustica, su dominio de la Sabina, hubo de encontrar en la Via-Sacra á una jóven con toga y peluca blonda: era esta jóven de tan prodigiosa belleza que todas las miradas la seguian con admiracion; y su belleza se realzaba todavía por la de una compañera de mas edad, aunque no menos resplandeciente de atractivos. La semejanza de ambas cortesanas que solo diferian en edad probara suficientemente que la una era hija de la otra. Horacio se maravilló tambien al verlas enamorándose en el acto de las dos; pero cuando supo que la madre era amiga de aquella perfumista Gratidia, á quién él habia dado tan triste celebridad, resolvió dirigirse únicamente á la hija, llamada Vindaris, querida de cierto Ciro, celoso y colérico que la maltrataba. El poeta, pues, envió á Tindaris la siguiente declaracion:

«Los dioses me protejen, los dioses aceptan mi incienso y mis versos. Ven á mi lado y la Abundancia derramará sobre tí su fecundo cuerno, todos los tesoros de los campos. Allá, en un valle solitario al abrigo del ardor canicular, cantarás al alegre son de la lira anacreóntica, la fiel Penélope, la engañosa Ciree y su inquieto amor por el mismo héroe. Allá á la sombra vaciarás sin peligro una copa de Lesbos, y los combates de Baco no acabarán como los de Marte: ya no tendrás que temer que un amante celoso y colérico, abusando de tu debilidad, ose poner en tí sus brutales manos, arrancar las flores de tu cabeza y desgarrar tu inocente velo.

La cortesana, al recibir esta oda, fué á consultar con su madre, quien le refirió la indigna conducta del poeta para con Gratidia aconsejándole no se espusiera á otro tanto. Tindaris contestó, pues, á Horacio que no podria sin ofender á su madre aceptar los homenages del

injurioso acusador de Gratidia. Entonces Horacio puso en juego la lisonja para atraer á su partido á la madre de Tindaris, á la cual escribió diciéndole:

«¡Oh tú, de una madre tan bella, hija mas bella aun! yo te abandono mis culpables versos: manda y que sean consumidos por las llamas ó sepultados bajo las ondas. Calma pues, tu enojo. Yo tambien en mi juventud conocí el resentimiento y fuí arrastrado en mi delirio á sangrientas sátiras. Hoy quiero que suceda la paz á la guerra. Retiro pues mis insultantes versos, pero dame tu corazon y sé mia.»

Tindaris se dejó conmover y reconcilió á Horacio con Gratidia haciendo ella misma los gastos de la reconciliacion.

Despues de Tindaris, Lidia hubo de inspirar al poeta inscontante la pasion mas viva que hasta entonces sintiera. Lidia estaba enamorada de un jóven, á quien ella habia apartado de los ejercicios gimnásticos, y de los trabajos de su educacion patricia. Horacio le reprocha que pierda así el porvenir de aquel jóven á quién llegó á reemplazar mostráddose mas liberal que él. Pero apenas habia sucedido al imberbe Sibaris, cuando Lidia tan caprichosa como ella sola podia serlo, le dió por rival á Telefo, que se habia apoderado de ella y la cautivaba por los sentidos. Horacio no era hombre á propósito para sostener rivalidad semejante: la sufrió sin embargo procurando por la persuasion y la ternura luchar contra un fuerte rival que le desbarataba por la noche todos sus proyectos de la mañana. Su poesía mas amorosa era ineficaz al lado de los hechos y gestos de aquel robusto amante.

«¡Ah Lidia! esclama en una bellísima oda que no conmueve á la inhumana, cuando alabas en mi presencia la tez de rosa, y los brazos de marfil de Telefo, ¡desdichada de tí! mi corazon se inflama, se llena de cólera, mi espíritu se turba, me sonrojo y palidezco alternativamente; una lágrima furtiva cae á mi mejilla haciendo traicion al secreto fuego que lentamente me devora. ¡Oh dolor! ¡cuando veo tu blanca espalda vergonzosamente señalada por él en los furores de la embriaguez; cuando veo tus labios donde sus crueles dientes imprimen sus mordiscos!... ¡Oh! si quieres escucharme, no te fies de ese bárbaro, cuyos besos estropean esa boca divina donde Vénus ha derramado su mas dulce néctar. ¡Dichosos, tres veces dichosos aquellos

á quienes une un lazo indisoluble, á quienes ninguna querella separa, á quienes solo la muerte puede desunir.»

Lidia desestimó las súplicas y los consejos de Horacio: no despidió al amante que la mordia y la señalaba á golpes; pero cerró eso sí, cerró la puerta al importuno consejero.

Horacio no podia estar un solo dia sin mujer; aunque amara con mas frenesí á la cruel que lo repelía, quiso con el número de sus distracciones galantes ahogar aquel amor, que no estaba sino mas vivo en su corazon. Hé aquí como hace gala de sus nuevas queridas.

«Cuando un amor mas digno me llamaba, dice en una oda, estaba retenido en los lazos de Mirtale, la liberta Mirtale, mas arrebatada que las ondas del Adriático cuando hierben en los golfos de la Calabria.»

Pero el poeta no se consolaba de haber perdido á Lidia: volvió á Roma y supo con alegría que el brutal Telefo tenia un sucesor, que Lidia era querida de Calais, hijo de Orinto de Turios, quien como jóven y bello, no debia temer rivales. Horacio fué á ver á Lidia y no la vió sin emocion.

El poeta ha cantado su reconciliacion en este admirable diálogo:

—Mientras he sabido agradarte y ningun amante preferido rodeaba con sus brazos tu cuello de marfil, vivia yo mas feliz que el rey mas poderoso.

—Mientras tú no amabas á otra y Lidia no estaba detrás de Cloe, Lidia vivia mas orgullosa que la madre de Rómulo.

—Cloe reina hoy en mí; amo su dulce voz casada con los sonidos de su lira: por ella no temeria morir, si los destinos quisieran respetar su vida.

—Calais, hijo de Orinto de Turios, y yo nos amamos: por él sufriria yo mil muertes, si los destinos quisieran perdonar su vida.

—¡Oh! si volviera el primer amor y sometiera al yugo nuestros corazones desunidos! Si yo abandonara á la blonda Cloe y abriera mi puerta á Lidia!....

—Bien que Calais sea bello como el sol, y tú mas ligero que la hoja, mas irritable que las ondas, solo contigo quisiera vivir, y contigo solo morir.

Los amores de las cortesanas eran variables: Lidia volvió muy luego á Calais y Horacio á Cloe, sintiendo sin embargo no haber sabido

sujetar á Lidia. La rubia Cloe era todavía niña, cuando se vendió al poeta, que la dejó muy pronto para tomar otras dos, mas maduras y menos ignorantes, á Filis liberta de Xantias y á Glicere, antigua querida de Tibulo. Hé aquí á que circunstancias debió Horacio la revelacion de la belleza de Filis, de quien quedó enamorado desde entonces:

Un dia fué el poeta á visitar á su amigo Xantias, jóven griego de Focea, epicúreo y voluptuoso como él: no quiso que se le anunciara su visita y se fué directamente á la biblioteca, donde, segun le digeron, estaba encerrado Xantias en medio de los bustos y retratos de sus mayores. Llevaba la idea de sorprenderle y le sorprendió, en efecto, aunque no con la cabeza inclinada sobre un libro. Xantias habia alejado á todos sus domésticos, para quedar solo con una esclava de la que habia hecho su concubina. Horacio, detenido en el dintel, no turbó aquella secreta entrevista, cuyos episodios observó curiosamente participando en cierto modo del placer de los amantes. Xantias se apercibió de que habia un testigo mudo de su dicha, cuando tuvo conciencia de sí mismo y de su situacion: y sonrojándose de vergüenza despidió bruscamente á la bella Filis, que se reprochaba en silencio su abandono y que se retiró toda confusa ante la cólera de su patrono.

Habia entre los romanos una preocupacion muy estendida é inveterada, que presentaba como deshonroso el comercio íntimo de un hombre libre con una esclava. Xantias, pues, no salia de su sonrojo y escuchaba apenas los razonamientos de Horacio, que procuraba justificar á los ojos de su amigo una debilidad amorosa que él hubiera tomado con mucho gusto por su propia cuenta. Luego se estendió el poeta en elogios nada equívocos de la cómplice de Xantias, y lo dejó por fin bajo la impresion de una especie de celos que venian á rehabilitar á Filis.

Por consejo de Horacio, Xantias comenzó por manumitir á su esclava, á fin de no tener que sonrojarse de su comercio con ella. Por su parte Horacio le envió una oda en que del modo mas delicado lisongeaba á Filis, comparándola á la blanca Briseis amada de Aquiles, á Tecmese amada de Ayax su patrono, á la doncella troyana de que Agamenon se enamora, despues de la caída de Troya.

«No te avergüences ¡oh Xantias! de amar á tu esclava, le decia. ¿Sabes tú acaso si la bella Filis tendrá nobles padres que pudieran

ser el orgullo de su yerno? Sin duda llora tu esclava un nacimiento real y el rigor de los diosos Penates. Nó, la mujer que amas, no es de envilecida sangre: tan fiel, tan desinteresada, Filis no ha podido nacer de una madre que pudiera avergonzarla. Si yo alabo su rostro, sus brazcs, su pierna, como primores de elegancia, mi corazon no se interesa en la alabanza: no vayas á sospechar de un amigo, en cuya vida ha cerrado ya el tiempo el octavo lustro.»

Horacio á los cuarenta años no era menos curioso que á los veinte, y lo que habia visto de Filis, le atormentaba con la secreta impaciencia de poder ver á sus anchas á tan encantadora jóven. El cuidado que tiene en su oda á Xantias, de presentarse exento de todo deseo, parece probar lo contrario, y es probable que Filis le agradeciera haber contribuido á que se la manumitiera. Ya independiente de Xantias, á quien no amaba, y dueña de su alvedrío por esta manumision, vino á enamoricarse de Telefo, rival que ya habia sido de Horacio. Despues de algun tiempo, Telefo cedió la plaza al poeta, quien escribió á Filis una oda invitándola á ir con él á una de sus casas de campo á celebrar los ídus de Abril, mes consagrado á Vénus Marina.

«Telefo á quien tú amas, le decia, no ha nacido para tí: jóven, voluptuoso y rico, ya es el amante de otra, que lo retiene en dulce esclavitud á ejemplo de Faetonte y Belerofonte á quien Pegaso, impaciente al freno de un mortal, arrojó sobre la tierra: este ejemplo debe reprimir esperanzas demasiado ambiciosas. No mires por encima de tí, y temiendo elevar demasiado tu esperanza, no busques mas que tu igual. Ven, oh último amor mio, porque despues de tí no he de amar ya á ninguna otra. Aprende cantos que me repita tu voz adorada: los cantos endulzan los negros pesares.»

Filis se hizo luego cortesana y su talento de auletrida la distinguió entre las cantoras que se alquilaban para los festines; Horacio, bien que la llamara su último amor (*meorum finis amorum*) todavía le dió mas de una rival preferida.

El poeta amó con estremo á Glicere: sabia por Tibulo que la habia amado antes que él, lo que queria ella como amante, y no temió que volviera á Tibulo, ni al jóven adolescente que lo reemplazara cerca de ella.

«No estés tan triste, Albio, al recuerdo de los rigores de Glicere, escribia á su amigo Tibulo: ¿Has de suspirar en eternas elegías

porque un amante mas jóven te haya eclipsado á los ojos de la infiel?» Horacio era bastante rico y amable para que Glicere cerrara los ojos ante las canas que cubrian gloriosamente una corona de rosas: Glicere aceptó las ofrendas y el culto de Horacio y le dió cita en una deliciosa casa en que habia establecido el centro de su amoroso imperio. Horacio le envió este billete, en el momento en que Glicere estaba en el tocador en medio de sus *ancillæ* y de sus *ornatrices* para recibir á su nuevo amante.

«¡Oh Vénus, reina de Gnido y de Pafos! deja tu mansion de Chipre y ven al brillante palacio de Glicere, que te llama con profusion de inciensos. Trae contigo al ardiente Amor, á las Gracias con sus sueltos cinturones, y á las Ninfas y á Mercurio y á la Juventud, que sin tí no tiene encantos.»

Esta Glicere tenia todas las cualidades de una gran cortesana, y ejerció irrisistible influencia sobre las pasiones de Horacio, el cual se entregó á ellas con tal esceso que hubo de alterarse su salud. Entonces fué acometido de aquellas crísis espasmódicas que lo agotaban mas aun que sus trasportes amorosos, y con frecuencia al salir de los brazos de Glicere se abandonaba á las negras melancolías de una enfermedad, que habian causado los celos con inminencia de agrabarse cada dia. Pero estos celos le habian sido siempre tan funestos en sus amoríos, que se violentaba por ocultarlos buscando aturdimientos en los festines.

«Quiero perder la razon, decia á su antiguo rival Telefo, ya amigo suyo y compañero de mesa. ¿Dónde están las flautas de Berecinto? Qué hace ese oboé colgado junto á la muda lira? Odio las manos perezosas: esparcid rosas por todas partes. Que el ruido de nuestras locuras despierte al insensato Lico y á la jóven vecina, tan mal unida á ese esposo viejo. Tu negra cabellera, oh Telefo, tus ojos dulces y brillantes como la estrella de la tarde atraen á la hermosa Rode, y yo ardo por mi Glicere.»

Haciendo alusion á la verde juventud de Telefo, consideraba tristemente sus cuarenta y tres años, sus canas y su calva, sus ojos enrojecidos, sus arrugas y su tez amarillenta. Glicere, como diestra cortesana, evitaba cuidadosamente evocar estas ideas enojosas y algunas veces Horacio, sentado á la mesa con ella, ó mas bien acostado, podia creer que no tenia tantos años. Entonces su estro de poeta

se inflamaba y parecia en efecto jóven cantando el amor de Glicere.

«El hijo de Júpiter y Semele, los deseos voluptuosos y su madre cruel me ordenan dar el corazon á los amores, quo yo creia acabados para mí. ¡Ardo por Glicere! Estoy enamorado de su tez resplandeciente y pura como un mármol de Paros; lo estoy de sus encantadores caprichos y de la peligrosa vivacidad de sus miradas. Vénus me persigue y se acerca á mí en contacto de fuego: en vez de cantar las salvajes tríbus de la Escitia y el ginete parto, tan temido en su fuga, mi lira no tiene voz sino para los amores. Esclavos, poned sobre un altar de verde césped, la verbena, el incienso y una copa de vino: la sangre de una víctima desarmará á la diosa.»

Los comentadores se han ocupado mucho de este sacrificio y no han tenido cuidado en ponerse de acuerdo acerca de la diosa á quien Horacio aludia. Segun unos era Vénus; Glicere divinizada, segun otros. Mucho se ha cuestionado tambien sobre otro punto no menos difícil de aclarar, ¿Cuál era la víctima que el poeta se proponia inmolar? (mactata hostia). El sabio Dacier sostiene que ni griegos ni romanos manchaban jamás con sangre los sacrificios ofrecidos á Vénus. En contestacion á esta docta asercion, el último historiador de Horacio cita un pasaje de Tácito, en virtud del cual no puede dudarse que los altares de Vénus se ensangrentaban como los de los otros dioses: únicamente se tenia cuidado de que los animales que se inmolaban, cabras, terneras, palomas, no fueran machos. El sacrificio de que se trata en la obra de Horacio á Glicere, podria muy bien ser de una especie mas erótica, porque un amante que creia en los maleficios, y que queria sobre todo garantirse del nudo de impotencia, quemaba incienso y verbena en el altar de los dioses lares, vertia vino en la flama y trasformaba enseguida á su amada en víctima, que inmolaba á Vénus.

Durante su amistad con Glicere, Horacio rompió desapiadadamente con otras muchas queridas que habia tenido y creian ser sus amigas. Puede suponerse con razon que á esta instigacion de Glicere no perdonó ni á Cloris, ni á Foloe ni á Bloe, ni siquiera á su cara Lidia; y llevó su condescendencia hasta el estremo de ultrajar en sus versos á las mismas cuyas gracias habia cantado antes con el mayor entusiamo. No es posible desconocer el ódio de Glicere contra Lidia en esta injuriosa oda:

«Los jóvenes libertinos vienen con menos frecuencia á llamar á golpes redoblados á tus ventanas y á turbar tu sueño: tu puerta permanece encadenada, cuando antes giraba tan fácilmente sobre sus goznes. Ya cada vez menos oyes repetir este refran: Mientras que yo velo en las largas noches, tú duermes, Lidia. Muy pronto, vieja y marchita, en la esquina de una calle solitaria, llorarás á tu vez los desdenes de los mas viles amantes. Cuando los deseos ardientes, cuando ese calor que pone en brama á las yeguas, entre en tu ulcerado pecho, gemirás desesperada, viendo á esa alegre juventud que se corona de mirto y que dedica al Hebro helado las coronas mústias.»

Horacio que habia tenido el valor de insultar á Lidia, presentándola como meretriz de cuatro esquinas en acecho de vulgares transeuntes; Horacio no tuvo el menor remordimiento en sacrificar al resentimiento de Glicere á la vieja Cloris y á su hija Foloe, que era á la sazon una de las famosas en boga:

«Mujer del pobre Ibico, pon ya fin á tus desórdenes y trabajos infames. Cuando estás tan próxima á la muerte, cesa de alternar con las jóvenes haciendo sombra á esas blancas estrellas: lo que sienta bien á Foloe, no te está ya bien á tí ¡oh Cloris! Que tu hija como una bacante escitada por el ruido del címbalo, asedie las casas de los jóvenes romanos; que en sus delirios por Noto, ande loqueando como la lasciva cabra. Pero á tí vieja, no te convienen las cítaras ni las rosas de colores purpurinos, sino las lanas de Luceria: De un tonel de vino no se beben las heces.»

El poeta, en vez de romper algunas páginas de sus libros de odas, aun añadia otras, bien amargas y crueles, que no desdecian de los cantos de amor de su juventud. Tenia cuarenta y siete años, estaba perdidamente enamorado de Glicere y al publicar la coleccion de sus odas, las mezcla de tal manera, que no era posible establecer la série cronológica de sus queridadas en las composiciones que habia hecho para inmortalizarlas. Pero Glicere no se dió aun por satisfecha en el lugar que el poeta le reserva en la coleccion, y en su enojo despidió á su dócil amante, sin haber querido nunca perdonarle el imaginario agravio, por mas que él hiciera para volver á su gracia.

Horacio procuró inútilmente inspirarle celos y hacerle ver que podia pasar sin ella: con este propósito volvió, pues, á una antigua querida, á quien á lo menos no habia ultrajado, y no omitió medio

para reanudar sus relaciones. Esta querida era Cloe, la bella esclava de Tarcia, que él habia poseido el primero y dejado luego por su ignorancia de niña. La niña Cloe, habia adquirido ya esperiencia, viniendo á ser una cortesana de moda: hallábase á la sazon en todo el esplendor de sus gracias, de sus talentos y reputacion; tenia á su alrededor una córte de adoradores solícitos; se mostraba con ellos en todas partes, en el paseo, en el teatro, en los baños de mar, y era sin embargo, la querida de un simple comerciante llamado Giges. Cloe lo amaba sin duda, pues no tenia el jóven Giges igual en belleza; pero sobre todo lo queria, porque era dueño de una fortuna inmensa. Juntos vivian como esposos, cuando Giges acertó á encontrar otra cortesana, llamada Asteria, y prendándose de ella apasionadamente no pensó ya mas que en separarse de Cloe, que velaba sobre él como sobre un tesoro. Al efecto pretestó un viaje á Bitinia, donde dijo lo llamaban asuntos de comercio, y partió sin mas demora, prometiendo á Asterla no volver sino por ella. En cuanto estuvo ausente envió á ésta ricos presentes que denunciaron su amor á los inquietos celos de Cloe. Sin cesar recibia Asteria cartas del amante; Cloe no recibia ninguna, ignorando hasta el país en que se hallaba, resuelto mas que nunca á no volver á Roma sino para amar á Asteria. Cloe estaba fuera de sí, furiosa y desolada al mismo tiempo: pudo al fin saber que Giges habia pasado de Bitinia á Epiro, y allá le envió un emisario con cartas apasionadas y suplicantes.

El momento estaba mal elegido para hacer olvidar á Cloe la ausencia de Giges, y Horacio fué rechazado resuelta y desdeñosamente. Horacio se vengó no solo con un epígrama contra la soberbia Cloe, sino tambien tomando partido por Asteria, de quien se hizo amigo y protector. Le escribió una oda en la que la animaba á permanecer fiel á su amante Giges, sin que la amedraran las intrigas de su rival abandonada:

«Ten cuidado, Asteria, le decia, ten cuidado de que tu vecino Enipeo no te agrade mas de lo que es menester. Nadie, es verdad, nadie maneja en el Campo de Marte un caballo con mas destreza que él ni hiende con mas rapidez las aguas del Tíber. Por la noche cierra la puerta á la melodía de la flauta lamentosa; no te asomes á la calle y aun cuando te llame cien veces cruel, permanece inflexible.»

Le hacia saber que el emisario de Cloe habia procurado en vano

conmover el corazon de Giges, aquel corazon que pertenecia ya á Asteria, y pudo gozar en la desesperacion de Cloe, pero el mal éxito de sus tentativas amorosas cerca de esta preciosa, habia dejado en su propio corazon un amargo desengaño, un profundo abatimiento. Sin embargo creyó poder aun hacerse justicia invocando por última vez á Vénus, que tantas veces le habia sido favorable.

«Mil triunfos he obtenido sobre las mujeres, habiendo servido gloriosamente bajo la enseña del Amor. Hoy consagro á Vénus Marina mis armas y mi lira que no es ya para estos combates; los cuelgo á la izquierda de la diosa en las paredes del templo; poned igualmente en él las teas, palancas y hachas que amenazaban las cerradas puertas. ¡Oh diosa, que reinas en la afortunada isla de Chipre y en Menfis, donde no se conocieron nunca las nieves de Sitonia! ¡Oh soberana de los amores! toca solamente con tu látigo divino el corazon de Cloe.»

Pero Horacio se despedia de Vénus demasiado pronto, y reconoció muy luego con júbilo que aun podia tener derecho á los favores de la diosa. Vió á Lide, hábil cantora que tocaba la flauta en los festines, y no tardó mucho en merecer de ella, bien que debiendo al bolsillo los mas eficaces medios de seduccion. Desde luego puso sus proyectos bajo los auspicios de Mercurio, dios de los poetas, de los ladrones y de los comerciantes.

«Ispírame, dijo al dios de las cortesanas, inspírame con cantos que cautiven los oidos de la salvage Lide. Como la jóven yegua que salta retozando en la pradera al acercarse el corcel, así huye de mí espantándose aun del amor.»

Pero Lide iba con frecuencia á cantar á los festines en que Horacio sacaba del fondo de las viejas ánforas su filosofía escéptica é indiferente. Las odas que Horacio le dirige son comunmente invitaciones á beber.

«¿Qué cosa mejor hacer el dia consagrado á Neptuno? Ea, Lide, saca el cécubo del fondo de la bodega y fuerza tu sobriedad... Cantaremos alternativamente, yo á Neptuno y á las verdes cabelleras de las Neréidas; tú al son de tu lira de marfil, á Latona y las rápidas flechas de Diana. Nuestros últimos cantos serán para la diosa que reina en Guido y en las brillantes Cíclades y que vuela en Pafos en un carro tirado por cisnes. Cantaremos tambien á la noche los himnos que le son debidos.»

En una oda á Quinto Hirpino, Horacio que tiene el pelo blanco y la corona de rosas, cuenta aun con la cantora Lide para alegrar la comida en que Baco disipa los roedores cuidados:

«Esclava, dice, haz refrescar prontamente el ardoroso falerno en esa fuente que fluye léjos de nosotros. Y tú haz salir de la casa de Lide al galan que ha cogido al paso. (Quis devium scortum eliciet domo Lyden.) Díle que se apresure, que venga con su lira de marfil y el pelo anudado con negligencia á la manera de las mujeres de Esparta.»

La carrera amorosa de Horacio se cierra en las manos de Lide: ya no busca el poeta la sociedad de las cortesanas; no ama ya á las mujeres; sabe que ya no tiene él nada de lo que se necesita para agradarles y no se espondrá ya á sus desdenes y reproches. Pero aun invoca á Vénus, la diosa del amor:

«Despues de una larga tregua, dice ¡oh Vénus! vuelves á declararme la guerra. Ya no soy lo que era bajo el reinado de la amable Cinara, pues voy á contar diez lustros: no pretendas ya, madre cruel de los tiernos amores, encorvar bajo tu yugo, tan blando en otro tiempo, un corazon ya rebelde. Ve allá donde te llaman los votos apasionados de la juventud; traslada en alas de tus espléndidos cisnes los placeres y la sensualidad á la mansion de Máximo, si buscas un corazon apropósito para el amor. Por lo que hace á mí, adios mancebos y mujeres y la crédula esperanza de una tierna vuelta; adios combates del vino y las flores nuevas con que yo coronaba mi frente. Pero ¡ah! ¿por qué, Ligurino, por qué estas lágrimas que corren por mis mejillas? ¿Por qué en medio de mis discursos espira mi voz en el silencio del embarazo? Por la noche en mis sueños, á tí es á quien abrazo; á tí cruel á quien persigo por el césped del Campo de Marte y por las aguas del Tíber.»

Horacio está enamorado del bello Ligurino y esta pasion vergonzosa llenará sus últimos años. El favorito de las cortesanas, el poeta de las gracias y de los amores, deshonra sus ilustres canas abandonándose al mas asqueroso y desvergonzado estravío de la prostitucion romana.

CAPITULO XXV.

Cátulo.—Licencia y obscenidades de sus poesias.—El paciente Aurelio y el cínede Furio.—Epigrama contra sus detractores.—Sus queridas y amigas.—Clodia ó Lesbia, hija del senador Metelo Celer, querida de Cátulo.—El gorrion de Lesbia.—Por qué Clodia se llamó Lesbia.—Lo que era el gorrion de Lesbia.—Muerte del gorrion cantada por Cátulo.—Desesperacion de Lesbia.—Violenta pasion de Cátulo por Lesbia.—Ruptura de estos dos amantes.—Resignacion de Cátulo.—La querida de Mamurra.—Casamiento concubinario de Lesbia.—Cátulo ve á Lesbia en presencia de su marido.—Subterfugios de Lesbia para no despertar los celos de su marido.—La cortesana Quintia en el teatro.—Versos de Cátulo contra Quintia.—Cátulo no ha dado en sus poesias rival á Lesbia.—La cortesana griega Ipsitila.—Carta de Cátulo á esta cortesana.—Epigrama de Cátulo á los clientes de una casa de prostitucion á donde hubo de refugiarse una de sus queridas.—Cólera de Cátulo contra Aufilena.—Vejez prematura de Cátulo.—Lesbia en el lecho de muerte de su amante.—Propercio.—Cintia ú Hostilia.—Su amor á Propercio.—Estatilio Tauro, rico pretor de Iliria y Cintia.—Resignacion de Propercio.—Las orejas de Ligdamo.—Consejos de Propercio á su querida.—La docta Cintia.—Elegías de Cátulo sobre los atractivos de su querida.—Axioma de Propercio.—Noche amorosa con Cintia.—Sus galanes.—Sus noches á Isis y á Juno.—Quejas de Propercio sobre la conducta de Cintia.—Los baños de Bayas.—Los amores de Galo.—Propercio se abandonó al libertinaje para olvidar á su querida.—Reconciliacion de Propercio y Cintia.—Cambio de papeles.—Achantis.—Celos de Cintia.—Licinna.—Las alegres cortesanas Filis y Teia.—Propercio cogido en el lazo.—Furor de Cintia.—La envenenadora Nomas.—Funerales precipitados de Cintia.—Muerte de Propercio.—Sus cenizas reunidas con las de Cintia.

Apenas habia nacido Horacio, cuando Cátulo, aquel poeta del amor, ó mas bien de la sensualidad, acababa de morir, á la edad de treinta y seis años, víctima del abuso de los placeres, segun muchos de sus historiadores; pero segun otros por la debilidad de su naturaleza delicada y enfermiza, apesar de las precauciones de una vida tranquila y casta. Esta vida en todo caso no habia sido siempre tal,

pues las poesías de Cátulo, aunque tan mutiladas por la censura de los primeros siglos del cristianismo, respiran aun la licencia y la filosofía epicúrea. El poeta amigo de Cornelio Népote y de Ciceron compuso sus versos entre los libertinos y cortesanas de Roma; habla el lenguaje de ellos en sus versos, aunque adornados con todas las gracias y bellezas de estilo; no retrocede nunca ante la palabra obscena que hace sonar con descaro en una frase elegante y armoniosa; se complace en las imágenes y misterios del mas audaz libertinaje, pero tiene la escusa de ser franco en todo lo que osa decir. Se comprende que sus viajes y permanencia en Asia, en Grecia, en Africa, no le dejaron ignorar nada de lo que debia servir para componer el impuro mosáico de la prostitucion romana. Y sin embargo, en un epígrama contra sus detractores, el paciente Aurelio y el cínede Furio (pathice) que por sus voluptuosos versos no lo suponian muy pudoroso, no vacila en defender su pudor:

«Un buen poeta, dice, debe ser casto; pero ¿es necesario que sus versos lo sean? Por voluptuosos y poco decentes que sean, tienen su mérito propio, cuando pueden despertar los sentidos no solo de los jóvenes, sino tambien de los hombres maduros, que no sirven ya para los trabajos de Vénus.»

Cátulo estaba demasiado instruido en los secretos de amor, para no haber adquirido ese saber y esperiencia á espensas de su pudor y de su salud.

Cátulo nos hace conocer en sus poesías, cuya mayor parte no ha llegado á nosotros, tres ó cuatro cortesanas griegas que fueron sus queridas y amigas; estas estaban en moda en su tiempo (50 á 60 años antes de J. C.) pero su reputacion de belleza, de talentos y de gracias, por espléndida que fuera en el período de sus amores, no ha durado bastante tiempo para que se halle un reflejo de ella en las obras de Horacio. Unicamente Lesbia, cuyo nombre inmortalizó Cátulo, ha sobrevivido al gorrion que ésta lloró tanto; y aun, segun los comentadores esta Lesbia hija del senador Metelo Celer, se llamaba Clodia y no pertenecia á la clase de las cortesanas. Además, el poeta parece haber evitado, en los versos dirigidos á Lesbia ó á su gorrion, admitir un detalle que hubiera podido designarla personalmente; no hace el retrato de esta bella, ni siquiera nos revela el color de sus cabellos, limitándose á enumerar los besos mil veces dados y recibidos, cuyo

número embrolla de tal modo, que los aficionados no pueden nunca contarlos.

«Me preguntas, Lesbia, cuántos besos tuyos serian menestar para que yo tuviera bastantes. Tantos como granos de arena hay amontonados en Libia en los desiertos de Cirene, desde el templo de Júpiter Ammon hasta la sagrada tumba del viejo Bato; tantos como estrellas hay, que en el silencio de la noche son testigos de los furtivos amores del género humano.»

Esta Lesbia, á quien Cátulo llamó así por alusion á los amores lesbios y á quien comparó con Safo, traduciendo para ella la oda de la célebre poetisa de Lesbos, es mas conocida por su gorrion que por sus costumbres galantes. Este gorrion que hacia las delicias de Lesbia, que jugaba con él, que lo abrigaba en su seno, que lo irritaba sufriendo en la mano sus rabiosos picotazos, cuando esperaba á su amante y buscaba con que distraer el enojo de la espera; aquel gorrion cuya muerte cantó Cátulo, no era pues un pájaro, si nos atenemos á la tradicion conservada por los escoliadores, sino una jóven, compañera de Lesbia, quien la amaba lo mismo que á su amante.

«Llorad ó Gracias, Amores y vosotros todos los que sois bellos entre los hombres; el gorrion de mi querida ha muerto! gorrion que hacia sus delicias y que ella amaba mas que á las niñas de sus ojos.»

Pero los comentadores de Cátulo han abusado tal vez de los privilegios de la interpretacion, fundándose en su bella imitacion de la oda de Safo, que el poeta no tuvo inconveniente en dedicar á Lesbia. Nosotros no sostendremos contra ellos que Cátulo no entendió llorar mas que un gorrion. «¡Oh miserable gorrion! Hé aquí tu obra: los ojos de mi querida están hinchados y rojos de haber llorado.»

Cátulo estaba tan apasionado de Lesbia, que no preveia el fin de esta pasion de que ella tambien participaba. «Vivamos, Lesbia mia, esclama; vivamos y amemos.» Pero la jóven, aunque amada mas que ninguna otra mujer lo será nunca, hubo de cansarse de tal amor y despidió á su amante. Este no procuró reconquistar un corazon, de que habia sido arrojado; no se quejó de un rompimiento que miraba como inevitable; resolvió olvidar á Lesbia y no amar en lo sucesivo con tanta abnegacion.

«Adios, Lesbia, dijo tristemente: el corazon de Cátulo se ha endurecido ya; Cátulo no te perseguirá ni suplicará ya más; pero tú, tu

has de llorar, infiel, cuando veas pasar las noches sin que te dirijan súplicas. Ahora ¿qué suerte te está reservada? ¿Quién te buscará? ¿A quién parecerás bella? ¿A quién amarás? ¿De quién vendrás á ser? ¿de quién serán tus besos? ¿Qué labios moderas tú? Y tú, Cátulo, pues que así lo quiere el destino, endurece el corazon.»

Cátulo conoció muy luego que habia contado demasiado con su fuerza de ánimo y que no se consolaria de la inconstancia de Lesbia: la amó ausente, la amó siempre en medio de cien queridas.

«¡Oh dioses! murmuraba enjugando sus lágrimas, si vuestra naturaleza divina os permite la piedad, y si alguna vez habeis prestado alivio á los desgraciados en las angustias de la muerte, ved mi miseria y en premio de una vida que ha sido pura, quitadme este mal, este veneno, que deslizándose como un sopor hasta la médula de mis huesos, ha arrojado de mi corazon todas mis alegrías.»

Mucho tiempo despues no recordaba sin emocion su amor y á quien se lo habia inspirado. Un dia se indignó estremadamente al oir comparar á Lesbia con la querida de Mamurra, que no tenia ni la nariz pequeña, ni el pié bien hecho, ni los ojos negros, ni los dedos largos, ni la piel suave, ni la voz seductora, como la verdadera Lesbia. «¡Oh siglo estúpido y grosero!» esclamó suspirando.

Lesbia estaba casada, ó mas bien habia contraido uno de aquellos enlaces concubinarios que la ley romana autorizaba en el órden del matrimonio por *usucapion*. Vivia pues, con un hombre que se llamaba su marido (maritus) y que no era acaso mas que un amo celoso. Lesbia no dejaba de recibir alguna vez á Cátulo en presencia de aquel marido, á quien no podia burlar, bien que tuviera no pocos deseos de hacerlo. Para fingir mejor el olvido de lo pasado y para tranquilizar el espíritu de este hombre, solia apostrofar en alta voz á Cátulo con palabras duras y aun injuriosas á veces.

«Es una satisfaccion para este imbécil, dice el poeta, que se consolaba haciendo epígramas contra él. ¡Qué amo! no entiende una palabra de nada. Si Lesbia callara olvidando nuestros amores, ya estaria curada de este mal; cuando riñe y me injuria, prueba no solo que se acuerda, si no tambien, y esto es lo mas grave, que arde aun por mí y ni siquiera lo oculta.»

No se vé, sin embargo, en las poesías de Cátulo que hubiera pedido á Lesbia pruebas mas positivas de la pasion en que por él ardia.

Si era una ilusion, no hizo nada por estinguirla, contentándose con ver á Lesbia en poder de su marido, sin intentar atraerla á la infidelidad.

Un dia en el teatro un gran murmullo de admiracion acompañó la llegada de una cortesana, llamada Quintia, que fué á sentarse cerca de Lesbia, como para eclipsarla con su belleza: todas las miradas del público se fijaron, efectivamente en la recien llegada, y no volvieron ya á Lesbia en quien antes se fijáran. Cátulo era una escepcion del público, y con gran indignacion por la preferencia que observara en favor de Quintia, asió sus tabletas é improvisó estos versos que hizo circular entre los espectadores para vengar el agravio hecho á Lesbia.

«Quintia es bella para el mayor número; para mí es blanca, larga, tiesa. Confesaré de buena voluntad que tiene algun mérito; pero absolutamente niego que sea bella, pues en un cuerpo tan grande no encuentro ninguna gracia ni atractivo ninguno. Lesbia al contrario, es bella, tan bella desde la cabeza á los piés, que parece haber arrebatado á las otras todas sus gracias.»

Lesbia formosa est: quæ quum pulcherrima tota est,
Tum omnibus una omnes surripuit veneres.

Puede decirse que Cátulo no ha dado rival en sus poesías á aquella Lesbia á quien no cesó de amar, cuando cesó de poseerla. Hubiérase dicho que su musa se habria sonrojado de nombrar otra mujer. Unicamente un nombre, Ipsitila, brilla un momento cerca de Lesbia y desaparece como un meteoro, despues de una locura amorosa. Esta Ipsitila era á juzgar por su nombre, una cortesana griega, y para hacer pasar á nuestra lengua la galante carta que Cátulo le enviara un dia, hemos de valernos necesariamente de la discreta traduccion de un profesor de la Universidad:

«En nombre del Amor, dulce Ipsitila, encanto de mi vida y mis delicias, concédeme la cita que te pido para el medio dia, y si me la concedes, añade este favor; que la puerta permanezca cerrada á todo el mundo. Sobre todo no vayas á salir...... Permanece en casa y prepárate á ver renovarse nueve veces mis amorosas hazañas (paresque nobis novem continuas futationes). Pero si dices *sí*, dilo al momento, pues acostado en mi lecho, despues de una buena comida, no puedo resistir mi ardor.»

Este epígrama que nos hace comprender la causa de haber muerto Cátulo tan jóven, es el único en que nombra á una de sus queridas.

En otro epígrama que dirije á los clientes de una casa de prostitucion se lamenta amargamente de la pérdida de una querida, que no nombra, que habia amado como jamás amara, y por la cual habia arrostrado mas de un conflicto personal. Esta mujer lo habia dejado para refugiarse en un lupanar, el noveno que se encontraba al salir del templo de Castor y Polux. Allí se prostituia con los innobles huéspedes de aquella sentina (omnes pusilli et semitarii mæchi) que se entendian para guardar su presa, no permitiendo á Cátulo entrar en la casa, donde eran en número de un centenar.

«¿Pensais ser solo vosotros hombres? les gritaba lleno de cólera (¿Solis putatis esse mentulas vobis?) ¿Creeis tener vosotros esclusivamente el derecho de frecuentar á las mujeres públicas y mirar á los demás hombres como eunucos?»

Cátulo los desafía, les amenaza con escribir la violencia que se le hace en las paredes mismas del lupanar, donde se le niega lo que á todos se concede á precio de plata; y está á punto de venir á las manos con doscientos adversarios. Pero por mas que insiste, grita, ruega, oyendo la voz de su amada, que se abandona á los contubernales, tiene que pasar toda la noche en la puerta.

No hay que reconocer á Lesbia en la heroina de estos desórdenes, en la escandalosa huéspeda de este infame albergue. El marido de Lesbia, aquel Lesbio, á quien con tanto desprecio trata Cátulo, quizás vendiera furtivamente á su mujer; pero no la habia dejado caer nunca en tal grado de prostitucion.

Bien que Cátulo dijera á Lesbia que la amaba menos, tenia que confesar gimiendo que la amaba mas: (Amantem injuria talis cogit amare magis, sed bene velle minus). Continuaba no obstante viviendo en la sociedad de las cortesanas, y era con frecuencia víctima de sus engaños. Así se le vé muy irritado contra cierta Aufilena, que habiéndole exigido y cobrado anticipadamente el precio de sus favores, hubo de negárselos despues.

«El honor exije, Aufilena, que se cumpla la palabra, como el pudor exijia que no me hubieras prometido nada. Robar defraudando es peor todavía que prostituirse por avaricia con todo el mundo.»

En otro lugar se indigna tambien contra otra cortesana que le ha-

bia escondido sus tabletas, y á quien llena de injurias llamándola *pu tida mæcha* sin obtener la restitucion de las tabletas. La cortesana no se dá por ofendida riendo sin cesar : Cátulo acaba por reir tambien y cambiando de tono le dice con todo este donaire :

«Casta y pura doncella , házme el favor de devolverme mis tabletas.»

Cátulo se sentia agotado de fuerzas físicas: apenas tenia treinta y cuatro años y tocaba ya en la vejez , y tuvo que renunciar á todo lo que lo habia traido á tan deplorable estado; pero no renunció á Lesbia. Lesbia no era ya para él sino un recuerdo en que encontraba los goces de su ardiente juventud; era todavía amor, pero solo ya en sus versos tiernos ó apasionados. A veces maldecia á Lesbia, llegaba á ultrajarla tambien; pero luego al punto para obtener su perdon, la admiraba, la enaltecia, la invocaba como á una divinidad.

«Ninguna mujer puede decir que ha sido tan tiernamente amada, como tú lo fuíste de mí, oh, Lesbia mia! Pero vé adonde me has conducido con tu falta y qué sacrificio has impuesto á mi fidelidad... Porque yo no podria nunca estimarte, si vinieras á ser la mas virtuosa de las mujeres, ni cesar de quererte, aun cuando llegaras á la estrema abyeccion del libertinage.»

Los sentidos callaban en Cátulo ; el corazon hablaba solamente y esta voz suprema resonaba en el alma de Lesbia. En una ocasion supo que su antiguo amante tenia poco tiempo de vida y creyendo que todo su mal era el pesar , quiso darle la salud. Corrió al efecto cerca de él, le abrió amorosamente los brazos y Cátulo se precipitó en ellos olvidando lo demás. Lesbia volvió á verlo moribundo y Cátulo se reanimó para escribir con mano trémula estos admirables versos :

Restituis cupido, atque insperanti ipsa refers te
Nobis. ¡O luce candidiora nota!
¿Quis me uno vivit felícior, aut magis hæc quid
Optandum vita, dicere quis poterit?

«Vuelves á mí que te deseo, vuelves á mí que te esperaba siempre. ¡Oh dia que hay que señalar en la piedra mas blanca! ¿Quién hay, pues, mas feliz que yo sobre la tierra, y quién podrá decir que hay cosa preferible á esta felicidad?

Cátulo no tenia ya mas que versos para espresar su alegría y reconocimiento: sus ojos apagados volvieron á brillar; su rostro surcado de lágrimas tomó un carmin inusitado y sus brazos estrechaban á aquella mujer querida, que lloraba tambien con él.

Cátulo exhaló su último suspiro en versos en que prometiá aun vivir amando á Lesbia.

«Me prometes, vida mia, que nuestro amor estará lleno de ecantos y que durará siempre. ¡Oh dioses! Haced que pueda prometer y cumplir y que sea sinceramente, con el corazon, lo que me dice. Así podríamos hacer durar tanto como nuestra vida este sagrado lazo de una amistad eterna.»

¿Cómo debian ser aquellas cortesanas que sabian hacerse amar con aquella abnegacion tan religiosa.

Cátulo murió á los treinta y seis años, feliz por haber encontrado á su Lesbia (56 años antes que J. C.)

El mas bello elogio que puede hacerse de esta Lesbia es recordar el tierno y constante amor que supo inspirar á un poeta libertino, que la respeta siempre en los versos que le dedica, y que no teme por otra parte pasear su musa por el fango mas secreto de la prostitucion romana.

Propercio habia nacido antes que Cátulo muriera. Propercio que debia ser tambien, segun la espresion de un retórico «uno de los triunviros del amor, vió la luz en Etruria, en la ciudad de Perusia ó en la de Mevania el año 702 de Roma, 52 antes de Cristo. Propercio, leyendo las poesías de Cátulo, vino á ser poeta; viendo á Cintia se enamoró apasionadamente de ella. El verdadero nombre de esta bella era Hostia ú Hostilia. Sus aduladores sostenian que era descendiente de Tulo Hostilio, tercer rey de Roma; pero ella podia alabarse con mas certeza de descender en línea recta de su padre Hostilio, escritor erudito que compuso una historia de la guerra de Istria. Esta Hostilia, cuya belleza, gracias y talentos la habian puesto en la línea de las mujeres mas notables de su tiempo, no era sin embargo mas que una cortesana. Amaba verdaderamente á Propercio, pero con todo, no se hacia ningun escrúpulo en darle tantos rivales como podia satisfacer, sin permitirle por su parte la misma libertad, pues antes bien pretendia sugetarlo al mas fiel comportamiento. Vivia públicamente con un rico pretor de Hiria llamado Estatilio Tauro, que habia edificado á sus

espensas un anfiteatro y gastaba tanto dinero en ella como en las luchas de los animales feroces. Propercio á quien no sacaba de pobre la poesía, no hubiera podido subvenir á las prodigalidades de su Delia, y tuvo que aceptar necesariamente la concurrencia poco temible que le hacia el pretor de Iliria en la posesion de Hostilia. Así, pues, cerraba los ojos y los oidos siempre que podia ver ú oir á aquel rival permanente; pero no sufria ninguno mas, ó á lo menos hacia mala cara á los que merecian aunque de paso, la buena voluntad de la famosa.

Una noche, volviendo improvisamente de Mevania, impaciente por verse en brazos de su Hostilia, oye el sonido de la flauta y vé la casa resplandeciente de luces. Se acerca con inquietud y entra con estupor. Los esclavos se ocultan de su vista; ninguno osa detenerlo y todos quisieran impedirle el paso. Hay fiesta en el «triclinium», donde se toca, se canta, se danza, se queman aromas. Propercio llama á un liberto que no le responde, y entonces ase de las orejas al esclavo Ligdamo, que intenta ocultarse tambien. ¿Quién es, pregunta con imperiosa voz, el huésped magnífico que recibe en casa de Cintia tan ruidoso acogimiento? ¿Es algun cónsul, ó senador? ¿Es algun histrion ó gladiador ó eunuco? Ligdamo guarda silencio y antes de abrir la boca se dejará arrancar las dos orejas. Pero á Propercio no le servian para nada las orejas de Ligdamo, y abandonándolas al fin se va derecho al tricliniun, aparta las cortinas de la puerta y hunde su mirada en la estancia donde el olor de los manjares y aromas le habian hecho ya sospechar lo que pasaba.

En efecto delante de una mesa suntuosamente servida, un lecho de marfil, de púrpura y de plata reunia en unos mismos cogines á Hostilia y á Estatilio Tauro abrazándose sonrientes y enamorados. A su vista, se calma ya Propercio, cierra otra vez la cortina y se retira con grave y mesurado paso.

«¡Nécio! dijo á Ligdamo que temia aun por sus orejas ¿por qué no me advertíste al momento que el pretor habia llegado de Iliria?»

Luego volvió á su casa y pasó la noche que habia destinado al amor, en el comercio de las musas, única infidelidad que se permitia con su infiel Cintia.

El dia siguiente le envió una elegía que comenzaba así:

«Hé aquí al pretor que ha vuelto de Iliria; el pretor, tu rica presa,

Cintia, y mi desesperacion. ¿Por qué no ha dejado la vida entre las rocas acroceraunias? ¡Ah! Neptuno! ¡Qué ricas ofrendas te hubiera yo presentado entonces! Ahora y sin mí, se dá un festin á mesa llena, y toda la noche, está franca tu puerta, escepto para mí solo. Sí, Cintia; si eres prudente, no dejes esa miés que se te ofrece, y despoja de todo su vellon á esa estúpida oveja. Luego, cuando, sus riquezas disipadas, pobre y sin recursos, díle que se haga á la vela para otras Ilirias.»

Estos consejos de parte de un amante no arguyen la mayor delicadeza.

Cintia no era solamente bella; su amante la llama tambien docta y habla muchas veces de su instruccion y talentos: sábese además que era poetisa y su aficion á la poesía debia ser el lazo principal que la ligaba á Propercio, que no podia pagarle sino en versos. En sus elogios bosqueja muchas veces el retrato de esta distinguida cortesana y nos dice que era de presencia majestuosa, que tenia el pelo rubio y una mano admirable.

«¡Ah! esclama dirigiéndose á un amigo, sus atractivos son el menor pábulo de mi pasion. ¡Oh Baro! Cintia tiene muchas otras perfecciones, por las cuales daria yo mi vida: su ingenuidad, el esplandor de sus talentos, sus deliciosas voluptuosidades cubiertas siempre con un velo de discrecion (gaudia sub tacita ducere veste libet)»

El poeta hallaba á su Cintia bastante perfecta para permitirle adornos y composturas, cuando la poseía de dia ó de noche.

«Alma mia! esclamaba con trasporte ¿para qué ostentar tantos adornos en tu cabeza? ¿Para qué esa mirra del Oranto, que derramas en tu pelo? ¿Para qué ese estudio en plegar graciosamente la túnica tegida en la isla de Cos? ¿Para qué venderte á ese lujó de los bárbaros? ¿Por qué ocultar bajo esas composturas tan caramente compradas tus bellezas naturales y no dejar resplandecer en su propio esplendor perfecciones tantas? Créeme; tú eres demasiado bella para recurrir á tales artificios. El amor está desnudo y no quiere el prestigio de los adornos.»

El axioma de Propercio era siempre el de un amante tierno y sensible. «Mujer que agrada á uno solo está bastante adornada.» Pero Cintia se obstinaba en conservar aun en la etrevista mas íntima el incómodo aparato de sus adornos y joyas. Iniciándonos en los miste-

rios de una noche amorosa. Propercio se queja amargamente de aquel hábito de pudor ó gazmoñería que se hubiera podido esplicar por alguna deformidad ó imperfeccion secreta: Cintia, segun nos dice su amante no cesaba de subirse la túnica sobre el seno; aunque estuviera á oscuras.

«¿A qué viene, le decia Propercio, eso de condenar á Vénus á luchar en las tinieblas? Si tú lo ignoras, los ojos son nuestros guias en amor. Desnuda y cuando salia del lecho de Menelao, Encendió Elena en el corazon de Paris el fuego que le consumió; desnudo cautivó Endimion el corazon de Apolo; desnuda tambien la diosa durmió con él (nudœ concubisse deœ). Sí, pues, insistes tú en acostarte vestida, verás si mis manos son hábiles en hacer girones una túnica. Y si me impacientas mucho, mostrarás el dia siguiente á tu madre tus brazos acardenalados. ¿Es que tus pechos lacios te aconsejan esa reserva? Eso podria ser, si tuvieras vergüenza de mostrar las señales de la maternidad.»

Cintia no hacia caso de estos razonamientos y Propercio tenia que contentarse con lo que se le ofrecia.

«Otórgueme Cintia algunas noches semejantes, decia el poeta con embriaguez, y mi vida será larga en un solo año; otórgueme muchas mas, y en tales noches me creeré inmortal: en una noche puede uno ser Dios.»

Este amor, sin embargo, no carecia de sombras, Cintia se debia ordinariamente á las exigencias de su profesion, pues sin contar su pretor de Iliria, tenia algunos galanes, que subvenian á los gastos de la casa, y no podia otorgar á Propercio todos los favores que reclamaba á título de amante declarado; teníalo con frecuencia como aparte y le cerraba la puerta, á lo menos por la noche, que pertenecia á los amores mercenarios; pero cubria cuando le era posible con honestas escusas la deshonesta verdad, que heria el corazon del poeta. Cintia ponia á cuenta de las fiestas de Isis, de Juno, ó de cualquiera otra diosa, la continencia que se imponia á su pesar, usando sus palabras.

«Ya han venido esas tristes solemnidades de Isis, escribia Propercio; ya ha pasado Cintia diez noches léjos de mí. ¡Perezca la hija de Inaco, que desde las ardientes márgenes del Nilo, importó esos misterios entre las matronas de la Ausonia; ella que tantas veces separó dos amantes ávidos de juntarse! Sea quien quiera esa diosa, ha sido siempre fatal para el amor.»

Sin embrgo, Propercio no dudaba que Isis fuera sola culpable de los escrúpulos y evasivas de Cintia, á quien procuraba en vano enternecer diciéndole:

«Ninguna mujer, por cierto, entra con placer en su lecho solitario; hay alguna cosa que el amor hace desear en él. La pasion es siempre mas viva para los amantes ausentes: un goce prolongado daña siempre á los amantes asíduos.»

Cintia lo dejaba hablar, sin variar en nada su género de vida. No solamente reservaba para los rivales de Propercio las noches que fingia consagrar á Isis, sino que tambien pasaba parte de esas noches bebiendo, cantando, jugando á los dados, etc. Propercio no podia ignorar tampoco lo que hacia la opulencia de su querida; y como que no tenia los tesoros de Atalo para sostener el lujo, cuyo impuro orígen conocia se veia precisado á resignarse gimiendo lo mas poéticamente posible.

«¿Vió jamás Corinto en casa de Lais semejante afluencia, cuando toda la Grecia suspiraba á su puerta? esclama confesando que su Cintia no era mas que una cortesana en moda. ¿Hubo nunca una córte mas numerosa á los piés de aquella Tais, puesta en escena por Menandro, y que halagó tanto tiempo los ocíos del pueblo de Ericteo? Aquella Frinea, que hubiera podido levantar á Tebas de sus cenizas ¿tuvo el gusto de contar mas admiradores? Nó; ¡oh Cintia! Tú las superas á todas, y además tú te creas una parentela, segun tus caprichos, á fin de legitimar ciertas caricias que no puedes escusar.»

Estos reproches, harto oscuros, significaban sin duda que Cintia hacia pasar á sus amantes por parientes, á quienes recibia con la mas franca hospitalidad. Así, Propercio estaba tan celoso de ella que sospechaba á veces ocultara algun amante debajo de su túnica (et miser in tunica suspicor esse virum).

No solamente en Roma, donde Cintia reunia esta multitud de concurrentes, mas ó menos enamorados, mas ó menos generosos; tambien en los baños de Bayas tenia su córte, durante la estacion de las aguas termales. La ciudad de Bayas y sus cercanías veian afluir entonces la flor y nata de la riqueza, de la corrupcion y del placer. Las célebres cortesanas griegas se hubieran creido fuera de situacion y de carácter, si no hubieran ostentado su insolente lujo en las orgías de aquel lugar de delicias, y se apresuraban á ir allá oportunamente

á buscar nuevas intrigas y provechos nuevos. Propercio estaba entonces tan celoso de Bayas como de diez rivales á la vez.

«¡Oh Cintia! ¿Te cuidas per ventura de mí? le escribia en estas ausencias, en las cuales solo nutria su amor con los recuerdos del pasado y las esperanzas del porvenir. ¿Te acuerdas acaso de las noches que hemos pasado juntos? ¿Cuál es el lugar que me queda en tu corazon? Acaso en este momento un rival enemigo pretende hacer que borre yo tu nombre de mis versos.»

Propercio que no tenia el derecho ni quizás los medios para ir á Bayas, maldecia á esta ciudad corrompida, escollo de la castidad de mujeres y causa de tantos enojos amorosos.

«¡Ah! perezcan para siempre, esclamaba con indignacion, perezcan Bayas y sus aguas, que engendran todos los crímenes del amor.»

Por lo demás, el poeta no podia hacerse ilusion sobre el objeto del viaje á Bayas; no ignoraha tampoco que Cintia no tenia mas rentas de que vivir que las de su belleza y favores; él mismo, acaso la conocia por haberla visto ejercer su profesion.

«Cintia no busca las fasces, publicó una vez Propercio en un momento de despecho; ella no hace ningun caso de los honores; el bolsillo de los amatores es lo que busca Cintia. ¡Así, pues, se trafica con el amor! ¡Oh Júpiter! ¡Oh infamia! Y nuestras jóvenes se envilecen en ese tráfico! Mi amada me envia sin cesar á pescarle perlas al mar; me manda ir á Tiro á ayunar por ella. ¡Oh! ¡Pluguiera á los dioses que nadie fuera rico en Roma!»

Cuando Propercio se dejaba llevar de su mal humor escribiendo esto, Cintia ocupada con su pretor habia prohibido al amante de corazon la entrada en su casa, prohibicion que duró siete noches consecutivas.

Cintia habia sido la primera querida de Propercio, quien le juraba seria tambien la última y debe creerse que en vano y por mucho tiempo le dió ejemplo de constancia. El poeta declara en muchos lugares de sus elogios que habia guardado siempre fidelidad á su infiel encantadora, y se ve que todo se lo perdonaba en cuanto ella le permitia una de las secretas entrevistas que á los demás prodigaba. Tan poca ilusion se hace sobre esto, que abrazándola y todo le decia: «Malvada, no puedes pasar sola una noche.»

Con este motivo hubo de haber entre ellos muchos enojos y sepa-

raciones, que terminaban siempre en una reconciliacion con mayores estremos de cariño. En una de estas querellas, Propercio, el severo Propercio quiso olvidar á Cintia abandonándose en cuerpo y alma al libertinaje, frecuentando á las cortesanas mas voluntarias y fáciles: desde el dia en que su amigo Galo con la intencion de distraerlo de sus hondos pesares, lo hizo testigo durante una noche entera de sus propios amores con una nueva querida, Propercio habia perdido su pudor ordinario.

«¡Oh noche, cuyo recuerdo me es tan dulce! habia dicho el poeta electrizado por aquel espectáculo. ¡Oh noche que yo evocaré con frecuencia en mis ardientes votcs, noche voluptuosa en que te he visto, Galo amigo, estrechando en tus brazos á tu jóven manceba, morir de amor dirigiéndole entrecortadas palabras...»

Al salir de este peligroso espectáculo, Propercio era infiel á Cintia, y en todo pensó menos en darle una rival escogida entre las matronas; era muy amigo de su reposo para ir á buscar difíciles placeres. Como él mismo lo dice, entró en la senda trillada por el vulgo con ánimo de saciar sus deseos en las impuras fuentes de la prostitucion pública (ipsa petita lacu nunc mihi dulcis aqua est). La máxima que adoptó era bien contraria al amor. «¡Maldicion á los que gustan de sitiar plazas cerradas!» El poeta estaba resuelto á no amar ya mas, á no abdicar nunca su libertad. «¡Que todas las mujeres que el Oronto y el Eufrates parecen haber enviado para mí á Roma, que esas sirenas se apoderen de mí!» Y sin embargo no se consolaba de haber perdido á Cintia y continuaba cantando su amor, aunque maldiciéndolo. «Ni la vejez me apartará nunca de su amor, murmuraba en voz baja, aunque debiera ser yo un Tito ó un Nestor.» Supo luego que Cintia habia caido enferma y corrió á su cabecera asistiéndola tan solícita y tiernamente que creia haberla arrancado á la muerte.

Luego que estuvo convaleciente le dijo:

«¡Oh luz de mi vida! pues que ya estás fuera de peligro, lleva tus ofrendas al altar de Diana. Rinde tambien homenaje á la diosa que fué trasformada en ternera (Io): diez noches de abstinencia para esta diosa y otras diez de amor para mí.»

A consecuencia de esta reconciliacion hubieron de trocarse los papeles entre los amantes: los celos se calmaron en el corazon de Propercio, para encenderse en el de Cintia. Habíase, por fin, librado el

amante de la odiosa vigilancia que turbaba su reposo: Acantis, la mediadora ó tercera que tanta influencia ejercia en el ánimo de Cintia, que le suministraba los perfumes, filtros y cosméticos, que se cuidaba de sus mensajes, que era la protectora nata de los amantes ricos y la enemiga implacable de un poeta desheredado, Acantis habia exhalado su vil alma en un acceso de tos. Ya no existia la infame consejera que solia decir á Cintia:

«Que vele tu portero y tenga cuenta de quien llega. Si llama una mano vacía, que duerma como un sordo, apoyando la frente en la firme cerradura. No rechaces la callosa mano del marinero, si está llena de oro, ni las rudas caricias del soldado que paga, ni aun las de los viles esclavos, que con su cartel al cuello hacen piruetas por en medio del mercado. Mira el oro y no la mano que lo dá. ¿Qué te quedará al fin de los versos que te canten? Hazte sorda á esos versos, cuando no los acompañe un espléndido presente, desoye la lira cuyo son no sea de oro.»

Propercio asistió á los últimos momentos de Acantis y á sus vergonzosos funerales, que pusieron en evidencia las cintas de sus escasos cabellos, su mitra descolorida y mugrienta, su perra tan bien enseñada á hacer el acecho á la puerta de las cortesanas.

«¡Que una ánfora vieja y de cuello roto sea la urna cineraria de esta hechicera abominable, esclama Propercio, y que una higuera silvestre la oprima entre sus raices! ¡Que todos los amantes vengan á apedrearla á su tumba, y que las piedras que le tiren vengan acompañadas de maldiciones.»

Cintia, que no escuchaba ya la emponzoñada voz de Acantis, dió libre curso á su ternura por Propercio y al mismo tiempo á sus celos: lo hizo espiar y aun hubo de espiarlo ella misma, suponiéndole tantas queridas, como amantes habia tenido ella. En vano Propercio protestaba de su inocencia; Cintia lo llenaba de injurias y reproches, lo arañaba, lo mordia, le golpeaba, concluyendo por martirizarse ella misma como castigándose por no ser bastante bella ni bastante amada.

Estos vagos celos vinieron á fijarse en una cortesana, llamada Licinna, de quien Propercio habia sido amante, antes de conocer á Cintia; y á tal estremo llevó esta sus furores contra aquella, que Propercio se vió obligado á pedir gracia para la supuesta rival, que no tenia

en efecto, culpabilidad ninguna: le confesó francamente que en su juventud habia tenido Licinna relaciones amorosas, pero ni siquiera se acordaba ya de haberla conocido, bien que aquella cortesana le hubiera enseñado en sus noches de amor una ciencia que le era muy familiar.

«Tu amor ¡Oh Cintia mia! le decia sin convencerla, ha sido la tumba de todos mis amores: depon tu resentimiento contra Licinna que no lo merece en verdad. ¡Oh mujeres! Cuando vuestro enojo huye no vuelve jamás.»

Por conservar esta paz tan necesaria á las tareas del espíritu, Propercio procuraba no hacer nada, que Cintia pudiera interpretar en el sentido de sus celos; pero como él habia dejado de tenerlos, mostraba naturalmente cierta indiferencia, que escitaba en Cintia el deseo de descubrir la causa de esta mudanza.

Un dia pretestando un voto, fué á ofrecer un sacrificio á Juno Argiva en su templo de Lanuvio. Este templo estaba situado á la derecha de la Via Apia, no léjos de los muros de Roma: en el bosque sagrado, que rodeaba el templo, habia un profundo antro, que servia de guarida á un dragon, mónstruo al que las doncellas llevaban todos los años ciertos panecillos de trigo que le ofrecian con los ojos vendados. Cuando estaban puras, el mónstruo aceptaba sus ofrendas; cuando nó, las rechazaba con espantosos rugidos. Cintia no tenia nada que llevar al dragon; su objeto no podia ser otro que la diosa. Por lo demás, su viaje era solo un medio de ausentarse, dejando á su amante el campo libre.

Propercio la vió partir en un carro tirado por mulas de larga crin, conducido por un afeminado de rostro afeitado y precedido de unos perros con ricos collares. «Despues de tantos agravios inferidos á mi lecho, dice el poeta contando su aventura, quise, cambiando tambien de dormitorio, trasladar mi campo á otro terreno.» Avisó, pues, á dos alegres y jóvenes cortesanas, á Filis, poco seductora en ayunas, pero sin rival cuando bebia; y á Teia, blanca como una azucena, pero cuya embriaguez no se contentaba con un solo amante. La primera vivia en el monte Aventino, cerca del templo de Diana; la segunda en los bosques del Capitolio, y las dos fueron al cuartel Esquilino, donde tenia Propercio su casita. Todo se habia preparado para recibirlas de una manera digna de ellas, y Propercio se prometia endulzar así sus

pesares y escitar sus sentidos con sensualidades que les eran desconocidas (et venere ignota furta novare mea).

Sirvióse la comida sobre la fresca yerba en el fondo del jardin: nada faltaba en ella, ni el vino de Metimna, ni los aromas ni las bebidas heladas ni las rosas deshojadas. Ligdamo estaba encargado de las ánforas. No habia mas que un lecho de mesa pero bastante capaz para tres comensales. Propercio se acomodó entre las dos convidadas. Un egipcio tocaba la flauta, Filis el címbalo, un enano deforme, un pito de palo; música que aumentaba la distraccion del poeta, cuyo pensamiento seguia á Cintia, al templo de Lanuvio.

Filis y Teia se pusieron al fin ébrias, la luz de la lámpara declinaba; la mesa rodó por el suelo al ir á jugar á los dados. Jugaron sin embargo sacando siempre el poeta números funestos como los que se daban á los perros: la suerte de Vénus, es decir, el número uno, no le tocaba nunca. Por mas que Filis descubria su seno y Teia se arremangaba las haldas de la túnica, Propercio estaba ciego y sordo. (Cantabant surdo nudabant pectora cæco).

De repente la puerta de entrada giró sobre sus goznes y unos pasos precipitados se dejaron oir en el vestíbulo. Era Cintia que acudia, pálida y terrible, con el pelo en desórden, los ojss fulminantes y los puños crispados. La embriagez colérica de aquella mujer tenia el entusiasmo del esterminio: hubiérase creido aquello una ciudad tomada por asalto. (Spectaculum capta nec minus urbe fuit.) Con violenta mano arroja las lámparas al rostro de Filis; Teia espantada grita luego y pide agua. Cintia las persigue fugitivas desgarrándoles las túnicas, arrancándoles las greñas, dándoles golpes, llenándolas de injurias, y hubiera dado fin de ellas, á no escapar de sus manos para refugiarse en la mas próxima taberna.

Entretanto y al ruido se despierta el vecindario y acuden con antorchas, y puede verse aun á Cintia furiosa como una bacante inspirada, encarnizarse contra el mismo poeta, su amante desleal, á quien abofetea, araña y muerde hasta hacerle sangre, queriendo aun sacarle los ojos.

Propercio que se siente culpable, acepta su castigo con secreta alegría, y abrazando las rodillas de Cintia, le suplica tenga la bondad de aplacarse y otorgarle su perdon.

Cintia se aplaca al fin y se lo otorga, pero bajo estas condiciones:

que no ha de pasearse mas bajo el pórtico de Pompeyo, ni por el Foro, á lo menos cuando esté engalanado; que no ha de mirar nunca hácia las últimas gradas del anfiteatro, donde se sientan las cortesanas; y que su Ligdamo ha de ser vendido, como esclavo infiel, con una cadena en cada pié.

Propercio acepta las condiciones y consiente en todo para expiar su impotente conato de infidelidad, y besa humildemente las manos de su despótica amada, que sonrie orgullosa de su triunfo.

Luego la victoriosa rival quema perfumes y lava con agua pura todo lo que el contacto de Filis y de Teia habia podido manchar á sus ojos; manda á Propercio mudarse de vestidos, sobre todo de camisa, y esponer tres veces sus cabellos á una flama de azufre. Muda despues la ropa de la cama, donde acaba de reconciliarse con su amante. (Et toto solvimus arma toro.)

Propercio debia sobrevivir á Cintia. Una rival, la infame cortesana Nomas, que vendia sus noches á vil precio en las calles y plazas públicas, hubo de darle á beber el veneno que uno de sus amantes suministró por medio de una maga, para vengar un agravio que habia recibido de aquella altiva cortesana.

Propercio estaba ausente á la sazon y no pudo dirigir los funerales que se hicieron á toda prisa y sin ostentacion ni pompa de ninguna clase: no se echaron perfumes en la pira; no se derramó una copa de vino sobre las humeantes cenizas de la víctima de tan odioso atentado, como si todo tendiera á borrar pronto las huellas de aquel crímen.

Cuando Propercio volvió á Roma, Cintia habia sido enterrada á la orilla del Anio, en el camino de Tibur, en el mismo sitio que habia designado ella para su sepulcro. Eeta repentina y desgraciada muerte dejó al amante como herido de un rayo; pero no pretendió el castigo de los criminales: la sombra de Cintia que lo perseguia de dia y de noche, le pedia venganza, pero él no se atrevió á acusar al envenenador. Este debia ser un personaje pudiente, pues Nomas que habia sido su instrumento, barrió luego el polvo de las calles con los bajos de su túnica franjeada de oro, pasando repentinamente de la miseria á la opulencia; en cambio las amigas de Cintia que levantaron la voz para defenderla ó sentirla solo, fueron tratadas malamente, no se sabe por qué órden ni por qué poder.

Por haber llevado algunas coronas á la tumba de Cintia, la vieja Petala fué puesta á la vergüenza, y por haber invocado el nombre de la víctima de tan fiera y tenebrosa venganza, la bella Lalage fué colgada de los cabellos y azotada cruelmente.

Propercio, perseguido siempre por la sombra, que no le daba ni aun en sueños, punto de reposo, se atrevió al fin á erigirle una columna y á gravar un epitafio que puso sobre el sepulcro de su malograda Cintia: cumplió tambien las últimas voluntades de aquella desgraciada, recogiendo en su casa á su vieja nodriza y á su esclava predilecta. Pero á pesar de los avisos supremos que tenia en sueños, no quiso quemar los versos que habia consagrado á sus amores.

Una noche la sombra melancólica de Cintia se le apareció y le dijo:

«Puedes ser ahora de otras; muy pronto serás esclusivamente mio, y nuestros huesos descansarán en la misma tumba.»

Dijo, y desapareció la sombra por entre los brazos del poeta que habia creido cogerla y arrebatarla al reino de los manes.

Propercio no sobrevivió mucho tiempo á su amada, cuya muerte no cesó nunca de llorar. Murió á los cuarenta años de edad y fué enterrado con Cintia en el sepulcro que él le habia erigido en uno de los mas amenos sitios de las cascadas del Tibur. Cintia, que participa de la inmortalidad de su poeta, no fué sin embargo, mas que una cortesana famosa.

CAPITULO XXVI.

Tibulo.—Su vida voluptuosa.—La liberta Plania ó Delia.—El marido de esta cortesana.—La madre de Delia protege sus amores con Tibulo.—Ternura platónica de Tibulo.—Recomendaciones de Tibulo á la madre de su amada.—Filtros y encantamientos.—Delia despide á Tibulo.—Tibulo denuncia al marido de Delia la conducta de su mujer.—Némesis y su amante.—Némesis y Tibulo.—Precio de los favores de esta cortesana.—Cerinto impide que Tibulo se arruine por Némesis.—Tibulo enamorado de Neera.—Némesis rehusa casarse con Tibulo.—Desesperacion de Tibulo.—Declaracion de amor á Sulpicia, hija de Servio.—Sulpicia otorga sus favores á Tibulo.—Infidelidad de Tibulo.—Glicere y Tibulo.—Desdenes de Glicere.—Oda de Horacio á Tibulo.—Muerte de Tibulo.—Delia y Némesis en sus funerales.—Citeris.—Cornelio Galo-Cíteris.—Galo en la guerra de los partos.—Su poema á Licoris.—Vuelta de Galo.—Infidelidades de Licoris.—Gentia y Cloe.—Lidia.—La Licoris de Maximiano embajador de Teodorico.—Ovidio.—Corina.—Conjeturas acerca del verdadero nombre de esta cortesana.—El marido de Corina.—Consejos de Ovidio á Corina.—Corina en casa de Ovidio.—Celos y violencias de Ovidio.—Su desesperacion por haber maltratado á Corina.—La mediadora Dipsas.—Insinuaciones de esta horrible vieja.—El eunuco Bagoas.—Nape y Cipasis peinadoras de Corina.—Amores de Ovidio y Cipasis.—Aborto de Corina.—Indignacion de Ovidio á la noticia de este odioso atentado.—Solicitud de Corina por reconquistar el corazon de Ovidio.—Frialdad de Ovidio.—Vergüenza y despecho de Corina.—Ovidio es despedido.—Súplicas é instancias de Ovidio para obtener el perdon de su conducta.—Corina y el capitau romano.—Despecho de Ovidio.—Ovidio se retira al país de los faliscos.—Su regreso á Roma.—Corina se abandona á la prostitucion desvergonzada.—Ultima carta de Ovidio á Corina.—Compone Ovidio su poema Arte de amar, en presencia y bajo la inspiracion de las cortesanas.—Sus relaciones secretas con la hija de Augusto.—Ovidio es desterrado al Ponto Euxino.—Su destino atribuido á su amor adulterino.—Sabe Ovidio que Corina ha descendido al último grado de prostitucion.—Muere de pesar y su último pensamiento es para Corina.

El amor de las cortesanas tuvo tambien toda la vida y toda la fama de un contemporáneo de Propercio: Tibulo amó y cantó á sus queridas. Tibulo, amigo de Virgilio, de Horacio y de Ovidio, fué como ellos un gran poeta y un tierno amante. Habia nacido en Roma cua-

renta y tres años antes de la era cristiana y precisamente el mismo dia que Ovidio. Su aficion á la poesía se reveló en él desde muy temprano, y desde la edad de diez y siete años reconoció que no tenia aptitudes para las armas, y que su temperamento lo inclinaba á la blandura de los placeres. «Aquí es donde soy yo buen gefe y buen soldado,» esclama en una de sus elegías. En efecto, la vida voluptuosa, que era su vocacion, no tardó en enervar sus fuerzas físicas y en desarrollar su sensibilidad nerviosa: no poseia una complexion bastante enérgica para resistir por mucho tiempo el abuso de aquellos placeres que la corrupcion romana habia perfeccionado tan monstruosamente; y en medio de los jóvenes libertinos, cuyas orgías eran tambien suyas, reconoció muy luego su inferioridad avergonzándose de ella.

Con esta conviccion se resolvió á buscar con el corazon los goces que su pobre naturaleza no era capaz de procurarle. Hasta entonces habia gastado entre cien mujeres toda la actividad de sus pasiones vagabundas, y quiso concentrarlas de allí adelante en una sola mujer.

Esta mujer no podia ser otra que una cortesana, porque en Roma la ley y las costumbres se oponian á todo amor ilegítimo que se dirigiera á una ingénua y que no tendiera al matrimonio. Tibulo no pensaba en casarse, ni queria tampoco un enlace misterioso y culpable que hubiera tenido que ocultar á los ojos de sus mismos amigos: muy al contrario, queria tomar al público por testigo y confidente de sus ocupaciones amorosas.

Desde luego fijó su eleccion en una cortesana á quien él llama Delia en el primer libro de sus elegías y tenia seguramente otro nombre. Segun la opinion mas probable, era una liberta llamada Plania cuyo complaciente marido esplotaba hábilmente su belleza y coquetería.

Tibulo no era bastante rico para ser aceptado ni aun consentido por aquel infame, que solo tenia celos en el caso de una infidelidad improductiva; pero la madre de Delia, indignada de las vergonzosas servidumbres que se imponian á su hija, hubo de interesarse por Tibulo, cerca de la que amaba sin pagarle. Ella misma fué quien llevó á Delia cerca de Tibulo en medio de las tinieblas y quien temerosa y tácitamente unió en secreto las trémulas manos de los amantes; ella misma presenciaba sus citas nocturnas y esperaba á la puerta á Tibulo reconociendo sus pasos á los léjos.

Estas citas no eran, en verdad, muy peligrosas ni para la virtud de la mujer ni para el honor del marido, porque el mismo Tibulo refiere que antes de poseer el corazon de Delia, no era ya por desgracia hombre:

«Mas de una vez, dice, estrechaba entre mis brazos á alguna otra beldad; pero cuando iba á probar la dicha, Vénus me recordaba á mi querida y apagaba mis ardores. Entonces la beldad se levantaba del lecho diciendo que yo era víctima de un maleficio y publicaba mi triste impotencia.»

Puede creerse que Tibulo no habia cambiado de naturaleza al ser el amante de Delia. Hé aquí porque, descontento de sí mismo, é inquieto por su impotencia, recomienda á la madre de Delia que «le enseñe la castidad (sit modo casta doce) bien que la santa venda no realce sus cabellos, bien que la túnica larga no oculte sus piés.» Este amor era, pues de parte del poeta, mas ideal que material y el corazon hacia, digámoslo así, todo el gasto.

Sin embargo, los dos amantes solian verse de noche, á reserva del marido, y Tibulo exaltado por su ternura completamente platónica, esperaba paciente á la puerta de Delia que aquella puerta con frecuencia muda é inmóvil, girara furtivamente sobre sus goznes, cuando el celoso estaba ausente ó dormido.

«No siento ningun mal por el penetrante frio de una noche de invierno, decia el poeta despues de haber maldecido la inexorable puerta, ningun mal por la lluvia que cae á torrentes: estas rudas pruebas me hallan insensible, con tal que Delia descorra al fin los cerrojos y que la tácita seña de su dedo me llame á su lado.»

Este amor tuvo todas las peripecias de los demás amores: celos, enojos, reconciliaciones, lágrimas y besos; pero á Tibulo le era difícil acostumbrarse á los oficios que hacia su querida. Sin embargo, él no podia darle el precio de sus caricias; y, ó tenia que romper con ella, ó cerrar los ojos sobre lo que veia.

«¡Oh, tú, el primero que enseñaste á vender el amor, esclamaba con furor, cualquiera que seas, pese sobre tus huesos la piedra funeraria.»

Tibulo no tenia oro para satisfacer la venalidad del infame esposo de su Delia, y en esta imposibilidad hubo de recurrir á filtros y encantamientos con la esperanza de repeler á sus rivales y obligar á su

querida á serle fiel; pero encantamientos y filtros que no le dieron re sultado.

«Todo lo he hecho, escribia á Delia, todo, y me convenzo de que es el otro que posee tu amor, otro el que goza, feliz, el fruto de mis encantamientos.»

Cansada al fin Delia de tantas querellas y reproches, que no dejaba de merecer, cerró su puerta al desdichado poeta.

«Ya no se me abre tu puerta, dijo entonces con amargura: hay que llamar á ella con mano llena de oro.»

En su desesperacion llegó hasta á denunciar sus propios amores al marido, que fingia ignorarlos, ofreciéndose á ayudarle en la tarea de guardar á su mujer como habria podido hacerlo el mas solícito esclavo. Delia, á quien el hábito del vicio habia hecho astuta, se rió de la acusacion de Tibulo y sostuvo descaradamente que ella no le habia otorgado nunca otra cosa que compasion. El marido afectó creerlo así é impuso silencio al acusador; pero éste irritado de verse desmentido hubo de entrar en los detalles mas circunstanciados acerca de sus relaciones con la pérfida.

«Con frecuencia, decia al marido, fingiendo admirar sus perlas y su anillo, he sabido estrecharle la mano, con frecueucia y por medio de un vino puro, la hacia dormir, mientras que en mi copa una agua furtiva me aseguraba la victoria.»

El marido se encogia de hombros sonriendo sin contestar, pero diciendo entre sí. «¡Qué locos son estos poetas!» Tibulo atormentado por los celos, se permitia dar consejos á aquel marido burlado y dichoso de serlo.

«Ten cuidado, le decia, ten cuidado de evitar que otorgue á los jóvenes el favor de conversaciones frecuentes; cuida de que, cuando repose, tenga el seno bien cubierto; que sus signos de inteligencia no te se escapen y que con el dedo mojado no trace sobre la mesa amorosos caractéres.»

Tibulo olvidaba que Delia habia aprendido de él mismo el arte de engañar á su Argos: el mismo Tibulo le habia dado el secreto de los jugos y yerbas que borraban la lívida huella que dejan los dientes de un amante estremado en los combates de Vénus (livor quem facit impresso mutua dente Vénus).

Tibulo habia ofendido mucho á Delia para que esta pudiera perdo-

narlo, el rompimiento entre ellos era, pues, definitivo, y el marido se daba el parabien, esperando que con la esperiencia de este fracaso, no volveria su mujer á aceptar sino amores lucrativos. Cuando Tibulo se convenció de la imposibilidad de una reconciliacion, no se obstinó ya en perseguirla en vano, y fué á buscar amores á otra parte. Fijóse tambien en otra cortesana, pero mas ávida é inflexible que Delia. Tibulo, sin embargo, apercibió sus versos y se lisonjeó de llegar á poseer aquel corazon avaro por las seducciones de la vanidad: con tal propósito quemó su incienso poético á los piés de la bella desdeñosa á quien adoraba con el nombre de Némesis. Esta cortesana estaba entretenida por un rico liberto, que habia sido muchas veces vendido en el mercado de los esclavos y debia sus riquezas á industrias del mal género. Ningun caso hacia de este advenadizo grotesco á pesar de la fortuna, pero tampoco estaba por amores que no le reportaran provecho.

«¡Ah! esclamaba tristemente Tibulo, los ricos solamente, ya lo veo, son los que agradan á la belleza. Pues bien, que la rapiña me enriquezca, ya que Vénus ama la riqueza; que Némesis flote en el lujo y ande por la ciudad ostentando mis larguezas á las deslumbradas gentes; que arrastre las telas trasparentes bordadas de oro por mano de una ninfa de Cos; que sigan sumisos sus pasos, esos esclavos negros que el sol de la India abrasa; que ofreciéndole á porfía sus mas bellos colores, el Africa le dé la escarlata, y Tiro la púrpura.»

Todo esto no pasaba de la línea de los proyectos y el poeta despues de haberlos trazado pomposamente en una elegía, no se daba prisa en ponerlos por obra. Un año, un año entero esperó los favores de Némesis, que sin duda se los hizo pagar de una manera ó de otra, pero que no le inspiró el deseo de obtenerlos al mismo precio. Tibulo estuvo al punto de vender la modesta herencia de sus mayores para satisfacer á las exigencias de su nueva querida, y hubiera consumado su ruina, á no impedírselo su amigo Cerinto, por cuyos buenos consejos procuró pagar solo en moneda de versos; pero fué despedido desdeñosamente.

«Una mediadora, escribia á sus amigos Cerinto y Macer, es la vil que se opone á mis amores, porque Némesis es buena. Friné, esa es la infame que me aleja sin piedad, llevándole en secreto y sin cesar estraños mensajes de amor. Muchas veces, cuando desde el dintel donde

en vano espero, estoy oyendo la voz de mi querida. Friné me dice que está ausente, y cuando reclamo la noche que se me ha prometido, me anuncia que mi hermosa está enferma. Entonces yo me muero de inquietud; entonces mi imaginacion exaltada me presenta un rival en los brazos de Némesis; entonces, infame Friné, te entrego á las Eumenides!»

Sus amigos lo consolaron haciéndole comprender que Roma no carecia de cortesanas, que estarian orgullosas de ser amadas y cantadas por un poeta como él.

Y hé aquí luego al punto á Tibulo enamorado de la casta y jóven Neera, que no era probablemente la de Horacio. Tibulo en el tercer libro de sus Elegías, la representa como una niña inocente, educada por la mas tierna de las madres y por el mas amable de los padres. Esta jóven era, no podia ser sino una hija de libertos, y sin embargo Tibulo ofreció tomarla en matrimonio, ó á lo menos en concubinato. Aunque las canas no hubieran invadido su cabeza, aunque la vejez de cuerpo encorvado y andar tardío, no hubiera llegado para él, él se sentia próximo á su fin; era una lámpara agotada de aceite que despedia el último resplandor. La casta Neera como la llama él sin cesar, rehusó unir su fresca y ardiente juventud á aquella otra juventud envejecida y agotada. Veía, eso sí, con placer las atenciones de que era objeto por parte del noble poeta, escuchaba sus versos y suspiros y no exigia mas presentes que la coleccion de las Elegías de Tibulo en una gran vitela con su cubierta ó forro dorado. Pero estaba en la edad del amor y tomó un amante de su agrado, aunque sin retirar su amistad al poeta, que habia esperado mucho mas.

«Fiel ó constante, le decia, tú serás siempre mi querida Neera.» No sin lágrimas ni lucha se resignó á ser solo el hermano de Neera; pero creyó morirse de despecho, encargando se pusieran en su tumba estas palabras: El dolor de haberle arrancado á Neera, causó la muerte de Tibulo.

Sus amigos, sus antiguos compañeros de mesa y de placer, los poetas del amor y de las cortesanas lo arrastraron todavía para distraerlo á sus alegres reuniones, invitándolo á cantar las alabanzas de Baco, que acudia al alivio de los sufrimientos amorosos.

«¡Oh! cuán dulce me seria, murmuraba Tibulo vaciando su copa, reposar cerca de tí durante la noche y velar durante el dia. Infiel á

quien merecia su amor, lo dá á quien no es digno de él. ¡Pérfida!... Pero, aunque pérfida, la amo todavía.»

Baco que se apoderaba de él por grados iba desvaneciendo el fantasma de Neera.

«¡Ea! esclavo, esclamaba tendiendo su copa al escanciador; que fluya el vino en mas abundancia. Hace mucho tiempo que debia yo haber rociado mi cabeza con los perfumes de Siria, y ceñir mi frente con coronas de flores.»

Tibulo sabia perfectamente que no debia esperar de una cortesana aquella dulce reciprocidad de sentimientos, en que su imaginacion soñaba aun la felicidad: La juventud y el amor decia en otro tiempo sintiendo ser aun jóven y no estar enamorado; la juventud y el amor son los únicos encantadores. Ya no habia que recurrir á la mágia ni á los filtros impotentes para suplir lo que le habia arrebatado su enfermedad de languidez y consuncion; pero él queria probar á Neera que era capaz de ser marido y aun amante caso necesario, y con esta idea hizo una declaracion de amor á Sulpicia, hija de Servio. Hé aquí el bosquejo que hace de esta nueva divinidad.

«La gracia compone en secreto cada uno de sus gestos, cada uno de sus movimientos y sigue todos sus pasos. Si desata sus cabellos, ó los deja flotar en trenzas dosordenadas, este desórden sienta bien á su belleza. Cuando se levanta envuelta en su manto de púrpura tiria, nos inflama, y nos inflama tambien cuando viene vestida con su túnica blanca como la nieve.»

Sulpicia tuvo piedad del poeta moribundo y le otorgó mas de lo que él pretendia, recogiendo así los últimos reflejos de aquel corazon que se apagaba.

«Ninguna otra mujer, le decia con entusiasmo, podrá arrancarme de tu lecho: es la primera condicion que puso Vénus á nuestro cariño. Solo tú sabes agradarme, y fuera de tí no hay ya en Roma una mujer bella á mis ojos. En vano enviaria el cielo otra mujer á Tibulo, en vano; ni la misma Vénus tendria poder para apartarme de tí.»

Pero pronunciado este juramento de fidelidad el poeta le era infiel; Glicere, una de las mas famosas cortesanas griegas que hubiera á la sazon en Roma, habia querido tambien una pequeña parte de inmortalidad en los versos de Tibulo; y éste admirado de una fortuna que él no habia buscado, hubo de atribuirla á su mérito perso-

nal, y pensó deber amar sériamente á Glicere, que no amaba sino sus versos. Por la primera vez de su vida, Tibulo se presentó al amor como un amante y no como un poeta; y no componiendo un solo verso á Glicere, ésta no tuvo la paciencia de esperar una veleidad poética, y muy luego le volvió la espalda al pobre poeta.

Esta crueldad afectó profundamente á Tibulo, cuya débil salud se alteró tanto, que sus amigos creyeron que habia recibido ya el último golpe. Horacio le dirigió una oda en que le suplicaba consolándolo, olvidase á la cruel Glicere. (ne doleas plus nimio memor immitis Glyceræ,) pero Tibulo supo casi al mismo tiempo que Horacio lo habia reemplado en el amor de aquella caprichosa.

Tibulo no se levantó ya mas, muriendo en fin, á la edad de veinte y cuatre años. Su madre y su hermana le cerraron los ojos, y el dia de sus funerales se vieron aparecer sus dos queridas Delia y Némesis vestidas de duelo y dando muestras del mas vivo dolor, las dos rivales juntas siguieron el cortejo fúnebre y confundieron sus lágrimas en la pira de su amante, disputándose la gloria de haber sido cada una mas amada que la otra.

El tiempo de Augusto fué la gran época de los poetas y cortesanas que se entendian tambien entre sí, que parecian inseparables. Allí donde habia una cortesana habia siempre un poeta enamorado á lo menos en sus versos. La brillante Glicere compartia el prestigio y los adoradores con la encantadora Citeris, otra cortesana griega, que podria ser muy bien la hija de la que Julio César habia amado. Horacio habia amado tambien á otra Citeris, en la cual no osamos reconocer ni la de César ni la de Cornelio Galo. Este último, amigo de Tibulo, de Ovidio y de Virgilio, poeta como ellos, y como ellos muy buscado en la sociedad de las cortesanas, se habia aficionado á Citeris, á quien cantaba bajo el nombre de Lícores, celebrando sus amores en un poema en cuatro cantos, del que solo poseemos algunos fragmentos llenos de pasion:

«¿Qué quiere esa mediadora, esclamaba indignado, cuando procura oponerse á mis amores y lleva ricos presentes ocultos en el seno? Elogia estremadamente al jóven que los envia y habla de su noble carácter, de su fresca fisonomía sin pelo de barba aun, de la rubia cabellera que corona su cabeza con bucles ondeantes, de su habilidad en pulsar la lira y en cantar... ¡Oh! ¡cuánto temo que mi

querida no sea infiel!!... La mujer es de suyo variable y siempre móvil: jamás se sabe si ama ó si ódia.»

Galo estaba ausente de Roma y la guerra lo habia arrastrado con las águilas romanas á pueblos lejanos, contra los cuales combatia evocando el recuerdo de su amada. Mi Licoris, decia, no se dejará seducir por el fresco rostro de un jóven ni por dádivas: la autoridad y las rigorosas órdenes de una madre, serán ineficaces para hacer que me olvide; su corazon permanece inquebrantable y firme en mi amor. En esta disposicion amorosa, no tardó mucho en pensar que la gloriosa victoria obtenida sobre los partos, no valia una noche pasada en los brazos de su querida.

«¿Qué me importa á mí la guerra? decia con pesar: combatan en buen hora los que buscan en las hazañas de Marte riquezas ó conquistas. Por lo que toca á nosotros, peleamos con otras armas; el amor es quien toca el clarin y da la señal del combate; y si yo combato como un bravo desde que sale el sol hasta que se pone, que Vénus no me trate como un cobarde arrancándome las armas. Pero si mis votos se cumplen y las cosas vuelven en mi bien, que la mujer á quien amo sea el premio de mi triunfo, que yo la estreche entre mis brazos y la cubra de besos, mientras tenga la fuerza para amar y no tenga vergüenza de ello. Entonces vengan vinos generosos mezclados con nardo y rosa á inflamar mi ardor, y rocíese de perfumes mi cabeza coronada de flores. No me avergonzaré por cierto de dormir en los brazos de mi amada ni de no salir del lecho hasta el medio dia.»

Cuando Galo volvió de la guerra de los partos con algunas heridas y canas, no encontró ya á su Licaris como la dejara: no le habia bordado, como él esperaba, otro manto para la campaña próxima, no habia dejado de sustituirlo con cien amantes, ni siquiera habia pensado que Galo volviera de la guerra. Este reconoció que no vivia ya en la edad de oro, en la cual, como el mismo lo habia dicho, la mujer era bastante casta, cuando sabia callar en público sus debilidades. El poeta soldado no quemó los versos que habia dirigido á Licoris y que se conservaban en la memoria de todos los amantes; pero correspondió á la infiel con la misma infidelidad, encontrando muy luego con que consolarse en la clase de las cortesanas. Queria tambien que Licoris sintiera su infidelidad y con esta idea puso en moda por me-

dió de sus elegías de amor, á muchas jóvenes cuya belleza no las habia hecho todavía famosas.

«No disputeis ya con envidia, les decia para ponerlas de acuerdo, no disputeis cual de las dos tiene el cútis mas blanco ó menos moreno; disputad solo sobre este punto: ¿cuál enamora mas á su amante; una con sus ojos, otra con sus cabellos?»

Los cabellos de Gentia eran rubios como el oro. Los ojos de Cloe brillantes como dos estrellas. Despues amó Galo á una bella y candorosa niña, llamada Lidia, de quien fué el preceptor amoroso.

«Muestra, hermosa niña, le decia con admiracion, muestra tus rubios cabellos, que brillan como el oro puro; muestra, hermosa niña tu blanco cuello que se eleva con gracia sobre tus blancos hombros; muestra, hermosa niña, las estrellas de tus ojos bajo los graciosos arcos de tus negras cejas; muestra hermosa niña, tus sonrosadas mejillas en que se vé á veces la púrpura de Tiro; dame, hermosa niña, tus labios de coral; dame tus besos de paloma. ¡Ah! tú absorves una parte de mi alma embriagada y tus besos me penetran hasta el fondo del corazon.¿No aspiras tú mi sangre y mi vida? Oculta esas pomas de amor, oculta esos botones que destilan miel. Tu seno descubierto exhala olor de mirra y no hay mas que delicias en toda tu persona. Oculta, pues, ese seno que me mata con su esplendor de nieve y con su belleza. ¡Cruel! ¿no ves que me muero? Estoy medio muerto y me abandonas.»

Pero por mas que hizo Galo no dió rival á aquella Licoris á quien tan apasionadamente habia cantado y cuyo nombre siguió en crédito entre las mujeres de placer.

Mas de cuatro siglos despues otra Licoris inspiró tambien la musa del poeta Maximiano, á quien se confundió con Cornelio Galo, lo mismo que á su Licoris con la que amó y cantó Galo. Pero este Maximiana, embajador de Teodorico y todo como era, no fué sino un viejo impotente que se quejaba de ser juguete de su querida y se refugiaba en los lejanos recuerdos de su juventud para enardecer su corazon y por ser menos ridículo á sus propios ojos.

«Hé aquí á esa bella Licoris, á quien yo he amado tanto decia el poeta lamentándose, á quien habia yo entregado mi corazon y mi fortuna. Despues de tantos años de haber vivido juntos, rechaza mis caricias ¡las estraña! ¡Ah! Ella quiere ya jóvenes y amores nuevos,

pues me llama viejo, débil y decrépito sin querer recordar los goces del pásado, sin tener en cuenta que ella, ella misma es quien ha hecho de mí un viejo.»

Un amigo del verdadero Galo, como apreciador de los encantos de la verdadera Licoris, un gran poeta consagró tambien al amor las primeras inspiraciones de su musa: puede decirse que Ovidio el cantor, el legislador del arte de amar, habia aprendido su oficio en el comercio de las cortesanas. Ovidio pertenecia á la familia *Naso*: la prominencia de la nariz era el carácter distintivo y el atributo erótico de los varones de esta familia, y el sobrenombre de *Nasones* pasó de padres á hijos, desde la enorme nariz que hiciera la celebridad de uno de sus antepasados. Bajo este concepto como bajo todos los otros, el último *Nason* no habia degenerado. Era un voluptuoso que comenzó á vivir muy temprano segun sus aficciones.

«Mis dias, dice él mismo, aludiendo al orígen de su sobrenombre poético, mis dias se pasaban en la pereza; el lecho y la ociosidad habian enervado ya mi alma, cuando el deseo de agradar á una beldad vino á poner término á mi vergonzosa apatía.»

Esta beldad no era, como ha querido sostener con suposiciones gratuitas, Julia la hija de Augusto, viuda de Marcelo y esposa de Marco-Agripa, sino una simple cortesana á quien cantó el poeta bajo el nombre de Corina. Corina, segun el mismo Ovidio nos dice, tenia un marido, ó mas bien un lenon (*lenone marito*); marido que, como todos los de las cortesanas esplotaba las galanterías de su mujer. Ovidio que no era mas rico que los demas poetas, agradaba sin duda á la mujer, pero estaba seguro de desagradar al marido. Su situacion cerca de Corina era, pues, la de Tibulo cerca de Delia ó de Némisis; pero con la ventaja de su reputacion, que lo ponia por encima de los demás poetas, y por consiguiente las cortesanas se disputaban el honor, ó mas bien el interés de su amor por hacerse famosas. Puede creerse que dió muchas rivales á Corina; pero con todo eso, no satisfizo los deseos de ninguna de ellas, pues solo nombra á Corina en sus elegías, bien que fueran inspiradas por todas. Hay que tener presente, sin embargo, para esplicar esta singularidad, que Ovidio compuso de primeras cinco libros de elegías, pero que luego hubo de quemar dos, al corregir definitivamente las obras que debian subsistir.

Sea lo que quiera, jamás se ha sabido positivamente quién fuera

aquella Corina misteriosa, y este secreto estuvo tan bien guardado en tiempo de Ovidio, que sus amigos le pedian en vano la revelacion y que mas de una cortesana, aprovechándose de la discrecion del amante de Corina usurparon el sobrenombre de la bella desconocida dándose públicamente por la heroina de los cantos del poeta. Segun una opinion que no es la menos verosímil, Corina no era mas que la personificacion imaginaria de muchas cortesanas que Ovidio habia amado á la vez ó sucesivamente.

Ateniéndose al relato de Ovidio, el amor lo habia maravillosamente dispuesto á recibir la impresion que le afectara al encontrar á Corina.

«¿Quién podrá decirme, se preguntaba el poeta, por qué me parece tan duro mi lecho, por qué la ropa del lecho no puede permanecer en él, por qué esta noche, que me ha parecido tan larga, no he cerrado los ojos, por qué mis fatigados miembros se vuelven y revuelven al aguijon de vivos dolores?»

Ovidio habia visto á Corina, la amaba, la deseaba: con ella debia verse en una de aquellas *comessationes*, en que los buenos manjares, el vino, los perfumes, la música y la danza, favorecian las inteligencias de los corazones y todas las debilidades de los sentidos. Pero el marido, el lenon de Corina habia de acompañarla tambien y los celos se despertaron en Ovidio, aun antes que la posesion de la mujer le hubiera dado derecho ó razon para estar celoso. Para que supiera, pues, cómo habia de obrar durante aquel festin, el amante le escribe tiernamente dándole instrucciones, y le enseña una multitud de manejos amorosos, que acaso conociera ella mejor que él.

«Cuando tu marido, le dice, se recueste en el lecho de mesa, irás con aire modesto á colocarte á su lado, cuidando entonces de tocar con tu pié secretamente el mio.»

Le suplica luego haga llegar á él la copa en que haya bebido para poner sus labios en el mismo sitio en que ella ponga los suyos.

«No permitas, añade, que tu marido te eche el brazo al cuello, ni apoyes tú en su belludo pecho tu encantadora cabeza; menos has de permitirle que lleve la mano á tu seno; sobre todo guárdate de darle ningun beso, pues si le das uno solo, no podré yo disimular que te amo. Esos besos son mios, diré; y allá iré á tomarlos. Pero á lo menos puedo ver esos besos; las caricias que se ocultan por debajo del mantel

(*quæ bene pallia celant*) esas son las que temen mis ciegos celos. No acerques tu pierna á la suya, ni toques sus groseros piés con los tuyos delicados.»

Pero el pobre amante, que se crea tantos tormentos como previsiones, se entristece, se indigna temiendo las libertades que el marido, ya acalorado por el vino, podria permitirse á su vista ó en reserva sin que la paciente osara oponerse.

«Para ahorrarme toda sospecha, dice á su amada, aparte de sí el mantel, que seria cómplice de lo que me temo, por haberlo hecho yo mismo muchas veces con otras mujeres.»

Sœpe mihi dominæque meæ properata voluptas
    Veste sub injecta dulce peregit opus.
Hoc tu non facies; sed ne fecisse puteris,
    Conscia de gremio pallia deme tuo.

Ovidio espera aprovechar para su amor la embriaguez y el sueño de aquel marido que los espía; pero de pronto reconoce la inutilidad de tantas y tan refinadas precauciones: concluida la cena, el marido se llevará á su mujer y será dueño de disponer de ella sin violencia ni testigos.

«No te abandones sino á pesar y como cediendo á la fuerza: bien puedes hacerlo, esclama dolorosamente; que tus caricias sean mudas y que Vénus le sea amarga.»

Pero el dia siguiente Corina creyó deber alguna indemnizacion á su buen consejero, y fué á verlo á su misma casa, á la misma hora en que acostado en su lecho, reposaba de la fatiga y calor del dia.

«Hé aquí á Corina que llega con la túnica desceñida, y el pelo flotante sobre sus homoros de alabastro, como Semíramis marchando hácia su tálamo imperial, como la misma Lais, célebre por sus numerosos amantes. Yo le arranqué una vestidura que nada me velaba sin embargo: Corina resistia queriendo conservar su túnica: pero como su resistencia era la de una mujer que no quiere vencer, consintió muy luego en ser vencida.

«Cuando apareció á mi vista sin ningun velo no pude notar en ella la menor imperfeccion. ¡Qué hombros, que brazos he visto y tocado! ¡Qué seno pude acariciar! Y bajo aquel seno irreprochable ¡qué vien-

tre tan pulido y blanco! ¡Qué caderas, qué pierna tan juvenil! ¿A qué detenerme en detalles? Nada ví que no fuera digno de elogio, y desnuda la tenia entre mis brazos. ¿Quién no adivina lo demás? Dormimos luego de fatiga. ¡Denme los dioses muchas siestas como esta!»

El poeta posee á su querida, pero no es todavía feliz: está celoso, tiene rivales que pagan caro un favor que él obtiene gratis, y reconviene, injuria y aun golpea á su Corina.

«El furor me ha hecho alzar sobre ella la mano temeraria, esclama pesaroso, y la pobre llora; pues la he maltratado en mi insano delirio.»

Ovidio no se perdonará nunca esta brutalidad.

«He tenido, añade, el horrible valor de arrancarle los cabellos y de arañar con uua impía su infantil rostro. La he visto pálida, aniquilada, semejante al mármol que arrebata el cincel á las montañas de Paros; he visto su rostro inanimado, sus miembros tan temblorosos como la hoja del álamo agitada por el viento; como la débil caña que se inclina bajo el dulce aliento del céfiro; como la onda, cuya superficie riza el soplo del Noto. Sus lágrimas detenidas largo tiempo, corrieron por sus mejillas, como el agua en el deshielo de las nieves.»

Y es que Corina tenia cerca de sí casi siempre á una vieja mediadora, llamada Dipsas, la cual empleaba toda clase de artificios para indisponerla con Ovidio, para apartar á éste á lo menos y vender á mas ricos amantes los momentos que ella le robaba.

«Díme, preguntaba Dipsas á Corina en tono de fisga, ¿qué te da tu poeta, fuera de los versos? ¡Bah! Millares de versos hay demás para que leas. El mismo dios de los versos, se cubre con un manto de oro y pulsa una lira de oro. Aquel que te dé oro, sea, Corina, á tus ojos mas grande que el Gran Homero.»

Ovidio oyó los pérfidos consejos de la vieja y tuvo que apelar á toda su prudencia para no atacar el poco pelo blanco que le quedaba, los ojos aquellos que le lloraban vino y sus arrugadas mejillas, contentándose solo con maldecirla en estos términos:

«¡Los dioses te nieguen asilo, te envien una vejez desdichada, inviernos interminables y una sed eterna!»

El poeta tenia necesidad de toda su elocuencia y sobre todo de su ternura para combatir la detestable influencia de Dipsas, que trabaja sin descanso para pervertir aun mas á la sencilla Corina.

«No pidas al pobre sino solicitud, servicios y fidelidad, escribia á

Corina, á quien habia dejado pensativa: un amante no puede dar mas de lo que posee. Celebrar en mis versos á las bellas que creo dignas de ello, es todo cuanto yo puedo hacer por ellas; pero á la que yo elija, mi arte le dará mi nombre, que no morirá nunca: perecerán las ricas telas, el oro y las piedras preciosas; pero la fama que dén mis versos, será eterna.»

Esta consideracion no era indiferente á los ojos de Corina que se veia con orgullo en los paseos, en el teatro, en el Circo, designada como la musa de Ovidio.

Su marido habia puesto á su lado un eunuco llamado Bagoas, que la acompañaba por todas partes y que jamás se dejaba seducir sin consultar á su amo. Ovidio no pudo lograr adormecer á aquel cerbero; pero atrajo á lo menos á su partido á las dos peinadoras de Corina, Nape que le llevaba las cartas y Cípasis que lo introducia en secreto. Esta úlitma era bella y elegante, y un dia se apercibió de ello Ovidio, mientras esperaba á Corina, y abrevió ó entretuvo la espera permitiéndose todo lo que Cípasis tuvo á bien permitirle. A su llegada hubo de notar Corina cierto desórden sospechoso en su dormitorio, y el rubor subido de Cípasis parecia confirmar aquellas sospechosas, que no desmentia por su parte el torpe disimulo de Ovidio.

«¡La crees sospechosa de haber manchado conmigo el lecho de su ama! esclamó el poeta esforzándose en recobrar su serenidad. Si el deseo de serte infiel me ocurriera alguna vez, presérvenme los dioses de serlo con una mujer de condicion despreciable. ¿Qué hombre libre querria conocer á una esclava y estrechar en sus brazos un cuerpo señalado por el látigo?»

Con esto y algo más no le fué difícil convencer á Corina, y aquella misma noche escribia á Cípasis solicitando otra entrevista. Corina por su parte no tenia tampoco nada que reprocharle, en punto de infidelidades, y mas de una vez su predilecto juzgó que sabia mas de lo que le habia él enseñado.

«Tales lecciones solo se dan en el lecho (*ilia nisi in lecto nusquam potuere doceri*) decia para sí saboreando alguna caricia estraña á sus hábitos, no sé yo que maestro habrá recibido el inestimable precio de estas lecciones.»

Corina lo tuvo á distancia bajo diferentes pretestos de religion, de salud y de humor. Ovidio buscó la causa de este alejamiento en una

nueva galantería y tomó el tiempo con paciencia y con muchas camareras, que no eran menos bellas que su ama, pero que no satisfacian su corazon. Entonces supo por una de estas domésticas que Corina habia abortado por medio de una pocion que habia puesto en peligro su vida, y se indignó al saber tal atentado.

«La primera que de esa manera procuró arrojar de sus entrañas el tierno fruto que llevara en ellas, le dijo severamente, esa merecia perecer víctima de sus propias armas. ¡Cómo! ¡Por temor de que te se arrugue el vientre, vas á destruir el triste campo de las luchas amorosas!»

Desde este acontecimiento Corina redobló sus muestras de cariño al poeta; jamás se cansaba de estar á su lado y á su lado estaba casi siempre. El eunuco Bagoas cerraba los ojos ó volvia la cabeza; el marido no iba á molestarlos; ni siquiera ladraban ya los perros: cuando Ovidio estaba ausente se le iba á buscar; cuando presente casi se le retenia; nada se le dejaba pedir ni menos desear. Pero Ovidio se cansó muy pronto de estar tan mimado por Corina.

«Tranquilos y fáciles amores se me hacen insípidos, le dijo duramente. Si una torre de bronce no hubiera encerrado á Dánae, Júpiter no la habria hecho madre.»

Corina oyó con gran estrañeza este lenguaje caprichoso y brutal y no sintiéndose con fuerzas para contestar, lloró silenciosamente.

«¿Tengo yo acaso, le dijo con mas dureza aun, tengo yo acaso necesidad de un marido complaciente, de un marido lenon?»

Corina comprendió que no era ya amada, y en efecto, muy pronto tuvo de ello una prueba irrecusable. Una noche, toda una noche permaneció Ovidio frio y como muerto á pesar de los ardientes besos que ella le prodigaba: el mismo Ovidio se sorprendió de aquella incapacidad.

«En otro tiempo, decia para sí, pagaba yo dos veces mi débito con la blanca Childis, otras tres con la blanca Pitho y las mismas tres con Libas: y para satisfacer una sola vez á las exigencias de Corina apenas me ha bastado una noche entera.»

Pero por mas que Ovidio se buscaba á sí mismo no se encontraba á pesar suyo.

«¿Por qué te burlas de mí? esclama Corina roja de vergüenza y de despecho. ¿Quién te obligaba, pobre insensato, á venir á tu pesar cer-

ca de mí? Preciso que alguna maga de Ea te haya hecho el maleficio de los nudos; de otro modo vienes agotado de los brazos de otra (*aut alio lassus amore venis*).»

Y esto diciendo, saltó del lecho y vistiendo su túnica huyó de él aun sin detenerse á calzarse. Luego para ocultar á sus sirvientas la afrenta que habia recibido de su amante, hizo sus abluciones de costumbre (*dedecus hoc sumpta dissimulavit aqua*), y se encerró en un aposento retirado como en una fortaleza. Ovidio no se sentia en estado de reparar su vergonzosa derrota y se retiró sin osar reaparecer en el campo de batalla. Luego que salió, ordenó Corina que no se le volviera á recibir, y en efecto el dia siguiente la puerta le fué cerrada.

Ovidio entonces se quejó, insistió, dirigió versos y súplicas á la invisible Corina; pero sin obtener resultado. No por eso desistió el poeta de su empeño, y á la sazon de estar rondando la casa de la cortesana, una de las peinadoras vino á decirle que aquella mañana misma Corina habia acogido á un capitan romano, que acababa de llegar de las guerras de Asia, cargado de heridas y de botin. No fué ya menester mas para que Ovidio, corrido de verse espulsado para hacer lugar á un estraño, se obstinara en llamar á la puerta que se le cerraba. El eunuco Bagoas vino á abrir pero para amenazarle con soltar el perro que guardaba la casa.

Ovidio la tomó entonces con los soldados enriquecidos y con las mujeres que prefieren estos soldados robustos á los pobres y débiles poetas, y dió á todos los dioses vengadores mujeres y soldados. Comparaba luego la verdadera edad de oro, en que el amor no se vendia con aquella edad de hierro en que todo, hasta el amor, se compraba con el oro.

«Hoy, decia amargamente una mujer, así tuviera el fiero orgullo de las sabinas, obedece como una esclava á quien puede darle mucho. Su guardador me prohibe aproximarme; ella teme por mí la cólera de su marido; pero si yo quisiera dar oro, marido y eunuco me entregarian toda la casa. ¡Ah! si hay un Dios vengador de los amantes desdeñados, cambie en polvo vil tesoros tan mal adquiridos.»

Ovidio no estaba aun curado de su amor: la resistencia que hallaba, al contrario, lo enardecia mas. Pasaba las noches acurrucado en la puerta de Corina repitiendo su nombre con lágrimas, súplicas y suspiros. Pero mas de una vez fué consolado por la bella Cípasis, que

solia ir á calentarlo y á llevarle algo que beber. No era ella, sin embargo, lo que podia hacerle olvidar á Corina, y el poeta queria dejarse morir en aquella inflexible puerta. Una mañana antes del alba se abrió por fin dulcemente y... salió un hombre.

«¡Cómo! esclamo el amante desconcertado. Cuando tú acariciabas no sé que amante ¿he podido yo, como un esclavo, hacerme el guardador de una puerta que me estaba cerrada? Yo, yo he visto á ese amante salir de tu casa, fatigado y arrastrando los pesados piés como un artesano gastado por el servicio; pero he sufrido menos en verlo que en ser visto yo mismo.»

Ovidio se creia libre de un amor que le parecia ya una vergüenza; pero no podia, sin embargo, olvidar á Corina ¡á Corina infiel, á Corina abandonada á caricias venales, á Corina vendida como una meretriz de cuatro esquinas!

En su despecho se alejó de Roma para buscar en la ausencia el olvido de su amor, y se retiró al país de los faliscos, donde su mujer habia nacido, y donde esperó que callaran los ecos del corazon; pero el nombre de Corina resonaba y se hacia oir en su ánimo, dominando todos los ruidos del aire y de la naturaleza rústica. Volvió pues, á Roma y se sintió mas enamorado que nunca á la puerta de Corina. Sus amigos salieron á recibirlo y le dijeron que Corina se habia hecho una cortesana inverecunda, descendiendo cada dia mas en la pendiente del vicio y en el desprecio público; que se mostraba en todas partes con sus galanes llevando trages indecentes; que á vista de todo el mundo y aun á la de su vil esposo, daba y recibia besos; que acostumbraba llevar el pelo en desórden, el cuello y los brazos señalados de amorosos mordiscos y se contaban de ella una multitud de rasgos de impudor, codicia y desvergüenza.

Ovidio rehusó dar fé á lo que escuchaba y le hicieron ver la degradacion en que su amada habia caido: entonces le escribió por última vez:

«No pretendo yo, censor austero, le decia, que seas casta y pudorosa; lo que sí te pido es que procures á lo menos ocultarme la verdad. No es culpable la que puede negar la falta que se le imputa; la confesion que hace de ella es la que puede únicamente hacerla infame. ¡Qué furor de revelar al dia los misterios de la noche y de decir públicamente lo que se hace en secreto! Antes de abandonarse al pri-

mero que llega, la meretriz pone una puerta entre ella y el público. ¡Y tú, tú divulgas por todas partes el oprobio de que te cubres y denuncias tú misma tus vergonzosas faltas!»

Pero Corina estaba ya perdida para sí misma como para Ovidio, marchando á pasos agigantados por el camino mas bajo de la prostitucion.

Ovidio, sin embargo, no borró el nombre de Corina, de los versos que le habia dedicado: bajo este nombre la habia amado, bajo este nombre la habia cantado. «Busca un nuevo poeta, diosa de los amores,» esclamó dando la última mano á sus libros de elegías. En efecto, si tuvo aun otras queridas, no cantó á ninguna, porque ninguna le inspiraba amor. Vivió, no obstante, ahora mas que nunca en la intimidad de las cortesanas, y para recompensar los placeres que le procuraban, compuso entonces á vista de ellos y bajo sus inspiraciones su poema el Arte de amar, ese código del amor ó de la sensualidad.

En sus numerosas poesías dió siempre ancho lugar á sus reminiscencias amorosas, pero sin nombrar á ninguna de sus queridas, aun en versos compuestos para ellas. Sin embargo, pudo suponerse que tenia relaciones secretas con Julia, hija del emperador, y que se contentaba con su dicha sin divulgarla. A esta pasion adulterina, que Augusto no osaba castigar de otro modo, hubo de atribuirse su destierro; aunque segun otros rumores que corrieron en Roma, la verdadera causa de esta desgracia fué haber sorprendido al emperador en fragante incesto con su propia hija.

Sea lo que quiera, Ovidio, el tierno Ovidio desterrado á orillas del Ponto Euxino, entre los bárbaros, murió de dolor, despues de haber procurado destruir todas sus obras, inclusas las elegías de sus amores. Acababa de saber por cartas de Roma que Corina vieja y arrugada, vestida con una túnica descolorida y rota, era sirvienta de una taberna, donde los bateleros del Tíber iban á sus libertinajes. «Mas le hubiera valido hacerse maga ó perfumista,» esclamó con estupor. Murió besando una sortija que encerraba pelo de Corina.

CAPITULO XXVII.

Mario Valerio Marcial poeta complaciente de los libertinajes de Neron y de sus sucesores.—Los epigramas de Marcial y su aceptacion.—Contestacion de Marcial á su crítico Cornelio, que le reprochaba la obscenidad de sus versos.—Víctimas ordinarias de los epigramas de Marcial.—Costumbres desarregladas de este poeta.—Abominable epigrama de Marcial á Clodia Marcela su mujer.—Lectores ordinarios de las obras de Marcial.—El librero Secundo.—Retratos de las cortesanas.—Lesbia.—Libertinaje desvergonzado de esta cortesana.—Las lobas errantes de Chione y Helide.—Vejez innoble de Lesbia.—Cloe y Luperco.—La llorona de los siete maridos.—Tais.—Injurias de Marcial á esta cortesana que hubo de desdeñarlo.—Filenis y Diodoro.—Horrible depravacion de Filenis.—Epitafio de esta infame cortesana hecho por Marcial.—Gala.—Injusticia de Marcial respecto de esta cortesana.—Epígramas del mismo poeta contra ella.—Causa de esta animosidad.—Las viejas enamoradas.—Espantoso cinismo de Filis.—Epígramas contradictorios de Marcial contra esta cortesana.—Lidia.—Conducta de Marcial con Paulo que le pidió versos contra Lisisca.—Aversion invencible de Marcial contra las cortesanas viejas.—Fabulla.—Lila.—Vetustila.—Galia.—Saufeya.—Marcela.—Telesila.—Poncia.—Lecania.—Ligela.—Liris.—Fescenia.—Senia.—Galia.—Egle.—Las falsas cortesanas griegas.—Celia.—Epígrama de Marcial contra esta supuesta hija de Grecia.—Licoris.—Glicere.—Chione y Flogis.—Modo grosero con que Marcial acogió una graciosa invitacion de amor que le envió Pola.—Vergonzosa profesion de fe que Marcial tuvo el valor de hacer á su mujer Clodia Marcela.—Su vuelta á España.—Medios de que se valió Clodia Marcela para decidir á Marcial á salir de Roma.—Epígrama expiatorio de Marcial.—Su fin campestre.—Honrosa salida de Marcial contra Lupo.—Petronio.—Su Satyricon, cuadro de las impuras costumbres de Roma imperial.—Alcile y Giton.—La sacerdotisa del Dios Enoteo y su compañera Proselenos.—Filomena.—Eumolpe.—Los epígramas de Petronio.—Sestoria.—Marcia.—Delia.—Aretusa.—Basilisa.—Suicidio de Petronio.

Despues de Ovidio, hay que ir hasta Marcial para encontrar en cierto modo la filiacion de las cortesanas de Roma: por espacio de mas de medio siglo calla la poesía sobre este punto; pero puede presumirse que no esperaron á Marcial para que se hablara de ellas y que si los poetas eróticos nos faltan para hacer constar los hechos de aquellas famosas, esta falta no supone un tiempo de detencion en los pro-

gresos de la prostitucion antigua. Léjos de eso los sucesores de Augusto tomaron bajo sus auspicios la desmoralizacion de la sociedad romana y ofrecieron con su cinismo el ejemplo da todos los refinamientos del libertinaje. Las costumbres públicas se alteraron entonces tan profundamente, que entre los poetas no se hubiera encontrado uno que aceptara el ridículo de cantar la epopeya de sus amores como lo habia hecho Tíbulo, Propercio y Ovidio. Del mismo modo, no se hubiera encontrado una cortesana que perdiera su juventud en suministrar asuntos de elegías á un poeta enamorado y celoso.

Los celos como el amor parecian haber pasado de moda y se vivia muy aprisa para consagrar años enteros á una sola pasion, cuya duracion hacia casi respetable y que participaba, por decirlo así, del concubinato matrimonial. Cuando Marco Valerio Marcial nacido en Bilbilis de España, hácia el año 43 de la era cristiana, vino á Roma, á la edad de diez y siete años á buscar fortuna, no se cuidó de imitar á los poetas del amor, que habian encontrado un Mecenas en el siglo de Augusto; al contrario se hizo el poeta complaciente de los libertinajes del imperio de Neron y de los emperadores, que tan rápidamente se sucedieron hasta Trajano. Marcial debió su celebridad literaria al sabor obsceno de sus epígramas.

Este impúdico poeta parece haber tomado por modelo de los suyos los epígramas de Cátulo, que al menos los escribió con una especie de sencillez grosera; Marcial, al contrario, por agradar á los libertinos de la córte imperial, procuraba superar en hecho de licencia á todos cuantos en su tiempo escribieron poesías desvergonzadas: ni siquiera dejaba en sus inmundas imájenes el velo de espresiones decentes, poniendo un estudio monstruoso de lubricidad en todas sus composiciones eróticas. Los aplausos que por todas partes recibia le daban, sino disculpa, animacion para seguir sus propósitos; cada libro nuevo de epígramas, pedido, esperado con impaciencia por todos los lectores, que se sabian de memoria los precedentes, se multiplicaba á lo infinito en manos de los libreros, y los copistas que reproducian los ejemplares, no podian dar abasto á los compradores. Esta aceptacion entusiasta, no era la mas á propósito para desviar á Marcial de su camino. Así cuando un censor austero le aconsejaba imponerse algunas reservas en las palabras, ya que no en las ideas, el poeta licencioso

tomaba como un reproche el consejo, teniendo á mano siempre mil razones para demostrar á sus críticos que no habia hecho sino muy bien en componer de aquella, y no de otra manera, los impúdicos versos que la sana crítica censuraba.

«Te quejas, Cornelio, decia á uno de sus censores, de que mis versos no son bastante severos, diciendo que un *magister* no los querria leer en su escuela. Enhorabuena; pero has de tener en cuenta que estos opúsculos no pueden agradar como los maridos á sus mujeres, sino tienen *mentula*: tal es la condicion impuesta á las poesías jocosas, que no pueden gustar sino pican los sentidos. Depon, pues, tu severidad y perdona mi buen humor, renunciando á castigar mis libros, pues nada hay mas despreciable que Priapo convertido en sacerdote de Cibeles.»

Marcial se cuidaba poco de la censura de los hombres sérios, teniendo en su favor los plácemes de los emperadores y libertinos, y la aceptacion vulgar de sus epígramas, que pasando por la boca de las cortesanas y mancebos, llegaban muy luego al populacho. De aquí la ruidosa fama que el poeta hubo de adquirir, con sociedades que no escusaban el ingénio y malicia de que rebosaban; fama que por poco eclipsa la gloria de Horacio y de Virgilio, y que balanceó los triunfos satíricos de Juvenal.

En efecto, toda la crónica escandalosa de Roma tenia su asiento, digámoslo así, en una multitud de composiciones poéticas, fáciles de retener y circular: en estos versos el poeta presentaba, bajo trasparentes seudónimos á ciertos personajes que ponia en ridículo ó marcaba con el hierro candente. Con esto declaraba que huia de los nombres propios, respetando siempre á las personas en sus jocosidades; pero despues de esta salvedad, se permitia todas las injurias contra gentes que todo el mundo reconocia en sus retratos, donde no eran nombrados ciertamente, pero pintados, sí, con espantosa verdad. No se arriesgaba el poeta á difamar á personas honorables, ni á escupir la saliva de la calumnia á la vida privada del ciudadano; las víctimas ordinarias de su maledicencia eran siempre los malos poetas, las cortesanas altivas, las viles prostitutas, los infames lenones, los pródigos, los avaros, todos los perdidos de ambos sexos. Y habia con frecuencia la misma lengua de los personajes que pone en escena y como á la vergüenza, teniendo cuidado de avisar á sus lectores que no encontrarán en él ni reserva ni timidez de espresion.

«Los epígramas, dice, se hacen para los concurrentes habituales á los Juegos Florales. Que no venga, pues, Caton á nuestro teatro, y si viene, que mire.»

Marcial frecuentaba ciertamente la mala sociedad, que describió con colores tan vivos, como deshonrosos, dejando ver en dos ó tres pasajes que sus costumbres no eran mas arregladas que las que él condenaba en los demás; porque no se limitaba á pasear sus amores entre las cortesanas: abandonábase tambien no pocas veces á desórdenes que no escusaba la corrupcion general de su tiempo, y que se vé en el caso de justificar para responder á los amargos reproches de su mujer Clodia Marcela.

Y sin embargo, á pesar de sus hábitos de libertinaje masculino, afecta en mas de un epígrama y hace sonar muy alto, la honestidad y pureza de su vida. De ella juzgaba tan favorablemente por la comparacion que hacia de sus costumbres privadas con las de sus contemporáneos, sobre todo con las de los emperadores, á quien dedicaba sus libros.

«Mis versos son libros, decia á Domiciano; pero mi vida es irreprochable. (*Lasciva est nobis pagina, vita proba est*).

Para esplicar esta contradiccion aparente, quizás baste confrontar las fechas de las composiciones en que Marcial alaba su moralidad, con las otras piezas de que tanto partido sacara: las primeras pertenecen á su juventud; las segundas á su edad madura. No debe olvidarse que los once primeros libros de su coleccion representan un intérvalo de treinta y cinco años, que pasó constantemente en Roma. Marcial á los veinticinco años pudo vivir castamente, acariciando no obstante los depravados gustos de sus protectores; pero á los cincuenta años se habia hecho libertino á fuerza de ser testigo del libertinaje de sus amigos. Y nótase, en efecto, que en los últimos libros de sus epígramas, no se cuida ya de aspirar á la reputacion de castidad, que sus licenciosos escritos le habian hecho perder hacia ya mucho tiempo. En el undécimo libro tuvo la incalificable impudencia de insertar el ominoso epígrama dirigido á su mujer, que hubo de sorprenderlo con su mancebo, y que hubiera querido sacrificarse á sí misma por desabituarlo de tan infames y vergonzosas aficiones. «¡Cuántas veces ha hecho Juno el mismo reproche á Júpiter!» contestó riendo Marcial.

Y se autorizó con el ejemplo de inmundos diosos y héroes, para persistir en sus nefandos vicios, y para rechazar las recriminaciones de su mujer con esta obscena grosería:

Parace tuis igitur dare mascula nomina rebus;
Teque, puta cunnos, uxor, habere duos.

El poeta no se hacia ciertamente ilusion sobre el carácter de sus libros, sabiendo muy bien para qué clase de lectores componia sus versos casi siempre obscenos, siempre libres.

«Ninguna página de mi libro es casta, dice francamente el mismo autor; por eso solo me leen los jóvenes, las mujeres licenciosas, y los viejos reverdecidos.»

Compárase entonces con su émulo Cosconio, que hacia como él epígramas, pero tan púdicos, que jamás se veian en ellos la menor sombra de impureza *(inqua suis nulla est mentula carminibus)*; alaba tanto pudor, pero declara que versos tan pudibundos no son mas que para niños y vírgenes inocentes. No se propone, pues, ni mucho menos á Coscosio por modelo, y se burla de las venerables matronas que leen sus obras á escondidas y lo acusan de no haber escrito para mujeres honestas.

«Yo he escrito para mí, les dice sin reticencia. El gimnasio, las termas, el estadio, están á esta parte: retiraos, pues. Nosotros nos desnudamos; tened cuidado de no ver hombres desnudos. Aquí, coronada de rosas, despues de haber bebido, Terpsícore abdica el pudor, y en su embriaguez no sabe ya lo que dice: nombra francamente y sin rodeos lo que Vénus triunfante recibe en su templo por el mes de agosto, lo que el campesino pone como en custodia en medio de su huerto, lo que la casta vírgen no mira sin llevarse la mano ante los ojos.»

Ya se advierte en este epígrama que los versos de Marcial no buscaban matronas por lectoras ordinarias, y que era preciso para complacerse en su desvergüenza de ideas y de espresion estar habituado á la vida de los libertinos y de sus amables y deshonestas cómplices. La coleccion completa del poeta de las comesaciones figuraba en las bibliotecas de todos los voluptuosos, y como era de forma fácilmente portátil y manual, se llevaba y leía en todas partes, en los baños, en la litera, en la mesa, en el lecho.

El librero, que vendia á muy bajo precio por cierto, los epígramas de Marcial, se llamaba Secundo, liberto del docto Lucensis y tenia su tienda detrás del templo de la Paz y del mercado de Palas: tambien vendia Secundo toda clase de libros lúbricos, los de Cátulo, de Pedo, de Marso, de Getúlico, que no eran menos solicitados por los jóvenes y viejos libertinos, pero que las cortesanas afectaban no estimar tanto como las elegías de Tibulo, de Propercio y de Ovidio.

En todos tiempos las mujeres, aun las mas depravadas, han sido sensibles á las descripciones de amor tierno y delicado. Marcial ofrecia, sin embargo, á sus lectores un interés de oportunidad, que ningun poeta habia sabido dar á sus versos: ofrecía, por decirlo así, una galería de retratos tan idénticos, que no tenian que precentarse los modelos para ser desde luego reconocidos, y tan maliciosamente retocados, que el vicio ó el ridículo del original pasaba á ser un proverbio con el nombre que el poeta habia puesto al epígrama.

Vamos á escoger, entre estos retratos rara vez lisongeros, los de las cortesanas que Marcial se complació en hacer, muchos de ellos á veces y en épocas diferentes, como para juzgar mejor de los cambios que la edad y la suerte traian á la existencia ó á la persona de sus modelos; dejaremos por repugnancia y decoro á un lado los retratos de los mancebos que la prostitucion romana ponia en la misma categoría que á las mujeres públicas, y que Marcial no tenia escrúpulo en poner enfrente de ellas, en su coleccion erótica y sotádica.

Aquí está Lesbia: no es la Lesbia de Cátulo, pues no tiene gorrion enseñado, cuya muerte lloró tan amargamente; pero tiene amantes y todo el mundo lo sabe, porque abre sus ventanas y cortinas, cuando está con ellos. Lesbia ama la publicidad; los placeres secretos no tienen sabor para ella (*nec sunc tibi grata gaudia si qua latent*): su puerta no está nunca ni cerrada ni guardada, cuando se abandona á sus sensualidades; querria que toda Roma tuviera los ojos en ella en tales momentos, y así no se turba ni se compone á la entrada de un testigo; porque el testigo de su libertinaje le procura mas goce que su actual amante: su mayor gusto es ser sorprendida in fraganti (*deprehendi veto te, Lesbia, non futui*). «Toma siquiera lecciones de pudor de Chione y de Hélide», le grita Marcial indignado. Chione y Hélide eran lobas errantes, que ocultaban sus infamias en las sombras de las tumbas. Lesbia llegó al envejecer al último grado de prostitucion,

dedicándose mas especialmente á las inmundas torpezas del arte felatorio. (lib. II, epíg. 50.) Con los años y los desórdenes habia perdido toda su belleza, y se admiraba apesar de las advertencias de su espejo, de que sus antiguos amantes no hubieran conservado hácia ella sus deseos y ardores. En su admiracion censuraba la fria pereza de Marcial, que concluyó por decirle: «Tu cara es tu mayor enemigo.» (*Contra te facies imperiosa tua est.*)

Mucho tiempo despues, reducida á los recuerdos que se despertaban en ella en medio de su abandono, Lesbia mentaba con orgullo á los numerosos amantes que habia tenido, haciéndoles comparecer con sus cualidades, sus carácteres y sus prendas personales ante el areópago de las viejas mediadoras que la escuchaban sonriendo. «Jamás, decia, jamás me digne otorgar á nadie gratis mis favores.» (*Lesbia segurat gratis nunquam esse fututam.*) Y mientras hablaba así del pasado, los miserables, que tenia alquilados par turno para sus placeres, se batian en su puerta por saber cuál de ellos seria pagado aquella noche.

Hé aquí ahora á Cloe: no es la de Horacio, esta ni siquiera se cuida de recordar las gracias de su homónima; no es jóven, pero es siempre galante, y se consuela como Lesbia de no ser ya buscada, dándose placer por su dinero. Nada menos es menester para que se acostumbre á los desdenes de que por todas partes es objeto, cuando tiene aun la pretension de hacerse pagar. Marcial le dice con dureza.

«Yo puedo pasar sin tu cara, sin tu culo, sin tus manos, sin tus piernas, sin tu pecho, sin tus *natás*; en fin para no cansarme en describir todo de lo que puedo prescindir, puedo pasar sin nada de tu persona.»

Pero Cloe era rica y á su vez podia pasar sin el precio de sus galanterías, que pagaba con una generosidad rara entre sus semejantes. Se habia enamorado de un jóven que no tenia otra fortuna que su belleza, Marcial lo llama Luperco con alusion á aquellos sacerdotes de Pan que completamente desnudos corrian por las calles de Roma en las fiestas Supercales y que segun las creencias del vulgo, volvian fecundas á las mujeres que tocaban con las correas ó tiras de piel de macho cabrío. El Luperco de Cloe estaba tambien desnudo y tan pobre como un luperco, y Cloe se despojaba para vestirlo y engalanarlo á él dió en agasajo ricas telas de Tiro y de España, un manto de es-

carlata, una toga de lana de Tarento sardónicas de la India, esmeraldas de Escitia y cien piezas de oro recientemente acuñadas: no podia negar nada á aquel ávido y menesteroso amante que le pedia sin cesar. «¡Desdichada de tí, oveja trasquilada! le gritaba Marcial ¡desdichada de tí pobre doncella! tu hermoso Luperco te dejará al fin en cueros.»

La prediccion no se realizó, sin embargo; Cloe habia ganado mucho en sus buenos tiempos para devolver á los amantes una parte del oro que habia recibido de ellos; pero desde que pagaba en vez de cobrar, era mas difícil de contentar y devoraba como un mónstruo la salud de sus funcionarios. Siete se le contaron, siete que murieron sucesivamente y todos por la misma causa. Pero les elevó, eso sí, sepulcros muy honrosos, por decirlo así, con inscripciones que decian sencillamente:

Cloe hizo estos sepulcros.

Desde entonces solo se la llamaba la Llorona de los siete maridos.

Marcial, hay que reconocerlo, no fué siempre imparcial con sus epígramas: así las injurias que dirijió á la cortesana Tais parten solo de un resentimiento personal. Aquí acusa á Fais de abandonarse á todos los hombres como la cosa mas sencilla del mundo (Lib. IV, epigrafe 12) y allá castiga los desdenes de esta preciosa que le ha dicho que era demasiado viejo para ella. (Lib. IV. epig. 50.) Fais no quiso sin duda prestarse á la ignominiosa prueba de virilidad que él le ofrecia, cuando se venga de ella haciendo el retrato mas desfavorable que puede hacerse jamás de una mujer.

«Tais, dice el poeta, huéle mas mal que el viejo barril de un batanero avaro, que se rompe en la calle; peor que un macho cabrío que acaba de cubrir á su hembra; peor que las fauces de un leon; peor que una piel de perro, desollado allende el Tiber; peor que un feto putrefacto en un huevo puesto antes de tiempo; peor que una vasija infecta de pescado corrompido. A fin de neutralizar este hedor con otro, cada vez que esta prostituta se despoja de sus vestidos para bañarse, se unta todo el cuerpo con atanquia (*spsilothrum*) ó con greda desleida en un ácido, ó bien se frota tres ó cuatro veces con ungüento de habas. Pero cuando cree haberse librado de su hedor con mil artificios de tocador, Tais huele siempre á Tais (*Tgœida Thais olet.*)»

Pues todavía esta pintura, con ser tan estremada, es menos repugnante que la hace de Filenis contra la cual tenia sin duda el poeta otros agravios mas reales. Por lo demás Filenis no estaba ya en edad de inspirar un capricho, pues el poeta la hace morir casi tan vieja como la sibila de Cumas. Esta cortesana tenia un marido ó mas bien un concubino llamado Diodoro, que parece haber ido á alguna espedicion lejana y que volviendo á Roma, donde le esperaban los honores del triunfo, hubo de naufragar en el mar de Grecia, pero logró salvarse á nado y Marcial atribuye aquella inaudita gracia á un voto indecente de Filenis, quien por obtener de los dioses la vuelta Diodoro, habia prometido á Vénus una hija sencilla y candorosa como las aman las castas sabinas. (*Quam cartæ quoque diligunt Sabinæ*).

Esta Filenis, especie de virago que se preciaba de ser medio hombre, tenia una pasion desenfrenada por los hombres. «En sus trasportes amorosos, dice Marcial, llega hasta devorar en un dia once mozas sin contar los mozos.» Con las haldas arremangadas y frotados los miembros con polvo amarillo jugaba á pelota y lanzaba las pesadas masas de plomo que manejaban los atletas: con ellos luchaba Finelis y toda llena de lodo recibia como ellos los latigazos del maestro de la palestra. Nunca cenaba, nunca se sentaba á la mesa antes de haberse tragado siete medidas de vino, creyéndose con derecho á tragarse otras tantas, despues de haberse comido diez y seis panes itifalicos. En seguida se abandonaba á las mas sórdidas sensualidades con el pretesto de hacer de hombre hasta el fin. (*Non fellat: Putat hoc parum virile; sed plane medias vorat puellas*).

Y sin embargo, aquella abominable gladiadora era á la vez maga y mediadora: tenia una voz estentórea y hacia mas ruido ella sola que mil esclavos espuestos á la venta y que una bandada de grullas á orillas del Estrimon.

«¡Ah! esclama Marcial cuando la muerte la arrebató á sus ejercicios gimnásticos, á sus sortilegios y demás viles oficios. ¡Qué lengua se ha reducido al silencio! Que la tierra te sea ligera, dice el epitafio que le dedica el poeta, «que una leve capa de arena te cubra para que los perros puedan desenterrarte.»

Filenis habia sin duda perjudicado á Marcial en sus amores, pues segun el retrato que hace de ella no puede suponerse que nunca la hubiera mirado con mejores ojos. Pero podria asegurarse que no habia

sido siempre tan desdeñoso con Gala, á quien no perdona tampoco nada: despues de injuriarla violentamente, despues de burlarse de su decreptitud y abandono deja llevar á una revelacion que prueba la injusticia con que la trata. Refiere que en otro tiempo pedia esta cortesana 20,000 sestercios ó sean unos 5000 francos por una noche. Y no era demasiado, como el mismo poeta se complace en reconocer. Al cabo de un año no pidió ya mas que 10,000 sestercios. «Es mas raro aun que la primera vez,» dijo Marcial, que no concluyó el trato.

Seis meses despues rebajó la cifra á 2000 sestercios: Marcial ofreció solo mil; pero al poco tiempo se presentó ella misma ofreciéndose por cuatro piezas de oro. Marcial rehusó á su vez. Gala se muestra generosa y rebaja aun su valor á cien sestercios. Marcial cuyo apetito se paró ya enteramente, cree exorbitante la suma todavía. Gala le vuelve la espalda.

Pero otro dia se encuentran. Marcial tiene una espórtula ó veinticinco libras: Gala quiere esta espórtula á cambio de lo que tasara en otro tiempo en 20,000 sestercios. Marcial le contesta secamente que aquella espórtula es para su mancebo y se vá. Gala no le guarda rencor, y en otro encuentro todo se le ofrece por nada. «Ya es tarde,» le contesta el caprichoso poeta.

Ahora bien ¿hemos de creer bajo la fé de este epígrama, que Gala hubiera venido á ser tan despreciable y tan diferente de sí misma en tan poco tiempo? Marcial la representa desde luego como esposa de seis ó siete eunucos, que hubieron de seducirla con sus bien peinadas y olorosas barbas y cabellera y engañaron luego miserablemente sus amorosas esperanzas.

Deinde experta latus, madidoque simillima loro
Inguina, nec lassa stare coacta manu,
Deseris imbelles thalamos, mollemque maritum.

Marcial le aconsejó indemnizarse haciendo una eleccion entre los rústicos rodeznos y belludos; pero le advierte, sin embargo, que no se fie de las apariencias, porque hay tambien eunucos entre ellos. «Es difícil, Gala, casarse con un verdadero hombre,» le dice en son de burla. Le escusa á los impotentes y á los afeminados, cuando se asiste al tocador de Gala. «Mientras que tú estás en tu casa tu pelo está

ausente, rizándose en una tienda del cuartel de Suburra; por la noche te despojas de tus dientes como de tus adornos y te acuestas embadurnada de ungüentos, y tu cara no duerme contigo. (*nec facies tua tecum dormiat*).»

Gala sentia siempre haberse hecho la sorda á las proposiciones de Marcial y buscaba una ocasion para reconciliarse con él: ofrecíale maravillas y le hacia mil halagos; pero el rencoroso poeta era sordo (*mentula surda est*) no sintiendo ya sus antiguas disposiciones en presencia de aquella cara arrugada, de aquellas formas laxas, de aquel pelo canoso, mas para inspirar respeto que amor. (*cani reverentia cunni.*)

Parece que el poeta se complace en morder á las viejas enamoradas, y no tiene consideracion ninguna á las que á él no se la tuvieron. Así, despues de haber mostrado con espantoso cinismo á Filis, que se esfuerza en satisfacer á dos amantes á la vez (lib. X, epig. 81) nos oculta que sus pasiones no confrontan con esta Filis que le da los los nombres mas tiernos, los besos mas apasionados y las caricias mas ardientes, sin poder lograr sacarlo de su frialdad (Sib. XI, epig. 29) Con ironía sin duda le indica una manera mas segura de sacar partido de un jóven, por mas vieja que sea. «Toma, ahí tienes cien mil sestercios en tierras sitas en las faldas de Setia, en vino, en casas, en esclavos, en vagilla de oro, en muebles.»

Filis era, pues, muy rica, si Marcial no se sirve aquí de una hiperbole burlesca para espresar las locas promesas que las viejas hacian á sus amantes en medio del vértigo de sus torpes pasiones. Sea lo que quiera, Filis ú otra del mismo nombre, reaparece (Lib. XI, epig. 50) y Marcial que no la ultraja ya, sino que al contrario parece suplicarle, se queja de sus mentiras y de su rapacidad.

«Ora es tu astuta confidenta que viene llorando la pérdida de tu espejo, de tu anillo ó de tu pendiente; ora son sedas de contrabando que pueden comprarse baratas; ya perfumes de que es menester llenar tus tarros; ya una ánfora de viejo falermo para hacer expiar sus insomnios á una sortílega charlatana, ó bien un lobo de mar ú otro pescado de dos libras para regalar á la opulenta amiga, á quien convidas á cenar. Por pudor ¡oh Filis! dí la verdad y sé justa al mismo tiempo; yo no te rehuso nada; no me rehuses mas á mí tampoco.»

¿Cómo aquella Filis, cuya vieja mano estaba tan helada hace poco,

ha venido á ser tan de repente una bella que se desea y quiere contentarse á toda costa? La metamórfosis continua y Marcial llega al colmo de sus deseos.

«La bella Filis, durante toda una noche se habia prestado á todas mis exigencias (*se præstitisset omnibus modis largam*) y yo pensaba por la mañana en el obsequio que debia hacerle, si una libra de perfumes de Cosmo ó de Niceros, si una buena carga de lana de España, si diez piezas de oro con la efigie de César. Filis me salta al cuello, me acaricia, me besa tan prolongadamente como las palomas en sus amores y concluye por pedirme una ánfora de vino.»

¿Pasaba Filis por otra nueva trasformacion en desventaja suya y reconocia Marcial que habia procedido con ligereza al retractar todo el mal que habia dicho de ella, antes de poseerla? Todo se esplicaria mejor si este nombre de Filis designara dos ó tres cortesanas diferentes, que Marcial hubiera tratado bien distintamente empezando por el desden, pasando por el amor y concluyendo por la indiferencia.

Las otras cortesanas que por aquí y por allá se encuentran en los doce libros de epígramas de Marcial, no figuran mas de dos veces cada una y muchas una sola vez; pero nos guardaremos bien de asegurar que hicieran una impresion menos viva y durable en el ánimo inconstante y fantástico del poeta. No hay que tomar nunca á la letra las durezas que les dirige y que no eran acaso mas que amenazas de guerra para llegar mas pronto á firmar la paz. Así cuando habla de Lidia (Lib. XI, epig 21) pinta una mujer incapaz de inspirar amor y de dar placer (*Lidia tam laxa est, equitis quam culus aheni*): lleva su imaginacion libertina hasta los mas monstruosos estravíos, y podria creerse que no piensa en volver á sus juicios temerarios; pero esto solo era un modo de entrar en materia, modo un tanto brutal, dicho sea de paso. Su sentimiento ha de cambiar en cuanto vea á Lidia de cerca, en cuanto le reconozca ciertas cualidades que implican otras relativamente; pero continua la guerra porque no se crea que deja las armas antes de tiempo.

«No se miente, Lidia, cuando se afirma que tienes una bella tez, sino una cara bella. Esto es verdad, sobre todo si permaneces imóvil y muda como una figura de cera ó como una pintura; pero así que hablas, Lidia, pierdes esa bella tez, y la lengua no daña á nadie mas que á tí.»

Hé aquí una manera hábil de hacer entender á Lidia, que él no deseaba sino enseñarla á hablar, y que, caso necesario, él hablaria por ella. Marcial habia hecho su profesion de fé, respecto de sus aficiones amorosas.

«Yo prefiero, una jóven de condicion libre, decia de buen humor, pero á falta de esta, me contentaria con una liberta. Una esclava seria la peor; pero la preferiria á las otras dos, si por su belleza vale para mí lo que una jóven de condicion libre.»

Vese que Marcial no era difícil sobre la cuestion de orígen de sus queridas y que estas no tenian necesidad de justificar su nacimiento con él, pues no participaba de la preocupacion de los romanos de pura sangre que veian un deshonor en el comercio de un hombre libre con una esclava. No se erige en defensor de las cortesanas, que eran con frecuencia esclavas esplotadas ó vendidas por un patrono tiránico y avaro; pero las cubre muchas veces con un manto de indulgencia.

En cuanto al caballero romano Paulo que le ruega hacer contra Lisisca versos que la sonrojen é irriten, el poeta rehusa prestarse á una cobarde venganza y vuelve la acerada punta de su epígrama contra el mismo Paulo. Esta Lisisca era acaso la misma cuyo nombre tomaba Mesalina para hacerse admitir en el lupanar, donde se prostituia con la gentualla de Roma. En la época en que Paulo estaba tan irritado contra ella, solo se la consideraba ya entre las felatrices, que se reclutaban de las cortesanas fuera de moda ó de servicio.

Estas inmundas y asquerosas prostitutas eran tan numerosas en Roma en tiempo de Marcial que se encuentran á cada paso en sus epígramas, donde chocan al paso con hombres miserables y niños pervertidos que ejercen el mismo oficio. El poeta tiene barruntos de reprobar á unas y otros, pero no manifiesta en ninguna parte una indignacion resuelta y franca, que hubiera sido un anacronismo en las costumbres romanas. Mas se indignó contra las prostitutas ya viejas, que continuaban en escena ofendiendo las miradas de la juventud voluptuosa.

«No tienes Fábula, por amigas mas que viejas ó feas y mas feas aun que viejas; las llevas á los festines, bajo los pórticos, á los espectáculos, á todas partes van contigo. Solo así, Fábula, puedes parecer tú jóven y bella.»

Entre los romanos, á los treinta años no era ya jóven una mujer;

era vieja á los treinta y cinco, decrépita á los cuarenta. Marcial deja ver en todas partes su aversion á las mujeres que habian pasado ya de la edad de los juegos y placeres, y es feroz, implacable contra ellas: las persigue con amargos y durísimos sarcasmos, y no les ofrece mas recurso que salir del mundo, donde no sirven ya mas que de espantajos. Sila quiere casarse con él á toda costa, Sila que posee por dote un millon de sextercios; pero es vieja, vieja á lo menos á los ojos de Marcial, que quiere á su vez someterla á las siguientes condiciones: Los esposos dormirán en lechos separados, desde la primera noche inclusive; él ha de tener mancebos y mancebas sin que ella oponga ningun inconveniente; podrá abrazarlos en su presencia sin que la esposa rival tenga nada que decir; en la mesa estarán siempre distantes los esposos de modo que ni los vertidos se rocen; será permitido algun beso de uvas á peras; pero los que á ella se le permitan serán de abuela. Si consiente Sila en esto, consiente Marcial en casarse con ella y sus sextercios.

Esta aversion á las viejas era una monomanía en Marcial, que las persigue y aflije sin cesar: él quisiera estar siempre rodeado de frescos y juveniles semblantes, y la idea solo de una vieja amante le quita á él la facultad de amar. Cuando hace el epitafio de una vieja que va á reunirse con su amante al sepulcro, se la representa al punto invitando al muerto á pagarle su bienvenida (*hoc tandem sita prurit in sepulchro calvo Plotia cum Melanthione.*) Sin embargo, á pesar de su horror á todo lo que no es ya jóven, parece complacerse en pintar la vejez con los colores mas repugnantes: siempre los tiene nuevos en su paleta, cuando hace un retrato de vieja, imitando á la jente que tiene miedo á los espectros, que habla sin cesar de ellos como para aguerrirse ó acostumbrarse. Ningun poeta hizo nunca figuras de vieja mas ridículas, mas feas, mas originales: en esto aventaja al mismo Horacio. Pero la obra maestra de Marcial en este género es el epígrama siguiente, cuya energía desaparece á pesar nuestro en la traduccion.

«Cuando has vivido bajo trescientos cónsules, Vetustila, cuando no te restan ya mas de cuatro pelos y tres dientes, cuando tienes un pecho de cigarra, una pierna de hormiga, una frente mas plegada que tu estola; cuando el caiman del Nilo tiene las fauces estrechas en comparacion de tus quijadas; cuando las ranas de Ravena hablan mejor que tú; cuando el moscardon del Adriático canta mas dulcemente,

cuando no ves mas que las lechuzas por la mañana; cuando hueles á lo que huelen los machos de las cabras, ó sean los cabrones: cuando tienes la rebadilla de un pato flaco; cuando el bañero, con su linterna apogada, te recibe entre las prostitutas de cementerio; cuando el mes de agosto es para tí enero, y ni una fiebre perniciosa podria deshelarte; cuando... ¡Oh Vetustila! despues de todo esto y de doscientas viudeces, aun piensas en casarte otra vez, y buscas un marido que se inflame sobre tus cenizas. ¿No es esto empeñarse en labrar una roca? ¿Quién te llamara nunca su compañera ó su esposa, á tí, á quien Filomelo llamaba en sus tiempos abuela? Pero si quieres que se diseque tu cadáver, que el cirujano Coricles te prepare el lecho: á él solo pertenece hacer tu epitalamioy el ustuario de los muertos llevará delante de tí las antorchas de la nueva esposa, (*intrare in ipsum sola fax potest cunnum.*)»

Por lo demás, no se cuidaba Marcial mucho tampoco de usar galanterías con las cortesanas, inspirándose solo para dirigirles cáusticas palabras. Galia, que no debia oler bien de suyo, se asemeja en sentir del poeta, á la botica de Cosmo, cuyos tarros se rompieran derramándose las esencias. «¿No sabes, le dice Marcial, que á ese precio mi perro podria tambien oler á lo que tú hueles?» Lib. III, epig. 55). Saufeya consiente en abandonarse á él, pero se resiste tenazmente á bañarse en su compañía. Esta resistencia le parece sospechosa á Marcial, que busca la causa y se pregunta si Saufeya tendrá los pechos lacios, el vientre arrugado, etc.

Aut infinito lacerum patet inguem iatu;
Aut aliquid cunni prominet ore tui.

Pero despues de haber dado vuelo á su imaginacion, viene á pensar que Saufeya es una necia *(fatua est)* y la deja. (Lib. III, epíg. 72).

En cuanto á Marula, no admite á los hombres sino despues de asegurarse de lo que pesan. (Lib. X, epíg. 55.)

En Telesila no se detiene mas que para afrentarla y para alabarse á sí mismo. Dice que ha hecho sus pruebas en amor y que sin embargo no está seguro de poder en cuatro años probar una sola vez á Telesila, que es hombre. (Lib. XI, epíg. 97.)

Poncia le envia caza y unos panecillos, diciéndole que se quita

las pedazos de la boca para dárselos á él. «Estos pedazos, dice el cruel Marcial, que recuerda que á Poncia le huele el aliento, estos pedazos no se los daré yo á nadie, pero tampoco me les comeré yo.» (Lib. VI, epíg. 75).

Lecania se hace servir en el baño por un esclavo, cuyo sexo está decentemente cubierto con un ceñidor de cuero negro, y sin embargo, jóvenes y viejos completamente desnudos se bañan con ella. «¿Es acaso que tu esclavo, le pregunta Marcial, es el único que sea verdaderamente hombre?» (Lib. VII, epíg. 35).

Ligela depila su añoso pubes, Ligela que tiene la edad de la madre de Hector y se cree todavía en la edad de los amores. «Si te queda aun algun pudor, le decia Marcial, deja de arrancar la barba á un leon muerto. (Lib. X, epig. 90).

Liris es una beoda y una felatriz abominable (Lib. II, epíg. 73). Fescenia bebe todavía mas que Liris, pero come pastillas de Cosmo para neutralizar los emponzoñados vapores de su estómago. (Lib. I, epíg. 88).

Senia contaba que pasando una noche por un camino desierto fué sorprendida por unos ladrones que no se contentaron con robarla. «Tú lo dices, Senia, objetó Marcial, pero los ladrones lo niegan.» (Lib. XII, epíg. 27).

Gala tomando años y amantes, vino á ser rica y sábia. Marcial lo reconoce sin vielencia; pero le huye por no saber hablar de amor como ella sabe. (*Sœpe solecismum mentula nostra facit*).

Finalmente Egle, que gusta á los viejos como á los jóvenes y que da á los primeros el vigor de los segundos, enseñando á estos todo lo que aquellos saben (Lib. XII, epíg. 91). Egle vende sus besos y da gratis los demás (Lib. XII, epíg. 55). «Quien quiere que des gratis tus favores, le decia Marcial, ese es el mas pérfido de los hombres. No des nada gratis, escepto los besos.»

La mayor parte de las cortesanas como lo indican sus nombres, no eran griegas; muchas de ellas salian de los barrios de Roma, donde sus propias madres las habian vendido á la prostitucion. Habia pasado el tiempo de las preocupaciones y escrúpulos de la vieja Roma, que en otras épocas no hubiera permitido que la deshonraran sus hijos ofreciéndose así á la venta pública. Buscábanse aun las cortesanas griegas, pagándolas á mas alto precio que las otras; pero se encon-

traban pocas que fueran realmente originarias de Grecia, y tanto menos, cuanto mas se daban todas por griegas, aun conservando su nombre latino á fin de realzar su precio en venta. Las unas, sin embargo no sabian una palabra de griego; las otras no revelaban su supuesto orígen en su belleza personal: las que hablaban el griego por haberlo aprendido carecian notable y necesariamente de correccion, y las que gastaban traje griego por haberlo adoptado le atribuian los nombres de las modas romanas.

Una de estas presuntas hijas de Grecia, llamada Celia, creyó *grecizarse* mas, rehuyendo el trato con los romanos. Y aquí de Marcial que la habia tratado en romano.

«Te entregas á los partos, le dice, te entregas á los germanos, te entregas á los dacios, no desdeñas á los de Cilicia ni haces ascos á los capadocios; acojes al egipcio que viene de la ciudad de Ceres, y al indio que viene del Mar Rojo; no huyes del circunciso judío, ni el alano pasa por tu puerta en su caballo sármata sin detenerse en tu casa. ¿En qué consiste que á tí, hija de Roma, no te gusten los romanos?

¿Qua ratione facis, quum sis romana puella,
Quod romana tibi mentula nulla placet?

Esta misma Celia, á quien se llama Lelia en otro epígrama (Lib. X, epíg. 68) habia tomado de coro algunas palabras griegas, que repetia fuera de propósito con un acento complatamente romano.

«Aunque no seas de Efeso, ni de Rodas, ni de Mitilene, sino de un arrabal de Roma, añade el insaciable poeta; aunque tu madre que jamás se perfumó, sea de la raza de los etruscos prietos y tu padre sea un rústico de los campos de Aricia; tú, conciudadana de Hersilia y de Egeria, chapurras á cada paso voluptusas palabras griegas, que solo se dicen en el lecho y nó en todos los lechos se dicen. Tú quisieras saber el lenguaje de una casta matrona en tales ocasiones; pero serias mas deliciosa en los misterios del placer (*nunquid, quum, crissas blandior esse potes*). ¡Bah! Puedes aprender y retener en la memoria á todo Corinto, pero está segura de que no llegarás nunca á ser Lais.»

Hay algo de despecho en estos epígramas y Marcial no disimula que hubiera deseado ser amado á la griega por esta Lais romana. Cuando el poeta no dice de una cortesana que es vieja, que huele á

vino, que es codiciosa, que devora á sus amantes ó que no tiene ninguno, puede decirse con alguna certeza que tiene proyectos sobre ella y que está próximo á realizarlos; pero no tiene por lo comun miramiento ni piedad con la querida que deja. Por eso es un rasgo de estrema delicadeza por su parte no difamar ni deprimir á Licoris, cuando la abandona por Glicere.

«No habia mujer que te se pudiera anteponer, le dice: adios. No hay mujer que pueda anteponerse á Glicere: ella será lo que tú eres ahora; tú no puedes ser ya lo que ella es, nueva. El tiempo obra así: te he querido; la quiero.»

No dice por ahora ningun mal de Licoris, que era morena de tez y que por blanquearse, fué á establecerse á Tibur, cuyo aire vivo se tenia por eficaz para este efecto (lib. II epig. 13). Cuando volvió del campo, notó ya el poeta que no era menos morena, y hubo de notar tambien que era algo bizca. Verdad es que Licoris habia reemplazado á Marcial con un jóven bellísimo como el mismo pastor Paris. (Libro III epig. 39).

Marcial parece rehuir hablar de sus queridas; pero las proclama bastante, cuando las alaba. Así en presencia de Chione y de Flogis, se pregunta cuál de las dos es la mas á propósito para el amor (Libro XI epig. 60). Chione es mas bella que Flogis; pero esta arde en pasiones que todos quisieran encontrar en sus queridas. (*Ulcus habet, quod habere suam vult quisque puellam*) Chione al contrario no siente nada (*at Chione non sentit opus*). «¡Oh dioses! esclama Marcial, si me es lícito haceros una gran súplica, y si quereis concederme el mas precioso de los bienes, haced que Flogis tenga el bello cuerpo de Chione y que Chione tenga las pasiones de Flogis.»

Los libertinos de Roma no dejaban nunca de desear: el estravío de su imaginacion lúbrica estaba siempre en oposicion como una realidad de que estaban cansados ó que no los satisfacia ya. La carrera abierta á estas fantasías especulativas del libertinage, se rodeaba de voluptuosos horizontes hácia los cuales Marcial inclinaba sus miradas. Entre todas las queridas que tenia, la que no tenia escitaba siempre en él los deseos mas ardientes. Una cortesana, mas delicada que sus iguales, Pola, siente hácia el poeta una tierna afeccion que él no ha procurado inspirarle. Pola no mata su sentimiento, antes al contrario se abandona á él con decision, y para que Marcial lo sepa, le envia co-

ronas de frescas flores, que deben hablar por ella. Marcial recibe las coronas y no las fija en su lecho, segun la costnmbre de los amantes.

«¿Por qué, Pola, me envias coronas tan frescas? le escribe el poeta. Yo hubiera querido rosas mústias, deshojadas por tí (*à te malo vexatas tenere rosas*).

En cambio de la graciosa invitacion de amor, que aquellas brillantes flores le llevaban, Marcial contesta á Pola con una idea groseramente libertina y repugnante; pues hubiera querido él saber por las coronas mústias que Pola hubiera sacado de los festines, el número de asaltos que habia tenido que sostener. Como se vé por este feo rasgo, Marcial no se pagaba de estas delicadezas, rasgos del corazon y del ingénio que distinguen á los poetas griegos y que solo como un débil eco se encuentran en los eróticos latinos del siglo de Augusto. ¿Quiere en un momento de sensualidad, representar á la mujer que desearia por querida? Pues vereis como no vá á buscarla Marcial en las facilidades del deseo, entre las vírgenes puras y matronas castas.

«La que yo quiero, dice sin avergonzarse, es la mujer que fácil en amor anda errante por aquí y por allá, velada con su cogulla; la que yo quiero es la que se ha entregado á su favorito antes que á mí; la que yo quiero es la que se vende á todo el mundo por dos óbolos; la que yo quiero es la que contenta á tres al mismo tiempo. En cuanto á la que exije escudos de oro y pronuncia bellas frases, la doy en posesion á algunos ciudadanos de Burdeos.»

Marcial llegó á hacerse grosero de sentimientos, sino de lenguaje, hundiéndose cada vez mas en el lodazal inmundo del libertinaje imperial. Aquella sociedad sórdida de prostitutas viles y mas viles mancebos que lo rodeaba, concluyó por borrar en él hasta el gérmen del sentido, moral corrompiéndole y gastándole el corazon.

Con esto no es ya estraño que no respetara á su propia mujer, aquella Clodia Marcela, española como él y la compañera de su suerte hacia treinta y cinco años. Poco tiempo antes de regresar con ella á su país natal, tuvo el valor de hacerle esta vergonzosa profesion de fé, digna de un libertino consumado é incorregible.

«Hazte á mis costumbres, ó vete noramala esposa mia. Yo no soy ni un Curio, ni un Numa, ni un Tacio: á mí me gusta pasar alegremente las noches apurando copas, y tú por el contrario, te apresuras á levantarte de la mesa despues de haber bebido tristemente agua

clara; me gusta alumbrar con una lámpara mis placeres y que Vénus se huelgue á la luz del dia, y tú amas las tinieblas; me gusta la desnudez, de tal modo que la mujer que se acuesta á mi lado nunca está bastante desnuda, y tú te envuelves en velos y túnicas y mantos; me gustan los besos á la manera de las tórtulas, y los que tú me das se asemejan á los que recibes de tu abuela todas las mañanas. Jamás te dignas secundar mi ardor amoroso, ni con palabras, ni con los dedos, ni con el menor movimiento, como si presentaras el vino y el incienso en un sacrificio. Los esclavos frigios se masturbaban detrás de la puerta, siempre que Andrómaca estaba en brazos de Hector...»

Masturbabantur Phrygii post ostia servi,
Hectoreo quoties sederat uxor equo.
Et quamvis Ithaco stertente, pudica solebat
Illic Penelope sempor habere manum.
Pœdicare negas: dabat hoc Cornelia Graccho;
Julia Pompeio; Porcia, Brute, tibi:
Dulcia dardanio nondum miscente ministro
Pocula, Juno fuit pro Ganymede Jovi.

«Marcial no se avergüenza de invocar el ejemplo de estas infamias, que los ilustres nombres que cita debian absolver á los ojos de su antigüedad; pero su mujer no se cuida mas de imitar á Juno, que á Porcio ó á Cornelio. Entonces Marcial, indignado de encontrar tan poca complacencia en el lecho conyugal, esclama con dureza: «Si te conviene ser una Lucrecia todo el dia, por la noche yo quiero una Lais.»

Pero la Lucrecia no tardó mucho en recobrar sn imperio, el que una mujer honrada no demanda nunca á los sentidos. Puede creerse que la saludable influencia de Marcela, decidió á Marcial á volver á Bilbilis: allí tenia ella bienes patrimoniales, de los cuales hizo renuncia á su marido, logrando arrancarlo del abismo de depravaciones romanas en que se hundiera desde treinta y cinco años hacia.

Marcial se encontró purificado en cuanto dejó de respirar aquella atmósfera infecta, aliento emponzoñado de hombres y mujeres prostitutas, de lenas y lenones infames, hormiguero de gentualla espléndi-

da ó miserable, que componia casi toda la poblacion de la imperial ciudad de Roma. No quemó sus libros de epígramas, donde habia registrado por decirlo así, los actos de la prostitucion, bajo la súcia púrpura de siete emperadores; pero añadió un epígrama expiatorio en que implícitamente reconocia que habia vivido mal hasta entonces, y que la felicidad estaba en la sencilla vida retirada, al lado de una esposa honrada.

«Este bosque, estas fuentes, este emparrado bajo el cual se está á la sombra, este arroyo de agua viva que riega la pradera, campos de rosas que ne ceden á las de Pestum, que florean dos veces al año, estas legumbres verdes en enero y que no se hielan nunca, estas piscinas donde nada la anguila doméstica, esta torre que abriga blancas palomas .. hé aquí los presentes de mi esposa despues de una ausencia de siete lustros; Marcela me ha dado este dominio, un reino pequeño. Si Nausicaa me abandonara los jardines de su padre, podria decir á Alcinoo: Prefiero los mios.»

Este sencillo y rústico epígrama ofrece un grato reposo al espíritu y al corazon, despues de todas las impurezas que Marcial parece haber acumulado con placer en su coleccion famosa, donde se admira uno si encuentra algun arranque noble y virtuoso!

Hé aquí uno de esos rasgos contra los vicios impunes á que arrastra la prostitucion.

«Dices que eres pobre respecto á los amigos, Lupo: pues no lo eres con tu querida; únicamente tu *mentula* no se queja de tí. La adúltera engorda con conchas de Veus en flor de harina, mientras que tu convidado satisface su apetito con pan negro. El vino de Setia que inflamaria la misma nieve, rebosa en la copa de esa querida y nosotros bebemos el turbio y empozoñado licor de los toneles de Corso. Tú compras una noche ó parte de ella con la herencia de tus padres, y tu compañero de infancia ara solitariamente campos que no son suyos. Tu prostituta brilla cargada de perlas de Eritrea, y mientras que tú te embriagas de amor, se llevan á tu cliente á la cárcel. Tú das á esa mujer una litera con ocho portadores sirios, y tu amigo será arrojado desnudo en el ataud. Vé ahora, pues, Cibeles, á castigar á miserables eunucos: la mentula de Lupo mereceria mejor caer bajo tus sagrados cuchillos.»

No tenemos valor para hacer hablar á Marcial sobre el escandaloso

asunto de la prostitucion masculina, que al parecer lo ocupa mas que la prostitucion de las mujeres. Es difícil darse cuenta del estado de desmoralizacion en que la antigua Roma habia caido, respecto de los monstruosos estravíos del libertinaje antifísico. Es preciso leer á Marcial para formarse una idea de aquellas repugnantes costumbres que llegaron casi á destronar en amor al sexo femenino, haciendo de los mancebos ó afeminados un sexo nuevo, consagrados á vergonzosísimos placeres; es preciso leer á Marcial para comprender que la época de corrupcion en que vivia él tan mal como sus contemporáneos, osaba mirar de frente y sin horror los odiosos y mas que súcios desórdenes de la promiscuidad de los sexos entre sí.

Cuando se vé en esta coleccion de epígramas, obscenos casi todos, el panegírico del emperador Domiciano seguir ó preceder al elogio de los mancebos; cuando se encuentra en una misma página una invocacion á la virtud, un voto á una divinidad y una escitacion á la mas desvergonzada sodomía, se adquiere el convencimiento de que el sentido moral estaba completamente pervertido en la sociedad romana. Entre los griegos, al menos, si no habia mas continencia en los hechos, habia mas decencia, menos grosería en las espresiones. Sin duda no se miraban con mas repugnancia ciertos actos reprensibles bajo el doble punto de vista de la dignidad humana y de las leyes naturales; pero se amenguaba esta degradacion sensual con el prestigio de la abnegacion, de la amistad, de la pasion ideal. Entre los romanos al contrario, por todo refinamiento el vicio llegó á materializarse arrojando léjos de sí todo velo de pudor. Los oidos no eran mas respetados que los ojos, y parecia que el corazon habia perdido sus instintos de delicadeza en aquella especie de endurecimiento moral que le daba la costumbre de lo impúdico, de lo obsceno, de lo vergonzoso.

No queremos penetrar en esos estraviados caminos de la prostitucion, que solo nos ofrecerian objetos repulsivos y desconsoladores, en cuya presencia nuestra imaginacion se detendria asombrada; preferimos remitir á los lectores al mismo Marcial y á los satíricos de su tiempo Juvenal y Petronio.

El primero no dice nada menos que el poeta español, pero se encierra en una concision que lo hace las mas veces oscuro y por tanto mas reservado. Los comentadores solamente han traido alguna luz á sus discretas tinieblas, llenando sus reticencias: así puede penetrarse

en esas sombras con paso seguro y verse con asombro todo lo que el poeta ha reunido de torpezas en aquel infierno de los Césares. El segundo, bajo la forma de una novela cómica, ha hecho una pintura de los escesos de su tiempo; esta obra es como un largo himno en honor de Giton, su horrible héroe.

Sin embargo, Petrónico era un voluptuoso de los mas hábiles y refinados: Tácito lo llama el Árbitro del buen gusto (*Arbiter*) sobre nombre que le quedó, sin implicar la aprobacion de sus costumbres, que solo la córte de Neron podia justificar. Tampoco se preciaba Petronio, como Juvenal, de ser un sábio incorruptible; él no señalaba con el dedo las infamias de su tiempo por alejar á los que aun no habian caido en ellas; no se indignaban ni poco ni mucho á vista de los escándalos, que todos y cada uno ostentaban con cinismo; al contrario se divertia con tal espectáculo, era el primero que se reia, y al parecer como que sentia no poder decir mucho mas. Su libro es un cuadro horroroso de la licencia de Roma; y cuando uno piensa que solo poseemos la décima parte de aquel libro de obscenas aventuras, es fácil suponer que se han perdido los episodios mas repugnantes, las descripciones mas infames, las suciedades mas características, pues la obra de Petronio fué mutilada por la censura cristiana, que no consiguió aniquilarla enteramente.

Quedan, empero, impurezas de todo género en los fragmentos que hemos conservado, para juzgar á la vez la obra que hacia las delicias de la juventud romana, el autor que la escribió bajo la inspiracion de sus recuerdos ó al reflejo de sus impresiones personales, y finalmente la época que formaba tales autores y tales libros permitia. Hay muchos pasages en el *Satyricon*, que parecen haber sido escritos en un lupanar: el estro, el estilo, la fiebre del escritor acusan aun la escitacion que habia buscado en los brazos del amor, antes de tomar la pluma.

No recordaremos las principales escenas de este drama erótico y sotádico, ni la orgía de Quartilla, ni la de Trimalcion, ni la de Circé, porque en esta estraña accion la orgía sucede á la orgía con un poder terrible y los personages se mueven constantemente en una atmórfera de lujuria Alcilte y Giton, á quienes Petronio representa con los colores mas agradables, son sin embargo, tipos de bajezas y perversion. El uno, segun la espresion misma del autor, es un adolescente man-

chado con todas las torpezas, liberto por la prostitucion y por ella ciudadano (*Stupro liber, stupro ingennus*) el cual se alquilaba por mujer á los mismos que lo creian hombre; el otro, el execrable Giton, tomó la túnica de mujer á modo de toga viril, dice Petronio, y creyendo desde la cuna no deber ser de su sexo, hubo de hacer oficio de hembra en una guarida de esclavos (*opus muliebre in ergastulo fecit)*.

En virtud de semejantes retratos, no puede uno menos de admirarse de encontrarlos sin cumplir su palabra ni responder á lo que habian prometido. Así el matrimonio de Pannychis, niña de siete años, con Giton, ofrecia sin duda detalles estraordinarios que quitarian el sueño á algun retórico, hecho luego Padre de la iglesia, y cuya casta mano los haria desaparecer sin perdonar la originalidad y riqueza de la narracion. Posible es juzgar lo que falta en este pasage por la prodigiosa escena que tiene lugar en el santuario del templo de Priapo, cuando el héroe de la accion, habiendo tenido la imprudencia de matar los gansos sagrados que lo inquietaban, se vé á merced de la sacerdotiza del dios Enoteo y de su compañera Proselenos. Solo el latin tiene el privilegio incontestable de poner en relieve semejantes horrores, que no podrian reproducirse sin sonrojo en ninguna otra lengua; si habian de tener encima un velo de decoro.

Hé aquí las singulares y obscenas represalias que las dos viejas sacan del pobre matador de gansos.

«*Profert Ænothea scorteum fascinum, quod ut oleo et minuto pipere, atque urticæ trito circumdedit semine, paulatim cœpit inserere ano meo. Hoc crudelissima anus spargit subinde humore femina mea. Masturisi succum cum abrotono miscet, perfusisque inguinibus meis, virides urticæ fascem comprehendit, omniaque infra umbilicum cœpit lenta manu.*»

Es acaso este el único pasaje de un autor antiguo, enque se trate, bajo el punto de vista erótico, de la flagelacion con hortigas verdes. No nos esplicamos como los monjes de los primeros siglos, que hacian guerra tan ciega á las obras profanas, hayan dejado subsistir en Petronio este espantoso pasage.

Casi todas las fases de la prostitucion antigua se encuentran en el *Satyricon*, donde solo se ven prostitutas, mancebos, corredores de amor, todo lo que hay de impuro en el tráfico de la mujer y del hombre. Entre las mediadoras figura una matrona de las mas respetadas, llamada Filomena, que gracias á las complaciencias de su juventud,

habia estafado á mas de un aficionado, que despues de que la edad hubo marchitado su belleza, abandonaba su hijo y su hija á los ancianos sin posteridad, y sostenia por sus sucesores el honor de su primer oficio. Esta Filomena envió sus dos hijos á casa de Eumolpe, grave personaje lleno de ardor y caprichos, que se habria tomado libertades con una vestal, y que no vaciló en inventar á la niña á los misterios de Vénus Calipiga (*non distulit puellam invitare ad Pygisiaca sacra*).

Despues, el narrador, que habla por fortuna en latin, entra en los detalles, que nosotros no traducimos en estilo púdico é incoloro. Eumolpe habia dicho á todo el mundo que era gotoso y padecia de los riñones:

«Itaque ut constaret mendacio fides, puellam quidem exoravit, ut sederet supra commendatam banitatem. Coraci autem imperavit, ut lectum in quo ipse jacebat, subiret, positisque in pavimento manibus, dominum lumbis suis commoveret. Ille lento parebat imperio, puellæ que artificium pari motu remunerabat».

Tal es en cierto modo el cuadro final del drama. Las tiradas de versos que se han recogido despues, y que al parecer formaban parte del testo en prosa suprimido ó perdido, son poemitas dirigidos probablemente á cortesanas, que se nos dan á conocer mas bien por elogios que por epígramas, á la manera de Marcial. Petronio era demasiado amigo de las cosas dulces y agradables para envenenar su espíritu contra aquellas mujeres, á cuyo lado solo buscaba su placer. Sertoria es la única á quien trata un poco mal y acaso con buena intencion por corregirla de su manía ó vicio de usar afeites sin necesidad. «Es perder al mismo tiempo, le dice, el afeite y el rostro.» Cuando Marcia le envia del campo castañas y naranjas, le escribe que otra vez lleve ella misma presente, ó que le envie al mismo tiempo muchos besos. «Todo me lo comeré á la vez», dice á la amable campesina.

Pero hay otra á su lado, otra que no nombra y lleva una rosa al pecho. «Esa rosa, le dice con galantería, saca de tu seno el olor de la ambrosía y por eso huele verdaderamente á rosa »

Por la noche se despierta bajo la impresion de un sueño encantador. Ha oido la voz de Delia que hablaba tiernamente imprimiendo un beso en su frente: Llámala él á su vez, la busca estendiendo las manos en todas direcciones, pero no halla en torno suyo si no la oscu-

ridad y el silencio. «¡Ah! esclama entonces, era un eco de mi corazon y de mi oido.»

Pero á Delia sucede Aretusa, la ardiente Aretusa de cabellos dorados, que penetra con paso discreto en el aposento de su amante y que está ya jadeante al lado suyo. No se dormirá la traviesa; se entretiene en imitar las posturas é invenciones voluptuosas, que ha estudiado en el famoso código del placer y en los dibujos que lo acompañan, *(dmlces imitata tabellas)*» No te sonrojes de nada, le dice Petronio animándola; sé mas libertina que yo. *(Nec pudeat quidquam, sed me quoque nequior ipsa.)*

Basilisa no le ofrecia tanto, pues no otorgaba sus favores sino avisándola con anticipacion (*et misi præmonui, te dare posse negas.* Pretonio le pondera las delicias de lo imprevisto. «Los placeres nacidos de la casualidad, le dice de buen humor, valen mas que los que se premeditan y previenen por medio de cartas.» Por vengarse tal vez de las calculadas resistencias de Basilisa, le reprocha llevar demasiado colorete en las mejillas y demasiado ungüento en el pelo. «Disfrazarse sin cesar, le dice rudamente, no es confiar en el amor. (*Fingere te semper non est confidere amori.*)

Petronio rico y generoso, bello y elegante, ansioso de goces é infatigable, multiplicaba sus amores cambiando todos los dias de queridas. El abuso de los placeres, su propio libertinaje le habria acabado muy luego, si la cólera de Neron no lo hubiera precisado á abrirse las venas para escapar al temor del suplicio que le amenazaba. El poeta hubiera preferido una muerte mas lenta y voluptuosa, pues tenia la costumbre de repetir este axioma. «Los baños, los vinos, el amor, destruyen la salud del cuerpo y lo que hace la felicidad de la vida son los baños, el vino y el amor.

Balnea, vina Vénus, corrumpunt corpora sana;
Et vitam faciunt balnea, vina Vénus.»

CAPITULO XXVIII.

Los emperadores romanos.—Influencia de sus costumbres depravadas.—Rigor de las leyerelativas á la moralidad pública antes del advenimiento de los emperadores.— El edil Q. Fabio Gurges.—Los ediles Vilio, Rapulo y M. Fundanio.—El cónsul Postumio.—El caballero Ebucio y su mujer la cortesana Hispala Fecenia.—Julijo César.—Estravíos de este emperador.—Mujeres distinguidas que sedujo.—Sus favoritas Eunoe y Cleopatra —Infal mia de sus adulterios.—Cesar y Nicomedes, rey de Bitinia.—Cancion de los soldados romanos contra César.—Octavio emperador.—Su impudicicia.—Episodio singular de los amores tiránicos de Augusto.—Su aversion al adulterio.—Su incesto con su hija Julia.—Su aficion inmoderada á las doncellas.—Su pasion por el juego.—Sus mujeres Claudia, Escribonia y Livia Drusila.—El festin de las doce divinidades.—Apolo Verdugo.—Tiberi-emperador. Su propension á la beodez —Severidad de sus leyes contra el adulterio.—Eso trañas contradicciones entre la vida pública y la vida privada de este emperador.—Tiberio Caprineo.—Abominable vida de este mónstruo en su guarida de la isla de Caprea.—El cuadro de Parrosio.—Retrato físico de Liberio.—Caligula emperador.—Sus infames amores con Marco Lépido y el cómico Mnester.—Su pasion por la cortesana Piralis.—Su conducta con las mujeres de distincion.—Apertura de un lupanar en el palacio imperial.—El prefecto de los placeres.—Claudio emperador.—Deshonrosas costumbres de sus mujeres Urgulanila y Mesalina.—Neron emperador.—Su juventud.—Sus cenas públicas en el campo de Marte y en el Circo grande.—Las hosterías del golfo de Bayas.—Petronio, Arbitro des placer.—Abominables torpezas de Neron.—Su casamiento con Esporo.—Su pasion por Agrpiina su madre.—Las metamórfosis de los dioses.—Acte concubina de Neron.—Galba emperador.—Sus hábitos infames.—Oton emperador.—Corrupcion de sus costumbres.—Vitelio emperador.—Sus estravíos.—Su pasion por el liberto Asiático. Su vorcidad.—Vespasiano empcrador.—Sus costumbres.—Cenis su favorita.—Tito emperador.—Su juventud licenciosa.—Su reinado ejemplar.—Domicia y Paris.—Domiciano emperador.—Sus desórdenes.—Nerva, Trajano, Adriano, Antonino, Marco Aurelio.

A los emperadores, á la funesta influencia de sus costumbres depravadas, á su mal ejemplo é instigacion debe atribuirse el espantoso progreso en la corrupcion de la sociedad romana, corrupcion que acabó de desorganizarla preparando las vías del triunfo de la moral cristiana. Esta sana y pura moral habia ya dejado algunos detalles precursores en la filosofía del paganismo; pero sus consejos carecian de fuerza y de alcance, porque no emanaban aun de la autoridad religiosa, porque no procedian del mismo dogma, porque eran estraños

al culto. La religion de los dioses falsos, al contrario, parecia desmentir contantemente las doctrinas filosóficas que tendian á hacer al hombre mejor, enseñándole á dejarse dirigir por la propia estimacion y á merecer tambien la estimacion agena. Esta religion toda material y sensual no podia bastar á los espíritus elevados, á los nobles corazones que el evangelio iba á encontrar dispuestos á comprenderlo; pero eran necesarios siglos de trabajo misterioso en las almas para apropiarlas en cierto modo á la fé nueva, á la moral. Todos los escesos del lujo, todos los desórdenes de las pasiones, todos los refinamientos del placer, fueron resultado de una estrema civilizacion que no tenia freno religioso, y que no aspiraba á otro fin que á la satisfaccion del mas brutal egoismo; y nunca se llevó mas léjos este egoismo brutal, que en la época de los Césares, que fueron, por decirlo así, su monstruosa personificacion.

«El vicio ha llegado á su colmo,» decia tristemente Juvenal, espantado de las infamias que denunciaba en sus sátiras, (*Omne in præcipiti vitium stetit.*) En veinte pasajes de su coleccion este fiero estoico maldice las torpezas de su tiempo y recuerda con pesar las austeras virtudes de los romanos de la república.

«Hé aquí dice amargamente, hé aquí el estremo de decadencia á que hemos llegado. Hemos llevado, es verdad, nuestras victorias á los confines de la Hibernia; hemos sometido recientemente las Orcadas y la Bretaña, donde las noches son tan cortas; pero lo que hace el pueblo vencedor en la ciudad eterna, los pueblos vencidos no lo hacen.»

La historia de Roma, en efecto, antes de la depravacion imperial, está llena de hechos que prueban, sino la fuerza de las costumbres, á lo menos, el rigor de las leyes relativas á la moralidad pública. El año 457 de la fundacion de Roma Quinto Fabio Gurgues, hijo del cónsul, señaló su cargo de edil acusando ante el tribunal del pueblo á ciertas matronas que se abandonaban al libertinaje (*matronas stupri damnatas*) y las hizo condenar á una multa enorme que se destinó á la ereccion de un templo á Vénus, cerca del circo grande. En 539 los ediles populares Vilio Rapulo y M. Fundanio intentaron otra acusacion semejante contra matronas culpables de iguales desórdenes, y las expulsaron de Roma desterradas. En 568, el cónsul Postumio, advertido de las espantosas obscenidades que tenian lugar en la celebracion de las Bacanales, tomó enérgicas medidas para estirpar de raiz el

mal y para aniquilar la secta impúdica, que se propagaba en las sombras bajo el vano pretesto de los misterios de Baco.

Un caballero romano, llamado Ebucio fué á quejarse al cónsul que habian llevado por fuerza á su mujer á las Bacanales. Esta mujer no era, sin embargo, sino una cortesana llamada Hispala Fecenia; esclava en su juventud, continuaba como entonces, despues de su emancipacion, su oficio de cortesana, sobre el cual la colocaba la elevacion de sus sentimientos. Habia contraido con Eubocio un enlace que no afectaba la reputacion del jóven caballero, aunque viviera á espensas de la liberta (*meretriculæ munificentia continebatur.*) Hispala vivia en el monte Aventino, donde era bien conocida (*non ignotrm viciniæ.*) El cónsul rogó á su suegra Sulpicia mandara á llamar á aquella cortesana, que no se admiró poco de ser introducida en casa de una matrona respetable.

Postumio le preguntó en presencia de Sulpicio, y tuvo la revelacion completa de todos los horrores que tenian lugar en las asambleas nocturnas de las Bacanales. El dia siguiente fué al senado y pidió medios para esterminar una infame secta que contaba ya siete mil iniciados en Roma y sus cercanías. El senado participó de la indignacion de Postumio y pronunció penas terribles contra las abominables autores de las Bacanales.

En cuanto á Eubucio y su compañera, los dos fueron generosamente recompensados: el senado-consulto declaró que la bella Hispala, apesar de su orígen y de su profesion, podia casarse con un hombre de condicion libre, sin que este casamiento pudiera comprometer en nada la fortuna ni la reputacion de su marido. Hispala se casó con Ebucio, entrando en el rango de las matronas bajo la salvaguardia de los cónsules y de los pretores que debian garantirla contra todo ultraje. Las Bacanales, proscritas por decreto del senado, no osaron ya reaparecer en Roma hasta el tiempo de los emperadores.

Las costumbres públicas se perdieron en todo el imperio romano, desde el momento en que el gefe del estado cesó de respetarlas y dió la señal á los vicios, que era llamado á reprimir. Julio César, aquel grande hombre, cuyo génio elevó tanto el poder de Roma en armas, en política, en legislacion; Julio César fué el primero en ofrecer á los romanos el corruptor espectáculo de sus estravíos. Hubiérase dicho que queria probar con esto que su ascendiente Eneas le habia trasmitido

algo de la sangre de Vénus. Todos los historiadores, Suetonio, Plutarco, Dion Casio, están de acuerdo en reconocer que era muy dado á los placeres del amor y que no economizaba en ellos ningun gasto; (*pronum sumptuosum una in libidines fuisse, dice Suetonio*).

Julio César sedujo un gran número de mujeres distinguidas, á Postumia, mujer de Servio Sulpicio; á Lolia mujer de Aulo Gabinio; á Tertula, mujer de Marco Craso; á Marcia mujer de Eneo Pompeyo etc. Pero á ninguna amó mas que á Servilia, madre de Bruto. Durante su primer consulado, le regaló una perla que habia costado seis millones de sextercios (1.162,500 francos) y en la época de las guerras civiles, además de los presentes que profusamente le hiciera, le hizo adjudicar á vil precio los mejores dominios que se vendian á la sazon en pública subasta. Como se estrañara la baratura de estas adquisiciones, contestó Ciceron con este epígrama:

«El precio es tanto mas ventajoso, cuanto que se ha hecho deducion del *tercio*,» ó de la *tercia* parte para hacer mas inteligible el juego de palabras y mas trasparente la alusion.

En efecto; sospechábase que Servilia favorecia un comercion escandaloso entre su hija *Tercia* y su propio amante. César no respetaba mas el lecho conyugal en las provincias por donde pasaba con su ejército. Despues de la conquista de las Galias, el dia de su triunfo, cantaban á coro los soldados.

Urbani, servate uxores, mœchum calvum adducimus.
Aurum in Gallia effutuiste; at hic sumsisti mutuum.

«Ciudadanos, guardad á vuestras mujeres, pues traemos al libertino calvo. ¡Oh César! tú has derramado en las Galias, tras de empresas amorosas, todo el oro que tomaste en Roma.»

Julio César fué el amante de muchas reinas estranjeras, entre otras Eunoe, mujer del rey de Mauritania; pero sobre todo amó con pasion á la voluptuosa Cleopatra, reina de Egipto, de la que tuvo un hijo á quien quiso dejar por heredero.

Sus ardores sensuales crecieron de tal modo en vez de disminuir con los años, que deseaba á todas las mujeres del imperio romano, sintiendo no poder disponer de ellas á su eleccion y capricho. Inspirado por su deseo llegó á redactar un proyecto de ley, que tuvo lue-

go vergüenza de presentar á la sancion del Senado: por este proyecto se reservaba el derecho de casarse con cuantas mujeres quisiera, para tener todos los hijos que pudiera engendrar.

La infamia de sus adulterios era tan notoria, segun Suetonio, que Curion el padre en uno de sus discursos hubo de calificarlo de «marido de todas las mujeres, y mujer de todos los maridos.» La segunda parte de este sangriento epígrama es una exageracion, pues segun la historia, César no pecó mas que una vez en su vida por esta parte ó concepto, *contra naturam*, siendo este vicio el único que á los ojos de los romanos ultrajaba el pudor, pero este vergonzoso estravío de César, hizo tan escandaloso ruido, que corrió por todo el mundo su nombre manchado con un oprobio indeleble. La calumnia se apoderó sin duda de un hecho que no habia sido mas que un accidente de crápula, y que hubiera pasado desapercibido á no ser los dos culpables hombres tan visibles como Julio César y el rey Nicomedes. Ciceron refiere en sus cartas que César fué conducido por unos guardias á la cámara del rey de Bitinia; que allí se acostó cubierto de púrpura en un lecho de oro y que el descendiente de Vénus prostituyó su virginidad á Nicomedes. (*floremque œtatis á Venere orti in Bithynia contaminatum.*)

Desde esta infame complacencia, César fué el blanco de las mas amargas ironías, que él sufrió con paciencia, sin desmentirlas ni aun contestar. Ora Dolabela lo llamaba en pleno senado la concubina de un rey, el jergon de la cama real; ora el viejo Curion lo trataba de *lupanar de Nicomedes* y de *prostituta bitiniana*. Un dia, como César se hiciera el defensor de Nisa, hija de Nicomedes, Ciceron lo interrumpió con un gesto de disgusto, diciendo: «Pasa, yo te ruego, sobre eso; demasiado sabemos lo que has recibido de Nicomedes y lo que tú le has dado á él.» Otra vez, cierto Octavio, que todo se lo permitia impunemente, porque pasaba por loco, saludó á César con el título de reina, y á Pompeyo con el de rey. C. Memmio contaba á quien queria oirlo, que él habia visto al jóven César, sirviéndole la mesa á Nicomedes, confundido con los eunucos del rey. Finalmente, cuando César subia al Capitolio despues de la sumision de las Galias, los soldados cantaban alegremente al rededor del carro triunfal.

«César ha sometido las Galias; Nicomedes ha sometido á César. Hé aquí que César triunfa hoy por haber sometido las Galias; Nicomedes no triunfa, sin embargo, habiendo sometido á César.»

Octavio no quedó en zaga de César en hecho de impudicicia. Su reputacion, segun Suetonio, fué manchada en su juventud con mas de un oprobio. Sexto Pompeyo lo trató de afeminado; Marco Antonio le reprochó haber comprado á precio de su deshonra la adopcion de su tio; Lucio, hermano de Marco Antonio, sostenia que Octavio despues de haber entregado la flor de su inocencia á César, la vendió segunda vez en España á Hircio por 300,000 sextercios (58,225 francos); Lucio añadia que Octavio tenia entonces la costumbre de quemarse el pelo de las piernas con cáscaras de nuez inflamadas, á fin de que naciera mas sedoso. Todo el pueblo le aplicó un dia con maligno júbilo un verso pronunciado en la escena para designar á un sacerdote de Cibeles tocando el tamboril: *Viden, ut cinædus orbem digito temperat?* El equívoco estaba en la palabra *orbem*, que podia entenderse á la vez por el tamboril, por el universo y por las partes deshonestas que gobernaba tambien el dedo de un vil *cinede*.

Pero mas tarde Octavio refutó estas acusaciones tal vez calumniosas con la castidad de sus costumbres, respecto de un vicio que no pudo imputársele mas desde que llegó á la edad del hombre. En cuanto á sus costumbres por otros conceptos, estaban muy léjos de ser castas, ni reservadas siquiera. No parece sino que habia heredado el furor amoroso de Julio César, segun su codicia por todas las mujeres. Apesar de sus leyes contra el adulterio, no fué tan severo consigo mismo como lo era con los demás, no respetando por su propia cuenta el honor nupcial de sus vasallos.

Marco Antonio aseguraba haber sido testigo de un episodio singular de los amores tiránicos del emperador. En medio de un festin, Augusto hizo pasar del comedor á una sala inmediata, á la mujer de un cónsul, aun estando éste entre los convidados; y cuando volvió con Augusto, despues de haber dado tiempo á los comensales para vaciar mas de una copa á la gloria de César, la matrona traia las orejas encendidas y el pelo despeinado. El marido fué el único que no se apercibió del hecho.

Antes de que Marco Aurelio se hubiera declarado su enemigo y competidor, le escribia familiarmente:

«¿Quién, pues, te ha cambiado? ¿Es la idea de que poseo una reina? Pero Cleopatra es mi mujer, y esto no es de ayer, pues hace ya nueve años. Pero tú no te contentas con Livia. Sí, tal hombre eres,

que cuando leas esta carta, te creo capaz de haber tomado á Tértula, ó Terentila, ó Rufila, ó Salvia, ó Titiscenia, ó tal vez á todas ellas. Poco te importa en qué lugar y por qué tus deseos se despiertan. (*Anne refer ubi et in quam arrigas.*)»

Cualquiera que fuera, sin embargo, la incontinencia de Augusto, tenia cierta repugnancia al adulterio, que le parecia una plaga social y que en vano procuró combatirlo con leyes rigorosas. Cuando él mismo se permitia infrinjir su lejislacion en esta parte, no omitia precaucion por ocultar una flaqueza de que se avergonzaba y que no decia á sus mas íntimos confidentes. Así el poeta Ovidio pagó con un castigo inflexible, con un destierro por toda su vida, la desgracia de haber sido testigo involuntario de los amores incestuosos del emperador con su hija Julia. Augusto no tenia que temer una indiscrecion de parte de aquel leal servidor, que era su rival ó pasaba por serlo cerca de Julia; pero no queria esponerse á la mortificacion constante de ver todos los dias á un hombre, ante el cual se habia deshonrado.

En su juventud no le atormentaban escrúpulos, pues sus amigos, segun Suetonio, no se ocupaban en otra cosa sino en buscarle mujeres casadas ó niñas núbiles, que obligaban á desnudarse ante ellos para examinarlas como esclavas en venta en el mercado de Toranio. Estos tristes objetos de la lujuria imperial, antes de ser escojidos y aprobados, debian llenar ciertas condiciones, requeridas por los caprichos de Augusto, que se mostraba muy curioso de los mas secretos detalles de la belleza femenina. Así han interpretado los comentadores estas palabras *conditiones quæsitas*, que el historiador dejó en cierto modo bajo un velo trasparente.

El ardor de Augusto por los placeres sensuales no se enfriaba con los años; pero cesó de buscarlos entre las madres de familia, que no le inspiraban ya los mismos deseos, y se dedicó exclusivamente á las vírgenes (*ad vitiandus virginis promtior*:) de todas partes le llevaban vírgenes, y su propia mujer se prestaba á introducirlas cerca de su augusto esposo. Pero esta especie de furor no podia durar siempre, y la vejez vino á poner órden en esto. Entonces á la pasion de las mujeres sucedió la del juego, pasion menos fatigosa y no menos insaciable que la otra. Augusto jugando á los dados se sonreia aun á la suerte de Vénus (tres seises) que hacia copo como lo dijo á Tiberio en una carta de buen humor.

La inmoderada aficion de Augusto á las vírgenes en la última parte de su vida, vino á marcar la decadencia de su virilidad; cuando se sentia jóven y vigoroso habia vivido con su mujer Claudia, jóven apenas núbil, sin reclamar el uso de sus derechos de marido, pues Claudia no era menos vírgen que la víspera de su casamiento, cuando Augusto se separó de ella para casarse con Escribonia, viuda de dos cónsules. Tambien repudió á Escribonia por su perversion de costumbres, casándose en terceras nupcias con Livia Drusila, que arrebató á Tiberio Neron, de quien estaba en cinta. Augusto amó constantemente á Livia, á pesar de las infidelidades que en desdoro de ella cometia y que ni siquiera se cuidaba de ocultarle. Satisfecha con ser amada por encima de todo, Livia no miraba como rivales suyas, á aquellas mujeres venales que se sucedian en los brazos de su esposo.

Por grandes que fueran los escesos de Augusto con el pelo blanco, desaparecian en la opinion pública al recuerdo de las monstruosidades de su juventud. Sobre todo se habia hablado mucho de una cena misteriosa que llamaban vulgarmente el Festin de las doce divinidades; cena en que los convidados, vestidos de dioses y diosas hubieron de representar las indecentes escenas que la poesía antigua colocara en el Olimpo, bajo la influencia de la ambrosía que Hebe y Fanimedes escanciaban y servian á la redonda. En esta magnífica orgía Octavio habia representado á Apolo, y un satírico anónimo inmortalizó el recuerdo de tan obscenas impiedades en estos versos famosos:

«Cuande César osó tomar la máscara de Apolo y celebrar en un festin los adulterios de los dioses, estos dioses indignados se alejaron de la mansion de los mortales y el mismo Júpiter abandonó sus dorados templos.»

Aquella cena cuyas particularidades no fueron jamás bien conocidas, coincidió con el hambre de que era víctima Roma. «Los dioses se han comido todo el trigo,» dijeron los romanos, al saber que el Olimpo habia cenado en el palacio de César. «Si César es, en efecto, el dios Apolo, añadieron los mas audaces, es Apolo Verdugo.» El dios era adorado bajo el nombre de Tortor, en un cuartel de la ciudad en que se vendian los instrumentos de suplicio, entre otros, las varas. Segun un escoliador, esta injuriosa calificacion aplicada á Augusto aludia al papel que habia desempeñado en aquella fiesta nocturna.

Pero las orgías de Augusto eran sencillas é inocentes en comparacion de las del viejo Tiberio. Este emperador, cuya propension á la embriaguez lo habia conducido por grados á los vicios mas abominables, se preciaba, sin embargo, de reformador de las costumbres de los romanos: confirmó las severas leyes que su predecesor habia hecho contra el adulterio; restableció la antigua usanza de pronunciar por una asamblea de parientes y por unanimidad de votos, el castigo de las mujeres que hubieran faltado á la fé conyugal; en cuanto á los maridos que cerraban los ojos ante la mala conducta de sus mujeres, los obligaba á repudiar solamente á estas impúdicas; desterró á las islas desiertas á las patricias que se habian inscrito en los registros de la prostitucion para entregarse sin riesgo á sus desórdenes; desterró tambien de Roma á los jóvenes libertinos de condicion libre, que por obtener el derecho de parecer en el teatro ó en la arena habian requerido voluntariamente la nota de infamia. Pero en cambio no tenia cuidado por su parte de las austeras prescripciones de su jarisprudencia, y parecia como aguzar el ingénio para inventar y cometer crímenes ó torpezas, que nadie antes que él hubiera osado imaginar.

Sus actos de supremo magistrado con los vicios de su vida privada ofrecian sin cesar las mas estrañas contradicciones. Un dia en el Senado apostrofó severamente á Sestio Galo, viejo pródigo y libidinoso, que habia sido ya castigado por Augusto, y pocos instantes despues, á la salida del Senado, se invitó él mismo á cenar en casa del viejo libertino, á condicion de que no habia de cambiar en nada las costumbres de su casa, debiendo por tanto servir la mesa, como siempre, jóvenes desnudas (*nudis pu llis administrantibus*).

En otra ocasion, trabajando en la reforma de las costumbres, pasó dos dias y una noche á la mesa con Pomponio Flaco y L. Pison, á quienes recompensó por sus infames complacencias, nombrando al uno Gobernador de Siria y al otro prefecto de Roma y llamándolos en sus cartas credenciales «sus mas deliciosos amigos de todas horas.»

Castigaba de muerte á todo hombre ó mujer que no se prestaba al punto á sus sórdidos deseos. Por vengar una resistencia de esta especie pagó viles delatores que acusaran á la bella Malonia, la cual prefirió la muerte á la deshonra. Durante los debates de este juicio, todavía hubo de solicitarla el impúdico y miserable emperador, pero Malonia fuerte siempre en su resistencia, lo apostrofó bravamente di-

ciéndole á gritos «viejo de boca obscena, peludo y hediondo como un cabron.» Luego al punto se atravesó con una espada.

En los primeros juegos que se celebraron despues de esta trágica aventura, todos los espectadores aplaudieron aplicando á Tiberio este pasaje de «Tal como un viejo cabron lame á las cabras (*hircum vetulum capreis naturam ligurare*). El pueblo habia puesto al emperador el mote de *Caprineo* aludiendo á la vez á sus costumbres de macho cabrío y á su residencia habitual en la isla de Caprea.

Hé aquí como Suetonio refiere la abominable vida que hacia este mónstruo en el fondo de su imperial guarida:

«Imaginó y dispuso una gran cámara donde estableció el asiento de sus mas secretos desórdenes. Allí comparsas de jóvenes de ambos sexos, dirigidos por los inventores de una monstruosa prostitucion, que el emperador llamaba *spinthries* (chispas) formaban una triple cadena y mútuamente enlazadas por delante de él para reanimar con este espectáculo impúdico sus ya agotadas pasiones. Tenia además otros muchos aposentos diversamente arreglados para el mismo uso, donde se veian en bajo-relieves los asuntos mas lascivos, y estaban á la mano los libros de Elefantis para que nada faltara al objeto (*ne cui in opera edenda exemplar imperatæ schenæ deesset*). En los bosques solo se veian asilos consagrados á Vénus, y las grutas y cavidades de las rocas ofrecian siempre á las miradas parejas amorosas en traje de ninfas y sátiros. Y todavía llevó mas léjos su torpeza con escesos y estravíos tan difíciles de referir como de creer: habia tomado niños de la edad mas tierna, que él llamaba *pececitos*, *ut natanti sibi inter femora versarentur ac luderemt, lingua morsuque sensim appetentes, atque etiam, quales infantes firmiores, necdum tamen lacte depulsos, inguini ceu papillæ admoveret*: género de placer á que su edad y temperamento lo inclinaban especialmente. Así habiéndole alguien legado el cuadro de Parrasio, en que Atalante prostituye su boca al placer de Meleagro, y dándole el testamento facultad de elegir entre el cuadro y un millon de sextercios, el viejo impúdico hubo de preferir el cuadro, colocándolo como un objeto sagrado en su dormitorio. Dicen tambien que un dia, durante un sacrificio, se enamoró de la belleza de un mancebo que llevaba el incienso, y apenas dió tiempo á que se acabara la ceremonia con el deseo de satisfacer su sórdida pasion, á la que tuvo que prestarse tambien un hermano del turiferario, tocador

de flauta que agradó igualmente al indigno emperador; reprochándose luego uno á otro hermano el oprobio comun, mandó el tirano que los castigaran y por su indicacion les rompieron las piernas á los dos. El retrato físico de Tiberio acabara de caracterizar sus costumbres. «Tiberio era grueso y robusto, de estatura superior á la ordinaria, ancho de hombros y de pecho y bien proporcionado. Era zurdo ó mas hábil de la mano izquierda que de la dererecha: sus articulaciones eran tan vigorosas que atravesaba con el dedo una poma aun verde y de un coscorron heria la cabeza de un niño ya aun la de un jóven; su rostro era bello, pero solía tenerlo granulento.»

Calígula, menos reservado aun que Tiberio, á quien procuraba imitar, amó desvergonzadamente á Marco Lepido, al cómico Mnester y á otros muchos con quienes tenia un comercio recíproco (*stupratum á se ac latera sibi contubernio ejus defessa*, *etiam vociferatus est*); mas grosero y brutal en sus placeres, no los variaba con ningun refinamiento de voluptuosidad, y la glotonería mas bien que la lujuria inspiraban los desórdenes de su imaginacion. Buscaba lo estraordinario, lo monstruoso, escepto en amor; que no fué siquiera un pretesto á sus prodigalidades.

«Sin hablar de sus incestos con sus hermanas y de su pasion tan conocida por la cortesana Piralis, dice Suetonio; Calígula no respetó á las mujeres de la mas alta distincion (*non temere ulla illustriore femina abstinuit.*) Ordinariamente invitaba á cenar á estas matronas con sus maridos, y allí haciéndolas pasar por delante de él, las examinaba detenida y minuciosamente como un mercader de esclavas. Luego iba sacando sucesivamente de la sala del festin á aquellas de que se habia prendado. Cuando volvia con ellas y con los patentes indicios de su infamia, se complacia el miserable en referir, sin cosa de rubor en aquella cara de bruto, sus impúdicas hazañas, enumerando á la vez las bellezas ó imperfecciones secretas de aquellas desdichadas. Repudió á algunas en nombre de sus maridos ausentes y llevó el escándalo hasta el punto de insertar estos divorcios en las actas públicas.»

Por lo demás Calígula hizo olvidar en cierto modo sus desórdenes con sus ingeniosas crueldades, con sus enormes exacciones y con sus pasmosas dilapidaciones. Entre los estraños é innobles impuestos que estableciera en Roma, hay que citar el vectigal de la prostitucion, ó

tasa de cada prostituta, segun el tipo que ella misma fijaba por lo que valia cada vez que traficaba con su cuerpo (*ex capturis prostitutarum, quantum quæque uno concubitu mereret*). El emperador añadió luego á este capítulo de la ley, que semejante derecho habia de exigirse á todos los que, hombres ó mujeres, habian vivido del *lenocinio* ó del *meretricio*. Ya se comprende que la asignacion de tal impuesto no podia ser sino arbitraria.

Pero uno de los hechos mas singulares del imperio de Calígula es la fundacion ó apertura de un lupanar en el mismo palacio de los Césares. Este hecho monstruoso que nos suministran Dion Casio y Suetonio, ha parecido tan inverosímil á algunos críticos, que han visto mas bien una alteracion del testo en este pasaje, que Dion en sentir de ellos, habria copiado confiadamente de Suetonio, amplificándole y poetizándolo. Segun estos críticos, se trataria de un garito y no de un lupanar. Dion añade únicamente á la narracion del historiador latino que Calígula habia tomado en las Galias la idea de su lupanar imperial.

«A fin de que no hubiera ningun género de exacciones fuera de práctica, estableció un lupanar en el palacio, donde se construyeron gran número de celdas, adornadas segun la conveniencia del lugar, y matronas é ingénuos ocuparon estas celdas. El emperador enviaba sus nomenclatores á las plazas y temples para invitar al libertinaje (*in libidinem*) á loa jóvenes y viejos disolutos. Los clientes de este lupanar hallaban allí dinero á usura y se inscribian los nombres de los que pagaban espléndidamente, como si se suscribieran para el acrecentamiento de las rentas imperiales.»

Estos detalles son, en efecto, muy vagos y oscuros y mejor se aplicarian á un garito que á un lupanar, pues no se dá uno cuenta, sobre todo, de ese préstamo á usura que esperaba á los clientes reclutados por los nomenclatores en las calles públicas. ¿Quiere Suetonio dar á entender con esto que el precio de aquella prostitucion bajo la garantía del emperador era tan considerable que nadie tenia bastante dinero sobre sí para pagarlo? Lo que nos hace presumir que este supuesto lupanar no era sino una casa de juego dirigido por matronas é hijos de familia (*ingenui*), es que Suetonio añade inmediatamente particularidades que solo pueden referirse á los juegos de azar (*alea*) en los que Calígula empleaba el fraude y el perjurio para tener siempre la suerte en su favor.

Sea lo que quiera, si el empleo de prefecto de los placeres (*à voluptatibus*) creado por Tiberio, subsistió hasta el imperio de Neron, es cierto que el lupanar imperial no sobrevivió á Calígula, que lo fundara y que sacaba de él grandes beneficios.

Su sucesor Claudio no fué menos cruel ni sanguinario que él, pero no llegó ni con mucho á semejantes escesos de impudencia. Este emperador tuvo sobradas mujeres lejítimas para abandonarse á muchas queridas, y las que, por mas capricho que por amor tuviera, no tuvieron bastante notoriedad para que el historiador hablara de ellas. Suetonio que se cuida de registrar los matrimonios y divorcios de Claudio, condenando los vergonzosos desórdenes (*libidinum probra*) de su primera mujer Urgulanila, y los furores lascivos de la tercera, la vil y escandalosa Mesalina, Suetonio formula un juicio general sobre las costumbres de este emperador.

«Amó apasionadamente á las mujeres, dice, pero no tuvo ningun comercio impuro con los hombres. (*Libidinis in femina profusissime, marium omnino expers*).

Cualesquiera que, por otra parte, fueran los escesos de Claudio, estaba muy léjos de igualar á Mesalina, á quien inmortalizó Juvenal y cuyo nombre infame ha venido á ser en todas las lenguas, sinónimo de prostituta sin aprension ni vergüenza. Hay que buscar en Tácito la relacion de los crímenes y lujurias de esta inmunda emperatriz (lib. XI) que tuvo la osadía de casarse públicamente en vida del emperador su marido, con su amante Silio, y celebrar este casamiento adulterino en una orjía, en que hizo el papel de bacante. No obstante la identidad de una cortesana llamada Lisisca, que se asemejaba á Mesalina y que con este parecido pudo pasar por ella en el ejercicio de su profesion, no acometeremos nosotros la gran empresa de probar que esta emperatriz ha sido calumniada por la historia y que solo una funesta semejanza le ha dado su infame celebridad.

El ejemplo de Mesalina parece haber animado á Neron á superar á todos sus antecesores en la carrera de los crímenes de prostitucion. Luego que este mónstruo imperial hubo arrojado la máscara que ocultaba sus horribles propensiones, se abandonó en cuerpo y alma á todos los escesos que el refinamiento del libertinaje pudo imaginar y dió satisfaccion á todos sus vicios. En los primeros tiempos se imponia aun alguna reserva al darse á los escesos de sus pasiones lujo-

riosas, que podian escusar los pocos años. Así que oscurecia, se disfrazaba con un traje vulgar para recorrer las tabernas y demás lugares sospechosos: vagaba por las calles como un perdido insultando á las mujeres, provocando á los hombres y atropellando cuanto se le resistia. Comprometíase entonces con las mas viles prostitutas, con los lenones mas infames, trabando luchas en que unas veces daba y otras recibia los golpes. Segun él, era esta la mas diestra y hábil manera de estudiar y conocer al pueblo y aprender á vivir como ciudadano. Como los lupanarios, los patronos ó traficantes de esclavos, los panaderos y taberneros, con quienes siempre estaba en guerra, le tenian prometido partirlo por el espinazo en la primera ocasion, el augusto pendenciero no recorria ya su campo de batalla sin que de cerca ó de léjos le guardaran las espaldas sus íntimos y confidentes.

Pero muy luego hubo de cansarse de disfraces para ocultar sus costumbres y se complació, por el contrario, en ofrecerlas á vista de todo el mundo, sin inquietarse por el escándalo ni menos por el vituperio. Así se le veia cenar públicamente, ora en el Campo de Marte, ora en el Circo grande haciéndose servir por todas las prostitutas de Roma y por flautistas estranjeras. (*Inter scortorum totius urbis ambubaiarumque ministeria.*)

Y no es esto todo: siempre que Neron iba á Ostia por el Tíber, ó que navegaba al rededor del golfo de Bayas, se establecian á lo largo de la orilla, casas de hospedaje y de prostitucion, donde las matronas, haciendo oficio de posaderas, lo invitaban á detenerse. No hay que decir que el libertino emperador no desairaba á las matronas, y su viaje se prolongaba así muchas semanas. No bastándole un prefecto de placeres, instituyó además un Arbitro, y parece que Petronio cumplió este difícil cargo á gusto y contentamiento de Neron. El poeta no era solo Arbitro del placer, sino tambien de la elegancia (*elegantiæ orbiter*, dice Tácito) y Tigellino no le perdonó ser tan hábil en la ciencia de las sensualidades, (*scientia voluptatum potiorem*). No puede creerse, sin embargo, que Petronio *Arbiter* aprobara el abominable libertinaje de aquel emperador, que se permitia los mas obscenos y vergonzosos estravíos. Tácito, Suetonio, Xifilino, Aurelio Víctor, hablan de sus infamias; pero rehuyen describirlas detalladamente y tampoco ofrecen en sus cuadros las figuras de las viles complacientes, que intervenian en las orgías imperiales secundando sus torpe-

zas. Despues de haber indicado el camino pedagógico de Neron con algunos ingénios (*ingenuorum pædagogia*) y sus muchos adulterios, Suetonio lo acusa simplemente de haber violado á la vestal Rubria. Mas esplícito es sobre el casamiento de Neron con Esporo, y su incesto con su madre.

Esporo era un jóven de incomparable belleza: Neron se enamoró de Esporo, y deseando que el hombre fuera mujer, ideó por un execrable estravío de imaginacion cambiarle el sexo y lo mandó mutilar (*ex sectis testibus etiam in muliebrem transfigurare conatus*). Entonces y despues de haberle señalado la dote, le puso el velo nupcial como á una novia y celebró pomposamente la ceremonia de un casamiento, en que tomó á Esporo por esposa (*celeberrimo officio deductum ad se pro uxore habuit*) en medio de una numerosa concurrencia que aplaudió aquella infame y deshonrosa mascarada. Alguien sin embargo, se permitió una ocurrencia, que pudo haberle costado cara. «Hubiera sido una dicha para el género humano que el padre de Neron, Domicio, se hubiera casado con una hembra semejante.»

Neron estuvo mucho tiempo enamorado de Eporo, á quien tenia vestido en traje de emperatriz y con quien salia en público sin vergüenza de su propia ignominia. Viajó por Grecia en compañía de aquella emperatriz sin sexo, prostituta que no era mujer, mancebo que no era hombre, y de regreso en Roma se presentó en litera con él en las fiestas Sigilarias, donde á cada instante se besaban á vista y paciencia del público (*identidem exosculans*).

En cuanto á su madre Agripina, ella fué segun Tácito, la que solicitó ó preparó este horrible incesto hablando á las pasiones del hijo por miras de ambicion, por conquistarse una influencia suprema asegurándola con los lazos de una inteligencia impúdica; pero el hijo, abandonándose á estos criminales amores, no otorgó á su infame cómplice el poder que codiciaba; no tardó mucho tampoco en cansarse de las importunaciones de que fué objeto como en castigo de su horrorosa aberracion. Segun Suetonio, Neron habria amado locamente á Agripina, sino hubiera satisfecho la sed ardiente de su brutal deseo, bien que Agripina hubiera tenido el tacto ó fuerza de resistirse sin desesperarlo, bien que sus confidentes le hubieran hecho comprender el peligro de someterse así á la voluntad de una mujer imperiosa y dominante. Conservó, sin embargo, hácia su madre una intencion libidinosa

que se traducia por actos impuros, cuando se paseaba en litera con ella *(Olim etiam, quoties lectica cum matre veheretur, libidinatum inceste, ac maculis vestis proditum, affirmant.)* Mas aun, para que la ilusion le ofreciera mejor las apariencias de la realidad, admitió en el número en sus concubinas una cortesana, que se asemejaba singularmente á Agripina.

Neron se preciaba de poeta y se dejó arrastrar por las ficciones de la poesía á inverosímiles caprichos de furor erótico. Así solia imitar las metamórfosis de los dioses, revistiéndose con pieles de animales y lanzándose, ya lobo, ya leon, bien toro, bien cisne, sobre mujeres y hombres, sueltos ó atados de antemano, á quienes, arañaba, mordia, ó mutilaba á satisfaccion de su feroz lascivia *(suam quidem pudicitiam usque adeo prostituit, ut contaminatis pæne omnibus membris, novissime quasi genus lusus axcogitaret, quo feræ pelle contectus emitteretur è cavea virorumque ac fœminarum ad stipitem deliagtorum inguina invaderet.)* De este modo reproducia ó realizaba la fábula de Andromeda, de Leda, de Io y de tantas otras contemporáneas de las edades heróicas.

Despues, exaltado por estas fiebres eróticas, se persuadia de que los dioses favorables lo habian metamorfoseado en mujer y se abandonaba á su liberto Dioforo imitando los gritos de una doncella enamorada, víctima de su pasion y de su amante. *(Et quum affatim desævisset, coficeretur á Dyophoro liberto cui etiam, sicut ipsi Sporus, ita ipse denupsit, voces quoque et ejulatus vim patientium virginum imitatus.)*

Un mónstruo como Neron no llegó al colmo de la torpeza, sino haciendo resaltar sobre la humanidad entera todo el menosprecio que él hácia sí mismo sentia: el mónstruo estaba convencido de que ningun hombre absolutamente casto, ni podia estar exento de mancha corporal *(neminem hominem pudicum, aut ulla corporis parte purum esse)* sino que la mayor parte de ellos sabian disimular el vicio y ocultarlo hábilmente. Así, añade Suetonio, perdonaba todos los demás defectos á cualquiera que confesaba francamente ante él su lubricidad.

Este miserable emperador era muy digno de morir llorando en brazos del infame Esporo, el cual no mezcló su sangre con la de su compañero de prostitucion, á quien detestaba, porque el emperador tenia todo el cuerpo lleno de manchas y úlceras que exhalaban un olor fétido, y que provenian de estos amores. Sin embargo, su con-

cubina Acte, hubo de honrar sus cenizas depositándolas con lágrimas en el sepulcro de los Domicios.

Galba, aunque hiciera remontar su orígen á Pasifae y su toro, no tenia temperamento ni salud á propósito para continuar los estravíos sensuales de Neron. A pesar de las promesas de su nombre, que en lengua gala significaba *grueso*, Galba era estremadamente flaco, y esta flaqueza ética argüia la infamia de sus hábitos: en sus aficiones eróticas entraba con preferencia el hombre, jóven ó viejo, con tal de que fuera robusto (*libidinis in mares proniores, et eos, non nisi præ duros exoletosque.*)

Cuando Icilo, uno de sus antiguos concubinos (*veteribus concubinis*) vino á nunciarle en España la muerte de Neron, refiérese que, no contento con abrazarlo en albricias, indecente y públicamente, le hizo que se depilara y se lo llevó á dormir consigo (*non modo artissimis osculis palam exceptum ab eo, sed, ut sine mora velleretur, oratum atque seductum.*)

Oton, que no dió tiempo á Galba para *gozar su juventud*, como decian los del ejército paseando su cabeza en la punta de una lanza, era un discípulo y un *complaciente* de Neron, y habia sido desde su mas temprana edad pródigo y libertino, cliente de todos los lupanares y amigo de todos los escesos. En la edad de la ambicion se consagró por ganar crédito á una liberta que tenia mucho y aun fingió estar enamorado de ella, bien que fuera ya una vieja. Hé aquí el conducto por donde llegó á insinuarse en la gracia de Neron, á quien hubo de prestar ignominiosos servicios. Pero luego se indispuso con aquel emperador por causa de Popea, que se disputaban uno á otro y que Oton tuvo que ceder al derecho del mas fuerte.

Debe creerse que sus costumbres no hicieron sino corromperse con los años, y su género de vida puede apreciarse por la descripcion de su tocador que prueba sus gustos femeniles.

«Se hacia depilar todo el cuerpo y llevaba en la cabeza, ya casi calva, cabellos estraños fijados y puestos con tal arte que nadie descubria el fraude. Se rasuraba todos los dias la cara con escesivo cuidado y se le frotaba con pan mojado, costumbre que habia contraido desde que la apuntara el bozo, á fin de no tener nunca barba.»

Pero proclamado emperador en Roma, apenas tuvo tiempo de ordenar algunas orgías secretas en el palacio de los Césares, pues se

vió muy luego precisado á salirle al encuentro á Vitelio que venia á disputarle el imperio, habiéndose suicidado despues de tres derrotas sucesivas, aunque su presencia afeminada y ruin no prometiera tanto valor.

Vitelio, su vencedor y sucesor, se habia ya deshonrado en su juventud con su pasion por una liberta, cuya saliva mezclada con miel tragaba como un remedio contra los males de garganta á los cuales estaba afecto. Habia sido tambien educado en la escuela de la prostitucion, pues pasó su juventud en Caprea entre los favoritos de Tiberio y quedó infamado con el mote de Spinthria por haber dirigido él estas obscenidades del viejo é impúdico Tiberio. Y todavía continuó deshonrándose con tales infamias, cuando llegó á la edad del toro viejo, como él mismo decia congraciándose viniendo á ser luego sucesivamente impuro familiar de Calígula, de Claudio y de Neron.

Pero desde entonces estubo violentamente enamorado de un liberto llamado Asiatico que habia sido su compañero de infamia en Caprea (mutua libidine constupratum) y que procuraba siempre escapársele, aunque sin lograr nunca que lo olvidara. Vitelio se lo encontraba, ya vendiendo vino á los muleteros, ya luchando con los gladiadores; pero en su presencia el liberto se sentia avergonzado por los recuerdos de su juventud. Volvió finalmente á encontrarse á aquella indócil víctima y procuró atraérsela por medio de presentes y otras seducciones, hasta que hizo á su Asiatico caballero y gobernador de una provincia.

Como la edad lo volviera obeso, este emperador sacrificó luego su lujuria á la gula, diciendo que el estómago era la parte mas complaciente y fuerte del cuerpo, al contrario de las otras partes que se debilitan ó gastan con el uso. Con este ejercicio llegó á ampliar de tal modo la cavidad de su estómago, que comia casi sin interrupcion, cuando no estaba durmiendo, y su insaciable glotonería se revelaba á cada instante por la costumbre que habia hecho de no esperar, para comer otra vez, á que el aparato dijestivo hubiera comenzado su funcion. De este modo podia hacer diariamente cuatro comidas que le ocupaban todo el dia y parte de la noche.

Con esto se embotaron sus sentidos solo manifestándose á intérvalos en medio de aquellos contínuos festines, donde rara vez invocaba á Vénus, apurando hasta las heces grandes copas y devorando lampreas no pequeñas. Su enorme corpulencia, su rostro bermejo, su ab-

dómen prominente, sus piernas delgadas relevaban que habia pasado en la mesa todo el tiempo de su imperio y que no se habia fatigado encorrer trás de aventuras y goces amorosos.

Despues de un emperador voraz, tuvo Roma un emperador avaro, que se abstuvo de los ruinosos escesos de sus predecesores y no cayó en su descrédito. Vespasiano, persiguiendo y todo á los cristianos, no dejó desufrir á pesar suyo la influencia del cristianismo: comprendió que la dignidad del hombre exigia cierta reserva en las costumbres y que el jefe del Estado debia hasta cierto punto dar el ejemplo del respeto que todos deben á la opinion pública. La razon de estado fué el principio de esta filosofía casi cristiana que Vespasiano puso en práctica permitiéndole su temperamento frio y austero ser consecuente con la moral. Vivia, sin embargo, en concubinato, desde la muerte de su mujer Flavia Domitila, con una antigua querida, llamada Cenis, liberta de Antonia, madre de Claudio, á quien él habia servido con carácter de secretario; pero este enlace ilegítimo habia venido con el tiempo á ser tan respetable, como un casamiento sancionado por la ley, y Cenis ocupaba cerca del emperador el lugar distinguido de una esposa. Vespasiano le era fiel, no solo porque la amaba, sino tambien porque no amaba á otra.

Sin embargo, refiere Suetonio que una mujer hubo de fingir por él una pasion violenta y acabó por triunfar de sus desdenes, persuadiéndolo de que ella moriria inevitablemente, si no obtenia de parte de él una prueba de ternura. Otorgada esta prueba Vespasiano desmintió por esta vez su habitual avaricia hasta el punto de desprenderse, en favor de aquella mujer, de 400.000 sextercios (75.500 francos) y esto en gracia de la originalidad del hecho. Habiéndole preguntado su intendente como habia de cargar aquella suma en la cuenta do los gastos imperiales. «Así, contestó Vespasiano: «Por una pasion inspirada por el emperador...» (Vespasiano, ait, adamato). Pero aunque casto en sus costumbres, Vespasiano solia descender á groseras chanzonetas, sin abstenerse tampoco de espresiones sórdidas (prætextatis verbis).

Tito, antes de suceder á su padre Vespasiano, se habia creado la peor reputacion en Roma, donde su crueldad é intemperancia le habian enagenado las simpatías populares: prolongaban hasta media noche sus comilonas nocturnas con los mas disolutos de sus familiares; an-

daba siempre rodeado de una multitud de licenciosos y eunucos (*exoletorum et spadonum greges*); se le acusaba tambien de rapaz y se decia abiertamente que seria otro Neron. Pero cambió de repente en cuanto subió al trono imperial y reinó como un filósofo, conformándose sin saberlo con la moral evangélica: á imitacion de su padre no perseguia á los cristianos, que admiraban en él un modelo de todas las virtudes. Así fué llorado por todo su pueblo, cuando una muerte prematura lo arrebató del trono, declarando en aquel trance que no habia hecho en toda su vida mas que una sola accion de que debiera arrepentirse.

Suetonio dice que esa accion podria ser su inteligencia culpable con Domicia, mujer del hermano de Tito; pero que Domicio protestó siempre de su inocencia poniendo á los dioses por testigos. «Si hubiera existido, añade, no era ella mujer de negar comercio semejante; antes bien se hubiera jactado de él, como de todas sus infamias.»

Domicia en cambio, no negó sus relaciones adulterinas con el histrion Paris, á quien amaba locamente, y Domiciano proclamado emperador, tuvo que repudiarla, ó al menos alejarla por algun tiempo para satisfacer á la indignacion pública. Muy luego volvió á tomarla, declarando que, á pesar de los desórdenes de aquella otra Mesalina, no podia pasar sin ella, que para él valia por cien queridas.

Le habia dado, sin embargo, una rival en la hija de su hermano Tito, mujer por quien manifestó la mas violenta pasion, y de cuya muerte fué causa, obligándola á tomar un abortivo en la duda de su monstruosa paternidad. Por lo demás no era sino muy aficionado á los placeres del amor, que él llamaba «gimnástica del lecho» (libinis nimiæ assiduitatem concubitus, velut exercitationis genus).

Sin embargo, á pesar de sus libertinajes, Domiciano se ocupó en reformar las costumbres y reclamó la aplicacion de muchas antiguas leyes de policía que habian caido en desuso. Así, mientras que Clodio Pollion, sobrenombrado el Tuerto, hacia circular la copia de una carta autógrafa, en que Domiciano, jóven entonces y dado á vicios vergonzosos (noctem sibi pollicentis) el emperador hacia condenar á muchos caballeros romanos convencidos del crímen de sodomía. El fué quien prohibió á las mujeres públicas el uso de las literas (probosis feminis lecticæ usum ademit) y quien conminó con penas terribles á los violadores de las vestales: hizo enterrar viva á la gran sacerdo-

tisa Cornelia, que habia tenido mas de un cómplice, y apalear á estos hasta que dejaron de existir. Otras vestales, las hermanas Ocelata y Varronila tuvieron la libertad de elegir género de muerte y sus seductores fueron desterrados.

Finalmente Domiciano, avergonzado sin duda por sí mismo, hubo de espulsar de la magistratura á un juez que habia acogido á su mujer, despues de haberla repudiado por adúltera.

Pero la moral evangélica asoma ya por todas partes y el paganismo parece avergonzarse de sus prostituciones, que justificaba la historia de los falsos dioses. La filosofía cristiana se infiltra en la doctrina de Platon y los emperadores que tienen á honor ser filósofos, se aplican á corregir sus vicios poniendo freno á sus pasiones. Así, el viejo Nerva, que al decir de Suetonio, habia corrompido la juventud de Domiciano; Trajano que era aficionado á los placeres antifísicos, lo que no condena Xifilino; Adriano, que hubiera sacrificado el imperio á su favorito Antinóo, divinizando por él, y que pasaba por voluptuoso de ambos sexos (quæ adultorum amore ac nuptarum adulteriis, quibus Adrianus laborasse dicitur, asserunt); estos tres emperadores reinaron como sabios y trabajaron por reconstituir la sociedad romana sobre bases de honradez, de pudor y de religion que emanaban de la fé nueva. Antonino el Piadoso y Marco Aurelio fueron verdaderamente emperadores cristianos y bajo sus gloriosos imperios pudo creerse que el Evangelio iba á ser el código universal de la humanidad. Pero el paganismo maldecido en sus tendencias materiales y condenado en su depravacion orgánica, debia intentar el último esfuerzo bajo la influencia de Cómmodo y Heliogábalo para arrastrar el mundo romano en las últimas saturnales de la prostitucion.

CAPITULO XXIX.

Cómmodo, emperador.—Su juventud impúdica.—Su mancebo Antero.—Como este emperador empleaba sus dias y sus noches.—Antero asesinado á instigacion de los prefectos del pretorio.—Sus trescientas concubinas y sus trescientos mancebos.—Sus monstruosas orgías.—Incestos que cometió.—Vergonzosas consecuencias á que sometia á sus cortesanos. —El liberto Onon.—Cómmodo Hércules.—Horribles desórdenes de este mónstruo.—Como Marina, concubina de Cómmodo descubre el proyecto que tenia de hacerla morir, con un gran número de oficiales de la casa imperial.—Filocómmodo.—Muerte de Cómmodo.—Heliogábalo, emperador.—Celebridad única dejada por él en la historia.—Heliogábalo gran sacerdote del Sol.—Lujo macedonio de los vestidos de Heliogábalo.—Simiamira Clarísima. —El senadillo ó pequeño senado fundado por el emperador para complacer á su madre.—Infames aficiones de Heliogábalo.—Pantomimas indecentes que hacia representar y el papel que representaba él mismo en ellas.—Gente que elegía con preferencia para compañeros de sus orgías.—Como celebraba las florales.—Su gusto de asistir de incógnito á los actos de prostitucion popular.—Sus simpatías hácia las prostitutas.—Convocatoria que hizo de todas las cortesanas y de todos los rufianes de profesion.—Como se condujo ante esta infame turba que presidió él mismo.—El emperador cortesano.—Como celebraba las vendimias.—Mujeres legítimas que tuvo este emperador hermafrodita.—La viuda de Pomponio Baso.—Cornelia Paula.—La sacerdotisa de Vesta.—Maridos de Heliogábalo.—El carretero Jeroclo.—Aurelio Zotico llamado el cocinero.—Casamiento de los dioses y de las cortesanas en el palacio imperial.—Muerte de Heliogábalo.—Alejandro Severo, emperador.—Benéfica influencia de su imperio.—Galiano emperador.—Sus desórdenes.—El divino Claudio emperador.—Aureliano emperador.—Tácito emperador.—Se prohiben los lupanares en el interior de Roma.—Probo, emperador.—Caro, emperador.—Su vida infame.—Diocleciano emperador.—Aquí parece detenerse la prostitucion romana.

La familia de los Antoninos, despues de haber dado al trono imperial dos grandes filósofos que procuraron regenerar el mundo pagano por la moral, debia producir al infame Cómmodo y estinguirse en Heliogábalo. Las abominaciones de estos dos últimos forman un contraste desconsolador con las virtudes de Antonino y Marco Aurelio, que hicieron olvidar á sus gloriosos predecesores Trajano y Adriano. Marco Aurelio habia previsto que su hijo Cómmodo se asemejaría á Neron, á Calígula y á Domiciano, y hubiera querido morir antes de ver cumplirse esta prevision fatal. Si Cómmodo solo hubiera tenido

malas costumbres, su padre habria cerrado los ojos sobre lo que no era mas que un hecho ordinario de la juventud y del temperamento: así toleraba la vida licenciosa de su hijo adoptivo Lucio Vero á quien habia asociado al imperio, no ignorando que era víctima de los placeres sensuales; pero Lucio Vero tenia buen cuidado de encerrarse en el interior de su palacio para abandonarse á sus gustos de bufones, bailarines y cortesanas y no sacaba afuera sino costumbres decentes, honradas, aun austeras. Los escesos de su vida privada no influian de ninguna manera en su vida pública, y podia presentarse al lado de Marco Aurelio, sin que este virtuoso emperador pudiera avergonzarse de sus vicios.

Pero Cómmodo, al contrario, no habria estado satisfecho, si sus torpezas no hubieran tenido mil testigos y mil ecos: envilecerse á vista de todos era para él un gusto y hasta una necesidad. Ademas el abuso de la lujuria habia sobrescitado sus sentidos de tal modo que para contentarlos tenia que recurrir á la efusion de sangre: era naturalmente cruel y la crueldad se desarrolló en su ánimo hasta hacerse una pasion brutal que intervenia en todos los raptos de su furor erótico.

«Desde su mas tierna infancia, dice Lamprides que escribió consultando historiadores griegos y latinos, hoy perdidos, Cómmodo fué impúdico, libidinoso, cruel, malvado, manchándose hasta la boca en sus torpezas (Turpis, improbus, crudelis, libidinosus, ore quoque polluus, constupratus fiut).

Sin embargo, poco tiempo despues de haber tomado la toga viril, á la vuelta de la expedicion de Egipto, adonde habia acompañado á su padre, compartió los honores del triunfo con el divino Marco Aurelio.

Separó á los sabios y dignos preceptores que se le dieran y se rodeó de los hombres mas corrompidos; un momento pudo alejarse á esta gente; pero habiendo caido enfermo el ilustre príncipe por el pesar de la ausencia, hubo de devolverlo otra vez á los brazos de sus infames amigos y desde entonces ya no tuvieron freno sus pasiones. Hizo del palacio una taberna, un lugar de libertinage (popinas et ganeas in palatinis semper aædibus fecit); trayendo á este lugar á las mujeres mas notables por su belleza y esclavas lupanarias para el servicio de sus sensualidades: «mulierculas formœ tcitioris, ut prostibula mancipia lupanarium, ad ludibrium pudicitiæ contraxit.» En fin, su vida

corria entre gladiadores y meretrices, frecuentando las casas de prostitucion, en cuyas celdas penetraba disfrazado de eunuco, para servir agua ó refrescos (aquam gesist ut lenonum magister).

Cuando Marco Aurelio murió en Roma, Cómmodo hacia la guerra á los bárbaros de las orillas del Danubio, donde suspiraba sin cesar por las delicias de Italia: dejó, pues, allá su ejército, que lo habia saludado emperador y volvió á la ciudad eterna donde fué proclamado por los romanos, que hubieron de olvidar las torpezas de su juventud, viéndolo tan hermoso y gallardo.

«Su aire no tenia nada de afeminado, dice Herodiano, su mirada era dulce y viva al mismo tiempo, su cabellera rizada y rubia: cuando andaba al sol, su pelo resplandecia como si hubiera tenido polvo de oro.»

Pero esta radiante belleza, que no tenia igual, si hemos de creer á Herodiano, no tardó mucho en marchitarse al calor de las orgías, donde Cómmodo consultaba menos sus fuerzas que sus deseos insaciables: su constitucion, aunque robusta, no pudo resistir tales y tantos desórdenes y muy luego se vió á Cómmodo débil, encorvado, con la cabeza trémula, la tez granulenta, los ojos enrojecidos y la boca babosa. Tuvo tambien á consecuencia de enfermedades vergonzosas un tumor tan prominente en las ingles que se revelaba á través de sus vestidos de seda. El dia de su entrada en Roma, mientras que el público fijaba su entusiasmo en su bello semblante, él fijaba sus miradas en su mancebo Antero (subactore suo), que venia en su mismo carro, y durante la ceremonia se volvia á cada instante á besar á este vil é infame personaje: sus innobles caricias continuaron en pleno teatro con aplauso de los espectadores.

Cómmodo volvió á tomar desde luego el género de vida que hacia en la de su padre: al oscurecer recorria las tabernas y los lupanares (vespera etiam per tabernas ac lupanaria volitavit); y mas tarde bebia hasta el amanecer en amor y compañía de su favorito Antero y otros impúdicos mancebos. En cuanto á los negocios de Estado, los abandonó en manos de Parennis, quien solo le aconsejaba que se divirtiera, dejando lo demás á su cuidado. Esto fué un convenio hecho entre los palaciegos, en contra de Antero, mandado asesinar por los prefectos del pretorio, para sustraerse á los tiránicos caprichos de tan infame privado.

Cómmodo no se consoló de esta pérdida, sino hundiéndose en sensualidades y torpezas mas estrañas aun: no se mostraba casi nunca en público; vivia encerrado en su palacio, donde reunió trescientas concubinas, escogidas indistintamente por su belleza entre las matronas y las prostitutas, y otros trescientos mancebos, escogidos igualmente entre los jóvenes de la nobleza y el pueblo y no menos notables que las mujeres por la perfeccion voluptuosa de sus formas corporales. Estos seiscientos convidados tomaban asiento á la mesa de Cómmodo y se ofrecian alternativamente á sus impuras y desvergonzadas fantasías (in palatio per comvivia et balneas bacchatus.) Cuando flaqueaba de fuerzas físicas, hacia valer en su ayuda la influencia de la imaginacion mandando á sus concubinas entregarse en su presencia á placeres, que él no podia gozar por el momento (ipsas concubinas suas sub ocalis suis stuprari juvebat). Estos cuadros impúdicos tenian el poder de reanimar sus agotados sentidos, pudiendo así ser otra vez mas actor en aquellas obscenas bacanales, en que los sexos estaban confundidos y la prostitucion ensayaba los mas asombrosos artificios (nec irruentium in se juvenum carebat infamia, omni parte corporis atque ore in sexum utrumque pollutus.)

No era ya, como en Tiberio y Neron, el ardor de saciar grandes pasiones materiales; era la inquietud, la travesura de una imaginacion ya depravada que solo aspiraba á dar vida á unos sentidos casi muertos. En este afan y perversion, Cómmodo ponia su ingénio en tortura para inventar, á modo de filtros, las mas raras combinaciones de obscenidades. Despues de haber violado á sus hermanas y parientas, dió el nombre de su madre á una de sus concubinas, á fin de persuadirse de que cometia con ella el horrible incesto. No perdonó á ninguno de los adeptos que lo rodeaban, sometiéndolos todavía para colmo de vilipendio y deshonor á vergonzosos caprichos, aunque sometiéndose á su vez á ellos. (Omne genus hominum infamavit quod erat secum et ab hominibus est infamatus.) ¡Ay del que entonces se permitia una chanza ó una sonrisa! porque luego al punto era pasto de las fieras.

«Amaba con preferencia, dice Lamprides, á los que llevaban los nombres de las pudendas de uno ú otro sexo y los besaba con mas gusto. (Habuit in delicis homines appellatos nominibus verendorum utriusque sexus, quos libentis suis osculis aplicabat.)»

Una variante del testo latino, *osculis* por *osculis*, atenua este pasaje dando á entender que se contentaba con mirarlos con mas interés y distincion que á los que tenian nombres decentes. Entre estos familiares distinguia mas especialmente á un liberto, á quien llamaba Onon (burro) aludiendo á cierta analogía obscena que lo asemejaba á este animal. (Habuit et hominem pene prominente ultra modum animalium, quem Onom appellavit, sibi charissimum.) El emperador enriqueció á este Onon, burro á quien hizo tambien gran sacerdote de Hércules. El mismo Cómmodo se hizo llamar Hércules por el senado, que ya le habia conferido los dictados honoríficos de Pio y Feliz.

No podria uno representarse sin horror las sensualidades mezcladas con sangre humana que aquel mónstruo divinizado ponia en obra con una especie de génio infernal, que ni siquiera respetaba los templos de los dioses (deorum templa stupris polluit et humano senguine.) Se complacia en vestirse con trage femenil y andando así vestido procuraba imitar el aire y contorno de las mujeres: en cambio solia tambien vestirse de Hércules con una piel de leon. «Cosa estravagante es y ridícula, dice en esta oportunidad Herodiano, verlo hacer alarde al mismo tiempo de la afectacion de la mujer y de la fuerza del leon.» En estos festines solia mezclar escrementos con los manjares mas esquisitos, y no vacilaba en comer él mismo, por hacer que los demás comieran (dicitur saepe preciosissimis cibis humana stercora miscuisse nec abstinuisse gustu, aliis, ut putabat, irrisis.) Los gestos que hacian los comensales le procuraban una singular diversion, á la cual no se limitaba. Un dia ordenó al prefecto del pretorio Juliano que se despojara de sus vestidos y danzara desnudo, con el rostro tiznado y batiendo los címbalos delante de las cortesanas y mancebos que lo aplaudian; luego lo hizo arrojar á un estanque, donde las lampreas lo devoraron.

Para eterna fama, este mónstruo inscribia solemnemente en las actas públicas de Roma todo cuanto hacia de vergonzoso, de impuro, de cruel, en una palabra, todas sus proezas de gladiador y libertino, (omnia quæ turpiter, quæ impure, quæ crudeliter, quæ gladiatorie, quæ lenonice faceret).

En fin, este execrable emperador, despues de haber escapado á muchas conspiraciones tramadas contra su vida, pereció asesinado á instigacion de Marcia, la predilecta de sus concubinas. Marcia lo

amaba á pesar de sus crímenes y velaba por la conservacion de sus dias, como una madre solícita, acaso por piedad mas bien que por amor.

Pero Cómmodo tuvo la idea de celebrar el primer dia del año con una fiesta, en la que habia de ir al Circo armado con su maza y precedido de todos los gladiadores. Marcia le conjuró que no lo hiciera, y todos los oficiales de la casa imperial le suplicaron tambien que no se espusiera de tal modo á los puñales de los asesinos. Irritado el emperador por la oposicion que se le hacia por parte de sus mas fieles servidores, resolvió desembarazarse de ellos condenándolos á muerte, y al efecto hizo una lista de los que debian morir, dejándola fatalmente olvidada bajo la cabecera de su lecho.

«Tenia en su córte, refiere Herodiano, uno de aquellos niños que servian en sus placeres á los romanos voluptuosos, que iban medio desnudos y cuya belleza resaltaba con el esplendor de la pedrería de que iban adornados. Cómmodo lo amaba apasionadamente llamándolo Filocómmodo.»

El niño entró en la cámara halló en tierra la lista de la hecatombe, y la recogió como un juguete. Marcia vió aquella lista en manos del niño y acariciándolo pudo apropiársela disimuladamente.

«¡Valor, Cómmodo! no te desmientas esclamó Marcia, leyendo su nombre entre los demás. Hé aquí, pues, la recompensa de mi cariño y de la gran paciencia con que he soportado tus brutalidades. Pero no ha de decirse que un hombre, ébrio siempre de crímen y de vino, pueda mas que una mujer sóbria y que tiene toda su razon.»

En efecto, Marcia avisó inmediatamente á los que habian de perecer con ella, y puso con su propia mano el veneno en la copa de Cómmodo, quien prometiendo vida, despues de haber apurado la copa, fué estrangulado por Narciso, esclavo á quien Marcia atrajo á su causa ofreciéndole sus favores.

«¡Cómmodo fué mas cruel que Domiciano, mas impuro que Neron!» esclamó el senado, que queria que el cadáver fuera arrastrado con un cabron al espoliario, donde se hacinaban los cuerpos muertos de los gladiadores.

Podia creerse que Cómmodo no seria jamás aventajado en los anales de la prostitucion; pero se habia contado sin Heliogábulo, que dejó en la historia una celebridad única de infamia. Lamprides, des-

cribiendo la vido mas que impura (impuríssimam) de este mónstruo bajo la autoridad de los contemporáneos griegos y latinos, que la habian escrito antes que él, casi tuvo vergüenza de su obra, bien que pasara en silencio una multitud de detalles que el pudor no le permitió recojer (qum multa improba reticuerim et quæ ne dici quidem sine maximo pudore possunt,) y bien que velara bajo términos honestos, (prœtestu verborum adhibito) los que osarara conservar en su narracion dirigida al emperador Constantino. Herodiano y Xifilino, únicos que han sobrevivido á la pérdida de los historiadores originales, nos suministran algunas de aquellas odiosas particularidades que Lamprides (otros dicen Esportiano) no quiso reproducir.

«Es para asombrarse, diremos con Lamprides que semejante mónstruo fuera elevado al imperio y que gobernara por espacio de tres años, sin que se hubiera hallado nadie que librara de él á la sociedad romana, cuando jamás faltó un tiranicida á los Nerones, á los Vitélios, á los Calígulas y demás príncipes de esta especie.»

El imperio de Heliogábalo es verdaderamente la última convulsion del paganismo que muere; y que muriendo se revuelca con desesperacion en todos los fangos del mundo antiguo.

Haliogábalo, cuyo nombre originario Abito, tomó el que designaba su primer estado de sacerdote del sol, y luego tomó el de Antonino, pretendiendo descender de la familia Antonina, de la que salieron Marco Aurelio y Antonino el Piadoso, pero que habia ya deshonrado el execrable Cómmodo. Segun Heliogábalo, su madre Sémiamira, que vivió como cortesana y que cometió en la córte de los emperadores toda clase de torpezas (quum ipsa meretricio more vivens inaula omnia turpia exerceret) habia tenido con Antonino Caracalla un comercio vergonzoso, cuyo fruto de bendicion era él. Este oríjen fué sin embargo desmentido por los que le llamaban Varius ó abigarrado, aludiendo á los numerosos amantes que merecieron en aquella época los favores de su madre.

Sea de esto lo que quiera, cuando Macrino hizo asesinar á Caracalla, Heliogábalo temió ser comprendido en el decreto de esterminio del que creia su padre, y hubo de buscar un inviolable asilo en el templo del sol; templo de que salió el año siguiente para hacerse proclamar emperador por los soldados, que lo llamaron el Asirio ó el Sardanápalo.

«Llevaba un traje lujosísimo, dice Herodiano, lleno de oro y de púrpura, ceñia brazaletes, un collar y una corona á manera de tiara, enriquecida con perlas y piedras preciosas. Este traje tenia algo del de los sacerdotes de Fenicia, con cierto lujo á la macedonia; el emperador menospeciaba el gusto de los romanos y griegos que solo usaban telas de lana.»

Para acostumbrar á los romanos á su lujo bárbaro ó estrangero y á sus adornos femeniles, tuvo la idea de retratarse en traje de sacerdote del sol y enviar este retrato á Roma, antes de presentarse él. Pero esto no era nada en comparacion de la infamia de sus costumbres, que era lo que inspiraba horror á los romanos. (¿Quis enim ferre posset principem per cuncta cava corporis libidinem recipientem, quum ne beluam quidem talem quisquam ferat?) Heliogábalo no llegó por la embriaguez del poder á aquel esceso de depravacion sensual; el imperio lo halló ya corrompido y degradado en el santuario de su dios fenicio. Puede decirse que siendo emperador, no fué ni mas perverso ni mas infame, sino mas cruel. ¿Qué podia esperarse de un miserable insensato que no tenia nocion ninguna de honradez y que hacia consistir la principal ventaja de la vida en ser digno y capaz de satisfacer la innoble pasion de muchos? (Cum fructum vitæ præcipuum existimans si dignus atque aptus libidini phurimorum videretur?) Compréndese que los cristianos representaran á tan vil y perverso emperador como la viva encarnacion del diablo.

En la primera sesion del Senado Heliogábalo, se presentó con su madre, aquella vieja cortesana que mas de un senador recordaba haber conocido en el infame ejercicio de su profesion, de su tráfico corporal. Semiamira tomó asiento al lado de los cónsules y firmó el senado-consulto redactado en aquella solemne circunstancia: ella fué la única mujer que se sentó en calidad de Caríssima en el senado romano.

Su augusto y digno hijo fundó luego por complacerla un senadillo ó pequeño senado (senaculus) compuesto de matronas, que se reunian en ciertos dias en el monte Quirinal á discutir leyes suntuarias relativas á su sexo. Ellas determinaron el traje que debian llevar en público; quién de ellas tendria la presidencia; qué clase de personas admitirian al ósculo de costumbre; quiénes podrian usar carruaje y la clase de vehículo; quiénes caballos de montar, asnos ó carros tirados

por bueyes ó mulas; quiénes literas, y si estas literas debian estar guarnecidas de pieles ó adornadas con oro, plata ó marfil; tambien se determinó por senado-consulto la forma y ornato de calzado que cada clase femenil tendria el derecho de usar.

Semiamira parecia haberse reservado la autoridad suprema sobre su sexo exclusivamente; Heliogábalo sobre el suyo, como si limitara su papel de emperador á mandar solo á los hombres.

Durante el invierno que pasó en Nicomedia antes de establecerse en Roma, Heliogábalo dió rienda suelta á sus infames pasiones, de un modo tan cínico y escandaloso, que hasta los soldados tenian vergüenza del emperador que habian elejido y que veian confundido con la gentulla vil de los gitones, que ellos despreciaban. (Omnia sordide ageret inireturque á viris et subaret.) Ni se cuidó mas de las costumbres, cuando estuvo en Roma.

«Todas sus ocupaciones, dice Lamprides, consistian en elejir emisarios encargados de buscar por todas partes y conducir á la córte, hombres de ciertas condiciones favorables á sus depravados gustos.»

Xifilino esplica cuáles eran estas condiciones que la naturaleza habia repartido mas libremente entre un pequeño número de privilejiados. Los que se creian dignos de presentarse ante el indigno emperador, figuraban en las indecentes pantomimas que hacia representar y en las que representaba él mismo siempre un papel de diosa de la fábula. Era sobra todo aficionado á poner en accion los torpes amores de Vénus, y para representar este personaje del bello sexo, con mas verosimilitud, se pintaba la cara y unjuía todo el cuerpo con ungüentos aromáticos. Con la mayor frecuencia reproducia la escena principal del Juicio de Paris; y ya en el caso, dejaba caer súbitamente la túnica á sus piés y aparecia á vista de todos desnudo, llevándose una mano al pecho como para ocultar las pomas y otra al signo viril que ocultaba íntegramente, (porterioribus eminentibus in subactorem rejectis et oppositis.)

Heliogábalo escojia en el teatro y en el circo sus compañeros de libertinaje, entre los atletas mas robustos y los gladiadores mas membrudos. Allí fué donde distinguió á Protógenes, á Gordio y á Hierocles, que tomaron parte en todas sus torpezas: por este último tuvo una pasion tan vehemente, que le daba los besos mas horrorosos. (Hieroclem vero sic amavit ut eidem oscularetur ingnina.)

Hizo construir en su mismo palacio baños públicos, y se bañaba sin ningun decoro entre la gente del pueblo, á fin de descubrir por sí mismo las cualidades particulares que admiraba en los hombres (ut ex eo conditiones bene vasatorum hominum colligeret.) Recorria tambien los caminos y márjenes del Tíber, buscando los que él llamaba (monobeles,) es decir, hombres completos (viriliores.)

Y solo para esta estofa de gente infame y vil eran las gracias y honores. (Homines ad exercendos libidines bene vasatos et majoris peculii.)

Heliogábalo elevó tambien á las primeras dignidades del imperio á ciertos personajes que no tenian otros títulos á su munificencia, que la magnitud hiperbólica de sus atributos viriles. (Commendatos sibi pudibilium enormitate membrorum.) En las comensaciones les hacia sentarse á su lado en íntimo contacto deleitándose en obscenos y vergonzosos tocamientos (eorumque attrectatione et tactu prœcipue gaudebat); y solo de mano de ellos queria tomar la copa en que bebia, en honor de sus altos hechos y de los suyos.

A ejemplo de Neron y de Cómmodo, Heliogábalo tenia una estrema aficion á mezclarse de incógnito en todos los actos de la prostitucion popular.

«Disfrazado en traje vulgar para no ser conocido, refiere Lamprides visitó segun fama, en un solo dia, á las cortesanas del Circo del Teatro del Anfiteatro y de todos los cuarteles de Roma. Si no se abandonó á los placeres con todas las prostitutas (sine effectu libidinis) á todas ellas les dió sin embargo, oro, diciéndoles: Que no se sepa que Antonino os ha hecho este agasajo.»

Heliogábalo se sentia lleno de simpatías hácia aquellas desdichadas instigadoras del libertinaje público. Un dia convocó á todas las cortesanas inscritas en los registros de la policía edilitaria en un barrio de la ciudad, y él mismo presidió aquella escandalosa asamblea, en que admitió además á todos los rufianes y alcahuetas, á todos los libertinos conocidos, á todos los mancebos y niños vendidos á la lujuria (lenones, exoletos, undique collectos et luxuriosissimos puerulos et juvenes.)

Para imponer mas á aquella turba infame, se presentó en traje de sacerdote del sol y pronunció una arenga de circunstancias comenzando por esta palabra: Commilitones.

¡Commilitones! es decir compañeros; palabra que á cada período repetia en su impúdica y sínica oracion.

Luego abrió la discusion sobre muchas cuestiones abstractas de voluptuosidades y libertinaje (disputavitque de generibus schematum et voluptatem.)

Su infame y digno auditorio batia palmas y gritaba en vítores entusiastas siempre que encontraba alguna aberracion libidinosa. Embriagado de su éxito, salió y volvió al momento vestido ya de mujer: traia el emperador la toga y la peluca rubia de las cortesanas, descubriendo un gran pecho postizo y las piernas desnudas, y aparentaba el andar, gestos, coqueterías y palabras de una meretriz de cuatro esquinas. Con este traje se acercaba á aquellas de quienes habia tomado el disfraz y les probaba que sabia el oficio tan bien como ellas. Despues desembarazándose de su pecho postizo (papilla ejecta) tomó el traje y maneras de los niños que se vendian á la prostitucion (habitu puerorum qui prostituuntur) y se dirigió á los libertinos para probarles tambien que no era menos esperto que ellos en aquel otro arte vergonzoso.

En fin, despues de estas ignominias, cerró la sesion con otra arenga, mas monstruosa aun que la primera, prometiendo á cada uno de los circunstantes un donativo de tres piezas de oro, y recomendándose á sus plegarias para obtener que los dioses le conservaran la salud el vigor y los placeres de que tenia necesidad hasta la muerte.

No esta sola fué la prueba de benevolencia especial, que por amor al oficio, dió este emperador infame á la clase de cortesanas. Con mucha frecuencia compraba tambien á cargo de su tesoro las que vivian en la esclavitud de las lenas y lenones, manumitiéndolas luego para que pudieran ejercer en provecho propio el tráfico de su cuerpo. Refiérese á este propósito que, habiendo comprado por cien mil sextercios (19,375 francos) á una cortesana bellísima y famosa, hubo de respetarla como á una vírgen (velut virginem coluisse).

Cuando viajaba llevaba en su séquito seiscientos carros de lenas, lenones, meretrices, mancebos y libertinos bien provistos (causa vehiculorum erat lenonum, lenarum, meretricum, exoletorum, subactorum, etiam bene vasatorum multitudo.) Tenia siempre consigo mujeres en sus baños y él mismo las depilaba; se servia tambien para su barba de una pasta depilatoria (psilothro) y empleaba con preferencia la que habia servido ya para la delapidacion de las mujeres. Empleaba igualmente con especial gusto para afeitarse la misma navaja con

que el emperador mismo habia afeitado las pudendas de sus mancebos. (Rasit et virilia subactoribus suis mavacula manu sua, quæ postea barbam fecit.)

«No hay persona, dice Xifilino, que pueda hacer la narracion de las execrables suciedades que hizo en los demás ó que los demás hicieron en su cuerpo.»

Xifilino repugna entrar en estos detalles, que Dion Casio recogió minuciosamente y que la lengua griega cubria con una especie de velo que los hacia mas tolerables; pero la historia original de Dion Casio no ha conservado el imperio de Heliogábalo, como si las páginas relativas á este mónstruo hubieran sido desgarradas por una mano pudorosa. Lamprides dice tambien que las historias de aquella época encierrran un gran número de obscenidades, que él debió pasar en silencio, por no ser dignas de quedar en la memoria de los hombres (digna memoratu non sunt.)

«Heliogábalo inventó, dice, muchos géneros de impudicicia y superó en sus hazañas á todos los antiguos libertinos, pues conocia todas las prácticas de Neron, de Calígula y de Tiberio. (Libidimum genera quædam invenit, ut spinthrias veterum malorum vinceret, et omnes apparatus Tiberii, Caligulæe et Neronis norat.)

Debe sentirse sobre todo el texto original de Dion Casio citando este pasaje del compendio de Xifilino prudentemente modificado en la traduccion del presidente Cousin:

«Heliogábalo iba á los lugares de prostitucion, echaba de ellos á las prostitutas y las reemplazaba en las mas infames sensualidades. En fin destinó á estas torpezas un aposento de su palacio, en cuya puerta se ponia desnudo y de pié á la manera de las cortesanas descorriendo una cortina fija en anillas de oro y llamando á los que pasaban con voz afeminada y muelle. Tenia otras personas afectas al mismo empleo, de las cuales se servia para buscar y traer gente, cuya lujuria pudiera procurarle placer. Exigia dinero por el tráfico de su cuerpo y se congraciaba de tan infame lucro. Cuando estaba entre sus cómplices de libertinaje se jactaba de tener mayor número de amantes que ellos y de ganar por consiguiente mas dinero. Verdad es que no dejaba nunca de cobrar el precio de su deshonra á ninguno de sus impúdicos clientes.»

El presidente Cousin, en esta pálida traduccion ha huido de la cí-

nica llena del texto griego, que no hubieran sufrido la susceptibilidad y pudor de nuestro génio.

Si los apetitos sensuales de Heliogábalo eran inmoderados, su imaginacion depravada tenia aun mas poder y actividad. Así lo que buscaba con curiosidad impaciente aquel infame emperador era siempre un modo nuevo de manchar sus ojos, sus oidos, su cuerpo y su alma, manchando al mismo tiempo el pudor de los demás. En las escandalosas comilonas que ofrecia á sus mancebos y gladiadores, las copas, como las ánforas y demás utensilios de mesa, afectaban siempre formas eróticas ó imágenes obscenas (schematibus libidinosissimis inquinata.) Todo este impúdico servicio de plata por supuesto, brillaba sobre todo en las cenas solemnes que daba con ocasion de las vendimias, en las cuales tenia una singular complacencia en deshonrar á los ciudadanos mas dignos y á los ancianas mas venerables. Preguntábales, con idea de reirse del embarazo consiguiente, si en su juventud habian mostrado tanto vigor como él desplegaba, y les decia esto y otras cosas con inaudita impudencia (impudentissime) pues jamás se abstuvo de espresiones obscenas, añadiendo casi siempre signos y gestos mas obscenos aun (neque enim unquam verbis pepercit infamibus, quam et digitis impudicitiam ostentaret, nec ullus in conventu, et audiente populo, esset pudor).

Hé aquí como entendia el deber de celebrar la libertad de las vendimias. Preguntaba bruscamente á un anciano de barba blanca y grave continente:

—¿Eres fiel al culto de Vénus? (An promptus, esset in Venerem.)

El silencio y el rubor equivalian para él á una confesion. Entonces se creia autorizado á hablar de sus propios actos, y si todos los ancianos bajaban la vista avergonzándose, se dirigia á sus jóvenes cómplices invitándolos á contestar sin rodeos sobre la cuestion propuesta: estos infames obedecian al punto precurando exagerar aun la torpeza de su señor, que se complacia en oirlos animándoles todavía con innobilísimas escitaciones.

La lisonja á veces movia la lengua de los ancianos, que se jactaban á su vez de cometer las mismas ignominias y de tener maridos (qui improba quædam pati se dicerent, qui maritos se habere, jactarent). A estas inesperadas revelaciones, el indigno emperador saltaba

de gozo, sin comprender el estúpido que aquellos miserables fingian vicios que no tenian, solo por complacerlo y divertirlo.

Este emperador hermafrodita quiso tener muchas mujeres legítimas y muchos maridos; casóse primero con la viuda de Pomponio Baso, á quien habia condenado á muerte acusándolo de haber censurado su conducta privada. Esta matrona, tan bella como noble, era nieta de Claudio Severo y de Marco Antonino. Heliogábalo que hubo de apelar á la violencia para obligarla á aquella odiosa union, la dejó luego por otras rivales. «No las tomaba, sin embargo, dice Xifilino, para satisfacer ninguna necesidad, sino por el deseo de imitar los desórdenes de sus amantes.»

Se casó luego con Cornelia Paula, con la esperanza, segun él mismo decia, de ser mas pronto padre «el que no era hombre,» añade Xifilino, como para poner en tortura á los comentadores. Este casamiento fué celebrado con juegos y fiestas públicas; pero muy luego repudió á su nueva esposa so pretesto de tener una mancha en el cuerpo.

Penetró despues en el templo de Vesta y por poco deja apagar el fuego sagrado (ignem perpetuum extinguere voluit) mientras que profanaba el santuario con una violencia sacrílega. Arrebató del templo á la vestal Aquila Severa y se casó con ella escandalosamente en presencia del cielo, diciendo que los hijos que nacieran de la sacerdotisa de Vénus y del gran sacerdote del Sol tendrian sin duda algo de divino. Pero Heliogábalo no tuvo mas hijos de esta union sacrílega que de las otras, y luego se cansó de la vestal reemplazándola con dos ó tres mujeres sucesivamente hasta que volvió á tomar á Aquila Severa.

Pero para hablar de sus casamientos sodomíticos solo osaremos atenernos á la traduccion de Xifilino, que el presidente Cousin no se atrevió á reproducir con fidelidad escrupulosa. Heliogábalo se casó en calidad de mujer y se hizo llamar matrona y emperatriz.

«Trabajaba en labores de lana, llevaba á veces una rueca y se frotaba los ojos con pomada. Se afeitaba la barba cuidando de que no le asomara ningun pelo para asemejarse mas á una mujer y recibió estando acostado ó acostada á los senadores que fueron á visitarlo. Su marido era un esclavo natural de Caria, llamado Jeroclo, y carretero de oficio.»

Habia visto á este Jeroclo un dia que, cayendo de su carro, le dejó ver su cara imberbe y su pelo rizado: Jerocle tenia en efecto una

abundosa cabellera blonda, una tez lisa y blanca, rasgos finos y mirada brillante; pero unia á estas apariencias femeninas un cuerpo de gigante y unas formas atléticas. Heliogábalo se apoderó de él inmediamente; lo hizo bañarse porque venia empolvado y sudoriento, lo instaló en su dormitorio, y el dia siguiente le dió con toda solemnidad la mano de esposo.

«Se hacia maltratar por su marido, refiere Xifilino, ó mas bien el presidente Cousin, gustando de sus injurias y golpes, y el marido le daba gusto en esto con tal violencia á veces, que el emperador ó emperatriz ó lo que fuera aquella ignominia humana, ostentaba á veces hasta en el rostro las lívidas señales de los golpes. Y no se crea que lo amaba con ardor pasajero y débil, sino con una pasion fuerte y constante, de tal modo que en vez de rebelarse al duro tratamiento que de él recibia, se le sometia mas tiernamente. En su pasion estremada lo hubiera declarado César, á no oponerse á aquel acto de impúdica demencia su madre y su abuela.»

Jeroclo tuvo sin embargo un rival que balanceó un momento la privanza de que hasta entonces gozara cerca del emperador. Este otro miserable era Aurelio Zótico, llamado el Cocinero, porque su padre lo habia criado en las cocinas. Pero Zótico hubo de renunciar luego al oficio paterno para dedicarse al de la lucha, en el cual aventajaba en vigor y buena cara á todos los atletas con quiemes media sus fuerzas en los juegos del Circo. Los proveedores del Circo reconocieron con singular admiracion el mérito singular de aquel robusto campeon y se apoderaron de él para conducirlo á Roma con una pompa triunfal. Por los elogios que de él hicieron á Heliogábalo, éste deseaba ya ardientemente verlo y lo nombró desde luego su camarero (cubicularius).

La impaciencia con que el emperador esperaba estalló del modo mas indecente cuando el nuevo camarero fué introducido en el palacio al esplendor de las antorchas.

En cuanto el infame príncipe lo vió, dice Xifilino conservando los mismos términos de la narracion de Dion Casio, acudió á él con gran rubor en el rostro; y como Zótico lo llamara al saludarlo, señor, segun usanza, el emperador desviando la cara con aire de molicie como una mujer y mirándolo con ojos lascivos, hubo de contestarle: Nó, no me llames señor, pues soy señora. Fueron luego juntos á bañar-

se, y habiéndolo encontrado el emperador tal como se lo habian representado, cenó entre sus brazos como su querida.»

Celoso de este rival Jeroclo, tuvo la destreza de hacer que los coperos le suministraran un brevaje que destituyéndolo de todo vigor viril, quedó tocado de impotencia. Heliogábalo, que no sospechó el manejo de que Zótico fué víctima, lo miró desde entonces con tanta cólera y desprecio, como afeccion le demostrara antes. Tentado estuvo de arrojarlo á las fieras, y Zótico fué feliz, en medio de su desgracia, viéndose solo despojado de sus honores y arrojado del palacio, de Roma y aun de Italia.

Heliogábalo que así se burlaba de la institucion del matrimonio bajo el doble punto de vista de la moral y de las leyes, tuvo aun el estraño pensamiento de casar á los dioses y á las diosas. Comenzó por dar mujer á su dios Fenicio, como si este dios hubiera tenido necesidad de mujer y de hijo, dice ingenuamente Xifilino. La escogida para este matrimonio fué Palas, y para consumarlo hizo llevar á su aposento el paladion, aquella estátua venerada, que los romanos consideraban como la salvaguardia de Roma, y que no habia cambiado de ritio una sola vez, escepto cuando el fuego prendió en el templo de la diosa.

Pero el dia siguiente al de esta profanacion, tan estraña como ridícula, que el emperador habia llevado todo lo léjos posible, acostando las dos estátuas en un mismo lecho, declaró que una diosa tan guerrera no convenia á un dios tan pacífico y en su virtud hizo llevar á Roma para este dios la estátua de Vénus Urania, la diosa de los cartagineses.

Urania que presidia á la incubacion de los séres en el trabajo misterioso de la naturaleza y que personificaba la luna y los astros de la noche, debia naturalmente ser la esposa de Heliogábalo, dios del sol y de la generacion. El emperador celebró, pues, sus nupcias con todo esplendor, haciendo contribuir á todos los súbditos de su imperio á los presentes magníficos que ofreció á los novios: él mismo con el rostro pintado y con túnica de seda danzó al rededor de las dos estátuas acostadas en un lecho y estrechamente unidas con cintas de lino. Este increible casamiento de estátuas dió lugar á grandes regocijos en Roma y en toda Italia.

Heliogábalo se identificaba en cierto modo con el dios, cuyo nom-

bre llevaba y se hacia el deber religioso de someterle y aun sacrificarle todos los dioses hasta el de los cristianos; porque profanó sus templos con impurezas y mandó depositar sus imájenes en el templo del sol: allí iba, al salir de sus monstruosas orgías á cumplir su ministerio de gran sacerdote. No rehusaba por eso dar culto á las demás divinidades, sobre todo si tenia algun papel que desempeñar en los misterios religiosos. Así, se le veia agitar su cabeza desgreñada entre los mutilados sacerdotes de Cibeles; ligábase como ellos las partes genitales (genitalia sibi devinxit) y hacia todo lo que aquelos fanáticos impuros tenian costumbre de hacer. Igualmente se asoció á los raros y obscenos ritios de Isis, Priapo, Flora y Cotito.

Nada puede ofrecer una idea exacta y completa de aquellos festines fantásticos en que reunia todo lo que el lujo, la prodigalidad, la gula y el capricho podian inventar para satisfacer sus pasiones y sus depravados instintos: puede decirse que solo vivia aquel mónstruo para descubrir nuevos placeres (exquirire novas voluptates). Lamprides ha enumerado algunas de las maravillas de aquellas comilonas á que asistia, pisando flores y vertiendo esencias, engalanado de púrpura, oro y pedrería, cuyo peso sucumbia de placer (quum gravari se diceret onere voluptatis), y ceñido de una diadema oriental. Aquellos fabulosos banquetes duraban dias enteros, noches enteras, sin otra interrupcion que los intérvalos consagrados al amor, como reposos concedidos al estómago, que no se cansaba mas que los sentidos. Los convidados entonces dejaban de ser hombres para ser bestias y se esforzaban á competencia en imitar al emperador sin esperanza de igualarlo.

Este, caliente ya de vino y mareado con el olor de los perfumes, se despojaba de todos sus vestidos, se coronaba con rayos de oro, se echaba á la espalda un cacax, y desnudo, con el pelo flotante y el cuerpo untado de aceite oloroso, montaba en un carro resplandeciente de metales y piedras preciosas, tirado por mujeres desnudas tambien, que lo paseaban por la sala del festin. (Junxit et quaternas mulieres pulcherrimas et binas ad papillam, vel ternas, et amplius et sic vectatus est: sed plerumque nuuds quum illum nudæ traherent.)

Su generosidad hácia sus compañeros de mesa se traducia en presentes gigantescos ó ridículos que la suerte distribuia por lotes; y se reia como un insensato cuando la ciega fortuna hacia caer en manos

de un viejo libertino una concha en que iba esta órden: «Pórtate como hombre delante el emperador.» Y aun se reia mas cuando por uno de estos azares de la suerte una vieja tenia que ser la querida de un jóven. A veces las cédulas selladas que los convidados sacaban de la urna les ordenaba los doce trabajos de Hércules ó los convidaba á servicios innobles ó degradantes. Estas especies de loterías conviviales, á que el emperador contribuia con todo su ingenio, solian dar tambien el destierro, la confiscacion y hasta la muerte á aquellos que no habian sido agraciados por la suerte. ¡Feliz quien podia dar ó recibir, por estos juegos de azar, diez moscas, diez huevos ó diez telarañas!

Las mujeres, que solian ser prostitutas, recogidas por las calles, eran ordinariamente las mejor libradas en estas orgías, y se retiraban agotadas de fuerzas, descompuestas de rostro, quebrantadas de cuerpo, desgreñadas y hechas girones, pero cargadas de rico botin. La mas miserable y decaida cuya buena estrella la habia conducido á la mesa imperial, podia luego engreirse de haber sido casi en un momento emperatriz, porque Heliogábalo se complacia en picar en todo, cuidando, sin embargo, de no favorecer dos veces á una misma mujer. (Idem mulieres nunquám iteravit, prœter uxorem).

Finalmente, las cortesanas de Roma tenian el derecho de ir á prostituirse al lupanar imperial, que estaba abierto de noche como de dia en el interior del palacio (lupanaria domi amicis, clientibus et servis exhibuit). Cortesanas y mancebos se recomendaban á su solicitud paternal: un dia les distribuyó la sétima parte de las provisiones de trigo que Trajano y Severo habian acumulado en los graneros públicos y que podian subvenir á siete años de carestía.

Aquel mónstruo de faz humana deshonró el imperio por espacio de cuatro años, en que acumuló todos los libertinajes, las abominaciones todas que podian ultrajar la naturaleza. Se gloriaba de imitar á Apicio en la vida privada, y en la pública á Neron, Oton y Vitelio. Con todo eso, no tenia mas que diez y ocho años, cuando fué asesinado por los bufones en las letrinas, donde se habia escondido.

Los soldados que conspiraron para librar á Roma y al mundo de semejante emperador, se encarnizaron tambien contra sus cómplices, haciéndoles sufrir diferentes suplicios; á unos les arrancaron las entrañas, á otros les empalaron para que su muerte, decian, se asemejara á su vida (ut mors esset vitæ consentiens).

El arrastrado, el impuro, como lo llamaban los que arrastraban su cuerpo por el fango de la ciudad, no debia tener igual en la historia de los emperadores, y despues de él, la humanidad descansó bajo la benéfica influencia de Alejandro Severo, abriendo los ojos á la luz de la moral evangélica.

Pero antes que el cristianismo, que invadia por todas partes la sociedad pagana, hubiera puesto freno á las pasiones sensuales y constituido la policía de las costumbres en los gobiernos, se vió aun á los emperadores, que se sucedian en el trono, como los histriones en el teatro, dar al pueblo el pernicioso ejemplo de todos los estravíos de la prostitucion.

Galieno, que solo vivió para su vientre y sus placeres (natus abdomini et voluptatibus) imitaba á veces á Heliogábalo: invitaba gran número de mujeres en sus festines, y entonces escogia para sí las mas jóvenes y las mas bellas, dejando á sus convidados las mas viejas y las mas feas.

Si el divino Claudio, como para hacer olvidar al impuro Galieno (ó Galiano) imperó como un filósofo casto y modesto; si Aureliano reprimió el lujo por leyes santuarias y castigó vigorosa y ejemplarmente el adulterio, aun entre los esclavos, si el emperador Tácito prohibió los lupanares dentro de la ciudad, prohibicion que no pudo mantenerse (meritoria intra urbem stare vetuit, quod quidem diu tenere non potuit); si cerró los baños públicos durante la noche, vedando además los vestidos de seda y las profusiones del lujo afeminado; si Probo fué verdaderamente digno de su nombre; Caro, predecesor de Diocleciano, fué, en cambio, segun los términos de Flavio Vopisco, el mas libertino de todos los hombres, el mas desvergonzado de los adúlteros, el mas infame corruptor de la juventud, llevando la infamia al estremo de prostituirse á sí mismo. (Homo omnium contaminatissimus; adulter, frecuens corruptor juventutis, ipse quoque male usus genio sexus sui).» Tenia por prefecto del pretorio á un viejo rufian llamado Matroniano; por secretario á un impuro (impurum) con quien dormia siempre la siesta; por amigos á los hombres mas perversos. Se manchó con los vicios mas infames (enormibus se vitiis et ingenti fœditate maculavit) y no respetó en fin nada (moribus absolutus).

Pero Diocleciano barrió todas estas inmundicias que habian hecho un lupanar del palacio de los césares; y Diocleciano, que fué un cris·

tiano por la castidad de sus costumbres y la moralidad de sus leyes, aunque persiguiera cruelmente á los cristianos; Diocleciano el sábio, el austero, el filósofo, tuvo sin embargo el odioso valor de hacer de la prostitucion uno de los suplicios que se infligian á las vírgenes y matronas romanas.

Esto, no obstante, bajo el poder de Diocleciano, parece detenerse la historia de la prostitucion romana.



Ramera suiza. (siglo XVI.)

CAPITULO XXX.

Era cristiana.—El matrimonio cristiano.—Las epístolas de San Pablo á los romanos sobre sus abominables vicios.—La sentina de la poblacion de los arrabales de Roma á las predicaciones de San Pablo.—El matrimonio aconsejado por San Pablo, como último preservativo contra las tentaciones de la carne.—Fornicatio, inmunditia, impudicitia et luxuria.—Predicaciones de San Pablo contra el libertinage.—Los filósofos paganos no recomendaban la templanza sino bajo el punto de vista de la economia física.—La castidad religiosa entre los paganos y el celibato cristiano.—Triunfo de la virginidad cristiana.—Guerra de la moral evangélica contra la prostitucion.—Los esposos en el matrimonio cristiano.—Severidad de la iglesia naciente respecto de las infracciones carnales que la ley no penaba.—Por qué los paganos infligian con preferencia á las vírgenes cristianas el castigo de la prostitucion.

Todos los cultos del paganismo no eran, por decirlo así, mas que símbolos y misterios de prostitucion: proponiéndose el cristianismo hacerlos desaparecer y reemplazarlos con un culto único, fundado en la moral humana y divina, debió desde luego atacar la prostitucion y reformar las costumbres, antes de cambiar el dogma religioso. Es un hecho que los primeros apóstoles comenzaron su mision en medio de un mundo corrompido, predicando la continencia y la castidad como principios fundamentales de la nueva doctrina. Jesucristo habia vivido en efecto sobre la tierra casta y virginalmente, aunque hubiera absuelto á la mujer pecadora y convertido á la Magdalena, aunque hubiera levantado por el arrepentimiento á las desgraciadas víctimas del demonio y de la carne. Cosas eran desconocidas en la sociedad pagana aquella enseñanza y práctica de virtudes que pueden llamarse sensuales, aquel perdon celestial que tenia siempre el privilegio y poder de borrar las manchas mas inveteradas. Fué tambien un estraño contraste con las leyes civiles y morales de la antigüedad aquel duro freno impuesto á los apetitos carnales y aquella tan indulgente

piedad con los errores de la fragilidad humana. En frente de la jurisprudencia romana que condenaba á muerte á las adúlteras: contra la ley de Moisés que no era menos rigorosa y era mas estrictamente observada entre los judíos; Jesucristo pudo decir á los escribas y fariseos que le presentaron una mujer sorprendida en adulterio y á quien querian apedrear en su presencia:

«Aquel de entre vosotros que esté sin pecado, arrójele la primera piedra.»

Despues, habiendo preguntado á la culpable, arrodillada á sus plantas, quienes eran sus acusadores y jueces, le dijo con voz dulce y consoladora:

«No seré yo quien te condene; véte y no peques mas (vade et jam amplius noli peccare).»

Y sin embargo Jesús habia instituido el matrimonio de un modo bien diferente de lo que era la union conyugal entre griegos y romanos. La santidad del matrimonio cristiano contraido ante Dios brilla admirablemente en estas palabras que encierran toda una legislacion, toda una moral, toda una filosofía:

«El hombre dejará á su padre y á su madre y se unirá á su mujer y serán los dos una sola carne: así, no serán ya dos, sino una sola carne. Que el hombre no separe, pues, lo que Dios ha unido.»

La obra de Cristo debia ser regenerar el mundo moral y enseñar á la humanidad el respeto que á sí misma se debe: la religion del Evangelio fué como un dique levantado para contener los desbordamientos de la corrupcion antigua, cuando amenazaban borrar todas las nociones primitivas del bien.

Nada menos de tres siglos de lucha, de predicacion y sobre todo de ejemplo, fueron menester para destruir los impuros templos de Isis, de Céres, de Vénus, de Flora y otras divinidades de la prostitucion pagana. El cristianismo declarando la guerra no solo á los abusos de los placeres sensuales, sino tambien á los placeres mismos, tuvo mayor dificultad en vencer al paganismo que los protegia, cuando no los alentaba. Bien dejan comprenderse los prodigiosos esfuerzos de los apóstoles y de sus santos sucesores para llegar á este feliz resultado: al establecimiento de la ley moral y la represion religiosa de la sensualidad.

Moisés habia fijado este principio en el Deuteronomio «No habrá

en Israel ninguna meretriz.» Pero este mandamiento no fué jamás obedecido por los israelitas, los cuales no solo tuvieron meretrices propias, sino que las tuvieron de sobra para suministrar con frecuencia á las naciones estrañas. La prostitucion legal era acaso mas activa y estaba mas difundida en la Judea que en el resto del imperio romano. San Pablo, pues, inspirado por el Evangelio, tenia que hacer lo que Moisés no habia hecho, cuando se levantó para arrojar de la iglesia naciente el espíritu de la prostitucion.

«No vivais en los festines de la embriaguez, decia en sus Epístolas á los romanos, ni en las impudicicias ni en las sensualidades, ni en los menosprecios ni en las envidias; mas revestíos de nuestro señor Jesucristo, y no querais contentar vuestra carne, segun los placeres de la sensualidad (et carnis curam fececritis in desideriis).»

Durante todo el curso de su apostolado, San Pablo persiguió con inflexible rigor el pecado de la carne, en el cual creia combatir la esencia misma del paganismo.

Verdad es que San Pablo conocia perfectamente el esceso de que en hecho de incontinencia eran capaces los paganos, y él mismo habia vivido mucho tiempo en las sensualidades para apreciar bien su fatal influencia. Así, desde su primera epístola á los romanos, les hace enérgicos reproches por sus abominables vicios, que él llama pasiones de ignominia (passiones ignominiæ), y los representa horrorosamente manchados de lujuria (masculi in masculos turpitudinem operantes). Atribuyendo á la idolatría aquella espantosa desmoralizacion, que habia venido á ser una forma del culto de los falsos dioses, dice con casto horror:

«Han cambiado la gloria del Dios incorruptible para darle la figura del hombre corruptible, de los pájaros, de los cuadrúpedos, de las serpientes. Hé aquí porque Dios los ha abandonado á los deseos del corazon, á la impureza, de modo que prestan sus cuerpos unos á otros deshonrándose (propter quod tradidit illos Deus in desideria cordis eorum, in inmunditiam, ut contumeliis afficiant corpora sua in semetipsis.

Los romanos estrañaron sobre manera que el apóstol del Rey de los judíos tuviera que reprenderles lo que los mas rígidos filósofos habian autorizado plenamente así con su ejemplo como con sus escritos, escepto Séneca, que á la sazon pasaba por un cristiano disfrazado. Pero San Pablo no habia ido á Roma para transigir con su enemigo, el pe-

cado de la carne, que Dios habia condenado, decia el apóstol, por lo mismo que Dios habia enviado á la tierra á su propio hijo en forma de carne de pecado (in similitudinem carnis peccati) para rescatar el pecado.

«El amor de la carne está enemistado con Dios, porque no se sujeta á la ley de Dios: por eso, pues, los que están en la carne no pueden agradar á Dios (qui autem in carne sunt, Deo placere non possunt).»

Los que escuchaban las predicaciones de San Pablo no eran ricos voluptuosos entregados á las delicias, sino pobres plebeyos que no sabian nada de aquellos monstruosos refinamientos del libertinage asiático, llevado á Roma con los trofeos de los pueblos vencidos, barqueros del Tíber, mendigos de las esquinas, conservadores de la via Apia, vendedoras de pescado, herbolarias, esclavos fugitivos, desdichados libertos, etc. Pero en aquella escoria de poblacion, salida de los arrabales de la ciudad eterna, estaba la jóven generacion, que se criaba para el uso de la prostitucion mercenaria. El apóstol se dirigia especialmente á las tristes víctimas de la corrupcion de sus padres, ó de sus amos procurando sin embargo, no avergonzarlos, pero aconsejándolos renunciar á su vergonzoso género de vida para consagrarse al servicio del verdadero Dios, que solo queria las almas, no los cuerpos.

«Habeis prestado vuestros miembros, les decia, al servicio de la impureza y de la iniquidad para cometer la iniquidad (exhibuistis membra vesta servire inmunditiæ et iniquitati, ad iniquitatem); ahora aplicadlos al servicio de la justicia para santificaros.»

Muchas veces los prosélitos de San Pablo asombrados de la severidad de sus preceptos sobre las relaciones carnales de ambos sexos, le preguntaban como imponer silencio á sus deseos y apetitos mas ó menos imperiosos; y el apóstol les recomendaba la oracion, el ayuno, la meditacion, la penitencia, como los mas eficaces remedios contra las rebeldías de la carne; despues, no bastando estos remedios á ciertas naturalezas de pasiones indómitas, dejaba al matrimonio la mision de sujetarlas.

«Si son débiles para guardar la continencia, decia á los Corintios, que se casen, pues vale mas casarse que no quemarse (quod si non se continent, nubant Melius est enim nubero quam uri).»

El matrimonio cristiano, era, pues, el supremo preservativo que

San Pablo proponia contra las tentaciones de la carne, y sin embargo el apóstol de las gentes no parecia muy ardiente partidario de la union conyugal, cuando decia á los de Corinto á manera de enigma. «Quién casa á su hija hace bien; pero quién no la casa hace mejor.» Verdad es que, poco tiempo despues, volvia á esta delicada cuestion, á propósito de las mujeres que oraban sin descubrirse la cabeza. «La mujer es la gloria del hombre, decia, inclinándose ya á sentimientos mas humanos, es la gloria del hombre, porque el hombre no ha salido de la mujer, sino mas bien la mujer del hombre.»

San Pablo no era menos inflexible para toda concesion hecha á la carne:

«La voluntad de Dios, decia á los tesalonicenses, es que seais santos y puros y que os abstengais de la fornicacion, y que cada uno de vosotros sepa poseer el vaso de su cuerpo honrada y santamente (ut sciat unusquisque vestrum vas suum posidere in santificatione et honore) y no siga los movimientos de la concupiscencia como los paganos que no conocen á Dios, pues Dios no nos ha llamado para ser impuros sino para ser santos.»

En otro lugar enumera los diversos grados de impureza por los cuales puede pasar el cuerpo, manchándose tambien en grados diversos. «Las obras de la carne, dice son la fornicacion, la impureza, la impudicicia y la lujuria.» Cada uno de estos pecados ha sido esplicado y definido por los Padres de la Iglesia y los teólogos: la fornicicon es el comercio de un hombre libre con una mujer libre, el acto carnal consumado fuera del matrimonio; la impureza ó inmundicia es el hábito de las sórdidas sensualidades, el vicio de los placeres obscenos; la impudicicia es la sodomía, es otro cualquier acto contra naturaleza; la lujuria en fin, es el desenfreno de la sensualidad.

En Efeso como en Corinto, en Colosis como en Tesalónica, San Pablo ataca, persigue y arrolla el paganismo bajo la forma del sensualismo ó de la lujuria: el objeto de todos sus anatemas y condenaciones es siempre la prostitucion, porque por todas partes la encuentra, y va á combatirla hasta en los misterios del culto de los dioses falsos.

San Pablo habia sido pagano; habia, pues, conocido por sí mismo el verdadero carácter de la religion material que queria reemplazar con la religion del espíritu: hé aquí por qué en sus predicaciones, se presentaba como reformador de las costumbres en nombre de Jesu-

Cristo, que segun la espresion de un Padre de la Iglesia, habia vivido castamente, aunque nacido de una mujer, sin despojarse nunca de su blanca vestidura de virginidad; hé aquí porque decia literalmente el apóstol á los tesalonicenses:

«La voluntad de Dios es vuestra santificacion, á fin de que os abstengais de la fornicacion (ut abstineatis vos á fornicatione) y que cada uno de vosotros sepa poseer el vaso de su cuerpo honrada y santamente, sin ceder á los movimientos de la concupiscencia, á imitacion de los gentiles que no conocen á Dios.»

Lo mismo decia á los de Colosi:

«Mortificad, pues, vuestros miembros que están en la tierra, es decir, la fornicacion, la impureza, la lujuria, la concupiscencia.»

Y á los Gálatas decia:

«Quien siembra en su carne, de su carne recogerá la corrupcion; y quien siembra en el espíritu del espíritu recogerá la vida eterna.»

Si escribia á los de Efeso, era para conjurarles á que no vivieran como las demás naciones, que habiendo perdido todo sentimiento de pudor se abandonaban á la disolucion hundiéndose con avidez insaciable en toda clase de torpezas. Cuando predicaba castidad y continencia en medio de la corrupcion de la voluptuosa Corinto, en presencia de las gentes de mala vida, que la curiosidad atraía á su alredor, les decia:

«¿No sabeis que quien se une á una meretriz es un mismo cuerpo con ella? Porque los que eran dos no son mas que una carne. Huid de la fornicacion. Cualquiera otro pecado que el hombre cometa fuera de su cuerpo es; pero el que comete el de la fornicacion, contra su mismo cuerpo peca. (¿An nescitis quoniam qui adhæret meretrici unum corpus efficitur? Erunt enim, inquit, duo in carne una. Fugite fornicationem. Omne peccatum quodcumque fecerit homo extra corpus est, qui autem fornicatur, in corpus suum peccat).

Todos los apóstoles estaban, por otra parte, de acuerdo con San Pablo para condenar el paganismo en sus obras de prostitucion, en lo cual no hacian mas que conformarse con los sentimientos de los profetas y con la letra de la Biblia; pero los evangelistas se mostraron menos enérgicos contra los pecados de la carne. San Juan separó en dos categorías distintas los actos espirituales y corporales, de modo que no fueran confundidos en un mismo juicio: «Quien ha nacido de

la carne, es carne, y quien ha nacido del espíritu es espíritu.» Quizás fuera una escusa de caridad ofrecida á los pecadores carnales que quisieran purificarse en las aguas del bautismo. Sea lo que quiera, la doctrina de San Pablo, mas austera y menos equívoca, fué generalmente adoptada por los primeros Padres de la Iglesia y por los concilios. «Odiad como un vestido sucio, habia dicho San Judas, todo lo que tenga algo de la corrupcion de la carne.» De este horror por la incontinencia debia inevitablemente salir el celibato cristiano.

La filosofía, es verdad, habia enseñado algunas veces la templanza á los paganos; pero aquella templanza filosófica no sacaba su razon de ser, sino de consideraciones puramente humanas, era solo relativa y accidental, porque Ciceron sostenia que la naturaleza debia hacerse obedecer y que sus leyes hablaban tan alto como las de un dios. Aristóteles, por su parte, no proponia otra regla en el uso de los placeres sensuales que el conocimiento de las propias fuerzas; es decir, el instinto mismo de la naturaleza. Así los filósofos solo recomendaban la templanza bajo el punto de vista de la salud y de la economía física; ellos mismos solian abandonarse á sus deseos, considerando los placeres sensuales muy conformes con la naturaleza, segun el testimonio de San Nilo, discípulo de San Juan Crisóstomo. El pudor no era una virtud sino en los cantos de los poetas, ni esta misma virtud tenia entre los antiguos las mismas atribuciones que se le podrian suponer segun su nombre. El pudor que tuvo templos y altares en todo el imperio romano, no representaba en sentir de los mas sabios anticuarios, la virjinidad ni aun la continencia, antes bien simbolizaba la conciencia, la voz íntima del alma, la vergüenza del mal y amor del bien. Este pudor romano estaba figurado por una mujer sentada y á veces velada, llevando la mano derecha hácia el rostro en actitud de indicarlo con su índice, para espresar que el signo del pudor se manifiesta en una mirada que se baja y en una frente que se sonroja.

Séneca es acaso el único filósofo pagano que habia comprendido y enseñado la castidad moral que los cristianos se imponian con una piadosa abnegacion del instinto de la naturaleza.

«Entre ellos, refiere Orígenes, las personas mas sencillas y menos ilustradas, y aun aquellas que pertenecen á la mas baja condicion, ofrecen con frecuencia en sus costumbres y en su conducta una gra-

vedad, una pureza, una castidad y una inocencia admirables, mientras que esos grandes filósofos, que se dan por sabios, están tan léjos de estas virtudes, que se manchan fácilmente con los mas infames y abominables crímenes.»

Con todo eso la castidad religiosa no era absolutamente desdeñada por los paganos. Ya hemos dicho que los hombres y las mujeres se abstenian de toda relacion sexual, cuando se proponian ofrecer un sacrificio á los dioses: los mismos amantes se alejaban entonces de sus queridas, y estas evitaban un contacto carnal, que las hubiera obligado á purificarse antes de la ceremonia. El acto venéreo no era reprensible en ningun caso, ni ofendia por tanto nunca á la divinidad, que lo alentaba en una acepcion general; pero ya era comenzar una obra agradable al dios á que se diríjia, privarse de un goce que sobre todos se estimaba. Habia allí un sacrificio de la especie mas delicada, pues que el sacrificador era al mismo tiempo la víctima.

Esta continencia de pura devocion se encontraba, pues, con frecuencia en la vida privada de los romanos, que practicaban su relijion con algun escrúpulo: la víspera de ciertas fiestas y misterios relijiosos, el lecho conyugal no reunia ya á los esposos, que cuidaban de tenerse á distincia, imponiéndose una reserva absoluta en los placeres del matrimonio. Ovidio en sus Fastos (Lib. II) nos presenta á Hércules, al mismo Hércules, conformándose con el uso, cuando se preparaba con Onfale á sacrificar en el altar de Baco: dormian en dos lechos separados, aunque inmediatos (et positis juxta succubuere toris) y nada hacian que pudiera dañar á la decencia del sacrificio.

Los sacerdotes que sacrificaban todos los dias no estaban obligados sin duda á ser castos todos los dias; sin embargo, podria inferirse de muchos pasajes de autores latinos que no se consideraba bueno y favorable el sacrificio, sino en tanto que el sacrificador tenia las manos puras. La castidad agrada á los dioses, dice el poeta Tibulo (casta placent superis) recomendando á los neófitos no acercarse al altar sino con vestido inmaculado (pura cum veste) ni sacar el agua sagrada sino con manos castas. «¡Léjos de los altares, esclama el mismo poeta; léjos, quien haya dado parte de su noche á Vénus! Discedite ab aris queis tulit hesterna gaudia nocte Venus.)»

En cuanto al voto de virginidad, la religion pagana lo autorizaba

ó lo prescribia en diferentes circunstancias; pero este género de virjinidad material no tenia analogía con la virjinidad moral que comprendian y guardaban los cristianos. Las vestales por ejemplo, debian conservar intacta su flor virjinal, so pena de ser enterradas vivas y entregadas al mas horrible suplicio; pero la necesidad de conservarse vírjenes cesaba en ellas á la edad en que acababa la pubertad, pudiendo ya entonces mantener el fuego de Vénus como habian mantenido el de Vesta. Además las mas jóvenes no estaban obligadas á la castidad del espíritu ni á la inocencia del corazon: asistian á los juegos públicos, á los combates de gladiadores, á los mimos, á las danzas del teatro; y demás espectáculos no cerraban los ojos á las imájenes voluptuosas, ni los oidos á las palabras obscenas y cantos impúdicos. La virjinidad, pues , de tales doncellas no pasaba de la cintura, segun la espresion de un padre de la Iglesia.

«¿Podrán oponerse, dice San Ambrosio, (De Virginitate, Lib. I) á nuestras vírjenes cristianas las vírjenes de Vesta y las sacerdotizas de Palas? Pero, ¿qué especie de virjinidad es la que hace consistir, no en la pureza y santidad de costumbres, sino en el número de años, que no es perpétua, sino prescrita únicamente hasta cierta edad? Esa integridad se cambia muy luego en libertinaje, cuando se tiene resuelto perderla en edad mas adelantada (petulantior est talis integritas, cujus corruptela seniori servatur ætati.) Los que prescriben un tiempo á la virjinidad, enseñan así á sus vírjenes á no perseverar en tal estado. ¡Qué religion que ordena la castidad á las jóvenes y la incontinencia á las viejas! No, esas vestales no son castas, puesto que lo son solo por coaccion; ni honestas, puesto que se las compra ó mas bien se las alquila por dinero, y no debe llamarse pudor el que se ofrece todos los dias á las miradas impúdicas de todo un pueblo corrompido (nec pudor ille est qui intemperantium oculorum quotidiano expositus convitio, flagitiosis aspectibus verberatur.)

Los padres de la iglesia no se cansaban de comparar las vírjenes cristianas á las vestales ó vírjenes paganas, para hacer resaltar mejor la diferencia que existia entre la virjinidad de las unas y de las otras. San Ambrosio recae sin cesar sobre el asunto de las vestales por rebajar el mérito de su virjinidad interesada é imperfecta; aunque no va ta n léjos como Minucio Félix, que juzga esta virjinidad muy sospechosa, y añade que todas las vestales serian enterradas vivas, si la

impunidad no protegiera sus desórdenes. (Impunitatem fecerit non castitas tutior, sed impudicitia felicior).

«No se nos alabe, pues, á las vestales, esclama San Ambrosio, porque la castidad que se vende á precio de plata, no es castidad: no es la virjinidad la que como en una almoneda se compra ó se alquila por cierto tiempo.»

En cuanto á esta virjinidad puramente corporal que los paganos exigian á sus vestales, era al parecer tan difícil de guardar y peligrosa de prometer, que no se hallaba una jóven que de propia voluntad se consagrara á la triste condicion de sacerdotisa de Vesta.

«Apenas teneis siete vestales, escribia San Ambrosio á Valentiniano emperador, y eso porque eran muy niñas cuando fueron consagradas á Vesta: hé ahí todo lo que respecto á vírjenes puede tener la idolatría á su servicio. Hay siete desgraciadas que se dejan seducir por vestidos bordados de púrpura, por literas suntuosas, por un gran séquito de esclavos, por privilejios, por rentas enormes, y sobre todo por la esperanza de no morir vírjenes á pesar de su voto.»

El celibato cristiano, y especialmente el de las mujeres, habia venido á ser uno de los mas poderosos medios de propaganda evanjélica: la doctrina formulada por San Pablo sobre continencia, fué aceptada con fanatismo por las jóvenes neófitas, que fundaban su gloria en domar los movimientos de la carne; porque el ardor de los sentidos se enfriaba, sino se estinguia con la abstinencia, la sobriedad, la oracion y el recojimiento. Cuando el celibato que la ley romana proscribía como una vergüenza, fué considerado por los nuevos adeptos de Jesucristo como un honor y como una victoria, se vió una especie de emulacion entre las vírjenes, que se consagraban á un matrimonio místico con el hijo de Dios. De repente la prostitucion antigua se detuvo y aun retrocedió ante el triunfo de la castidad.

«Que los gentiles, decia San Ambrosio, eleven los ojos de la carne y al mismo tiempo los del espíritu; que vean esa multitud ilustre, esa asamblea venerable, ese pueblo entero de vírgenes que honran la Iglesia (plebem pudoris, populum integritatis, concilium virginitatis.) No llevan cintas en la cabeza, sino un modesto velo que solo se recomienda por su casto uso; ni se permiten esos adornos de tocador que sirven para el vergonzoso tráfico de la belleza (*lenocinia pulchritudinis*).

Prudencio en su libro contra Simmaco ensalzaba tambien la religion cristiana.

«Los mas bellos privilegios de nuestras vírjenes, decia, es el pudor, es el recato del rostro cubierto con un velo sagrado, en su vida honesta y decorosa léjos de las miradas profanas, en su frugalidad en las comidas, en su espíritu siempre sóbrio y casto.»

Hay sin embargo que decir, que lo que hacia aquel concurso, aquella emulacion de virjinidad no era todo gloria del estado virjinal, sino tambien el gusto un tanto mundano de tener cierta superioridad sobre las otras mujeres y de hacerse notables con una virtud que tenia una especie de aparato.

En efecto, las vírjenes ocupaban un sitio especial en las ceremonias del culto; llevaban tambien un tocado distintivo que las señalaba en público, y ¡estraña coincidencia! este tocado era la mitra que las cortesanas de Roma, especialmente las sirias, habian tomado por divisa y que deshonraba á la mujer desvergonzada ó imprudente que la usaba. La mitra de las vírjenes de que habla San Optado (Contra Donat., Lib. VI), diferia sin duda en altura, en forma y en color, de la mitra de las cortesanas; no admitia tampoco pelo largo y flotante, ni melena blonda, ni cabellera encrespada con polvo de oro, pues las vírjenes cristianas proclamaban su vocacion cortándose el pelo; además esta mitra rehabilitada se ocultaba bajo un velo violado, pardo ó negro, que cubria tambien el rostro y los hombros como el flammeum de las vestales.

Durante los tres primeros siglos que fueron necesarios para la fundacion del dogma católico, hubo una guerra intransijente de la moral contra la prostitucion, y los doctores de la Iglesia opusieron constantemente á la filosofia sensual de los paganos, la casta y austera prueba de la vida cristiana. Los Santos Padres querian hacerse dueños del cuerpo para apoderarse mejor de los espíritus. Las mujeres se entusiasmaron desde luego con la virjinidad; y á su ejemplo, se sometieron los hombres á la continencia.

«¿Qué puede imajinarse de mas bello que la sublime virtud de la castidad? decia San Bernardo en el siglo XI, inspirándose en los grandes pensamientos de la iglesia primitiva. Ella purifica un cuerpo que se habia sacado de una masa sucia y corrompida; de un enemigo hace un amigo, de un hombre un ángel.»

En oposicion al libertinaje religioso del paganismo el nuevo culto se rodeaba de prácticas sencillas y modestas, estos misterios se celebraban en una santa contemplacion, sin tumulto, sin clamores, sin escándalo. El pudor y la decencia presidian á todas las ceremonias cristianas: los dos sexos estaban separados en las iglesias, sin verse siquiera aun cuando estuvieran en presencia ante el altar, ni encontrarse tampoco al ir á orar, evitando así los peligros de un trato familiar, que habria dado ocasion ó estímulo á las flaquezas de la carne. Las exhortaciones de los sacerdotes, no tenian testo mas usual que estas palabras de San Pablo en sus cartas á los romanos: «No entregueis vuestros miembros al pecado para servirle de armas de iniquidad.»

El elogio, la glorificacion de la castidad servia de punto de partida á todas las predicaciones, pláticas y consejos.

«La continencia, decia San Basilio, es la ruina del pecado, el despojo de los afectos viciosos, la mortificacion de las pasiones y aun de los deseos naturales de nuestro cuerpo, el acrecentamiento de los méritos, la obra de Dios, la escuela de la virtud y la posesion de todos los bienes. (Interrog. 17 resp.)

Como los cristianos estaban orgullosos de la superioridad de su moral y de la pureza de sus costumbres, los paganos emplearon contra ellos el arma de la calumnia, afirmando que aquel culto religioso no era sino un monstruoso consorcio de prostituciones infames. Los cristianos, en efecto amenazados ó perseguidos, no se reunian sino en secreto, léjos de las miradas de sus enemigos, en el fondo de los bosques, en las cavernas y sobre todo en las profundidades de las catacumbas. Ningun profano penetraba en sus recónditos santuarios, y no se sabia mas de sus ritos, de sus usos, de sus dogmas, que lo que traspiraba al esterior por las falaces narraciones de algunos raros apóstatas. Así la opinion del pueblo, trabajada por los fanáticos sacerdotes de los dioses falsos, fué mucho tiempo hostil á aquellos piadosos catecúmenos, que vivian en la práctica de las virtudes mas austeras y que preferian la muerte á la menor mancha de su cuerpo.

Habíase estendido la fama de que los hermanos de Jesucristo profesaban una religion tan espantosa, que ellos mismos no osaban confesar sus principios ni sus actos, se referian horrores inauditos cometidos en sus concilios nocturnos, llevando la calumnia hasta el estremo

de decir que la horrible lujuria de los cristianos no respetaba edad, ni sexo, ni lazos de sangre, ni relaciones de familia. El cristianismo segun unos, no era mas que un judaismo disfrazado; segun otros, era un execrable frenesí de ateismo y de libertinaje que habia intentado muchas veces introducirse en la religion del imperio romano y que se componia de las mas ociosas invenciones de la perversion humana. Hé aquí como la prostiucion antigua procuró defenderse y justificarse, atribuyendo sus propios escesos al cristianismo, que por espacio de dos siglos minó la sociedad pagana, antes de abrirse paso triunfalmente, ofreciéndose ya á todo el mundo en todo el esplendor de su pureza.

Los filósofos platónicos fueron los primeros en conocer y justificar la doctrina evangélica: y desde el año 170 de la nueva era Atenágoras, refutaba victoriosamente las indignas calumnias que atribuian á los cristianos toda clase de incestos y de infamias. En su apología de la religion cristiana, dirigida á los emperadores Marco Aurelio y Lucio Vero, proclama la castidad de los cristianos, segun la diferencia de los sexos, de las edades y de los grados de parentesco.

«Nosotros, decia, miramos á unos como á nuestros hijos, á otros como á nuestros hermanos, y honramos á los ancianos como á nuestros padres. Así, tenemos gran cuidado de conservar la pureza de los que consideramos como familia propia. Cuando llegamos al ósculo de paz, lo damos con toda la castidad de un acto religioso, pues si se manchara con intencion impura, nos privaria de la vida eterna. Cuando uno de nosotros toma mujer, no se propone sino tener hijos, imitando al labrador que habiendo confiado el grano á la tierra espera el fruto con paciencia.»

En otro pasaje de su apolojía, Atanágoras vuelve con mas fuerza á la cuestion de castidad, que caracteriza especialmente á los cristianos, en medio de la incontinencia ordinaria y permanente de los gentiles.

«Los cristianos, dice, no solo se abstienen de los adulterios, sino tambien del comercio con las mujeres públicas; y el temor que tienen de caer en este abismo, les impide admitir el pensamiento del mas leve placer impúdico, obligándolos á evitar cuidadosamente todas esas miradas lascivas que pueden trasmitir la imájen de alguna impureza. Destierran las visitas asíduas, los juegos y discursos libres,

las conversaciones largas, los contactos, las risas inmoderadas. Se niegan las mas inocentes libertades y jamás muestran las partes de su cuerpo que la honestidad tiene cubiertas. Sus vestidos las ocultan al esterior y su pudor las encierra interiormente; de modo que en sus propias casas tienen vergüenza de sus familiares en el baño de las mujeres, y en particular de sí mismos.»

Todos los Padres de la Iglesia naciente protestan con la misma enerjía contra las imputaciones pérfidas y calumniosas que tendian á difamar indignamente á los cristianos.

«El amor de la castidad, decia San Justino en sus Diálogos, tiene tanta pureza en ellos, que hay muchos que pasan toda su vida sin ninguna relacion carnal y que son vírgenes á la edad de sesenta años, sin que el temperamento ni el pais hagan flaquear su continencia.»

San Cipriano, San Clemente de Alejandría, San Gregorio de Nisa, San Basilio, todos los Padres griegos y latinos hicieron una pintura edificante de las costumbres cristianas, que fueron tan puras como depravadas y perversas las de los paganos. San Cipriano consagra su Tratado de la pudicicia á la exaltacion de su virtud de los cristianos:

«Saben, dice, que los placeres carnales comienzan con la esperanza de encontrar grandes alegrías, y terminan con grandes ilusiones que hacen que nos avergonzemos de nosotros mismos. Ellas nos precipitan con furor en toda la brutalidad de sus movimientos; nos inducen á toda clase de crímenes conduciéndonos al horror y á la abominacion de esas relaciones monstruosas, que pasan del sexo á que la naturaleza nos inclina á nuestro propio sexo, y descienden al de los animales inventando mil y mil execraciones voluptuosas, en que la imaginacion no ha podido detenerse sin vergüenza.»

San Gregorio de Nisa apela al testimonio de los mismos paganos para probar la gloriosa castidad de los cristianos.

«No se contentan, dice, con la castidad del cuerpo por la mortificacion de todas las sensualidades; sino que tambien purifican su espíritu, sabiendo que la verdadera virginidad debe abstenerse del adulterio de los pecados.»

Por el temor de manchar el espíritu, apartaban, pues, de su vista, todo espectáculo vergonzoso, toda imájen deshonesta; jamás asistian á los juegos del teatro que San Cipriano califica de «escuelas de impure-

za;» desterraban de sus frugales mesas, esos diabólicos manjares que sublevan los sentidos y los arrastran á satisfacciones groseras; no se permitian el uso de los perfumes que halagan esos pensamientos muelles y lascivos de que la sensualidad se rodea; no admitian canciones, ni danzas, ni risas, ni embriaguez, ni gula en sus banquetes, donde se revelaba siempre la presencia del Espíritu Santo.

San Clemente de Alejandría (Pedag., Lib. XI.) entra en detalles mas íntimos acerca de esta castidad, orgullo de los fieles y vergüenza de los gentiles. Despues de haber establecido en sus *Stromates*, (Lib. II) la diferencia radical que existia entre los matrimonios de los unos y de los otros, diciendo que los paganos no buscan mas que el deleite brutal en sus uniones, mientras que los cristianos buscan solo la union que nos lleva á Jesucristo, añade estas palabras:

«Los cristianos quieren que las mujeres agraden á sus maridos por la pureza de sus costumbres y no por su belleza; quieren tambien que los maridos no se sirvan de sus mujeres como de las prostitutas, en que solo se buscan las corrupciones sensuales, porque la naturaleza no nos ha dado el matrimonio, añade en su *Pedagogo*, sino como los alimentos, cuyo uso, no el abuso, está autorizado por ella en una proporcion útil á la salud del cuerpo.»

Este mismo Padre de la Iglesia nos ofrece un curioso cuadro de la decencia del matrimonio cristiano.

«Los esposos, dice, llevan el pudor al lecho por temor de parecerse, si violaran en las tinieblas los preceptos de ese pudor, que han aprendido á la luz del sol, á aquella Penépole, que deshacia por la noche lo que habia hecho durante el dia. Este pudor es una prueba de que saben reprimir su sensualidad, allí mismo donde tiene el derecho de emanciparse, y dándose esta prueba mútuamente, son castos esteriormente. En sus lechos no hay esos desórdenes del pecado que ha inventado la voluptuosidadd, porque Jesucristo les ha permitido casarse, sin permitirles ser voluptuosos.»

En otro lugar define San Clemente la castidad del matrimonio cristiano, á cuyo lado el de los paganos no era mas que una prostitucion concubinaria, ú un tráfico inmoral.

«El único fin de la union de los dos sexos, dice (Pedag. Lib. II, cap. 10,) es procrear hijos para hacer de ellos gente de bien. Es obrar contra la razon y contra las leyes, buscar solo el placer en el matri-

monio, pero no ha de dejar de usar de él por temor de tener hijos. La naturaleza prohibe igualmente en la infancia y en la vejez el comercio impúdico de los dos sexos; aquellos á quienes el matrimonio permite estas relaciones carnales, deben estar siempre atentos á la presencia de Dios, y respetar sus cuerpos que son miembros suyos, absteniéndose de toda mirada, de todo tocamiento súcio ó ilícito...»

La conducta reservada de los esposos en el estado de matrimonio, llevó naturalmente á ciertos Padres de la Iglesia, como Orígenes, á suprimir el sexo femenino en la otra vida como inútil y peligroso. Orígenes que se habia aplicado á sí mismo su doctrina de la supresion sexual, pretendia que el sexo masculino resucitaria únicamente. Otros padres para asegurar mas la continencia de los bienaventurados, fueron de parecer que los escojidos no tenian sexo, pero que los condenados conservaban el suyo con sus miserables pasiones. El mayor número de los doctores, al contrario, se fundaban en las palabras del Apocalipsis para creer y enseñar que en el cielo los santos se casarian, enjendrarian hijos y gozarian todos los placeres del cuerpo. Tertuliano, Lactancio, Ireneo, Justino y Matodio se pronunciaron por este matrimonio celestial y eterno. Pero la iglesia por la voz de los concilios declaró que si los dos sexos persistian en el cielo, no habria matrimonio, ni menos goces terrestres y procreacion de hijos.

San Agustin dice á este propósito en su (Ciudad de Dios, Lib. II, cap. 17.)

«Dios borrará lo que haya de vicioso en los escojidos, pero dejará subsistir los sexos, lo cual no es un mal, pues que Dios lo ha creado. Los miembros que no tendrán ya pasiones ni servirán para sus antiguos usos, serán revestidos de una nueva belleza.»

Los casuistas no debian atenerse á esto, cuando imajinaron que la resurreccion repararia la integridad virjinal en los cuerpos que la hubieran perdido en la tierra.

La castidad, aquella virtud cuyo monopolio se arrogaban los cristianos, era, pues, su preocupacion constante y el signo principal de su creencia; la guardaban como un precioso depósito que les hubiera hecho el Divino Salvador, y hacian de ella una arma de provocacion contra el sensualismo pagano, que se sentia incapaz de imitarlo. Compréndese perfectamente que los fundadores del catolicismo, sabiendo la fuerza de accion que esta castidad tenia en las masas, como en el

individuo, llamaran en su ayuda todos los rigores de la penalidad eclesiástica: tanto interés tenia la Iglesia naciente en protejer las costumbres y predicar el ejemplo.

De aquí aquella severidad del código cristiano respecto de los pecados carnales, que la ley humana no penaba. Por la simple fornicacion, San Gregorio de Nisa queria que la penitencia fuera de nueve años, divididos en tres categorías, de modo que los fornicarios fueran tres años exclusos de la oracion, otros tres años auditores y otros tres mas prosternados.

San Basilio era mas induljente, contentándose con una penitencia de cuatro años por este mismo pecado, un año por cada estado de penitencia. En cambio alzaba la severidad contra el adulterio, el incesto, la sodomía y la bestialidad, que castigaba con una penitencia de quince años con esta distribucion para el penitente: cuatro años llorando, cinco oyendo, cuatro prosternado y dos asistente.

Sin embargo, el adulterio cometido entre un hombre casado y una mujer soltera, equivalia á una simple fornicacion. La poligamia, aunque considerada como un estado de bestialidad é indigno del hombre, solo arrastraba la pena de cuatro años; uno llorando y tres prosternado. El concubinato de las personas consagradas á Dios no se consideraba sino como un caso de fornicacion, con tal que se rompieran los vínculos ilícitos. Una jóven que se prostituia con el consentimiento de sus padres ó de sus amos, hacia tres años de penitencia; la que solo habia cedido á la violencia, no incurrria en ninguna pena ni estaba manchada ante Dios ni ante los hombres. En cuanto al diácono culpable de fornicacion, tenia que volver á la clase de simple laico y trabajar en la mortificacion de su carne pecadora.

Esta legislacion de la Iglesia primitiva prueba sobradamente el inestimable precio que los cristianos daban á la conservacion de su pureza corporal y mental: así, pues, los paganos se mostraban maliciosamente encarnizados contra una virtud que sus adversarios oponian como un reto á los desórdenes é impurezas del paganismo; se dedicaron á esperimentar hasta dónde podia ir esta virtud y procuraron imprimirle una mancha, entregándola á los atentados de la violencia y á los ultrajes de la lujuria: sino que esta especie de suplicio no tuvo mas fuerza que los otros contra la santa resignacion de las vírjenes y de los mártires.

Estas víctimas hacian á Dios el sacrificio de su virjinidad y soportaban sin dejar de ser puras y radiantes el yugo impuro de la fornicacion. La Iglesia las ausiliaba en esta agonía de persecucion, y su voz consoladora las animaba á subir al cielo por la via amarga y penosa de la prostitucion.

«La virjinidad, les decia San Agustin (Contra Jul. Lib. IV) está en el cuerpo; la pudicicia en el espiritu: esta queda en él, cuando aquella es arrancada al cuerpo.»

«No es, pues la violencia la que corrompe los cuerpos de las santas mujeres», añadia San Gerónimo.

«Una vírjen, decia San Ambrosio, puedé estar prostituida y no manchada.»

«Todo lo que puede hacer del cuerpo y en el cuerpo por la violencia, añadia San Agustin, todo eso no mancha á la persona que ha sufrido esa violencia sin poderla resistir; porque si la pureza pereciera de ese modo, no seria una virtud del espíritu, sino una cualidad del cuerpo, como la belleza, la salud y otros bienes perecederos.»

Un sacerdote llamado Victoriano escribió á San Agustin para anunciarle dolorosamente las horribles violencias que los bárbaros hacian sufrir á las vírgenes cristianas: el santo le contestó (Ep. 122) que si aquellas vírgenes sufrian las violencias sin consentir ni someterse, no eran culpables delante de Dios.

«Antes será una herida honrada y gloriosa, dice, que una vergonzosa corrupcion, porque la castidad que está en el alma tiene tan gran fuerza espiritual que permanece inviolable, y aun hace que la pureza del cuerpo no pueda recibir ninguna mengua, bien que los corruptores hayan osado vencer y violar los miembros de aquel cuerpo material.»

San Basilio espresa poco mas ó menos una doctrina análoga para tranquilizar el espíritu de las vírgenes amenazadas del mas terrible martirio.

«Si hay algunas, dice, que hayan sufrido la violencia, no habiendo consentido sus almas, no han dejado de presentar á su divino esposo esas mismas almas puras y sin corrupcion, aun con mas honor y gloria.»

Era un consuelo para las pobres vírgenes arrojadas al suplicio de la prostitucion. La idea de este cruel suplicio habia sido ciertamente

inspirada á los perseguidores por la singular admiracion que los cristianos manifestaban por sus vírgenes, y al mismo tiempo por el espléndido orgullo que estas tenian en su estado de inmaculada pureza. Hé aquí por qué, durante las persecuciones hubo tantas vírgenes cristianas ultrajadas por sus verdugos, que no hacian mas que aplicar la antigua ley romana, en virtud de la que ninguna vírgen podia ser ajusticiada.

«En cuanto á las vírgenes, dice Suetonio en la vida de Tiberio, como una antigua costumbre prohibia estrangularlas, el verdugo las violaba primero y las estrangulaba despues (*immaturatæ puellæ, quia more tradito nefas esset vírgines estrangulari, vitiatæ prius á carnífice, dein strangulatæ*).»

La violacion de las vírgenes cristianas no era, pues, en el orígen sino un preliminar de la última pena, conforme al uso de la penalidad romana; mas tarde esta violacion vino á ser la parte principal del mismo suplicio, y las vírgenes no tenian cuidado de declinar la responsabilidad de su estado virginal ante los jueces, que se complacian en herirlas en lo que mas estimaban; pero su virginidad era un sacrificio que ofrecian castamente á Dios en cambio de la corona del martirio.

Hay que oir el canto de victoria que San Cipriano dirige á aquellas resignadas mártires á quienes devorada el mónstruo de la prostitucion pagana:

«Las vírgenes, dice, son como las flores del jardin de la Iglesia, maravilla de la gracia, el adorno de la naturaleza, una obra perfecta é incorruptible, digna de toda alabanza, de todo honor, la imágen de Dios correspondiente á la santidad de nuestro Señor y la mas selecta parte del rebaño de Jesucristo.»

El paganismo esperaba destruir el gérmen de la nueva religion atacando el principio mismo de la virginidad; pero las vírgenes fueron mas fuertes que sus verdugos.

CAPITULO XXXI.

Razon de la necesidad por la que San Pablo y los apóstoles debeiron imponer á los cristianos la abstinencia carnal y la pureza virginal.—Los *agapes*.—Los sepultureros de las catacumbas de Roma fueron los primeros adoradores de Cristo.—Accion regeneradora de la religion cristiana sobre los séres degradados que se dedicaban al servicio de la prostitucion.—Las cortesanas mártires.—Historia de Maria la egipciaca contada por ella misma.—Leyenda de Santa Tais.—Lo que hizo San Efren para convertir á una mujer de mala vida.—Los dos solitarios y la prostituta.—San Simeon.—Conversion de Porfiro.—Santa Pelagia.—Santa Teodata.—Conversion y suplicio de Santa Afra.—Plegaria de Santa Afra sobre la hoguera, ú oracion de las prostitutas arrepentidas.

No es difícil comprender los motivos de alta prevision, que hicieron recomendar la castidad entre todas las virtudes cristianas. Esta virtud estaba sin duda proscrita por la ley de Moisés y á cada paso se encuentra en las Santas Escrituras la condenacion de los pecados de la carne. Salomon que debia tener setecientas concubinas en su vejez, no perdonó estos culpables desórdenes, á los cuales se dejó arrastrar él mismo luego.

«El adúltero, perderá su alma por la locura de su corazon, decia en sus *Proverbios* (cap. VI) atraerá sobre sí cada vez mas la torpeza y la ignominia y su oprobio no se borrará jamás.»

San Pablo y los apóstoles no hicieron mas que seguir la doctrina mosaica, imponiendo á los cristianos la abstinencia carnal y la pureza virginal. Pero habia una razon de necesidad que venia á reunirse á todas las que aconsejaba la religion en inrerés de la moral que habia dictado su Evangelio: la vida comun de los catecúmenos de ambos sexos las esponia á tentaciones y peligros diarios y requeria un poderoso preservativo para no llegar á desórdenes casi inevitables. Estos misterios, que hubieran recordado los vergonzosos misterios del paganis-

mo, habrian confundido, á los ojos de los infieles, la divina religion de Jesucristo, y el culto del verdadero Dios no habria podido luchar con ventaja contra los cultos corruptores y viles de Vénus, de Baco, de Cibeles y de Isis, porque en aquellas diferentes idolatrías, la celebracion de los misterios no manchaba á los templos y bosques sagrados, sino en ciertas épocas del año, mientras que las ceremonias ocultas de la fé católica, tenian lugar en todo tiempo, todos los dias, ó mas bien todas las noches bajo el nombre de *agapes*.

En estos *agapes*, en estas cenas fraternales en que la palabra del Señor nutria el alma y mortificaba el cuerpo, los dos sexos estaban reunidos, y la concupiscencia se hubiera despertado en los corazones mas castos y frios, si la ley del nuevo culto no hubiera puesto un freno saludable á los instintos de la naturaleza y á los arrebatos del vicio. Hé aquí porque la continencia era la primera virtud que se exigia á los cristianos para garantir y favorecer todas las otras. Si esta virtud no se hubiera predicado sin cesar, si no hubiera poseido enteramante los corazones de todos, los *agapes* solo hubieran servido para propagar la prostitucion.

Nada puede dar una idea de la exaltacion de los fieles que no aspiraban á otra cosa que al martirio y que lo sufrian voluntariamente en sí mismos, en sus deseos, en sus pasiones, antes de abandonarse en cuerpo y alma á la plaza pública. Esta exaltacion vuelta al desórden como sucedió muchas veces por el hecho de las heregías, hubiera traido un libertinaje monstruoso, y desacreditado el cristianismo, hundiendo en el desprecio universal á los apóstoles y á sus prosélitos. Imagínense tambien los peligros que corria incesantemente en esta existencia contemplativa el pudor de los hermanos de ambos sexos reunidos para la oracion y penitencia.

Las mujeres iban todas veladas y cubiertas con ámplias vestiduras, que no delineaban ninguna forma del cuerpo. Este honesto traje de grosera lana y de color uniforme, blanco, pardo ó negro no atraian las miradas con adornos mundanos, ni escitaban los sentidos con la molicie y la voluptuosidad de los perfumes. Aquellas mujeres cuyo coturno completamente cerrado no salia de los bajos de las haldas, parecian estátuas inmóviles ó lloronas de funerales.

Los hombres, por su parte, no vestian con menos decencia, llevando en lugar de velos, grandes sombreros, ó ámplias cogullas, bajo

las cuales su semblante pálido y macilento tenia la aparicion de una cabeza de muerto.

Pero aun no era esto bastante para impedir que la naturaleza hablara mas alto que la voluntad; era preciso que esta naturaleza fogosa y rebelde se dejara encadenar por la autoridad del precepto y por la eficacia del ejemplo.

Así, hombres y mujeres podian permanecer impunemente reunidos dias y noches enteras sin que ocurrieran actos culpables ni malos pensamientos siquiera: respiraban el mismo aire; dormian inmediatos en las catacumbas, en medio de los bosques; pero se dormian como se despertaban orando.

Cuando las persecuciones obligaron á los cristianos á ocultarse y vivir juntos en el fondo de las soledades, el dogma de la continencia estaba ya bien establecido entre los hijos y esposas de Jesucrioto, pues habia domado ya las mas violentas rebeliones de la carne, apesar de la contínua amenaza, del desaliento y de la ociosidad. No habia sexo, por decirlo así, en aquella piadosa mezcla de santos y santas que habitaban juntos aquellos retiros subterráneos, donde muchos habian tenido su cuna y esperaban tener inviolable sepultura.

No es, pues, estraño que los paganos ignorando la castidad de esta vida secreta, la supusieran tal como ellos la hubieran hecho con la licencia de sus costumbres y la sensualidad de sus creencias religiosas. No podian persuadirse ellos de que los sentidos pudieran aceptar semejante esclavitud; ni aun siquiera sospechaban cual pudiera ser la eficacia y poder de la oracion, ni lo que podia hacer el fanastismo del deber religioso. De aquí aquellas odiosas calumnias que acreditaban contra los cristianos, con los cuales confundian á impuros heresiarcas que la Iglesia naciente repelia de su seno con horror.

En las catacumbas, en aquellas vastas escavaciones donde Roma habia hallado materiales de sus templos y demás edificios, en aquellos anchurosos subterráneos que servian de cementerio á los esclavos y á los pobres de la ciudad eterna, allí fué donde Jesucristo encontró sus primeros adoradores, porque su Evangelio hablaba especialmente con los séres desgraciados que sufrian. Los sepulteros (*fossores*) que hacian los lechos del sueño eterno y que jamás veian el sol, aceptaron desde luego y llenos de confianza una religion que abatia á los soberbios y ensalzaba á los humildes. Así se enriquecie-

ron aquellos pobres con todas las alegrías del paraiso que les prometia el Salvador, y se sintieron rehabilitados, ellos que estaban perseguidos por el horror y el menosprecio de los hombres, cuyos restos mortales tenian el triste privilegio de enterrar.

Aquella rehabilitacion divina esperaba á las clases abyectas que tenian necesidad de encontrar su propia estimacion bajo el oprobio de que los cargaba la opinion pública. El cristianismo borraba toda mancha original por el bautismo y el arrepentimiento; creaba en el hombre antiguo un hombre nuevo; daba la pureza que habia perdido con el pecado; ceñia con una corona de gloria las frentes estigmatizadas por la ignominia. Bien se comprende ya su accion regeneradora y benéfica entre las gentes envilecidas y consagradas al servicio de la prostitucion.

Aquellos miserables, que antes ni tenian siquiera la conciencia de su degradacion, se sintieron de repente entristecidos y avergonzados: sus ojos se habian abierto á la luz de la moral evangélica, y comprendian con espanto toda la profundidod del abismo en que el vicio los habia hundido. Unos se convirtieron y abjuraron de su vida escandalosa y otros la continnaron en lágrimas y oracion, sometiéndose á ella como á una odiosa tiranía y ofreciendo al dios verdadero el holocausto de su vergüenza.

La religion cristiana se propagó rápidamente á través de aquellas almas llenas de amargura y arrepentimiento, y la mas envilecida prostituta levantó su frente deshonrada mirando al cielo con sonrisa de esperanza. Las predicaciones de los apóstoles y de sus discípulos tenian lugar al principio en las encrucijadas de los caminos, á la entrada de las ciudades, en las plazas y en los arrabales, en todas partes donde una multitud ociosa prestaba oidos al apóstol. Los jornaleros, los bateleros, los esclavos, el mas vil populacho; en una palabra, se agrupaba al rededor del Hombre Dios que predicaba la continencia y la mortificacion de la carne.

Las prostitutas eran las mas constantes en oir aquella palabra benéfica que calmaba la emocion de sus corazones y que les daba aliento para buscar á Dios. Estas desgraciadas víctimas del libertinaje tenian menos horror de sí mismas, cuando creian haber comunicado con el Redentor y con frecuencia renunciaban á su vergonzoso oficio, para consagrarse á la divina mision que Jesús enviaba á las virgenes y á las penitentes.

Tal fué ciertamente el imperioso motivo que presidió en los primeros siglos del cristianismo á la institucion del celibato cristiano. Jesús habia absuelto á María Magdalena, porque ella habia amado mucho; á ejemplo del Maestro los santos confesores se mostraban indulgentes con las mujeres que habian vivido en la impureza, mientras fueron paganas, y que convirtiéndose al cristianismo, entraban en la gloriosa via de la penitencia.

Las leyendas están llenas de cortesanas tocadas por la mano del Señor y que siguen sus pasos para llegar á la salud borrando con sus lágrima las manchas de torpeza de su vida pasada. Todas estas pobres mujeres están animadas del Espíritu Santo, como las tres Marías que todo lo abandonaron por seguir al Redentor. Cuanto mas manchadas están por el pecado, tanto mas se esfuerzan en purificarse en las llamas de la fé y de la expiacion. Muchas de ellas, las mas pervertidas á veces, se convierten en santas y obtienen la corona del martirio.

El número de los santas de esta especie es tan considerable, que el Padre jesuita Teofilo Raynaud ha hecho un martirológio especial á continuacion de la historia de María la Egipciaca, modelo y patrona de todas ellas.

No tenemos el propósito de escribir la leyenda dorada de todas esas meretrices beatificadas, ni les regatearemos el lugar que con razon ó sin ella ocupan en la beatitud celeste; solo tomaremos algunos pasajes de los antiguos hagiógrafos para hacer ver la influencia del cristianismo sobre la prostitucion pagana y para establecer este hecho singular: que las prostitutas tuvieron un honor insigne en abjurar las primeras el culto de los dioses falsos, esos símbolos mas ó menos honestos de la sensualidad humana.

María, la Egipciaca, que vivió bajo el imperio de Claudio y que fué á ocultarse al desierto para hacer penitencia despues de su conversion, cuenta su historia ella misma al abad Zózimo, á quien habia encontrado cuando estaba completamente desnuda y tostada, ennegrecida por el sol:

«Nací en Egipto, le dice la santa, cubriendo su desnudez con la capa que Zózimo le diera; al cumplir los doce años, fuí á Alejandría, donde por espacio de diez y siete estuve sumida en el libertinaje público, sin sustraerme á la solicitud de hombre ninguno. Como la gente del pais se dispusiera á hacer un viaje á Jerusalen para adorar la ver-

dadera cruz, rogué á los marineros que me condujeran con ellos. Cuando me pidieron el importe del flete, les dije: Hermanos, no tengo nada que daros, pero tomad mi cuerpo en pago equivalente. Concertado así el viaje me embarqué y llegué á Jerusalen, y habiéndome presentado con los otros á las puertas del templo para adorar la cruz, me sentí súbitamente repelida por una fuerza invisible; en vano insistia para vencer aquella misteriosa repulsion: siempre me sentia detenida mientras los otros entraban sin dificultad. Entonces me miré yo anteriormente y ví que mis numerosos pecados eran la causa de aquello. Entonces rompí á llorar amargamente, castigando con las manos mi carne pecadora.»

La Egipciaca hizo voto de castidad y se puso bajo la salvaguardia de la Vírgen María que le permitió entrar en el templo y adorar la cruz. Despues atravesó el Jordan y penetró en el desierto, donde permaneció cuarenta y siete años, sin ver ya á ningun hombre y alimentándose con tres panes que habia llevado consigo.

«Durante los diez y siete primeros años de mi vida solitaria, añade, tuve que sufrir grandes tentaciones de la carne, pero con la gracia de Dios pude vencerlas todas.»

Hé aquí los ejemplos que el confesor cristiano ofrecia á las mujeres de mala vida que acudian en tropel á oir su palabra.

La narracion que hemos tomado de Santiago Voragine, el gran leyendario de la edad media, es mas decente que la de los *Actos* de la santa, parafraseados y comentados con muy poca reserva por su historiador Teofilo Raynaud.

María la Egipciaca era comunmente la patrona de las cortesanas, y el abandono que hizo de su cuerpo á los marineros se veia representado en los vidrios de las iglesias, especialmente en Santa María de la *Jussienne*, capilla situada en otro tiempo en la calle que ha conservado este nombre en París y estaba afecta á la gran cofradía de mujeres públicas.

Otra cortesana, que no tuvo la reputacion de la Egipciaca entre sus compañeras, figura tambien en la *Vida de los Padres*, donde hace honrosa confesion de sus pecados. Es posible, sin embargo, que esta santa no haya sido nunca mas que una personificacion del libertinaje penitente y un emblema simpático de la purificacion de un cuerpo manchado por la culpa. Sea lo que quiera, esta cortesana se llamaba

Tais y vivia en una ciudad de Egipto cuyo nombre omite la tradicion: su belleza era tan tentadora que muchos insensatos vendian todo lo que poseian para comprar sus favores, encontrándose al salir del lecho de la sensualidad reducidos á la última miseria; sus amantes venian con frecuencia á las manos en las querellas de sus celos y su puerta estaba rociada de sangre, dice Voragine.

El abad Pafnuco tuvo la idea de convertirla, y al propósito vistió un traje profano, tomó una moneda y fué á ofrecérsela en pago del pecado que aparentó solicitar de ella. Ésta aceptó la moneda, diciendo: Vamos pues á mi dormitorio. Y cuando Pafnuco entró en él y ella lo invitaba al pecado, le dijo: Vamos á otro aposento mas oculto. La cortesana lo condujo sucesivamente á muchas habitaciones, pero él objetaba siempre que temia ser visto. En este aposento, le dijo ella por último, no entra nadie; pero si es á Dios á quien temes, añadió tristemente, ningun lugar hay oculto á su mirada.

Admirado el anciano de este lenguaje, le preguntó si sabia que hubiera un Dios remunerador y vengador, á lo que la cortesana contestó afirmativamente.

«Pues si lo sabes, repuso Pafnuco severamente ¿cómo has perdido tantas almas? Sí, pecadora; hay un Dios, á quien has de dar cuenta, no ya solo de tu alma, sí que tambien de todas las que has inducido á pecar.»

A estas palabras Tais cayó á los piés del abad derramando lágrimas de contricion.

«Padre mio, esclamó la penitente, yo espero poder obtener por la oracion la remision de mis culpas: te ruego ¡oh Padre! me concedas tres horas para prepararme á seguirte; despues haré todo lo que me ordenes.»

El anciano le indicó el sitio en que la esperaba y salió de aquella casa de impureza.

Tais reunió en la plaza pública todo el lucro de sus pecados, sus suntuosos vestidos, joyas, muebles espléndidos y le puso fuego á todo á vista del pueblo.

«Venid todos, venid, decia la cortesana arrepentida, venid todos los que pecasteis conmigo y vereis como destruyo las ganancias del pecado.»

Cuando todo aquello fué consumido por las llamas, acudió á la cita de Pafnuco, quien la condujo á un monasterio de vírgenes y la en-

cerró en una celda, cuya puerta selló, sin dejar libre mas que una ventanilla por donde pasaba alguna claridad y se le suministraba un poco de pan y agua. En el momento en que el anciano se despedia de ella, le dijo ésta:

—Padre mio ¿dónde quieres que eche el agua que la naturaleza arrojará de mi cuerpo?

—En tu celda, como mereces, contestó duramente Pafnuco.

—¿Y cómo he de adorar á Dios?

—Tú no eres digna de nombrarlo, le dijo aun con desprecio, ni de levantar las manos al cielo, porque tus labios están llenos de iniquidad y tus manos de torpeza. Prosternate hácia la parte de Oriente y repite con frecuencia: Tú me has creado, tén piedad de mí.

Esta dura penitencia duró tres años, despues de los cuales, Tais librada por el abad Pafnuco á pesar de ella entró en el siglo; pero no sobrevivió mas que tres dias á la remision de sus pecados y murió en paz como una vírgen.

San Efrem, fué menos feliz en la conversion de otra mujer de mala vida que quiso inducirlo á pecar con ella, Por sustraerse á sus importunas provocaciones, díjola el santo: Sígueme. Siguiólo en efecto ella; pero en vez de buscar un sitio favorable por la soledad á un acto ilícito, condujo á la mujer á una esquina donde concurria mas gente.

—Detengámonos para conocernos, le dijo de repente.

—Aquí nó, que hay mucha jente, le contestó sonrojándose la cortesana.

—Pues si te avergüenzas en presencia de los hombres, repuso San Efrem con indignacion ¿no debes avergonzarte mas en presencia de tu Creador, que descubre las cosas ocultas en el fondo de las tinieblas?

La cortesana avergonzada y confusa, bajó la cabeza y huyó, pero nó á un monasterio como aquella despues de haber quemado los productos de su infamia.

Los Padres de la iglesia no temian mezclarse con esta gente, y con frecuencia se mezclaban para ver de traer á buen camino á las pobres pecadoras haciéndoles que se avergonzaran de su oficio. Las *Vidas de los Padres* están llenas de aventuras que prueban la constancia y caridad de aquellos venerables confesores. Dos solitarios que iban á la ciudad de Aige en Tarso, se vieron precisados, por el escesivo calor y

fatiga de la jornada, á detenerse en una hostería, á pesar de la repugnancia que tenian de entrar en malos lugares.

Habia en aquella posada algunos jóvenes libertinos y una prostituta. Esta inspirada por el demonio se acercó á uno de los solitarios y hubo de invitarlo á pecar con ella. El solitario la rechazó indignado y se apartó rogando á Dios que la perdonara. Pero la descarada lo siguió con insistencia rogándole con mil caricias no oponerse á sus deseos é instancias, y como para determinarlo, recordó á María Magdalena que halló gracia delante de Jesús.

—Es verdad, dijo el solitario; pero cuando mi Maestro dirigió la palabra á la pecadora, habia dejado ya de ser cortesana.

—Y yo tambien, contestó aquella mujer obedeciendo á una inspiracion del Espíritu Santo.

Con esto se separó de sus compañeros de libertinaje y siguió piadosamente á los dos solitarios, que la llevaron á un monasterio de mujeres, donde vivió haciendo penitencia bajo el nombre de María.

Sus compañeras no le reprocharon nunca su antiguo estado, y aun que tan envilecida antes de su conversion milagrosa, fué luego una de las mas fieles esposas de Cristo.

Un pasaje de San Simeon Estelita, que vivió mas de cuarenta años en el capitel de una columna, donde tenia su celda de anacoreta (muerto en 460) nos hace conocer la solicitud con que acudian las cortesanas de todos los paises á ver el conmovedor espectáculo de sus austeridades y á oir las exhortaciones saludables de la palabra divina. San Simeon desde lo alto de su columna convirtió una multitud de hombres viciosos ó perversos que acudian de todas partes á oir sus predicaciones. Las meretrices á quienes la fama del santo atraia en tropel, no bien lo veian orando y bendiciendo en su columna, cuando renunciaban á su género de vida, á sus pomposos vestidos, á sus perfumes y demás voluptuosidades, para entrar en un monasterio, donde se convertian en santas á fuerza de penitencia y lágrimas:

«*Quid porro de meretribus dicam, quæ, ex diversis procul terris, ad servi Dei septum profectæ, postquam illum conspexere, patriam suam deseruere, et severiorem ascetarum disciplinam in monasterio professæ, sanctorum honorem commeruerunt, posteaquam, Domino largiente, præteritorum criminum chirographa suis lacrymis.*» (Acta sanctorum, tit. II. p. 344.)

Podria inferirse de este curioso pasaje que las cortesanas tocadas

por la gracia, debian hacer una confesion general de sus pecados, y un inventario detallado que tenian siempre á la vista durante su larga penitencia, á fin de no olvidar sus antiguas culpas y llorarlas eternamente.

Por lo demás las penitentes podian ser catecúmenas desde que abandonaban su estado de prostitucion: así en la vida de Santa Pelagia (Arnaud d' Andilly tit. I. p. 572) se vé á esta famosa cómica, que no habia renunciado al siglo, asistir á una instruccion religiosa en la iglesia de Antioquía, donde no habia entrado antes nunca; y sin embargo habia dado un gran escándalo al obispo y á sus sufragáneos, sentados á la puerta de la iglesia de San Juliano, cuando pasó cerca de ellos toda resplandeciente de piedras preciosas, de perlas y de oro, que brillaban hasta en sus borseguies, toda perfumada de embriagadoras esencias y orgullosa de su singular belleza, el santo obispo y los suyos, se retiraron con los ojos bajos y el alma llena de amargura por no ver aquella figura diabólica, de hombros y brazos y seno desnudos, que la tentadora ofrecia á sus casas miradas.

Esta santa Pelagia no es la que se llamaba Porfira en su oficio de cortesana y que vivió en Tiro dos ó tres siglos mas tarde. Un dia vió esta en la calle dos solitarios que iban pidiendo limosna para los pobres y los enfermos, y se sintió al punto herida por la flecha de gracia. Dirigióse, pues, al mas viejo de ellos y con gran efusion le dijo:

—Sálvame, Padre mio, como Jesús salvó á la pecadora.

El solitario, á quien hablaba así la cortesana, levantó á ella los ojos y la miró de un modo dulce y meláncolico.

—Sígueme, le contestó.

La cortesana lo seguia con humildad y respeto; pero él fué derecho á ella, la tomó de la mano y la condujo así públicamente á través de la ciudad. Cuando estuvieron fuera de ella, entraron en una iglesia que se les ofreció y Porfira halló allí un niño recien nacido que adoptó.

El solitario y la cortesana se fueron con el niño y se hicieron sospechosos de su paternidad; escándalo que el solitario hizo luego cesar trayendo carbones encendidos en su túnica para probar su inocencia. Porfira tomó el nombre de Pelagia y se encerró en un convento.

Su ejemplo hizo tal impresion en el ánimo de las cortesanas de

Tiro, que quisieron imitarla y muchas de ellas se consagraron á Dios para lavar las manchas de sus pecados y ser esposas de Jesucristo.

La primera Santa Pelagia murió en Antioquía durante la persecucion de Licinio en 308, habiéndose arrojado desde lo alto de un piso por escapar á los soldados, que fueron á apoderarse de ella y amenazaban atentar á su voto de castidad.

Durante la misma persecucion hubo otras cortesanas que sufrieron el martirio, entre otras Teodota, Afra y sus compañeras que ejercian igualmente la prostitucion. El sabio Ruinart, que puso bajo aquella fecha los actos de santa Teodota hace esta observacion que deberia haber apoyado en algunas autoridades.

«No se vé, dice, ninguna cortesana que haya sido admitida en la comunion de los fieles y recibido en la iglesia antes del tiempo de la persecucion de Licinio y no podria negarse que Teodota haya hecho tráfico de su cuerpo (*quæstum corpore fecisset.)*

El martirio de Santa Afra fué aun mas notable que el de Teodota, que sufrió la afrenta de ser condenada á tomar de nuevo su vergonzozoso oficio. Afra compareció ante el juez Gayo, que la acogió sonriendo.

—Tú eres meretriz, segun he sabido, le dijo: Sacrifica, pues, á los dioses. Lo harás con tanto mas gusto, cuanto que una meretriz no tiene que ver con el Dios de los cristianos.

Afra guardó silencio encomendándose en espíritu á Jesucristo.

—Sacrifica, repuso el juez, sacrifica para que los dioses te otorguen la gracia de ser amada y de tener tantos amantes como hasta aquí has tenido. Sacrifica para obtener el lucro de tus amores.

Afra estaba avergonzada ante el recuerdo de su vida pasada.

—Yo no aceptaré, ese lucro execrable, dijo al fin con acento de amargura, pues el dinero que habia adquirido, lo he arrojado léjos de mí por no ser de honradez (*de bona conscientia.*) He rogado á uno de mis hermanos pobre, que lo purificara aceptándole y rogando por mí, y no quiso aceptarlo. Si me he deshecho de un lucro mal adquirido ¿cómo podria ahora adquirirlo del mismo modo?

—Cristo, objetó Gayo, no te encuentra digna de él: conque no tienes razon para llamarlo tu Dios. El no te reconoce por suya; porque una meretriz no puede llamarse cristiana.

—En efecto, yo no merezco el nombre de cristiana. Sin embargo,

la misericordia de Dios que juzga, no mi mérito, sino mi fé, no me cerrará las puertas del paraíso.

El juez pronunció entonces su juicio.

«Ordenamos que la cortesana Afra (*publicam meretricem*) que se ha declarado cristiana, y que no ha querido sacrificar, sea quemada viva.»

Afra fué al suplicio, mientras que sus dos amigas Eunomia y Eutropia, que, como ellas, habian recibido el bautismo por ministerio del obispo Narciso, estaban veladas y silenciosas á la orilla del rio esperando participar del martirio de Afra como habian participado de su mala vida (*simulque fuérant in pecato*).

Al subir Afra á la hoguera hizo una plegaria que se adoptó en la edad media como la oracion de las meretrices arrepentidas:

«Señor, Dios poderoso, Jesucristo, que no viniste á llamar á los justos, sino á los pecadores á la penitencia; Jesús, cuya promesa es verdadera y manifiesta, porque te dignaste decir que en el momento en que un pecador se arrepiente de sus culpas, desde aquel momento no te acuerdas ya de sus pecados, recibe ¡oh Jesús mio! ahora la expiacion de mi muerte (*Accipe in hac hora paseionis meæ pœnitentiam.*)

Una cortesana martirizada en nombre de Jesucristo arrancaba siempre una multitud de víctimas á la prostitucion y enjendraba con su sangre y con su fé nuevos mártires cristianos.

CAPITULO XXXII.

Por qué infligian los gentiles á las mujeres cristianas el suplicio de la prostitucion pública.—Leyenda de las siete vírgenes de Ancira.—Agonía de una virginidad abandonada al ultraje de la impudicia pagana descrita por Aurelio.—Santa Inés denunciada como cristiana.—Jucio del prefecto Sinfronio.—La santa es conducida á una casa de prostitucion.—Muerte milagrosa del hijo de Sinfronio.—Particularidades importantes para la historia de la prosticion.—Santa Teodora denunciada como cristiana es tambien condenada al suplicio del lupanar.—Abnegacion sublime de Didimo.—Decapitacion de Teodora y de Didimo.—Hecho análogo referido por Paladio.—Leyenda de Santa Teodora.—Santa Dionisia entregada á lós libertinos por mandado del procónsul Optimo.—Libertad milagrosa de la santa.—Leyenda de Santa Eufemia.

Los cristianos estaban tan prendados de su castidad, daban tal estimacion á esta virtud, de tal modo temian perder ó amenguar su gran tesoro, que sus perseguidores hubieron de complacerse en mortificarlos atacando la pesesion de un bien que nunca se habria pensado en arrebatarles, si no hubieran hecho de este modo un reto á la religion pagana. Así se esplica aquel estraño suplicio que consistia en entregar á las brutalidades é infamias de la prostitucion pública una mujer cristiana, vírgen ú honesta. Es muy frecuente este suplicio en los actos de los santos para que se puedan tener en duda mirándolos como un emblema de los escesos de la idolatría. Los hagiógrafos entran á este respecto en detalles singulares, y San Ambrosio en el libro III de su Tratado de las vírgenes, donde refiere el martirio de Santa Teodora, nos dá á entender que aquella penosa prueba estaba siempre reservada á las vírgenes que se negaban á adorar á los dioses.

Por lo demás, como ya lo hemos dicho, acaso no era esto mas que la aplicacion de la antigua ley romana que prohibia dar muerte á una vírgen y que la abandonaba á una especie de degradacion, que el ver-

dugo tenian el derecho de hacer en su víctima antes de ejecutar la sentencia. Pero á este antiguo uso de la penalidad, se unia ciertamente la intencion de deshonrar á la cristiana á sus propios ojos y á los de sus correligionarios.

El sacrificio á los dioses, que se imponia á toda mujer acusada de cristiana, no era para ésta sino la prostitucion ó su camino mas derecho, por que la mayor parte de los dioses gentílicos parecian inventados para deificar las pasiones sensuales y para llamar al libertinaje con halagos permanentes.

«Los gentiles, dice San Clemente de Alejandría, renunciando á todo sentimiento de modestia y de pudor, guardan en sus casas cuadros en que los dioses están representados en medio de los mas infames trasportes y escesos de sensualidad; adornan sus dormitorios con estas abscenas pinturas y tienen por una especie de piedad la mas monstruosa incontinencia. Desde el lecho se puede estar mirando la imágen de Vénus y el ave que vuela hácia Leda; cuanto mas impúdico es el cuadro, mas escelente parece. Los dioses en todas sus impurezas: hé aquí los modelos de vuestra molicie; hé aquí las ideas infames que teneis de vuestros dioses; hé aquí la criminal doctrina que os enseñan y que ellos practican con vosotros. Cometeis fornicacion y adulterio con los ojos y los oidos antes de cometerlos realmente; ultrajais la naturaleza del hombre y aniquilais la divinidad con vuestras indignas acciones.»

Las cristianas, pues, habrian creido cometer fornicacion ó adulterio sacrificando á los dioses gentílicos, aproyimándose á sus altares, quemando en ellos un grano de incienso, alzando la vista hácia aquellas estátuas que ofendian el pudor y enseñaban el pecado con sus atributos y mudas provocaciones. Las vírgenes desviaban la vista ó se velaban con horror en presencia de dioses tan impuros, y el juez entonces como para prepararlas á sacrificar á Vénus, á Isis, á Baco ó á cualquier otro ídolo, las enviaba á hacer un rudo aprendizaje á una casa de prostitucion.

Las santas sufrian con horrible pena aquella cruel violencia; pedian á su divino esposo las llamara á sí, antes de que su pureza fuera despojo de los impíos; se abismaban en la oracion como para no ser testigos de su propia deshonra y hubieran preferido, no una, sino mil muertes á la pérdida de su inocencia.

Parece que la esposicion de las cristianas, á merced de los libertinos, no fué puesta en práctica antes de la terrible persecucion de Marco Aurelio, porque Tertuliano en su *Apologética*, habla de este género de suplicio como de una invencion de crueldad. *Exquisitior crudelitas*).

«Condenando últimamente una vírgen al lenon antes que al leon, dice con un amargo juego de palabras, confesais desde luego que un ultraje al pudor está reputado entre los cristianos como una mancha mas atroz que todos los suplicios y todos los géneros de muerte. (*Proxime ad lenonem damnando christianam, potiusquam ad leonem, confessi estis labem pudicitiæ apud nos atrociorem omni pæna et omni morte reputari*).

Pero Jesucristo tuvo muchas veces piedad de sus castas esposas y ya les concedia la gracia de morir puras y salvas, ya hacia descender sus ángeles para defenderlas y exhortarlas, ó bien hacia impotentes á los verdugos mas formidables, cuando no hacia de ellos repentinamente cristianos y confesores.

«Cuando la implacable persecucion estaba en toda su fuerza, refiere San Basilio (*De vera virginitate n.°* 52) vírgenes escogidas por su fé en su divino esposo, habiendo sido entregadas como juguetes á los ojos de los impíos, guardaron la pureza de sus cuerpos, y esto no sucedió sino por gracia de Jesucristo, que quiso mostrar que todos los esfuerzos de los impíos no conseguirian manchar la carne de las vírgenes y que sus cuerpos quedaban inviolables bajo su guarda por efecto de un milagro.

Seria bien acaso corregir en el testo latino de este pasaje una palabra, poniendo *liminibus* en vez de *luminibus*, lo que daria un sentido mas conforme con los usos de la persecucion en esta frase: *Electæ, virgines propter Sponsi fidem, ad illudendum impiis luminubus traditæ, corporibus inviolatæ perdurarunt.*

Es probable que San Basilio designara los dicteriones ó lupanares que recibian ordinariamente á las vírgenes cristianas condenadas á la prostitucion; pero el traductor latino, habiendo reemplazado la palabra griega con una perífrasis *impiis liminibus* que caracteriza bastante bien los malos lugares, una falta del copista ha cambiado el sentido, que nosotros proponemos restablecido sin salir de nuestro objeto.

No tenemos espacio suficiente para relatar aquí todos los martirios que han comenzado ó concluido por la prostitucion violenta: sobre esta materia habria que hacer un libro entero. Unicamente agruparemos algunos hechos análogos para hacer apreciar la forma en que el paganismo atentaba al pudor cristiano. Y se comprenderá el puro amor con que las santas mujeres se entregaban á Jesucristo viendo el gracioso retrato que San Agustin hace de la castidad cristiana en sus *Confesiones.*

La castidad se presentaba á mi vista con un rostro lleno de majestad y de dulzura, y uniendo á una amable sonrisa caricias sin afectacion, á fin de inspirarme valor para acercarme á ella; estendia para recibirme sus piadosos brazos entre los cuales veia yo tantas otras personas que podian servirme de ejemplo. Veia un gran número de jóvenes de ambos sexos, hombres y mujeres de toda edad, viudas venerables y vírgenes casi viejas. Y esta escelente virtud no es estéril, sino fecunda en sus buenas almas, porque es madre de tantos deseos celestiales que concibe de tí ¡oh Dios mio! que eres su verdadero y santo esposo.»

Esta castidad era tambien solícita de su conservacion así en la vejez como en la infancia, y la persecucion no tenia ningun miramiento con la edad, cuando destinaba una víctima á la prostitucion. Santa Inés no tenia trece años y las siete vírgenes de Ancira no se acordaban ya de haber sido jóvenes.

Estas siete vírgenes aunque de setenta á ochenta años cada una, fueron condenadas como cristianas al suplicio de la prostitucion, y al efecto entregadas á los libertinos de Ancira. Estos, sin embargo, no tuvieron el valor de hacerse instrumentos de la crueldad de sus perseguidores: uno solo de entre ellos osó acometer la aventura; pero el espíritu de Dios se puso entre él y las santas vírgenes. El prefecto de Ancira, furioso al ver desairada su sentencia, las condenó maliciosamente, á causa de su invencible virginidad, al servicio del templo de Diana. Por una singularidad que el legeudario no justifica, todas siete fueron enviadas á lavar completamente desnudas la estátua de la diosa en un lago sagrado, inmediato á la ciudad que atravesó el cortejo y en el cual habian de sorprender la desnudez de las vírgenes. Pero en las aguas del lago hallaron un refugio contra las impúdicas miradas de la multitud.

Este estraño martirio data del cuarto siglo, segun Nilo, que nos ha conservado su memoria. Las otras santas que fueron igualmente espuestas á la brutalidad pagana son casi todas de la misma época. Teodora, Irene, Inés, Eufemia, fueron castigadas de la misma manera en la horrible persecucion ordenada por Diocleciano en 303, persecucion que duró hasta 311 y que hizo mas mártires que las procedentes. Jamás se habian inventado suplicios mas dolorosos para la castidad cristiana. Así en la Tebaida, se ataba á las mujeres por un pié, y se las colgaba cabeza abajo y completamente desnudas á vista de la muchedumbre. El génio de la prostitucion parecia inspirar á los jueces y á los verdugos un lujo prodigioso de torturas infames.

El poeta Aurelio Prudencio que escribia mas de sesenta años despues de los horrores de esta persecucion, habia recogido sin duda sus recuerdos, cuando describió la agonía de una virginidad, entregada al ultraje de la impudicicia pagana. Si la vírgen no apoyaba su cabeza en el altar de Minerva y no pedia su gracia á la diosa, se la enviaba al lupanar insultándola impúdicamente por todo el camino. Todos los libertinos acudian al paso de la desgraciada víctima, disputándose el derecho de ultrajarla *(novum ludibriorum mancipivm petat)*. Le gritaban que se detuviera al torcer de cada calle; pero la vírgen aceleraba el paso, desviando la vista y ocultando el rostro con temor siempre de que algun desvergonzado pusiera la mano con ella para afrentar públicamente su sexo (*ne petulantius quisquam, verendum conspiceret locum*); y bajo la amenaza de este peligro aun se apresuraba á poner su virginidad al abrigo del lupanar, como si allí debiera estar segura. Nada hay mas conmovedor que este cuadro del pudor cristiano.

Santa Inés, en efecto, no perdió su virginidad por haber sido llevada á un lupanar de Roma. La jóven pertenecia á una de las primeras familias de la ciudad, y aunque solo tenia trece años escasos, ya habia sido solicitada en matrimonio por muchos jóvenes patricios. Su estraordinaria belleza no la apartó de la vida austera que habia abrazado, y fué denunciada como cristiana al prefecto Sinfronio, por el mismo hijo de éste, á quien la jóven habia desdeñado como á tantos otros. Inés proclamó en alta voz su fé declarando que habia consagrado su virginidad á Jesucristo.

«Elije entre estos dos partidos, le dijo el prefecto; ó sacrificar en el altar de Vesta con sus sacerdotisas, ó prostituirte con las cortesa-

nas en un lupanar de soldados, donde no tendrás el auxilio de los cristianos que te han seducido: elije, pues (*aut cum meretricibus scortaberis in contubernio lupanari*).»

Inés contestó al prefecto arrostrando todas sus iras, firme siempre en la fé de Jesucristo.

Irritado Sinfronio ante aquella entereza mandó que se la despojara de sus vestidos y se la condujera desnuda al lupanar, precedida de un pregonero que fuera gritando:

«Inés, vírgen sacrílega, habiendo blasfemado de los dioses, es entregada á la prostitucion pública (*scortum lupanaribus datam*).

Y ejecutóse la órden del prefecto.

Inés fué despojada de sus vestidos.

Pero nadie llegó á verla desnuda, pues creciendo al instante sus cabellos formaron como un velo al rededor de su desnudo cuerpo.

Cuando iba al lupanar, un ángel la acompañaba en su carrera de amargura y un esplendor divino la rodeaba. Así resplandeciente entró en el lupanar, pero ya estaba garantido su pudor con una túnica de espléndida blancura que la cubria desde la cabeza á los piés.

Los libertinos que la esperaban en la casa pública no osaban acercarse á ella contemplándola con terror, hasta que al fin se prosternaron á sus plantas pidiéndole perdon. El hijo de Sinfronio acudió tambien con sus compañeros de libertinaje y con el deseo y esperanza de apoderarse de su víctima; pero al llevar su mano impúdica hácia el cuerpo de la vírgen cayó á sus piés como herido por un rayo.

Tal es la narracion de San Ambrosio en sus Epístolas (*Lib. IV, epist.* 34.) Pero los actos de la santa publicados por Ruinart añaden á este relato muchas particularidades importantes para la historia de la prostitucion.

Segun estos actos, luego que la santa llegó al lupanar, le pusieron una de las camisas de trasparente gasa, que las meretrices usaban en el interior del lupanar, para escitar mejor la lujuria de los amadores, dejando entrever ó adivinar todo lo que podia inflamarla. Luego al punto invade el populacho el lupanar, y cada cual quiere hacer valer su derecho de primer ocupante, digámoslo así; pero pronto aquel ardor impúdico se estingue y desvanece, los libertinos permanecen inmóviles, trémulos, indecisos, sin fuerza y sin voluntad; se sonrojan de vergüenza y se retiran sin haber tocado á la santa, que los mira con serenidad.

El lupanar se desocupa solo para llenarse otra vez; pero el milagro se renueva y los mas audaces que quedan, no osan la menor tentativa de violencia, que la jóven Inés no parece temer. Todos se alejan con respeto y temor y nadie se atreve ya á penetrar en el albergue de la prostitucion. Uno solo se presenta luego, jóven á quien llaman los murmullos el hijo de Sinfronio. Llega con toda confianza en el éxito de su vergonzosa empresa, separa la cortina que cierra la entrada del aposento, se dirige impetuosamente hácia la santa niña, estiende los brazos para apoderarse de ella, y ... cae muerto á sus piés.

Sus amigos entre tanto lo esperaban á la puerta curiosos, inquietos, por saber si aquel lobo rapaz habia devorado á la oveja de Cristo, segun las palabras de la leyenda. Como no lo ven volver, como no oyen nada en la celda de Inés, alguno de ellos se atreve á entrar: al aspecto del muerto, se llena de turbacion, invoca la piedad de la santa y se convierte. Nadie será ya tan osado que quiera hacerse ejecutor de la órden de Sinfronio, ante quien vuelve á comparecer Inés tan pura como antes.

Inés consiente en resucitar el muerto, víctima de su temeridad, y el resucitado se abstiene ya de perseguir vírgenes cristianas. Pero su resurreccion milagrosa es atribuida á invocaciones mágicas, y la santa condenada á ser quemada viva, lleva á la hoguera su flor virginal pura.

El erudito editor de esta leyenda menciona la tradicion, que colocaba bajo las bóvedas del Circo Agonal ó destinado á los juegos públicos, el lupanar en que la virginidad de Inés alcanzara la victoria contra sus impuros enemigos.

El suplicio del lupanar se reproduce con frecuencia en los actos de las santas, pero siempre con circunstancias diferentes, variantes de detalles sobre un mismo tema.

El mas célebre de los martirios de esta especie, es el de Santa Teodora, que debe sin duda la celebridad de su nombre á una mala trajedia de Pedro Corneille, mas bien que á la leyenda parafraseada por San Ambrosio y á sus actos publicados por Ruinart. Teodora era una noble dama de Alejandría. El juez la hizo comparecer á su presencia y le intimó la órden de sacrificarse en el altar de los dioses.

Segun las órdenes del emperador, le dijo, vosotras las vírgenes

que rehusais ofrecer incienso á los dioses, debeis ser destinadas á lugares infames; pero yo tengo piedad de tu nacimiento y de tu belleza.

—Puedes hacer lo que mas te agrade, contestó Teodora. Mi voluntad no tendrá parte en las violencias que contra mí ejerzas.

El juez mandó abofetear á la vírjen, con la idea de dominarla por el terror.

—Apesar de tu condicion ilustre, me has precisado á causarte esta afrenta delante del pueblo, que espera tu resolucion. Te doy, sin embargo, tres dias para reflexionar; despues de este plazo, si insistes en tu obcecacion, te enviaré á un lupanar para que las personas de tu sexo vean tu deshonor y se enmienden.

Pasados los tres dias, Teodora permanecia inquebrantable en su fé cristiana.

—Teodora, le dijo el juez, puesto que persistes en tu temeridad, ordeno que te conduzcan al lupanar. Veremos si tu Cristo te liberta.

—El Dios que hasta ahora me ha guardado sin mancha, sabe lo que sucederá, y es poderoso para protejerme contra los que quieran injuriarme; contestó Teodora dulcemente.

Y la condujeron á una casa de prostitucion, en cuya puerta hizo una fervorosa súplica á su celestial esposo. El pueblo rodea la casa y espera la salida de un mártir, que no es cosa nueva para él y que termina ordinariamente por la consagracion de la virginidod de las pacientes. Pero esta vez no hay mas que espectadores, pues nadie quiere ofrecerse para hacer afrenta á la cristiana.

Por fin, un soldado hienda la multitud y penetra en el lugar del suplicio. Teodora se estremece al ruido de sus pasos y procura con trémula mano estender sobre su desnudez el velo que le han dejado, y que apenas alcanza á cubrir lo que el decoro quiere.

El soldado es un cristiano, que ha tomado aquel disfraz para salvar á la vírgen, á quien ruega se disfrace á su vez con aquel mismo vestido, y haciéndole ver la horrible suerte que le espera en aquel lugar infame, la determina á salvarse de este modo.

El soldado que entró, sale otra vez del lupanar cubriéndose el rostro con el canto de su capa, y deja atrás la muchedumbre sin contestar á sus preguntas ni chanzas deshonestas.

Era Teodora.

Una hora despues, el cristiano conducido ante el juez, era condenado á muerte por haber facilitado á Teodora la evasion.

Pero Teodora reaparece, disputando á su libertador la palma del martirio.

—Yo, le dice Didimo, yo soy el condenado á morir.

—Tú le contesta Teodora, has querido salvar mi castidad, pero yo no consiento en que me salves la vida, porque yo huí de la infamia; de la muerte, nó.

Teodora y Didimo, los dos, fueron decapitados. Pero Teodora murió vírgen.

Paladio, en la Vida de los Padres (*Vita Patrum, cap.* 148, *De fœminina nobilisima quæ fuit semper virgo*) refiere un hecho poco mas ó menos semejante, que hubo de pasar un siglo antes, pero cuyos héroes no nombra, aunque toma su relato, segun dice, de un antiguo libro escrito por Hipólito, que fué amigo de los apóstoles.

Una jóven noble y virtuosa vivia en Corinto practicando austeramente el celibato cristiano, y fué denunciada al juez en tiempos de persecucion. Este juez impío tenia un amor inmoderado á las mujeres, y á fin de satisfacer este amor carnal, recorrió con frecuencia á los buenos oficios de los lenones y trujamanes de la prostitucion (*cauponatores*): Estos le habian hecho grandes elogios de la belleza de la vírgen cristiana; el juez la encotró aun mas bella de lo que le dijeron, y no perdonó ya medio para seducir á la jóven, que rechazó sus ruegos lo mismo que sus amenazas.

No pudiendo obtener sus favores ni aun en el dolor de la tortura, el juez indignado hubo de condenar á la vírgen al suplicio de la prostitucion pública, y al efecto la envió á un lupanar, recomendándosela al lupanario.» «Toma esta jóven, le dijo, y págame cada dia tres piezas de oro (*nummos*).»

El lupanario aceptó el trato y procuró sacarle provecho sin tardanza. Por medio de un cartel anunció una nueva prostituta con nombre y precio de oficio, á los libertinos de la ciudad, los cuales acudieron con el bolsillo en la mano á tan grato llamamiento, disputándose indignamente la posesion de aquella virginidad indefensa.

«Escuchad, les dice la pobre jóven, que no puede resignarse á sufrir aquel martirio: es preciso que os revele á vosotros lo que he

ocultando al lenon; pero os ruego que me guardeis el secreto. Tengo una úlcera (*ulcus*) en las pudendas, úlcera pestilente y contagiosa y no quiero que me aborrezcais luego. Dadme algunos dias de tregua y cuando esté curada me abandonaré á vuestra voluntad.»

Todos se retiraron sin querer oir mas, y la vírgen, viéndose por de pronto libre de sus verdugos, rogaba solo á Dios que la pusiera de una vez en salvo, enviándole la muerte.

De repente entró en el lupanar un hombre que parecia demasiado resuelto para que la fábula de la úlcera lo hiciera detenerse en sus designios. La desgraciada vírgen creyó con espanto que era llegado ya el último instante de su pureza. Pero el resuelto jóven no era sino un cristiano piadoso y casto que habia sabido el peligro que corria su hermana en Jesucristo, y formado el proyecto de salvarla, habiéndose hecho paso hasta ella á precio de plata. Cambió, pues, de traje con ella, y tapándose la cara permaneció en el sitio obsceno que la vírgen acababa de dejar.

Cuando se echó de ver la situacion de persona, el cristiano fué condenado á muerte y abandonado á las fieras, ó mas bien, segun un comentador, á todos los horrores de la prostitucion antifísica.

No fueron estas las únicas cristianas que salieron vírgenes del lupanar; la leyenda cita otra que despues de haber prostituido su cuerpo en un lugar de libertinaje, como meretriz que era, encontró su virginidad yendo á la muerte. Esta fué la famosa santa Teodota, aquella cortesana de quien ya hablamos y que sufrió la persecucion hácia el año 249, en tiempo de Filipo emperador.

Cuando el pretor le mandó sacrificar á los dioses, dió esta gran contestacion:

«Basta que sea una prostituta para todo el mundo. Nó, no añadiré ese crímen á mis otras culpas, para poder al menos el dia supremo del juicio alegar el mérito de no haber renegado del verdadero Dios.»

Recluyéronla en prision, donde permaneció veintiun dias sin tomar ningun alimento. Cuando volvió á comparecer ante el juez, dirigió á Jesucristo esta pública plegaria.

«Yo te suplico me absuelvas del crímen en que he caido á instigacion del diablo, pues con razon me llaman *meretrix*. Fortalece mi espíritu y mírame con clemencia, para que ni los mas atroces tormentos puedan hacer flaquear mi corazon.»

El juez procedió al interrogatorio.

—«¿De mi estado? dijo Teodota con cierto orgullo. Soy cortesana, pero de mi religion, cristiana, si es que soy digna de Cristo.

Teodota fué condenada; la multitud le exhorta á sacrificar á los dioses y sus antiguos amantes le suplican salve su vida.

—Colgadla, dijo el juez, y desgarrad sus carnes con peines de hierro.

Teodota lo sufrió todo cantando las alabanzas del Señor. La echaron vinagre y plomo derretido en sus heridas y le arrancaron los dientes: la mártir no dejó nunca de orar en alta voz. En fin para hacerle callar la apedrearon. Los cristianos que enterraron su cuerpo hicieron constar con sorpresa muy natural, que la cortesana era vírgen.

Algunas veces, en vez de enviar á las vírgenes al lupanar y entregarla así al ultraje público, el juez se la entregaba á algun libertino emérito que no la devolvia sino bien deshonrada y buena para el suplicio capital. Así sucedió con Santa Dionisia que compareció ante el procónsul Optimo con tres cristianos mas llamados Pedro, Andrés y Pablo. El procónsul le intimó sacrificar á los dioses, sopena de ser quemada viva.

—Mi Dios es mas grande que tú, contestó la santa, y por eso no temo tus amenazas.

El procónsul no la envió á la hoguera, pero la abandonó á discrecion de dos libertinos (*ad corrumpendam*). Estos se la llevaron á su casa y reunieron sus esfuerzos para hacerle ceder á sus impúdicos deseos: la lucha, aunque tan desigual, duró hasta media noche, sin que los libertinos pudieran triunfar de virtud tan valerosa (*ut ei vim turpitudinis inferrent*). Entretanto su ardor comenzó á enfriarse y el demonio de la lujuria se alejaba de ellos (*marescebat corum cupiditatis libido*).

Por último, un súbito resplandor iluminó el aposento y apareció un ángel que tomó bajo su proteccion á la mártir. Espantados los libertinos cayeron de rodillas á los piés de la triunfante vírgen que los levantó sonriendo.

«No temais, les dijo; éste es mi tutor y custodio y por él acabo de librarme de vuestros ultrajes.»

Los dos paganos hubieron de suplicarle se sirviera interceder por ellos cerca de su divino protector y prometieron convertirse, jurando no atentar ya mas á las vírgenes del Señor.

Podemos creer con certeza que estos atentados contra las vírgenes cristianas tenian lugar especialmente en Alejandría, durante la gran persecucion de Diocleciano. El prefecto de Egipto, llamado Hierocles, hubo de encargar á todos los jueces aplicaran sin escepcion esta pena á todas las mujeres que se llamaban vírgenes por amor á Cristo. Este Hierocles, que los Actos de los mártires llaman con frecuencia Heraclio, se encarnizaba ferozmente contra las pobres mujeres y las entregaba con impía saña á los infames agentes de la prostitucion (*samtas Dei virginis lenonibus tradentem* dicen los Actos publicados por Ruinat, tit. II. pág. 199).

No hay dificultad en creer que en muchos casos el juez no se desdeñaba de ser el mismo ejecutor de sus sentencias. Así obraba el juez Prisco, que hizo mucho mal á los cristianos en la misma época. La leyenda dorada de Santiago Voragine lo representa como un hombre inícuo y libidinoso. Eufemia, hija de un senador, fué á acusarse ella misma ante Prisco y reclamó el favor del martirio quejándose de que no se la persiguiera á pesar de su profesion de fé cristiana.

Prisco la mandó azotar y la encerró luego en una prision, donde se presentó él despues con la intencion de violarla; pero la santa se defendió heróicamente y la gracia de Dios paralizó la lubricidad del tirano. Éste se creyó maleficiado y dió á su intendente el encargo de seducir con halagos, ó vencer con amenazas á la intransigente prisionera; pero el intendente no pudo abrir la puerta del calabozo en la cual se embotaban las hachas, y él fué poseido del diablo, que lo obligó á desgarrarse con sus propias manos.

El juez espuso inútilmente á la vírgen á diversos suplicios que no pudieron quitarle la vida y mucho menos la virgininad. Sin embargo dió órden de entregarla á todos los libertinos que quisieran abusar de ella hasta que muriera; pero los libertinos no osaron luchar contra una maga, y los mas audaces no rebasaron el umbral de la celda en que la santa esperaba su deshonra. Uno de ellos, empero, á quien daba mas aliento su lujuria se atrevió á llegar hasta la santa, y se sorprendió sobre manera al ver á Eufemia rodeada de vírgenes que con ella oraban. El libertino entonces confesó tímidamente su mala intencion y se convirtió al cristianismo.

Eufemia quedó, pues, vírgen, á pesar de los proyectos de Prisco, que quiso verla decapitar y que ni aun tuvo tiempo de descubrir los

misterios de aquel cuerpo sin mancha, porque en el momento en que fué á profanar con sus miradas impúdicas aquella virginidad que la muerte le habia ocultado, fué devorado por un leon escapado, que no dejó ni un hueso del perseguidor de las vírgenes.

«¡Santa vírgen triunfante! esclama San Ambrosio, de quien tomamos este relato; recibiendo la corona de la virginidad, merecíste tambien la palma del martirio.»

Estos ejemplos ganaban á la castidad cristiana todas las almas que arrebataban á la prostitucion y á la impureza del paganismo.

CAPITULO XXXIII.

Los falsos doctoros y las sectas blasfemadoras.—Los nicolaitas.—Atroces preceptos, atribuidos al diácono Nicolás, fundador de la secta.—Los fibionitas.—Los stratióticos, los leviticos y los borboritas.—Abominaciones de estas sectas, descritas por San Epifanio.—Las herejías del cuerpo y las del espíritu.—San Epifanio.—Marcelina.—Los cainitas y los adamitas.—Impurezas corporales á que se entregaban los cainitas.—Ascension de San Pablo al cielo.—Herejía de Quintilla.—Pródico.—Desórdenes monstruosos de los adamitas.—Reforma moral de esta secta, despues de la muerte de su fundador.—Los marcionistas.—Los valentinianos.

Hemos dicho que si la continencia y la castidad de los primeros cristianos era sospechosa á los gentiles, los herejes habian justificado la opinion de los incrédulos á este respecto. Estos herejes parecian haberse tomado la tarea de manchar la moral evangélica y ahogar con la materia la luz espiritual del cristianismo. No eran, sin embargo, paganos disfrazados los que habian penetrado en el santuario de la iglesia de Cristo, para deshonrarla introduciendo en ellas las impurezas del culto idolátrico y las ideas de la doctrina epicúrea y de los antiguos filósofos griegos; eran cristianos iluminados, si puede usarse esta espresion moderna; eran novadores fanáticos que querian hacer servir el poderoso ausiliar de la voluptuosidad al triunfo de una religion enteramente metafísica.

Por espacio de tres siglos el cisma no dejó de reproducirse y trasformarse en el seno mismo de la iglesia naciente, y la prostitucion fué siempre empleada como medio de propaganda y dominacion por aquellas herejías que provenian muchas veces de las creencias y costumbres de la India.

La primera herejía que invadiera el cristianismo se remonta al tiempo de los apóstoles, y se relaciona acaso con las antiguas tradiciones

que el culto de Baal habia dejado en la Judea. La segunda epístola de San Pedro que la cronología cristiana data del año 65, parece referirse á esta herejía que tuvo por fundador á uno de los siete primeros diáconos.

«Ha habido falsos profetas en el pueblo, decia San Pedro, como habrá entre vosotros falsos doctores que introducirán sectas de perdicion y que renegarán de Dios, que los ha rescatado, atrayendo muy luego la perdicion sobre ellos mismos, y muchos imitarán el libertinaje de los malos que blasfemarán de la voz de la verdad.»

San Pedro dice luego que Dios, que desencadenó el diluvio sobre el antiguo mundo sin perdonar mas que á Noé y su familia; que redujo á cenizas las ciudades impías de Sodoma y de Gomorra, arrancando á Lot del impuro contacto de sus habitantes (*á luxuriosa conversatione eripuit*); Dios libraria de la tentacion á los que le honran y se reservará castigar á los pecadores en el dia del juicio. Entre estos pecadores distingue particularmente á los que arrastrados por la carne andan en la concupiscencia de la sensualidad (*qui post carnem in concupiscentia impudicitiæ ambulant*) desprecian toda dominacion, audaces que se complacen en sí mismos y que no temen introducir sectas blasfemadoras.

«Esos hombres, semejantes á los irracionables que corren naturalmente á su perdicion blasfemando contra lo que ignoran, perecerán en su corrupcion y recibirán la recompensa de su iniquidad: ellos, que miran las sensualidades como las delicias del siglo, se arrojan á esas delicias de suciedad y de infamia (*coinquinationis et maculæ deliciis affluentes*) y os prostituyen en sus festines impúdicos; ellos que tienen los ojos llenos de adulterio y siempre ardiendo en el pecado (*oculos habentes plenos adulterii et incessabilis delicti*); ellos que seducen á las almas débiles y que tienen el corazon ejercitado en los deseos, hijos de maldicion, van errando fuera del camino derecho, como Balaam que amó el precio de la iniquidad.»

Se vé en este pasaje bastante confuso que aquellos herejes no se cuidaban de la pureza, pero es difícil hacer constar por el mismo testo de la Vulgata el género de impureza que San Pedro les reprocha. Un comentador dando á esta comparacion de los nicolaitas con Balaam una latitud, que nosotros no apreciaremos, supone que la herejía habia hecho intervenir á la burra en un oficio infame, si puede esplicar-

se en este sentido un versículo que no traducimos por no hacerle decir mas ni menos: *Subjugale mutum animal, hominis voce loquens, prohibuit prophetæ insipientiam.*

Sin embargo si no se trataba de bestialidad en la secta de los nicolaitas, no puede dudarse que la sodonia intervenia en ella bajo el manto de la fraternidad católica. Los Padres de la iglesia que han hablado de los nicolaitas con tanto ardor como indignacion, (San Ignacio *Epist. ad Trall. et ad Philadelph*; San Clemente de Alejandría, *Strom.* 1. *III*; San Ireneo, San Epifanio etc.) no habian visto los principios de esta secta y se atenian á la tradicion oral. Segun muchos de ellos, el diácono Nicolás, á quien San Ireneo califica formalmente de maestro de los nicolaitas, hubo de imaginar su herejía para vengarse de los apóstoles y especialmente de San Pedro, que le vituperaba haber vuelto á tomar su mujer, despues de haberla dejado para guardar continencia. Nicolás, á fin de escusar su flaqueza se puso á enseñar descaradamente que para alcanzar la vida eterna era necesario mancharse con toda clase de impurezas. Los argumentos en que apoyaba esta monstruosa doctrina no amenguaban su responsabilidad: pretendia el heresiarca, que una carne manchada debia ser mas agradable á Dios, porque los méritos del divino Redentor tenian lugar de ejercitarse mas en ella para hacerla digna del paraiso.

Otros Padres se arriesgaron á defender la memoria de Nicolás contra la deshonra de la execrable herejía que bajo su nombre se habia estendido entre los cristianos: declararon, pues, que Nicolás habia vivido castamente bajo el techo conyugal, sin otro comercio que el de su mujer legítima que la habia dado muchas hijas y un hijo: éste fué obispo de Samaria y las hijas murieron vírgenes. En cuanto á los atroces preceptos que se le atribuian, Nicolás no era culpable sino de haber empleado una espresion anfibológica diciendo *abusar de la carne* en vez de decir *mortificar la carne.* Sus discípulos tomaron á la letra esta locucion viciosa y no se privaban, en efecto, de abusar de la carne bajo la responsabilidad del piadoso diácono, que no habló, ni mucho menos con malicia.

No fué esta la única exageracion de la leyenda relativamente á aquel Nicolás, á quien la iglesia debió maldecir muchas veces, á causa de los escesos de sus supuestos secuaces. Refiérese que su mujer era muy bella y que él estaba muy celoso. Los apóstoles le reprocha-

ban sus celos, de tal modo que por sustraerse á sarcasmos perpétuos, hubo de llevar á su mujer á una asamblea de cristianos y la autorizó en alta voz á tomar por marido al que le agradara. La leyenda no dice mas, y no se sabe si la mujer de Nicolás aprovecharia la autorizacion.

Sea de esto lo que quiera, se vió en la conducta del diácono una escitacion al libertinaje y una indulgencia plenaria, concedida á los deseos sensuales: Los primeros nicolaitas no se entretuvieron en relacionar con los dogmas su herejía licenciosa; no cambiaron nada de la enseñanza cristiana, sino que predicaron de ejemplo el olvido de todo pudor sexual.

Mas tarde, para justificar su separacion de la iglesia, combatieron la divinidad de Jesucristo y sostuvieron que las mas torpes sensualidades eran buenas y santas, toda vez que el Hijo de Dios habria podido aprobarlas, tomando como tomó un cuerpo terrestre y sensible.

Muy luego, sin abandonar sus prácticas obscenas, se aproximaron á los gnósticos y se confundieron con ellos formando nuevas sectas bajo los nombres de fibionitas, estracióticos, levíticos y borboritas.

Estas nuevas sectas, y cuyas abominaciones describió San Epifanio á fines del siglo cuarto, tenian todas el mismo objeto, á saber: la satisfaccion de los apetitos carnales y el retroceso á los instintos de la naturaleza. Se perpetuaron secretamente hasta el siglo XII en que procuraron salir de la oscuridad recayendo en ella para siempre.

Las herejías de los primeros siglos se dividian, por decirlo así, en dos clases distintas: las del cuerpo y las del espíritu. Estas últimas, entre las que basta nombrar las de Sibilio, Eutiches, Simmaco y Joviniano, no se interesaban sino en cuestiones de filosofía religiosa y metafísica abstracta perdiéndose generalmente en sutilezas relativas á la divinidad y á la mision de Jesucristo. Las herejías del cuerpo, unian á ideas mas ó menos ingeniosas ó estravagantes, como medio ó como fin, un gran desbordamiento sensual. El gnosticismo, emanado de las religiones asiáticas vino á adherirse á todos los ramos de la religion cristiana, sofocándolos con sus ramas parásitas, llenas con frecuencia de veneno y de escándalo. La doctrina mas comun entre todos los herejes era la comunidad de mujeres y la promiscuidad de sexos. Los carpocratenses y los valesianos profesaban esta doctrina hácia principios del siglo segundo. Carpócrates que habia estudiado en

la escuela pagana de Alejandría no era realmente, sino un discípulo de Epicuro, bien que él se titulara cristiano. Consideraba á Jesucristo como un filósofo epicúreo que se habia puesto en comunicacion con Dios y que habia vencido á los demonios creadores del mundo. Habiendo sido estos demonios encerrados en los infiernos, el mal no existia ya sobre la tierra, y todo lo que podia hacer el hombre, siguiendo la máxima del Evangelio de no hacer á otro lo que no queramos se haga á nosotros mismos, todo era lícito y estaba autorizado.

Bien se comprende que semejante precepto no dejaba subsistente nada de la continencia cristiana, y que los carpocratenses abusaban de sí mismos y de los demás en interés de sus brutales pasiones. El pudor, ese noble instinto que distingue al ser inteligente de los irracionales, fué suprimido por sus sectarios que lo negaban considerándole injurioso á la divinidad.

Carpócrates no llevó consigo al sepulcro su herejía: Epifanio su hijo, que habia aprendido igualmente la filosofía epicúria y platónica en las escuelas de Alejandría, tuvo tiempo de completar el sistema filosófico de su padre, aunque murió á los diez y ocho años sosteniendo que las mujeres fueran comunes entre los carpocratenses y que ninguna de ellas podia negar sus favores, á quien en virtud del derecho natural se les pidiera. Epifanio fué considerado como un Dios y se le erijió una estátua en Samos, ciudad de Cefalonia.

Una mujer de esta secta, llamada Marcelina, fué á Roma por los años de 160 y hubo de hacer en ella muchos prosélitos con el sudor de su cuerpo. En los agapes ó comidas nocturnas era donde los carpocratenses y epifanienses cometian sus infamias: comian y bebian con poca sobriedad, y concluida la cena, y dadas las gracias, el rey del festin gritaba por tres veces:

«¡Léjos de nosotros las luces y los profanos!»

Apagábanse pues las luces, y lo que entonces pasaba en las tinieblas sin distincion de sexos, de edad ni parentesco, no debia dejar huella en la memoria, y representaba á los ojos de los doctores de la secta la imágen confusa de la naturaleza antes de la creacion.

Los Padres de la iglesia, San Epifanio especialmente (*Haer*.27) tronaron contra las misteriosas prostituciones de estos herejes que tomaron por su cuenta al parecer la deshonra del nombre cristiano; pero los sectarios de Carpócrates y Epifanio eran santos en compara-

cion de los cainitas y adamitas que el siglo segundo vió multiplicarse en el seno de la iglesia con espantosa emulacion.

El nombre del fundador del cainismo no es conocido, pero hay motivo para suponer que era uno de los audaces gnósticos que no temian halagar las mas perversas inclinaciones de la humanidad para fundar una dominacion impura sobre un crédulo rebaño de esclavos. Los cainitas tenian por dogma la reabilitacion del mal y el triunfo de la materia sobre el espíritu. Interpretaban, pues, á su gusto los libros santos y honraban como víctimas injustamente sacrificadas los mas execrables tipos de iniquidad humana, marcados con el sello de la reprobacion divina, desde Cain hasta Judas Iscariote. Cain sobre todo tenia el triste honor de escitar al mas alto grado la admiracion de estos sectarios, justificando así la muerte de Abel.

Reconócese en esta odiosa doctrina una inspiracion del arimanismo pérsico, aplicado á la lectura de la Biblia y de los evangelios. Sus secuaces se gloriaban de imitar los horrorosos vicios que atribuian á Cain y que encontraban con júbilo en los habitantes de Sodoma y de Gomorra; protestaban de la destruccion de estas ciudades malditas y se lisonjeaban de poder reedificarlas un dia bajo los auspicios de Cain que personificaba para ellos el principio del mal ó el Arimanes de Zoroastro.

Los Padres de la iglesia se engañaron acaso, acerca de la herejía que combatian y que conocian á fondo, porque es difícil creer que semejantes torpezas hayan tenido pública aceptacion y se hayan producido bajo el imperio de una creencia cristiana. Los cainitas no negaban la divinidad de Jesucristo y su obra de redencion. Pues ¿cómo conciliar esta creencia con el culto del mal y de la abominacion?

«No habia impureza corporal con que no se mancharan, dice Bayle, que no hace mas que analizar los escritos de Tertuliano, de Teodoredo, de San Ireneo y de san Epifanio, ni crímen en que no hallaran derecho de participacion; pues segun sus abominables principios, el camino de la salvacion era diametralmente opuesto á los preceptos de la iglesia. Se imaginaban que cada sensualidad estaba presidida por algun génio; y por eso cuando intentaban alguna accion deshonesta, invocaban nominalmente al génio que inspiraba y protegia aquella deshonestidad.»

Esta definicion del culto de los cainitas prueba que estos sectarios

no habian desterrado aun sus hábitos de idolatría pagana, habiendo solo reemplazado los dioses con génios. Sus libros se perdieron absolutamente, y es de sentir sobre todo su famosa *Ascension de san Pablo al cielo*, especie de Apocalipsis en que la vision de san Pablo hubo de revelar á estos herejes la mas absurda teoría de impurezas.

Sea lo que quiera, no puede dudarse de que los cainitas hayan sido mas ó menos dados á los vergonzosos estravíos del amor antifísico, y por atraer á las mujeres á esta secta que los despreciaba, una mujer llamada Quintilia hubo de crear una herejía en la herejía misma, predicando un cainismo para el uso de las mujeres. Este cainismo, menos infecto que el de Sodoma, descendia de Safo en línea recta, pero sin duda figuraba tambien en el maravilloso libro de la vision de san Pablo. Gracias á Quintilia, que no era quizás sino una cortesana, esta subsecta tuvo gran aceptacion en Africa, especialmente en Cártago, donde llegó á echar hondas raices.

Los adamitas hacian subir su doctrina al primer hombre por no tener nada que ver con los cainitas; pero el primer hombre no separaba la mujer como los herederos de Caín y de Safo. El fundador de esta secta fué un llamado Pródico, que habia sido carpocratense, pero que no aprobaba el misterio que Carprócates habia impuesto al acto carnal. Segun Pródico, lo que era bueno en las tinieblas no podia ser un mal á la luz del dia, y en este sentir tuvo la audacia de prescribir «cópulas públicas entre los dos sexos,» como ha traducido Bayle el testo de Teodoredo (*publice scortari*).

San clemente de Alejandría imputa las mismas infamias á la secta de Carpócrates, quien debió establecer sus prescripciones para *perros*, *cabrones* y *puercos*.

La iniciacion de los adamistas tenia lugar en uno de aquellos agapes en que los herejes libidinosos abrian espacio á sus detestables misterios. Pródico cambió alguna cosa en favor de las uniones formadas al azar y repetidas sin eleccion en la oscuridad que igualaba las edades y las clases. Teodoredo (*Heret. Lib. II* y *V*) refiere que Pródico, descontento de las decepciones en aquellas tenebrosas orgías, invitó á los que celebraban los agapes á precaverse de antemano y á concertarse entre sí, de manera que el consentimiento y el acuerdo de ambas partes determinaran su encuentro y union carnal en el momento en que las luces se apagaran.

Las condiciones, pues, de aquellas tenebrosas torpezas se ajustaban por simpatías ó interés antes de que se reunieran los sectarios al rededor de la mesa carpocrática. Teodoredo se apoya aquí en el testimonio de San Clemente de Alejandría (*Strom. Lib. III*) que habla en efecto, de aquellas convenciones impúdicas, tomadas de las costumbres conviviales de la Roma pagana, porque Horacio en una de sus odas (*Lib. III*,6) indica los adulterios que se cometian así, de inteligencia con el marido, avinado y casi á su misma vista, cuando se apagaban las luces y se daba rienda suelta á la sensualidad:

Mox juniores quærit adulteros
Inter mariti vina: neque eligit
Cui donet impermissa raptim
Gaudia, luminibus remotis;
Sed jussa coram non sin conscio
Surgit marito: seu vocat institor,
Seu navis Hispanæ magister,
Dedecorum pretiosus emtor.

Vése por esta cita que los paganos y el mismo Horacio eran verdaderos carpocratenses, sin saberlo; de donde resulta que aquellos no eran mas que paganos mal convertidos. Por motivar sus monstruosos estravíos, Pródico sostenia «que las almas habian sido enviadas á los cuerpos no para ser castigadas, sino para que por todo género de sensualidades rindieran homenaje á los ángeles ó á los génios, que habian creado el mundo.» Además habia querido, por un sacrilegio detestable, representar la union mística de los hermanos en Jesucristo, en el ayuntamiento carnal del hombre y la mujer. Se les debe agradecer, sin embargo, que á ejemplo de los cainitas no santificara las costumbres de Sodoma ni intentara destruir la humanidad en su cuna.

Sin embargo, despues de Pródico que vivia en 120, los adamitas sufrieron una reforma, cuyo autor es desconocido: consagráronse á la continencia y á la virginidad, bien que abusaran de la imitacion de su patrono hasta el punto de querer volver al estado de desnudez del primer hombre. Los Santos Padres no nos dan la razon de esta estraña herejía, y estamos reducidos á conjeturas que nos llevan á creer

que los adamitas, adoptando por traje la desnudez para sus ceremonias secretas, sino para los ritos públicos del culto, habian tenido la intencion de recordarse mútuamente la inocencia del hombre antes del pecado de Adan.

Se reunen, dice San Epifanio, tan desnudos como estaban al salir del vientre de su madre y en este estado hacen sus lecturas, sus oraciones y demás ejercicios de religion.»

San Agustin repite casi testualmente las palabras de San Epifanio:

«Así hombres y mujeres, dice, se reunen desnudos y desnudos celebran los sacramentos. (*Nudi itaque mares feminæque conveniunt: nudi lecciones audiunt, orant, nudi celebrant sacramenta*).»

A pesar de esta delicada prueba de su continencia estos adamitas permanecian castos, ó al menos no llegaban jamás á los goces de la carne; pero no conservaban el pudor de los ojos, y el espectáculo de todas estas desnudeces manchaban su pensamiento haciéndoles mas difícil defenderse del aguijon de la concupiscencia. Pero San Epifanio y San Agustin dicen espresamente que resistian á aquella contínua provocacion de la lujuria y que concluian por mirarse como cosas inertes.

Sin embargo, San Clemente de Alejandría que se obstina en ver á los imitadares de Pródico en los herederos de su herejía, los acusa siempre de conocerse carnalmente en las tinieblas, despues de sus impuros agapes. No osaremos pronunciarnos entre opiniones tan opuestas, en pró ó en contra de los adamitas; pensaremos, sin embargo, que estos sectarios, que no eran mas que gnósticos de una especie particular, se conducian en sus asambleas nocturnas tan honestamente como se los permitia la desnudez de que hacian alarde en honor de Adan y Eva.

Esta desnudez alegórica vino á ser todavía para ciertos adamitas de ambos sexos una condicion normal de la vida ascética. Desnudos completamente ó con un ceñidor á lo mas, iban á ocultarse por grupos ó aisladamente al fondo de los bosques ó de los desiertos; huian á la aproximacion de algun sér humano que se distinguiera de ellos por el vestido, se creian ó afectaban creerse vueltos á las primeras edades del mundo en que el hombre hacia la vida de los animales.

Esta vida bestial debia producir con frecuencia entre aquellos se-

res degradados un olvido completo de su sexo y un aniquilamiento de sentidos. Así cuando á veces volvian á la sociedad de sus semejantes sin consentir tampoco en vestirse en público, afectaban no pertenecer á ningun sexo y parecian insensibles á la vista y al tacto de la carne.

«Son hombres con los hombres, dice San Clemente de Alejandría, mujeres con las mujeres, queriendo ser de los dos sexos.»

Esta frase complementaria implica acaso un sentido bien diferente del que Evagrio ha creido deber adoptar refiriendo este hecho singular. (*Hist. eccles. Lib. I. cap.* 21.) En efecto seria preciso comprender mas bien que aquellos sátiros, digámoslo así, se entregaban á todos los estravíos lúbricos sin distincion de sexos ni personas. Así es al menos como los adamitas se perpetuaron á través de los siglos hasta el décimo sesto en que aparecieron por la última vez, como no quiera reconocérseles aun en los convulsionarios del siglo décimo octavo.

Aquellos escesos de sensualidad que los heresiarcas cubrian bajo el manto de la nueva fé, debian necesariamente producir en sentido contrario escesos de continencia y de ascetismo. Al gnosticismo le tocaba siempre tomar una forma cristiana y crear un nuevo foco de herejía. Viéronse entonces nacer sucesivamente muchas sectas gnósticas que se condenaban á estrañas esclavitudes de castidad: unas por imitar á Jesucristo que murió vírgen; otras por acercarse lo posible al estado del hombre en el paraíso; estas por matar el pecado, matando tambien la humanidad, esto es no perpetuándola; aquellas por sustraerse al imperio del demonio encarnado en la mujer.

Los encratitas ó continentes, los marcionitas y los valentinianos se hicieron conocer casi al mismo tiempo, á mediados del siglo segundo por su exageracion de castidad. El fundador de la secta de los marcionistas, Marcion hijo de un piadoso obispo de Sinope en Paflagonia, no habia sido al principio un modelo muy edificante de la continencia que predicara mas tarde con tanta autoridad como San Pablo, pues comenzó sus actos de heresiarca por una fornicacion que no pudo conseguir le absolviera su padre, y hubo de vengarse de esta excomunion llevando la perturbacion al seno de los ortodoxos. Despues de haber corrompido á una jóven, se salió en cuerpo y alma con otra mujer que le ayudó en su apostolado de herejía. Solo admitia en su doctrina el celibato y la continencia absoluta entre los cristianos, y no bautizaba

mas que á aquellos que hacian voto de conservar su pureza carnal y espiritual. Sin embargo, hallaba bien que los sodomitas hubieran sido librados del infierno por los méritos del Redentor, y aseguraba que no habiendo de resucitar los cuerpos, su mancha no alteraba las almas que llegaban á la presencia de Dios, purificadas por la muerte.

Los marcionistas no huian de la sociedad de las mujeres, cuando creian haber domado la carne; estas podian administrar el bautismo y decir misa, con tal de que tuvieran las manos puras y las almas cándidas. Marcion, á imitacion de los principales gnósticos, reconocia en la naturaleza la existencia de dos principios, uno bueno y otro malo, eternamente en guerra; atribuia á la continencia el poder de combatir y de vencer todas las tentaciones del demonio, que tenia su fuerte en la cabeza de la mujer. Esta herejía, á pesar de las privaciones, que imponia á sus adeptos, hizo tales progresos en todo el imperio, que Constantino el grande hubo de publicar un edicto contra los marcionistas en 326, y que cerca de un siglo mas tarde, Teodoredo obispo de Tiro convirtió mas de diez mil en el curso de su episcopado.

Valentin, que vivió en el mismo tiempo que Marcion, fué mas versado que él en las abstracciones de la filosofía nóstica y platónica, pero como él y como muchos filósofos de Alejandría, juzgó útil poner al hombre bajo el yugo de la continencia. Sus oscuras teorías religiosas no se dirigian, por otra parte, sino á las mas altas aspiraciones del espíritu, que se despojaba del cuerpo como de un peso inútil.

Los valentinianos, que evitaban con cuidado la escitacion de la lujuria, mortificaban el cuerpo de manera que no le dejaran el libre uso de sus facultades: no bebian vino, ayunaban, dormian poco y sobre duro, no fijaban sus miradas en los objetos esteriores, y solo tendian á perderse en las nubes de la metafísica.

Con todo eso se les acusó de desórdenes que hubieran sido superiores á sus fuerzas, si estos mismos desórdenes no hubieran sido contrarios á la esencia misma de su doctrina.

Los marcionisos eran, por decirlo así, séres casi etéreos é inteligencias inmateriales en aquel comercio habitual con los génios, que ellos inventaron como intermediarios entre el hombre y la divinidad. Esto no obstante, es muy posible que la mística prostitucion de los íncubos y súcubos que con tanta frecuencia manchaban el lecho mas casto en la edad media, naciera de la herejía de los marcionitas.

Los encratitas ó continentes no fueron menos severos que los marcionitas, por lo que hace al pecado de la carne, y sacaban su orígen de las epístolas de San Pablo esplicadas por Tatiano, discípulo de San Justino. Tatiano hizo un dógma de las repugnancias de San Pablo al matrimonio; condenó este sacramento como una conjuncion detestable, y ordenaba el celibato como un medio de llegar á la vida angélica. Era el abuso de una fé viva é impaciente, porque Tatiano se proponia traer á la tierra la perfeccion de los escogidos del paraiso.

Los sectarios de este heresiarca llevaron hasta la locura esta pasion de continencia; ellos solos se creian puros y perfectos entre los cristianos, y hacian tal uso del agua interior y esteriormente como símbolo de ablucion, que fueron denominados *hidroparastates*.

Los valesianos que, solo escitaron la curiosidad hácia los años de 240, llevaron aun mas léjos el culto de la pureza corporal, porque su fundador el árabe Valesio, inspirándose en el sacrificio que Orígenes hiciera de su sexo, se persuadió que la verdadera castidad no podia residir sino en una naturaleza mutilada: en su virtud declaró que para aniquilar el pecado de la incontinencia, era preciso destruir su causa, y él mismo por su parte no tuvo ningun sentimiento en separarse de aquella peligrosa virilidad que lo habia inducido á pecar y habia hecho pecar á otros. Sus discípulos no se apercibieron de que no hacian mas que entrar en concurrencia con los sacerdotes de Cibeles; y no contentos con entregarse ellos al hierro del castrador, se consagraban con una especie de frenesí á la propagacion de su cruel herejía. Siempre iban armados de un cuchillo cortante y agudo, semejante al que usaban los cirujanos para mutilar á los esclavos destinados á la condicion de eunucos ó al oficio de espadones, y sin interrumpir sus oraciones mentales andaban siempre buscando con mirada siniestra una víctima de su celo religioso. No encontraban ciertamente muchos prosélitos que consistieran voluntariamente en el sacrificio, pero ellos no reparaban en medios y usaban de violencia para conquistar cuerpos á la castidad valesiana, mutilando cruelmente á cuantos cristianos ó gentiles hallaban á mano. En la Judea principalmente fué donde estos frenéticos herejes, que por lo demás seguian los sentimientos de los gnósticos, acometieron á los pobres pecadores bajo pretesto de hacer ángeles en la tierra.

Pero estos gnósticos no eran todos tan radicalmentre enemigos de

la carne. Bajo el nombre de maniqueos proclamaron al contrario con ódio al matrimonio, el libre y absoluto ejercicio de todas las facultades sensuales.

Los maniqueos, que llegaron á balancear la preponderancia de los verdaderos cristianos en el cuarto siglo, y que se deslizaron hasta nosotros, á través de las rudas guerras que la iglesia les hiciera, intentaban establecer, si hemos de atenernos á los Padres y á los concilios, el culto de los sentidos y fundar la prostitucion religiosa en lugar del Evangelio y del culto del espíritu.

El autor de esta misteriosa herejía fué un persa llamado Manes, que espuso su estraña doctrina en libros, donde sus discípulos bebieron el principio de todas las impurezas. Penoso es creer lo que San Agustin refiere de este sistema herético, acerca de la salud de las almas separadas del cuerpo. Segun este sistema, Dios hubo de construir una gran máquina compuesta de doce naves aéreas que estaban contínuamente cargadas de almas, y que las trasportaban por los espacios aéreos á la luna y al sol; pero este viaje se realizaba bajo estraños y aun estravagantes auspicios. Habia en las naves vírgenes divinas que tomaban la forma del hombre para dar amor á las mujeres, y la forma de la mujer para escitar los sentidos de los hombres: por manera que las almas de los dos sexos no cesaban de purificarse en aquella misteriosa conjuncion, segun los maniqueos, durante la emocion de la lujuria, se desprende la luz de las sustancias tenebrosas de la materia y sube hácia la divinidad (*ut per hanc illecebram, commota eorum concupiscentia, fugiat de illis lumen, quod membris suis permixtum tenebant.*)

Cuando los maniqueos subieron la prostitucion á las esferas celestes, claro es que no la miraban con malos ojos en la tierra. Así, pues, consideraban el acto venéreo como una obra santa, pero á condicion de que la santidad del acto no se comprometiera ó aniquilara por el matrimonio ó por la concepcion. *Et si utuntur conjugibus*, dice San Agustin. (De hæresitas, cap. 46) *conceptum tamen generationemque devitant, ne divina substantia quæ in eos per alimenta ingreditur vinculus carneis ligetur in prole.* Era un increible estravío ver en la generacion de los hijos una disminucion de sustancia divina, que cada uno se incorporaba por la nutricion. Con ideas tan monstruosas, los maniqueos estaban convencidos anticipadamente de todas las torpezas que

se les imputaban, y fueron perseguidos por los cristianos, como éstos lo habian sido por los paganos.

«Como creian que el espíritu venia del buen principío, dice Maimbourg en su *Historia de San Leon*, y la carne ó el cuerpo del malo, enseñaban que se le debia aborrecer y deshonrarlo de todas las manemaneras posibles, y bajo este infame precepto no hay género de obscenidad ni torpeza que no se mancharan en sus asambleas.

No hay, sin embargo, una razon suficiente para dar fé á la horrible y repugnante práctica de que los acusa San Agustin, al decir que mezclaban con sus hostias y alimentos, semen humano.

«Qua ocasione, vel potius execrabilis superstionis quadam necesitate coguntur electi eorum, velut eucharistiam conspersam cum semine humano sumere, ut etiam inde, sicut de aliis libis quos accipiunt, substantia illa divina purgetur... Ac per hoc sequitur eos, ut sic eam et de semine humano, quam admodum de aliis seminibus, quæ in alimentis sumunt, debeant manducando purgare.»

¿No es evidente que la prostitucion estaba en todas partes donde no estaba el cristianismo del Evangelio?

CAPITULO XXXIV.

La prostitucion religiosa y la prostitucion hospitalaria en el cristianismo.—Los eremitas las vírgenes y los primeros monjes.—Cuadro de los sufrimientos físicos á que se sometieron los Padres del desierto.—Las mujeres eremitas.—Leyenda de San Arsenio y de la patricia romana.—El jóven solitario y el patriarca.—El eremita y su madre.—Leyenda popular de San Barlaam y del rey Josafat.—El demonio de la lujuria.—Leyenda de un viejo eremita que tuvo que combatir á este demonio.—La prostitucion hospitalaria en los agrapes nocturnos y en medio de las soledades católicas.—Los monjes errantes.—Los sarabaitas.—Conducta impudente de estos monjes disolutos.—Costumbres relajadas en ciertas abadías de mujeres.—La prostitucion sagrada en el culto de las imágenes.—Los santos apócrifos.—Cultos obscenos tributados á ciertos santos hasta la revolucion francesa por las mujeres estériles, los maridos impotentes y los maleficiados.—Leyenda de San Guignolet.—El ojo de Isis y el ganso de Priapo.—Estátua inocente de San Guignolet en Montreuil de Picardia.—San Paterno.—San Guerlichon.—San Gil.—San Renato.—San Proyecto. —San Arnaldo.—Vestigios del paganismo en el culto cristiano.

Cuando el cristianismo estaba en lucha con la prostitucion pagana, halló, pues, en su propio seno, indignos adversarios, que se esforzaron en mancharlo con las mas abominables torpezas. Estos adversarios eran suscitados á veces por las religiones profanas, heridas por la fé de Cristo en sus mas hondas raices, afectas á las pasiones sensuales, á cuyo ardor se habian engendrado los dioses mitológicos; á veces tambien los heresiarcas mas temibles no eran sino catecúmenos ignorantes ó diáconos de buena voluntad exaltados por las austeridades, la oracion y la soledad. Hé aquí como una continencia escesiva podia producir una escesiva impureza: hé aquí como cristianos, mucho tiempo castos y virtuosos, se dejaban llevar á aberraciones criminales que los mismos gentiles no se hubieran permitido.

El principio de la castidad del alma y del cuerpo era la mayor fuerza de aquella nueva ley que habia hecho esclavos sumisos con solo hacer prosélitos. Los doctores y Padres de la iglesia no cesaron,

pues, en ningun tiempo de perseguir y condenar al paganismo en su obra de prostitucion religiosa y legal. Pero ¡cosa estraña! mientras que el cristianismo naciente hacia esta guerra infatigable á las doctrinas y actos de la iniquidad, no echaba de ver que la prostitucion sagrada y aun la prostitucion hospitalaria, aquellas dos hermanas tan viejas como el mundo, osaban ya aparecer bajo un disfraz cristiano que cambiaba completamente su carácter y disimulaba su orígen primitivo. Gracias á este disfraz, bajo el cual no se las reconocia, bien que se declararan bastante en sus actos, ocuparon como parásitas el lugar que la herejía les conquistara y que la moral religiosa no consiguió desalojar sino muy tarde, purificando todo lo que tenia señal de su contacto.

En la vida ascética de los eremitas, de las vírgenes y de los primeros monjes fué donde la prostitucion hospitalaria, esa forma sencilla de la prostitucion religiosa, procuró lo menos probar que habia existido en circunstancias análogas. Solitarios de uno y otro sexo habian roto violentamente con el siglo y se retiraron á lo largo del Jordan y á los desiertos de la Tebaida para hacer allí una vida contemplativa y penitente, léjos de ocasiones de pecado, leon terrible que los espantaba mas aun que las leones de aquellas vastas soledades. Muchos años de esta existencia laboriosa y salvaje eran menester para domar el demonio de la carne, para apagar el fuego de las pasiones, para que el espíritu se hiciera definitivamente dueño del cuerpo. Durante estos años de lucha y prueba en que las rebeldías de la carne amenazaban sin cesar romper todos los vínculos de la continencia, el alma tenia horas de duda y de flaqueza, intérvalos de vértigo y de fiebre. Entonces voluptuosas alucinaciones vagaban en torno de aquellas pobres víctimas del tentador; el santo varon ó la mujer santa no tenia ya conciencia de su individualidad ni de su estado: la celda estrecha y desnuda, la cueva fosca y fria, la choza miserable abierta á la intemperie se trasformaba á la vista de quien la ocupaba en un palacio sahumado de embriagadores perfumes, lleno de armonías de estraña y dulce música, resplandeciente de vascs de oro y plata, de ricos tapices y cogines, y provisto de regalados manjares y vinos deliciosos.

Por lo comun la oracion triunfaba de aquellos lazos y artificios del infierno y el soplo de Dios desvanecia la nube fascinadora; pero en

aquellos momentos difíciles, en aquellas noches de febril insómnio, en aquellos dias de involuntario retroceso á las cosas de la tierra, si de repente un viajero estraviado penetraba en el asilo de la vírgen, si una mujer, una cristiana ávida de consuelos místicos aparecia de improviso á la vista de la anacoreta como la vírgen delirante, el anacoreta y la vírgen podian creerse aun en los antiguos tiempos bíblicos é inclinarse amorosamente ante el huésped divino que el cielo les enviaba. Y si á esto ayudaba el diablo, la prostitucion hospitalaria volvia á tomar su imperio, dejando luego en lágrimas de arrepentimiento á la frágil virtud que habia engañado con las ilusiones de la ciencia y las vanidades del mundo. Pasaran ó nó por ángeles los hermanos que visitaban á los solitarios ¿no era una acasion de pecado el deber de la hospitalidad?

Leyendo las vidas de los Padres del desierto, se vé en cada página cuál era el poder de la carne sobre aquellas naturalezas enérgicas, agotadas por el ayuno, las maceraciones y sufrimientos físicos, pero exaltadas por el terror del pecado y la impaciencia de la perfeccion espiritual.

«¡Ah! Dios mio! esclama San Jerónimo, el modelo de los anacoretas; cuántas veces, cuando yo estaba en aquella soledad abrasada por los ardores del sol, creía hallarme aun en medio de las delicias y diverciones de Roma! Mis lánguidos miembros causaban horror, aun dentro del saco que los cubria, y mi piel estaba ya tan negra como la de un etíope. Y no hacia mas que llorar y gemir; no dormia, y si alguna vez el sueño me abrumaba y cerraba mis ojos, á pesar de todas mis resistencias, me echaba sobre la dura tierra, mas bien para quebrantar mis huesos que para darles reposo. Nada digo de mi alimento, pues los solitarios, sea cualquiera su languidez, solo beben agua fria y fuera un esceso comer un alimento cocido. Y yo que me hallaba en tal estado y que me habia condenado voluntariamente á estas penalidades por el temor que tenia al infierno; yo que no tenia mas compañía que los escorpiones y las fieras; yo me imaginaba á veces estar acompañado de mujeres!

Mi rostro estaba macilento á fuerza de ayunos; mi cuerpo frio y seco, y sin embargo sentia ardores impuros que hacian renacer mi concupiscencia abrazando una carne medio muerta. ¡Cuántas veces me prosterné á los piés del Hijo de Dios para rociarlos con mis lágri-

mas y enjugarlos con mis cabellos! ¡Cuántas veces pasé semanas enteras luchando por domar las rebeliones de la carne! ¡Cuántas veces pasé los dias y las noches gritando contínuamente y golpeando mi pecho hasta que podia conseguir la tranquilidad!

»Tenia horror á mi celda, como si ella hubiera conocido mis impuros pensamientos, y me iba, enojado conmigo mismo, á los desiertos mas salvajes. Si veia alguna roca horrible, alguna caberna tenebrosa, alguna montaña muy escarpada, allí buscaba yo un asilo para ofrecer á Dios mis oraciones y dar al aire mis gemidos.

»En fin, Dios que escuchaba mis suspiros y veia mis lágrimas, despues de haber visto mis ojos fijos en él mucho tiempo, me ponia luego en tal situacion de espíritu, que me parecia estar de repente en compañía de ángeles y en mis trasportes de júbilo esclamaba: Corria, señor, detras de tí para aspirar el suave olor de tus perfumes.»

Este pasaje, que hallará su análogo en las confesiones de todos los padres del desierto, basta para iniciarnos en la naturaleza de las tentaciones diabólicas que asediaban á aquellos santos personajes. Harto se esplica la provocadora influencia que debia ejercer la vista de una persona de distinto sexo en un espíritu torturado por la concupiscencia y en una carne irritada por las privaciones.

Ya hemos visto al abad Zózimo persiguiendo en las arenas de Egipto á una criatura desnuda, abrasada y ennegrecida por el sol, la que no era otra que la famosa pecadora María la Egipciaca. Habia en Africa en el Asia Menor una multitud de mujeres eremitas que se consagraban á la vida monástica y que no escapaban sin combate á las terribles emociones de la carne; lo que hacia decir á San Gerónimo, testigo, juez y parte de estas violencias tiránicas: Yo pongo la virginidad en el cielo y no me jacto de tenerla.

La historia de los Padres recogida y escrita por él está llena de narraciones singulares, que nos presentan á los solitarios de ambos sexos en comunicacion permanente con séres que les vienen del cielo ó del infierno para fortalecerlos ó para tentarlos. Sin ofender el carácter religioso y tierno de estas estraordinarias relaciones, puede suponerse tambien que la frecuentacion de los dos sexos en el fondo de las soledades pobladas de celdas habitadas, debia enjendrar muchos abusos bajo el punto de vista de las costumbres, si se tiene en cuenta el fuego de pasiones que el retiro, el silencio, el ayuno y el insómnio

desarrolla en una alma ardiente y fanática. La sumision de los sentidos era con frecuencia empeño superior á las fuerzas humanas, y el demonio á quien se atribuian estos raptos de lujuria, venia en ayuda á todas las turbaciones del espíritu y á todas las rebeldías de la carne.

San Arsenio que vivia completamente desnudo en el desierto, y que se nutria de yerbas como los animales, huyendo á la aproximacion de sus semejantes, encontró un dia á la puerta de su asilo una matrona, ya de edad, á quien la devocion habia encaminado cerca de él.

—Si quieres ver mi rostro, le dijo con indignacion, mira.

Pero la mujer no osó mirar y permaneció prosternada ante el solitario.

Ahora volverás á Roma, repuso tristemente el santo anacoreta y dirás á otras mujeres que me has visto y vendrán tambien á verme.

—Con la gracia de Dios, contestó la matrona entristeciéndose en la tristeza del santo, no permitiré que ninguna mujer venga aquí.

—¡Pido á Dios borre, ó mujer, tu recuerdo de mi corazon! murmuró el anacoreta.

Aquella mujer volvió de su visita al desierto con fiebre y amargura y hasta con deseo de morirse.

—¿No sabes, le dijo un prelado que la consolaba, no sabes que eres mujer y que el demonio emplea á la mujer para vencer al solitario? Eso ha hecho que Arsenio te hable con tanto despego, pero ten la seguridad de que ruega por tu alma.»

La dama consintió ya en vivir.

El legendario que cuenta esta melancólica aventura, el sencillo Santiago Boragine, añade otros dos ejemplos que prueban la fragilidad humana, aun en la entera naturaleza de aquellos hombres de Dios.

Un jóven solitario decia á un patriarca cuyo discípulo era:

—Ya eres viejo, acerquémonos un poco al mundo.

—Vamos donde no haya mujeres, hubo de cantestarle el anciano.

—Solo en el desierto evitaríamos el peligro de encontrarlas.

—Llévame, pues al desierto.

Otro Padre, para ayudar á su madre, ya vieja, á pasar un rio, se cubrió las manos con su capa.

—¿Por qué te cubres las manos, hijo mio? le preguntó la vieja.

—El cuerpo de la mujer es de fuego, respondió el santo varon, ahuyentando al demonio con signos de cruz.

—Pero soy tu madre.

—Pero tu contacto, madre mia, me recordaba la carne de otras mujeres.

El papel que hacia el demonio para tentar á los santos por medio de la carne se puede ver en la leyenda popular de San Barlaam y del rey Josafat, leyenda que inspiró muchas veces la epopeya romancesca de la edad media en todas las lenguas.

Barlaam convirtió á Josafat, hijo de un rey idólatra, á quien la leyenda llama por alegoría sin duda el rey *Porvenir*. Este rey se aflige viendo su hijo hecho cristiano y se esfuerza por atraerlo de nuevo á la religion de los dioses falsos. El mago Teodas aconseja al rey alejar á su hijo de todos los hombres y darle para su servicio solo mujeres, bien adornadas y seductoras. Yo enviaré, le dice, yo enviaré cerca de él uno de los espíritus que tengo á mis órdenes á fin de empujarlo á la lujuria, pues nada hay mas propio que la figura de las mujeres para seducir á los jóvenes.

En virtud de este consejo, el jóven cristiano fué encerrado en medio de una multitud de bellísimas mujeres, que sin cesar lo provocaban el pecado, y el maligno espíritu enviado por el mago se apoderó de Josafat con tanto imperio, que éste hubiera sucumbido si el Dios de los cristianos no hubiera venido en su ayuda. El jóven príncipe resistió, pues, á la tentacion y sometió la carne al predominio del espíritu.

Pero se le presentó luego la hija de un rey que por su estraordinaria belleza produjo en él mas efecto que todas las otras juntas: el jóven procuró convertirla sin dejar de mirar y admirar su belleza encantadora.

—Si quieres que yo renuncie á los ídolos, le dijo esta sirena, cásate conmigo. Los cristianos no miran con aversion el matrimonio, pues los patriarcas, los profetas y San Pedro, príncipe de los apóstoles, fueron casados.

—Es en vano que me persigas, le contestó el príncipe desviándose: permitido es á los cristianos casarse; pero no les es á los que han hecho voto de virginidad.

La primera fingió llorar y luego lo miró mas tiernamente.

—Si quieres, volvió á decirle y ahora con voz mas dulce y trémula por la emocion, si quieres contribuir á mi salvacion, concédeme una gracia, que es bien poca cosa: duerme conmigo esta noche y yo te prometo que al amanecer me convertiré al cristianismo.

Josafat no estaba preparado para tan estraña proposicion; sabia cuanto es el júbilo de los ángeles por la conversion de un idólatra; no ignoraba tampoco cuanta era la tristeza del cielo por el pecado de lujuria; sin embargo estaba indeciso y buscó en la mirada de la bellísima princesa el vergonzoso valor del pecado. Entonces el maligno espíritu, cuya mision cerca del príncipe era inducirlo á pecar, dijo á sus compañeros infernales.

—Veamos como esta jóven vence la virtud del príncipe cristiano á quien nosotros no hemos podido vencer. Venid, pues, y trabajemos en su perdicion, que el momento es oportuno.

Josafat, en efecto, se sentia arder en el fuego de la concuspiscencia, mientras que el demonio le sujeria el detestable pensamiento de salvar al precio de su alma el alma de aquella hermosa gentil. Pero antes de consentir en lo que se esperaba de su caridad cristiana, hizo un signo de cruz y se puso á hacer oracion. Al instante se durmió y fué trasportado en sueños á la mansion de los bienaventurados.

Al despertarse, segun las palabras del sencillo compilador de la *Leyenda dorada*, que siguió paso á paso la relacion de Juan Damasceno «la belleza de aquella jóven y de sus compañeras solo le inspiraban la repugnancia que se siente á vista de la cara mas sucia y despreciable.»

Los Padres de la iglesia creian en la existencia de un demonio que presidia particularmente á la lujuria y que no tenia otro oficio que escitar la sensualidad entre los hombres, idólatras ó cristianos. En la vida de los Padres, como en las místicas leyendas de los santos se halla á cada paso á ese demonio bajo las formas mas seductoras y propias para dar en tierra con la virtud de vírgenes y confesores: con frecuencia es repelido y puesto en fuga; pero á veces logra su propósito poniendo en obra sus maquinaciones y engaños. Difícil nos seria decir si este demonio de la lujuria era el mismo que el de la prostitucion, que encontramos bajo este nombre *demon scortationis*, en la historia eclesiástica de Evagrio (cap. 26); pero no hace nada para justificar su nombre.

Un viejo eremita desbarataba desde mucho tiempo hacia todas las trazas y astúcias del demonio, que lo asediaba de mil maneras y con un empeño infatigable. Verdad es que el eremita tenia su asilo en el Monte de las Olivas, donde el espíritu de Dios estaba presente siempre. ¿Cuándo me dejarás en paz? hubo de decirle un dia el piadoso solitario. Vete, pues, que ya has envejecido tanto como yo.

El demonio le prometió entonces no atormentarlo mas, con tal de que el santo varon no revelará á nadie lo que iba á confiarle, y éste por su parte no vaciló en comprar á este precio su reposo, haciendo el juramento que exigia su tentador. Pero en seguida hubo de decirle éste: Te aconsejo no adorar mas á esa imágen que representa á una mujer con un niño en brazos.

El demonio se fué luego, y el anciano quedó en gran inquietud por el consejo que su juramento le impedia revelar ni aun á su confesor. Creciendo la turbacion de su conciencia, pasó á la ciudad inmediata llamada Pharan, y fué á confesarse con el abad Teodoro que le dió la absolucion de su perjurio. «Pero date prisa á salir de esta ciudad que no es sino un lupanar, añadió, pues tú no serias de los mas fuertes en resistir al demonio de la prostitucion, pero adora al partir, á Jesucristo y á su divina madre.»

Cuando el anciano volvió á su retiro encontró en él al demonio que le echaba en cara su perjurio. «¡Léjos de mí! esclamó el santo ahuyentándolo con el signo de la cruz: ya soy demasiado viejo para escucharte y temerte.»

La vida cenobítica estaba, pues, rodeada de deseos sensuales y pensamientos mundanos: la victoria del tentador no dependia muchas veces mas que de su perseverancia en la tentacion de los solitarios y las ocasiones de pecado se reproducian con demasiada frecuencia. La prostitucion hospitalaria hablaba mas alto que las austeras enseñanzas de la iglesia: no solo penetraba con los herejes en los agapes nocturnos y en la visitacion de las vírgenes y viudas cristianas, sino que tambien se paseaba misteriosamente á través de las soledades, donde se reunian para orar y trabajar en comun los hermanos y hermanas de la nueva familia católica. La ignorancia y la credulidad preparaban las víctimas que devoraba el mónstruo de la sensualidad, debiendo atribuirse á las herejías el profundo relajamiento moral de la cristiandad desde el año 230.

«Ya no habia caridad en la vida de los cristianos, dice San Cipriano, testigo ocular de aquella triste época, ni habia disciplina en las costumbres: los hombres se peinaban la barba, las mujeres usaban afeites; corrompian la pureza de los ojos violando la obra de las manos de Dios, y aun á los cabellos se daba un color estraño. Se empleaban sutilezas y artificios para engañar á la gente sencilla; los cristianos sorprendian á sus hermanos con infidelidades y engaños; se casaban con los infieles; se prostituian con los paganos los miembros de Jesucristo.»

Este pasaje y muchos otros probarian, caso necesario, la existencia de la prostitucion hospitalaria en la vida comun de los cristianos de uno y otro sexo, á pesar de las excomuniones de los concilios y las amonestaciones de los doctores.

Hay que atribuir esta corrupcion de costumbres, que fermentaba en el seno de un gran número de conventos de mujeres, á la influencia desmaralizadora de una multitud de monjes errantes y seculares que el vicio y la pereza hacian pulular por todas partes. Estos herejes vivian alegremente en el siglo, sin residencia fija, sin ocupacion sedentaria, sin medios de existencia, y se dividian en muchas sectas que solo se distinguian entre sí por la variedad de libertinaje. Todos hacian el mismo género de vida, ociosa y vagamunda, andando de pueblo en pueblo ó mas bien de convento en convento; pues antes de la institucion regular de las órdenes monásticas, las consagradas vivian juntas en el retiro y la oracion huyendo el contacto y aun la vista de los pasajeros, pero frecuentando con mucho gusto el trato de los sacerdotes y de los fieles.

Entre estas sectas de holgazanes y libertinos se notaba la de los *sarabaitas*, que San Gerónimo llama *remoboth* y *gyrovagues* los historiadores del siglo quinto. Los *sarabaitas*, cuyo nombre significa en lengua egipciaca *indisciplinados*, hacian remontar su orígen al judío Ananias, á quien San Pedro castigó por su mentira dándole una muerte repentina con su mujer Safira. Aunque llamándose cristianos, estos herejes no renunciaban á la circuncision, que favorecia sus impuros hábitos.

«Todo entre ellos respira afectacion, escribia en 384 San Gerónimo, cuidando no confundirlos con los cenobitas y anacoretas: usan mangas y calzado ancho, un vestido aun mas grosero, van suspirando

casi siempre, son muy cumplidos en visitar á las vírgenes, desgarran la reputacion de los clérigos, y los dias de fiesta se abandonaban á la mas desenfrenada intemperancia (*saturantur ad vomitum*).»

Al principio formaban asociaciones fraternales, dos á dos ó tres á tres, y ganaban con el trabajo de sus manos un sustento sóbrio y comun; pero tenian frecuentes disputas, que provenian, segun San Gerónimo, de que viviendo de su pequeña industria, no querian tolerar amos; pero la causa de aquellas disputas que llegaban con frecuencia á vías de hecho, puede atribuirse mas bien á sus celos y rivalidades amorosas. Así, pues, no tardaron mucho en separarse para buscar fortuna cada cual por su lado. Casiano en sus Comentarios (*Collat* 18-8) representa con los rasgos mas odiosos la conducta impudente de aquellos monjes disolutos, que propagaron por Egipto y hasta por el fondo de la Tebaida y que no habian desaparecido aun en el siglo noveno, toda vez que Carlomagno hizo una ley para destruirlos (*Capitul. regum Franc. t.* I. *p.* 370). No nos sentimos de ningun modo inclinados á defender ni justificar á los sarabaitas, como ha intentado hacerlo en las *Memorias de la Academia*, de Gottingue (t. 6. 1775) el docto Francisco Walch, que pretende distinguirlos de los *gyrovagues*, atribuyendo á éstos cuantos escesos se han atribuido á aquellos. Casiano á quien con frecuencia seguimos en nuestros juicios acerca de estos herejes, los habia visto en ejercicio en el alto Egipto, donde la sola ciudad de Oxiringue encerraba mas de diez mil vírgenes, y cuya poblacion entera se componia solo de cenobitas y monjes.

Cuatro siglos despues, cuando las órdenes religiosas se estendieron por todo el mundo cristiano y la regla monástica cerraba la puerta de los claustros á los peligrosos apóstoles de la prostitucion hospitalaria, San Benito recomendaba á sus discípulos desconfiar de aquellos corruptores.

«Hay una tercera y muy mala clase de monjes, dice, y es, á saber, la de los sarabaitas, que no sometiéndose á ninguna regla, sordos á los consejos de la esperiencia, conservan siempre los gustos del siglo y osan calumniar á Dios usurpando las órdenes sagradas. Reunidos por dos, por tres y á veces aisladamente, viven sin pastor, encerrados no en el redil del Señor, sino en su propio aprisco. Su deseo es su ley, llaman santo á todo lo que les gusta y miran como prohibido solo aquello que les desagrada.»

La regla de San Benito habla tambien de los *gyrovagues*, que no tenian ni casa ni hogar y que andaban á la ventura comiendo, bebiendo y alojándose en los conventos, donde solian dejar sobrados recuerdos de su intemperancia, de su irreligion y de su impureza (*per diversarum cellas hospitantur, semper vagi et nunquam stabiles et propriis voluptatibus et gulæ illecebris servientes*).

Para buscar y descubrir las últimas huellas de la prostitucion hospitalaria, seria menester profundizar la historia monástica y hacer constar los numerosos estravíos que han probado la fragilidad de la virtud humana y la impotencia de los votos mas sagrados. Veremos que en los monasterios de mujeres la recepcion de la gente de iglesia y la hospitalidad otorgada á los monjes transeuntes, arrastraban á veces desórdenes que no se revelan siempre en escándalos y que no salian del silencio de la vida religiosa. La iglesia, como una madre indulgente, ocultaba bajo su manto las infracciones de la regla y los arrebatos de su jóven rebaño. Tenia además la mirada fija en los escesos que en vano se envolvian en estos asilos de penitencia. Menos por las actas de los concilios y las crónicas monásticas, que por la tradicion apoyada en el testimonio de los romances y poesías populares; menos por hechos numerosos y señalados que por el vago murmullo de los ecos del pasado, seria posible describir las relajadas costumbres de ciertas abadías, donde la llegada de un peregrino ó de un monje evocaba alegres reminiscencias de la herejía de los sarabaitas.

El pueblo que tenia ojos y oidos, por decirlo así, en el interior de estos asilos impenetrables, contaba su leyenda escandalosa y decia maravillas de la hospitalidad de los conventos. El *Cuento* del conde Ory, que se encuentra muchas veces bajo diferentes nombres en casi todas las literaturas de la edad media, es una graciosa indiscrecion que nos enseña mucho mas acerca de esta hospitalidad que las actas auténticas de la reforma de muchos conventos de mujeres, en los cuales el desórden se habia introducido con tan audaces como amables huéspedes.

No creemos necesario insistir mas sobre la delicada cuestion de la relajacion de las costumbres claustrales ni sobre los peligros de la hospitalidad monástica.

En cuanto á la prostitucion sagrada, que pertenecia esclusivamente á las religiones idolátricas y que habia impreso en ellas sus estig-

mas alegóricos, causa estrañeza, causa indignacion, que intentara revivir ó no morir enteramente en una religion, fundada en la moral mas pura y que venia á satisfacer las mas nobles aspiraciones del alma.

Se esplicará, sin embargo, que el culto de las imágenes guardara por aquí y por allá vestigios de aquella aflictiva prostitucion. La iglesia sucedia al templo, las castas estátuas del Salvador, de la Vírgen y de los santos reemplazaban las impúdicas estátuas de Vénus, de Priapo, de Baco y de Hércules; pero el pueblo tenia dificultad en cambiar á la vez de dioses y de culto: conservará, pues, del antiguo culto todo lo que pueda mezclar groseramente con el culto del verdadero Dios.

Los sacerdotes por su parte no tuvieron escrúpulo en apropiarse ciertas formas de ceremonias religiosas á que dieran significacion cristiana; pero no impidieron la intrusion de ciertas prácticas esencialmente idolátricas y aun injuriosas á la nueva fé. Entre estos primeros ordenadores del culto, hubo sin duda tambien espíritus perversos ó corrompidos que abusaron del candor de los neófitos. Así, pues, vemos en aquellos tiempos de fundacion eclesiástica, apoderarse la herejía de los orígenes del cristianismo y osar hundir en él las raices de la prostitucion religiosa; aquí las danzas y la música, esos dos insidioros auxiliares de la sensualidad, allí los agapes en que se reflejan las obscenidades de las Bacanales; acullá los santos disfrazados de dioses, cuyos atributos llevan. Mas aun; los mismos sacramentos no están exentos ya de estas vergonzosas iniciaciones: en el bautismo, como San Juan Crisóstomo escribia al papa Inocencio I, las mujeres estaban desnudas sin que se les permitiera velar ni siquiera el sexo; en el sacrificio de la misa los asistentes se besaban en la boca; en las procesiones las vírgenes veladas llevaban amuletos é ídolos que habrian convenido mejor al culto de Isis ó de Mitra; los panecillos obscenos de las fiestas del paganismo, los *coliphia* y los *siligines* apenas habian modificado sus formas y sus usos. En una palabra, la prostitucion religiosa se adheria por todas partes como una planta parásita, no al dogma, pero sí á la lujuria. Para remediar el mal fué menester que los padres de la Iglesia dispusieran gradualmente los espíritus y los corazones á sufrir el yugo divino de la moral evangélica.

Pero si el culto católico rechazaba de sí el mal que habia germi-

nado en su seno, el paganismo se perpetuaba en ciertas creencias, en ciertas ceremonias que tocaban de cerca á la antigua era de la prostitucion sagrada. Hé aquí como el culto secreto de los dioses domésticos se atrincheró en el *lorario* como en una fortaleza, y permaneció allí inviolable por centenares de años, despues del establecimiento del cristianismo; hé aquí porque Vénus, Priapo, el dios Término, los faunos y silvanos tuvieron altares y sacrificios hasta en la edad media.

Los amantes y las vírgenes son los últimos mantenedores de las teogonías que divinizaron los sentidos y pasiones; pero no son ya los adoradores esclusivos del ídolo que inciensan al pié de un árbol secular, á la orilla de una fuente, en el seno de una gruta ó en la cima de una montaña; con tono imperioso y á veces conminatorio reclaman la proteccion y auxilio de aquellos dioses, que solo ya la esperanza sostiene en su pedestal y que caerán en pedazos á la primera prueba de su impotencia.

Las jóvenes que buscan amantes ó maridos consagran su virginidad al génio del rio, del bosque, de un árbol, de una piedra, pero no ofrecen á estos génios invisibles el atributo material de su virginidad, que se inmola ella misma sobre el florido césped, cuando un pastor tan bello como Dafnis acierta á ir por allí para recibir la victima. Vénus es siempre el alma del universo, Vénus que conservó su culto externo en presencia de la naturaleza.

Los recien convertidos no se separan fácilmente de estas divinidades con las que se sienten jóvenes y llenos de ardor: reciben el bautismo, frecuentan las iglesias, asisten á los agapes, sienten con dulce emocion correr por su alma la moral evangélica; pero se unen por algun lazo sensual, por algun instinto físico, á las imágenes divinizadas de sus pasiones, á las analogías divinas de su cuerpo. Vénus habia sido la primera personificacion de la idolatría bajo los nombres de Milita, de Urania y de Astarté; fué tambien la última con su nombre de Vénus, que sus groseros y rústicos adeptos pronunciaban *Benus*.

Se ha descubierto en Pompeya una curiosa inscripcion que prueba que desde mediados del primer siglo de Jesucristo el culto de Vénus tenia ya sacrílegos. El que habla es un amante infeliz que quiere vengar las penas de su corazon en la misma diosa.

«Qué venga aquí quien ame. Quiero romperle á Vénus las costillas y machacarle las espaldas á palos. La cruel diosa ha herido mi tierno corazon. ¿Por qué en cambio no he de romperle yo la cabeza?»

Quisquis amat, veniat. Beñere, volo frangere costas
Fuslibos et lumbus debitare deæ
Si potest illa mihi tenerum pertundere pectus,
¿Quim ergo non possim caput deæ frangere?

Esta idolatría se deslizó en el culto de diferentes santos, elegidos por el capricho popular para sustituir á los dioses familiares, que se invocaban en las circunstancias mas ordinarias de la vida. A pesar de los derechos de la ciencia, no debemos estendernos sobre un asunto que se refiere á las cosas mas respetables; pero debemos, eso sí, hacer constar á lo menos, que la prostitucion sagrada hubo de refugiarse bajo los auspicios de los santos, que el pueblo habia creado á la imágen de los dioses falsos y que todos los esfuerzos de la iglesia no fueron parte á derribar, hudiéndolos en el desprecio público, antes que el pueblo hubiera aprendido á avergonzarse de sus innobles supersticiones. Tales eran los santos apócrifos, que tenian el privilegio de curar la esterilidad de las mujeres y la impotencia de los hombres.

No puede dudarse de que estos santos procedieran en línea recta de Priapo y sus impúdicos auxiliares, el dios Término, Mutino, Tychon, etc.

La iglesia jamás abrigó en su seno á semejantes santos, que como fetiches pertenecian á la adoracion vulgar, y cuya influencia regeneradora se reducia á muy limitada esfera en la credulidad de ciertas gentes, convencidas de tales supersticiones por tradicion inmemorial. La mayoría de estos patrcnos no eran sino Priapos disfrazados y la arqueología ha demostrado que en todas partes donde este culto indecente se estableció, habia habido en otro tiempo un templo, una estátua un emblema de Priapo.

No pasaremos revista á los santos que invocaban entonces las mujeres estériles, los maridos impotentes y los maleficiados: Calvino los denunció á la decencia pública en su *tratado de las reliquias*; Enrique Estienne en su *Apología de Terodoto*, los espuso á la vergüenza seña-

lándolos con el índice á todo el mundo, y mucho antes de estas protestas satíricas, la religion tenia condenado como supersticioso el culto de estas impurezas.

Es innecesario decir que el paganismo, en lo que tenia de mas obsceno, se habia perpetuado en el culto particular que en diversos lugares se tributaba á los santos Paterno, Renato, Proyecto, Gil, Renaud, Guignolet. Pero este último, mas célebre que los otros, debe fijar tambien mas curiosamente nuestra atencion, porque habia heredado todos los atributos de Priapo y que era todavía en Francia antes de la revolucion de 1789 el último símbolo de la prostitucion sagrada.

«En el fondo del puerto de Brest, refiere Harmand de la Meuse en sus *Anécdotas relativas á la Revolucion*, mas allá de las fortificaciones habia un santuario cerca de una fuente y de un bosquecillo que cubre la colina, y en este santuario habia una estátua de piedra honrada con el nombre de *Santo.* Si la decencia permitiera describir á Priapo con sus indecentes atributos, describiria la estátua de este santo. Cuando yo la ví, la capilla estaba medio demolida y descubierta, y la estátua derribada en tierra, pero no rota, y aun tenia restauraciones que la hacian parecer mas escandalosa aun. Las mujeres estériles ó que temian serlo acudian á este santo y despues de haber raspado lo que no osaré decir, y bebido aquel polvo en un vaso de agua de la fuente, aquellas mujeres volvian á su casa con la fé y esperanza de ser fecundas.»

Ved, pues, el culto de Priapo en pleno ejercicio en la época de la revolucion en la provincia mas religiosa de Francia.

La leyenda de San Guignolet no tiene, sin embargo, analogía con la fábula de Priapo en la mitología helénica. Este santo llamado *Winvalocus Guignolet*, *Guenolé*, *Guingulois* y *Wignevalay*, fué el primer abad de Landevenec, á mediados del síglo quinto y vivió en la mayor austeridad sin comunicarse nunca con las mujeres. Con todo eso, su leyenda nos parece henchida de simbolismo erótico, y muchos de sus milagros directos afectan una especialidad, que sus reliquias y estátuas han conservado por mas de tres siglos. Estableciendo la etimología del nombre de la Abadía de *Landevenec*, situada á tres leguas de esta ciudad, se tendrá la clave de este especial culto en Brest.

Landevenec se deriva evidentemente de *Landa Veneris*, y consta que en esta landa ó llanura inmediata al mar, habia en época remota un templo ó fanum de Vénus muy célebre en su tiempo, sobre todo

entre los marineros bretones, que al regreso de sus espediciones marítimas, acudian á sacrificar en el altar de la diosa recomendándole la fecundidad de sus mujeres. En Landevenec como en todos los lugares consagrados al culto de Vénus, el cristianismo purificó el templo pagano y santificó el ídolo; pero la obstinacion popular atribuyó al santo las cualidades del dios falso, y Guignolet continuó siendo Priapo. Las reliquias de este santo breton eran honradas en otra parte, especialmente en la abadía de Blandimberg cerca de Gand, y en Montreuil en Picardia. El nombre de la ciudad de Montreuil se refiere probablemente á la leyenda de Guignolet y á los símbolos de Priapo. Segun la leyenda un ansar ó ganso, se tragó el ojo de Guignolet; éste abrió el vientre del ganso, tomó el ojo intacto y lo volvió á colocar en su lugar. Ahora bien, ya se sabe lo que significaba el ojo místico en las religiones de la antigüedad especialmente en el culto de Isis, con el cual hubo de mezclarse el de Vénus: en cuanto al ganso, no se ignora tampoco que era el ave simbólica de Priapo.

Cambry refiere el milagro en su *Voyage au Finistere*, pero no indaga su sentido primitivo ni parece sospechar lo que habia de comun entre el ganso de Priapo y el ojo de Isis.

La estátua de San Guignolet en Montreuil era mas indecente aun que la que los marinos adoraban en Brest. Dulaure, cuyo testimonio no es muy recomendable por cierto en una cuestion como esta, habia visto esta estátua, venerada todavía en 1789 y no vacila en describirla en su *Descripcion de los principales lugares de Francia*. Era de piedra y representaba al santo enteramente desnudo, tendido en posicion supina y armado de un falo monstruoso. El falo era postizo y se iba empujando por detrás, á medida que la devocion de las mujeres disminuia sus proporciones á fuerza de raspar. Consideramos esta particularidad como un grosero chiste de Dulaure, que no perdia ocasion de ridiculizar las prácticas supersticiosas.

San Guignolet, como ya hemos dicho, no fué el único que conservaba algo de la fisonomía y carácter de Priapo. La Bretaña sobre todo tenia una especial devocion á los santos de esta familia. Poseia un San Paterno ó Paternal, que se invocaba en Vannes y que intervenia en los misterios de la paternidad. Enrique Estienne ha recogido la hagiografía de los otros sucesores de Priapo, á quien las inscripciones itifálicas confieren el epiteto de *paternus* y *pantheus*.

«Respecto á la esterilidad, que tanto embaraza á los médicos, dice el autor de la Apología de Herodoto, hay muchos santos que la curan haciendo tener hijos á las mujeres con solo una aprehension devota. En primer lugar San Guerlichon, que es una abadía de la ciudad de Bourg de Dieu, como se vá hácia Romorantin, y en muchos otros lugares, se precia de hacer fecundas tantas mujeres como se presenten, con tal de que en el tiempo de su embarazo no dejen de tenderse por devocion sobre el bendito ídolo, que está echado, no de pié como los otros. Además es requisito que todos los dias beban cierto brevaje, en que se echa polvo rascado de cualquier parte y aun de lo mas deshonesto de nombrar.»

Enrique Estienne, que se indigna con razon de hallar devocion tan vergonzosa en uso entre los cristianos, añade que la parte de la estátua que se rascaba especialmente, estaba muy gastada en la época en que esta imágen priápica fué examinada por una persona fidedigna, que no nombra, pero que le certificó la autenticidad del hecho hácia 1550.

«Hay tambien en el pais de Constantino en Normandía (que se dice comunmente Constantino) añade el mismo autor, un San Gil, que no ha tenido menos crédito en estas cosas, por viejo y caduco que sea, segun el proverbio de los mismos que se divierten con tales abusos, vendiéndolos á los demás, que no hay milagro sino de santos viejos. Tambien he oido hablar de cierto San Renato en Anjou que interviene en estas cosas; pero como se las arreglan las mujeres con el santo que les muestra lo que la honestidad manda ocultar, debo omitirlo, pues como yo tendria vergüenza de escribirlo, mis lectores la tendrian tambien de leerlo.»

Es indudable que el destino de estos santos de piedra seria el mismo que el el íddolo de Mutino, que encontraremos otra vez en las religiones de la India, como ya lo reconocimos en las de Fenicia y Egipto. Seria fácil referir por la etimología los santos Gil y Guerlichon á Priapo y sus auxiliares.

En cuanto á Renato (René ó Renaud) hace alusion á *reins*, *rena* (riñones), y un poeta del siglo XVI vió esta aproximacion etimológica en un verso jocoso en que invoca.

Et saint Renaud pour les rognons.

Todavía se puede hacer subir á Priapo la geneología de San Proyecto (*Prix* que se tradujo del latin en lengua vulgar por *Prey* y

Priet. Seria fácil reconocer á *Priapus* en *Projectus*, que se escribia *Proiectus*, sin embargo, este santo Proyecto era un obispo de Clermont en Aubergne, martirizado en el sétimo siglo. Sus relíquias, como sus imágenes fueron muy solicitadas y repartidas, y las mujeres estériles les tributaban un culto escandaloso, de que el piadoso obispo no fué jamás responsable. Los Actos del santo están impresos en la Coleccion des los Bollandistas; pero en ellos no se encuentra nada que pueda justificar las indecencias de aquella supersticion popular. Por lo demás solo en unas cuantas ermitas rurales se le deshonraba de este modo, mientras que en mas de cuatrocientas iglesias se le honraba con el decoro debido.

En el pueblo de Cormeil, cerca de Paris, se vió mucho tiempo una imágen de San Proyecto, que no pudo ser originariamente una estátua de Priapo, ó que se hizo por el modelo del dios pagano. Es cosa muy sencilla; en el orígen del culto católico las estátuas no hicieron mas que cambiar de nombre, lo mismo que los templos venian á ser iglesias.

Finalmente el docto Duchat, en sus observaciones sobre la *Apologia de Herodoto*, añade á nuestro catálogo de santos itifálicos un San Arnaldo, que se adoraba en Saint-Auban (no sabríamos decir en que provincia estaba situada esta localidad.)

«La estátua de San Arnaldo, dice, llevaba un mandil ó devantal que le ocultaba las pudendas. Las mujeres estériles suponiendo que por la semejanza del nombre, san Arnaldo debia tener la misma virtud que el Santo Renato de los borgoñones, levantaban el devantal de la estátua, como si la sola inspeccion de lo que quedaba á descubierto tuviera la virtud de hacerlas fecundas.»

Acaso pudiéramos encontrar en el culto antiguo de Priapo ó de Horus algun uso análogo, que se habia inveterado entre las creencias del pueblo ínfimo, y que continuó en crédito de siglo en siglo en interés de las uniones estériles.

Un gran volúmen podria escribirse sobre los vestigios del paganismo en el culto cristiano, y sobre todo podria hacerse un curioso estudio de la prostitucion sagrada á través de las metamórfosis religiosas y litúrgicas; pero hemos de limitarnos á indicar el asunto tan nuevo como raro, á los arqueólogos y sábios que hallarán en los Santos Padres y especialmente en Lactancio y San Agustin una mul-

titud de pormenores relativos á la tenacidad de las prostituciones paganas, á pesar de la predicacion evangélica. Por mas que el emperador Constantino destruyera los templos de Vénus en Heliopolis y en Aphaques, no pudo desviar el curso de las peregrinaciones que se dirigian siempre á estos lugares, consagrados á la diosa generatriz por devocion de tantos siglos, y las basílicas cristianas que hizo construir en los mismos solares de los templos derruidos, retuvieron por decirlo así el sello del antiguo culto; pues se vió obligado á prohibir por una ley escrita (*rursus scripias misit institutiones*, se lee en la vida de este emperador, por Eusebio) la prostitucion de las vírgenes y mujeres casadas en Heliópolis de Francia, sin que sus decretos tuvieran fuerza contra la primitiva forma del culto de Astarté. Esta prostitucion sagrada quedaba en cierto modo afecta á los lugares que la habian hecho nacer y á las ruinas de los templos que habian sido testigos de ella.

Los emperadores cristianos tuvieron necesidad de todo su poder para desterrar el culto público de las divinidades paganas; pero arruinando los templos, destruyendo las estátuas, persiguiendo á los sacerdotes, no pudieron arrancar las profundas raices que este culto habia hundido en la opinion y en las costumbres. El pueblo rural, mas grosero que el de las ciudades, pero mas fiel á las lecciones de sus mayores, tomó bajo su guarda á los dioses que amaba y que no sustituia en su concepto el simbolismo moral de la idea cristiana; así, pues, y como pudo, protegió los imágenes de sus dioses, en los poblados bosques, en los desiertos llanos, en la cima de los montes, en las márgenes de los rios.

Despues, cuando cediendo al fin á las excomuniones de los concilios y á la vigilancia de los obispos, renunciaron á estas imágenes, á estos altares, á estos edículos, cuyas ruinas respetaban siempre, no aceptaron sino con sentimientos enteramente paganos el culto particular de los santos, á quienes revistieron con los privilegios de sus abolidos dioses.

Hé aquí, pues, como Vénus, Flora, Baco, Isis, Priapo y las demás divinidades que representaban la naturaleza y el principio generador tuvieron fieles y casi templos hasta nuestros dias.

CAPITULO XXXV.

Opinion de la iglesia acerca de la prostitucion.—San Jerónimo y San Agustin acerca de las cortesanas.—Definicion de la prostitucion legal por San Jerónimo.—Los cánones de los apóstoles.—Constituciones apostólicas del papa Clemente.—Opinion de la iglesia sobre abluciones corporales.—Definicion de los principales pecados de la carne.—Doctrina de la iglesia sobre el comercio ilícito y criminal.—El concilio de Elvira ó de Elma.—Madres que prostituian á sus hijas.—De los que ejercen el lenocinio.—De las que violan su voto de virginidad.—De las mujeres que los obispos y clérigos pueden tener consigo.—De los jóvenes que despues del bautismo han caido en el pecado de impureza.—De los ídolos domésticos.—De las cortesanas que contraen matrimonio despues de haber renunciado á su profesion.—De las adúlteras que hacen perecer su fruto.—De las mujeres que viven en el adulterio hasta la muerte.—De los ó de las que han cometido una vez sola adulterio.—De la mujer que ha cometido adulterio, concerniente á su marido.—De los corruptores de la infancia.—Del concilio de Neocesarea.—Los eunucos contra su voluntad.—La entrada del santuario prohibida á las mujeres por el concilio de Laodicea.—El concilio de Tiro.—San Atanacio y la mujer de mala vida.—El concilio de Toledo.—Retrato milagroso del Patriarca Polemon.—El concilio de Cártago.—El décimo sétimo cánon del concilio de Toledo.—El duodécimo cánon del concilio de Roma.—El concilio de Bale.—Capítulo único de la historia de los concilios.

Hemos visto cuál era la doctrina de la iglesia primitiva respecto de impureza é incontinencia; hemos visto cuán unánimes estaban los Padres de la iglesia en exigir de los fieles una vida casta y decente, cuando estos no se sentian capaces de consagrarse al celibato cristiano. No habia, pues, en frente de esta prescripcion de castidad absoluta, dirigida á todos los miembros de la iglesia de Jesucristo, ninguna jurisprudencia eclesiástica especialmente aplicable á los agentes de la prostitucion. Para ser consecuente con la esencia misma de su moral, la iglesia no podia aprobar ni reconocer como un hecho legal, esta prostitucion que se ejercia sin enbargo á su vista, á su misma puerta, como en otro tiempo á las inmediacienes de los templos. Las

cortesanas no eran mas que pecadoras ordinarias, á quienes la gracia y el arrepentimiento podian llamar en medio de su vergonzoso oficio, y que se hallaban por tanto dispuestas á entrar en la vía de la salvacion. En cuanto á los instigadores y especuladores de la prostitucion, se confundian en la multitud de los libertinos y no tenian categoría especial entre los esclavos del pecado. A los confesores cumplia proporcionar la penitencia á la culpa y no conceder la absolucion sino despues de cumplir esta penitencia, que debia ser pública, como si lo hubiera sido el pecado.

Por lo demás, toda clase de prostitucion estaba comprendida bajo el término genérico de *fornicacion* que se distinguia sin embargo por grados proporcionales, en fornicacion simple, doble, eventual, y permanente, ó multiplicada. Es, pues, muy natural que en virtud de este principio fundamental, que exigia que cada cristiano fuera un austero defensor de su cuerpo, la prostitucion legal no tuviese razon de ser á los ojos de la iglesia, que no la hubiera autorizado nunca ni aun tolerado.

Los concilios no hacen mencion de esta lepra moral de las sociedades antes del siglo décimo quinto, encerrándose en generalidades para condenar el globo todos los géneros de libertinaje. Esquivando este delicado punto, parece como que quieren huir de encontrarse en contradiccion con las leyes humanas que regulan la prostitucion y la reconocen como una impura servidumbre de las pasiones del vulgo. Los concilios no dejan de acordarse nunca de que la Magdalena fué una mujer de mala vida y que las meretrices han dado tantas mártires como los primeros á la fé de Cristo, que tiene misericordias infinitas para todos los pecados.

Sin embargo hay motivos para creer que la iglesia, bajo el punto de vista de la policía humana y de la economía de los Estados, admitia la prostitucion legal, ó á lo menes cerraba los ojos ante esa triste necesidad de la vida de los pueblos. Esta opinion de la iglesia se encuentra clara y formalmente enunciada, no en el testo de un concilio, ó de un sínodo, sino en los escritos de san Agustin.

«Suprimid las cortesanas, dice en su tratado del órden (*Lib. II. cap.* 12.) y lo trastornareis todo por el capricho de las pasiones.»

La ley eclesiástica no se inmiscuia, pues, en las atribuciones de la ley civil. San Jerónimo (*Epis ad Furiam*) parece participar del sen-

timiento de San Agustin, respecto de estas desgraciadas víctimas de la prostitucion; léjos de oprimirlas bajo el peso de su ignomínia, las alienta y anima á despojarse de su infame librea.

«La cortesana del Evangelio, dice, bautizada con sus lágrimas (*meretrix illa in Evangelio baptizata lachrymis suis*) limpiando con sus cabellos los piés del Señor, fué salvada; ella no tenia una mitra empinada, ni calzado chillon, ni los contornos del ojo ennegrecidos con antimonio, ni era menos impúdica que bella (*non habuit crispantes mitras, non stridentes calceolos, nec orbes stibio fuliginatos: quanto fœdior, tanto pulchrior*.»

En otro pasaje de la misma epístola, San Jerónimo levanta á la mujer degradada tendiéndole la mano de la penitencia.

«Nosotros, dice, no preguntamos á los cristianos como han comenzado, sino como acaban.»

El Bautismo de las lágrimas puede siempre lavar antiguas manchas y regenerar una alma en un cuerpo impuro. En fin, San Jerónimo en otra circunstancia (*Epis. ad Fabiolam*) define la prostitucion legal como lo habia hecho el jurisconsulto Ulpiano y dice con la precision de un legista:

«La cortesana es la que se abandona á la lujuria de muchos hombres. (*Meretrix est quæ multorum libidini patet*).»

Hemos buscado cuidadosamente lo que podia concernir á la prostitucion en los Cánones de los apóstoles y en las Constituciones apostólicas, que no precedieron á las Actas de los concilios, á pesar del orígen que se les atribuia en la antigua iglesia, pero que contienen sin embargo, la espresion sincera de la doctrina canónica de los primeros cristianos. Una sola vez se trata de la prostitucion propiamente dicha (*scotatio*); pero en muchos lugares de fornicacion simple ó doble.

En los Cánones de los apóstoles, el sesto prohibe al obispo y á los sacerdotes espulsar á sus mujeres, aun por causa de religion, y conmina con la excomunion á los que se sustraigan de este modo á los lazos conyugales. El cánon décimo octavo prohibe admitir en el órden sacerdotal á los bigamos, es decir, á los que hubieran sido casados dos veces, porque hay una especie de impudor afecto á las segundas nupcias que revelan incontinencia en los viudos: El vigésimo tercio cánon pescribe la deposicion del clérigo que por temor al pecado ó por cualquier otra causa, se hubiera privado de su sexo. El vigésimo

cuarto condena á los láicos por el mismo hecho y los aleja de la sagrada mesa por espacio de tres años. El sexagésimo primo prohibe tambien admitir en el órden sacerdotal á todo ordenado convencido de adúltero ó fornicario. El sexagésimo sétimo, en fin, pronuncia una escomunion contra el que hubiera hecho violencia á una vírgen obligándolo á tomarla en matrimonio.

Haremos notar aquí que en los cánones de los apóstoles que están escritos en griego, como las constituciones apostólicas, el acto de la prostitucion está representado en la palabra *adulterio* y *fornicacion*. La palabra griega como la latina, que se traduce por *fornicacion*, significaba propiamente vóbeda, lugar avobedado y se estendia figuradamente al acto que se consumaba en semejantes lugares. No se verá que esta palabra haya sido usada en sentido figurado antes que los escritores eclesiásticos la hubieran empleado para reemplazar las voces *meretricium*, *scortatio* y otras mas deshonestas y mal sonantes aun.

En las Constituciones apostólicas atribuidas al papa Clemente elegido en el año 67 de Jesucristo, pero redactadas ciertamente en el siglo tercero sobre las tradiciones de la iglesia primitiva, se encuentra indicada la regla de conducta que las mujeres cristianas deben seguir para no parecerse á las idólatras que no tenian buenas costumbres ni sentian la necesidad de tenerlas.

Las cristianas debian ante todo evitar mostrarse en público con los refinamientos de adorno que el redactor del santo código llama insígnias de prostitucion (*quod sunt omnia meretriciæ consuetudinis indicia*, dice la version latina literal): cabellera artísticamente peinada y ungida con ungüentos olorosos; vestido estudiado y precioso; calzado ancho y arrastrando (*trainante*); anillos de oro en todos los dedos.

«Si quieres ser fiel á tu divino esposo, añade el legislador cristiano, y si quieres agradarle, cubre tu cabeza para salir á la calle; vela tu rostro para sustraerlo á miradas indiscretas, no uses afeites para mejorar lo que Dios ha hecho, anda sin levantar la vista, y esta siempre velada como la decencia quiere que estén las mujeres. (Lib. 1. cap. 8.)»

Se prohibe á los dos sexos bañarse jnutos en el mismo sitio; (allí es sobre todo, dice el testo, donde el diablo tiende sus redes); una mujer no irá, pues, sino al baño de las mujeres; lávese modesta, púdica y

moderada, y jamás inútilmente, jamás demasiado, jamás al medio dia, y si es posible no todos los dias. *Lavet modeste, verecunde et moderate, non autem supervacue, neque nimis, neque, sæpius, neque meredie, immo, si fieri potest, non quotidie.*) La iglesia no ha variado de opinion sobre abluciones corporales, cuyo abuso únicamente condena.

En el libro VII de las Constituciones, el legislador define muy claramente los principales pecados de la carne.

Distínguese, dice, la abominable conjuncion *contra naturam* y la conjuncion *contra legem*: la primera es la de los sodomitas y el innoble estravío que mezcla al hombre con las bestias; la segunda comprende el adulterio y la prostitucion. En estos estravíos hay primero impiedad, luego iniquidad y últimamente pecado; porque los primeros meditan el fin del mundo, cuando se esfuerzan en hacer contra la naturaleza lo que se ha hecho por la naturaleza; los segundos al contrario, injurian á los demás, cuando violan los matrimonios ajenos y cuando dividen en dos lo que fué hecho uno por el Señor, cuando hacen sospechoso el nacimiento de los hijos y esponen al marido legítimo á tales asechanzas; en fin, la prostitucion es la corrupcion del propio cuerpo, y esta corrupcion no se aplica á la obra de la generacion para tener hijos, sino que tienen por único objeto el placer, lo que es un indicio de incontinencia, y no un signo de fuerza.»

Este notable pasaje, que resume toda la doctrina de la iglesia sobre el comercio ilícito y criminal, debe figurar aquí completa y literalmente en su version latina, donde se aclaran un poco las oscuridades del testo griego.

Contra naturam nefaria conjunctio aut illa contra legem, illa sodomitarum et cun bestiis miscentium flagitiosa libido, contra legem vero adulterium et scortatio: ex quibus libidinibus, in illis quidem impietas est, in iis vero injuria et denique peccatum... Primi enin interitum mundi machinautur, qui quod á natura est contra naturam facere conantur; secundi vero injuriam aliis faciunt, aun aliena matrimonia violant et quod á Deo factum est unun in duo dividunt et liberos faciunt suspectos et legitimum maritum insidiis espanunt: ac scortatio corruptio est proprii corporis, quæ non adhibetur ad generationem filiorum, sed tota ad voluptatem spectat, quod est indicium incontinentiæ, non auten virtutis signum. (Lib. VIII. capítulo 27.)

He aquí sin duda el primer testo canónico en el que se señala pro-

piamente la prostitucion como una de las formas mas culpables de la impureza.

En otro pasaje de las Constituciones apostólicas, se prohibe á los cristianos emplear palabras obscenas, echar miradas impúdicas y abusar del vino.

«De aquí, dice el texto, nacen los adulterios y las prostituciones. (*Non eris turpiloquens, neque injector oculorem, neque vinolentus*; *hinc scortationes et adulteria oriuntur*. (Lib. VII. c. 7.)»

Finalmente, en otro lugar, (Lib. IV, c. 5) la ley eclesiástica ordena «huir de los libertinos, pues dice el Deuteronomio: No ofrecerás á Dios el precio de la prostitucion (*fugiendi prætera scortatores*; *non offeres, inquit Deuteronomus, Deo mercedem prostibuli.*)»

Las constituciones apostólicas bien que redactadas despues de los primeros Concilios, contienen la doctrina original del cristianismo, emanada de la Escritura y del Evangelio. Esta misma doctrina se hallará luego desenvuelta é interpretada en las decisiones de los concilios. Así, la opinion de la iglesia no ha variado despues respecto de la prostitucion, que llama adulterio, fornicacion ó *escortacion*.

El famoso concilio de Elvira ó de Elna en el Rosellon, que parece ser una recopilacion sacada de muchos concilios, mas bien que un concilio particular, pues se ignora en qué tiempo se celebrara, datándose por unos sabios en el año 250 y por otros en el de 324; este concilio *Eliberatanum* ó *Iliberitanum*, nos ofrece cierto número de decisiones, que se refieren á nuestro asunto y no se apartan de las Constituciones apostólicas.

Su duodécimo cánon priva de la comunion aun *in articulo mortis*, á los padres que hubieran prostituido á sus hijas; excomulga igualmente á todo el que haya ejercido el lenocinio, vendiendo el cuerpo de su prógimo ó el suyo propio. (*Si lenocinium exercuerit eo quod alienum vendiderit corpus vel potius suum.*)

El décimo tercio pronuncia la misma pena contra aquellos que, despues de haberse consagrado á Dios, hubieran violado su voto y vivido en el libertinaje.

Cánon décimo cuarto: «Las que, sin haber consagrado su virginidad, la hubieren violado, podrán reconciliarse despues de un año de penitencia, si se casan con sus corruptores: se aumentará á cinco años de penitencia, si hubieran conocido á muchos hombres.»

El concilio, en este artículo, que fué reformado como demasiado indulgente por los concilios posteriores, considera la pena de la virginidad, no consagrada á Dios, como una violencia de las nupcias ó del matrimonio cristiano.

Segun el cánon vigésimo sétimo, un obispo como cualquiera otro clérigo, podia tener en su casa á su hermana ó á su hija, con tal de que fueran vírgenes, pero no á una mujer estraña.

El trigésimo primo es mas elástico y puede abrazar toda clase de prostitucion. Este cánon dice que los jóvenes que despues del bautismo hayan caido en el pecado de impureza, serán recibidos á comunion, despues de casados y penitenciados.

Dista mucho este cánon de la regla de San Basilio, que fija cuatro años de penitencia, por la simple fornicacion, y mas de la de Gregorio Nacianceno que fija nueve. La moderacion de la pena señalada por el concilio iliberitano prueba sobradamente que no es posterior al siglo tercero.

El cánon cuadrigésimo primo de este concilio, se refiere indirectamente á los hechos de la prostitucion, porque exhorta á los fieles á no permitir ídolos en su casa y á estar puros de idolatría en el caso en que temerian la violencia de sus esclavos, privándolos de sus ídolos. Ahora bien, estos ídolos domésticos eran los dioses obscenos que presidian los misterios del amor y de la generacion. Ya hemos descrito en otro lugar, con referencia á San Agustin y á otros padres de la iglesia, las impuras divinidades que los antiguos instalaban en sus dormitorios y adornaban en los actos de amantes ó de esposos. El dios Subigo y la diosa Prema sobrevivieron seguramente á Júpiter Tonante y á Vénus Victoriosa ó Armada.

El cánon cuadragésimo cuarto del concilio prescribe espresamente recibir en la comunion de los fieles á una mujer que hubiera sido cortesana y que se casara luego con un cristiano (*meretrix quæ aliquardo fuerit et postea habuerit maritum.*) Así, pues, la iglesia no reconocia la mancha de la ignominia indeleble, con que la ley romana marcaba la prostitucion.

El sexagésimo tercio excomulga para siempre á una mujer que en cinta de adulterio, haya hecho perecer su fruto.

El sexagésimo cuarto excomulga igualmente á la mujer que haya vivido en adulterio hasta la muerte.

El sexagésimo sétimo, prohibe á las mujeres, fieles ó catecúmenas, bajo pena de excomunion, tener á sus espensas cómicos ó músicos.

Segun el sexagésimo nono, los ó las que hayan caido una sola vez en adulterio, harán penitencia por cinco años, y no podrán ser reconciliados antes, sino en caso de enfermedad mortal.

El cánon septuagésimo hace una distincion grave en hecho de adulterio, refiriéndose á una de las circunstancias de la prostitucion. En este cánon se ordena que la mujer que hubiere cometido adulterio, consenciente su marido, sea excomulgada aun *in artículo mortis*; pero limita la penitencia á diez años, si esta mujer es repudiada por su marido.

Finalmente, el septuagésimo primo excomulga á los corruptores de la infancia (*stupratoribus puerorum.*)

Puede decirse que toda la doctrina de la Iglesia, respecto de la prostitucion, se halla contenida en los cánones del concilio iliberitano, pues ningun otro hasta el concilio de Trento, entró en tantas cuestiones relativas á este asunto. En los concilios siguientes solo se encuentran artículos aislados, que repiten ó completan los cánones del de Elvira, porque la mayor parte de estos concilios eran convocados para combatir y condenar herejías determinadas, que se referian mas bien al dogma que á la moral.

Nótanse, sin embargo, en las actas de estos concilios, diferentes cánones, que contienen preciosos detalles de costumbres. En el concilio de Neocesárea celebrado en 314, se decidió que un hombre, triunfante del pecado que iba á cometer, habia sido preservado por la gracia de Dios, mas bien que defendido por su propia virtud. En el concilio de Nicea, en 325, contra la herejía de los valesianos, que ponian todo su celo en hacer eunucos en nombre de Dios, el primer cánon declara que quien haya sido privado de su virilidad, ya por cirujano, ya por dolencia, bien por obra de los *bárbaros* ó herejes, puede permanecer en la clerecía; pero que quien se haya mutilado á sí mismo ó prestado su consentimiento á esta mutilacion, no puede permanecer en este órden. A la mayor parte de estos clérigos, siendo así poseedores y custodios de su virilidad, se les prohibia por el octavo cánon tener consigo á ninguna mujer que no fuera madre, hermana, tia, ó cualquiera vieja libre de toda sospecha de cohabitacion.

El concilio de Laodicea, en 364, que trata principalmente de la vida clerical, prohibe á las mujeres, cualesquiera que sean ellas, entrar en el santuario, sin esplicar el motivo de esta prohibicion y sin hacer escepcion. Pero un cánon del concilio de Nicea, el vigésimo nono, nos dá cuenta muy esplícita sobre la materia:

Ne mulier menstruata ingrediatur ecclesiam, neque sumat sacram communionem, donec completur dies illius mundationes et purificationis quamvis sit in regum mulieribus.

Así, pues, la prohibicion de entrar las mujeres en los lugares sagrados, durante el tiempo mas ó menos largo de sus purgaciones naturales, no esceptuaba ni á las reinas. Ahora bien, siendo las mujeres las únicas que podian determinar las épocas de la prohibicion canónica, la iglesia halló mas sencillo declararla definitiva y perpétua para evitar un sacrilegio por devociones poco escrupulosas.

La opinion de los Padres de la iglesia, respecto del sexo femenino, justificaba demasiado la desconfianza con que se le alejaba del santuario.

«Los cuerpos de las santas mujeres, habia dicho uno de sus mas elocuentes abogados, son verdaderos templos (*sanctorum feminarum corpora templa sunt.*)

Pero hé aquí como caracteriza un concilio á la mujer en general:

«La mujer es la puerta del infierno, el camino de la iniquidad, la mordedura del escorpion, un género nocivo (*Femina janua diaboli*, *via iniquitatis*, *scorpionis percussio*, *nocivum genus*).»

La malicia de la mujer apareció en todo su horror en el concilio de Tiro (353) donde los arrianos suscitaron muchas falsas denuncias contra San Anastasio, patriarca de Alejandría. Una mujer de mala vida, conocida por sus desórdenes (*mulierercula libidinosa ac petulans* dice el P. Labbe, siguiendo las mejores autoridades) fué introducida en la asamblea de los Padres del concilio, y declaró en alta voz que habia hecho voto de virginidad, y que Atanasio en pago de la hospitalidad que ella le diera en su propia casa, se habia atrevido á violentarla. Atanasio, acompañado de un sacerdote llamado Timoteo, compareció despues, y habiéndole preguntado al tenor de la denuncia calló, como si no hubiera oido. Timoteo entonces tomó por él la palabra y dijo con dulzura:

—Yo, buena mujer, no he entrado nunca en tu casa.

La mujer, mas impudente aun entonces, clama y reclama, jura y perjura por un anillo que dice poseer del violador Atanasio, pero encarándose siempre con Timoteo.

—Tú, tu me has robado la virginidad, le decia con gran despecho; tú me has despojado mi pureza.

La mujer se despachó á su gusto injuriando con dicharachos propios de su oficio al Santo Atanasio, que no se dignó refutar la acusacion.

Por fin los Padres del concilio tuvieron vergüenza del escándalo é hicieron salir á aquella desgraciada que ofendia el pudor de todos. San Atanasio sin embargo fué condenado á veinte años de destierro.

El concilio decretó despues que la entrada de las casas donde vivian los clérigos, fuera absolutamente prohibida á las mujeres, cualesquiera que ellas fueren.

El concilio de Cartago en 397 impuso esta medida de prudencia ordenando que los clérigos y los que habian hecho voto de castidad se abstuvieran de visitar á las vírgenes y á las viudas sin la vénia de un obispo ó sacerdote, y que en todo caso habian de ir por prudencia debidamente acompañados.

La conversion de las pecadoras era la preocupacion constante de los primeros cristianos, y elegian con preferencia en el fango de la prostitucion las almas penitentes que ofrecian á Dios en holocausto; sinó que en la precipitacion de catequizar, los diáconos admitian con demasiada frecuencia mujeres impuras, que no habian abjurado su vergonzoso oficio y volvian al pecado despues de la comunion. Los concilios exigieron, pues, garantías de arrepentimiento y expiacion, antes de convertir á las cortesanas en esposas de Cristo.

San Agustin, resume á este respecto la doctrina espresa de los concilios diciendo: (*Lib. de fide et oper. cap. XI*) que no podria encontrarse ninguna iglesia que admitiera al bautismo á las mujeres públicas (*publicas meretrices*) antes de haber abandonado la torpeza de su oficio. En otro lugar (*de octo ad Dulcit. guæst*) dice lo propio casi en los mismos términos (*nise ab illa primitus prosttitutione liberatas.*)

Pero una vez hecha esta reconciliacion en la forma prescrita, el bautismo y la comunion recibidos, una mujer pública podia ser ante Dios y ante el cristiano con quien se desposaba, tan pura como una vírgen, toda vez que no conservara en el estado de matrimonio ningun

hábito de su vida pasada. Tal es la opinion del concilio de Toledo en 750: *Licet fuerit meretrix, licet prostituta, licet multis corruptoribus exposita, si nuptiale incontaminatum fœdus servaverit priores vitæ maculas posterior murditia diluit.* El mismo concilio no reconoce adulterio anterior al matrimonio, ni en el hombre ni en la mujer, absueltos por la penitencia, en atencion á que todo comercio ilícito que hubiera precedido á este sacramento, debe ser considerado como un hecho de lujuria y no de adulterio *et quidem talis coitus luxuriæ sed non adulterii*).

Las conversiones de las mujeres de mala vida eran mas frecuentes que todas las otras, porque las cortesanas se admiraban de una rehabilitacion que las ponia de repente al nivel de las vírgenes y que les prometia el refugio del matrimonio. Pero la iglesia no borraba mas que los pecados de impureza cometidos antes del bautismo, y los posteriores dejaban una mancha indeleble, pues ningun agente de la prostitucion podia ser recibido á órdenes clericales, si no lavaba su mancha en la fuente del bautismo. Tarisio obispo de Constanstinopla, en una carta dirigida al segundo concilio de Nicea en 787, dice espresamente que habia visto cortesanos y libertinos reconciliados por la penitencia (*meretrices et publicanos receptos per pænitentiam*, dice la traduccion de esta carta escrita en griego) pero que si despues del bautismo algun hombre ó mujer era sorprendido en pecado de prostitucion ó de adulterio (*in scortatione aut adulterio*) no era ya admisible á las funciones sacerdotales.

Entre los Padres y Doctores que trabajaban particularmente en la reconciliacion de las mujeres perdidas, citaremos á un santo patriarca, llamado Polemon que los historiadores eclesiásticos han olvidado injustamente, y cuyo retrato hacia semejantes conversiones aun despues de su muerte. (Ved la *Colec. de los concilios*, edic. de Cossart, t. VII, p. 206 y sig.) San Gregorio Nacianceno refiere en bellos versos griegos un milagro de este género, que hizo mucho ruido á fines del siglo cuarto. Un jóven atormentado por el demonio de la lujuria llamó á una meretriz delante de una iglesia, cuya puerta estaba abierta. Al acudir esta mujer al llamamiento impúdico, vió en la iglesia un retrato del venerable Polemon, que tenia los ojos fijos en ella. Al aspecto del retrato, la pobre mujer se turba y huyó de allí con la cabeza baja. El dia siguiente se convirtió y murió luego en olor de santidad.

San Basilio, obispo de Ancira glorificó en pleno concilio este admirable retrato, que tenia virtud tan eficaz, que el libertino mas endurecido no lo hubiera podido mirar sin sonrojarse de vergüenza y renunciar á la incontinencia: *ex illa patrata est, nisi enim vidisset scortum iconem Polemonis nequaquam a stupro cessasset.*

Y en el mismo concilio San Niceforo, obispo de Dirrachium dice que aquella maravillosa imágen debia ser venerada por los fieles, pues que habia tenido el poder de evitar que una mujer pública ejerciera su impúdico oficio (*quoniam potuit mulierculam liberare ab execrabilit et turpi operatione.*)

Aun pudiera creerse, leyendo ciertos pasajes de los Padres y de los concilios, que la incontinencia era en otro tiempo mas ardiente, mas irresistible que lo es en el dia. Tal vez la licencia de las costumbres en la antigüedad habia desenvuelto en los hombres la falcutad de subvenir á aquel prodigioso abuso de virilidad; acaso tambien el esceso de la continencia cristiana producia en ciertas naturalezas enérgicas una terrible sublevacion de sentidos. San Agustin en sus *Confesiones*, describe con gran elocuencia las formidables luchas que tenia que sostener contra el demonio de la carne. «Mi corazon, dice, se inflamaba, se abrasaba, ardia de sensualidad; se dilataba, se desbordaba, se fundia al fuego de los deseos (*et jactabar, et effundebar, et ebullieban per fornicationis meas*).»

San Jerónimo en su epístola á Furia describe enérgicamente las tempestades de los sentidos en los jóvenes libertinos exaltados por la saciedad de comida y bebida. «*Non ætnæi ignes, dice, non Vulcania tevus non Vesullius et Olympus tantisardoribus æstuant, ut juveniles madullæ vino plenæ et dapibus inflammatæ; nihil hic inflammat copera aut titillat membra genitalia, sicut indigestus cibus ructusque convulsus.*»

Resulta de estas autoridades eclesiásticas que si se comia y bebia con esceso era mas exigente la sensualidad. La iglesia procuraba, pues, estinguir el fuego de la concupiscencia sometiéndola al régimen de prudente sobriedad; pues no ignoraba cuan dificil era cambiar en cierto modo el temperamento humano y las ideas y usos del paganismo, que no miraba la fornicacion como mala en sí ni ilícita. (Simpliceic fornicationem non esse per se malam neque illicitam, dice San Agustin, Contra Faust. II, c. 13).

Los arrebatos de la sensualidad eran tan violentos en los primeros

cristianos, que á veces iban desde la iglesia al lupanar, y se manchaban al contacto impuro de una cortesana, despues de haber recibido el divino cuerpo de Jesucristo. Este era el horrible adulterio que la iglesia espresaba en estos términos: *Infame meretricis et Christi corpus uno et codem tempore contractare.*

Los obispos, los diáconos, los auxiliares del altar no siempre tenian la fuerza de sustraerse á esta concupiscencia, y segun la bella espresion de un concilio, osaban mostrar ante Dios la impureza de sus manos. El concilio de Cartago, en 390, recomienda á todos los sacerdotes y demás que administran los sacramentos ser austeros guardianes de su pudor y abstenerse de conocer á sus mujeres en el caso de ser casados (*pudicitiæ custodes, etiam ab uxoribus se abstineant, ut in omnibus et ab omnibus pudicitia custodiatur qui altari deserviunt*).

Es probable que esta continencia del lecho conyugal no estuviera prescrita á los sacerdotes casados, sino para ciertas épocas en que debieran administrar los sacramentos y tocar los vasos sagrados; porque la iglesia no prohibia el ejercicio honesto y moderado de los derechos del matrimonio.

El concilio de Gangre en Paflagonia pronuncia anatema contra todo el que vitupere el matrimonio, diciendo que una mujer que cohabite con un hombre no puede salvarse. El mismo concilio, reconociendo la escelencia de la virginidad cristiana, prohibe que la mujer se vista de hombre bajo pretesto de guardar mejor la continencia. La iglesia no se descuidaba, sin embargo, en su prevision de oponer remedio á los peligros del pecado; así, pues, en los agapes que las Constituciones apostólicas llaman festines de caridad ó de amor (*caritas*) como los dos sexos se hallaban reunidos y este contacto carnal podia tener serios inconvenientes bajo la escitacion ó estímulo de la mesa, se acordó poner á las viejas como saludables obstáculos entre los jóvenes de uno y otro sexo. (*Const. apost*, Lib. 11, c. 28).

Con todo eso, la iglesia, tan severa en mantener la caridad en la comunion de los fieles, parece haber autorizado, á lo menos hasta el siglo quinto, á todo láico cristiano para tomar una concubina á fin de dar así satisfaccion á la carne sin esceder de la prudencia ó moderacion del matrimonio cristiano. El cánon décimo sétimo del concilio de Toledo, en el año 406, decreta que quien tenga á la vez mujer y concubina sea excomulgado, pero no quien se contenta con una mu-

jer de paso ó concubina sedentaria para las necesidades de su temperamento. Hé aquí el texto:

«Qui non habet uxorem et pro uxore concubinam habet á commu»nione non repellatur; tantum ut unius mulieris aut uxoris, aut con»cubinæ (ut ci placuerit) sit conjunctione contentus.»

El concilio de Roma, en 1059, veia aun con los mismos ojos el hábito de las relaciones concubinarias entre los cristianos, porque el duodécimo cánon de este concilio no condena sino la cohabitacion simultánea de una esposa y de una concubina. La iglesia toleraba, pues, hasta cierto punto las relaciones ilícitas entre un hombre y una mujer, solteros los dos, pero unidos por aquellos lazos de mútua convencion que el código romano habia casi aprobado como legítimos. En el espíritu del catolicismo, el adulterio ó la fornicacion comenzaba, respecto del hombre, en el uso de dos mujeres cualesquiera que, por otra parte, fueran su derecho y cualidades: la frecuentacion de un gran número de hombres establecia luego los grados de la prostitucion, respecto de la mujer, que segun la estraña doctrina de un casuista de la edad media, no debia tenerse por meretriz, hasta haber conocido veinte y tres mil corruptores diferentes. Segun otros doctores mas reservados en las cifras el *meretricium*, solo exigia de cuarenta á sesenta pruebas del mismo género, despues de las cuales el caso de impureza pública quedaba determinado en la mujer que incurria entonces en la penitencia de las prostitutas.

Por lo que hace á la prostitucion misma, no se vé que los concilios hubieran intentado nada para hacerla desaparecer de la vida civil de las sociedades cristianas; antes bien parece que hubieron de aceptarla como un mal necesario destinado á obviar mayores males: evitaron sin embargo, formular á este respecto una opinion que hubiera desmentido la moral evangélica, conciliándose con las leyes orgánicas de la civilizacion humana.

Santo Tomás tocó indirectamente este delicado punto, cuando decia que el hombre procuraba en vano realizar la perfeccion en un mundo en que el creador habia permitido el mal. Considerar la existencia del mal como una condicion inevitable, esencial de la humanidad, era reconocer implícitamente la prostitucion legal. (Ved la *Coleccion de los concilios*, edic. de Labbe, t. XII, 1165.)

Estando admitida por la autoridad eclesiástica la necesidad de esta

prostitucion, los concilios no rehusaron acudir en ayuda de la autoridad secular y sugerirle los reglamentos mas á propósito para contener el mal en estrechos límites y disimularlo á los ojos de las gentes honestas.

«Uno de los Padres del concilio de Bale, dice el docto historiador de la prostitucion en la edad media, Mr. Rabutaux, espuso en 1431 ante los Padres de aquella asamblea y en un discurso encaminado á corregir las costumbres de su tiempo, los principios que habian inspirado la legislacion de la edad media y los presentó como los custodios menos imponentes de la decencia pública.»

Es notable que la prevision de la legislacion canónica no hubiera añadido algunas disposiciones saludables á la jurisprudencia romana que regulaba todavía el ejercicio de la prostitucion en la mayor parte de los paises de Europa. Diríase que los concilios, aun ocupándose en un asunto que les repugnaba, evitaron con sumo cuidado pronunciarse bajo el punto de vista moral y religioso. Hay pues, que venir á mediados del siglo décimo sexto, para encontrar en las Actas de los concilios algo que ponga en evidencia el sistema de tolerancia que la iglesia habia adoptado, respecto de la prostitucion considerada como institucion de utilidad pública.

El documento á que nos referimos, á pesar de su reciente fecha, puede establecer el verdadero carácter de neutralidad que la iglesia habia querido guardar sobre esta importante cuestion social. En el concilio de Milan, bajo el episcopado de San Cárlos Borromeo, los Padres del concilio introdujeron en el texto de las Constituciones que habian sancionado, un título especial, relativo á las meretrices y lenones (tit. 65 De meretricibus et lenonibus.)

Hé aquí la traduccion de este capítulo en que se refleja la jurisprudencia de Teodosis y de Justiniano, puesta bajo los auspicios de los obispos, de los príncipes y de los magistrados de todos los paises y de todas las ciudades de la cristiandad.

«A fin de que las meretrices se distingan enteramente de las mujeres honradas, los obispos cuidarán que para presentarse en público se vistan con un traje especial que indique su condicion vergonzosa y su género de vida. No se les permitirá si son estrañas en la localidad pasar la noche en las posadas ó tabernas (in meritoriis tabernis, vel publicis cauponis) á menos que su ruta las autorice á ello, y aun en este

caso no pasará de un dia su permanencia. En cada ciudad, los obispos señalaron á estas impúdicas un lugar de habitacion, léjos de las catedrales y de los parajes frecuentados, en cuya habitacion les será permitido vivir todas juntas, bajo el apercibimiento de que si toman domicilio fuera de los límites de este lugar, ó permanecen mas de un dia en alguna otra casa de la ciudad, serán severamente castigadas, lo mismo que los dueños de las casas que las hubieran acogido. Esta medida de policía se confiará particularmente á la ilustrada piedad de los príncipes y magistrados, á quienes tambien nos dirigimos para que prohiban á las mujeres de mala vida el uso de piedras preciosas, de oro, plata y seda en sus vestidos, y para que sobre todo espulsen á todos los infames que ejercen el oficio de lenones (omnes qui lenocinio quæstum faciunt.)

Hemos insertado íntegramente este capítulo de las Constituciones del concilio de Milan, porque es único en la historia de los concilios y nos presenta en perfecta inteligencia el poder eclesiástico con el poder civil para organizar y reprimir la prostitucion pública, sin destruirla ni aun excomulgarla.

CAPITULO XXXVI.

Los vestíbulos del lupanar.—La tragedia heróica reemplazada por la comedia libertina.—La iglesia no podia dejar subsistir el teatro enfrente de la cátedra evangélica.—Su indulgencia con los autores y cómplices de los desórdenes escénicos.—La prostitucion en las costumbres del teatro.—Las dicelias, las magodias.—Los mimos.—Las pantomimas.—Las atelanas.—Pantomima de Ariana y Baco.—Las comediantas.—Las danzas exóticas de la Grecia.—El epiphalos.—El hedion y el heducomos.—La brydalica.—La lamptrotera.—El strobilos.—El Didaris.—El apokinos.—El sybart'ke.—El mothon, etc.—Las danzas romanas.—La cordace.—Los equilibristas y los funámbulos.—Inmoralidad teatral.

La autoridad eclesiástica que se pronunciaba por la voz de los concilios y por los escritos de los Santos Padres, bien que fuera tan tolerante con la prostitucion legal, esa enfermedad del cuerpo social y político, procuraba destruir sus causas con un celo y severidad incesantes. Entre estas causas mas ó menos inmediatas que el cristianismo habia señalado á la aversion de los fieles, citaremos en primer lugar los juegos del circo y del teatro, que comprendian las danzas, la pantomima y la música profana.

Ya hemos hablado de la obscenidad de estas danzas y pantomimas; digimos que el circo y el teatro no eran sino los vestíbulos del lupanar; indicamos cuál era el verdadero oficio de las músicas y bailarinas; pero el asunto ha sido apenas tocado en los pocos pasajes en que solo ofrecia una de sus fases, y no podemos dispensarnos de volver á él con mas detalles para que se entrevea el espantoso foco de prostitucion que la iglesia cristiana tenia que sofocar ó al menos restringir.

Es incuestionable que el teatro entre los griegos y los romanos, tenia una accion funesta sobre las costumbres públicas, y abria por decirlo así, una escuela permanente de prostitucion. Todavía nos es-

plicaremos mejor la intransigencia de los doctores de la iglesia contra el teatro y contra todo lo que de él dependia, cuando nos demos cuenta de la profunda desmoralizacion engendrada y desenvuelta por la pasion del teatro en la sociedad pagana, que se precipitaba sin regla ni freno á todos los placeres sensuales.

Aunque el politeismo tenia ciertamente una gran parte en la creacion del teatro antiguo; aunque la mitología estaba encarnada en los dramas populares de la Grecia y de la Italia; aunque la tragedia en su orígen no era mas que una forma de los misterios religiosos; la iglesia habria perdonado sin duda las obras trágicas y líricas de Esquilo, de Sofocles y de Eurípides, y el teatro, que llamaremos heróico, habria hallado gracia ante la censura mas rigorosa; pero á consecuencia de la relajacion de las costumbres en la época en que el cristianismo tuvo necesidad de fundarse sobre la moral, la tragedia, aquella vieja y casta musa, que enseñaba en otro tiempo la virtud al pueblo, conmovido de admiracion y respeto, la tragedia parecia haber descendido de su trípode y aun estar desterrada de su templo. La comedia la habia reemplazado; la comedia, musa alocada y libertina, que con pretesto de corregir los vicios, se entretenia en pintarlos con agradables colores, trayendo cínicamente á la escena las torpezas ocultas en el seno de las familias ó en el secreto de los corazones.

La escuela satírica de Aristófanes y de Eupolis, aunque permitiéndose un lenguaje licencioso é indecente, habia despertado mas bien la malicia que el libertinaje; la escuela amena y burlesca de Plauto y de Menandro, hacia reir y reflexionar al mismo tiempo al público ilustrado que se complacia en la representacion de las grandes obras cómicas; pero ni Menandro, ni Filemon, ni Plauto, ni sus émulos é imitadores, se cuidaron de la decencia, abandonándose por el contrario, á toda la licencia de su imaginacion, á toda la procacidad de su espíritu, sin temor de ofender la vista ni los oidos de los espectadores. Su objeto era tal vez, presentando cuadros de audacia y desnudez, hacer que se sonrojaran como ante un espejo los modelos de aquellas cínicas pinturas; y con esta idea no eran ni mucho menos escrupulosos en las espresiones para caracterizar los amores ridículos de los viejos, las pasiones y locuras de los jóvenes, las bajezas de los parásitos, la avidez de los usureros, la infidelidad de los sirvientes, las infamias de los lenones y traficantes de esclavos, la astucia y artes

de las cortesanas. Estos tipos hablaban en su propia lengua en el teatro, y jamás el temor del escándalo sacrificaba una palabra feliz en la pluma del poeta cómico. Tampoco faltaban nunca los aplausos frenéticos del vulgo, á estas impúdicas trivialidades.

Y sin embargo, la rigidez cristiana habria cedido sin duda ante la reputacion literaria que los grandes cómicos griegos y latinos se habian creado á favor ó á pesar de sus licenciosas imágenes y preceptos inmorales ; pero esta alta comedia, que no admitia sin embargo, mas que escenas tomadas de la vida íntima de las cortesanas, se prostituyó mas aun, por decirlo asi, y acabó por descender á los mismos y á las atelanas.

La iglesia de Jesucristo no podia predicar la castidad y dejar al mismo tiempo subsistir el teatro enfrente de la cátedra evangélica. La ruina del teatro fué pues, cosa resuelta, como la de los templos paganos; pero los templos resistieron menos tiempo que el teatro. Hasta la tragedia se halló envuelta en esta proscripcion, que comprendia indistintamente todos los géneros de espectáculos, todos los géneros de actores, todos los géneros de diversiones profanas. La ley eclesiástica estaba de acuerdo con la ley romana, en notar de infamia á cuantos desempeñaban algun papel en los juegos del teatro; además la iglesia por su parte, los escluia de la comunion de los fieles, y no trataba con menos rigor á los poetas y á los músicos, que prestaban su concurso á la *impudicia teatral*. No era probablemente al orígen del teatro á donde los padres de la iglesia creian deber ir por represalias; sino mas bien á sus obras de iniquidad y corrupcion, si bien sus laudables esfuerzos fracasaron por mucho tiempo en la costumbre de las diversiones de esta especie. Así, en los anatemas que Tertuliano, Lactancio, San Cipriano y otros Padres, fulminaron contra el teatro, no hacen alusion á aquellas fiestas de Baco, que fueron la cuna del arte dramático, y en las de un coro de bacante y de faunos, pintorreados y ceñidos de pámpanos, cantaban asuntos lascivos y danzaban al rededor de las obscenas imágenes que llevaban en triunfo. Los antiguos griegos juzgaron su comedia tan severamente como la mayoría de los Padres de la iglesia, pues la llamaban cortesana elegante y graciosa (meretricula elegans et faceta, dice el jesuita Boullenger en su libro De theatro), San Cipriano la llama escuela de impureza, y San Gerónimo arsenal de prostitucion.

Pero no se trata de reunir aquí todas las acusaciones, todos los vituperios de la iglesia contra los juegos escénicos, de cualquier clase que fueran; solo queremos demostrar cuáles eran los escesos de obscenidad y escándalo que decidieron á los obispos cristianos á condenar sin distincion todo lo que pertenecia al teatro pagano.

Cuando comenzó la persecucion canónica, que tenia por objeto desterrar la impureza de las obras del teatro, el gusto del público no se satisfacia ya tanto en las representaciones de la buena comedia. Aristófanes, Menandro, Eupolis, Plauto y los principales cómicos de Atenas y de Roma figuraban tambien menos en la escena que en las bibliotecas. Allí fué á buscarlos el rigor del anatema católico, y hubo allí un deplorable celo religioso por la destruccion de todas las obras de arte que las costumbres griegas y romanas habian manchado con un barniz licencioso. Las cortesanas, las proxenetas, los cinedes, los libertinos, fueron los que causaron la pérdida de tantas bellas piezas, que personajes tan deshonestos llenaban con sus retratos y sus crapulosas doctrinas.

Hé aquí porque no poseemos mas que informes fragmentos de Menandro, que hizo ciento diez comedias, sobresaliendo en la descripcion de lo relativo á la prostitucion. Todavía poseemos menos de Filemon, de Eupolis y de los cómicos griegos, que por la licencia de su lenguaje y por la audacia de sus pinceles, debieron ser condenados sin remision al fuego. Plauto hubiera perecido tambien como Menandro á quien procuraba imitar, si una dichosa casualidad no hubiera librado veinte de sus comedias, que nos dan idea de lo que era la comedia griega, consagrada á la historia de las cortesanas y de sus amores, como la tragedia lo estaba á la historia de los dioses y de los héroes. En cuanto á Aristófanes seria difícil averiguar por qué ha sobrevivido casi íntegramente al aniquilamiento sistemático de las obras de teatro: si fué perdonado á pesar que las abominables suciedades de que están llenos los diálogos de sus obras, puede suponerse con alguna probabilidad de acierto, que los Padres de la iglesia se propusieron dejar la prueba de que un poeta pagano habia arrastrado por la escena los dioses y diosas del paganismo, azotándolos con el látigo de la sátira y llenándolos de lodo y de saliva. Luciano debió á un motivo análogo la conservacion de sus obras, á pesar de las obscenidades, que las hacian dignas del anatema de la iglesia.

Y aquella iglesia que no perdonaba los monumentos escritos de la licencia teatral, era mas indulgente con los autores y cómplices del libertinaje cómico. Todo el que pisaba la escena, tenia ya sobre sí una mancha indeleble, segun la ley romana; pero esta mancha se borraba en la comunion de los cristianos, si el arrepentido histrion abjuraba su oficio ignominioso.

«Si algun cómico, dicen las Constituciones apostólicas (Lib. VIII, cap. 32) es recibido en el seno de la Iglesia, sea un hombre ó una mujer, un carretero del círco, un gladiador, un corredor, un director de teatro, un atleta, un corista, un tocador de arpa ó de lira, un equilibrista ó un saltimbanqui, es preciso que renuncie á su oficio ó que sea escluido de la comunion de los fieles.»

La escomunion pesaba igualmente, como ya lo hemos dicho, sobre todos los pecadores que vivian del teatro y que no eran todos tan culpables; pero á los ojos de los Padres, el teatro era el dominio de la lujuria y de la obseenidad «*Theatra luxuriant*, decia San Jerónimo (Epist. ad Marcel). Los teatros engendran la lujuria». Tertuliano en su libro sobre la herejía de Marcion, denunciaba las criminales voluptuosidades del Circo en furor, de la orquesta en vértigo, y del teatro en licencia. (Voluptates circi furentis, caveæ insanientis, scenæ lascivientis).

Ya vimos lo que pasaba en el circo grande de Roma en las fiestas florales, donde la presencia de Caton impidió una vez dar la señal para el escandaloso é inícuo espectáculo. Pues bien, á pesar de Caton, á pesar de las amonestaciones de los filósofos, á pesar de los edictos de los cónsules, las Florales se celebraban aun de la misma manera; y Lactancio que las describe (Lib. I. cap. 20) prueba suficientemente las grandes dificultades que tenia que vencer el cristianismo para apartar de aquellos innobles placeres al populacho pagano.

»Además de la licencia de las palabras que se desbordan en un torrente de obscenidad, dice el santo autor de las *Divinas instituciones*, las meretrices, á los gritos de los impacientes espectadores, se despojan de sus vestidos. Ellas son las que este dia se encargan de los mimos, y á vista de todo el pueblo y hasta que sus miradas se sacian de obscenidad, están ejecutando infames contorsiones y movimientos (cum pudendis motibus detinentur).»

Arnobio, refiriendo tambien estos horribles escándalos, juzga que

la misma cortesana Flora haria una retirada honrosa como la de Caton, si pudiera ver las abominaciones que tenian lugar en honor suyo, y que superaban á todas las obscenidades de los lupanares de los teatros (si suis in ludis flagitiosas conspexerit res agi et migratum ab lupanaribus in theatro).

Si las Florales se celebraban aun en presencia de los romanos en el decurso del siglo tercero de la era cristiana, puede juzgarse de la obscenidad de las representaciones escénicas, á que la iglesia católica oponia ya victoriosamente sus predicaciones y abstinencias.

La comedia de toga (togata) no se dirigia sino á los espíritus cultivados y por consiguiente al menor número. San Cipriano, en su Epístola 103, no menos condena los elementos de la comedia griega y latina, las intrigas de los personajes, los engaños de los adulterios, la licencia de las mujeres, la ridiculez de los bufones, la desvergüenza de los parásitos, y aquellos padres de familia y aquellos patricios, ya nécios, ya impúdicos.

«Todos esos actores, dice con indignacion, ya desempeñen un papel sagrado, ya profano, remueven los fangos del teatro, no solo porque las obras que representan son indecentes, sino tambien porque sus movimientos y gestos son impúdicos, porque los actos de la prostitucion se traducen sobre la escena y la prostitucion se ejerce al mismo tiempo bajo la escena (Actores omnes, cum sacri tum profani, spurcitiam scenæ exagitant, non modo quod fabulæ obscenæ in scena agerentur, sed etiam quod motus, getusque essent impudici, atque adeo prostibula ipsa in scenam sæpe venirent et sub scena prostarent).

En efecto, ya describimos con datos de los poetas críticos, la prostitucion que se ejercia en el teatro y en los circos haciendo sus tráficos impuros á las puertas é inmediaciones de estos sitios públicos y bajo las bóvedas (fornices) del edificio en que se celebraban los juegos. Este solo hecho demuestra bastante la parte que tenia la prostitucion en las costumbres del teatro. Verdad es que las mujeres honradas, las madres y las matronas, no asistian sino rara vez á las representaciones; pero las lenas y lenones, las cortesanas famosas y las meretrices populares, los cínides y los espadones tenian el campo libre y cada uno de ellos aprovechaba los arrebatos sensuales á que daba ocasion el espectáculo para ejercer su vergonzoso oficio.

El proscenio del teatro estaba especialmente reservado á los jóve-

nes é imberbes cortesanos del libertinaje mas repugnante. Plauto, sin embargo, quiere espulsarlos de allí en el prólogo de su Penulo: Scortum exolentum ne quis in proscenio sedeat. En las gradas mas aparentes ó manifiestas se veian triunfar las estranjeras á la moda, las que llevaban mitra y enviaban sus emisarios por aquí y por allá á esperar, á recoger ó solicitar un ofrecimiento ó una proposicion. Las gradillas mas elevadas se ocupaban por la hez de la prostitucion que se derramaba en los patios y manchaba con sus impurezas las vastas y sombrías substrucciones del teatro ó del anfiteatro. Esta hez infame no se componia solo de meretrices, sino tambien de niños vendidos al libertinaje que se prostituian en aquellos sitios, dependiendo de todos los espectáculos por decirlo así. El jesuita Boullenger lo dice espresamente en su tratado *De circo romano*, sin disimular el execrable destino de la bóveda de un teatro. Certe ad omnia pene gymnasia et espectácula, erant popinæ et ganeæ utrique veneri masculæ et feminæ. Puede suponerse por dos pasajes del libro de los Macabeos, que aquellos innobles santuarios de la Vénus *Mascula* se llamaban *ephebia*. El cristianismo por llegar á destruir estos lugares, vil semillero de costumbres detestables, no queria dejar un solo teatro en pié.

Espectadores y actores hacian, pues, alarde de impudor y desvergüenza, pero la comedia mas licenciosa y obscena, era honesta y aun casta en comparacion de las pantomimas y mimos que no parecian sino inventados para auxilio de la prostitucion. Entre los griegos, las acciones escénicas, ya mudas, ya traducidas en gestos, ya dialogadas en habla, ya cantadas ó danzadas, se derivaban de las fiestas campestres que se instituyeron en honor de Baco, de Pan, de Flora, y demás divinidades rústicas. Ya no eran himos fálicos los que repetian en coro los campesinos ébrios saltando al rededor sus ánforas medio vacías, mientras que otros agitaban con cuerdas ciertas imágenes obscenas (oscilla) suspendidas de palos y recibiendo del movimiento que se les comunicaba, las formas y aspectos mas impúdicos. Los cantos fálicos se habian perpetuado sin duda en las ciudades de Atica, donde se paseaba aun el carro de Tespis en la época de las Bacanales. Pero este grosero espectáculo habia tomado en las ciudades un carácter mas escénico, sin tomar nada de su obscenidad. Tal fué el orígen de las *dicelias*, de las *magodias* y de los mimos.

Los *dicelistas* que los sicioneses llamaban falóforos, no aparecian

en el teatro, sino adornados de los atributos de Priapo, de Término, de Pan y de los sátiros que aprendian aquellos desórdenes de regocijo popular. En cuanto á las *magodias*, los actores, que Ateneo designa bajo el nombre de *magodes*, se disfrazaban de mujeres ó de libertinos, cuya insignia emblemática era un baston recto, hacian juegos imitando á los borrachos y á los grotescos palurdos y se espresaban por gestos.

En los mimos, al contrario, añadian á estos visajes y gestos impúdicos, cantos infames y diálogos no menos indecentes.

Los mimos posaron á Roma acompañados de todos los accesorios voluptuosos de la danza y de la música. Los bufones que actuaban en estas comedias callejeras, tenian la cabeza rapada y llevaban un calzado bajo y un traje abigarrado como las cortesanas de ínfima clase.

Los pantomimos que no tenian el recurso del diálogo, empleaban los prodigiosos suplementos del arte mímico para poner en escena los episodios mas impúdicos de la mitología.

Finalmente las atelanas, que recordaban con frecuencia el estro satírico de Aristófanes y atacaban á las personas acusando en alta voz sus vicios y defectos, no se desdeñaban de tomar sus buenas ocurrencias y malas palabras del lodazal de la prostitucion. Estas atelanas originarias de Atela, ciudad de Orques, eran la comedia nacional de Italia y conservaban mas de una tradicion de los faunos y lupercos.

Las pantomimas mitológicas fueron siempre las que hablaban mas alto á los sentidos del espectador. Mucho tiempo antes de que ellas osaran aparecer en escena, hacian las delicias de las comesaciones y veladas lo mismo en Grecia que en Roma. Jenofonte en el libro del *Banquete* describe una de estas pantomimas, que aunque bastante libre, no dará una idea exacta de lo que llegó á ser este género de espectáculo, cuando hubo pasado el misterio de la sala del festin á la luz de las representaciones públicas. Un siracusano maestro de pantomimas anuncia la que vá á ofrecer á los convidados en estos términos:

«Ciudadanos, hé aquí á Ariana que va á entrar en la cámara nupcial. Baco que anduvo de crápula con los dioses, vendrá á reunirse con ella y los dos caerán en la embriaguez de la voluptuosidad.»

Entra luego Ariana en traje nupcial, y se sienta pensativa y temblorosa. Baco aparece despues, vestido de Dios y andando al compás

rítmico de los aires de triunfo consagrados á estas fiestas solemnes. Ariana espresa en mímica cuanto se alegra de la llegada de su esposo, pero se guarda mucho de salir á su encuentro, ni aun siquiera deja su posicion; sin embargo su seno que se agita, sus mejillas que se sonrojan, todo su cuerpo que tiembla, revelan su gran emocion. Baco la ve de repente y llega hasta ella con movimientos apasionados.

La pantomima espresaba clara sino castamente lo que la palabra no hubiera podido espresar y suplia en cierto modo el lenguaje de los dioses. Puede adivinarse fácilmente lo que podía ser la fábula de Pasifae, la de Leda, la de Ixion y tantas otras monstruosidades, interpretadas por esta pantomima que procuraba ser tan fiel como elocuente.

Ordinariamente los papeles de mujer eran desempeñados por jóvenes, que segun la enérgica espresion de San Gerónimo, habian sido rotos desde la infancia en este manejo femenino. «In scenis theatralibus, dice el Santo, unus atque idem histrio nunc mollis in venerem frangitur, nunc tremulus in Cybelem.»

Bien se comprende que, á la vista de aquellos impúdicos gestos y además, impuris motibus scenicorum, como dice en su ciudad de Dios San Agustin, los que conservaban un resto de pudor volvian la cara sonrojados; pero no aprendian menos en esta escuela de lubricidad los espantosos desórdenes que se esforzaban luego en imitar sino en superar desvergonzadamente.

Aunque la mayor parte de estos papeles fueron confiados á hombres, habia sin embargo mujeres en el cuadro de compañía para escitar oportunamente y mejor las pasiones mas depravadas. Estas comediantas, cualquiera que fuese su empleo en escena, eran mas despreciables aun que los histriones, y á su marca de infamia venia á juntarse la nota de impúdicas, bien que fueron acaso honestas por otra parte. Tenian, en efecto, estas mujeres necesidad de olvidar su sexo para prestarse á las vergonzosas exigencias de su profesion. Procopo en su historia ha hecho el retrato de una cortesana de teatro, cuyo arte indecente y su belleza la habian hecho famosa. Este retrato copiado del natural en el siglo sexto, nos probará que en aquella época, apesar de los esfuerzos de la iglesia cristiana, el teatro no se habia sometido aun á la reforma moral reclamada por todos los obispos y doctores.

«En cuanto llegó á la pubertad, dice el historiador, bien que nacida de condicion libre, quiso inscribirse en el registro de las mujeres que se prostituyen en la escena. Hízose, pues, meretriz en él como esas desgraciadas que llaman pedestres ó pedáneas, porque van á buscar fortuna en los festines sin llevar instrumentos músicos ó mas bien porque se echan en tierra para librarse de los ataques bruscos (quia ad terram se subigendas mæchis substernerent, como traduce el jesuita Boullenger). Esta jóven meretriz no tenia flauta ni arpa, no sabia tampoco danzar al son de la orquesta; pero vendia su carne á cuantos encontraba haciendo tráfico de todas las partes de su cuerpo. Luego ofreció su concurso á los mismos para todo lo concerniente al teatro, y compañera ya de los bufones y grotescos, tomó parte en sus trabajos escénicos desempeñando su papel en las representaciones. Con frecuencia tenia que presentarse desnuda á vista del público espectador permaneciendo en medio de la escena, sin mas decencia, que una gasa ceñida por mitad del cuerpo.»

Esta desnudez impúdica, aquellos gestos obscenos, aquellas repugnantes pantominas, justifican demasiado el rigoroso juicio que hace Tertuliano del teatro en general y de sus tristes víctimas de público libertinaje en particular.

«Esos verdugos de su propio pudor, dice, se avergüenzan á lo menos una vez al año de las horribles prostituciones que osan exhibir á la luz pública y de las cuales suele espantarse el pueblo.»

San Basilio da la última pincelada á la espantosa pintura que los Padres de la Iglesia hicieron de la impureza teatral, haciéndonos ver la actitud del público durante las representaciones.

«La orquesta que abunda en espectáculos impúdicos, dice en su cuarta homilia *ad Examer*, es una escuela pública y comun de impudicia para todos los que asisten á ella; y los sonidos de las flautas y los cantos disolutos que se apoderan de las almas de los espectadores no consiguen otro resultado que llevar el frensí á esos insensatos que se dan á las torpezas y llevan el compás con los músicos de cítara y de flauta.

El griego es de tal manera espresivo en este singular pasaje que hemos procurado traducirlo á nuestra lengua tan literalmente como el jesuita Boullenger lo ha traducido al latin:

Orchestra, dice, quæ abundat espectaculus impudicis publica et

communis schola impudicitiæ iis qui assident, et tibiarum cantus et cantica meretricia insidentia audiemtium animis, nitul aliud persuadent quam ut omnes faeditati studeant et emitentur citharistarum aut tibicinum pulsus.

Por lo demás, los Padres de la iglesia, condenando las torpezas del teatro, no escrupulizan pintarlas ó describirlas sin resistencia. Arnobio habla de aquellos movimientos de caderas (clunibus crispatis) que no podia verse en calma; San Cipriano no dice que la pantomima es el arte de espresar con las manos todo lo que hay de obsceno en las fábulas mitológicas; Lactancio afirma que esta pantomima teatral consistia sobre todo en gestos y posturas, por cuyo medio se imitan danzando todas las impresiones del placer, (impudice gestus, quibus infames feminæ imitantur libidines quas saltando exprimunt); Salviano declara que seria demasiado largo enumerar todas las imitaciones de las cosas deshonestas, todas las obscenidades de palabras y consonancias, todas las torpezas de los movimientos, todas las indecencias de los gestos.

Los Padres, aunque cristianos, se indignan de ver á los dioses del paganismo dados á las innobles mascaradas y atroces profanaciones de las pantomimas. Arnobio se asombra de que se ose hacer de Vénus una infame cortesana, una frenética bacante, en Roma, donde Vénus tenia tantos templos y estátuas como divina ascendiente del pueblo romano. (Saltatur Vénus et per affectus omnes meretriciæ vilitatis impudica exprimitur imitatione bacchari.)

El cristianismo, proscribiendo todos los juegos escénicos, atendia menos á la comedia que á la danza que abrazaba todos los géneros de prostitucion. «La danza, como dijo Luciano en su diálogo sobre este arte voluptuoso, remonta á la cuna del mundo y nació con el amor. Luciano refiere á este propósito una fábula bitiniana que supone que Priapo encargado de la educacion de Marte, niño, hubo de ejercitarlo antes en la danza que en las armas para desarrollar á la vez las fuerzas físicas y el carécter belicoso de su ilustre educando. Hé aquí por que, se dice en la moraleja de esta fábula alegórica, la décima parte del botin hecho por Marte en la guerra, recae siempre en provecho de Priapo. Los Padres de la Iglesia, sin embargo, no creyeron deber perdonar la danza erótica en méritos de su divino orígen guerrero. En efecto, desde mucho tiempo atrás no se danzaba ya la *pirrica* y demás

danzas marciales que en otro tiempo exaltaran el valor de los lacedemonios lo mismo que el de los griegos al son de los escudos ; hasta las danzas religiosas parecian frias y mudas. Pero en todas partes, en los teatros, en los gimnasios, en los festines se habia introducido la danza lasciva y la pantomima mitológica, que hacian furor entre los viejos, lo mismo que entre los jóvenes. No se dejaba de ver danzar desde por la mañana hasta por la noche (ad orto ad occasum, dice la traduccion de San Basilio. Homil IV. ad Examer.)

Estas danzas causaban una especie de delirio en los espectadores, los cuales sin esclusion de los ancianos, se agitaban cadenciosamente en sus asientos y gritaban en vergonzosas aclamaciones, aplaudiendo á los danzarines, aquellos viles histriones de impudicia, hombres degradados y mujeres perdidas, marcados con el estigma de la infamia por la ley romana.

Así nos representa Luciano un viejo filósofo en medio de las cortesanas y los libertinos, sacudiendo su cabeza blanca y extasiándose de placer ante un miserable afeminado, indigno de llamarse hombre.

«Vé á sentarte á la orquesta, dice Craton á Luciano á quien reprende, para embriagar tus oidos con el canto y con los sones de la flauta, para encantar tus ojos con el espectáculo de un infame que con el traje de molicie y obedeciendo á cánticos lascivos, imita en todos sus escesos las pasiones de algunas mujeres descaradas como Fedra, Partenope, Rodopisa, y gesticula al desmayado son de la lira y al ruido de los piés que marcan al compás.»

Luciano que acepta el arte de la danza proclamándolo tan agradable como útil, no puede sin embargo dispensarse de hablar de las *gimnopedias* y demás danzas griegas en que figuraban desnudas las vírgenes y los niños.

«La danza, dice, debe pintar á lo vivo las costumbres y las pasiones... La danza no tiene límites; abraza todos los objetos, es un espectáculo que reune todos los otros, los instrumentos, el ritmo, el compás, la voz y los coros.»

Esplícase ahora bien el supremo influjo que ejercia arte semejante en sentidos predispuestos siempre al placer; se esplica al mismo tiempo por qué los obispos cristianos tenian tanto empeño en sofocar las seducciones irresistibles de la danza.

Seria demasiado prolijo citar aquí todos los géneros de danzas escénicas ó conviviales que atrajeron la vigilancia de la iglesia por parecerle manchadas de prostitucion. Ya hemos indicado mas particularmente las que interpretaban algun hecho mitológico de los amores del Olimpo. Las mas conocidas y menos decentes eran las de Vénus. La historia entera de la diosa y sus innumerables adulterios se reproducian en estas danzas con tan impura verdad, que el poeta de la «Metamórfosis» y del «Arte de amar», el voluntoso Ovidio, se sonrojaba de ver sus versos traducidos en movimientos, en gestos y en posturas eróticas: «Scribe si fas est imitantes turpia mimos», decia admirado de la licencia de semejantes cuadros.

Ateneo nos da los nombres de cierto número de danzas de la misma especie, que no describe, pero cuya indecencia caracteriza mas ó menos. Tales eran el *epiphallos*, que descendia directamente de las fiestas y de los juegos fálicos; el *hedion* y el *heducomos*, danzas combinadas con canciones lúbricas; la *brydalica*, originaria de Laconia, ejecutada por mujeres con máscaras ridículas de monstruosa indecencia; la *lamptrotera*, cuyas bailarinas completamente desnudas se provocaban con palabras impúdicas; el *strobilos* ó huracan, que levantaba las haldas de los actores por encima de sus cabezas; el *kidaris*, ó el sombrero, danza deshonesta de la Arcadia; el *apokinos* que consistia en un prodigioso movimiento de caderas, el *sybaritike*, que justificaba su nombre; el *mothon* ó el esclavo que permitia gran licencia; el *ricnoustai* y *diaricnoustai*, que se distinguia por las titilaciones y estremecimientos voluptuosos del cuerpo, etc. El sabio Meursio hizo un volúmen de disertaciones sobre las danzas de los griegos y está muy léjos de haber agotado este delicado asunto, en lo que concierne á las danzas del amor.

Los romanos aun aumentaron la molicie é impudencia de estas danzas; que se producian sin velo en los teatros y favorecian diariamente la corrupcion de las costumbres. Cada uno de los danzarines hábiles inventaba la suya y le aplicaba su nombre. Así, Batilo, Pilades, Fabaton y otros célebres pantomimos fueron los creadores de diversas danzas que no cedian en espresion lasciva á las mas impúdicas del Egipto y de la Grecia. Pero la danza mas estimada en Roma era la *cordace* (cordax) que debia su éxito á un incentivo movimiento de cintura abajo. Séneca se lamenta de que danza tan obscena se hu-

biera introducido en el teatro (Nat. Quæst. Lib. I. c. 16). Segun la etimología de esta danza griega, parece que los primeros danzarines se suspendian á una cuerda y se columpiaban en el aire con mil posturas bufonas y deshonestas; era un recuerdo tradicional de aquellas *oscillas* de las fiestas de Baco que afectaban á veces tan singulares formas.

Casi todas las danzas escénicas exigian grande agilidad de cuerpo y estraordinaria flexibilidad de miembros: mas ó menos, todos los danzarines eran equilibristas y funámbulos. En el banquete de Jenofonte, vemos una danzarina infantil hacer la rosca hácia atrás, juntando la cabeza con los piés, mientras que un bufon la hace hácia adelante al son de la doble flauta. Estos bailarines hacian tan escesivo ejercicio de movimientos desordenados, que caian al fin rendidos de cansancio y de fatiga.

Desde la mas remota antigüedad los bailarines se presentaban desnudos, cargados de amuletos indecentes los unos, los otros pintorreados de azafran; estos afectaban el sexo femenino, aquellos aumentaban las proporciones de su sexo; todos afeitados de rostro y de cabeza, y algunos con tocado de Mercurio, en señal de costumbre afeminadas. Esta desnudez de los corifeos de la danza, aumentaba aun su carácter vergonzoso.

Un fresco de Herculano representa á una danzarina infantil, completamente desnuda, que danza en la mano de un flautista, sentado al pié de un lecho convivial, donde dos comensales se animan mútuamente ante el lúbrico espectáculo. Y Suidas menciona otra danza desnuda, en la cual los actores se colgaban á la cintura ó al cuello enormes vejigas teñidas de rojo que tenian el aspecto de *oscilla* y tomaban á cada movimiento de la danza una fisonomía impúdica. (Ved el pasaje de Suidas en el tratado de *Teatro* por Boullenger, lib. I., capítulo 52).

Es muy natural que los mercenarios que se prestaban á semejantes juegos de prostitucion, fueran notados de infamia y comprendidos en la clase de las meretrices y cínides. Así, en los primeros siglos del teatro latino, los actores que se espusieron de este modo al desprecio público, no solo fueron escluidos de la clase de los ciudadanos, sino que tambien fueron espulsados de Roma por órden de los censores. En aquella época de pudor censorial ni siquiera se permitia en

escena un hombre vestido de mujer, y la diferencia de sexo no se establecia ante los espectadores, sino por el carácter especial de la máscara de teatro.

Pero no obstante las decisiones de los magistrados, la inmoralidad teatral rompió muy luego todos los obstáculos y la prostitucion hubo de instalarse como reina en aquellos impuros establecimientos. Fuera de ciertas escepciones, que el talento del actor y el carácter del hombre podian determinar únicamente, todo lo que figuraba en escena era infame y difamado, y los aplausos del pueblo no hacian sino consagrar aquella infamia. Entre los actores no hubo mas que eunucos cínedes, *pacientes*, espadones y demás cómplices del libertinaje antifísico; y las actrices solo eran prostitutas de todas categorías. Arnobio se espresa á este respecto, con una energía que la traduccion mas exacta no podia igualar: habla de los efectos corruptores de la música y de la pantomima:

Estas mujeres, dice, se hacen meretrices y músicas por abandonar su cuerpo á un innoble tráfico, por ostentar su ignominia ante un pueblo que les pertenece, prontas á lanzarse á los lupanares, buscando aventuras bajo las bóvedas del teatro, sin resistirse á ninguna obscenidad, pues ponen hasta la boca al servicio de la prostitucion. (In feminis fierent meretrices, sambucistriæ, psaltriæ, venalia ut prosternerent, copora, vilitatem sui populo publicarent, in lupanaribus promptæ, in fornicibus obviæ, nikil pati renuentes, ad oris stuprum paratæ.)»

Y sin embargo, en medio de aquellas mujeres deshonradas y viles, reclutó el cristianismo mártires y santas.

Los fundadores del cristianismo sintieron la necesidad de atacar de frente el teatro pagano y destruirlo para llegar á la reforma de las costumbres, y con este propósito reunieron todas sus fuerzas, toda su autoridad, toda su elocuencia contra aquel formidable enemigo que se defendia con las poderosas armas de la sensualidad, del placer y de la prostitucion. Pero por espacio de seis siglos el teatro sostuvo todos los ataques y no se derruyó sino despues de los últimos altares del politeismo.

La prostitucion, sin embargo, no fué aplastada bajo las ruinas de la escena.

CAPITULO XXXVII.

Miras del cristianismo en la reforma de las costumbres públicas.—Del vectigal ó impuesto lustral, que pagaban las prostitutas al imperio romano.—Los trabajos de dia y los trabajos de noche.—El vectigal obsceno.—La tasa meretricia bajo el imperio de Heliogábalo.—El aurum lustrale.—Los recaudadores del vectigal de la prostitucion.—Epitafio de un agente de esta especie.—Alejandro Severo decide que el oro lustral sea empleado en fundaciones de utilidad pública.—Supresion del derecho de ejercicio para la prostitucion masculina.—El Crisargiro.—Epitafio del primer lustral del imperio.—Su hija Verecumdia ó Pudibunda.—Disertacion sobre el orígen de la palabra lustral.—Constantino el Grande no es el creador del Crisargiro.—Edictos de este emperador sobre la colacion lustral.—Protesta de los filósofos contra el tributo de la prostitucion.—Teodosio II suprime la cuota de los lenones en la capitacion lustral.—Los prolegómenos de su novela De lenonibus.—Las cortesanas quedan tributarias del fisco.—Esplicacion de la constitucion del Crisargiro por Cedreno.—Rigores de los cobradores del vectigal meretricio.—El emperador Anastasio y la abolicion del Crisargiro.—Proyecto de los especuladores para restablecer este impuesto.—Reaparece en tiempo de Justiniano.—Indulgencia de este emperador para con las mujeres públicas.—La emperatriz Teodora.—Casa de retiro y penitencia para las cortesanas.—Las quinientas reclusas de la emperatriz.

Réstanos que examinar la influencia que el cristianismo ejerció en la jurisprudencia romana y en los derechos imperiales bajo el punto de vista de la prostitucion. Esta notable influencia, que emanaba de los concilios no se separaba de su doctrina, y todos los emperadores cristianos desde Constantino hasta Justiniano, se aplicaron, á encerrar la prostitucion en límites mas estrechos, bajo una vigilancia mas severa, sin comprometer, al procurar suprimirla por completo, la seguridad de la vida social. No podria dudarse de que los emperadores fueran dirigidos en esta ocasion por el ilustrado juicio de los Padres de la Iglesia, que admitian la existencia de la prostitucion en un estado como un mal necesario é incurable, como una llaga que no puede cicatrizarse, sino disimularse únicamente. Pero en cambio por

el mismo sistema, procuraba atajar el mal en su principio oponiendo la penalidad mas rigorosa á todo acto de lenocinio. Puédense, pues, resumir así las miras del cristianismo en la reforma de las costumbres públicas por la legislacion imperial: detener el progreso de la prostitucion, disminuir y circunscribir su dominio, separar de ella á todos sus parásitos impuros, dejarlo subsistir en las sombras del desprecio para el uso de algunos perversos , hacerla , si era posible mas vergonzosa, mas degradante aun, y poner entre ella y la vida honrada una línea divisoria mas profunda y ostensible.

Pero antes de abordar lo que llamaremos policía cristiana de la prostitucion bajo el imperio de Constantino y sus sucesores, debemos tratar de un asunto que á ella se refiere y que merece ser estudiado aparte. Aludimos al *vectigal* ó impuesto lustral que pagaban las prostitutas en todo el imperio romano desde Calígula que fué su inventor. Es notable que este escandaloso impuesto, fruto amargo de la depravacion social, hubiera subsistido hasta Anastasio primero y que los emperadores cristianos anteriores á este príncipe consintieran en manchar sus manos con oro de fuente tan impura. Verdad es que quisieron depurar al parecer este oro infame empleándolo en fundaciones piadosas y útiles, entre las cuales hallamos el establecimiento de una casa de refugio ó penitència para las mujeres públicas. La tasa de la prostitucion en la antigüedad es un hecho interesante tanto mas, cuanto que la veremos reaparecer mas regular y menos arbitraria en los tiempos modernos bajo el régimen de una administracion fundada en la moral y en la religion.

Los romanos daban el nombre de vectigal á toda clase de impuesto sacado (vectus) de la sustancia del pueblo que á él contribuia: todo era materia de vectigal en las cosas y en los hábitos de la vida social; pero no creemos que la prostitucion hubiera sido tasada antes de Calígula, que ordenó que cada prostituta pagara al fisco la octava parte de sus lucros diarios (ex capturis) lo que producia un impuesto proporcional que seguia el curso de la prostitucion subiendo ó bajando con ella. No aceptemos, sin embargo, la distincion que el docto comentador de Suetonio, Torrencio, cree deber establecer entre los trabajos de noche y los trabajos de dia de las mujeres públicas, diciendo que solo estos últimos estaban asimilados á los trabajos del jornalero y sometidos á la fiscalizacion imperial. La palabra captura no supone

esa distincion demasiado sútil, y Calígula no era bastante inocente para privarse de la mejor parte de sus rentas pornobólicas. No es esto todo: Calígula, por aumentar aun los productos del vectigal impúdico, hubo de incluir tambien en él á todos los que, hombres ó mujeres habian ejercido el meretricio ó el lenonicio; pero Suctonio no nos dice cual era ese derecho, que sin duda no tenia nada de fijo ni de permanente, pues que los matrimonios estaban igualmente sujetos á un derecho del mismo género (nec non et matrimonia obnoxia essent.) Este vectigal no tenia ciertamente por objeto moderar los abusos de la prostitucion haciéndola mas onerosa; era, al contrario una prima de garantía, garantía de tolerancia que la autoridad exigia de todos los agentes de la depravacion pública. Muy léjos estaba esto de las leyes prohibitivas de Tiberio que desterraba á las prostitutas patricias y á los libertinos del órden ecuestre para castigar á las primeras por haberse inscrito en el registro de las cortesanas, y á los segundos por haber osado parecer en el teatro ó en la arena. El impuesto creado por Calígula no fué abolido por los emperadores que le sucedieron, pero se variaron muchas veces sus bases y forma para hacerle producir mas y para someterle el mayor número posible de contribuyentes.

Hemos visto en alguno de los capítulos anteriores que el execrable Heliogábalo, para aumentar los rudimientos de la prostitucion hubo de abrir lupanares en su mismo palacio y elevar arbitrariamente las tarifas de estos establecimientos imperiales, á los que concurrian las matronas y los caballeros romanos deseosos de acrecentar las rentas del César. Pero la tasa meretricia no tenia ya entonces ninguna medida y los preceptores encargados de señalarla la fijaban segun su capricho ó la fortuna de los interesados.

El vectigal de la prostitucion (meretricium) comprendia los derechos de todo género que se percibian de cualquiera que hacia profesion de libertinaje, cualquiera que fuera su sexo, su edad ó condicion: las lenas y lenones no estaban olvidados en esta contribucion y los niños hacian ingresar mayores sumas que las mujeres, porque eran mas numerosos que ellas.

Para no confundir este impuesto vergonzoso con los otros vectigales (vectigalia) que pesaban sobre la poblacion honrada, se disfrazó luego bajo la dominacion de *aurum lustrale*, ya se estendiera por esto que la tasa tenia un carácter de expiacion ó equivalia á la expiacion

del hecho obsceno, ya fuera una alusion, como parece mas probable, á la procedencia misma del impuesto, que salia principalmente de los lupanares llamados *lustra*.

La percepcion de este impuesto debia ser muy difícil y los receptores que tenian el encargo de realizarlo se hallaban armados de una especie de autoridad, con cuya fuerza podian gobernar las malas voluntades de las envilecidas criaturas sujetas á la vigilancia.

Por lo demás, las funciones de colector del impuesto lustral no imprimia nota de infamia en los que desempeñaban este penoso cargo público, pues en las inscripciones de Gruter (n.º 347) se hallaba el epitafio de un funcionario de esta estofa, que es calificado así:

P. AELIO T. F. AURI LUSTRALIS COACTORIS.

El impuesto del oro lustral hacia ingresar muy grandes sumas en el tesoro público para que se renunciara á este arbitrio fácilmente. Así, pues, Alejandro Severo que tenia horror á este oro manchado de infamia, hubo de mandar que se purificara empleándolo en fundaciones de pública utilidad, y lo aplicó desde luego á la restauracion del Teatro, del Circo, del Anfiteatro y del Estadio, á fin de que estos monumentos consagrados á los placeres del pueblo fueran sostenidos á espensas de la prostitucion (Lenonum vectigal, dice Suetonio, et meretricium et exoletorum in sacrum ærarium inferri vetuit).

Lamprides, refiriendo esta honesta reforma que honra á Alejandro Severo, añade que este príncipe austero y virtuoso habia tenido el pensamiento de hacer desaparecer enteramente los jóvenes auxiliares del libertinaje público (habuit in anima ut exoletos vetaret;) pero el emperador temió que esta medida convirtiera un oprobio público en un desbordamiento de pasiones particulares «porque dice el historiador de los Césares, los hombres desean mas vivamente lo que les está prohibido, á lo que se lanzan con una especie de furor.»

Por lo demas, como Alejandro Severo disminuyó todos los impuestos reduciéndolos á una trigésima parte de lo que eran en tiempo de Heliogábalo, debe creerse que dejó subsistir en su antigua tarifa el oro lustral.

Este impuesto sufrió sin embargo modificaciones diferentes á las cuales no es posible fijar época. En tiempo del emperador Filipo, que no ocultaba sus preocupaciones cristianas, la prostitucion mas-

culina cesó de pagar derechos de ejercicio, pues hubo de ser abolida en principio sino de hecho por un edicto imperial (Ved Lamprides cap. 23, Vida de Alejandro Severo.) Mas tarde el vectigal impúdico solo se pagaba por quinquenios como otros arbitrios impuestos sobre el oficio y condicion de las personas. Entonces se llamó crisargiro (chrysargyrum) palabra formada del griego y que comprende las dos de oro y plata, par espresar sin duda que unos mantenian su infame industria á peso de oro, y otros á peso de plata, y que la tasa era desigual para todos, aunque su motivo fuera homogéneo y la diferencia de la prostitucion no regulara la diferencia de la tarifa legal.

No se tienen nociones exactas sobre la cuota de la capitacion lustral, que era exigible á principios del año quinto de esta especie de arrendamiento contratado por el Estado y los agentes directos ó indirectos de la prostitucion. El pago del impuesto era en cierto modo una autorizacion adquirida para ejercer su escandaloso oficio, para el cual se necesitaban un privilegio y una patente, si es posible caracterizar con estas espresiones modernas el hecho antiguo que exactamente representan. El privilegio lustral estaba así limitado á cinco años, á fin de que los traficantes de prostitucion pudieran siempre, antes que espirara el plazo de rigor, declarar que abandonaban el innoble oficio y entraban en la vida honrada.

La contribucion del crisargiro estaba confiada á oficiales de buenas costumbres encargados de fijar los tipos y hacer ingresar los fondos en las arcas del tesoro público. Estos oficiales tenian el título de *lustrales*, como se vé en una inscripcion de la coleccion de Fabricio.

PRIMOGENIO LUSTRALI AUGG. N. N.
ALFIA VERECUNDINA PATRI PIENTISSIMO

Esta inscripcion, que debe ser del cuarto siglo, se refiere al administrador principal de la capitacion lustral, ó primer Lustral del imperio; pero no se le nombra, aun calificándolo á nombre de su hija de padre tiernísimo (pientissimo). El nombre de la hija de este superintendente de la prostitucion merece ser notado. *Verecundina* equivale á *pudibunda*, y semejante nombre no es bastante para justificar la posicion equívoca de una jóven educada en medio de las impuras atribuciones de la casa paterna.

No creemos que sea menester referir el orígen de la palabra *lustralis* al período de cinco años, durante el cual la prostitucion no tenia nada que pagar al fisco; Ulpiano pudo emplear *lustralis* en el sentido de *quinquenal* (de lustrum) sin quitar á la palabra su significacion primitiva que envolvia una especie de penalidad expiatoria.

Zozimo, historiador griego muy parcial contra los cristianos, reprocha amargamente al Gran Constantino haber abrumado con un nuevo impuesto el meretricio porque la palabra *crisargiro* parece no haber sido empleada hasta aquella época; pero Zozimo no suministra ninguna prueba en apoyo de la acusacion que dirige contra la misma moral del Evangelio, atribuyendo al primer emperador cristiano la creacion de un impuesto escandaloso y corruptor. La verdad es que este impuesto existia desde el tiempo de Calígula y no hubo de ser abolido nunca, sino circunscrito y reglamentado. Constantino tuvo el proyecto de suprimir á la vez el impuesto y la culpable tolerancia que era su apoyo: publicó nuevos edictos sobre la *contribucion lustral*, que comprendia todos los subsidios exigidos á toda clase de comercio y dejó subsistir á los lenones y á las cortesanas entre los traficantes que debian al fisco una parte de sus beneficios. Era cerrar los ojos ante un abuso contrario al espíritu del Evangelio y aun de la filosofía, pero no era crear ni aprobar este abuso, que no fué reformado hasta el tiempo de Teodosio el jóven.

Por lo demás desde el segundo siglo, los filósofos habian ya protestado con toda su indignacion contra el odioso impuesto que aseguraba la impunidad del libertinaje y ponia la prostitucion bajo la garantía del gobierno. Justino en su *Apología de los cristianos*, escrita á mediados del citado siglo, acusa enérgicamente á los emperadores de recibir el tributo de la prostitucion:

«Como los antiguos, dice, apacentaban grandes rebaños y vacadas lo mismo hoy se crian niños destinados á la infamia, y mujeres de buena voluntad (muliebrem patientiam, segun la traduccion latina); y esta multitud de mujeres, de cínedes y *felatores* de boca impura (apicorum spurco ore) pagan derechos que no teneis vergüenza de aceptar.»

Teodosio II fué quien ejecutó en parte lo que Constantino habia proyectado y suprimió la cuota de los lenones en la contribucion lustral: sin suprimir esta cuota no habia podido suprimir el lenocinio.

Poniendo fin á este vergonzoso comercio y proscribiéndolo bajo las penas mas severas, no perdonó la incuria de sus predecesores y hubo de reprochársela en los prolegómenos de la novela *De lenonibis*, promulgada en 439.

«La incuria de nuestros mayores se dejó engañar por la condenable astucia de los lenones, que con pretesto de cierta prestacion lustral quedaban autorizados para hacer el comercio de corrupcion y libertinaje (*ut, sub eujusdam lustrulis prestationis obtentu, corrumpenpi pudoris liceret exercere commercium*).»

En esta misma novela, se pregunta el emperador si seria lícito á los lenones residir en la capital del imperio de Oriente y si el tesoro debia enriquecerse con su infame industria (*aut corum turpissimo quætu ærarium videretur augeri*).

Teodorio arrancó pues á los lenones de la capitacion lustral, pero dejó á las cortesanas como tributarias del fisco. El crisargiro continuó exigiéndose con mucha severidad á cuantos negociaban de cualquier modo que fuera: los lenones y los jóvenes ausiliares del libertinaje no fueron ya comprendidos en el nuevo censo, que tenia lugar cada cuatro años, y cada cinco antes de Constantino.

Este censo se hacia tan escrupulosamente en todas las casas que cada habitante tenia que justificar de sus medios de subsistencia y dar parte al emperador. Los que no podian pagar su cuota á causa de su estrema pobreza no escapaban á los malos tratamientos, que les hacia sufrir el exactor. Zozimo dice que esta exaccion se hizo en tiempo de Constantino con tanto rigor, que las madres vendian sus hijos y los padres prostituian á sus hijas para poder pagar el impuesto del crisargiro, el mas oneroso é injusto de todos los impuestos. Vese, pues, que el vectigal impuro no habia cesado de estenderse y desenvolver en sus redes á toda la poblacion mercenaria de las ciudades.

Los historiadores no están de acuerdo entre sí sobre la aplicacion de este impuesto que no alcanzaba solo á los ajentes de la prostitucion y habia acabado por ser anual en vez de ser exigible de cuatro en cuatro años. Sin embargo Cedreno, que compilaba en el siglo undécimo su *Historia universal* por cronistas hoy perdidos, tuvo cuidado de esplicar, bajo su punto de vista, la constitucion del crisargiro tal como existia á fin del siglo quinto.

»Todo mendigo, dice, toda prostituta, toda mujer repudiada, todo esclavo, todo liberto, pagaban cierta cuota al tesoro público. Se impuso tambien la suya á las mulas, á los monos, á las yeguas, á los perros, ya estuvieran en la ciudad, ya en el campo. Hombre ó mujer, cada individuo sometido á esta capitacion pagaba una pieza de plata; lo mismo se exigia de cada caballo, de cada buey, de cada mula; pero el asno y el perro no estaban tasados mas que en los seis óbolos por cabeza.»

Cedreno parece olvidar en esta nomenclatura á los negociantes de toda clase (*negociatores*) que contribuian mas ó menos al crisargiro y que se designaban colectivamente en los derechos relativos al impuesto lustral. Todos los historiadores están de acuerdo, eso sí, en lo que conviene á la dureza de los exactores, á quienes presentan como altos personajes honorarios de la confianza particular del emperador. Cedreno dice, á este propósito, que se alzaba un gemido inmenso de la ciudad y de los campos vecinos, cuando el fisco enviaba á la exaccion un implacable ejército de colectores semejante á una plaga de langostas. Parece sin embargo que las cortesanas y su vil escolta tenian que sufrir mas que los otros contribuyentes, probablemente porque la exaccion se ejercia sobre estas desgraciadas á merced y arbitrio de los oficiales del fisco. Evagrio, en su Historia eclesiástica (Lib. III cap. 30,) refiere que se iba en busca de las cortesanas y de los libertos á los lupanares y á las tabernas; que se empleaba la astucia y la violencia para convencerlas del hecho de prostitucion y que no se les daba la libertad de disponer de su cuerpo sino despues de haberles librado un documento en que constaba el oficio y la cuoto de la capitacion lustral.

Estaba reservado al emperador Anastasio llevar á efecto una reforma que reclamaba desde siglos atrás la iglesia cristiana, y que Constantino el Grande no habia podido efectuar, á pesar de sus buenos deseos. Tal es el testimonio de un escritor anónimo, autor de una relacion de *Synodis* que cita Ducange en su *Glossarium ad scriptores mediæ et infimæ græcitatis*. Evagrio hace un curioso relato de la abolicion del crisargiro por Anastasio á principios del siglo sexto.

«Este execrable impuesto, dice, era un ultraje á Dios, una vergüenza para los gentiles mismos y una afrenta para el imperio cristiano, puesto que autorizada las infamias de cuyo vergonzoso lucro participaba.»

Los colectores que presidian la percepcion del crisargiro eran sin embargo personas honorables, que despues de baberse enriquecido á espensas del vicio, desempeñaban en el Estado las funciones mas imponentes, sin avergonzarse de las torpezas que sus secretarios y ajentes habian hecho á su nombre y bajo su autoridad.

Anastasio tuvo noticia de todos los atropellos y violencias que se cometian en estas funciones, y resolvió poner fin al escándalo. En vano un hombre hábil llamado Tucidides, hubo de tomar la defensa del crisargiro proponiéndose probar que era tan justo como necesario; Anastasio lo denunció como inmoral é inícuo ante el Senado y lo abolió por una ley ordenando quemar los registros de los exactores y arrendatarios del impuesto. Estos se prometian aun obedecer el restablecimiento del crisargiro, que tan pingües beneficios les habia producido, y solo esperaban el advenimiento de otro príncipe para levantar de nuevo el impuesto con ayuda de los documentos originales que habian conservado ó sabian donde poder encontrarlos, caso necesario. Pero Anastasio advertido de sus esperanzas y proyectos, imaginó darles el último golpe.

Con tal propósito fingió sentir la precipitacion con que habia obrado, privándose de una fuente tan productiva de rentas públicas; se acusó en alta voz de su imprudencia y se quejó de no haber escuchado los consejos de Tucidides que le suplicaba respetar un impuesto que todos los emperadores desde Calígula habian considerado como la riqueza del tesoro imperial. ¿No estaba purificado aquel oro con el uso que de él se hacia, cuando se aplicaba á los gastos del ejército y del culto?

Anastasio demuestra claramente su intencion de restablecer el impuesto; llama entre sí á los preceptores cesantes y les hace la misma declaracion. Todos los asistentes aplauden jubilosos sus buenos deseos y le declaran á su vez que pueden aun recojerse los documentos y títulos originales para restablecer las bases del suprimido impuesto. Anastasio los felicita por su prevision y celo y los anima á no omitir diligencia ni gestion para reunir todos los títulos aun existentes. Los especuladores se animan, en efecto, y se consagran con la mayor solicitud á tan importante tarea, mientras que la desolacion se apodera de la gente meretricia, que ya se habia creido libre de su odiosa esclavitud.

Nadie sabia esplicarse el motivo que habia determinado al emperador á revocar una disposicion aprobada y aplaudida por todos los verdaderos cristianos. Se sabia, sí, que los monjes de Jerusalen habian enviado á Constantinopla una diputacion encargada en nombre de la iglesia, de solicitar la abolicion del crisargiro. Los enviados monásticos habian sido recibidos con grandes miramientos por el emperador, quien hubo de interesarse mucho tambien en la representacion de una tragedia griega en la cual Timoteo de Gaza, no menos recomendable por su reputacion de sabiduría, que por su talento de poeta, habia sacado á la luz pública del teatro, las abominaciones del impuesto, creacion digna de Calígula.

Anastasio se encerró en su disimulo hasta que los títulos originales fueron entregados por solicitud y diligencia de los receptores, que lograron descubrirlos en los archivos públicos y en las casas particulares.

—¿Está aquí todo? preguntó el emperador al primer lustral del imperio.

Con la afirmativa de este alto funcionario, hizo publicar á son de trompeta que el pueblo estaba invitado á ir al Circo para ver un espectáculo que no se habia visto ni veria nunca.

El pueblo no hizo falta al llamamiento. Todos los títulos del impuesto se habian amontonado en medio del Circo: un heraldo anunció á los asistentes que el *Crisargiro* habia sido condenado al fuego como impío é infame.

En efecto, todo fué quemado entre las aclamaciones de la multitud y las cenizas de aquel monton de papiro cayeron sobre las cabezas de las cortesanas y de los lenones, que no habian sido los últimos en invadir las gradas del Circo.

Sin embargo parece que el crisargiro no fué aniquilado completamente en las llamas y que resucitó bajo otra forma para suministrar aun al tesoro sumas considerables. Existia bajo el imperio de Justiniano, que evitó sin embargo especificarlo en el reglamento de los recaudadores de impuestos. (*De exactoribus tributorum* C. Just. Lib. X. tit. 19.) Tampoco lo menciona Justiniano en su novela contra los lenones, que habian vuelto á levantar la cabeza y se entregaban sin reserva á su infame comercio. Debe suponerse que solo las mujeres eran admitidas á la profesion y tasa de la prostitucion legal, donde no

figuraban, ostensiblemente á los menos, los corredores y agentes pasivos del libertinaje.

Haremos notar que Justiniano fué mas indulgente que Teodosio con la prostitucion y con las desgraciadas que la ejercian; derogó las leyes romanas en virtud de las cuales no era permitido á ningun ciudadano unirse en matrimonio con mujeres de teatro, notadas todas de infamia; se casó el mismo con Teodora, famosa en otro tiempo entre las prostitutas, hija de una meretriz de infame clase y digna discípula de su madre. Justiniano cubrió con su púrpura las manchas de aquella bailarina que habia paseado su vergüenza de pueblo en pueblo, antes de subir al trono de las emperatrices; pero Justiniano se acuerda siempre de que su esposa ha servido en la escena para los placeres del populacho y se ha visto espulsada ignominiosamente por los magistrados que la acusaban de corromper la juventud.

Teodora quizás no lo olvidaba tampoco, y por expiar los desórdenes de su juventud hubo de fundar una casa de asilo y penitencia para sus antiguas compañeras de libertinaje. Es probable que esta fundacion piadosa, que le aconsejaron las reminiscencias de su primer estado, fuera costeada con los fondos del tributo lustral. Procopo no dice nada sobre esto, cuando habla de este convento de nuevo género en su Tratado de los edificios construidos bajo el imperio de Justiniano; pero hay motivos para suponer, que desde Alejandro Severo, el producto del vectigal impuro se aplicaba especialmente á trabajos de utilidad pública.

Estaba en el espíritu del cristianismo emplear el dinero de la prostitucion en combatirla y reparar sus funestos efectos. Pero Teodora se equivocó en la ejecucion de su idea, que debia producir felices resultados en otras tentativas análogas que veremos reproducirse con frecuencia en la edad media. Esta meretriz coronada cometió la imprudencia de recurrir á medios violentas y no á la persuacion para lograr su objeto. Quinientas mujeres públicas fueron arrebatadas en las calles de Constantinopla y trasladadas á un antiguo palacio, situado á la orilla asiática del Bósforo. Este palacio habia sido magníficamente dispuesto para recibir á las reclusas: habia en él todo lo que podia consolarlas en la pérdida de su libertad y de su estado, pues la emperatriz no habia olvidado nada de lo que pudiera procurarles una distraccion honesta; pero aquellas desgraciadas separadas de sus

amantes y de sus orgías, prefirieron una muerte pronta, á una vida solitaria sin goces sensuales: las mas de ellas se arrojaron á la mar desde la primera noche y las que quedaron en la dorada prision, murieron luego de languidez y despecho.

Procopo no nos dice si Teodora insistió en su ensayo de moralizacion forzosa, que tan malos resultados daba. Las pobres víctimas que mandaba encerrar así de viva fuerza, habrian vuelto alegremente á la prostitucion, si se les hubiera permitido salir del triste refugio que Teodora les habia dado.

CAPITULO XXXVIII.

Legislacion de los emperadores romanos relativa á la prostitucion.—El meretricio es considerado como un comercio legal.—La nota de infamia impuesta á las hijas de los lenones y de los lupanarios.—El meretricio antifísico es escluido del impuesto lustral.—Ley concerniente al rapto de las nubiles.—Las dueñas y sirvientas de taberna son esceptuadas de las penas de adulterio.—Prohibicion de la venta de esclavas cristianas para el servicio de la prostitucion.—Los pecados contra naturaleza castigados de muerte.—Teodosio el jóven se hace el defensor de las víctimas del lenocinio.—Es abolido el vectigal impuro á instigacion de Florencio, pretor de Constantinopla.—El emperador Justiniano.—Su novela contra el lenocinio.—Cuadro espantoso del comercio oculto de los lenones en Constantinopla.—La ley relativa á los baños públicos.—Los sucesores de Justiniano.

La legislacion de los emperadores cristianos no cambió casi nada la antigua jurisprudencia romana en lo relativo á la prostitucion. Esta llaga que corroía el cuerpo social, no podia curarse con leyes rigorosas de reprension ó prohibicion; al contrario era menester dejarla abierta en las sombras como un móvil de malas pasiones y de impuros vicios, toda vez que era necesaria para impedir la violacion, el adulterio y la seduccion de las mujeres de bien] (*ad vitandum*, dice Lactancio, *matronarum sollicitationes*, *stupra et adulteria*. Lib. VI c. 23). Tal fué en todo tiempo el espíritu de la iglesia primitiva; tal debia ser tambien el prudente y juicioso temperamento adoptado por el poder temporal, que se dirigia casi siempre por los consejos del espiritual.

Hemos hecho notar la prudencia con que los concilios se abstenian de abolir en hecho lo que en principio condenaban, y hemos tambien mostrado la marcha indirecta que seguian para llegar gradualmente á la reforma de las costumbres. Los emperadores desde Constantino no siguieron una marcha diferente y atacaron la prostitucion en sus causas y en sus escesos. Hé aquí por que en los códigos de Teodosio

y de Justiniano no se encuentra ninguna ley relativa á la prostitucion, en general; pero se encuentran diseminados muchos títulos que á ella se refieren y que la reglamentan encerrándola en límites cada vez mas restringidos. La tolerancia es completa con el meretricio propiamente dicho, que está asimilado á un negocio y que paga tributo al tesoro; despues se escluye del meretricio, bajo las penas mas severas, el libertinaje antifísico, que ha permanecido siempre á él y en fin se encierra la prostitucion en sus límites naturales, prohibiéndole estenderse en lo sucesivo por el vago terreno del lenocinio. El lenocinio es el objeto de todos los ataques y persecuciones de los sucesores de Constantino; el lenocinio es lo que la iglesia denuncia á los implacables rigores de la ley, como la fuente principal de la prostitucion, como el foco permanente de este azote público.

Así, pues, bajo la influencia del cristianismo el derecho romano no se modifica en lo que concierne al ejercicio legal de la prostitucion, y la cortesana, como tal cortesana, puede aun invocar la proteccion de los magistrados. Ulpiano decide como pagano y nó como cristiano, que una meretriz está al abrigo de toda reputacion por las sumas que ha recibido en calidad de meretriz, en atencion á que si ha hecho una cosa vergonzosa trabajando en su vil oficio, no ha recibido vergonzosamente su salario de meretriz. *(Illam enim turpiter facere, quod si meretrix, non turpiter accipere non sin meretrix.* Digest. XII tit. 5.)

Este sútil comentario sobre la naturaleza de una dádiva ó recompensa prueba que el meretricio estaba considerado legalmente como un comercio sometido á ciertas reglas de policía y á una jurisprudencia especial como cualquiera otro comercio. Llevando mas léjos la investigacion del comentario sobre el texto de la ley. *De conditione ob torpem vel injustam causam*, el jurisconsulto declara que la meretriz no podria reclamar en justicia la ejecucion de una promesa que le hubiera sido hecha en su calidad de meretriz, porque semejante promesa, no podia tener sino una causa vergonzosa.

En fin, de este modo se llega á concluir que la meretriz usa de su derecho de meretriz, recibiendo una retribucion, y hasta que recibe esta retribucion ó paga honradamente, aunque la exija y gane de una manera vergonzosa. (Cod. Just. tit. *De Legib. L. Non dubium* ; tit. de cond. ob. turpem; tit. *De donat. ante nupt.)*

No se estrañará, pues, que los juriconsultos de acuerdo sin duda

con los doctores católicos borraron en favor de las cortesanas la nota de infamia que deshonraba á todos los agentes de la prostitucion legal y se detuvieran en esta rara distincion que rehabilitaba á la mujer en la meretriz.» La mujer de mala vida es una persona deshonesta, pero no es infame, mientras no haya sido sorprendida en adulterio. (*Meretrix est turpis persona, non tament est infamis nisi in adulterio esset deprehensa*. L. *Si quis a parente.*)

La nota de infamia subsistió para las cortesanas hasta el advenimiento de los emperadores cristianos. Antes de Constantino, las antiguas leyes relativas á esta nota de infamia habian sido puestas en vigor por Diocleciano y Maximiano, que quisieron por un dique al desbordamiento de las malas costumbres públicas. Estas leyes prohibian á los ciudadanos de condicion libre casarse con libertas, hubieran ó nó vivido en el libertinaje ; prohibian tambien á los senadores y á sus hijos contraer matrimonio con patricias que se hubieran dado á la prostitucion. (*Corp. Jur. Ulp. tit.* 13; *Cod. Just. tit.* 9, *lib.* 9, *párrafo* 20, *ad leg. Jul. de adult.*)

Mas tarde la nota de infamia fué impuesta á las hijas de los lenones y de los lupanarios, con el fin de oponer obstáculos á los matrimonios escandalosos de los senadores con estas jóvenes enriquecidas por la prostitucion y el lenocinio (*Cod. Just. Lib.* 5, *tit.* 5, 1 y 7.)

Por lo demas, esta nota de infamia no hacia mas que descender de padres á hijas, porque los lenones y lupanarios no tenian aun otro castigo que ser notados de infamia por el pretor (L. 1 y L. 4, *pár. Ut prætor, D. De not. infam.*) La Ley Julia las perdonaba tambien, menos en el caso de adulterio aunque fueran inconscientes. Desde Constantino fueron ya castigados con un rigor, que solo servia para hacerlos mas diestros en sus manejos, sin quitarles las ganas de continuar el oficio siempre mas lucrativo que el de las desgraciadas víctimas.

Constantino quitó de un solo golpe la mitad de la prostitucion haciendo entrar en las tinieblas el libertinaje sodomítico, que se habia producido hasta entonces á la luz del dia paseando por todas partes sus impúdicos y desvergonzados pacientes. Desde entonces lo que se habia mirado solo como una intemperancia sensual, vino á ser un acto vergonzoso, detestado por la gente honrada, y punible y justiciable por las leyes.

Esta gran reforma, que Alejandro Severo habia intentado ya por

honor de la moral y de la filosofía, fué apoyada y sostenida por el cristianismo, que heria con su anatema á los que el pretor castigaba con penas corporales y pecuniarias. Sin duda la prision, la multa y la deshonra no eran un remedio inmediato y radical para un vicio horroroso que desde hacia tantos siglos venia corrompiendo todas las clases de la sociedad; pero al menos el gobierno no autorizaba ya con su silencio los infames hábitos de la depravacion mas escandalosa, y el escándalo no ayudaba ya á la propaganda del mal.

Como ya lo indicamos en el capítulo anterior, Constantino no suprimió enteramente el impuesto lustral pero lo purificó, prohibiendo aplicarlo en lo sucesivo al meretricio antifísico y al lenocinio cínico ó secreto. No fué esto todo: agravó la penalidad del senado consulto Claudiano, espedido contra las mujeres ingénuas ó libres que se abandonan á esclavos ó libertos; quiso tambien acabar con una de las prostituciones mas comunes entre las patricias desvergonzadas que iban á buscar sus amantes al Circo y al Anfiteatro, cuando no los tomaban menos escandalosamente entre los eunucos espadones y los bufones simulados de su servicio doméstico.

Constantino no habia esperado á su conversion cristiana para combatir el relajamiento de las costumbres por leyes que, si bien muy rigorosas, eran apenas suficientes contra los escesos de la corrupcion pública. Entre estos escesos, el rapto de las doncellas nubiles habia tomado tanta mas violencia y audacia, cuanto que los conventos de mujeres se habian multiplicado por todo el imperio, y estos asilos de la virginidad cristiana ofrecian un incentivo constante á la codicia del libertinaje. Sucedia tambien que las jóvenes y bellas neófitas que hacian voto de castidad y que se consagraban á la vida del claustro, hallaban con frecuencia entre los parientes y los amigos de su familia, instigadores y cómplices del rapto que debia deshonrarlas devolviéndolas á la vida mundana.

La ley *Si quis* publicada en 1.° de abril del año 320, decia que el que robara una jóven con ó sin su consentimiento, seria castigado severamente, y que la jóven consenciente sufriria la misma pena que su raptor. (*Cod. Théod. De rap. virg. vel vid.*) Esta ley no determinaba cual seria la grave pena que habia de infligirse, para dejar toda latitud de severidad ó de clemencia al juez; pero el emperador Constancio fijó luego la incertidumbre de la ley, respecto de la penalidad,

ordenando que los culpables fueran decapitados. Si algun amigo de la familia, si la nodriza de la jóven ó cualesquiera otras personas aconsejáran el rapto, se les derramará plomo derretido en la boca, á fin de que esta parte del cuerpo que aconsejó tan gran crímen sea cerrada para siempre. En cuanto á las jóvenes robadas á su pesar, pero que no hubieran gritado pidiendo socorro, serán privadas de la sucesion paterna y materna. En el caso en que el raptor se pusiera de acuerdo con los padres de la jóven para obtener el silencio y la impunidad, cualquiera tendrá el derecho de acusarlo y perseguirlo en justicia. El denunciador recibiria entonces una recompensa, y los padres convictos de encubridores del crímen, serán desterrados á una isla desierta. Los cómplices del raptor debian incurrir en la misma pena que él, pero siendo de condicion servil, debian ser condenados al fuego.

Puede juzgarse que esta ley no comprendia mas que á las doncellas *ingénuas*, porque el rapto de las esclavas y libertas, solo obligaba á la indemnizacion de los intereses que reclamaban los dueños ó patronos de la jóven robada. No obstante la igualdad humana sancionada en el Evangelio, la mujer de nacimiento servil no tenia ni el derecho de hacer respetar su pudor. Así una ley de Constantino, esceptúa de las penas de adulterio á las dueñas y sirvientas de las tabernas comó indignas de ser regidas por las mismas leyes que los ciudadanos libres. El cristianismo tampoco tenia intencion de disminuir la infamia afecta al servicio de las tabernas en las que entraba por mas la prostitucion que la embriaguez. Prestar su ministerio á los bebedores, (*Si vero potantibus ministerium præbui*, dice la ley *Quæ adulterium*) era para una mujer el colmo de la vergüenza y el sinónimo de la prostitucion. Un comentador se pregunta á este propósito si el latin *præbere ministerium* significaba mas que echar de beber, y si los beodos que ordinariamente llenaban ellos mismos sus vasos, no tenian necesidad en una circunstancia mas delicada, de la buena voluntad de las taberneras; por ejemplo, cuando hacian crugir sus dedos para pedir el vaso urinario invocando á Baco ó á Hércules *urinator*.

Sea de esto lo que quiera, toda moza de posada ó taberna, casada ó soltera, estaba relevada de la obligacion de observar las leyes del pudor, á causa de la abyeccion de su estado (*vitæ vilitas*). La ley de Constantino sobre el divorcio comprendia tambien la prostitucion,

haciendo figurar entre las causas de repudio el lenocinio posterior al matrimonio y privando á la mujer que lo hubiera ejercido, de su dote y de todas sus donaciones nupciales. (*Cod. Teod. Lib. III, tit.* 16 *de repud.*)

Pero por mas que se esforzara con noble empeño Constantino en favorecer el establecimiento de la policía cristiana en el imperio, la desmoralizacion era general en todas las clases de aquella sociedad en que vivia siempre el espíritu del politeismo, esto es, la prostitucion, y Constantinopla tenia lupanares en cada calle, mujeres y hombres de placer en cada casa, y las cortesanas rondaban de noche en torno de la iglesia, como en otro tiempo al rededor del teatro.

Los dos hijos de Constantino el Grande, Constante y Constancio no se mostraron menos solícitos en poner un freno legal á la prostitucion, pero no consiguieron menos que su padre curar esta lepra que sobrevivió al paganismo. Prohibieron la venta de esclavas cristianas para el uso del libertinaje público; y por la ley de julio de 343 declararon que estas esclavas, hijas de padres cristianos, no podian ser compradas sino por eclesiásticos ó por fieles que pudieran justificar su religion. Esta ley ofrece, sin embargo, alguna oscuridad, pues no se sabe si el primer poseedor de estas esclavas podia someterlas á los ultrajes del lupanar, cuando su derecho de propiedad era anterior al decreto del emperador.

«*Si quis*, dice la ley, *feminas quæ se dedicàsse venerationi cristianæ legis sanctissimæ dignoscuntur, ludibris quibusdam fubjicere voluerit ac lupanaribus venditas faciat vile ministerium prostituit pudoris explere, nemo alter easdem coemendi habeat facultatem.*»

Claro es que la propiedad de los lenones y de los lupanarios sobre las esclavas tenidas por cristianas, queda intacta hasta el momento en que se trate de venderlas; entonces solamente el dueño de una esclava que dice pertenecer á la comunion cristiana, no es libre de esponer en venta en el mercado público á esta esclava, de quien no podrá ya deshacerse, si no encuentra por comprador un eclesiástico ó un cristiano. El docto Godofredo, en sus comentarios sobre el código Teodosiano, esplica así esta ley, que mira él como un medio ingenioso de embarazar el comercio de esclavas y de abolir poco á poco la prostitucion; porque si paganos obstinados se complacian malignamente en arrojar al libertinaje las pobres esclavas cristianas que

con este infame objeto habian comprado ; estas no tenian mas que recomendarse á la caridad de sus hermanos en Jesucristo, para encontrar una buena alma que pagara su rescate y que les asegurara con la libertad el derecho de permanecer puras. Era una piadosa emulacion entre los cristianos sacrificar sus bienes terrestres en el rescate de las esclavas , que la ley de esclavitud abandonaba á la prostitucion.

San Ambrosio (*Offiic.* II. 15) dice que la iglesia tenia mas interés en librar á las mujeres del deshonor, que en arrancar á los hombres á la muerte. Así se comprende porque los emperadores Constancio y Constante alentaban el rescate de las doncellas cristianas cuya condicion servil habia condenado al odioso servicio de la prostitucion legal.

Estos mismos emperadores hicieron mas aun: pronunciaron la pena de muerte contra todo hombre que cometiera, bajo cualquier forma que fuera, el vergonzoso pecado contra la naturaleza. El cristianismo era quien ponia en vigor la antigua Ley *Scantinia*, que no se aplicaba ya hacia seis ó siete siglos. La nueva ley no especificaba de una manera clara y precisa la clase del crímen que podia producirse de modos tan diferentes : no caracteriza mas tampoco los grados de penalidad que debia aplicarse en estos diferentes casos; pero se alzaba con gran fuerza de indignacion contra todos los actos de esta especie cuyo castigo dejaba á discrecion del juez.

«Cuando un hombre, dice la ley, cambia de condicion y se hace mujer para abandonarse á otros hombres (*Cum vir nubit in femina viris paritura*) ¿qué hay que hacer allí donde el sexo ha perdido sus derechos, allí donde Vénus sufre una violenta metamórfosis, allí, en fin, donde se busca el amor y solo se encuentra la infamia? Ordenamos invocar todas las leyes humanas y armar la justicia con la espada vengadora, á fin de que los infames que son culpables de ese crímen, ó hayan procurado serlo (*qui sunt infames vel qui futuri sunt rei*) sean entregados á los mayores suplicios (*exquisitis pœnis subdantur.*)

Semejante ley en el código romano era una condenacion fulgurante de todos los vicios que la civilizacion pagana habian aceptado y aun mantenido con halago, pero que el cristianismo repelia con horror en el culto de los dioses falsos.

El testo de la ley (*Cod. Just. lit. IX*; *lit.* 9, *ad leg. Jul. de adult.*

no parece, empero, muy correcto pues Alciat propone leer *in feminam viris porrecturam*, en vez de *in femina viris paritura*, y que la definicion del crímen tenia necesidad de ciertos comentarios que llenarian un vacío dejado de intento por el jurisconsulto. Esta definicion existe íntegramente en el verbo *nubit*, que se empleaba en el lenguaje forense, como en el poético, para espresar generalmente toda clase de torpeza contraria á las leyes naturales y á las reclamaciones legítimas de los dos sexos.

Teodosio el jóven, codificando las leyes del imperio romano, no tuvo el valor de completar esta jurisprudencia, relativa á uno de los hechos mas vergonzosos de la prostitucion; pero se declaró el defensor supremo de todas las víctimas del lenocinio, que persiguió con mas decision aun que sus predecesores; porque el lenocinio no era una industria ejercida en provecho del pueblo, sino al contrario, escitada y sostenida por las pasiones de los grandes y de los ricos.

Sin embargo Teodosio no retrocedió á la fuente del lenocinio que condenaba y no pensó en castigar á los que lo hubieran provocado. Declaró desposeidos de su poder legal á los padres ó patronos que ejercieran coaccion sobre sus hijas ó esclavas para que se abandonaran á la prostitucion. Las desgraciadas víctimas de esta violencia, ó de solicitaciones impuras, no tenian mas que reclamar el amparo de los obispos, de los jueces ó de los gobernadores, los cuales se cuidarian entonces de hacer cesar la criminal opresion de los patronos indignos ó mas indignos padres : en el caso de insistir estos en sus infames propósitos, debian ser condenados al destierro ó á los trabajos de las minas. (Cod. Teod. lib. XV. tit. 8. De lenonib.)

La ley añade que esta fuera la menor pena que se aplicara por entonces, á los lenones de profesion. Pero algunos años despues el mismo emperador y su colega Valentiniano, dieron un golpe mas decisivo á la prostitucion, aboliendo el vectigal de los lenones. La iniciativa de esta honrosa medida pertenecia al administrador de la pretura de Constantinopla, el ilustre Florencio, que viendo que el lenocinio no conocia ya límites y multiplicaba sin cesar el número de sus víctimas, propuso á los dos emperadores la abolicion del infame impuesto que percibia el tesoro público, consagrando su fortuna privada á suplir el déficit de esta abolicion.

Los dos emperadores aceptaron el generoso ofrecimiento de Florèn-

cio, y quisieron hacer de él mencion honorífica en la novela que decretaron para no quedarse en zaga de las piadosas y nobles inspiraciones del pretor. Esta novela (18 *De lenon.*) no solo abolia el vectigal lenocinio, sino que tambien se encaminaba á destruir indirectamente la prostitucion, buscando á los que sacaban provecho de ella y tenian su monopolio.

«Si en lo sucesivo, decia la ley, alguno en su sacrílega audacia intentase prostituir esclavas suyas ó ajenas, ó mujeres *ingenuas* que hubieran puesto á interés su cuerpo (*ingenua corpora qualibet taxatione conducta*) las infelices esclavas quedarán desde luego en libertad, las ingénuas en exencion de su contrato impío, y el autor del escándalo será azotado y repelido de la ciudad que hubiera sido teatro del delito.»

En su consecuencia, los magistrados estaban obligados á velar escrupulosamente sobre la observancia estricta del derecho imperial bajo la multa de veinte libras de oro. Pero este derecho contra los especuladores y traficantes del libertinaje, no alcanzaba á la prostitucion individual, que conservaba el privilegio de su vergonzosa impunidad sin tener que temer mas que las incomodidades de la policía pretoriana ó eclesiástica. Así, cuando una mujer de mala vida venia á alojarse en la vecindad de las gentes honradas, la ley autorizaba su expulsion, por temor de que corrompiera las costumbres á su alrededor. (*Cod. Just. L. Mimæ, De episc. obed.*) Esta exclusion arbitraria, sin ninguna pena aflictiva, prueba que la prostitucion estaba siempre relegada en lugares apartados, en arrabales de las ciudades y *extramuros.*

El Código de Teodosio que estuvo en vigor cerca de un siglo, no parece haberse modificado en lo relativo á la prostitucion, hasta el imperio de Justiniano, que no hizo mas que confirmar la mayor parte de las leyes de sus predecesores, completándolas en sentido católico, como Teodosio, persiguió á los lenones y procuró espantarlos con el implacable rigor de los castigos. De este modo continuó la guerra indirecta que los emperadores cristianos venian haciendo á la prostitucion desde mas de dos siglos atrás.

Su primera novela contra el lenocinio es tanto mas notable, cuanto que en la esposicion de motivos ofrece un cuadro espantoso del comercio clandestino de los lenones de Constantinopla en 535, fecha de

la promulgacion de la ley. (*Nov.* 14, *authent. col.* 2, *tit.* 1 *De lenon.*) Esta ley reune toda la jurisprudencia imperial y cristiana sobre la prostitucion que fué regida por ella hasta fines de la edad media. Es pues, oportuno conocerla en su conjunto y debemos traducirla íntegramente como base de la legislacion pornográfica.

Héla aquí con algunas ligeras supresiones:

«Las antiguas leyes miraron con horror el estado y el nombre de los que comercian con las mujeres públicas (*lenonum causam et nomen*); muchas de estas leyes contienen disposiciones severas contra ellos, y nosotros mismos hemos agravado los castigos impuestos á estos miserables; hemos además suplido con otras leyes lo que pudieron omitir nuestros predecesores, y últimamente aun, cuando se nos han denunciado los escandalosos desórdenes que semejante tráfico ocasiona en nuestra capital, no hemos descuidado la materia. Hemos sabido que algunas personas viven ilícitamente, emplean medios crueles y odiosos para enriquecerse con lucros abominables, recorren las provincias y los paises lejanos, á fin de engañar á jóvenes miserables (*juvencolas misorandas*), prometiéndoles vestidos y adornos, y que despues de haberlas seducido con estos atractivos (*et his venari eas*) las conducen á esta venturosa ciudad, las establecen en casas que ellos poseen, les dan un mezquino alimento y vestidos y las entregan luego á la lubricidad pública, sacando por su propia cuenta el producto de esta infame prostitucion.

»Hemos sabido además que hacen suscribir á estas tristes víctimas ciertos compromisos, por los que quedan obligadas á cumplir sus impías y criminales funciones, durante todo el tiempo que los especuladores infames quieren fijarles; hay algunos que exigen caucion de sus propias víctimas; y los crímenes de esta especie se multiplican de tal suerte que se cometen casi por todas partes, así en esta imperial residencia, como en los paises de allende el Bósforo, y lo que es mas horrible todavía, estas habitaciones de impureza están abiertas cerca de las iglesias y de las casas mas respetables.

»Finalmente en nuestros dias las cosas han llegado á tal punto de impiedad é iniquidad, que las gentes honradas, que, compadeciéndose de estas desgraciadas, querrian arrancarlas á su vil profesion para conducirlas al estado del matrimonio legítimo, no pueden lograr sus buenos deseos.

»Hay tambien algunos malvados que esponen á las niñas al peligro de la corrupcion, aun antes de haber cumplido los diez años, y las gentes caritativas pueden apenas rescatar á peso de oro á estas pobres criaturas para que contraigan castas uniones. Los corruptores tienen mil mañas que no podrian esplicarse con ninguna espresion; y el mal llega ya á tal grado de abominacion, que las casas de prostitucion, que en otro tiempo se ocultaban en los cuarteles mas remotos de Constantinopla, se abren ahora en todos ellos y al redededor de la ciudad. Hace tiempo que se nos habia advertido de estas torpezas, y últimamente los magníficos pretores, encargados por nosotros de informarse sobre el asunto, nos han hecho iguales revelaciones, en cuya virtud pensamos que era menester implorar el favor de Dios para librar sin retardo nuestra capital de semejantes ignominias.

»En su consecuencia recomendamos á todos nuestros súbditos que sean castos hasta donde les sea posible, que la castidad unida á la confianza en Dios, puede solamente elevar el alma humana; pero como hay muchos espíritus frágiles que se dejan arrastrar al pecado de la lujuria por artificio, por engaño ó por necesidad, prohibimos absolutamente sostener un comercio de prostitucion (*nulli fiduciam esse pascere meretricem*, lo que es muy oscuro) tener mujeres en casa, entregarlas públicamente al libertinaje (*publice prostituere ad luxuriam*) ó comprarlas para cualquiera otro tráfico.

»Prohibimos tambien hacer suscribir contratos de prostitucion, exigir cauciones y hacer cualquiera otra cosa que obligue á estas imprudentes jóvenes á perder la castidad á pesar suyo. No será ya por mas tiempo permitido engañarlas con la seduccion de los vestidos y adornos ó del sustento cotidiano para obligarlas á deshonrarse: nada de esto permitiremos en lo sucesivo y determinaremos sobre esto lo necesario para que toda caucion que se haya prestado en garantía de tales compromisos, sea declarada nula y sin efecto. Tampoco permitiremos que indignos lenones despojen á las jóvenes de lo que les hayan dado, y ordenamos además que sean espulsados de esta venturosa ciudad, como pestíferos, como destructores de la castidad pública, como corruptores de mujeres esclavas y libres, reduciéndolas á la necesidad de venderse, despues de haberlas seducido y educado para la sensualidad de todos.

»Ordenamos, pues, que si en lo sucesivo alguien se arriesgara á lle-

varse á una mujer á pesar suyo, á tenerla en su casa bajo pretesto de sustentarla, y á apropiarse el fruto de su prostitucion, sea preso por órden de nuestros honorables pretores y condenado á los últimos suplìcios. Porque si hemos delegado en los pretores la facultad de castigar los asesinatos y los robos de dinero, con mayor razon los encargamos de perseguir el asesinato y el robo de la castidad.

»Si alguno hospedare en su casa á uno de estos lenones y permite que en ella ejerza su vil oficio sin expulsarlo luego que tenga conocimiento de ello, será condenado á una multa de cien libras de oro y á la confiscacion de su casa.

»En el caso de que algun corruptor que se llevara á su casa á una doncella hiciere con ella convencion escrita, en cuya garantía esta jóven le diera un fiador, que el corruptor sepa bien que no podrá sacar ninguna ventaja ni de la obligacion principal de la jóven, ni de la del fiador porque siendo nula en todas sus partes la obligacion de la jóven, el fiador no queda de ningun modo obligado con el lenon. Éste incurrirá además, como acabamos de decirlo, en una pena corporal y será espulsado de esta gran ciudad.

»Ahora bien, queremos que las mujeres (se lo suplicamos) vivan castamente y no se dejen arrastrar á la vida licenciosa, ni se obliguen á hacer el mal, porque prohibimos y castigamos el lenocinio, no solamente en esta ciudad y lugares circunvecinos, sino tambien en las provincias que pertenecian anteriormente á la república, y sobre todo en las que Dios ha dado á nuestro imperio, deseando conservar puros é inmaculados los dones que de él tenemos.

»Tenemos fé en nuestro Señor y creemos que nuestro celo por la castidad hará la gloria y la fuerza de nuestro gobierno, porque Dios nos recompensará segun nuestras obras.

»Honorables ciudadanos de Constantinopla, gozad pues de los beneficios de esta casta ley; despues recurriremos á la santa voz de la iglesia para que sepais nuestra solicitud por vosotros y nuestros esfuerzos por hacer reinar la castidad y la piedad, á cuya sombra esperamos ver la república con la mayor prosperidad.»

Esta escelente ley, datada en el consulado de Belisario, en las calendas de diciembre del año 535, fué dirigida á todos los magistrados del imperio de occidente con órden de publicarla y ponerla en conocimiento de todos los ciudadanos por anuncios sucesivos á fin de que

nadie pudiera alegar ignorancia respecto de las prescripciones de la ley.

Con todo eso, hubo de ser aun desoida y los lennones cotinuaron en su comercio de prostitucion, tomando seguridades contra las jóvenes que cerraban con ellos un contrato. No solamente exigian siempre cauciones solidarias, sino que aseguraban sus víctimas con los lazos de un juramento terrible; que estas no osaban violar, de modo que por no ser perjuras, tenian que sufrir en silencio la infamia de la prostitucion.

Además los magistrados no hacian diferencia entre la naturaleza y el objeto de las cauciones; y por ser fieles á la letra del antiguo derecho romano, condenaban á todo fiador á cumplir su obligacion, sin cuidarse de que fuera ó dejara de ser honesta.

Justiniano se creyó en la necesidad de añadir otra ley pocos años despues de la promulgacion de la primera. Esta novela (*Authent collat. V, tit.* 6. *nov.* 51) provocada por las quejas de Juan prefecto del pretorio dos veces cónsul y patricio, indicaba la supercheria que los lenones habian imaginado para engañar á las desgraciadas jóvenes, las cuales considerándose ligadas por un juramento, creian obrar piadosamente cumpliéndolo á costa de su castidad. Como si la infraccion de semejante juramento no fuera mas agradable á Dios que su observancia.

«En efecto, dice el preliminar de la ley, si alguno hubiere recibido de otro, por ejemplo, el juramento de cometer un homicidio; ó un adulterio ó cualquier otro crímen, no deberia ser cumplido, pues que es ilícito, vergonzoso y conduce á la perdicion. En su consecuencia, el que exigiere un juramento de esta naturaleza, será condenado á la multa de diez libras de oro, y el juez que hubiere autorizado este juramento sufrirá la misma pena, sean cualesquiera sus motivos é intenciones.» Esta multa debia ser entregada á la mujer que hubiera prestado el juramento para ponerla en estado de hacer una vida mas honrada (*ad aliquem bonæ figuræ vitam*) y la desgraciada era libertada así de su sacrilegio ante Dios y antes los hombres.

No fué esta la última medida legislativa tomada por el emperador Justiniano para reformar las costumbres del imperio y llegar en lo posible á curar la peste de la prostitucion. No dejó, por ejemplo, de hacer observar la antigua legislacion sobre baños públicos y añadió

ciertas prescripciones que tenian por objeto alejar toda ocasion de escándalo. Así, aunque los baños públicos de los hombres estuvieran separados de los de las mujeres, quiso que existiera la misma separacion en los baños particulares, y prohibió expresamente á los dos sexos bañarse juntos, á menos que no fueran matrimonio. Pero ni la mujer casada podia bañarse con otros hombres ni aun con niños, bajo la pena de ser repudiada y privada de su derecho.

En cuanto á los maridos que se bañaran con mujeres estrañas, eran castigados con la pena de perder todas las donaciones que pudieran esperar de sus mujeres legítimas. *(Cod. Just. De repud.* lib. 1 y nov. 22 De nupt.)

Podrian estraerse del Código Justiniano muchas otras disposiciones, que se dirigian mas ó menos á los actos reprensibles, mas bien moral que legalmente. La influencia de la emperatriz Teodora no fué de ningun modo perniciosa á la policía de las costumbres; pero se reconoce en todas partes la indulgencia del legislador hácia las tristes víctimas de la prostitucion, cuando busca y persigue con severidad la instigacion al libertinaje.

Los sucesores de Justiniano no hicieron sino muy pocas adiciones á su jurisprudencia; únicamente aumentaron la penalidad respecto del lenocinio, que se ocultaba siempre detrás del meretricio, y que arriesgaba el suplicio por enriquecerse.

En cuanto á las meretrices, eran realmente protegidas, aunque vigiladas y sometidas á rigorosas condiciones de policía, sobre todo, en Constantinopla y en las grandes ciudades del imperio. La prostitucion legal fué regida, poco mas ó menos, de la misma manera en el mundo cristiano, que iba «á cambiar de faz, sin cambiar de vicio», segun la espresion del docto M. Rabutaux, el primer historiador de la prostitucion en Europa.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

DEL TOMO PRIMERO.

Fin del índice del tomo primero.

PLANTILLA

para la colocacion de las láminas del

TOMO PRIMERO.


BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
3 1197 21319 5495

